

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

Enrique IV y su tiempo

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

María Socorro Aliño Testor

Madrid, 2015

TF
1983
002

María Socorro Aliño Testor



* 5 3 0 9 8 6 0 4 4 8 *

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

X-49 044 282 - 2

ENRIQUE IV Y SU TIEMPO

Departamento de Historia Contemporánea
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1983



BIBLIOTECA

Colección Tesis Doctorales. Nº 53/83

© M^a Socorro Aliño Testor
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-5409-1983

FE DE ERRATAS

Páginas. -

- IV- Año 1584- Tratado de Joinville -31 diciembre, entre el enviado de Felipe II y el duque de Guisa.
46- nota al pié. Vid. Doc. nº 140.
100- En Paris la noche de San Bartolomé hubo 3.000 muertos.
138- Doc. nº 82 y nº 83. Cartas a Gabriela d'Estrées.
156- Al final de la última línea falta "Tratado de Brozolo, 1610".
169- Añadir, Vid. pag. 156. Paz de Lyon, 1602".
195- id. en líneas 6ª, "25 julio 1593".
191- Doc. nº 81-82-83, 23 dic. 1593- Bellèvre.
243- Doc. nº 89- 5 dic. 1609, nº 90 y nota sig. Doc. nº 89.
232- Línea 12, corregir la fecha campaña Amberes, fué 1583-85.
256- Nota al pié. Doc. nº 99.
320- Doc. B. N. P. del Fondo 500 Colbert. Falta, se me extravió.
334- Añadir "Paz de Saint-Germain".
342- En el texto se dice repetidas veces que Enrique IV era muy bajo. En realidad medía 1,60 m.

Observación:

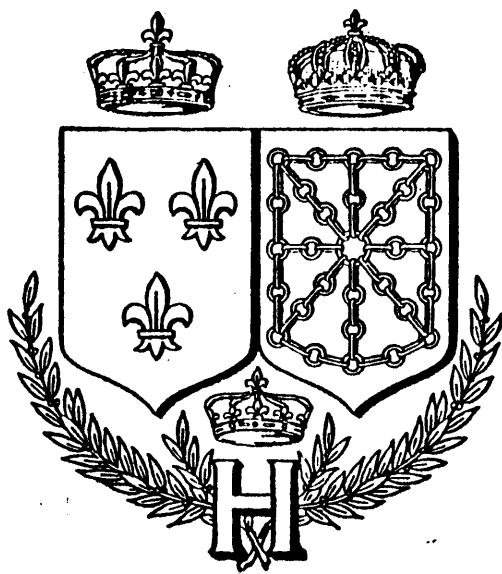
Las erratas aquí consignadas se refieren a errores en la transcripción del número de un documento o una fecha. Hay otras faltas o repeticiones en el texto, mas importantes desde el punto de vista literario que histórico.

Bibliografía:

Se trata de una selección, la mayoría de los libros son de la biblioteca personal del autor. En el momento de revisarla he observado la falta de los siguientes:
CHAPPELAIN, Ch. "Les Mémoires de la Reine Marguérite". Ed. orig. Paris 1628. Reeditada por S. H. F, Paris 1971.
HARTPOLE LECKY, Will. Edward. "History of european Morals". G. Braziller Pub. New York 1955.
MARLES, M. de. "Histoire de Marie Stuart, Reine d'Ecosse". 28ème ed. Al. Mamé Ed. Tours 1896.
TOYNBEE, Arnold. "El mundo y Occidente". Aguilar, Madrid 1967.
ZWEIG, Stefan. "Die Welt von Gestern". Bermann Fischer Vg. Stokkholm 1946.

He tenido ocasión de visitar la biblioteca de la familia Heredia Espínola que tiene obras importantísimas sobre el periodo histórico del que se ocupa esta Tesis. Desgraciadamente para mí la visita ha sido posterior a la presentación de la misma.

1



*Vaincre soy-mesme
est la grande victoire.*

- TESIS DOCTORAL -

TEMA: "ENRIQUE IV DE FRANCIA Y SU TIEMPO"

El primer Rey de la dinastía Borbón

- T O M O I -

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE FACULTAD GEOGRAFIA E HISTORIA

Cátedra Historia Universal "MODERNA"

Dirigida por: Prof. D. Vicente RODRIGUEZ CASADO.

Alumna: M. Socorro ALINO TESTOR.

1

C R O N O L O G I A

=====

SIGLO XVI. -

- 1500. - NACE CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA. -
- 1509 - NACEN ENRIQUE VIII Y CALVINO.
- 1515 - NACE FRANCISCO I
- 1517 - LLEGADA DE CARLOS I A ESPAÑA.
REFORMA - 95 TESIS DE WITTEMBERG.
- 1518 - NACE ANTONIO DE BORBON, PADRE DE ENRIQUE IV.
- 1519 - CONQUISTA DE MEJICO.
NACE TEODORO DE BEZE.
- 1522 - LUTERO TRADUCE LA BIBLIA.
- 1527 - NACE FELIPE II. -
- 1528 - NACE JUANA DE ALBRET. -
- 1531 - CONQUISTA DEL PERU. -
CISMA DE INGLATERRA.
- 1533 - NACE MONTAIGNE. -
- 1534 - FRANCISCO I Y SOLIMAN SE ALIAN.
FUNDACION DE LA COMPAÑIA DE JESUS. -
- 1538 - "AMADIS DE GAULA" (Herberay des Essarts, 8 vol.)
- 1544 - NACEN FRANCISCO II e ISABEL VALOIS.
- 1545 - CONCILIO DE TRENTO.
- 1547 - MUEREN FRANCISCO I y ENRIQUE VIII. -
- 1548 - CASAN ANTONIO BORBON Y JUANA DE ALBRET. -
- 1550 - NACE CARLOS IX. -
- 1551 - NACE ENRIQUE III. -
- 1553 - NACE EN PAU el 13 diciembre ENRIQUE IV.
- 1554 - NACE FRANCISCO-HERCULES, DUQUE DE ALENÇON
- 1555 - MUERE ENRIQUE DE ALBRET, LE SUCEDE SU HIJA JUANA.
5 octubre PAZ DE AUGSBURGO.
- 1556 - ABDICACION CARLOS V: FELIPE II -FERNANDO I EMPERADOR
- 1557 - DERROTA SAN QUINTIN Y GRAVELINA.
- 1558 - MUERE CARLOS V -21 septiembre.
ISABEL I REINA INGLATERRA.

- 1559 - TRATADO DE CATEAU-CAMBRESIS: Matrimonio Catalina de Francia con Manuel Filiberto Saboya y de Isabel con Felipe II.
ENRIQUE II MUERE TORNEO.
FRANCISCO II CASADO CON MARÍA ESTUARDO. PODER DE LOS GUI-
SA Y DESCONTENTO CHATILLON, MONTMORENCY, CONDE Y BORBON
- 1560 - CONJURA DE AMBOISE: Condé detenido, Antonio Borbón comprometido.
CANCILLER L'HOSPITAL, ACERCAMIENTO A PROTESTANTES.
JUANA ALBRET SE HACE HUGONOTE.
FRANCISCO II MUERE el 5 diciembre.
CATALINA MEDICIS REGENTE, MINORIA CARLOS IX.
- 1561 - ANTONIO DE BORBON LUGARTENIENTE DEL REINO.
- 1562 - MASACRE DE WASSY POR LOS GUISA. GUERRAS RELIGION.
JUANA CONFIA SU HIJO ENRIQUE A CATALINA MEDICIS.
ANTONIO DE BORBON MUERE SITIO ROUEN.
- 1563 - FRANCISCO DE LORENÁ DUQUE DE GUISA ASESINADO, Poltrot de Me
ré.
PAZ DE AMBOISE FAVORABLE HUGONOTES.
- 1564 - MUERTE CALVINO Y MIGUEL ÁNGEL.
VIAJE CORTE POR TODA FRANCIA.
ENTREVISTA DE BAYONA. -
- 1565 - DERROTA FRANCESA EN FLORIDA.
CORTE FRANCESA DOS DIAS EN NERAC.
FLORECIMIENTO CALVINISTA PAISES BAJOS. -
- 1567 - JUANA DE ALBRET Y SUS HIJOS VUELVEN A BEARN. -
PRINCIPE ORANGE ABANDONA PAISES BAJOS.
REPRESIONES DEL CALVINISMO.
SEGUNDA GUERRA RELIGION. -
- 1568 - EJECUCION EGMONT Y HORNES EN BRUSELAS.
CONDE, COLIGNY, JUANA E HIJOS A LA ROCHELLE.
TERCERA GUERRA RELIGION. -
- 1569 - DERROTA PROTESTANTE EN JARNAC Y MONTCONTOUR.
ORANGE TRATA SUBLEVAR PAISES BAJOS.
- 1570 - EXCOMUNION ISABEL I INGLATERRA.
REACCION PROTESTANTE.
PAZ SAINT-GERMAIN TERMINA 3ª GUERRA. DESCONTENTO AMBOS
8 agosto.

- 1571 - JUANA E HIJOS VUELVEN A BEARN.
BATALLA LEPANTO -7 octubre.
PROYECTOS MATRIMONIO ENRIQUE Y MARGARITA.
ACUERDO DE CARLOS IX CON HOLANDESES LIBERADOS ESPAÑA.
- 1572 - MUERE JUANA DE NAVARRA.
MATRIMONIO ENRIQUE Y MARGARITA -18 agosto.
ASESINATO COLIGNY 22 agosto.
NOCHE SAN BARTOLOME -24 agosto.
- 1573 - SITIO DE LA ROCHELLE -febrero a julio.
ENRIQUE DE NAVARRA VIGILADO.
SITIO DE NIMES.
ENRIQUE DE ANJOU REY DE POLONIA.
- 1574 - COMLOT LA MOLLE COCONASSE Y DUQUE ALENCON. AL FRENTE
TE DESCONTENTOS Y POLITICOS.
MUERTE CARLOS IX - 30 mayo.
ENRIQUE HUYE POLONIA , REY FRANCIA, ENRIQUE III. -
- 1575 - UNION CATOLICOS Y PROTESTANTES EN EL SUR.
CUARTA GUERRA RELIGION EN EL OESTE.
FRANCISCO DE ALENCON HUYE CORTE.
- 1576 - ENRIQUE NAVARRA HUYE CORTE febrero. JEFE HUGONOTES.
PAZ DE BEAULIEU - 6 de mayo.
CREACION DE LA SANTA LIGA EN PICARDIA.
- 1577 - ~~CONVOCATORIA~~ ESTADOS GENERALES. - REFORMA FISCAL. -
QUINTA GUERRA RELIGION. -
PAZ DE BERGERAC Y EDICTO DE POITIERS. septiembre.
- 1578 - FRANCISCO DE ALENCON CONSPIRA CON MARGARITA. MONS.
- 1579 - CONDE TOMA LA FERRE. SEXTA GUERRA RELIGION.
- 1580 - ENRIQUE DE NAVARRA TOMA CAHORS 29 mayo-2 junio.
PAZ DE FLEIX ENTRE ENRIQUE III Y ENRIQUE NAVARRA-26-XI.
- 1581 - INDEPENDENCIA PROVINCIAS UNIDAS -26 julio.
DUPLESSIS-MORNAY y LANGUET PUBLICAN "VINDICIAE CONTRA
TYRANOS" o "De la puissance légitime du prince sur le peuple..."
- 1582 - FRANCISCO ALENCON TRATA CASARSE ISABEL I Y PROCLAMAR
SE REY ABSOLUTO PAISES BAJOS.
MARGARITA REGRESA A LA CORTE.

- 1583 - FRANCISCO DE ALENCON SE RETIRA A CHATEAU-THIERRY Y AL AÑO SIGUIENTE MUERE. el 10 junio 1584.
- 1584 - ENRIQUE DE NAVARRA, HEREDERO TRONO DE FRANCIA. -
 MISION DEL DUQUE D'EPERNON EN EL SUDOESTE.
 LIGA DE LOS SEIZE EN PARIS Y EN OTROS LUGARES FRANCIA.
 NOMBRAMIENTO CARDENAL BORBON COMO CARLOS X.
- 1585 - LA LIGA EMPUÑA ARMAS, ENRIQUE III CEDE.
TRATADO DE NEMOURS - 7 de julio.
 EDICTO ENRIQUE III PROHIBIENDO RELIGIO REFORMADA.
 BULA PAPA SIXTO V EXCOMULGANDO ENRIQUE NAVARRA 21 sept.
 LE RETIRA DERECHOS SUCESION Y OTROS PRIVILEGIOS.
- 1586 - CRECE PRESION LA LIGA. CATALINA VISITA SU YERNO EN COGNA
- 1587 - ENRIQUE DE GUISA DUEÑO PARIS DESAFIA AUTORIDAD REAL.
 ENRIQUE NAVARRA VENCE JOYEUSE EN COUTRAS -20 octubre.
 LOS GUISA VENCEN MERCENARIOS QUE VIENEN AYUDARLE.
- 1588 - MUERTE ENRIQUE PRINCIPE CONDE -5 marzo.
 REVOLUCION CONTRA ENRIQUE III-"Journée barricades". EL REY
 HUYE DE PARIS Y DEJA AL DUQUE DE GUISA AL MANDO.
 PROMULGACION SANTA UNION - 21 julio.
 APERTURA ESTADOS GENERALES EN BLOIS -15 octubre.
 ENRIQUE III MANDA ASESINAR A LOS GUISA 23 y 24 diciembre.Bhis
- 1589 - MUERTE CATALINA DE MEDICIS - 5 enero.
 REVOLUCION EN PARIS GOBERNADA DUQUE D'AUMALE.
 CLAUSURA ESTADOS GENERALES - 16 enero.
 LA SORBONA LIBERA SUBDITOS FIDELIDAD A ENRIQUE III.
 DUQUE DE MAYENNE AL FRENTE LIGA Y TTE. GRAL. REINO.
ENRIQUE III Y ENRIQUE NAVARRA SE UNEN 30 abril. TOISE.
 SITIO DE PARIS -julio. LOS DOS ENRIQUE VENCEN ETAMIES, PON-
 ASESINATO DE ENRIQUE III POR JACQUES CLEMENT -1 agosto.
 BATALLA DE ARQUES 20-21 septiembre.
- 1590 - MUERE SIXTO V-SUCEDE GREGORIO XIV.
 BATALLA DE IVRY -14 marzo.
 SEGUNDO SITIO PARIS mayo-agosto.
 ALEJANDRO PARNESIO VENCE CHARENTON;SAINT-MUR, CORBIE
 Y LLEGA A PARIS. MERCOEUR INVADE LANGUEDOC.

- 1591 - GREGORIO XIV CONFIRMA BULA SIXTO V - 1 marzo.
 ENTRADA ESPAÑOLES ACLAMADOS EN PARIS.
 PARLAMENTO PARIS REUNIDO CHALONS DECLARA NULA BULA MONITORIA DEL PAPA -10 junio.
 MUERE ALEJANDRO FARNESIO en diciembre.
- 1592 - MUERE GREGORIO XIV Y ELEGIDO CLEMENTE VIII.
- 1593 - APERTURA PARIS ESTADOS DE LA LIGA -26 enero.
 CONFERENCIAS SURESNES -29 abril.
ENRIQUE IV ABJURA EN SAINT-DENIS el 25 julio.
- 1594 - CORONACION ENRIQUE IV EN CHARTRES - 27 febrero.
 ENRIQUE IV ENTRA EN PARIS 24 marzo.
 JEAN CHASTEL TRATA ASESINAR AL REY 27 dic. ejecutado el 29 id.
- 1595 - JESUITAS EXPULSADOS DE PARIS el 8 enero.
 ENRIQUE IV DECLARA LA GUERRA A FELIPE II -17 enero.
 ASAMBLEA PROTESTANTE EN SAUMUR -14 febrero.
 VICTOIRE FONTAINE-FRANCAISE 5 junio.
 BATALLA DOULLENS 24 julio.
 CLEMENTE VIII ABSUELVE ENRIQUE IV- 17 septiembre.
 ARMISTICIO ENRIQUE IV Y DUQUE DE MAYENNE -25 septiembre.
- 1596 - EDICTO DE PACIFICACION 24 enero.
 ASAMBLEA PROTESTANTE EN LOUDUN -1 abril.
 ESPAÑOLES TOMAN CALAIS en abril.
 ENRIQUE IV SE ALIA CON ISABEL I Y CON HOLANDA.
- 1597 - ESPAÑOLES TOMAN AMIENS - 11 marzo.
 FRANCESES RECOBRAN AMIENS- 25 septiembre.
- 1598 - EDICTO DE NANTES - 13 abril
PAZ DE VERVINS - 2 de mayo
 MUERE FELIPE II el 13 septiembre y reina FELIPE III.
 DECLARACION DE MONCEAUX 11 noviembre.
- 1599 - EL PARLAMENTO PARIS REGISTRA EL EDICTO DE NANTES 25 febr.
 ANULACION MATRIMONIO ENRIQUE Y MARGARITA 23 diciembre.
 EMPIEZAN LAS NEGOCIACIONES NUEVO MATRIMONIO ENRIQUE IV.

SIGLO XVII. -

- 1600 - CAMPAÑA DE ENRIQUE IV CONTRA CARLOS MANUEL DE SABOYA
MATRIMONIO ENRIQUE IV CON MARIA DE MEDICIS. 5 octubre.
- 1601 - TRATADO DE LYON CON SABOYA - 17 enero.
NACE LUIS XIII - 27 septiembre.
- 1602 - ALIANZA ENRIQUE IV CON ONCE CANTONES SUIZOS- 29 enero.
COMLOT Y EJECUCION MARISCAL BIRON - 31 julio.
- 1603 - MUERTE ISABEL I INGLATERRA, JACOBO I ESTUARDO- 24 marzo
TRATADO DE SAINT-JULIEN. BENEFICIA A GINEBRA - julio.
ENRIQUE IV AUTORIZA JESUITAS NUEVOS COLEGIOS - 1 septiembre
- 1604 - PAZ ENTRE JACOBO I Y FELIPE III -28 agosto.
- 1605 - PABLO V SUCEDE A CLEMENTE VIII.
SE DESCUBRE EN LONDRES COMLOT DES POUDRES- 5 noviembre
- 1606 - EL PAPA LANZA INTERDICCION CONTRA VENECIA- 16 abril.
- 1607 - JACOBO I ESTADO EXCEPCION CONTRA CATÓLICOS- 27 mayo.
- 1608 - APERTURA DIETA DE RATISBONA - 8 enero.
TRATADO ALIANZA PERPETUA HOLANDA Y ENRIQUE IV-13 enero
NACE GASTON DE ORLÉANS - 25 abril.
FORMACION UNION EVANGÉLICA - 4 mayo.
- 1609 - TREGUA DE DOCE AÑOS ENTRE PROVINCIAS UNIDAS, FELIFE III
firmada el 9 de abril
- 1610 - TRATADO BRUSOL ENRIQUE IV Y DUQUE SABOYA -25 abril
CORONACION MARIA MEDICIS EN SAINT-DENIS - 13 mayo.
ASESINATO DE ENRIQUE IV POR RAVAILLAC - 14 mayo.
REGENCIA DE MARIA DE MEDICIS - 15 mayo.
SUPLICIO DE RAVAILLAC - 27 mayo.
MARIA DE MEDICIS FIRMA CONFIRMACION EDICTO NANTES 3-W
EL PRINCIPE CONDE VUELVE A FRANCIA - 16 julio.
EJERCITO FRANCES MANDADO POR LA CHATRE TOMA JULIERS
LUIS XIII CORONADO EN REIMS - 17 octubre.

INTRODUCTION

" Or ceux qui escrivent les vies, d'autant
qu'ils s'amusement plus aux conseils qu'aux
événements, plus à ce qui part du dedans,
qu' à ce qui arrive du dehors, ceux-là me
sont plus propres. "

MONTAIGNE. -



Es mi propósito presentar a una de las figuras mas interesantes de la Historia Moderna: Enrique IV de Francia o el primer rey de la dinastía de los Borbón. Vivió Enrique IV una época muy difícil, una época de transición hacia la Modernidad. Desde hace muchos años que me interesa el personaje y mi interés se ha visto acrecentado, despues de escritas muchas de las páginas que siguen por la aparición de varios libros sobre el mismo tema, escritos en su mayoría por autores franceses. (1)

Ademas, despues de muchos años de búsqueda, ha caído en mis manos un ejemplar de la Memorias del Mariscal de Bassompierre y otro de las "Oeconomies royales" del duque de Sully. Ambos escritos son fundamentales para el conocimiento de la persona y mito de Enrique IV de Francia.

Las páginas que siguen no constituyen la tesis que hubiera sostenido un francés, que siempre ha seguido una línea apasionada del personaje. Sin embargo no creo que mi estudio sea demasiado apasionada, menos que los recién publicados. Hoy me ha parecido conveniente rematar un tema, que tengo entre papeles hace años y que una razón u otra nunca pude presentar.

Se ama lo que se conoce. Se aborrece, légitimamente, el mal que se conoce en lo que se ama. Sólo el conocimiento límpido de pasión, la mirada fría de la inteligencia son capaces de rectificar una ciega voluntad o de domar las pasiones. La inteligencia es más noble y exige una justa dependencia de la voluntad, pero resulta estéril sin la fortaleza de ésta. El conocimiento de las cosas de orden natural, nación o personajes históricos, son inferiores al hombre mismo. La nación, a pesar de su fundamento ontológico no alcanza a la persona humana.

Estas digresiones parecerán al lector excesivas y aún transnochadas. Hoy en día se ha olvidado la sentencia de Cánovas: "Con la patria se

(1) Vid. Bibliografía.

está con la razón o sin ella, como se está con el padre y con la madre'. No quisiera con ello derivar hacia una falsa mística, ni velar la verdad histórica, con mi admiración o mi denuedo.

Ante nuestros ojos aparece, en el siglo XVI, la gran lucha entre la Casa de Austria-España y todos los demás. Francia, dividida por luchas religioso-políticas. Inglaterra, oligárquica y protestante. La Cristiandad despedazada. Europa, engendrando nacionalismos, desgajados de la unidad religiosa, como una nueva religión de los tiempos modernos.

Destruída la Cristiandad y separada la Fé de la vida social y política -religión de la vida y del hombre- todas las naciones cayeron en el narcisismo y se erigieron en valor supremo. Por eso, desde el Renacimiento, Europa ha sido tentada, una y mil veces, por el retorno al paganismo o el camino de vuelta hacia el paraíso, como fin de los tiempos. La Historia de la Edad Moderna ha sido la des-cristianización, hacia lo temporal. Francia, con política y voluntad de acero, quiso destruir a Austria y a España y lo consiguió, pero al mismo tiempo caía Europa. Su aparente unidad actual, no tiene más ideal que lo económico.

Decía, que siempre me interesó Enrique IV, el primer Borbón que llegó al trono. Aprendí su historia en Francia: "Henri le Grand", le llamaban mis maestros. Luego he leído mucho sobre él y sobre su tiempo. Las fuentes que aquí se citan, no son siempre accesibles al lector medio, unas por antiguas, otras vienen de archivos difíciles de frecuentar.

En la constelación Francia-España de los siglos XVI y parte del XVII, la dominancia fué claramente española. Luego, especialmente en el siglo XVI el signo cambió y mantiene su dirección hasta hoy, con raros eclipses en la luminosidad de Francia.

En otro tomo se incluyen 140 documentos y podrían haberse seleccionado algunos más. Me han parecido los mas significativos, sobre lo que se aporta en estas páginas. La historia no es fábula, ni leyenda, pero algunos personajes, como Enrique IV, han sobrevivido en forma mítica o excesivamente pasional. El valor de un testimonio se deforma con la interpretación. Las virtudes y defectos aumentan con el paso del tiempo, porque unas veces se descubren nuevas fuentes y en otras se apaga la pasión.

No se trata de trazar el retrato de un soberano extranjero, ni de anotar los datos de su reinado, que mas encajan en nuestra propia historia. La empresa es de enorme cuantía y yo me siento insuficiente para abordarla, en su totalidad. Pienso, sin embargo, que el reinado de Enrique IV es, estrictamente, pura historia de España. No es posible estudiar el último periodo del gobierno del rey Felipe, ni el de su hijo Felipe III, sin fijar la mirada en la política y forma de vida de Francia. Nuestra actuación exterior en los siglos XVI y XVII carece, casi, de sentido, si no se toma en consideración, lo que ocurría tras la cordillera pirenaica.

Enrique IV resulta, a través de las páginas que siguen, un personaje luchando por conquistar un reino, pero rodeado de mujeres. No es extraño, por pensarse, en un guerrero de alta alcurnia. Lo que resulta extraño es, que las mujeres que Enrique IV amó, casi sin excepción, le engañaron. Y fueron muchas, empezando por su primera mujer, Margarita de Valois, llamada "Margot" por sus regimientos, cantada por los poetas de su época, hermosa e inteligente y rivalizó con Enrique IV en coleccionar amantes de toda condición.

Me limitaré a recoger algunos episodios, que puedan servir para conocer mejor a "Henri le Grand", como le llaman los franceses. Despojado del

manto de armiño, que tal prenda nunca le sentó. Esto es, sin las deformaciones que resultan de la eminencia de la posición y de las galanuras de la leyenda. El personaje será mirado con ojo crítico, sin excesiva pasión, pero también sin afeto, fuerza es advertirlo de antemano. Se trata de un grande de este mundo observado en su humanidad, palabra que se traduce, también, por flaqueza. Nos detendremos, especialmente, en sus últimos momentos, ~~que~~ dominado por la erotomanía, achaque probable de una vejez prematura, puso a Europa y a España más concretamente, en trance de sufrir los horrores y miserias de la guerra.

Enrique IV, el primer Borbón que subió el trono, interesa a todos, pero es muy diferente visto por un español, que por un francés. Tal diversidad de visura, se encuentra de continuo, al considerar los tipos históricos. No se entienda, que vamos a intentar una revisión. Ni yo pudiera hacerla y, además, esta clase de pleitos siempre fué baladí. Los protagonistas de la comedia humana adquieren, por caminos con frecuencia misteriosos, caracteres poco menos que inmovibles, aunque el prejuicio sea evidente.

He querido reunir, más sencillamente, notas sacadas de una copiosa literatura, al alcance de cualquier curioso y algunos documentos y libros difíciles de conseguir. No presento el tema, con la idea de que sea premisa de un juicio nuevo, sino una serie de hechos y dichos, que dieron a la estampa diversos historiadores, en su mayoría franceses, unos de su época y otros posteriores. Lo más valioso, se encuentra entre los testigos de su época. Ya se advierte en ellos el distinto enfoque, si vienen del campo católico o del protestante. No se libran del fanatismo unos ni otros, al juzgar a un personaje que, desde el punto de vista religioso, fué muy poco apasionado o, muy tolerante. Y si, a la postre,

chafarrinas, entre todos una pintura que, gentes poco avisadas, hicieron relamida e mal barnizada, tengo por cierto, que estos toques contribuyeron no poco al parecido real. Por una parte, destacan la figura de un rey, deslavazada a fuerza de ensalmo. Por otra, acusan el relieve apagado, por el humo del incienso, que nubla la mirada del estudioso, en tiempos posteriores a la época en que un personaje vivió.

Temo que mis pinceladas no sean del gusto de los enamorados de lo tradicional. Menos aún, de mis amigos los franceses, tan fieles ellos al culto de sus compatriotas. Y sin embargo, no creo pecar al contribuir un poco, sin rendirle el ánimo, a que se le vea algo más cumplidamente, si bien muchas veces del lado de su sombra. Sobre Enrique IV siguen publicándose numerosas biografías y trabajos históricos en Francia. Entre nosotros, el personaje resulta menos familiar, al menos así me lo pareció a mí, en el momento de sacar a la luz estas páginas. La época en que vivió Enrique IV es apasionante y las relaciones entre los dos países vecinos también. No he intentado hacer una obra original: la historia puede esclarecerse, pero no es lícito cambiarla. El esfuerzo del historiador consiste en narrar cómo se produce un hecho y qué consecuencias tiene y hasta se puede aventurar, que hubiera ocurrido, si las cosas se hubieran producido de manera distinta. Pero entonces ya no se trata de una tesis, sino de una hipótesis. Con este análisis, lo que resulta es un sentimiento de admiración hacia quienes gobiernan los pueblos. Se produce, entre nosotros, un gesto de comprensión o de indulgencia.

¿Es posible la imparcialidad? No se puede juzgar a un personaje o a una época histórica, mas que a través de los resultados. Al compararnos con los hombres que nos precedieron, muchas veces hemos de inclinar la cabeza con un gesto de humildad. Ya sé que tal concepción de la historia es simplificadora... ¿Por qué no juzgar a un pueblo o a un ser humano, cómo incluido en una gran fa-

milia? En las páginas que siguen nos hemos delizado, a menudo, y casi sin quererlo, por el terreno psicológico. La historia del siglo XVI está contaminada por partimismos rabiosos. Michelet es un buen ejemplo. Sainte-Beuve ha escrito páginas ("Lundis" y "Nouveaux lundis") esclarecedoras y, pocos autores como él, nos proporcionan la clave psicológica de un personaje.

Se incluyen al final del libro -y párrafos entre el texto- una serie de cartas del propio Enrique IV. Algunas, o muchas de ellas, fueron escritas por sus amanuenses. Sin embargo se descubre en alguna el estilo directo, pobre de expresión, giros meridionales del bearnés y hasta expresiones que por su grosería resultan difíciles de traducir. Todo ello ha permitido a los hagiógrafos diferenciar las personales de las dictadas. Estaba pensando, especialmente, en las cartas de amor que dirigió a "Corisande" y a Gabriela d'Estrées, las escritas a sus correligionarios de armas y las que dirigió a su segunda mujer, en las que se muestra primero amante, luego buen padre, ya que no buen marido.

El título de una obra es siempre difícil. ¿Lo llamaré "El primer Borbón rey de Francia"? O ¿"Enrique IV y su tiempo"? Luego, al releer lo escrito, pienso que, para ser fiel al contenido, inexcusable en un título, lo mejor será llamarlo "Las mujeres de Enrique IV, primer Borbón que subió al trono de Francia". Mujeres a las que amó y no le amaron. Mujeres, a las que no dejó, salvo raras excepciones, inmiscuirse en los asuntos políticos. Mujeres que, al final de su vida, contribuyeron a su degradación y a la de su reino. Porque, al lado del placer, nació en el viejo rey el tormento y la desgracia, al no poder conseguir a su postrer amor.

Que el posible lector juzgue por encima de la forma en que está presentado el tema. Si encuentra algo nuevo en el enfoque de la persona de Enrique IV mi intento se verá cumplido. Porque así lo creí -tal vez erróneamente- me decidí a publicarlo.

- 8 -

CAPITULO 12

LOS TIEMPOS MODERNOS

" Ne suis-je tenu aux lois faictes contre
les meurtriers pour avoir osté ma vie..."

MONTAIGNE.



LOS TIEMPOS MODERNOS

Bajo el reinado de los últimos Valois (Francisco II, Carlos IX y Enrique III (1) y Enrique IV, el primer Borbón, tienen lugar en Francia las Guerras de Religión, de las que hablaremos mas adelante. El tratado de Cateau-Cambrésis había terminado la guerra con el extranjero. Las guerras de religión fueron una sangrienta anarquía. De tipo religioso en un principio, fueron, poco a poco, tomando un cariz político. Marcaron la reacción contra el poder absoluto, tal y como se había manifestado en tiempos de Francisco I. La habilidad de Enrique IV consistió en lograr la pacificación del país, sin que ninguno de los dos bandos se sintiera vencido, ni humillado, por el otro. Pudo, con la paz, rehar la economía y, a su muerte, Francia gozaba de una relativa prosperidad. Incluso los católicos y los hugonotes llegaron a tolerarse mutuamente, a partir de la publicación del Edicto de Nantes (1598).

Los tiempos modernos constituyen un período de tres siglos (XVI, XVII y XVIII) que sucedió a los diez siglos (del V al XV) de la Edad Media. Durante ésta, desde el punto de vista religioso, fué una época de unidad. La Cristiandad agrupaba a la Europa civilizada bajo una sola bandera: la Cruz. No tenía mas que un jefe espiritual: el Papa. Por el contrario, desde el punto de vista político, fué una época de dislocación y divisiones. El régimen feudal rompió la unidad de los países, en Francia, Alemania e Italia, que habían surgido de la desmembración del Imperio de Carlomagno. El poder central quedó prácticamente abolido.

Los tiempos modernos fueron una época de dislocación religiosa. A comienzos del siglo XVI tuvo lugar la Reforma protestante, que dividió y par-

(1) Curiosamente fueron hermanos como los tres últimos Borbón: Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X.

tió y dividió en dos a la cristiana Europa. Por otra parte, la época moderna asistió a la ruina del régimen feudal debido al establecimiento en España, Inglaterra y Francia de un poder absoluto de los reyes, garantía de su unidad nacional.

Estas transformaciones tuvieron su repercusión también en el terreno de las letras y del arte. La civilización medieval, profundamente religiosa, encontró su expresión plástica mas excelsa en las catedrales góticas. La civilización de los tiempos modernos fué de tinte monárquico. En su apogeo se expresará en palacios como El Escorial, el Louvre, los castillos del Loira y, sobre todo, Versalles. Tanto este palacio, como el Escorial son como santuarios del poder real.

La Reforma fué una revolución religiosa que, en el siglo XVI, separó del Papa y de la Iglesia católica a buena parte de Europa. Sus jefes mas destacados (Lutero en Alemania, Calvino en Francia y Enrique VIII en Inglaterra) se unieron en un odio feroz contra la Iglesia católica y provocaron la ruptura de Europa en forma de Cristiandad. En cambio, estaban muy divididos en todas las cuestiones relativas a la Fé y a la disciplina. El protestantismo, con su principio del "libre examen", estaba marcada, desde sus comienzos, por el principio de la disolución, en numerosísimas sectas.

El calvinismo tuvo gran influencia en Francia. Su libro mas importante "La institución cristiana" fué dedicado por Calvino a Francisco I. Su doctrina es mas radical que la de Lutero y se aleja por tanto mas del dogma católico. Gran escritor, de vida muy austera, fué el mas intolante de los reformados. Su mayor influencia fué entre la nobleza y los artesanos de las grandes ciudades. La masa de los campesinos fueron fieles

a sus principios católicos. Los estudiosos fueron víctimas de la propaganda de los impresores alemanes en un comienzo, pero, mas adelante, pasaron al calvinismo, probablemente, porque siempre fué mas batallador. Calvino se instaló en Ginebra, pero desde allí dirigía, personalmente, la propaganda en su país de origen. En Francia a los reformados se les llamó "hugonotes" (2) y a mediados del siglo XVI ya tenían mas de dos mil iglesias incluso en muchas ciudades eran mayoría.

El Poder Real fué hostil a los reformados, a pesar de la dedicatoria de Calvino citada mas arriba. Al principio se sintió halagado, pero pronto se irritó por la actitud agresiva de los reformistas y por las "pintadas" o escritos injuriosos que hacían especialmente contra las misas. Enrique II luchó francamente contra la herejía, porque amenazaba la unidad y la paz de su reino. Prohibió imprimir y vender libros protestantes y fué muy duro con los magistrados de París, que habían hecho caso omiso, de sus órdenes al respecto. Durante su reinado parte de la nobleza, se pasó a las filas protestantes y con ello gran parte de la riqueza del país.

Enrique II murió herido en un torneo a los 41 años y le sucedieron sus tres hijos sucesivamente, los últimos Valois. En este periodo Francia apenas contaba en la política europea.

La liga católica, de la que se hablará bastante, a lo largo de las páginas que siguen, nació tras la paz de Beaulieu, muy favorable a los reformados. Por eso, al considerar al rey como traidor a los intereses católicos, un movimiento de protesta general resolvió unirse en la Liga. Su programa era "restablecer el servicio a Dios y a Su Majestad" que volvió a mostrarse partidario del catolicismo. Se la llamó también "Santa Unión"

nota al pié)

(2) Se ha discutido mucho sobre el origen de la palabra "hugonote". Unos autores dicen que viene del suizo-alemán "eidgenossen" que significa "lligado por un juramento" ("Eid", juramento y "genoss", asociado). Tal vez sea así, pero algunos aseguran que la palabra viene del lenguaje popular de la región de Tour y que empezó a usarse cuando la conjuración de Amboise. De la misma manera que los parisinos hablaban del "moine bourru" y en el valle del Loira el "loup-garou" -ambas expresiones equivalentes en el español a la del "coo" para asustar a los niños- en Tour parecía existir un tal "rey Hugon" y a sus seguidores se les llamaba "hugonotes" y eran como un kiries de almas en pena que vagaban por la noche. La verdad es que muchos hugonotes, debido a la persecución, se reunían de noche y formaban un especie de secta secreta, que se reconocían, entre sí, por determinados signos. La medalla acuñada por el Papa, con motivo de la noche de San Bartolomé, lleva la inscripción de "hugonotorum strager". Al comienzo de su empleo, la palabra era una denominación infamante, pero fué Juan d'Albret la que le dió el espaldarazo glorioso, hasta tal punto que, alguno de los que se adhirió a la "religión", introdujeron en su apellido una H intercalada.

y nombraron Jefe a Enrique de Guisa, por no fiarse demasiado del Rey. Este Guisa es el que ha pasado a la historia con el nombre de "Balafre", por la gran cicatriz que le cruzaba el rostro y fué uno de los primeros amantes de Margarita de Valois, "Reine Margot". La Liga, en sus comienzos, resultaba sospechosa a Enrique III y trató de disolverla, pero, al ver a sus entusiastas seguidores del pueblo, decidió protegerla e incluso se ofreció para presidirla. De hecho, se sentía muy aislado y desdichado, realmente no mandaba en su reino. Se pudo apreciar muy claramente cuando la Liga le impuso que combatiera a los hugonotes en la VI y VII guerra de religión. El resultado quedó en tablas. Todo cambió cuatro años mas tarde por la muerte en 1584 de su hermano y heredero el duque de Alençon (Francisco-Hércules), que había estado peleando, con grupos de descontentos, por el norte de Francia.

Enrique III no tenía hijos y la sucesión debía recaer en su pariente mas próximo, que era Enrique de Navarra, primo suyo aunque en grado veintidós. La Liga juró, que no aceptaría a un rey hugonote. El Papa Sixto V lo excomulgó y el rey de España sostuvo la candidatura de Enrique de Guisa, pero la Liga nombró al Cardenal Borbón, tío de Enrique, con el nombre de Carlos X.

Todavía hubo una guerra mas de religión, la octava, que confirmó la hidalguía de Enrique de Guisa, que venció a las tropas alemanas invasoras de Francia para ayudar a los hugonotes. Enrique de Navarra venció a los "mignon" del rey en Courtras y Arques, primeras victorias hugonotes. La opinión católica echó la culpa al rey, que huyó de París y se refugió en Chartres. París estaba dominada por el famoso "Comité des Seize"⁽¹⁾ y en manos de la Liga. El rey estaba acorralado y finjó una reconciliación con el Duque de Guisa en Blois, donde estaban reunidos los Estados Generales. Guisa era Lugarteniente del Rey y tenía, al mismo tiempo, la confianza de éstos. Exasperado por tanta dificultad el rey decidió desembarazarse de su rival y le mandó

asesinar, por unos soldados gascones, en el mismo castillo de Blois. "Ya soy el único rey" declaró cínicamente.

París, ardiente partidario de la Liga, se indignó ante el crimen y aclamó al Duque de Mayenne, su hermano, como Lugarteniente del Reino. Toda Francia siguió el ejemplo de París. Abandonado por todos, Enrique III se echó en brazos del de Navarra y ambos pusieron sitio a París. Ya había dado la orden de asalto de la capital cuando un monje fanatizado por los discursos de los partidarios de la Liga contra el "tirano", como llamaban al rey, le asesinó en Saint-Cloud en 1581 (4). Antes de expirar, pudo designar como sucesor a Enrique de Navarra recomendándole que se hiciese católico. La madre de tres reyes, la vieja Catalina de Médicis, ya había muerto seis meses antes olvidada de todo el mundo. El fin de la dinastía Valois no pudo ser mas lamentable.

El reinado de Enrique IV comenzó de forma muy crítica. Todavía no se había convertido. La Liga, París y prácticamente todo el país, le era hostil. Estaba excomulgado por el Papa. Primero se retiró a Normandía, a donde fué Mayenne, al frente del ejército católico. Enrique IV resistió y hasta llegó a vencer a la Liga, un año mas tarde, en Ivry. "Mi casco, con penacho de plumas blancas, mostró a todos el camino del honor y de la victoria", dijo el bearnés. Puso sitio a París, que se vió tan apurada y famélica, que llegó a fabricar harina con los huesos del cementerio. Llegó a pedir socorro al rey de España y que su hija Isabel Clara Eugenia (nieta de Enrique II de Francia por ser hija de Isabel de Valois) fuera nombrada reina de Francia. Pero además de la Ley Sálica, tan preconizada en nuestro vecino país, entre el dominio extranjero y un rey francés el pueblo no dudó ni un instante. Se firmó una tregua con Enrique IV que prometió

(4) Se llamaba Jacques Clément y era jacobino.

dar el "grand saut" como él llamaba a abjurar del protestantismo. Lo hizo en Saint-Denis el día 25 de julio de 1593. Un año mas tarde se coronaba en Chartres por estar todavía Reims en manos de los rebeldes.

Tiempos difíciles. - "¡Dios mío, por un pan!"

En la primera mitad del siglo XVI, amanecía un día cualquiera de cualquier mes en el pueblo de Loudun, llanura del Poitou. Se veían callejas estrechas llenas de fango y suciedad. Mal estado de ánimo el de los habitantes de este pequeño rincón provinciano. Sentía cada mañana, al despertar, indolencia y apatía, abulia, sólo interrumpida por sucesos terroríficos.

Loudun era un pueblo sencillo y sin pretensiones, situado sobre una colina y rodeado de arroyos, que morían en un río mas caudaloso. A Loudun no le interesaba pasar a la historia y, sin embargo, allí se desarrollaron las mas terribles luchas entre católicos y hugonotes, allí se firmó una Paz y allí tendría lugar mas tarde el episodio del convento embrujado y el famoso proceso al párroco Urbano Grandier (5). Las breves treguas sólo eran un pequeño respiro para restañar las heridas y procurarse mas municiones y víveres y seguir luchando por la posesión de la ciudad.

Nueve años antes de su misteriosa muerte, Carlos IX fué personalmente a Loudun, porque hasta París habían llegado noticias de la violencia allí desatada. Fué con su madre Catalina de Médicis, su hermana Margarita, Condé, el Cardenal Borbón y un joven gascón llamado Enrique de Navarra, que frecuentaba, por entonces, la Corte (6). Se esperaba un recibimiento fastuoso con la visita de tan egregios personajes. La realidad fué muy distinta. Se produjo una paz pues los distintos par-

(5) Vid. cap. sobre Loudun en "¿Cómo se fabrica una bruja?" Ed. Dopesa, Lopez Ib Barcelona 1976.

(6) Vid. mas adelante, otro viaje al Sur de la Corte francesa y Entrevista de Bayona.

tidos se pusieron de acuerdo, para que el rey no conociera sus luchas. Hubo pan aparente. Carlos IX creyó, que los informes recibidos eran falsos y se entretuvo en juegos de ballesta. Catalina envió a París una valiosa colección de tesoros artísticos. . . . Apenas la Corte abandonó la ciudad, comenzaron de nuevo los desórdenes: robos, horribles incendios, los carmelitas descalzos tuvieron que huir, siendo asesinados algunos en la fuga. Peste y hambre asolaban la región. Los supervivientes tenían que alimentarse con raíces y yerbas. Durante varios decenios, los gastos acumulados, representaron para todo el país una enorme carga. ¿Cómo cayó toda Francia, y, especialmente esta región, en postración tan completa?

Un rezagado de la Corte, el joven Enrique de Navarra, se detuvo casualmente a un pequeño tumulto. Pegados a los cristales de las ventanas, aparecieron rostros preocupados, con ojos temerosos, que miraban a la calle. Pocos se atrevieron a salir. En una plaza, una pequeña aglomeración rodeaba a cuatro soldados de brutal aspecto, que azotaban algo tendido ante ellos, algo que parecía un sucio guñapo, al que apenas podía darse el nombre de persona. Los golpes eran coreados por los gritos de las gentes que le rodeaban.

Se trataba de un anciano, que intentaba ocultar su cara ensangrentada, detrás de unas manos sarmentosas y mugrientas para preservarse de los golpes. "¿Qué diablos ocurre?" preguntó Enrique. Uno de los guardias gritaba señalando al viejo: "¡Aquí está! ¡Un pan, ha robado un pan, a la cárcel por varios años!". El pobre gemía, como un animal acosado, y, entre sollozos ininteligibles, murmuró: "¡Dios mío, es posible algo semejante, tan sólo por un pan!". De repente, y, en medio del revuelo, un muchacho se abrió paso y le dijo: "¿Por qué lloras?" Era el joven Enrique de Navarra. El anciano pareció no enterarse y se quejaba: "¡Hambre, mucha hambre es lo que yo tengo! ¡Por un mendrugo de pan! ¿Ves mi deple-

nable estado? ¡Misericordia! Enrique se arrojó en los brazos del infortunado y se echó a llorar. El sargento que llevaba la voz cantante y, piropeando a las mujeres, no se había dado cuenta de la escena, bruscamente le dió una patada a Enrique y lo arrojó al lodo de la calle. Se levantó horrorizado y se perdió entre la gente, echando a correr para alcanzar al cortejo que ya se perdía de vista. Nunca mas pudo olvidar, Enrique de Navarra, aquella escena de su adolescencia.

Lo que ocurrió en Loudun no era una excepción en Francia. Callot, el artista de Lorena del siglo XVII ha transmitido a la posteridad las crueldades de su tiempo. Mientras los artistas españoles, grandes retratistas, reflejaban el poderío autoritario de un soberano país como España, el estilo Callot con sus aguafuertes era un testigo de su época. Realismo y fantasía, fiestas en su "Comedia dell'arte" y crudeza en "Las miserias de la guerra". Mucho antes de que los poetas y literatos expresaran los tiempos difíciles con palabras, los contemporáneos podían ver imágenes con fuerza expresiva que superaba a lo escrito. Los "Bohémiens" no se refieren solo a las imágenes vagabundas de un pueblo de artistas, sino la suerte que cupo a treinta mil familias protestantes, expulsadas por el Emperador Fernando despues de la batalla de la Montaña Blanca y que buscaron refugio en otra parte de Europa. A este nomadismo se llamó "Bohême". La existencia ambulante de estas gentes se convirtió en símbolo de toda la población francesa en luchas contradictorias que duraron decenios. Callot el lorenés no llevaba otra vida que la bohemia. Años mas tarde, incluso para el gran Condé, que luego sería gran gobernante, representó esencialmente, en sus días de lucha, una aventura llena de emociones.

Ninguna revolución consiguió enmarañar tanto las ideas sociales como en aquel tiempo. Se vió a los señores feudales abandonar sus casti-

llos pidiendo pan a los pies de los misioneros. Allí donde no llegaba la limosna se robaba descaradamente. Las mujeres se dedicaban a la prostitución. Los mas dudosos fundamentos de la vida humana en torno a la "familiaritas" y la lucha por el pan cotidiano. Si a ello se añaden las borracheras de la soldadesca, saqueos e incendios, tribunales tortuosos, descuartizamientos, secuestros y un atroz desconsuelo, se comprende que en esos tiempos, se llegase a desear la muerte mas que aquella clase de vida.

El alemán de la época se reflejaba en el silesiano Martin de Opitz con su poesia consoladora sobre la guerra o en el "Simplizissimus" de Grimmelhausen, mientras que en Francia escribía versos desesperados sobre su tiempo. El prólogo de Corneille al "Tolón de Oro" describe la situación hasta la Paz Pirineas.

Las continuas guerras religiosas asolaron a Francia y los impuestos decretados por el feudalismo envolvían todo el país como una espesa red, continua sangría para los que no podían acogerse a la exención por privilegios especiales. Era necesaria una gran ciencia para poder evadir los impuestos y evitar la injusticia. El monarca y los nobles, por medio de un derecho de presa, podían apropiarse de los bienes y sus dominios crecían según las propias necesidades o las de sus familiares. Tenían poderosas tropas aun en tiempo de paz. A estos bienes requisables en todo momento pertenecían las casas y la ganadería.

El labrador tenía que satisfacer, sistemáticamente un censo-en plata o especies- sin esperar beneficios de su cosecha. Las moratorias eran consideradas deuda legal que no prescribía hasta los treinta años. El derecho a una participación territorial sobre cada trozo de terreno labrado, obligaba a la entrega de una cuarta parte de los beneficios Sobre la doceava a la decimo-

sexta parte de los valores muebles pesaba un impuesto de venta. Una vez pagada la temida "taille"(7) en todas sus variedades había que hacer frente a los impuestos de la iglesia. Las leyes de arrendamiento eran agobiantes con sus excesivos pagos en casos de prórroga. Por lo regular, sólo se cedía el arrendamiento por un plazo de nueve años. Era imposible, por lo tanto, pensar en verdaderas mejoras en el porvenir. La reglamentación de los arriendos era tan meticulosa que imposibilitaba toda prosperidad y se necesitaba una inteligencia de leguleyo para darse cuenta de las trampas que prevenían las leyes, en contra de los oprimidos. Las disposiciones se extendían hasta el uso de herramientas. Incluso el permiso para poder cubrir las yeguas debía ser expresamente concedido. Los panaderos y los molineros no tenían mejores condiciones. Todo el comercio se organizaba para conseguir elevados precios, aunque hubiera abundante cosecho. La leche era cara, las rutas estaban obstruidas por molinos privilegiados. Anualmente, las fundaciones arrasaban los campos. Para los humildes apenas existía la carne y se alimentaban, casi exclusivamente, de cereales.

Una frase preferida de Enrique IV era que los destinos no faltase nunca la "poule au pot" en las familias. La frase era bienintencionada pero no correspondía a la realidad. Los impuestos sobre el ganado lanar, las contribuciones sobre el forraje, los derechos de matadero y adobo eran responsables, con las "Ordenanzas de la carne" de que nadie pudiese prosperar. La ternera, el buey y el cordero destinados a las grandes ciudades eran privilegio de clancos superiores. Los muchos días de vigilia dificultaban el libre comercio de carne. Más de 180 días eran vigilia y regían precios especiales. Aves y conejos y venados eran para los nobles. El pescado se consumía apenas por las dificultades de transporte, ya que en ese siglo Francia poseía

(7) Antiguo impuesto al rey y a la nobleza, pagado por los particulares.

600 buques y Holanda por ejemplo 16.000.

Pero todos estos impuestos no significaban nada comparado con el de la sal. Para conseguir el contrabando se emplearon ejércitos especiales. En los sitios donde la sal era requisada no podía transportarse a almacenes propios, sino que se la inutilizaba hasta con petardos y cañones. Existía claramente una inquisición fiscalizadora y perseguían a la gente que mezclaba agua potable con agua de mar para cocer alimentos, acusándola de sustracción de sal. Un verdadero ejército de aduanas inspeccionaba el país y era tan odiado que el nombre de "gabelon" se convirtió en un insulto (1). Puede afirmarse que casi una tercera parte de lo confiscado era a causa del impuesto de la sal. Se la llamó máquina infernal y no pudo abolirse hasta la Revolución Francesa.

En cuanto a la bebida también, los impuestos eran elevados. Los señores feudales tenían el derecho de vendimia cuando y como quisieran y de ello resultaban destrozos y grandes pérdidas en las cosechas. El labrador durante quince días al año no podía vender sus frutos, sino que pertenecían al amo. Una orden repentina podía requisar todo el vino y había rescates de bebidas, un impuesto que incluía las propias necesidades del propietario y un pago anual como permiso de venta.

Por lo antedicho se comprenderá que no era fácil sostenerse en esta desgraciada clase social, sin caer en la de los vagabundos y mendigos. Lo que se conseguía con el trabajo diario era destrozado fácilmente y sin escrúpulos durante las cacerías organizadas por los señores feudales o por la guerra. Un artículo de las Ordenanzas de Orléans prohibía al labrador matar al venado que hubiera entrado en sus tierras, sino espantarlo a pedradas, sin herirlo.

(1) "Gabelle", aunque por extensión se emplea más en lo referente a la sal, la palabra significa cualquier clase de impuesto.

Esto se reflejó en los Estados Generales 1789 así: "En el trato se antepusieron los animales a los hombres". Como la recaudación de impuestos la hacía un ejército de empleados y no había guardas rurales, los mendigos y vagabundos se apropiaban de todo lo que encontraban en su camino. Al hablar de soldados de aquellos tiempos hay que recordar que no eran las ^{tropas} regulares de nuestros días, sino bandas, mas o menos organizadas, que luchaban como valientes y robaban como granujas. Desconocían la disciplina, pero no el pillaje. No tenían amor al país, puesto que eran mercenarios extranjeros muchas veces, ni creencias religiosas, aunque luchasen por una religión y, la mayor parte de las veces, ignoraban hasta el idioma. Tanto en tiempos de Richelieu, como de Mazarino, había en Francia tropas de toda Europa que vivían a costa del país. La clase trabajadora era muy inculta. En la agricultura todo instrumento era arcaico y la industria sufría la amenaza del látigo de privilegiadas corporaciones. Contra todos estos abusos creados por la monarquía y el feudalismo eran impotentes los mas hábiles políticos. Sólo señalaré, a continuación, lo que caracteriza la situación espiritual.

Recordemos, cómo vivía entonces el filósofo Montaigne.

Acompañado de su familia, vivía en un castillo de Périgord, completamente aislado. Muy cerca, la guerra civil asolaba los campos y las campanas sonaban a rebato noche y día. La finca rodeada de bandidos, sin rastro de autoridad, ni respeto de derecho alguno. Se vive como en un estado salvaje, por todas partes acecha la traición y la muerte y no sirve de nada trancar las puertas, que pueden ser destruidas. Sólo se confía en la buena estrella de cada uno y en la energía propia. Nadie está seguro. En la propia familia Montaigne existen discrepancias religiosas. La hermana y la madre se inclinan por el protestantismo y Montaigne es católico desapasionado. De sus amigos unos son católicos y otros protestantes.

Montaigne participó en el sitio de la Rochelle. Allí encontró a otro meridional como él, bajo pero corpulento, joven audaz cuando ya él pasaba de los 40 años. Se llamaba Enrique y se hicieron amigos. Años después sería rey de Francia. Nada parecía unirles, pero los historiadores han narrado este encuentro fortuito. "Alteza, dijo un día Montaigne, por vuestra situación provisional parecéis más maduro. Los dos estamos hoy vencidos, yo por los años y vos por los enemigos. Lo vuestro no es definitivo, lo mío sí. Ahora nos entendemos bien. También vos deploráis la confusión y vanidad del momento y echáis la culpa al duque de Alençon". Y Enrique, bravuconamente: "Es una traca y si yo estuviera en su sitio, la libertad vencería a la violencia". Ambos rieron, porque la libertad no existía para Enrique, prisionero de los católicos cortesanos. "Cuando recobréis la libertad ciertas alianzas (se refería a la reina Isabel de Inglaterra) os llenarían de confusión. Actuar sin cabeza es confusión". Enrique preguntó a Montaigne "¿Cuál es la verdadera religión?" "¡Qué sé yo!" contestó y con esta respuesta mostraba que la desconfianza había desaparecido entre los dos. Este escepticismo quedó gravado en la mente de Enrique que, en muchos momentos de su existencia, recordó el "Que sais-je?" de Montaigne.

"Somos tan sólo huéspedes de una morada poco duradera. Por mi parte no deseo más que lo que la fortuna me trae y, cuando la vejez se acerca, mi castillo y mi mente son mi poder". "Por naturaleza temo lo peor y, si ocurre, puedo soportarlo con paciencia. Lo único que no aguante es la incertidumbre. No soy un escéptico". El joven Enrique no aprendió la lección más importante de Montaigne: "La violencia es fuerte, pero más fuerte es la bondad". La frase venía de Horacio: "Nihil est tam populare quam bonitas". Montaigne lanzó esta hipótesis: "Suponed que un ejército entero se pone de rodillas y, en lugar de atacar, re-

CAPITULO 2º

EL MITO Y EL HOMBRE
=====

" Ce diable a quatre
Qui avait triple talent
De boire et de battre
Et d'être Vert- Galant"

(Anonyme).



EL MITO.

Hay cientos de libros sobre Enrique IV, niño mimado de la historia y uno de los personajes mas festejados de la Edad Moderna en Francia. Moreri, en la segunda mitad del siglo XVII, cuando nació su fama, ya le pudo adjudicar mas cincuenta historiadores y unos quinientos panegiristas. Las cifras crecieron despues prodigiosamente. La mayor parte de los que escribieron sobre él, franceses como resulta lógico, llevados por una convicción profunda, casi por una fé, le alabaron. Tal vez estimaron que sería inhábil ponerse en pugna con una tradición, con raíces en el alma popular. Tal vez fué, sencillamente, por no cambiar el rostro de una imagen, con rasgos ya muy bien definidos en el concepto de las gentes. Y así, pintaron a menudo, más que retratos, estampas, cromos ingenuos a veces, como las imágenes de Epinal. Se hizo, un poco, a la manera de los que inventaban la fisonomía de viejos héroes, que se habían quedado sin iconografía y que había que presentar de algún modo al pueblo, que gusta de tipos concretos, de figuras visibles, pues las que se les antoja, son mucho menos reales.

Puestos a inventar, mejor hacer bellos ejemplares de humanidad, vigorosos, con prestancia y dar, por añadidura, a la invención, una nota brillante, casi una aureola. De este modo se deslumbra un poco y se hace mas deseable la mercancía. Se han solido introducir algunas variaciones para poner a determinada figura mas de acuerdo con el espíritu del tiempo. Muchas veces son meras adaptaciones, revoques, trabajos de consolidación. ¿Motivaciones? Serían demasiado largas de enumerar. El retrato no resultaba verd-

si bien era mas comercial.

En el caso de Enrique IV, como en tantos otros casos, la efigie convencional fué prestigiada. Se le hizo una aureola con anejos de simpatía, ese sentimiento casi divino que pone velos a las facciones sin gracia, a las flaquezas notorias y que hace olvidar, como si no hubieran existido jamás, las imperfecciones físicas. Y las otras. Me refiero a aquellas, que son propias de la humana condición, a que todos estamos sujetos. Los pecados capitales tambien los cometen los seres de excepción. Todos ellos son materia de redención. Provisto de este valioso regalo de una singular fortuna, el sujeto mas ruín se puede fácilmente transformar, como por arte de magia, en un hombre digno de admiración. Los defectos corporales y morales vienen a ser, entonces, notas pintorescas, adornos barrocos, señas particulares de los que nacieron marcados por el destino. Las mas claras manifestaciones de trivialidad congénita se transforman, con este aditamento, en algo así como las flores silvestres, asequibles a todo el mundo. Los detalles dan realidad y esmaltan, con su policromía, el fondo gris, y a menudo monótono o fastidioso, de la historia. O alegran el ambiente solemne, aunque en ocasiones está lejano de la majestad. La Historia tiene, algunas veces, la vacuidad insoportable de los ditirambos, compuestos por los retóricos que toman el nombre de historiógrafos de un reinado o cronistas de una Era.

Enrique IV suele adquirir su contorno, la línea principal y, como saben los pintores, la definitiva, en los bancos de la escuela en nuestro vecino país. Los niños de Francia aprenden a venerarle, casi antes de conocer las primeras letras. Desde entonces, se les aparece como un buen señor, un patriarca con barba florida y ojos maliciosos. Los personajes históricos

franceses -algunos literarios también- poseen una barba arquetípica, casi siempre "lucenga y florida". Enrique IV se le imagina con penacho blanco en el yelmo, siempre vencedor en la pelea, señor amado de sus vasallos, ingenioso, liberal, que ocupa el breve espacio, que le deja el duro esfuerzo de cada día, para aumentar la felicidad de su pueblo, para ganar batallas a sus enemigos, para divertir con sus juegos a los infantes reales...

Es un hecho, que no resulta fácil de comprender, que el país que más se ufana de haber sido de los primeros en derrocar la monarquía -o el Antiguo Régimen- rinde a sus soberanos de derecho divino, un cálido homenaje. Curiosamente, sin dejar de glorificar a la generación, que aventó las cenizas reales, tiene a sus reyes por representantes de lo mejor de su ser. En los manuales escolares, a menos que estén inspirados por un cerril sectarismo, que por intransigente y violento es detestable, se dedican y ofrendan ante los monarcas sahumerios, incienso y mirra. Velan sus rasgos con marcada tendencia, no a la adulación -pues por tardía carecería de sentido- a ocultar sus miserias. Se diría que, la dulce Francia, siente una especie de pudor retrospectivo, como si la nación conservase el prejuicio aristocrático. Francia se siente obligada a tomar a su cargo, el deber y el haber del pasado, la solidaridad de los siglos, aspirando a dejar a la posteridad un panorama con la posible suma de excelencias, de belleza y de gloria. Francia, ejemplo admirable. Pero ninguno de sus viejos Señores, ni siquiera el más donado de todos, "l'Empereur" -el Emperador que le faltaba para, al fin, hacer contrapeso histórico a Carlos V- mereció el culto total, que se rinde a Enrique IV.

Hace ya tiempo, que Enrique IV dejó de ser un hombre histórico, exclusivamente, para venir a parar en un tipo, que tiene algo de irreal. No todos

los que escribieron sobre él, lograron resistir a lo que Reinhard (1) ha llamado "las seducciones de la comodidad" y "la tentación de colocar a un héroe sobre un pedestal", como quienes no conciben la obra de un biógrafo sin apología. Para probar, sin duda, que había salido triunfante de aquel tipo de tentaciones calificó al personaje f. desde las primeras líneas de su libro, "Hércules galo", que llevó sobre sus hombros dos siglos y dos mundos", "héroe de la antigüedad". Estas bellas frases suenan en los oídos, con reminiscencias de los engolados discursos del XVIII.

La derivación hacia la irrealdad no se produjo, como otras veces, por obra de poetas que infundieron a personajes históricos un espíritu nuevo e hicieron de ellos alegorías. La transmutación -vil metal en oro y lo contrario- de un ser a expensas del verdadero. Hubo algo así, como cuando el pueblo crea mitos y da a los entes los caracteres mas eminentes de su idiosincrasia, para adoptarlos como sus hijos mas queridos, representaciones o encarnaciones de lo que debía ser su arquetipo. Seres en posesión de las cualidades que se atribuye y exalta y en los que se quiere, que sean símbolos de una raza.

El primer Rey Borbón adquirió, por un proceso de alquimia de este género, una existencia que no tuvo en vida y una fisonomía plasmada en el molde, que se hizo despues de su muerte. Vino a ser, poco a poco y en cierto modo, un producto artificial, en cuya elaboración intervinieron, tambien, los doctos letrados e historiadores. Se recogieron y fundieron en un crisol elementos de Historia y Leyenda, noticias -sacadas de viejos anecdotarios- aderezadas con granos de fantasía y alguna raspadura de conseja. Se espolvoreó el todo con una espesa capa de sonriente

indulgencia y lo que resultó, fermentado por la acción del tiempo y el calor cordial, sin demasiada crítica, se colocó en una peana. Ese es el Enrique IV que preside aún, a pesar del paso de los siglos, como una verdadera deidad, su recuerdo. Su fortuna no es menor, que aquellas deidades adoradas por las antiguas civilizaciones. Al verle, tan encubrado, vienen a las mentes aquellos engendros, casi inconcebibles, que recibieron en edades pretéritas ofrendas y adoración. Creer antecede a razonar. Por eso, se adoraron figuras, que debieron clasificarse, desde su origen, en la categoría de monstruos.

No va tan lejos nuestro objeto al hablar de Henri IV. Sólo apuntar una fórmula algo osada: el pueblo fecunda con su imaginación, casi tanto como con su carne. No es indispensable ir a buscar entelegías, exclusivamente, en los umbrales de la prehistoria.

Hoy resulta difícil, si no imposible, saber cómo fué, por ejemplo, nuestro rey don Felipe II. Es una figura enormemente deformada -si bien en sentido opuesto- de la que no es fácil averiguar, hasta dónde lo fué y en qué medida. ¿Era un hombre que encontraba su embeleso en la contemplación de las figuras del Tiziano o en los homúnculos y monstruos del Bosco? ¿Gustaba ordenar jardines y cultivar flores o era un necrófilo obsesivo? ¿Era un déspota sombrío, que se satisfacía con el humo de las hogueras inquisitoriales y los tufos de sangre en los patibulos? ¿Era el padre sin corazón de don Carlos o el amante progenitor de la infanta Isabel Clara Eugenia?

Los historiadores prometen objetividad y cumplen su promesa cuando pueden. Los pueblos, entretanto, crean. Nacen Horus, Brahma, la loba capitolina, los centauros y las Amazonas, la yegua de Mahoma -con

cabeza humana y plumas en el lomo- seres que apenas conservan un rasgo de lo que fueron o adquirieron al correr de los tiempos, una vida nueva mas definida, -la falsedad no importa- y, sin duda, mas duradera que la real. Vivir y existir no son conceptos idénticos. Acaso se pueda afirmar, que la mentira prestó a los hombres tan valiosos servicios como la verdad. Estaba pensando en los novelistas y en los poetas, no en los historiadores.

El francés tiene un elevado nivel de cultura y está dotado de suficiente ponderación -"bpm sens"- para no dejarse llevar a tan extremados excesos. Pero, como las gentes de otros países, ha compuesto sus crónicas, con noticias auténticas interpretadas, de vez en cuando, con cierta fantasía. También el francés tiene sus leyendas, que se asemejan poco, por ejemplo, a las que surgieron en los países nórdicos y están muy lejos de seguir los mismos rumbos que las de los pueblos orientales. Su naturaleza es distinta y su forma también. Es porque su folklore, para bien o para mal, no tiene el mismo cariz. No es raro que lo francés tome una pesada humanidad, algo grasa, que hace discurrir a ras del suelo, cuando no se posa por denso en las hondonadas. Busca mas a menudo su inspiración en la sensualidad -no en vano vive en un suelo ubérrimo, armonioso y sin duros contrastes como los hispánicos- que en el misticismo. La raíz mística es ansia de huir de la envoltura carnal, de evadirse de un mundo áspero e ingrato. El francés, por hallarse a gusto en su tierra, no siente la necesidad de ir a buscar refugio en países de ensueño, ni en el trasmundo como el español. Pantagruel sólo es imaginable en la oronda Francia; por éso el tipo pantagruélico tiene en ella gran resonancia y no puede concebir, ni lo pretende, los deliquios de San Juan de la Cruz. La gran Santa

Teresa se manifiesta alende los Pirineos en diminutivo...

En Francia surge espontáneo el estribillo monocorde, la canción maliciosa, rica en condimento y pobre en melodía y es mas rara la endecha del que canta por cantar. Gusta de las cosas concretas vistas de manera casi inmutable. Ama las imágenes minuciosamente dibujadas y para siempre y rechaza por instinto lo fuliginoso. Descartes no hubiera sido posible en España. Acaso por estas consideraciones -o insinuaciones sin desarrollo suficiente- el pueblo francés volcó sobre Enrique IV el cuerno de la abundancia de sus complacencias. Y lo hizo, como si el personaje, al que prestó previamente la mitad de su ser, hubiera de representar no lo que fué en realidad, sino lo que hubiera querido que fuese.

Enrique IV sucedió en el tronp a un ~~pobreyer~~ (?) con todas las taras aún las mas infamantes, de la degeneración de su estirpe. Los Valois terminaron bañados en sangre e ignominia. Tal vez apreció ^{por} a su antecesor, todo lo que tenía de mas plebeyamente humano y sus resabios de aprisco juvenil, le permitieron respirar, sin peligro, los tufos de corrupción de la corte francesa. Con esta afirmación se comprende que Enrique gozaba de buena salud mental. Despues del homosexual y perverso Enrique III de Valois, pudo dar la sensación, sobre todo a quienes le veían de lejos, de un cierto equilibrio vital.

Tras de la división del reino francés en bandos enemigos, que se destrozaban entre sí y arrastraban al pueblo a las guerras civiles las mas trágicas, cuando Francia presentaba inquietantes síntomas de disolución, Enrique pudo adquirir el prestigio de haber sido factor de unidad, componedor de mortales disidencias, campeón del chauvinismo triunfante ante graves eclipses del sentido nacional y peligrosas claudicaciones frente al extranjero. Por decirlo con palabras actuales, Enrique fué una manifestación mas de la "Force de frappe

Con Enrique IV surgió, luego del despilfarro -sangre y oro de la nación- la preocupación de crear riqueza y se puso remedio a la crónica anemia de la hacienda con la instauración de nuevos elementos de producción. Se le pintó por estas razones como hombre campechano, alegre, de clara visión, pintoresco, ingenioso, gran corredor de aventuras; pero entre donaires y a despecho de los nobles, estuvo atento y preocupado porque sus mas necesitados vasallos tuvieran la porción de bienestar necesaria y trató de que se aumentara su caudal. Procuró al campesino -último peldaño entonces, ahora y siempre, de la humana condición, pero base y cimiento de todo reino- el mínimo vital de riqueza y dignidad. Instauró el descanso dominical, proveyó de hogares tranquilos y liberó a los labriegos de las asechanzas del poderoso señor de sus tierras. Por aquel tiempo surgieron las risas y canciones campesinas en torno a "la poule-au-pot". Fué por tanto, y sigue siendo, un gran rey, patriarca de los tiempos nuevos, pero mas que lo que hizo en verdad, fué porque así lo decidió el azar, en conjunción con la voluntad de los hombres, como suele acontecer. Acaso Enrique IV fué un ideal humano hecho carne, con rasgos de arquetipo al estilo de Rabelais o de nuestro Arcipreste de Hita.

Forzoso es, sin embargo, reconocer que Enrique IV presenta muchos flancos a la caricatura, que surge necesariamente, por definición, cuando el pintor de retratos cae en el peligroso través de la adulación o, seducido por el modelo, lo embellece demasiado. Los ditirambos tienen el defecto de poner de manifiesto ^{la disyunción} entre la descripción amañada y la verdad. Este choque psicológico es uno de los mas enérgicos elementos de lo cómico. (Bergson). Viene a ser en este caso concreto, algo así como representar a Sileno con los rasgos de Apolo o, como decíamos mas arriba, a Hércules "con dos siglos y dos mun-

dos sobre los hombros"...

No pongo en duda el derecho de los pueblos a la vanidad y aún a la coquetería. Es un lugar común milenario, que los enamorados adornan al amado de todas las perfecciones. La belleza que le prestan no es efecto de una voluntad engañosa, sino del mismo amor. Cupido no es ciego, pero tiene vendados los ojos. No elimina la fealdad, porque no es tanto su poder, pero no la vé. Esta bendita ilusión, sin embargo, no impide que la realidad permanezca entera, a menudo deleznable, sin que la cambie de esencia la mayor exaltación, ni ~~de~~ modifique la sustancia, porque se tribute un culto y adoración. La prevalencia de lo objetivo es lo que hace, que un madrigal se transforme en sátira y una apología tome las apariencias y nocividad de un libelo. Basta poner a su lado una imagen sin retoques, un retrato fiel.

Algunas gentes, les importa poco conocer la verdad verdadera. Otras, no gustan del análisis, ni de hacer de sus ocios tormento, ni de la lectura un quebradero de cabeza. Muchas gentes prefieren las frases hechas, los conceptos de molde, las figuras sin rebabas y, si es posible, ricas en color, sin matices, tropiezos, ni complejidades, que se les antojan pedanterías. Pero, por ser realidad, han de atraer a los que, por falta de imaginación, para suplir con ella, lo que omitió la invención, procuran examinar las cosas con sus propios ojos. Huyen de novelas mediocres y comedias falsas.

Los curiosos y los suspicaces -investigadores al fin- para ver mas y mejor, escardan epítetos, podan frondas, suprimen la elocuencia y la retórica -planta parásita- y buscan el hecho histórico en su desnudez pristina, para tratar de comprender el personaje. Acaso, amarle luego con sus defectos.

sus imperfecciones, con el fin de que estuvieran mas cerca del mundo y de los hombres. Resultan divinidades con muchas miserias, tan perecedoras y claudicantes como la humanidad, que no les negaba por ello un lugar en las cimas del monte Olimpo. Es grave error creer que la grandeza ha de ser, forzosamente, equilibrio de todas las facultades. El genio no es equilibrado. Es casi perder el tiempo, ponerse a buscar, en los grandes personajes, signos que hagan de ellos prototipos en el orden ético o en cualquier otro orden. Los regidores de pueblos, capitanes, conquistadores, fundadores de reinos y dinastías, ignoraron muchas veces o vulneraron a sabiendas la ley moral (3). La posteridad aplaudió o condenó a los grandes no por lo que fueron, sino por lo que resultó, y por la interpretación que se dió a su obra. Sin contar que la mayor parte del pueblo toma de la Historia lo que quiere, con el mas profundo desdén de la objetividad.

¿Qué importa, repito, la verdad a la mayoría de las gentes? Lo que interesa es lo pintoresco, -lo interesante es aquello que remueve al inconsciente y ahí no anida la verdad sino el instinto- la novela de la historia, la anécdota que le divierte. (4) La misma caricatura le es mucho mas soportable que la imagen real, menos acusada y con menos sabor. En Enrique IV gusta mas la falsificación que, al fin y al cabo halaga, con sus proezas -¡tan modestas!- con sus flaquezas -mas efectivas y peligrosas de lo que se suele pintar- Despues de todo, cuando una nación admira, piensa mas que en sus héroes en sí misma. El coro de la tragedia se debió creer a menudo el verdadero protagonista. Si no fué como quiso la pública voz, lo pudo ser y es lo que importa. Así procedieron los que dieron origen a las leyendas, romances y cantares de gesta. Así se ha escrito, de vez en cuando, la Historia.

- 33 - bis

(3) Se cuenta, que el confesor de un rey le dió una absolución general, por todos los pecados que pudo cometer al servicio de Francia.....

(4) No me refiero, inútil parece el decirlo, a los historiadores serios, sino a los "outsiders", entre los cuales no quisiera que me considerasen mis maestros de Historia.

EL HOMBRE

Como hombre Enrique IV valía poca cosa. Era feo y sin prestancia. Tenía perfil de morueco y nariz de polichinela y era tan pequeño de cuerpo que para montar a caballo había de subirse a un escabel. Su padre, Antonio de Borbón, hacía remontar la ascendencia de su linaje a Roberto, sexto de los hijos de San Luis, rey de Francia. La pretensión estaría bien fundada, sin duda, pero como decía Malherbe -discutible poeta y mala lengua acreditada- denota bastante estupidez, puesto que "cuanto mas vieja es la estirpe resulta, para los discretos, mas sospechosa". Parece seguro, en todo caso, que el padre de Enrique IV era un hombre vacío y sin seso. Calvino decía de él: "Totus est venereus". Pudo decir tambien, con igual fundamento, que era todo versatilidad, inconsciencia o las dos cosas a la vez, a menudo en relación de causa a efecto.

La madre de Enrique IV apenas si era una mujer. Hombruna, venal, marimacho, carecía por completo de feminidad, de coquetería y de tacto, expresión, y no la menos estimable, de sensibilidad. Juana de Albret, reina de Navarra, quiso añadir a este título el de teólogo, como derivación acaso o sustitutivo del abandono a que la relegó su marido. Llevada de la tosca y rugosa falta de clase que era su natural, dió de lado a las creencias de sus mayores y despreció la pompa de la Iglesia de Roma, para arrastrarse por los pedregosos caminos, que abrió a las almas el calvinismo, la mas agreste y empinada de las sendas que partieron de la rebelión de Lutero. Juana le añadió, por su cuenta, la terrible sequedad de espíritu que comenzó, apenas como un tinte externo, en Calvino. En nombre de las puras doctrinas de Cristo expulsó de sus dominios a los "papistas" (5) correligionarios de ayer y al otro día de su abjuración

(5) Así se llamaba, despectivamente, en Europa a los católicos.

simples apesados. Juana, en nombre de la austeridad, confiscó bienes y templos. En el de la caridad, persiguió a sangre y fuego a quienes se obstinaban en permanecer en su vieja fé y el culto secular. En nombre del "libre examen", enviaba a chisporrotear en la hoguera o a patalear en la horca a quienes no compartían su reciente convicción religiosa. Don Francisco de Alava, embajador de Felipe II, la llamaba la "mala mujer" y solía decir al hablar de ella que era una hereje enrabada.

El principio que Juana siguió, para educar a su hijo Enrique, era que tenía que formar un luchador, pues consideraba la pelea por la causa predicada por Calvino, como el manantial mas rico en virtudes y en bienaventuranzas. Su cortedad y la penuria de sus sentimientos las aplicó a la religión (6) no como un cruzado, sino como un cabo furriel. En la gran porfía dejó, si llegó a tenerla alguna vez, el último atisbo de afectividad. Vista bajo otro aspecto, Juana se mostró a lo largo de su vida taciturna, enfurruñada, encerrada como en una prisión en un orgullo cicatero y con mil achaques propios de una nobleza lugareña. Juana perteneció a un subgrupo de aristocracia, que suele poner el signo de la excelencia en una desconsideración -mentirosa- de los demás. Olvida aquel sabio consejo oriental de que "cuanto mas alto es el junco mas se dobla". Juana había tomado por divisa la que lo fué de sus tierras de Bearn: "Soy quien soy" ("sum id quod sum") lo que resultaba en ella, por lo subalterno de su posición, vacuidad pretenciosa. Y así mantuvo a lo largo de su vida una actitud

(6) Los hugonotes llamaban así, por antonomasia, a su fé.

a la defensiva que negaba, sin quererlo, la superioridad incuestionable que pretendía expresar.

Enrique, su hijo, pudo adoptar el mote de "bearnés", con el sentido de singularidad, en muchas cosas. Entregado al nacer a nodrizas y a una buena mujer de la capña de Pau, pasó, mucha parte de su infancia, en la aldea de Bilhares. En los días trascendentes de la formación de la personalidad, cuando se imprimen en la blanda arcilla del ser, los rasgos de lo que ha de ser el hombre, mas tarde, Enrique fué un chiquillo más entre la turba desarrapada de los muchachos campesinos. Pasaban todo el día en correrías, pedreas y peleas -la verdad es que los mayores no hablaban mas que de guerras- en coger nidos, robar manzanas en los cercados, chapotear en los charcos y arroyos o beber de bruces en los ríos.... Enrique fué nutrido con pan bazo de labrador, con queso de cabra y en las fiestas de guardar comía, como gran festín, tortilla de ajos tiernos (7). Enrique creció por tanto como la chiquillería del lugar, entre zagales y bestias, aves de corral y refugio en el establo. Devuelto mas tarde al hogar paterno, no halló allí ni ternura ni buenas maneras, sino que continuó su agreste existencia y ya nunca pudo vivir de otro modo.

Desde los nueve años se llamó Enrique "rey de Navarra". El título sonaba como un tambor, pero no tenía contenido alguno. Tal reino era español y el feudo de los Albret se reducía al vizcondado de Bearn, señorío modesto en parangón con los heredados por otros grandes señores de la época: los Guisa, rivales y menospreciadores de reyes, los Mercoeur, los Bouillon, Montmorency y otros poderosos linajes de Francia, semifeudal

(7) Una leyenda que los autores franceses no omiten nunca, dice que cuando

por aquel entonces.

Enrique iba a ser soberano de un pueblo primitivo, pero llegó a ser rey de Francia. Llevaba en sus armas vacas y su pueblo estaba compuesto de rabadanes, leñadores, cazadores furtivos y labradores de tierra ingrata. Y acabó por reinar en la Dulce Francia. Los hombres del Bearn eran recios y primitivos, con vida dura, siempre iguales en la pena, que sólo se interrumpía los domingos para asistir a los oficios del culto de quien mandaba en ellos. La religión se había hecho "regalía" y cuando Juana de Albret cambió la suya, sus vasallos tuvieron que seguir su ejemplo. "Cujus regio ejus religio". Y comenzaron a orar, entre la desolación de unos templos desnudos, despojados del adorno ingenuo que había puesto en ellos la piedad de los católicos medievales. Tenían que escuchar el sermón, la mayoría de las veces vitulento y pronunciado por predicadores ignorantes, que enseñaban que el homenaje más grato a Dios era la maldición de los enemigos de la fe. De la suya, claro está. Añadían, que la senda de salvación, la más segura, era el exterminio de los católicos.

Enrique tuvo que ser soldado. Así ocurría entre las familias nobles, pero además en él concurrieron circunstancias especiales. Porque así lo quiso la voluntad materna, que consagró toda su capacidad de pasión al proselitismo de la causa protestante. Porque el feudo era pobre y había que vivir. Porque era un deber procurar que triunfase su doctrina y, por si fuera poco, porque Enrique no sabía hacer otra cosa. Enrique, repito, tuvo que ser soldado, oficio del que, en los tiempos de ahora, no es fácil

nació, su abuelo materno Enrique de Albret, le puso en los labios unas gotas de vino y restregó un diente de ajo. Estos sabores, los preferidos del país.

imaginar la rudeza. Y fué soldado de un partido o, mejor aún, de una secta religiosa lo que es todavía peor. Fanático por definición, sanguinario por una contagiosa perversidad, brutal por imperativo de una conciencia descarriada, que temía confundir los términos de flaqueza y piedad, el resultado no es ejemplar. En aquel ambiente, se calculaba la magnitud del merecimiento, por el radio que alcanzaba el resplandor de un incendio, el volumen de un saqueo, el caudal de la sangre vertida, el horror y la miseria que se sembraba en tierras del hermano enemigo...

Desgraciadamente así fué la escuela del joven rey de Navarra, jefe de un grupo de pecheros, cruel e ignorante como ellos, codicioso también, compartiendo, como una mas, su existencia de cada día con trabajos y fatigas, con crímenes y su botín. Enrique tuvo que resultar marcado por su infancia entre palurdos, sus camaradas de juego y por su juventud transcurrida con los que fueron sus compañeros de armas. Al menos, aprendió la ley de la convivencia, que es buena maestra en el arte de vivir.

Reyezuelo sin corona, Enrique pasó algún tiempo en la Corte de Francia y se sentía disminuido por su propia torpeza y por la soberbia de los demás. Carlos IX se mofaba de sus aires pueblerinos, del acento con que hablaba el francés, de sus salidas de tono. En una palabra, le tenía por un cortesano, que no era como los demás. Enrique parecía algo intermedio entre el pariente pobre y el bufón, "como si fuera un simple paje o un lacayo", dice uno de sus contemporáneos.

Como resultado de un funesto cálculo entre la avaricia y la política, le dieron por mujer a Margarita de Valois, que ha pasado a la Historia con un nombre de batalla: la reine Margot. Era como las mozas

de partido y, desgraciadamente, se parecía a ellas no sólo en eso. Cuando Juana de Albret anudó el casorio, ya conocía los inquietantes rumores que circulaban sobre la desposada, precoz en su mala reputación y con poca inclinación a corregirla. La reina de Navarra decía que la corte de Francia era "la mas maldita y corrompida". Los frutos que era razonable esperar de Margarita sazonaron ya desde su edad mas temprana, en los albores de la adolescencia. Si con los años se hicieron menos jugosos, mientras circuló la savia, tal planta no cesó de producir engendros.

La "reina Margot" aún conserva adoradores, tan persistente fué en ella la capacidad de amar y de ser amada. Brantôme, mucho mas pintoresco que veraz, dijo: "Las bellezas que fueron, son y serán, resultan feas en comparación con ella". Y tambien, "las diosas de los tiempos antiguos y las diversas emperatrices, parecerían junto a ella unas maritornes". Lo mismo que admiró su hermosura y majestad, Brantôme alabó su saber y cuenta maravillas de su ingenio. Cita sus cartas y peroraciones y asegura que, al oirla, nadie que estuviera en su juicio podría menos que sonreír y "hacer burla del pobre Cicerón". *Realmente era muy culta.*

Las crónicas de su tiempo dicen de Margarita que, como su suegra, si bien en sentido diferente, sintió vocación de apóstol y que para reconvertir reformados y herejes de toda laya, hizo acopio de las Escrituras y de los escritos de los Santos Padres de la iglesia. No consta que, antes y despues de estos pufos teólogo-intelectuales, prestase demasiada atención, como hubiera sido obligado, al estildio de los mandamientos. Y no hablemos de su observancia aun temporal. No sé si era una enferma o seguía el ejemplo de sus parientes, pero con el ejemplo de su marido, la

práctica de la virtud hubiera resultado, realmente, pedir demasiado.

Enrique, por su parte, no poseía las condiciones que hacen grata o llevadera la fidelidad conyugal. Consideraba la limpieza del cuerpo como inútil remilgo e incluso través de gentes afeminadas. Era de la especie de los que opinan que la suciedad, como la negligencia, son señales de hombría. Enrique aparecía en la Corte con la cara bañada en sudor y los cabellos pringados por la polvareda de su última cabalgada. Por una especie de fobia mal explicada -que heredó su hijo Luis XIII- no se peinaba jamás y un tocado con relativo aseo provocaba en él gestos de desdén y hasta improperios. Incluso sus turiferarios, convienen en decir, que olía muy mal. (Alguno ha llegado a decir que era uño de sus encantos...) Un contemporáneo suyo dice que: "Il puait comme une charogne" (8) Aubigné, que en el hablar no era caritativo, subraya esta circunstancia vigorosamente. Cuentan que en su juventud la reina Margot, tras prolongada ausencia, fué a Casteras para unirse con él, pero se negó a compartir el alojamiento, lo que dió lugar a los sarcasmos de la lengua viperina, que era la marquesa de Verneuil. Mas adelante, veremos como su segunda esposa, María de Médicis, llegó a enfermar el día que le encontró por primera vez. La gran suciedad de Enrique IV llegó a ser objeto de canciones y chascarrillos.

Pues bien, si prescindió tan decididamente de la limpieza, no anduvo mas preocupado por la cuestión de la indumentaria. Consideraba el bien vestir como atildamiento achaque de los infames "mignons" (9) o cosa de damiselas. Por una parte era desidioso, pero tambien era un tacaño. "Nues-

(8) "Le fidèle sujet à la France", anónimo, citado por Le Grain.

(9) Se llamó así a los cortesanos ^{que eran} atildados del tiempo de Enrique III.

tro rey, decía un cronista, es modesto en su vestido y en su gasto", delicioso eufemismo, digno de un hombre veraz, en la piel de un cortesano. Otro, decía "Le hallé bastante mal trajeado y una vez ví que llevaba un jubón de tela blanca todo deshilachado y completamente sucio por la coraza. Llevaba una manga rota, las calzas muy viejas y destrozadas del lado del talabarte". Vaisière dice (10) "No imaginemos a Enrique IV vestido suntuosamente, como lo describen los historiadores de las ceremonias oficiales: jubón de raso blanco, gregüescos de seda, calzas largas, capa de terciopelo... Por lo común hay que figurárnoslo menos resplandeciente". "Tal vez sea en él sencillez y economía -añade indulgente- pero al mismo tiempo incuria vestimental... que se podría explicar por la forma de vida campesina que llevó siendo príncipe y que en su piel la miseria dejó una marca de mugre y también de mezquindad" ("chicheté").

A la rusticidad explicable de los años mozos, unió una libertad de expresión adquirida, no en escuelas que enseñaban en latín, -las frecuentó poco o nada- sino en los tugurios de las salas de armas y en los tenderetes de los campamentos militares. En éstos se crió muy a gusto y no podían ser academias de compostura y de buen decir. Allí se formó ya que no su cortesía, al menos su desenfado. En esto llegó a lo más que se puede alcanzar, en la expresión de lo que se considera un hombre sano y normal. No echaba de menos la consideración de los demás, ni apreciaba el decoro que es respeto de sí mismo y de los otros. Por el sendero del encogimiento de hombros llegó al desprecio del juicio ajeno que, sin el poder moderador del tacto, le llevaba a la extravagancia -pecado venial sin duda- pero, en otras ocasiones, al proceder odioso y al ridículo -que en reyes es pecado mortal-. (También en el común de los mortales).

(10) "Henri IV" Pierre de Vaisière. París 1928

Enrique IV nunca se pudo desprender del acento gascón, que hacía reír en sus mocedades a Carlos IX y con mayor crueldad en la afectación y amaneramiento de su corte, que quedó reflejada en la literatura de la época. No consiguió jamás una dicción pulida, le faltó el gusto por lo refinado, siempre estuvo alejado de lo que fuera signo de cultura. Carecía de las primeras letras, hasta bien entrado en años, y, luego, llegó a escribir breves cartas, con gracia sencilla, soltura e ingenio. No conocía mas lenguas que la propia. No leía nunca. Estaba, en resumen, totalmente desprovisto de sensibilidad, para gustar de los placeres que proporciona la inteligencia.

Scaliger decía: "Hay dos cosas que Enrique IV no sabrá hacer jamás: leer y ser formal". Se ha dicho en descargo suyo que era corto de vista y que a veces Laurens, su médico, le leía cuando se acostaba para que se durmiese mas pronto. Su libro preferido era el *Amadís de Gaula*, personaje que tanto admiraba que un tiempo pensó encarnar para seducir a la famosa Corisande (11) y para ir a verla salía por las noches a caballo, envuelto en una capa blanca, como Amadís y sembraba el terror entre los campesinos, que huían de él pues le tomaban por un fantasma.

Si estaba enfermo, hacía que Monsieur le Grand (Caballero Mayor) u otros, le leyeran en voz alta algunas páginas de la "*Astrée*". Aunque parco en lecturas era muy dado a conversar y la charla era, en ocasiones, ciertamente grosera. Vaissière le acusa, tímidamente, de "cierta banalidad" es decir de "trivialidad en el gesto y en la expresión". "Sus bro-

(11) Se refiere a Diana de Ardouins, muy dada a novelar y poetisa de la que anduvo enamorado.

mas no son mas que dichos de cuerpo de guardia y sus chanzas resultan simples retruécanos y juegos de palabras". "Se le reprocha, hoy como antaño, su complacencia entre gentes de baja condición y que trate con ellas de igual a igual: no haber guardado siempre el decoro y dignidad que conviene a un monarca". La verdad es, que Enrique el bearnés llevó aires rurales a la corte, con mas aromas de establo, que de tomillo. Su preparación para el trono podía ser la de un oficial cualquiera de lansquenets. "Soyons bons compagnons", solía decir a los gentilhombres y les daba palmadas en el hombro. Madame de Simier dijo cierto día esta frase sutil y cruel a la vez: "He visto al rey, no he visto a Su Majestad".

Talleyrand de Réaumur (12) escribía, refiriéndose a él, que "No era demasiado liberal y muy agradecido", con lo que quería dar a entender que contaba sus doblones con la parsimonia de un labriego del Bearn y trataba a los demás, incluso a sus mejores y mas afortunados colaboradores, como alguien que no se deja llevar por la gratitud. Las obligaciones por este afecto son incómodas, sólo para aquellos que carecen de grandeza de ánimo y de generosidad. El que quiere lograr llegar a una meta, a costa de todo, ha de romper tales trabas. El mismo autor asegura que Enrique sufría de un extraño mal llamado "cleptomanía" y que no resistía a la tentación de apropiarse cuanto estaba al alcance de su mano. El mismo solía decir que, de no haber sido rey, hubiera estado en prisión y hasta terminado sus días en la horca.

Tenía un genio muy fuerte, cínico, inteligente, chistoso,

(12) "Histoires".

inquieto y alegre, aunque tenía la lágrima fácil -como Luis XIII y Luis XIV- rebelde a cualquier disciplina, tanto en su conducta como en sus ideas. No había sido educado, ni para vivir, ni menos para reinar y por esta razón era arbitrario e improvisador en todo cuanto hacía. Un embajador italiano de la época, hablaba de su "dolce manera", aunque accesible a la cólera. Villeroi, su ministro, afirmaba, que era rápido en la palabra y lento en la acción. Mas fanfarrón que valiente, dominaba sus reflejos a fuerza de voluntad, lo que supone una buena forma de valentía.

Con todo lo que antecede, parece descubrirse en Enrique IV a uno de esos hombres que fabrican un mundo a su conveniencia, saltan los obstáculos a base de ficciones, borran con un gesto aquello que les estorba y atribuyen a los otros las ideas y sentimientos que mejor cuadran al propio plan, lo pueden favorecer o sirven para explicarlo. Algo de lo que los ingleses califican de "Wishfull thinking" o que en lenguaje psicológico se llama "desrealización de la proyección".

El personaje no pudo prestigiar el trono, ni mantener las tradiciones de la Corte de Francia. Llegado a ella casi por efracción, criado en sus arrabales, no sintió el peso de la púrpura, ni el lastre de una tradición. Por éso su espíritu resulta, en cierta manera, revolucionario. No se señaló por sus principios morales, que nadie le enseñó en su vida de reitre. No se distinguió, tampoco, por el refinamiento del gusto, ni por la menor delicadeza que no heredó de sus abuelos. Tampoco recibió buen ejemplo, como decíamos mas arriba, en su niñez, obligado a un toma y daca constante, crecido entre fanatismos opuestos, sus convicciones no pudieron afirmarse. Perdió de esta manera, hasta la facultad de discernir,

y si no la de elegir, si la de dejarse llevar libremente por sus agrestes inclinaciones. Alejado del recto camino, tuvo que aprender a husmear lo que mejor servía a su interés por los vericuetos y encrucijadas. Obligado a contentar a muchas gentes de opinion diversa, aprendió a mentir o al menos a simular en cualquier ocasión. Hasta tal punto llegó en su disimulo y engaño que no podía repetir dos veces la misma anécdota sin quitar o añadir algo. Como decía un cronista "sin mejomdo". Tenía en poco su palabra empeñada y olvidaba el empeño según las circunstancias. Faltaba a ella sin vacilar porque prometía demasado, no tenía lo que había que dar y además le costaba esfuerzo ser generoso. Por tales razones no *prodigaba* mercedes, ni aflojaba los cordones de su bolsa con frecuencia.

Los gustos de Enrique IV eran montar a caballo, jugar a la pelota, cazar, derribar mozas. Sus pasiones, la ambición de reinar, los naipes y las faldas. Y sin embargo todas las mujeres -menos María de Médicis- se burlaron de él, como por obra de un destino aciago e implacable. La falta de correspondencia entre la violencia de sus entusiasmos amorosos, tan frecuentes como incoercibles, y la realidad menos pródiga de su temperamento, explicaría acaso la reiteración del engaño de las mujeres. La marquesa de Verneuil, su amiga de muchos años, le llamaba en son de burla "le capitain bonvouloir" (algo así como "quiere y no puedo").

La muerte le dió virtudes que no poseyó en vida y una fama que no tuvo en su tiempo (13). Los autores contemporáneos, ante la proliferación de apologías de épocas posteriores, se maravillan de que los contemporáneos del bearnés no le juzgase mejor. Tienen por mas digna de crédito

(13) "Sa vie populaire d'après les mémoires de son temps". Duc d'Anjou. 1884. p. 111.

to la idea de los que le estudiaron despues. Sus coetáneos le fustigaron con saña y calificaron su régimen de "corrompido y ruinoso". Los mas prudentes decían que no tenía buenos colaboradores. Todos sabemos lo que tal juicio encubre, sea cual fuere la época de la historia sobre la que se escribe. Todos los cronistas del tiempo convienen en que el reino iba muy mal. Battifol refiere que el primer presidente de su Parlamento dijo a Enrique IV (14) que "el malestar era general" y que las causas de descontento eran innumerables. "Desórdenes, injusticias, abusos, maldad y corrupción", esas eran las palabras mayormente empleadas. Los embajadores de países extranjeros eran acordes, en señalar la inquietante situación de Francia. Giovanni, un florentino escribía que el rey gobernaba mal, irritaba a todo el mundo, hería la susceptibilidad de los aristócratas de mil maneras y se hacía aborrecer por su avaricia. Otros pronosticaban su fin trágico, ya que la gente no veía el momento de deshacerse de él. El clero de Paris, y otros, eliminó las plegarias rituales por su soberano. Si el crimen es, en ocasiones, pura intención, flotaba en el aire la tentativa de asesinato. Los complots fueron muy numerosos y tambien los atentados. Repitamos para terminar esta letanía: "Jugador, bebedor, embustero, lleno de doblez, de un egoismo feroz"... "Il ne louait les autres et se vantait comme un gascon" decía Tallemant, lo que era, según la idea vulgar, el mas acabado tipo de fanfarrón. "Se sirvió para reinar de estos medios: la mentira, el sarcasmo, la falta de generosidad y la ficción de clemencia". Michelet le calificó de "cambiante como el agua"...

A todo lo que acabamos de decir ya, para que no se nos tilde de presentar a Enrique IV con rasgos negativos, fuerza es el de añadir que

(14) Louis Battifol, "Le Louvre sous Henri IV et Louis XIII". Paris, 1930

profesaba a España un odio cerval, casi temperamental. Probablemente, además de diversas razones, el odio estaba inspirado por su formación calvinista en primer término. Por la lucha que tuvo que sostener con España para encaramarse al trono. Por interés personal y dinástico. Por contextura moral y espiritual, tan opuesta a las del español de entonces. Por la posición de su reino en Europa. Por las ambiciones tradicionales de su monarquía... No hace falta seguir. Una de estas causas o todas ellas contribuyeron al odio del bearnés y a que tomase cuerpo en Francia el movimiento político de oposición a nuestra hegemonía. Llegó hasta ponerse a la cabeza, cierto es que con mediocre fortuna, de los que conjuraban para precipitar la ruina de la Casa de Austria, socava^{de} ya en su tiempo por algunos elementos de debilidad.

En materia de religión, Enrique IV siempre estuvo dispuesto a abjurar, de lo que fuera. Al nacer fué católico y siguió a su madre, cuando ella se hizo partidaria de Calvino. Volvió a la iglesia católica, porque temió por su vida luego del drama -¡fue claro está!- de la Noche de San Bartolomé. Enrique aspiraba a una corona, pero no sentía vocación por la de mártir. Nada le impidió para que emprendiese, casi inmediatamente, la lucha con los de su fé primera, con cuantos medios tuvo a mano. La religión no era para él un fin, ni una convicción, sino un trampolín o una materia de conveniencia. No es raro pues que católicos y reformados le tuviesen, alternativamente, por un farsante. Con todo, después del "Ite missa est" de su postrer conversión, dueño ya de París y rey de Francia, se ufano de ser mas creyente que sus vasallos. ¡En vez de una Fé, tenía dos! Lo malo es que en materia tal, sumar es restar y el resultado de la adición, cuando no es hipocresía y doblez, es cero.

Su ascensión al trono no fué cosa de coser y cantar...

- 48 -

CAPITULO 3º

LA CRISIS GENERAL DE EUROPA
=====

" Celui qui met un frein à la fureur des flots.

Sur quel roseau fragile a-t-il mis son appuis? "

RACINE. -



LA CRISIS GENERAL DE EUROPA

La crisis de Francia era reflejo de la que en Europa provocó la Reforma, fruto a su vez de una profunda perturbación con raíces en el Renacimiento. La revolución religiosa, política, moral y social que se produjo no está decantada aún, ni siquiera después de las recientes conversaciones post-conciliares e interconfesionales. La Reforma, resultado de la división y discordia alemanas, tuvo repercusiones en todas partes, por la solidaridad ineluctable de la civilización occidental.

Francia, Suiza, Países Bajos, Inglaterra estaban divididos. España y el Imperio habían perdido su cohesión. Los Habsburgo se veían amenazados al Este por el turco y al Oeste por la heterodoxia. La situación era mala en Escocia y el calvinismo se abría paso en el reino de Nápoles y Milanesado.

Felipe II tuvo que inquietarse por los progresos de la herejía en sus fronteras y en su Imperio. No la podía considerar tan sólo desde el punto de vista dogmático, sino sobre todo como factor de disolución política. A Felipe II no se le combatía con textos y citas de las Escrituras, sino con libelos difamatorios, y con la subversión de sus pueblos y con las armas. Las comunicaciones entre sus dominios perdían seguridad. El paso del Loira y el Rhén, necesario para llevar tropas a los Países Bajos, estaba en peligro. El de Italia a Alemania tenía que cruzar el valle de la Valtelina, dominado por fanáticos reformados. Necesitaba también libertad en el mar, para comunicar con Nápoles, Sicilia, Milán, y controlar a los príncipes Italianos. Por un azar de concatenación histórica, también necesitaba del mar por el poderío naval creciente del Imperio turco. En el mismo día, se coronaron Emperadores Carlos y Otomán y empezó el enfrentamiento de la Cruz con la Media Luna. En el océano, a Felipe II le era forzoso contrarrestar la acción de holandeses e ingleses, que

tomaban como pretexto^{el} doctrinal, para la destrucción las fuentes de la riqueza y poder. No se ha estudiado bastante el papel determinante que tenía para España la cuestión de las comunicaciones y la trascendencia en ellas de la discordia religiosa (1)

Los Austrias podían ser tolerantes en la doctrina. Nada les obligaba a erigirse en adalides de una Fé. Pero ésta tenía efectos decisivos, que marcaban una acción diplomática y militar. Piratas y corsarios servían de agentes a los reformados. Las discrepancias ideológicas eran pretexto para cazar galeones, aporte vital para el tesoro del rey católico. Saquear las costas del imperio español en los dos mundos era un insigne servicio a las ideas, como hoy se diría, el deporte favorito. Isabel de Inglaterra y Nassau descubrieron que combatir al Papa era un buen negocio. Los piratas fueron ennoblecidos y sus latrocinios se llamaban victorias. Matanzas y saqueos eran triunfos de la religión. Todos parecían dispuestos a explotar, a fondo y a lo grande, la espléndida revelación de que la herejía servía para liberarse de los principios de la moral y del derecho de gentes. Por razón de seguridad, por principio de conservación, España tuvo que combatir a los reformados.

Felipe II era buen creyente, pero no en menor grado era un hombre de Estado realista. No podía dejar de ver, que las ideas y movimientos de conciencia, son también realidad externa y aún decisivo móvil del hombre. Tenía, por tanto, que luchar, primero por imperativo de una convicción religiosa profunda, pero también por su concepción del gobierno, perenidad de sus derechos y ser premisa de la existencia misma de su Estado. El Es

(1) Vid. Pedro Marrades "El camino del Imperio. Notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina" Espasa Calpe, Madrid 1947. Llama la atención, de forma excelente, sobre el problema planteado por la herencia de Carlos V.

corial del que se ha querido hacer, arbitrariamente, un cenobio junto a una sepultura, donde se ensombrecían ideas y sentimiento del rey, no era exclusivamente una fundación votiva y una tumba, sino representación de otra majestad: la del espíritu y el poder de la monarquía española. Felipe II no era un penitente que se alejaba del mundo, buscando bienaventuranza, absorto por vencer flaquezas de la carne. No era un inquisidor receloso de la conciencia ajena. El rey Felipe era un soberano consciente del concepto patrimonial de la monarquía de su tiempo, que tenía que defender, porque lo exigían tanto las leyes divinas como las humanas. El servicio de Dios era importante, pero también el de sus vasallos y el de su dinastía. En su conducta aparecía el hombre pladoso, con atisbos de Maquiavelo y no poco de Epicuro, con un trasfondo geométrico y lógico. Sólo si se fuerza la verdad histórica, se puede calificar a Felipe II de fanático, dejémosle en un espíritu sistemático a la cabeza de una organización empírica, complicada por esencia, que no cabía regir con la rutina de lo que hoy se llaman normas constitucionales. La razón de Estado, la mas alta y con mayúscula, era necesaria para hacer prevalecer la política que las circunstancias dictaban y enfrentarla con la de los demás. Felipe II tuvo que actuar en sentido católico no por adicto a una Fé, sino porque lo creyó necesario y en beneficio de Europa entera. Al menos fué condición de permanencia de un Imperio de vastos territorios en el continente y fuera de él.

La rebelión de los Países Bajos -como en tiempo del Emperador, las de Alemania- eran prueba evidente de que la disparidad de creencias llevaba a la subversión. El calvinismo en Francia era demostración palpable de que un pueblo con inmensa mayoría católica podía caer en la desintegración, porque una parte de la aristocracia hubiera abrazado la

llamada religión. Otros hombres de Estado daban a ello gran importancia. Blas de Monluc al exponer al rey de España el proyecto de lo que había de ser la Liga afirmaba que sin él la causa católica se perdería. El Emperador Fernando I escribía al Papa: "...el declarado apoyo (a la Reforma) de un rey de Francia haría que ninguna parte de la catolicidad, por sana que esté, se pueda salvar de la infiltración de las nuevas doctrinas". La herejía suponía descomposición y amenaza para la paz de los pueblos. (1)

La división religiosa fué causa de largas y ruinosas guerras llamadas de religión y hasta el número de ocho. Cuando descansaban las armas, se destruían templos, imágenes, conventos y se organizaban matanzas en masa. El ejemplo de Francia era un peligro. Si Felipe II hubiese tenido sólo miras ambiciosas, fácil le hubiera resultado tomar una corona sin apenas sustentación. Los Guisa y sus adeptos se lo pedían. Se ha afirmado, tendenciosa y falsamente, que no lo hizo, por temor a lo que sucedería en sus otros reinos. Con menos margen de error, podemos afirmar, que el movimiento de los Países Bajos no hubiera prosperado, si Felipe II hubiera hecho sentir su poder en Francia, pues desde ahí se fomentó la rebelión.

Los soberanos franceses pretendían medrar a costa de quien acusaban de querer constituir una "monarquía universal" y sin la intervención calculada de Inglaterra, se hubieran lanzado abiertamente a su conquista. No para liberar a los reformados oprimidos en España, sino para imponer el dominio y las creencias de los Valois que eran católicos.

La pretensión francesa era mera ambición. No era un reino pletórico de población que necesitaba reivindicar territorios. Francia estaba en guerra y era incapaz de mirar al exterior, bastante hacía con mantenerse en pie. Una in-

congruencia o mas bien una paradoja es que el francés, xénofobo por esencia, se puso deliberadamente bajo la dependencia del extranjero. Los dos partidos en lucha buscaban afuera el sostén. Catalina de Médicis, odiada por italiana,(1) era la única que defendía la independencia del reino. Y tuvo que defenderla contra Condé, príncipe de sangre real el mas próximo a la corona, que pactaba con los ingleses y buscaba directrices en Ginebra. Y tuvo que oponerse a las alianzas de los Guisa con España. Si la malquerida Catalina vacilaba en aceptar la mano de sus amigos era por temor a alienar su Estado. Ella intentaba frenar su disolución para transmitirlo lo mas compacto posible a su progenitura, no muy digna por cierto de recibir tal herencia conservada a costa de tanto esfuerzo, luchas y peligros.

De los dos partidos en lucha se podía afirmar que eran traidores. Los hugonotes pactaban con Inglaterra y los príncipes alemanes y denunciaban a la reina Isabel los planes de París a favor de María Estuardo, católica y casada además con Francisco II de Francia. El centro de las negociaciones era Estrasburgo origen de los libelos que envenenaban las almas y excitaban al pueblo a la guerra civil. Por reacción, los católicos buscaban la ayuda de otros lados. Cuando Francisco II murió, la florentina, al no poder contar con sus vasallos, hubo de acudir a Chantonnay, embajador en España, para que el rey católico la ayudase a salvar a Francia... Y el día en que los enviados de Condé firmaban el acuerdo de Hampton Court, por el que Inglaterra se comprometía a dar a los hugonotes hombres y dinero para ocupar el Havre Catalina, se vió obligada a dirigirse, de nuevo, a Felipe II. La reserva que encontró bastaría para probar la prudencia de nuestro rey, que sólo se movía por lo que consideraba inexcusable.(4)

En cambio, los franceses, cuando en 1566 se produjo el alzamiento de los Países Bajos, los hugonotes ayudaron a los rebeldes. El almirante Coligny pidió al rey combatir, en ese terreno, al poderío español y afirmó, que contaba con Inglaterra, los luteranos alemanes y que esperaba además el apoyo del turco... El propio Condestable de Francia, le conminaba para que fuera a luchar en aquellas tierras y aseguraba, que se le darían por suyas. Carlos IX dijo estar decidido a "hacer guerra abierta y cumplir la palabra que había dado al príncipe de Orange". Pero cuando el ejército francés fué destrozado por los españoles, mandó hacer nuevas levadas, a nombre del almirante, que fracasaron también en Mons.⁽⁵⁾ La muerte puso fin a belicismo tan insensato. Le sucedió su hermano Enrique III, que heredó su belicosidad. Los últimos Valois, católicos soberanos de un reino de vieja Fé, imprimían a su acción exterior una dirección protestante por antiespañola y su motor era la codicia. Sólo sus fracasos por tierra y mar pusieron fin a tales empresas y desventuras.

Felipe II sabía lo que podía esperar del otro lado de los Pirineos. Si los últimos Valois, que tenían mil y una razón para hacer causa común contra los reformados, le eran tan hostiles, era forzoso pensar que un rey hugonote sería una amenaza mucho mayor. Enrique III murió sin sucesión. Su hermano menor el Duque de Anjou había muerto. El heredero tenía que ser Enrique de Navarra, hereje y, en cierto modo, extranjero. Un rey de España no podía admitir tal eventualidad y tuvo que prever la intervención que hasta entonces había soslayado.

Felipe II tenía un amigo en Francia: el duque de Guisa, el más noble y más popular del reino, cabeza de la Liga y con una serie de victorias a sus espaldas que hacían de él un héroe nacional. Felipe II le prestó apoyo y parecía que iba a alejar la amenaza de un hereje en el trono francés. El peligro era tal que el propio Felipe II, tan opuesto a la hegemonía española, pensó que había que eliminar -

lo con una Bula privatoria por la que declarase al bearnés inapto para reinar. Era un apoyo importante, pero una ventaja militar española actuó en provecho de la religión: nuestras tropas tomaron Amberes. Inglaterra no pasaba porque este puerto pasase a manos de Felipe II y con su dinero se levantó un ejército. Juan Casimiro dió tropas y Dinamarca reclutó suizos y alemanes. Estas fuerzas penetraron en Lorena y Champaña. Guisa, contra la voluntad del ^{re}rey combatió al duque de Bouillon, amigo de protestantes, y venció a la coalición extranjera cerca de Montargis. Lo católico ganó fuerza y prestigio impresionante alcanzando una posición sin par. Tan alta, que Enrique III tuvo miedo. Envidioso de la gloria de Guisa le hizo asesinar, cobardemente, en Blois⁽⁶⁾. Pocos días después, como si la mano de Dios hubiese querido castigar sus crímenes, cayó apuñalado el propio rey. Un monje fanático ^{su}fué asesinado. Y se realizó la ordalía del último de los Valois.

La lucha por el trono de Francia. -

Enrique III decadente ~~refoño~~ ^{refoño} malaventurado de su dinastía, murió al amanecer del 2 de agosto. En su postrer instante proclamó heredero a Enrique de Navarra. El ejército de la Liga acampaba en Saint-Cloud y el calvinista en Meudon. No cabía esperar que la lucha cesase al conjuro del nombre llamado a reinar. El pleito que separaba a la masa de población se hizo mas complicado. La Bula del Papa excluía a Enrique del trono. La Asamblea de Blois negó también. No se podían reunir comicios sin correr el riesgo de que saliera de ellos la anarquía.

Estaban en juego las creencias, pero tanto como ellas los intereses. Los mismos súbditos que ante el rey difunto parecieron acatar su última voluntad, reclamaron poco después su libertad de opinión para aceptar al nuevo rey. Vinieron a ser, mas que jueces atormentados por un problema moral, mercenarios dispuestos a seguir la bandera del mejor postor.

(6) Vide. Documentos nº 74, 75, 76, 77. (tomo correspondiente).

El grupo de los políticos se declaró partidario de la norma tradicional y de reconocer la legitimidad del bearnés. Afirmaba que prevendría posibles usurpaciones y evitaría la preponderancia española. Los católicos condicionaban la aceptación de Enrique, al abandono de la herejía. La cuestión se agravaba, porque había disensiones dentro de los dos bandos. Enrique de Navarra, proclamado rey de Francia, fué seguido por pocos y mal avenidos súbditos. Cuando llegó a casa de Gondi donde yacían los despojos de Enrique III fué abucheado. "Antes mil muertes, le gritaron, que un rey hugonote". Tuvo que salir por piés y buscar refugio en otra parte. Se le obligó a escoger entre la nimiedad de ser rey de Navarra, si permanecía hugonote y el trono francés. Pero, en aquel momento, no quería abjurar.

Los que creyeron en su buena estrella, se le ofrecieron. Sancy le presentó a un grupo de oficiales suizos, dispuestos a servirlo, durante dos meses, sin paga y con ellos, unos cuantos señores de Picardía, Isla de Francia y Champaña. Enrique se vió, sino rey incontestado, al menos, en condiciones de esperar. Hubo varias reuniones. El mariscal de Biron, que le había incitado a tomar la corona, rectificó, diciendo, que no se le debía tener por rey, sino como capitán general y jefe del partido monárquico, hasta que cambiase de religión. Tanto los que le sostenían, como los que le rechazaban, buscaban ventajas materiales y honores. Sancy, al conocer la actitud de Biron, pidió el condado de Périgord. Se le prometió y cambió de nuevo su actitud...

Enrique de Navarra, para fortalecer su posición, hizo un manifiesto en el que prometía, "con palabra de rey", mantener sus libertades a la religión católica y, en cuanto a la suya, someterse a la decisión de un concilio. Daría a todos paz y posesión de bienes y empleos, si le tomaban por Señor y consagraban su vida y hacienda a combatir a los rebeldes.

A pesar de sus promesas "con palabra de rey" muchos le abandonaron y sólo le fueron fieles aquellos que poco tenían y querían medrar, los que buscaban privilegios a río revuelto o el mantener sus derechos feudales, sin olvidar aquellos que se vendieron por las buenas. Biron obtuvo su condado. D'Aumont los ricos gobiernos de Champaña y Borgoña usurpados, respectivamente, al duque de Névers y al de Mayenne. El gran prior fué nombrado coronel-general de artillería. Pero Enrique no tenía bastantes prebendas para repartir y la disidencia continuó. Unos pedían a España subsidios para continuar la guerra. Vitry se adhirió a la Liga. El duque de Epemon se retiró, con sus fuerzas, a su lugar, con la esperanza de proclamar su soberanía e independencia y, de hecho, con prerrogativas reales. Otros nobles, siguieron su ejemplo. También entre los hugonotes hubo desertiones. La más sonada, la de la Trémouille, que instauró un ducado calvinista en Thuars y Poitou y tomó el título de "protector de las iglesias reformadas". El ejército real quedó reducido a poco más que los suizos de Sancy y unos dos mil alemanes.

La oposición de París. -

Las fuerzas católicas tenían por jefe al duque de Mayenne, Carlos de Lorena, hermano del de Guisa. Era hombre mediocre, mal soldado y de vacilante lealtad. A favor de la confusión metió tropas en París, bastión de la resistencia, para reforzar a las milicias burguesas. La lucha se presentaba en condiciones desiguales. "Los príncipes de la Casa de Lorena encontraron montañas de pro para organizar la guerra". El bearnés carecía de víveres, dinero, municiones etc. Le combatían el pueblo y el clero, dos elementos, que ni esperaban, ni tenían nada y que empleaban las armas de los que no pueden esgrimir ninguna.

Se decía que Enrique de Navarra había anunciado que cuando se apo-

derase de Paris vengaría la matanza de la noche de San Bartolomé y hundiría su brazo hasta el codo en sangre católica. La clerecía estaba feroz y amenazaba con la muerte en esta vida y el infierno en la eterna si se permitía que el que se decía rey cifese la corona. Los templos fueron centros de resistencia y en sus naves se oía un lenguaje propio de las tabernas. Lo que se esgrimía contra el pretendiente no eran silogismos, ni los sermones acción de gracias por su advenimiento. Se le comparaba al "dragón rojo del Apocalipsis". El párroco de Saint-Germain decía ^{"no"} que tenía bastante cerebro para llenar un dedal.⁴ Otro, invocaba al apóstol Santiago y no para que le guiase en sus andanzas, sino para que le apalease con su bordón. El obispo de Senlis hablaba de la madre del bearnés, en términos poco decorosos y decía que, cuando se aludía a su ascendencia y a San Luis, como cabeza de su estirpe, mentían desvengonzadamente. Enrique era una encarnación de Lucifer a la que había que conjurar con las palabras de "Vade retro, Satan". La sagrada cátedra, a causa de tanto odio, perdió su dignidad y la ira de los creyentes no se aplacó, ante el anuncio de que, el rey, estaba dispuesto a abjurar de sus errores. El párroco de Saint-Germain cuando oyó decir que Enrique de Navarra iría a misa, se encogió de hombros y exclamó: "Los perros también van". Otros decían que el acto más grato a Dios sería darle la muerte con sus manos....

El pueblo, con su gusto por lo extremoso, reía con los exabruptos y se divertía a costa del rey con los chistes más groseros. Pero también hubo quienes, demasiado exaltados, planearon atentados y lanzaron contra el rey y sus partidarios las más graves amenazas. A falta de batallas se combatía con veneno y el insulto se utilizó como una máquina de combate. Los sujetos afectos a Enrique IV trataban a los demás como traidores y decían que todos los males de Francia los había causado la Liga, sostenida por curas y predicadores. Lo cierto era, que la repulsa de Paris se iba extendiendo. El Parlamento de Toulouse prohibió bajo pena

de muerte que se le reconociese y el de Rouen declaraba reos de lesa majestad, divina y humana, enemigos de Dios, del Estado y de la Corona a los adeptos al bearnés.

La oposición también llevaba en su seno malas intenciones. Mayenne quería un reino y lo esperaba de las armas. Pretendía darlo al cardenal de Borbón, viejo, achacoso, insignificante, para crear obstáculos a quienes querían entregar la corona a una hija del rey de España. Una organización numerosa aunque el poder decisivo, los Seize querían que se eligiese al rey de España y nos echásemos por completo en sus manos... alegando la buena opinión que la mayoría tenía de él, de su honradez, piedad, poder y su riqueza... "(Villeroi). También aspiraban a reinar el duque de Saboya y el de Lorena.

Pero los enemigos del pretendiente bearnés tenían malos jefes y con fuerzas muy superiores no supieron vencer. Mayenne salió malparado en un encuentro que hubo en Arques. Enrique consiguió llegar a París, apoderarse de algunos barrios y hubiera tomado toda la capital si, sus errores de táctica, no impidieron la llegada de refuerzos.

El interregno duraba ya seis meses y no se adelantaba un paso. Enrique IV tenía que conquistar palmo a palmo el territorio. Sólo lo reconocían en el exterior, los países protestantes y Venecia, que estaban unidos, no por el prestigio de su nombre, sino por ser enemigos de lo español.

Mayenne tampoco hacía progresos. Su derrota le quitó autoridad. Los Seize encarnación del sentir del pueblo, menos codicioso que los aristócratas, prosperaban a su costa. Lo malo era, que se trataba de un partido acético y demagógico por su composición. Servía de obstáculo a la Liga y no podía vencer por sus propios medios. Mayenne que conocía esto, vuelto a París, hizo que el Parlamento proclamase rey al viejo cardenal Borbón, dictó leyes en

su nombre y acuñó monedas con su efigie. Era su manera de oponerse a los que veían en España la única esperanza de salir del caos.

Intervención de España. -

Felipe II no combatió al viejo cardenal, pero procuró reducir el poco prestigio de quien ejercía la realeza en su nombre y conducía las armas que él le daba tan torpemente. En los comienzos de 1589 propuso que se le otorgase el título de "protector del reino de Francia". Los que le seguían, decían que era el único poder para sostener la guerra, pero otros alegaban que el español procedería a su antojo, ocuparía las principales plazas fuertes y, por la división del reino, impondría su prepotencia. En una junta, a la que asistieron don Bernardino de Mendoza y don Juan Moreo, comendador de la Orden de Malta, se deliberó sobre ello. Villeroi conminó a Mayenne para que no abandonase la jefatura (nunca pensó hacérlo) y le anunció que, él y sus amigos, se separarían de él, si aceptaba la dependencia de un soberano extranjero, sobre todo la nobleza no se sometería jamás a un español. Como sus amonestaciones produjeron efecto, los partidarios del rey católico declararon que, los que dieron al duque sus poderes, se los podrían quitar por la fuerza.

El duque buscó fórmulas. Declaró "protector" al Papa y con el pretexto de que la Liga tenía una constitución republicana, incompatible con el principio de la realeza, decretó su disolución. De esta manera pensó conservar la autotidad que ostentaba con daño de su propia causa. Villeroi propuso la vieja fórmula: reconocer a Enrique IV si consentía en abjurar.

El bearnés convocó un Concilio, como lo había prometido. El legado del papa lo prohibió. Desde su llegada a Francia se había pronunciado contra él y aprobó las conclusiones de la Sorbona: "estaban en trance de condenación, por

pecado mortal los fue reconocían a Enrique de Navarra, excluido del trono por bulas pontificales, convertido o no al catolicismo".

El pretendiente entretanto, ganó la batalla de Ivry. Fue una jornada funesta para Enrique de Lorena. París quedó sin defensa, su artillería estaba inservible y las murallas apenas ofrecían protección. Faltaban víveres y el aprovisionamiento se hacía mal. La población vivía en condiciones desastrosas. La Liga envió de nuevo mensajes a las cortes europeas, pidiendo ayuda, hombres y dinero. Pero sus derrotas habían arruinado su crédito y no contaba con más socorro que el que pudiera venir de España y tardaría meses en llegar.

El triunfo del bearnés sirvió de poco. "El rey, escribió Sully, ganó en Ivry, pero muchos de los que arriesgaron la vida en el ardor de la pelea, hicieron luego lo posible para impedir que la victoria tuviese efectos, como por ejemplo, la toma de París... El rey permaneció inactivo en Nantes quince días, lo que empeoró sus finanzas confiadas a gentes como el señor O, concertado con otros de su facción, que no podían soportar los progresos de un rey hugonote y sentían tanto enojo por su triunfo como los que perdieron la batalla". "Por la malicia de tales gentes se malograron los frutos que cabía esperar de tan importante hecho de armas". Los suizos se amotinaron y negaron a dar un paso si no recibían las pagas atrasadas. Faltaron municiones para asaltar París y hubo que esperar a que Isabel de Inglaterra las enviase.

Alejandro Farnesio, Duque de Parma.

Salido de los Países Bajos con un pequeño ejército, se unió a Mayenne cerca de Méaux. Enrique IV tuvo que levantar el sitio para combatir a los que venían en su socorro y, con notable superioridad, salió a obligar al extranjero a recibir una decisiva batalla.

El duque de Parma se atrincheró en su campamento pero no podía

mantener sus posiciones en tierra pantanosa sin riesgo de perecer. Si se decidía a atacar, la superioridad enemiga le exponía al desastre y retroceder era tanto como abandonar la capital a su mala fortuna. Enrique IV podía aniquilarle sin riesgo, sólo reteniéndole un mes en sus trincheras. Pero los soldados del bearnés rechazaron la pelea, pues carecían de disciplina y moral de triunfo. Hubo muchas desertiones y Enrique los quiso llevar a la lucha con discursos y soflamas. "Teneis delante a los españoles que desde tiempos de Carlos V complotan con su fuerza y a base de intrigas por la ruina del reino de Francia"... "Los españoles cometen el sacrilegio de hollar el suelo francés"... Razónó, suplicó, amenazó, pero no consiguió nada.

Alejandro Farnesio se apoderó de Saint-Mur, Charenton, Corbie y Paris volvió a estar comunicada. Liberó a la capital sin lucha y sin perder un solo hombre. Su prestigio deshizo el ejército de Enrique IV. España proporcionó a los católicos nuevas bazas. Españoles y valones invadieron el Languedoc. Cinco mil soldados al frente de Juan de Aguila desembarcaron en Bretaña. El principe Dombas clamaba: "Para satisfacer su ambición, Mercoeur no se había contentado con violar las leyes divinas y humanas, sino que había traicionado a Enrique III que le colmó de favores y había llegado al colmo de los desmanes dejando entrar en Bretaña a los españoles". Al mismo tiempo pedía a todas las naciones que se defendieran de la tiranía de España "cuya ambición y crueldad invadían todos los países europeos y del mundo, allí donde ponían el pie"... (8)

Provenza también fué invadida. El insaciable duque de Saboya quería apropiarse de ella, pero su codicia era mayor que sus medios. Solicitó de Felipe II -su suegro- tropas españolas y napolitanas al gobierno de Milán, a cambio de lo cual cedería la soberanía de las tierras conquistadas, guardando

para sí la administración. ¡No era tonto, ni desinteresado yerno! El rey le ayudó y con los seguidores que tenía tuvo algún éxito. Aix le proclamó "protector" y le juró fidelidad. Fréjus tuvo guarnición española y la población manifestó que "tendría el condado como feudo de la Corona de España en lugar de serlo de Francia a la que repudiaba totalmente".

Mayenne pareció abandonar sus pretensiones y firmó un acuerdo con Farnesio -convertido después en Tratado- por el que prometía en nombre propio y el de los príncipes de su Casa de Lorena y los grandes de la Liga, que la Infanta Isabel Clara Eugenia sería reconocida reina de Francia y los Estados Generales ratificarían sus derechos. Como en Francia regía la Ley Sállica, la reina debería contraer matrimonio, en el curso del año, con un príncipe elegido por los consejeros y grandes de la Corona. El duque, como consuelo de su fallida ambición, recibiría cuatro millones de escudos al año y un ejército en condiciones. (70)

El final de las luchas. -

Enrique IV puso sitio a Rouen, para cortar el paso a Farnesio y la Liga en Normandía. Dedicó a esta empresa los medios obtenidos por sus aliados de siempre. A los tres meses de asedio la guarnición hizo una salida que le costó muchas pérdidas en su valioso material de guerra. Biron fue herido, sus mejores capitanes puestos fuera de combate, las trincheras costosamente construidas quedaron destruidas y lo mismo las demás obras de asedio. Enrique IV expuso y perdió lo mejor de sus fuerzas, comprometió de nuevo sus finanzas y casi cayó prisionero. Le dio tiempo a huir, al precio de una herida en la espalda. Su suerte hubiera también, pero los católicos no contribuyeron a liquidar una situación, ya intolerable para el pueblo.

(70) Véase Doc. pag. nº 79 carta de Enrique IV al príncipe Contv. B. I. F. Fondo Co-

Se acusó a Mayenne de incapaz para gobernar y ganar la guerra. La actitud del Papa perturbaba las conciencias. Sixto V no veía con buenos ojos las exageraciones del partido católico en Francia, mientras que deseaba ardientemente mantener en ese reino la religión católica. Quería la conversión de Enrique por medios pacíficos. Felipe II, por conducto de su embajador en Roma, insistió cerca del Papa para que declarase a Enrique de Navarra incapaz de suceder en el trono de Francia y, ante la pasividad del Pontífice, se irritó y amenazó con escándalos. El Pontífice resistió y llegó a conminar al embajador con la excomunión y arrojarle de Roma si persistía su actitud.

Sixto V, por oposición a España, modificó al final de su papado la actitud. Se negó a excomulgar a los venecianos, que caían de lleno en la sanción decretada por sus propias bulas. Negó facultades al rey católico. No envió a la Liga los subsidios prometidos y ordenó a su nuncio establecer contactos con los cardenales franceses adictos a Enrique IV. Consiguió que la mayoría del Sacro Colegio se pronunciase a favor del hugonote, mientras como decíamos arriba, humillaba a los embajadores de España y Saboya. Parece que por aquellos días el Papa pretendía el reino de Nápoles con ayuda de Francia. Su enviado no acataba la orden de tratar con los purpurados Vendôme y Lénoncourt -partidarios del bearnés- declaró que si le traicionaba le haría decapitar... Tal era su posición al morir.

Acosado por tamañas inquietudes el anciano pontífice enfermó. Con frecuencia había manifestado que a un soberano le incumbe morir en pleno despacho de los asuntos de su gobierno y así le sucedió a él, que murió en el ejercicio de sus tareas apostólicas en septiembre de 1590 (9). Los romanos no recordando del gran pontífice sino el aumento de los impuestos, apenas su-

plero su muerte se echaron a la calle y, de no haber llegado las tropas del condestable Colonna, a tiempo para impedirlo, las turbas habrían derribado la estatua que el Senado había erigido en el Capitolio, en memoria de lo mucho que Sixto V había hecho en bien de Roma. Al cabo de un año el cardenal Montalto, sobrino suyo, hizo trasladar solemnemente el cadáver de su tío, al sepulcro que él mismo había construido en Santa María la Mayor. La memoria de Sixto V perduró en el pueblo, como perdura la de los grandes caracteres. Fué un papa que gobernó honradamente la Iglesia y el estado y dejó a ambos en mejores condiciones que estaban, al encargarse él de su gobierno. (12)

En menos de año y medio ocuparon el solio pontificio tres personas: un romano -13 días- Urbano VII, un asceta valetudinario -10 meses- Gregorio XIV y un literato -2 meses- Inocencio IX, tres promesas y tres esperanzas fallidas.

El efímero reinado de Urbano VII y sucesores imprimió un cambio de frente a la política pontificia. Pronunció frente a Enrique IV una especie de declaración de guerra, en tres bulas monitoriales, que le declaraban hereje, relapso, privado de sus reinos y señorías y excluía de la confesión de la Iglesia a los prelados y clérigos que le diesen obediencia. Incurrían en igual censura los parlamentos, nobleza y cuantos le seguían. Envió el dinero que Sixto V destinaba a la conquista de Nápoles para proseguir la lucha.

El 12 de febrero de 1591 entró en París un ejército de españoles que fué recibido con vivas y aplausos. Las gentes arrojaban flores como anuncio del fin de todos los males. Pero la nobleza no quería una solución impuesta por nuestras armas. Compartía en ésto la posición de Mayenne, que se servía a manos llenas de los recursos del rey católico y en el fondo lo rechazaba.

Embajadores y agentes señalaban a Madrid la probada impericia del jefe de la

Liga, las claudicaciones de su lealtad, sus maquinaciones y los daños que causaba su mando. El divorcio con el pueblo era total. La burguesía no le apoyaba tampoco, pero veía con malos ojos la presencia extranjera y suspiraba por un arreglo, cualquiera, que restaurase la paz. Sólo el pueblo creyente, sincero y apasionado, permanecía fiel a sus ideas o si se prefiere, a sus sentimientos.

Los Seize escribían a Felipe II:

"Podemos asegurar sin vacilación a V. M. que los votos y anhelos de todos los católicos de Francia son ver tomar a V. M. el cetro de esta corona y reinar sobre nosotros que, por nuestra parte, nos entregamos complacidos en sus manos, como a nuestro padre o en la persona de vuestra descendencia, que nos quiera dar. Si V. M. desea darnos a otro que a sí mismo, dígnese designar un yerno a quien recibamos como rey, que acogeremos con el mayor afecto, a quien prestaremos obediencia y devoción entera, propia de un pueblo bondadoso y fiel. Con esta alianza esperamos que nos otorgue Dios tanta gracia como la que recibimos de la muy grande y cristianísima princesa Blanca de Castilla, madre del cristianísimo y muy piadoso rey San Luis, y la recibiremos doblada de la grande virtuosa princesa hija de V. M. que, con sus raras virtudes atrae todas las miradas; por una alianza perpétua fraternizarán estas dos monarquías bajo su reinado, en provecho de la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, en esplendor de la Iglesia y unión de todos los pobladores de la tierra bajo la enseña del Cristianismo".

La Sorbona envió a Madrid una carta en el mismo sentido. Lo malo es que los que suscribían tan piadosas palabras se abandonaban a la violencia y no vacilaban en recurrir al saqueo. Ejecutaron, sin proceso, a varios miembros del Parlamento porque eran sospechosos de tener tratos con el bearnés. Cayeron en la anarquía y aterraron sin llegar a convencer. Los mismos jefes españoles se negaron a sostener a quienes pretendían servir por medio del crimen y la violencia. Juzgaron indigno apoyarse en una organización de la que nada cabía esperar pues para ella política y religión eran cobertura de extorsión y asesinato.

Mayenne tuvo que renunciar a su rey postizo y convocó una Asamblea para proceder una elección, creyendo o sin creer, que podría salir de ella un soberano. La situación exigía urgente solución. El partido opuesto la reque-

rfa también, "La mayor parte de los magnates católicos partidarios del rey decían que ya habían contemporizado bastante y tolerado un rey hugonote contra su conciencia, pero que era necesario suplicarle y aun conminarle para que abrazase la religión católica en un plazo perentorio. O bien pasarían a unirse a la Liga y juntos procederían a la elección de un soberano de su religión, entre los príncipes de su sangre o de otra, si fuera necesario". "El remedio a los males de Francia no se puede encontrar mas que mediante la paz que si es útil en todo tiempo, resulta indispensable ahora". Estas opiniones reflejan una situación de cansancio, desesperanza y abandono.

Forzado por su derrota de Rouen, Enrique IV negoció con París. Había pedido ayuda a Farnesio quien, para dar una lección a Mayenne, que violaba todo lo pactado y para sostener a la capital, principal punto de apoyo de su señor, dispuso que avanzasen las tropas. Pero el gran soldado que era Farnesio, enfermo desde los primeros días de noviembre, murió el 1 de diciembre en Arras. París perdió aquel día su fé en la victoria. España, su mejor capitán y acaso un reino. La autoridad del duque de Parma se imponía a los tercios sin paga, pero sin él se amotinaron. Se rompió la armonía que supo establecer entre españoles e italianos. Faltaron también sus dotes de político que no desmerecían de las que mostraba en las batallas.

Las negociaciones de Enrique IV con París prosiguieron. Las mas secretas, con los que iban a ser sus vasallos, fueron lentas y penosas. Todos le pedían tierras y dinero. Los príncipes de la casa de Guisa, Mayenne, d'Aumale, Mercœur, d'Elboeuf, Némours, etc. etc. pretendían el gobierno de las trece principales provincias francesas a título hereditario. Otros señores, de menor alcurnia, querían territorios y ciudades como d'Alincourt que reclamaba

el Vexin francés y el normando Boisdaplin que reivindicaba Laval y Sablé. Todos aspiraban a la autonomía, a nombrar sus alcaldes, magistrados, dignidades eclesiásticas, sostener guarniciones militares, percibir impuestos, etc. etc. Mayenne quería ser lugarteniente del rey y condestable. Los otros, mariscales de Francia. Veinte de ellos pretendían que Enrique IV pagase sus deudas y les otorgase sueldos proporcionados a su condición. La del duque de Mayenne ascendería a 300.000 francos... El bearnés no podía ser menos generoso con los que le servían que con los que luchaban contra él. Debía favores al duque de Montmorency, al conde de Soissons, al príncipe de Conty, al mariscal Biron, al duque de Montpensier, a d'Aumont, al duque de Névers, a los generales Lesdiguières y la Tremoille, con el duque d'Epernon... ¿Qué quedaría para el Rey? ¿Iba Francia convertirse en un reino feudal? No se podía atender a todas las peticiones. Por esta razón el Sr. O le aconsejó la abjuración. Enrique encontró mas barato abjurar. El Sr. O decía, que ganaría más en una hora de misa, que con cien victorias y veinte años de luchas y peligros. Esta razón resultó mas poderosa que sus convicción. La frase "Paris bien vale una misa" refleja la situación, aunque, probablemente, nunca la pronunciara. Eran los días de la "Belle Gabrielle," que tambien anduvo en estas cuestiones, como vamos a ver mas adelante. Enrique IV comenzó su instrucción religiosa, despachó delegados a Roma y sus mediadores fueron gentes de Venecia y el gran duque de Toscana.

El duque de Feria sucedió a Farnesio en el momento en que las finanzas reales estaban en grave aprieto. Felipe II no lograba reunir tanto recurso como exigía su intervención. Las peticiones codiciosas de Francia eran superiores a sus fuerzas. Mayenne prometió mucho para tener aliados. Publicó lo siguiente: "Los reyes de Francia desde Clodoveo, habían profesado la fé

católica y jurado vivir y morir en esta fé, defenderla, mantenerla y combatir la herejía"... Francia quería tener el título "fille aînée de l'Eglise" que sigue enorgulleciéndola todavía en nuestros descreídos tiempos. Pero el pueblo quería paz y estaba dispuesto a reconocer a cualquiera con tal de tener a un Rey. El 25 de julio de 1593 el bearnés fué a Saint-Denis para hacer su abjuración. Las calles se cubrieron de pétalos de flor y ramas de mirto. El grito de "¡Viva el rey!" era el saludo ilusionado y el anhelo de una vida menos dura. Enrique IV confesó, oyó misa, besó los Santos Evangelios... Y aunque el pueblo, el bajo pueblo, el buen pueblo, no acalló sus oídos y el párroco de Saint-Jacques clamaba, que los teólogos que catequizaron al rey, merecían la horca y, aunque hubiera complots y atentados, Enrique de Navarra se coronó rey de Francia.

Firmó con España el tratado de Vervins, que no era sino una reiteración de la Paz de Cateau-Cambrésis. Compró a buen precio la sumisión de los aristócratas (15) La codicia le otorgó lo que no supo ganar de otro modo. Sully, avariento hugonote, -llamado a veces hasta "ladrón"- vanidoso, pero con clara visión de la realidad, se entregó de lleno a tarea de rehacer la hacienda. Con la paz, volvió a revivir el campo y fructificaron las cosechas. Si no se acabaron los odios, sentimiento el mas tenaz de la humana condición, se hizo posible la convivencia. La aristocracia que parecía tan feudal se aproximó a la Corte porque era manantial de mercedes. Murmuraba y apuntaban de vez en cuando pruritos de autonomía, pero sin ir demasiado lejos. En ocasiones hasta se mostraba altiva y desdenosa, pero el rey hacía que no lo notaba. Aquel hombrecillo ramplón y sin demasiadas luces, con voluntad de mando y un desenfado increíble, reinó cuando ya iba camino de la vejez. A uno que le daba la enhorabuena por el trono contestó: "Dites qu'on me l'a bien vendu" (¡Bien caro lo he pagado!).

- 70 -

CAPITULO 4º

CATALINA DE MEDICIS
=====

" Féconde d'enfants malades et d'enfants
morts, elle-même vieillit, grasse, gaie
et rieuse, dans nos effroyables malheurs".

MICHELET. -



CATALINA DE MEDICIS

Al final del siglo XVI y comienzos del XVII dos mujeres venidas de Italia influyeron poderosamente y fueron reinas de Francia. Ambas eran de la misma familia de banqueros florentinos, los Médicis. Los franceses son poco dados a amar lo extranjero, sobre todo si tiene un lugar preferente en los asuntos de Estado. Así se expresaba Montmorency refiriéndose a Catalina y el reinado de su sobrina María, como veremos, no hará sino corroborar esta opinión. Las dos Médicis fueron impopulares pero, especialmente Catalina fué odiada hasta extremos increíbles. Los historiadores hacen recaer sobre ella maldiciones y crímenes horrendos. Es muy difícil intentar no ya una rehabilitación, sino al menos hallar algún eximente en su vida.

Catalina es el ogro de su tiempo. Balzac rompe una lanza a su favor, pero al excederse en su defensa, contribuye a lograr una reacción diferente de la buscada, en el lector. Dice textualmente: "Ninguna mujer ha sufrido mas que ella por los errores y calumnias difundidas a través de panfletos y anécdotas falsas. A pesar de todo, aparece nimbada de gloria tan extraordinaria mujer, que no mostró ninguna de las debilidades de su sexo, que vivió castamente en la corte mas galante (yo diría corrompida) de Europa y que, a pesar de la penuria del tiempo, contribuyó a la construcción de admirables edificios y de toda clase de monumentos". Thou, testigo de su época, cuando murió esta reina de Francia, dijo: "No ha muerto una mujer, sino la realeza toda."

La figura de Catalina es enigmática (1) y por tanto apasionante. Ni es una sangrienta Medea, ni una mujer maternal. Ni fué la funesta instigadora de todos los males de su tiempo, ni tampoco importó, como se dice, arsénico ni encajes a

(1) La llamaban bruja lunática ("Lune mécrude, femme moustachude, chaque cent ans c'est assez d'une" pop. Mujer sanguinaria de quien decían que no era fecundable mas que durante sus menstruos (barbaridad biológica que no necesita comentarios), que tenía a Enrique II alejado -cierto pero por culpa de Diana de Poitiers- y a pesar de ello tras de diez años de esterilidad, quedó embarazada quince veces, dió a luz siete y tres reyes a Francia....

la corte ^{de Francia.} Catalina fué muy severa en su conducta y muy austera en el vestir.

Defendió, lo mejor que pudo, el tambaleante reino de Francia. Llegó a él siendo todavía una niña, huérfana de Lorenzo de Médicis -biznieta del Magnífico- y de una francesa cuyo origen era Bourbon-Brandôme. Nació un 13 de abril, día marcado con terribles presagios: eclipse de luna, manchas rojizas en la parte visible del satélite y una banda rojiza aparecía en el horizonte. Dicen las crónicas, que se oían gemidos y tres truenos enormes saludaban su llegada al mundo. La comadrona, asustada, pensó en estrangularla, pero se arrepintió. Su madre murió tres días mas tarde y su padre el 3 de mayo. Catalina fué educada por sus abuelos y el papa Leon X, que era un Médicis, no aceptó que el rey Francisco I fuera su tutor. Otro papa Médicis, Clemente VII, la llamó a Roma porque en Florencia vivía rodeada de intrigas que contribuyeron, probablemente, a formar su carácter a la defensiva.

Había muchos pretendientes a la mano de Catalina y entre ellos se escogió al duque de Orléans, segundo hijo de Francisco I de Francia, que fué el heredero de su padre en el trono de Francia. Catalina llegó a Marsella el 12 de octubre y en otra nave el Papa, que fué a celebrar el matrimonio. Estaba esperando el novio, que tenía, como ella, 14 años. A pesar de su juventud tanto el rey de Francia, como el Papa, quisieron que el matrimonio se consumara en seguida y se pusieron muy contentos al ver que, al siguiente día, los recién casados se mostraban alegres.

El duque de Orléans era, según Brantôme, buen mozo y muy aficionado a los deportes, pero reservón y melancólico como el delfín Francisco. Bueno será recordar, que ambos quedaron como rehenes en Madrid en la Torre de los Lujanes, tras de la derrota de Pavía y este cautiverio pudo marcar su carácter. La corte de Francia estaba compuesta, además, por la reina Leonor

-hermana de Carlos V y segunda mujer de Francisco I+ por Margarita de Angulema, "Marguéríte des Marguérítés", hermana del rey y que eclipsaba a todas las demas por su belleza e inteligencia, por los hijos del rey (Francisco, Enrique, Carlos de Angulema, Margarita, que casaría con el duque de Saboya y Magdalena con Jacobo V de Escocia).

La corte de Francisco I está marcada por el signo femenino lo que hac comentar a Montluc: "Lo malo de Francia es que las mujeres se meten en todo". Hay entonces, como es frecuente antes y despues, una favorita o "Maitresse du Roi", la duquesa de Etampes, que conservará el favor del rey hasta su muerte. ¿Y Catalina? Desde su llegada a Francia, no tiene mas ambición, que hacerse querer de todos y, al principio, lo logra. Es dulce y comprensiva y el rey la tiene en gran aprecio. Ciertó es que, cuando llegó a Francia, no se la consideraba como algo importante, pero, la muerte inesperada del Delfín, la convirtió en futura reina de Francia y por tanto en mira de las gentes, origen de favores y de enemistades.

Francisco I la quería mucho y también la duquesa de Etampes. Con Margarita de Angulema hablaba de poesía y de arte. Todo el mundo esperaba de ella que diera pronto un heredero al trono, pero ahí está lo grave: es estéril. Lleva cinco años de casada y no se ha quedado embarazada. Además, el Delfín se ha enamorado perdidamente de otra mujer, la famosa Diana de Poitiers, que tiene veinte años más que él. Este amor durará hasta su muerte.

Catalina de Médicis sufría mucho a causa de este amor del marido, pero comprendía que no había nada que hacer. Por ello su actitud no cambió en apariencia y, además, el viejo rey cada día le tomaba mas cariño. Lo que mas hacía sufrir a Catalina era su esterilidad. Ciertó día, cuando sus enemigos se frotaban ya las manos pensando que iba a regresar a su país, tuvo la genial idea de echarse a los pies del rey y decirle que si lo juzgaba necesario para

la corona de Francia, ella ingresaría en un convento y dejaría libre el trono para otra mujer que diera al reino herederos. Bien jugado, porque el rey, emocionado, le dijo que era su nuera siempre lo sería. Como por encanto, un año más tarde nació Francisco su primer hijo y al año siguiente una hija, Isabel. Era el 1545 y el repudio había quedado descartado. Francisco I murió en 1547 y le sucedió su hijo Enrique II. Catalina es ya reina de Francia. Reina de derecho, pero quien recibe el homenaje del rey, en forma de regalo de las joyas de la corona es Diana de Poitiers, nombrada Duquesa de Valentinois. Ocupará en Francia un sitio casi igual al de la reina, sentada en el estrado real con su hija Luisa. Diana tendrá un absoluto dominio sobre su real amante, que llevará sus colores en los torneos y las iniciales D y H aparecerán entrelazadas en las solemnidades de la corte. Entre tanto Catalina parirá cada año un hijo, incansablemente, como si con su asiduidad quisiera compensar los años estériles o el vacío en su vida por el abandono de su marido y su rey.

Catalina organiza su propia corte y traga su humillación y sus celos con un estilo y señorío al que no estaban acostumbrados. Mas tarde, comenta Brantôme, cuando era "reina-madre" su corte fué ornato de Francia, no había habido nada parejo hasta el momento. Cuando Enrique IV fué rey de Francia, dijo cierto día al Mariscal Biron que le gustaría tener una corte tan floreciente como la de Catalina y aquel contestó: "Tendriáis que pedir a Dios que resucitara a la reina-madre". Catalina era maternal, autoritaria y severa con todos sus hijos, menos con Enrique, su preferido. Llegado el caso echaba mano del látigo para hacerse obedecer de tanto chiquillo. Es conocido el episodio en que siendo su hijo Carlos rey de Francia, para amonestar a su hija Margarita por sus coqueteos exagerados con Enrique de Guisa, la apalearon de tal suerte durante una hora, que toda la corte se enteró. . . En este ambiente se educó Enrique IV que tenía, mas o menos, la misma edad que Enrique de Anjou y el de Guisa.

Cuando Enrique II estaba de campaña, Catalina se vestía toda de negro y obligaba a vestir así a los demás cortesanos, exortándoles a que rezaran por el rey ausente. Encargaba al Condestable de Montmorency, que cuidase bien del rey y que le enviase noticias a menudo. Eran innumerables las cartas que Catalina escribía. El rey la nombró regente en su ausencia, pero el guardián del sello real era de la confianza de Diana de Poitiers, lo que, en cierta manera, era una forma de recortar el poder de Catalina. En uno de los viajes que el rey hizo a la corte, ella se lo hizo notar y Enrique II le entregó el sello.

El día del desastre -para Francia- de San Quintín (16 de agosto 1557) Catalina se mostró tal cual era: gran energía, espíritu de iniciativa y formidable entereza. Felizmente para su reino, ni Felipe II, ni el duque de Saboya, mostraron decisión, de otra manera hubieran tomado París. Catalina tocó a rebato en el Parlamento y con un vibrante discurso enalteció a los franceses. Dando ejemplo de sangre fría, consiguió más hombres y dinero. Se presentó ante el Parlamento vestida de luto y rodeada de todos sus hijos. Fue una reina, que se impone por su actitud y fuerza moral. Dos años más tarde, cuando se firmó el Tratado de Cateau-Cambrésis, del que resultaba un doble matrimonio, ella quedó muy dolida por no conseguir su feudo italiano. Me refiero al matrimonio de Felipe II con Isabel de Valois y el de Margarita, hija de Francisco I, con Manuel Filiberto de Saboya. En las fiestas, para celebrar estos enlaces, Enrique II fue gravemente herido por la lanza de Montgomery, que penetró por una hendidura de su visera en un torneo. Murió de resultas de esta herida. Los calvinistas dijeron que había sido un castigo de Dios. Catalina tuvo un gran dolor y ya nunca más se quitó el luto, por su marido y por su rey. Tenía en este momento 40 años de edad. Era el año 1559.

Los tres Enrique. -

Con este subtítulo nos referimos a Enrique el bearnés, al de Guisa y al duque de Anjou que reinó mas tarde en Francia como Enrique III.

Cuando Enrique fué con su madre, la reina de Navarra Juana de Albret,⁽²⁾ a la corte de Francia, ambos eran de la religión reformada. Juana amonestó previamente a su hijo sobre los peligros del depravado medio que era la capital de Francia. Le recordó de paso que, siendo niño, el rey Enrique II y su padre Antonio de Borbón rey de Navarra, habían concertado su compromiso con Margarita de Francia. O sea que podía considerarse como prometido a ella. "¿Es guapa?" preguntó. "Tiene algo mejor, contestó su madre, que todavía no nos odia por no ser católicos como su familia".

Ya en la corte francesa y estando acompañado por el preceptor reformado que su madre le había puesto, llamado La Gaucherie, salió al parque donde jugaban unos niños. Uno de ellos, todo vestido de blanco, llevaba un sombrero de plumas. "¿Quien es el pájaro?" preguntó al preceptor. "El rey de Francia". Entonces, Enrique comenzó a hacerle tales reverencias y saludos tan desmedidos, que el preceptor tuvo que explicar al bearnés, cómo debía de comportarse, pues, hasta el momento, no había conocido a ningún rey, ya que su primera visita a la corte tuvo lugar, siendo un niño muy pequeño. "Nunca será rey" afirmó Carlos IX y Enrique, furioso, respondió: "Que no os oigan estas palabras ni mi madre, ni la vuestra que es la que gobierna y no vos". Lo cortesanos se asustaron, Carlos IX cerró los ojos y algo parecido al odio nació en él para siempre. Nunca quiso bien al bearnés.

En cambio, Enrique se quedó tan tranquilo y se acercó a los otros muchachos. "Me llaman Monsieur, dijo uno de su misma edad, por ser el herma-

(1) Vid. Documentos nº 32. - B. N. P. 3224- fº 20- priginal firmado.

no mayor del rey "pero mi nombre es Enrique". Y desde ese momento fueron amigos. Con el mas pequeño de los Valois, jugaban en el parque y cogían nidos, porque Enrique de Navarra tenía ademanes de campesinos y no le molestaba jugar en la huerta, comer fruta a dos carrillos, mientras sus primos hacían muecas de desdén y no querían mancharse con la tierra. Enrique, en cambio, perseguía los conejos en sus madrigueras y siempre estaba sucio. Un día aparecieron su hermana y otra muchacha, Margot de Valois, que tenía curiosidad por conocerlo. "¿Siempre estás tan sucio?" y él como respuesta le ofreció unas frutas. "No puedo comerlas, eso no se hace" dijo la hermana del rey. A pesar de ser de su misma edad, estaba vestida de seda y maquillada, cosa que el campesino Enrique no podía imaginar. Como tampoco, que sabía latín y no sólo en cuanto a la filología, sino en el sentido figurado...

Los otros muchachos se habían ido, Margarita le dijo a Enrique que era un patán, porque olía mal y él frunció su nariz, por borbónica, demasiado grande. Enrique le lanzó este latínaje. ¿Sabes qué quiere decir "aut vincere aut mori"? Y ella, con desprecio, afirmó que se lo preguntaría a su madre. Llegó una dama de la corte y preguntó a Margarita por la identidad del muchacho desarrapado, con el que hablaba. "Parece que es el ^{hijo del} rey de Navarra" y, al momento, la dama le hizo una profunda reverencia.

Cuando por decisión de Catalina de Médicis, la corte de Francia hizo la vuelta a Francia, para afianzar la corona, Enrique de Navarra que tenía 11 años formaba parte del grupo infantil. Carlos IX era ya rey, Enrique, el futuro rey tenía 13 años, Margarita, mas tarde "reine Margot", tenía 12 años y Hércules-Francisco, el rebelde hermano menor, que no llegó a reinar, tenía 10 años. De todos ellos, el mas fuerte y ruidoso era el bearnés, a quien la reina madre llamaba entre cariñosa y despectivamente "reyezuelo" ("roitiuêl").

Los hermanos Valois eran muy frágiles, flor de estufa y en cambio el Borbón era tan resistente como un cardo borriquero.

El cortejo real recorrió durante dos años el país. Catalina tramaba tal vez, con esta exhibición de poder y lujo, lograr la admiración de sus queridos súbditos y unirlos en torno a la familia real. El boato de los reyes encandila a los plebeyos y despierta una admiración, que nunca lograron los odiados señores feudales. Ante el lujo, algo infantil, desplegado por la florentina, el buen pueblo francés aplaudía enternecido. La reina madre ya se ha vuelto fea y está gorda, pero su aspecto es imponente y no carece de majestad, conoce muchos secretos y el nombre de todas las estrellas. La faramalla que forma el grupo infantil gusta a las gentes pero, sobre él, destaca la malquerida Catalina, verdadera soberana que, con una mano acaricia y con otra, fustiga a sus súbditos, soliviantados por querellas religiosas.

Hay una anécdota recogida en muchas publicaciones, pero de origen histórico dudoso, al menos incierto para mí, que quisiera sin embargo relatar porque revela el ambiente de la época. Un alto en el viaje real, Carcasona, ciudad amurallada, misteriosa y arcaica. Cielo claro y luminoso como el de Avila, pero huera de misticismo y poblada de magia como toda la Provenza. En esta región vive el genio del ocultismo, Nostradamus. Catalina conversa con él sobre la "nueva ciencia" y, juntos en una terraza, interrogan a las constelaciones.

Michel de Nostre-Dame nació un 14 de diciembre 1503, en una familia de médicos judíos provenzales. Él mismo estudió medicina en Montpellier y recorrió, cual judío errante, muchas ciudades francesas. Pronto se dedicó a las profecías y tras de vivir en Narbona, Burdeos, Lyon, Tolosa, etc. fijó su residencia y consultorio en Salon. Sus esotéricas profecías se prestaron y prestan a variadas interpretaciones y siguen influyendo, en cierta manera, en los historia-

dores y políticos de nuestros días.

Tras de publicar un libro famoso, sobre "Recetas singulares para la salud del cuerpo humano", comenzó a escribir poesías en forma de cuartetos y estrofas agrupadas por centurias. Editó siete de ellas en 1555 y posteriormente tres, que dedicó a Enrique II, por cierto que su muerte por duelo ya la había predicho en sus profecías, lo que le dió un enorme prestigio. Reconociendo su esoterismo fácil a una diversa interpretación—sobre todo "a posteriori"—algo hay en ellas que impresiona al mas escéptico. Muchas gentes siguen creyendo en sus oráculos terroríficos y hasta apocalípticos, sobre el curso de la historia de la humanidad. El pensar y el sentir apocalíptico y escatológico es propio de la condición humana. Entre la credulidad y la catatimia hay tan sólo un límite puntual. En 1555 publicó, pues, sus "Centurias" que llevaban un subtítulo sustancioso: "Vaticinios perpétuos desde hoy hasta el año 3797". Nostradamus agarraba, ardientemente, un telescopio de largo alcance para escrutar las estrellas.

Perdón por la digresión. Volvamos a Salon donde vivía Nostradamus. Un día cualquiera del año 1565 recibió la visita de la reina madre, Catalina creía y sentía la luna. Cuidaba, como siempre, de sus chiquillos, cuatro chicos y tres chicas y además el sobrino bearnés. Francisco, su hijo mayor ya había muerto de una otitis, que ella se negó a que le trepanaran. Catalina quiso conocer el horóscopo de boca de Nostradamus que, enigmático, afirmó: "Veo siete coronas, menos una, mas una".

¿Qué quería decir con ello el famoso vate? Vista "a posteriori", la operación es de una exactitud impresionante. Una corona para Carlos IX, dos para Enrique III (la de Polonia primero y la francesa despues). La corona de España para Isabel, que casaría con Felipe II. La de Lorena para Claudia. La de Navarra para Margarita. Hasta ahora son seis coronas. En cuanto a la séptima "meno-

una" correspondería a Hércules-Francisco (todos le dan el segundo nombre, lo que es motivo de confusión, pues su hermano mayor se llamaba así) el duque de Alençon, hermano pequeño que no llegó a reinar, pues murió siendo rey Enrique III y el "más una", se refería a Enrique de Navarra que reinó, contra toda previsión, en Francia, además del título honorífico de su casa, pues teniendo cuatro primos varones Valois ninguno de ellos dejaría sucesor. "Menos una", "mas una" terminaba Nostradamus. Para confirmar la hipótesis se sentó al pequeño Enrique sobre las rodillas del médico adivino. Miró las líneas de su mano, exploró el fondo de sus ojos, lo desnudó completamente y después, salmodiando, concluyó: "Será Rey de Francia". Catalina tomó un aspecto sombrío e inclinó la cabeza ante la hecatombe familiar que predecía Nostradamus. A Enrique de Navarra no le afectó la profecía, tan sólo sospechó que "serviría de pretexto para azotarle todavía mas".

Dice Michelet que Catalina de Médicis fué fecunda en hijos enfermos y en hijos muertos en temprana edad, pero que envejeció como una matrona gorda y sonriente en medio de las mas espantosas desgracias. Después de diez años de esterilidad soportó quince embarazos, de ellos sólo siete llegaron a término.

Fué una mujer inteligente y típico producto del Renacimiento italiano. Vivió rodeada de astrólogos, músicos, poetas, conspiradores y fué animadora de una sociedad podrida y liberal, progresista para su época. Reinó delicadamente entre asesinatos e incendios, entre toques a rebato y melodías de viola. Fué a la vez intrigante peligrosa e inspiradora de elevados fines políticos. Por medio de tercerías dominó -dividiendo- a la corte de Francia. A veces parece una alcahueta llena de supersticiones, otras, pronuncia palabras de gran gobernante. Demasiado frecuentemente se la califica del hada mala de su tiempo y uno se pregunta ¿podría haber sido hada buena? Vivió en un tiempo difícil, en

un reino dividido que no era el suyo, entre facciones religiosas cada vez más fanatizadas y que servían de excusa a los príncipes, de sangre real, o no, para motivar co' diclas desatadas. Catalina empleó las armas que pudo para lograr la unidad de su familia y de su reino. Prodigó, alternativamente, diplomacia y veneno y, cuando lo juzgó oportuno, jugó también la carta de pobre viuda. Enrique IV sentía gran cariño por "tante Cathérine", como llamaba a su suegra y la juzgó con mas indulgencia que sus contemporáneos y posteriores estudiosos de la historia. Cuando ante él se criticaba duramente a la florentina, siempre salía en defensa suya y con gran sensatez decía: "¿Cómo queréis que obrara de forma diferente, con todos nosotros, agobiada por tanta chiquillería?" Había una cierta complicidad, no exenta de ternura, entre tía y sobrino, suegro y yerno. Tal vez porque Catalina veía en él la vitalidad que faltaba a sus hijos -que venía del viejo tronco francés como veremos- y le hacían gracia las risotadas, las calaveradas y la rebeldía de Enrique y hasta su precoz virilidad. La vieja chueca protegía a su gallito y no paró hasta casarlo con su hija Margot, causa de muchos pesares, por emplear un término educado, en el futuro rey de Francia. Enrique IV aprendió mucho junto a las saídas de su "tante Catherine" y cuando se habla de que él fué el primer rey político, se olvida que creció al amparo de una permisividad florentina, con la cual, por sangre, no debía prosperar. En cambio, de sus hijos varones ninguno heredó su vitalidad florentina de raza de banqueros y mecenas.

Analizar ahora la decadencia de los Valois nos llevaría demasiado lejos. Los matrimonios reales se concertaban por motivos políticos y llevaban a una bárbara consanguinidad. Las leyes hereditarias se cumplen también en los sujetos que llevan sangre "azul". Es conocido el número de enfermedades hereditarias que concurren en países cuya población es estable como Sue-

cia y cuya endogamia produce las enfermedades degenerativas mas extrañas. En el siglo XVI cuyo ideal de Imperio campea -y sigue campeando si bien en forma diversa actualmente- en todos las monarquías francesas, españolas, inglesas, portuguesas etc. la política de matrimonios reales es importante. De forma pacífica se recomponen estados. Un ejemplo entre otros es el de Felipe II.

En los planes matrimoniales de Carlos I para su hijo Felipe había dos miras: debilitar a Francia o aportar dinero a las arcas imperiales. Su cuñado Juan III de Portugal, casado con su hermana Catalina, tenía una hija de la misma edad que se llamaba María. Portugal tiene oro y los Aviz son ricos, ahorrativos y les tienta la herencia del imperio universal. Aceptan el enlace como una llamada del destino. Han de pedir dispensa a Roma a causa del estrecho parentesco que hay entre ellos: el padre de él y la madre de ella son hermanos y también el padre de ella y la madre de él. Felipe será yerno de su tía, esposo de su prima y cuñado de su primo. María será nuera de su tío, esposa de su primo y cuñada de su prima. Primos recíprocamente son los padres de los novios, hermanos de las esposas, hermanos de los esposos, esposos de las hermanas y suegros de los hijos. Ambos contrayentes tienen 16 años y, a su inmadurez, van a añadir una tremenda consanguinidad. Pero estas consideraciones que hoy nos parecen inauditas, pesan tan poco en la política matrimonial, que va repetirse aquel vínculo tan antinatural y vecino al incesto, puesto que, al tiempo de estas capitulaciones, se compromete a D. Juan heredero portugués con Juana la hermana de Felipe II. ¿Qué tiene de extraño, pues, que el hijo de la unión entre Felipe II y María de Portugal fuera aquel engendro psicopático llamado Don Carlos? Sus abuelas fueron Juana la Loca e Isabel la madre de la Reina Católica por no citar mas antecedentes señeros en la locura... Nació Don Carlos del parto laborioso de una niña. Na-

ció un principito de cara arrugada, cuerpo esguío y de naturaleza mermada pero heredero de un vasto imperio. Las coronas de toda Europa, de la mitad de las Indias, y de América se cernían sobre la cuna del regio niño que nunca llegó a reinar, pero que haría correr ríos de tinta en forma de novelas, dramas y fábulas infamantes, ya que no fué su destino el ser hacedor de la historia de España.

Felipe II era tímido, lento en su discurrir, de pocas palabras y cauteloso de expresión. Gustó mas de comunicarse por carta, lo que hace fácil la tarea de sus biógrafos. Buen latinista, desde su adolescencia, practicó el sabio apotegma "verba volant, scripta manent". La reivindicación histórica ha sido y es posible gracias a ello. El llamado "Demonio del Mediodía" no tuvo nada de dictador. El autócrata, coronado o no, anula al hombre de Estado y supedita todo al Poder. Sus consignas están inspiradas en el inapelable "orden y mando". El autócrata necesita del autobombo, del incienso, de la adulación y en nuestros tiempos de la propaganda. Felipe II no fué nunca así, pero no es este el lugar de ensalzarle, sino tan sólo de cotejarle con su coetáneo Enrique IV, que tanto le odió y hacía el que Felipe II, a decir verdad, nunca tuvo aprecio. Para nuestro rey, el bearnés era un soldado más o menos afortunado, un capitán de caballería que, con sus cabalgadas, recorría alegremente un país empobrecido y desgarrado por luchas religiosas, provocadas por ambos bandos. Hereje unas veces, correligionario en la Fé en otras, la veletad no dependía sino de la frivolidad del francés, frente a la solidez mental de Felipe II. La idea de imperio en éste, había cambiado totalmente de la que tenía el César Carlos. Para Felipe II la grandeza de España sobrepasaba el marco de su padre el Emperador. En muy pocos años el mundo se había multiplicado. España y Portugal unidas en su corona y en su sangre (hasta seis octavos de su sangre era portuguesa, como hemos visto en otra parte). Los matrimonios peninsulares, con raras excepciones, menudearon en la

Edad Media. Vamos a hacer una revisión de la sucesión del trono de Castilla durante tres siglos, que confirma este dato. San Fernando fué hijo de leonés y de castellana. Alfonso el Sabio de alemana. Sancho IV de madre aragonesa. Fernando IV de María de Molina. Alfonso XI y Pedro I de portuguesas (quizá la psicopatía, que tan cruelmente se mostró mas tarde, se debiera al doble parentesco de sus progenitores). La madre de Enrique II no era de sangre real. La de Juan I era castellana, la de Enrique III aragonesa y la de Juan II era inglesa. Pero tras del Compromiso de Caspe y la unificación de los Reyes Católicos, no quedaban sino dos dinastías peninsulares, que anhelaban la fusión. Sabido es que había enemigos de esta política unificadora y hasta una clara hispanofobia en algún consejero real. Los "matrimonios españoles" no fueron populares en Portugal, pero se llevaron a cabo contra viento y marea. No se trataba de que los Trastámara reinasen en Portugal, sino de que un Aviz cifrara la corona española, es decir la lusitana la castellana y la aragonesa. "Fálese de castellanos e lusitanos pues españoles somos todos" clamaba Camoens el cantor de "Os lusíadas". A punto estuvo de ello el malogrado Miguel I, con unánime satisfacción de los peninsulares.

La primera mujer de Juan II fué María de Aragón su prima, madre del degenerado Enrique IV de Castilla y la segunda mujer Isabel de Portugal que todos los autores coinciden en calificar de esquizofrénica, fué la madre de Isabel la Católica. Reaparece el estigma de la locura en Juana la Loca. A pesar de ello los matrimonios peninsulares siguen produciéndose de forma temeraria y bárbara consanguinidad. Mas arriba hemos comentado el matrimonio de Felipe II. Añadamos aquí, que Carlos I se había casado con Isabel de Portugal, su prima hermana, por ser hija de Ma-

ra, hermana de Juana la Loca. La mujer de Felipe María es hija de Juan III y el único fruto de esta unión fué el famoso Don Carlos. Resulta curioso señalar que este príncipe no contó, como los demás mortales, con ocho bisabuelos diferentes, sino tan sólo con cuatro que lo son, además, por ambas líneas la paterna y la materna: Manuel I de Portugal casado con María, hija de los Reyes Católicos, Felipe el Hermoso y Juana la Loca. La reina Isabel de Flandes lo inconsciente de la demencia era tía carnal de Manuel I, por haber sido hermana de su madre, aparece en el árbol genealógico de Don Carlos como dos veces bisabuela suya. (3) Pero el tema que nos interesa ahora es el del matrimonio de Enrique el bearnés.

(3) Sobre el matrimonio de Enrique el bearnés y Margarita de Valois, aunque pactado desde la infancia, se discutió mucho antes de celebrarlo. Juana de Albret se había hecho hugonote y también sus hijos. Intervino en las capitulaciones el General de los jesuitas que era entonces San Francisco de Borja.

En el tomo de los Documentos se citan varias cartas de Juana de Albret: nº 32 cuyo original firmado está en la B. N. P. 3224- fº 20. El nº 33 también autógrafo y que está en B. N. P. Fonds Dupuy 211, fº 40. dirigida a Carlos IX. El nº 34, autógrafo y sin fecha, dirigida a la reina-madre está en B. N. P. Fonds Dupuy, 211, fº 43. El nº 35, también dirigida al rey Carlos IX está en B. N. P. 15553, fº 112, original firmado. El nº 36 también en B. N. P. 15553, fº 246 va dirigida a los hugonotes de Lyon. El nº 37, es una copia de una carta dirigida al Sr. de Luxe B. N. P. 15553, fº 340. El nº 38, dirigida al mismo B. N. P. 15553, fº 341. El nº 39 es una carta de Juana de Albret a su hijo B. N. P. Fonds Dupuy, 211, fº 41. El nº 40 es una larga carta al Sr. Beauvoit que merece leerse detenidamente ya que muestra la intransigencia de la reina de Navarra en lo referente a la religión. B. N. P. Ms. Es. 2748, fº 119.

El documento nº 17 es una carta del rey Carlos IX a su embajador en Madrid el Sr. de Fourcureux sobre el matrimonio de su hermana Margarita y está en B. N. P. Ms. Es. 10752 pags. 1191-1195.

La Entrevista de Bayona. -

En el año 1560 el rey Felipe II quiso tener una entrevista con la reina madre de Francia que ésta rehuyó alegando que temía abandonar París en tiempos tan difíciles. Pero en el año 1563 fué Catalina de Médicis la que a través del embajador Alava, quiso ver a su yerno el rey de España, pero éste le dió largas, tanto que llegó a quejarse, lo que obligó al representante español a decir "No se queje, ni le eche la culpa a mi Señor, diga lo que de él quiere y la entrevista tendrá lugar". Probablemente Felipe II barruntaba los manejos de su suegra y envió a Bayona a Isabel de Valois, su mujer, acompañada por el duque de Alba (4) La entrevista tuvo lugar en junio y julio de 1565, entre brillantes fiestas de bienvenida por parte de los franceses. Los españoles buscaban una alianza con Francia para luchar contra la herejía, Catalina que el duque de Anjou, Enrique, su hijo preferido, casase con Juana, hermana de Felipe I y Margarita su hija, con el príncipe Don Carlos. En cambio, no pensaba para nada ceder en su política y actitud de tolerancia religiosa.

Puede afirmarse que Catalina de Médicis y el Duque de Alba jugaron al ratón y al gato. El hablaba de peligro hugonote y ella de matrimonios... En cuanto a Isabel su hija sentía y hablaba como reina de España, lo que anulaba la autoridad materna. Isabel de Valois, tercera consorte de Felipe II, fué el único amor de su vida. A los 6 años se pensó en casarla con el duque de Ferrara, luego con el joven rey inglés Eduardo VI, luego se dudó entre casarla con Don Carlos (en el momento de la paz de Cateau-Cambrésis Felipe II estaba casado con María de Tudor) (5) Al sucumbir María, el novio de Isabel fué

(4) Vide H. A. Documentos muy numerosos referentes a ella. Vid. tomo correspondiente.

(5) Recordemos que en este reinado consorte las universidades de Oxford y Cambridge siguieron el modelo Salamanca y de aquí fueron muchos maestros a enseñar en las famosas universidades inglesas.

Felipe II, aunque ni Enrique II ni Catalina de Médicis se lo revelaron a su hija hasta que, el 3 de abril de 1559 se firmó la paz. Tenía Isabel 14 años y la literatura romántica del siglo XIX -por calificarla benévolutamente- afirmó que estaba enamorada de su hijastro y que, por esta razón, ambos murieron tan jóvenes. Nada más lejano a la historia, a la verdad histórica mejor dicho. La boda se celebró por poderes y representaron el duque de Alba, el Príncipe de Orange y el conde de Egmont. El ajuar de Isabel fue idéntico al de su hermana Claudia, casada con el duque de Lorena, propio de una reina del siglo XVI. La felicidad del momento se vio turbada, como hemos visto, por el mortal accidente del rey Enrique II, que murió en un torneo. Por fin, tras una difícil travesía desde Flandes, el monarca español desembarcó en Laredo el 8 de septiembre y ella, que seguía en la corte francesa, con el título de Majestad Católica de España, tras de presenciar la coronación de su hermano Francisco en Reims, comenzó a organizar su viaje a España. Partió en Pau en diciembre, con nuevas fiestas de despedida, hasta que el 7 de enero el séquito francés entregó oficialmente a la reina en Roncesvalles, de penoso recuerdo para los franceses, en medio de una gran nevada. La crudeza invernal, tras el entusiasmo pamplonico, retrasó la llegada de la reina a Guadalajara hasta el 28 de enero, donde, al cabo de seis meses de matrimonio, se reunieron los esposos Felipe e Isabel.

Isabel era encantadora física y moralmente, con mucho, lo mejor de la familia Valois. La entrevista de Bayona comenzó con un traspiés. El duque de Alba dijo al rey Carlos IX: "Parece que Dios ha escogido a V. M. para castigar las ofensas que le hacen" y Carlos contestó, que no tenía medios, ni quería más guerras, que arruinasen más su reino. El duque insistió que, desde la paz de Amboise, los católicos perdían posiciones. Catalina lo desmintió y añadió que estaba extrañada de que ^{se} conociera mejor la situación de su reino en España,

mano el rey de Francia es tan poderoso ¿por qué no castiga a los renegados?" Catalina de Médicis insiste en la política de matrimonios y el duque de Alba en la necesidad de aclarar posturas en el terreno religioso. "Ya le he dicho que se hará justicia", dijo Catalina. Y a su hija, en privado, que su marido podría dar como dote a su hermana Juana, algunos Estados y ^{que} Enrique su futuro cuñado sería un devoto amigo de España. A lo cual la joven reina replicó: "Mi hermano el rey de Francia nunca pensó en darme parte de sus Estados". Y Catalina fingió no haber oído. La conversación terminó. Ya habían hablado bastante.

No quisieron separarse bajo una mala impresión. De un lado, no hay que olvidar que ambas reinas eran madre e hija y de otro, el duque de Alba temía que una tensión entre la corte de Francia y la de España podría resultar beneficiosa a los protestantes. El 30 de junio hubo una especie de Gran Consejo al que asistieron, además de los citados de la entrevista de Bayona, el duque Mañrique de Lara, los cardenales de Guisa y Borbón, el Condestable de Montmorency, el Mariscal de Bourdillon y el duque de Montpensier. El Condestable ratificó la voluntad del rey de mantener la ley y evitar nuevas guerras de religión. La reina madre insistió cerca de su hija sobre los proyectos matrimoniales. Poco después, escribía a Felipe II lo siguiente: "La reina mi hija os dirá detalladamente lo tratado y el celo con que cuidamos de nuestra religión y estamos al servicio de Dios. La reina os contará otros temas que contribuirían a aumentar la amistad que nos une". Se refería a los casamientos, claro está. Sin embargo corrió la voz de que se habían tomado acuerdos secretos y el veneciano Correro piensa hasta que hicieron una lista con las cabezas a decapitar. Otros historiadores aluden a una matanza general como fué mas tarde la de San Bartolomé, cosa como vemos en otro lugar nada probable. Granvela escribió a Alfonso del Carto respecto a Catalina de Médicis: "Catalina ha prometido maravillas en cuanto a

evitar el aumento de los reformados, pero también piensa en nuevas hostilidades. Creo que está empeñada en la idea de que enfrentando los dos partidos se refuerza la autoridad real y de este sistema resultará indefectiblemente la ruina de la religión y la del trono de su hijo".

En cuanto a los matrimonios, el tema mas importante para ella -el de su hijo Enrique- fracasó. La entrevista de Bayona no creó sino problemas y malentendidos. Los protestantes no asistieron a ella, ni siquiera Juana de Albrecht reina de Navarra y otros príncipes de sangre real, que se ofendieron por ver a su rey -Enrique era entonces un niño del cortejo francés- reunido con enviados del "démon du Midi" como llamaban a Felipe II y el odiado duque de Alba. Por este sentimiento, creyeron que algo malo se estaba tramando contra ellos y a sus espaldas. De ahí a afirmar que el origen de la noche de San Bartolomé hay que buscarlo en Bayona, no hay mas que un paso. Thou escribirá: "Los protestantes, gentes muy suspicaces, escribieron que en Bayona se había acordado entre los dos reyes establecer la antigua religión y extirpar de cuajo a la nueva". Cuáles fueron exactamente las promesas intercambiadas es difícil de saber y todavía los historiadores discuten sobre ello. (6) Rotundamente, nada referente a la matanza de la noche de San Bartolomé.

(6) nº 3-al 18 son documentos que se refieren a la "Entrevista de Bayona".

- nº 3- del duque de Alba a Felipe II, B. M. - P. 1326. - Add. 18. 789
- nº 4- Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1505.
- nº 5- Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1504.
- nº 6- Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1504.
- nº 7- Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1504.
- nº 8- Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1504.
- nº 9 Id. Id. Id. A. S. Estado Leg. K. 1604.
- nº 10-Memoria de Catalina de Médicis. DOUAIS, C. "Lettres Charles IX", pags. 379-30
- nº 11-Memoria M. Fourquevaux" Original Chateau Id. Id. Id. pag 380-81-82.
- nº 12-Carta de Carlos IX a M. Fourquevaux. B. N. P. Ms. frs. 10751, pag. 197-98.
- nº 13- Id. Id. Id. Id. B. N. P. Ms. frs. 10751, pags. 416-20.
- nº 14-Memoria rey Francia. B. N. P. Ms. frs. 10751, pags. 292-300.
- nº 15 Carta Carlos IX a Fourquevaux. - B. N. P. Ms. frs. 10751, pags. 791-92.
- nº 16-Memoria Id. sobre l'Aubespine- B. N. P. Ms. frs. 10751, pags. 793-805.
- nº 17-Del duque Alba a Felipe II, B. M. - P. 1326. - Add. 18. 789

Las guerras de religión. -

Las llamadas "guerras de religión" fueron, como vamos a ver a continuación, políticas. Duraron cincuenta años y pusieron a Francia al borde del caos y de la ruina. Siendo Catalina de Médicis delfina y reina tuvo que dominarse e inclusive aceptar la amante del rey, la altivez de Montmorency y el desprecio de los Guisa. Cuando Francisco II subió al trono tenía 15 años y estaba casado con María Estuardo dos años mayor que él y sobrina de los Guisa. Francisco II estaba locamente enamorado de su mujer, todo el mundo la quería y se decía que ella era capaz con su sonrisa de dominar a todo el reino. Parece clara la situación: la familia Guisa era la dueña del poder. "Mis tíos, el duque de Guisa y el Cardenal de Lorena, están encargados de todo y quiero que se les acate como a mí mismo" decía el rey. Por esta razón, y con el beneplácito de su madre, despachó a Montmorency.

El reino de Francisco II no duró mas que un año. Católicos y protestantes tomaron posiciones mientras que surgía una "tercera fuerza", el partido de los "políticos" que fué el que, a la postre, ganó la partida. Este partido fué el de la corona, el de la idea de la monarquía hereditaria. Estaba representado por l'Hospital viejo verborreico y de talante liberal, pero la inspiración era la reina madre. El jefe de los católicos era Francisco de Guisa con gloria militar y una gran popularidad. Los protestantes buscaban una cabeza visible entre Coligny y Landelot, pero prefirieron a un príncipe real y buscaron a Antonio de Borbón cuya mujer, Juana de Albret, era apasionadamente reformada y tenía un hermano, Condé que por ambición se pasó también a este bando. (7)

Es decir que Francia estaba partida en dos y la monarquía, fiel a su papel, se esforzaba por mantenerse alejada de las luchas, "au dessus de la mêlée". Los escritos del tiempo son muy difíciles de interpretar, por la pasión que ponen ambos

los partidarios de la Religión o los católicos. Uno acusa al otro de haber sido el primero en iniciar la pelea. El duque de Guisa, al frente de los católicos, era odiado por los protestantes. Además de su fanatismo religioso, tenía pretensiones y altivez, por ser descendiente de Carlomagno y se sentía desposeído de ciertos derechos a la corona de Francia. En otra parte, vemos que el origen de la legitimidad de Enrique IV, había que buscarla en San Luis. Así son las genealogías: al cabo de diez generaciones los parentescos se aproximan y resultan similares. La casa de Lorena, mientras reinó Francisco II, tuvo un momento de gran esplendor. Eran tíos de la reina y el glorioso general y el cardenal se repartían el poder pues éste ocupaba un puesto que hoy correspondería a los ministerios del Interior y de Hacienda.

Del lado protestante estaba la Casa Châtillon, Coligny y Landelot porque Antonio de Borbón era de carácter indeciso y por eso se inclinaron por Condé mucho más ejecutivo que él. Los protestantes estaban a la espera, cuando el paso adelante lo dio La Renaudie que, con un grupo de nobles reformados, quiso secuestrar a los Guisa, sin tocar a la realeza. Parece, que pensaba hacer el doble de juego de matar a los Guisa y secuestrar al joven rey, para poner en el trono a los Borbón, previa convocatoria de los Estados Generales. Fué la conspiración de Amboise (1560) descubierta por el cardenal de Lorena y el duque de Guisa y aplastada con un golpe de autoridad.

Hacía falta sin embargo, para resistir a los protestantes rebeldes, una especie de aprobación nacional que no tenían pues, tanto la reina madre como l'Hospital, estaban por la concordia. Se convocó a los Estados Generales en Orléans, peligroso remedio de los tiempos difíciles. El plan de los Guisa era poner a los diputados ante un hecho consumado. Se invitó al rey de Navarra y a Condé pensando que, si no acudían, se confesaban culpables y si acudían solos era una forma de entregarse. El inofensivo rey de Navarra se mostró intimidado por la glacial recep-

ción y en cuanto a Conde, forzado por el rey a explicar su conducta, manifestó ser una víctima de las calumnias de los Guisa, pero, a pesar de ello, fué detenido y condenado por alta traición. Los Guisa, atacando a los principes Borbón intentaban decapitar al partido protestante, pero la jugada les salió mal, pues Francisco II murió al poco tiempo y el panorama político del país cambió totalmente para ellos.

Subió al trono Carlos IX, era menor y la batuta fué tomada por la reina madre y por l'Hospital. No es necesario decir, que la idea de un cambio de dinastía tentó a muchos partidarios de los Guisa, como había tentado antes a los protestantes. De cambio de dinastía, a supresión de régimen monárquico, no hay mas que un paso, que no llegó a darse, pero el fermento revolucionario había surgido y se difundía por toda la nación.

Catalina de Médicis y su canciller, con el programa de reconciliación, fueron el fiel de la balanza. Su idea era positiva, pero quimérica y por tanto fuera del tiempo, demasiado tarde. Los dos bandos actuaban tajantemente y con excesiva pasión. Por éso, ni la habilidad de la florentina, ni el liberalismo del canciller, lograron la concordia ni el equilibrio. A pesar de alejar de gobierno a los Guisa, de nombrar al rey de Navarra miembro del Consejo Real, de amnistiar a Condé y a los hugonotes, la tensión siguió aumentando. Los calvinistas se enardecían cada día mas y los católicos se preocupaban de forma creciente. L'Hospital no percibió las dificultades que el momento político presentaba, ni se dió cuenta de lo que Saint-Beuve llama "el espíritu republicano originario de los reformados, junto a sus deseos de formar un Estado dentro del Estado." L'Hospital fué demasiado tolerante cuando no podía ya serlo y debilitó el poder, ingenuamente, contribuyendo a que Francia cayera todavía mas en el caos. L'Hospital disminuyó las fuerzas de orden público,

redujo las pensiones y aumentó el poder de los municipios. El resultado fué que, en tiempos tan difíciles, insistimos, lo que sustituyó a la policía fueron las comunas. L'Hospital pensó, que la libertad sería la solución adecuada para disminuir las tensiones, pero al desarrollar al gobierno potenció a las facciones, lo que contribuyó a la desintegración. Michelet dice de él que "fué un imbécil" y añade textualmente las siguientes palabras que se hicieron famosas y constituyeron lo que hoy llamaríamos un eslogan: "A la mar, a las fuerzas embravecidas y al caos dijosed reyes!"

En esta angustiosa situación el canciller multiplicaba sus decretos, pero nadie los cumplía. Unos y otros pedían privilegios o mejoras, pero nadie quedaba satisfecho. Unas gentes molestaban en misa y otras interrumpían los oficios protestantes. L'Hospital tuvo la desafortunada idea de convocar a ministros de ambas creencias para llevarlos a un acuerdo... La reunión terminó como el resarío de la aurora. Catalina de Médicis era sospechosa para todos, por querer adoptar el papel de mediadora. Guisa, Montmorency y el mariscal Saint-André formaron una especie de triunvirato para escindir el poder real.

Massacre de Vassy. -

Un desagradado incidente, en el que el duque de Guisa se vió mezclado, dió la señal de guerra. El príncipe Condé hizo un manifiesto en marzo de 1562. Francisco de Guisa se apoyaba en París, que sería católico hasta el fin. Un golpe de audacia logró el secuestro del rey y de Catalina de Médicis, que estaban en Orléans. La tutela que los Guisa ejercieron resultó infuca, pues tenían, en cierta manera, sitiada a la realeza y por tanto al Estado. Tal vez estas palabras que anteceden resulten demasiado rotundas, pero la tutela, vigilancia, directorio o como quiera llamársela era absolutamente ilegal, aunque en aquel momento resultase para Francia un "mínima de malis", como se demostró por el curso de

La guerra siempre es mala, la guerra civil es la mas odiosa de todas y si a ello se añaden consideraciones de tipo religioso resulta comprensible que en el siglo XVI el conflicto tomara carácter internacional. Y así ocurrió. Los protestantes franceses buscaron apoyo en sus correligionarios alemanes e ingleses y los católicos en Felipe II y el Vaticano. Los Guisa jugaron la baza de que entre luteranos y calvinistas había mas diferencias que entre católicos y estos últimos. Discusiones bizantinas, porque el conflicto era mucho mas profundo. La idea que primaba en Europa durante el siglo XVI era la del Imperio venida de siglos pasados y transmitida a los que vendrían despues. Y la idea sigue viva en el mundo actual, si bien se le dá un nombre distinto. El cardenal de Lorena, en una famosa entrevista con el duque de Wurtemberg, hizo concesiones asombrosas en lo tocante a la fé. Rejtres alemanes combatían en las filas católicas contra sus iguales, pero en campo opuesto. Inglaterra jugaba con cien barajas, como siempre. Catalina ofrecía a la reina virgen, alternativamente, a uno de sus hijos, pero el marido propuesto era cada vez mas joven, como si los años no pasasen para la inglesa. Isabel de Inglaterra, por su parte, se dejaba pretender, pero lo que le interesaba era el puerto del Havre y Calais. No es aventurado suponer que, tanto Condé como Coligny pactasen con ella, aunque lo negasen reiteradamente despues.

Mucho se ha comparado el año 1562 con el 1793. En ambas fechas, las luchas los incendios y las barricadas asolaron al país. Desde el punto de vista artístico, la destrucción del año 1562 fué mayor, pues los protestantes eran iconoclastas y destrozaron numerosísimos retablos románicos y góticos, especialmente del Sur de Francia, que pueden verse todavía hoy. Los revolucionarios de la Convención, mas que imágenes cortaron cabezas. En el Oeste, tanto Condé como Coligny fueron derrotados por Guisa (en Dreux) y cuando iba a la conquis

ta de Orléans fué asesinado por Poltrot de Méré (1563). Ese es el origen de la noche de San Bartolomé, a mi modo de ver. Ríos de tinta han corrido para explicar tamaña matanza. Se aventuran oscuros designios, secretos pactos, intervenciones extranjeras, asesinos pagados por el exterior, odios florentinos y muchas mas motivaciones, que aportan los historiadores. La explicación ya la había dado la literatura clásica en sus mitos y está enraizada en el alma humana: el hijo vengador de su padre. Enrique, hijo de Francisco de Guisa, respondería, apasionada y brutalmente, años mas tarde, con el asesinato del almirante Colligny. De este modo a la guerra civil y religiosa se sobrepuso la venganza con tintes cornelianos: "A qui venge son père il n'y a rien d'impossible".

Los acontecimientos favorecieron a Catalina de Médicis. El duque de Guisa -rey sin corona- y el dudador rey de Navarra, ya habían muerto. El príncipe de Condé y sus amigos protestantes habían sido vencidos. Catalina tenía que jugar la baza católica, pero al propio tiempo conciliadora. Tendió la mano a Condé y dió libertad de culto, para satisfacer la honrilla de los aristócratas calvinistas. En este momento, Catalina pensó ser una nueva Blanca de Castilla que evitó que la monarquía se manchase con sangre albigena. Durante esta tregua que podría calificarse de "pax florentina" Carlos IX alcanzó su mayoría de edad. Pero la fórmula mágica del equilibrio, una vez mas, no dió resultado, casi nunca lo da, y Catalina había cantado victoria demasiado pronto. Ni uno ni otro bando estaba contento por la eterna razón de que es muy difícil convencer a un fanático. O dejaría de serlo. A punto estuvieron de capturar al rey o de sustituirlo por un Borbón. Se llamó a Colligny a palacio, que tenía un subconsciente republicano y que fracasó en su gestión, siendo además el responsable de la formación de la Liga, al levantar la fiebre calvinista. A

partir de este momento, la monarquía se vió obligada a considerar como rebeldes a los dos bandos religiosos, cada día mas irreconciliables. La víctima propiciatoria fué l'Hospital y de forma inevitable la influencia y el poder volvía a la familia Guisa. La represión hizo su aparición de nuevo. El ejército real no valía gran cosa (con la excepción de Jarnac dónde murió Condé y Montcontour)) para acabar con los sediciosos. La guerra era una continua sangría para los dos bandos.

Carlos IX anhelaba la paz. La liga, encabezada por su antiguo compañero de colegio Enrique de Guisa, cada vez era mas poderosa. Carlos IX conocía el valor del tercero en discordia, lección aprendida de su madre cuya constante preocupación era el refuerzo de la corona francesa. Por otra parte Carlos IX nunca tuvo aversión hacia los protestantes. Había tenido una nodriza hugonote por la que siempre mostró un gran afecto (9) Por todas estas razones dió a los protestantes libertad de culto en el año 1570 y tambien algunas plazas fuertes como La Rochelle y Montauban. Les dió, por tanto, cierta beligerancia e intentó una reconciliación general, comenzando por la familia de Navarra. Su pariente mas próximo, aparte de sus hermanos, era Antonio de Borbón que tenía dos hijos Catalina y Enrique (10) Con este último había estado en el colegio como vemos en otra parte. Carlos IX no tenía hijos y sus hermanos, por el momento tampoco. Enrique de Navarra había luchado junto a Coligny en La Rochelle y otros sitios contra el ejército real. El razonamiento que se hizo fué que si la corona debía de pasar, hipotéticamente, un día a manos de los Borbón, lo mejor sería casar a su hermana Margarita con Enrique. La cuestión político-religiosa se arreglaba de este modo por vía nupcial. La casamentera

(9) Una vieja costumbre francesa era que la nodriza, si vivía, era la que debía acompañar al agonizante en sus últimos momentos, incluso meterle en el ataúd. Hay una descripción de la muerte de Carlos estremecedora. Se dijo que murió tísico y de remordimiento por la matanza de San Bartolomé. Probablemente era

Catalina de Médicis debió de aconsejar este matrimonio y fué también ella la que preparó las capitulaciones con Juana de Albret.

La llamada del almirante Coligny a la corte fué un golpe muy efectivo. Carlos IX proclamó, además, a los cuatro vientos, su amistad con Orange y Nassau. Incluso se llegó a intentar una alianza contra Felipe II y la reconciliación con Isabel de Inglaterra que, dicho sea de paso, tenía encerrada en la cárcel a la ex-reina de Francia María Estuardo, cuñada y nuera de quienes inspiraban y ejecutaban la política de acercamiento inglés... Fué entonces cuando se le propuso la alianza con Francisco-Hércules duque de Alençon, el menor de los Valois. Coligny devolvió las plazas concedidas a los protestantes (es decir a sí mismo) y de golpe se convertía en el mentor de París. Fué un giro copernicano podríamos decir: la política francesa se tornaba protestante. Coligny se pasó se rosca en el giro y creyó que los católicos eran juguetas fáciles de destruir desde el poder. Una vez más, los cálculos de la corte francesa quedaban en pura quimera. Ni los Países Bajos, ni Inglaterra, ni Alemania querían enfrentarse al poderoso monarca español, para secundar la enemistad -nueva- del rey francés y de su madre, con Felipe II. La idea de levantar al país y a Europa contra el "demonio del mediodía", como le llamaban, fué pura megalomanía.

Volviendo al matrimonio de Margarita de Valois con Enrique de Borbón fué muy difícil de aceptar para los católicos, ya que un matrimonio mixto necesitaba una dispensa papal. Se dice que Carlos IX forzó el consentimiento de su hermana haciéndole inclinar la cabeza como forma de dar el sí en Notre-Dame de la Chapelle. Después notaba sangre y le enduza cambiaba continuamente sus vendas al tiempo que le cantaba una canción de cuna. Le perfumaba para que no le molestase el terrible hedor de la sangre que era insostenible en su estancia. Mientras la nodriza cantaba suavemente Carlos IX se durmió para siempre y ella misma le amortajó. Además, de su nodriza su madre.

(10) vide "Los dos Enrique", p. 16.
(11)-Carta de Carlos IX a Fourquevaux sobre matrimonio Margarita. B. N. P. Ms. frs. 10752, page 110, line 206. No. 37

C A P I T U L O 52

" R E I N E M A R G O T "

" Roi de vertu, d'honneur et de bonté
Que tiens sous toi la terre navarraise.
Tu viens choisir notre perle française.
Qui n'a pareille en grâce ni beauté".

RONSARD. -



"REFINE MARGOT"

Hemos visto en otra parte que Margarita de Valois y Enrique de Navarra se conocían desde niños. Incluso que su matrimonio fué concertado por sus padres muy tempranamente. Las conversaciones entre Catalina de Médicis y Juan de Albret está prolijamente narradas en numerosas publicaciones. Los distintos autores coinciden en afirmar las mútuas vejaciones que ambas reinas y futuras conuegras se prodigaron. El acuerdo matrimonial se firmó en Blois y Juana escribió inmediatamente a su hijo, que estaba en el Sur, para que viniese a la Corte. Le recomendaba que cuidase su vestir e incluso que tratase de dar a su cabellera un aire más limpio y cuidado de lo que solía aparentar. Le recomendaba de igual forma que se presentase en la Corte "pisando firme y que no cediese a las tentaciones". Fácil es imaginar la idea que tan estricta reformada como era Juana de Navarra tenía de tener de la corte de Francia, pero sacrificó sus "creencias" a la futura grandeza de su hijo. Por otra parte eran los tiempos de la preponderancia del Almirante Colligny, también hugonote, en el reinado de Carlos IX.

Sin embargo la Reina de Navarra no llegó a asistir a la boda de su hijo, porque poco después de firmadas las capitulaciones matrimoniales, murió casi repentinamente. Se pensó y se dijo cómo no en el envenamiento, pero la autopsia demostró que Juana de Albret padecía una grave tuberculosis y que el estado de su enfermedad era ya muy avanzado cuando marchó a París. ¿Qué ventaja suponía, además, para la Reina Madre esa muerte? Se corría el riesgo, de hacer caso a tal habladurías, de romper el matrimonio de su hija Margarita con Enrique, que venía a ser como la culminación de la política de acercamiento entre católicos y protestantes, cuya mejor muestra era la presencia en el gobierno del Almirante Colligny. Además, si hubo premeditación, como muchos autores pretenden, en la Noche de San Bartolo-

(1) Véase Documentos, numerosas cartas de Juana de Albret, vide. pag. 85 y nº 32 al 40.

me ¿por qué iba a despertarse la sospecha antes de tiempo?

El matrimonio de Margarita de Valois y Enrique el bearnés fué puramente político. Se hizo por decisión de ambas madres y deseo de Carlos IX, probablemente aconsejado por el Almirante Coligny. Los jóvenes esposos no pudieron hacerse demasiadas ilusiones. Las conveniencias y la ambición motivaron el "Si" sacramental. Cuentan que la reina Margot se vió obligada, por el rey su hermano, a inclinar la cabeza, para que el oficiante viera en ella algún signo de asentimiento.

Coincidió este matrimonio con la "Noche de San Bartolomé", como si hubiera habido lapremeditación de concentrar al "estado mayor hugonote" en París para liquidarlo de una vez. Sobre este episodio han corrido ríos de tinta. Lo que es cierto es que, ni la Reina Madre, ni el rey, ni su hermano Enrique, ni los Guisa, ni quien lo iniciara, pudo suponer la reacción en cadena que se produjo, ni el alcance de la matanza.

Los hermanos Valois eran de poca salud y ninguna energía. Todos murieron muy jóvenes. Unos autores hablan de tuberculosis, pero hay que tener en cuenta que en aquel tiempo cualquier hemorragia se atribuía a tal enfermedad, de la misma manera que cualquier lesión cutánea se diagnosticaba, casi inevitablemente de lepra. He leído en algun escrito del tiempo una descripción muy detenida de la muerte de Carlos IX y todo parece suponer que padecía una hemofilia pues dice textualmente que "sudaba sangre". Enrique III -uno de los mas odiados de los reyes de Francia- es calificado de perverso moral y sexual, asesino del Duque de Guisa y asesinado, a su vez, como veremos mas adelante. Francisco-Hércules, duque de Alençon y mas tarde de Anjou era tambien tuberculoso, ambicioso, rebelde y guerreando siempre por su cuenta contra sus hermanos, sucesivamente reyes. Tambien en el terreno sexual se le ha calificado de degeneración y hasta hay autores que afirman que tenía una pasión incestuosa por su hermana Margarita, "la quería con un amor que sobrepasaba al fraterno".

Margarita era robusta desde el punto de vista físico, pero presentaba otro tipo de taras que se iniciaron siendo apenas una niña -ninfomanía- y no terminaron sino cuando terminó su vida. Muy inteligente y culta, sus memorias denotan cierta avidez intelectual. Pero como decíamos era una ninfómana y el episodio de la decapitación de uno de sus mas conocidos amantes -la Mothe- dió lugar a una manifestación de su anormalidad. Reclamó la cabeza de su amor para embalsamarla, rasgo que es mas propio de Grand Guignol que de la historia de Francia. (2)

El bearnés no podía exigir a su legítima esposa mas recato del que él había mostrado anteriormente en su vida y sabía que había tenido ella. Desde el primer día de su matrimonio se resignó a algo que sabía era inevitable, ser un marido engañado. Las transgresiones de la fé conyugal llegaron a ser tan sonadas y frecuentes, que resultaron excesivas incluso en aquel tiempo y lugar que, según fama, era la corte mas corrompida de Europa. Por éso llegó el momento en que el bearnés quiso contraer nuevo matrimonio y romper un vínculo que él mismo estaba a muchas leguas de contribuir a que fuera respetable. Versátil en sus convicciones, lo era mas, como podemos ver en el curso de estas páginas, en sus amoríos.

Este matrimonio que parecía destinado a ser el símbolo de unión en Francia entre católicos y protestantes, al menos esa fué la intención real y de Colligny como hemos visto, resultó un tremendo fracaso y ahí está uno de los orígenes de la noche de San Bartolomé. Los cálculos del Almirante fallaron, probablemente por falta de rapidez en la acción y el sueño se transformó en quimera. La invasión de los Países Bajos por parte de Francia inquietaba tanto a los ingleses como a los príncipes alemanes, que suponían que al derribar al coloso español, Francia se convertiría en una temida potencia. Como así ocurrió, pero en el siglo siguiente. La venganza de los Guisa contra Colligny es un hecho histórico, pero no basta para explicar el furor desatado una noche del 24 de agosto en Francia. Se había predicho

(2) "Les Memoires de la Reine Marguerite", Charles Chappellain, ed. orig. Paris 1628 y editadas por Cazaux y Barbiche, Paris 1971S. II. F.

que las bodas de Enrique de Borbón serían de sangre. La excitación de la capital era creciente y subió como una sangrienta marea que alcanzó a muchas villas y ciudades de Francia, aunque el origen fuera París.

Noche de San Bartolomé. -

El origen inmediato de este dramático suceso que ensangrentó a París y a toda Francia hay que buscarlo en este matrimonio contra el que clamaban todos los predicadores de la capital francesa. Un matrimonio premeditado para unir y que resultó ser una terrible discordia. Hubo un atentado frustrado contra Coligny, inspirado por Enrique de Guisa el vengador de su padre. La política de mano tendida de Carlos IX colocó al país en una tesitura que suele acabar mal. La buena fé del rey no debe ponerse en duda, ya que tras del atentado tomó severas medidas para proteger a los calvinistas, hasta que el vaso colmó su medida y cedió a los consejos de su madre, que le hizo ver que para proteger a la monarquía que estaba en peligro, tenía que tomar una decisión. Dos fuerzas la atacaban simultáneamente: una era el Almirante Coligny (de la vieja familia Châtillon) y la otra los Guisa (los orgullosos Lorena). Si ganaba la Casa de Lorena pensaban hacerse los dueños del país, apoyados por la gran masa de fervientes católicos o enfervorizados por los sermones en las iglesias de todo París. Ya habían demostrado su afición al poder durante el reinado de Francisco II (María Estuardo era sobrina carnal suya) pero desde su muerte estaban de capa caída y expectantes de una ocasión propicia. La única solución para la monarquía francesa era dar primero el golpe en la figura de Coligny, protestante, y mejor todavía si podía hacerse de acuerdo con los Guisa para implicarles en el crimen. Una forma primitiva de intriga o como se suele decir vulgarmente "matar dos pájaros de un tiro".

La noche de San Bartolomé fué el resultado de una política que entonces se calificaría de maquiavélica y hoy de consenso, pero no del fanatismo católico. El rey Carlos IX, al haber llamado a su corte a Coligny y casado a su hermana Margarita con En-

rique de Borbón, había metido a los protestantes en el Louvre y no resulta lógico su poner que, en un raptó de insensatez, los echase a todos los por la ventana. El rey Carlos IX tenía un sincero aprecio por ellos y su nodriza entre cuyos brazos murió era hugonote. Corrían toda clase de rumores, entre ellos un inminente golpe de mano de los Guisa, cuya popularidad en el grupo católico -y especialmente en París- crecía por momentos. Es curioso que, arrancando de un odio bastante lógico hacia Felipe II, en vez de conseguir la unión de todos los franceses, se produjera la inverosímil paradoja que fué el cataclismo de la Noche de San Bartolomé.

La tolerancia de ayer se convirtió en instigadora venganza como por arte de magia. El toque a rebato de San German l'Auxerrois se dice que lo dió personalmente Catalina de Médicis, aunque no está probado que lo hiciera. Es cierto que, como hemos visto en el capítulo correspondiente, había sufrido un sinnúmero de vejaciones desde su llegada a Francia, pero justamente en ese momento su situación era prepotente. A pesar de la actitud distante del rey de España, la derrota sufrida por los franceses en Florida, etcí etc. lo ocurrido fué mucho mas allá de lo previsto. Carlos IX y su madre no se pusieron de acuerdo, él por querer mostrar su autoridad real y ella por querer actuar a su manera. Lo ideal hubiera sido que Carlos IX dijese a Francia: "Los Señores de Guisa y los Châtillon se han peleado. Yo, el rey de Francia me lavo las manos". No hubiera sido un acto heroico, ciertamente, como no lo fué el de Pilatos, pero la Monarquía hubiera quedado limpia de la mancha sangrienta de la Noche de San Bartolomé. Y en política no vale lo ideal, sino lo real.

Díche Michelet que en el Consejo Real la mas temida hipótesis (realizada mas tarde en forma de la Liga) era la de que un gran partido católico de "ultras", se levantase contra la monarquía por haberse comprometido con los protestantes. La experiencia mostró que era una poderosa razón. Por éso se desencadenó la tragedia al son de las campanas de San German l'Auxerrois, la capilla real francesa.

Catalina tenía dos poderosas razones para odiar a su yerno Felipe II: nuevos arreglos matrimoniales. Cayó en la vulgaridad de ser una casamentera y mala como una suegra. Cuando su hija Isabel murió en 1568, le propuso que se casase con su otra hija, con Margarita (antes de su matrimonio con el bearnés, inútil resulta aclararlo) pero a pesar de su fama de hermosa y culta, Felipe II la rechazó y se casó de nuevo con la hija mayor del Emperador Maximiliano, justamente la que Catalina quería para su hijo Carlos, que hubo de casarse con la hija segunda de la cual no tuvo mas que una hija que murió de corta edad. Ambos matrimonios se celebraron en 1570, pero el de Felipe II tuvo lugar media hora antes, para mostrar su preferencia de lugar frente a Francia.

El 22 de agosto, ¹⁵⁷² al salir el Almirante Coligny del Louvre, le dispararon de una casa vecina. El asesino pertenecía a la casa de Guisa y tambien los que le ayudaron a huir. El crimen parece una venganza del que cometió Poltrot de Meré en la persona de Francisco de Guisa en Amboise. Catalina de Médicis pensaba que los partidarios de Coligny -protestantes- pelearían contra los Guisa -católicos- y se destruirían entre sí, quedando las fuerzas reales con el papel de mediadores y hasta de salvación. Lo malo es que Coligny sólo resultó herido en una mano y entonces nació en su mente la idea del "masacre" general que podría calificarse, anticipándonos en el túnel del tiempo, de que "fué mas que un crimen un error". Porque cuando Catalina sueña con aliarse con los protestantes, para vencer a la política española, actúa como si fuera un instrumento servil de Felipe II, que nada tuvo que ver en este asunto.

La maquiavélica premeditación que tuvo lugar segun algunos historiadores en la "entrevista de Bayona" de la cual hablamos en otra parte extensamente, debe ser descartada. Hay una carta de Cinaga del 31 de agosto que dice: "La matanza no fué premeditada, sino decidida de repente. Querían matar al Almirante Coligny y dar a entender que habían sido los Guisa, para disuiparse ante los protestantes, Inglaterra y

Alemania. Pero el tirador falló y el Almirante supo de donde venía el tiro, por lo que decidieron dar la cara y obrar como lo hicieron". Cuentan los autores de la época que el Almirante, cuyo dedo índice de la mano derecha había sido amputado, hizo el gesto de señalar la ventana de donde todavía salía humo.

Catalina de Médici fué llave maestra de este horror. Carlos IX estaba jugando al frontón con Condé y Enrique el bearnés cuando conoció el atentado y se encolerizó muchísimo, mientras que su madre permanecía impasible. Todos fueron inmediatamente a visitar al herido, que se justificó de la rebelión que se le atribuía y aprovechó la ocasión para insistir cerca del rey, sobre la necesidad de atacar a Flandes y deshacerse de alguno de sus consejeros sospechosos de entendimiento con los españoles. (1)

Tanto el duque de Guisa, como el de Aumale, abandonaron París, pero regresaron inmediatamente de incógnito. Los hugonotes se manifestaron violentamente y París se convirtió en un hervidero de comentarios. Los Lorena armaron a sus gentes porque Carlos IX había jurado detenerlos. Todo estaba tomando los visos de una nueva guerra de religión. Probablemente Catalina pensó que tenía a todos los hugonotes reunidos en el palacio del Louvre -con motivo de la boda- y que lo mejor era terminar con todos los capitostes de una vez. La decisión final la tomaron el duque de Anjou -futuro Enrique III- Birague, Tavannes, Névers y Guisa. La reina madre tomó la palabra y dirigiéndose al rey su hijo le dijo que el momento había llegado de vengarse de los rebeldes, que tan vergonzosos tratados les habían impuesto. El rey no decía palabra alguna. Catalina invocó los asesinatos de Charny y de Guisa por orden del Almirante Coligny. El rey siguió indiferente. Catalina, al borde del ataque de ira, le amenazó con regresar a su querida Florencia. Nada de todo ello basta para decidir al rey, hasta que su madre le recordó el intento de secuestro en Méaux y le habló de un complot urdido por los protestantes y a la cabe-

(1) *vide documents*, nº 50- A. S. Legado 552, fol. 49. = nº 51- A. A. C^a 165- 6 h. ^{sigue.}

za de ello estaba Coligny y que hasta su propia persona real se hallaba en peligro. Tal conspiración tal vez no fué sino una imaginación de la reina madre, pero Carlos IX se enfureció, gritó y dijo: "¡Que los maten a todos!" Y se retiró a sus aposentos. La orden real había sido dada. Sólo escapó a la matanza el recién casado Enrique de Navarra y su primo Enrique Condé (hijo del que murió en Jarnac).

La noche de San Bartolomé fué una especie de pánico colectivo. No hizo falta excitar los ánimos de los parisinos, que tenían viejos rencores que cobrar. Murieron protestantes en masa y entre ellos grandes nombres de Francia. Las provincias siguieron el ejemplo de París. Los protestantes cimeros cayeron y con ellos el elemento conservador del reino. No es de extrañar que a partir de entonces la llamada "religión" adquiriera tendencias republicanas y hasta hay autores que ven en ellos el fermento de la Revolución francesa. (Bien es verdad que otros autores los ven en los conventos luego convertidos en clubs, como los jacobinos, los flagelantes, los cordeliers o franciscanos, etc. etc.)

Justo es decir que la tan cacareada "Noche de San Bartolomé" por comentaristas e historiadores posteriores, no tuvo sino un modesto eco entre los contemporáneos. Carlos IX y su madre temieron una reacción europea contra ellos que, a decir verdad, no se produjo. No se encuentra entre la correspondencia ni en los documentos diplomáticos de la época una reprobación excesiva, sino más bien se comenta que, en la monarquía francesa, el principio de la realza había salido indemne de una situación harto peligrosa.⁽³⁾ Concretamente a Felipe II no le agradó nada la noticia y las potencias protestantes pensaron que un robustecimiento del poder del rey de Francia contribuiría a mantener el equilibrio europeo. De todos ellos (la reina Isabel de Inglaterra, el Príncipe de Orange y los alemanes) algunos se acercaron más a la corte de Francia y con su asentimiento, el duque de Anjou tercer hijo de Catalina, fué elegido rey de Polonia. Se llegó a hablar inclu-

(3) Vid. final capítulo. Doc. nº 52- A. A. Cª 165-14 = nº 53- A. A. Cª 165-17.
Doc. nº 54- A. S. Estado-Legado 557, fol. 67. = nº 55 id. id. fo. 3

so de que Carlos IX fuera candidato a Emperador...

Pero Carlos IX murió en 1574, unos dicen que tuberculoso, otros de una pleuresía, otros de remordimiento y falta de sueño por las pesadillas que le había dejado la "noche sangrienta". Ya decimos en otra parte que en los últimos días de su vida "sudaba sangre" y que su nodriza -una hugonote- cambiaba constantemente sus sábanas donde quedaba marcada la forma de su cuerpo con manchas cada vez más enrojecidas. La nodriza lavaba continuamente su cuerpo y le untaba con pomadas perfumadas para disimular el hedor de sangre. Las hemorragias generalizadas que presentaba, además de los vómitos de sangre, hacen pensar en una forma de hemofilia, enfermedad entonces de ignorada etiología, pero tristemente célebre en siglos posteriores entre las familias europeas reinantes. (4)

El reino de Francia llevaba medio siglo de guerra civil y la gente estaba irritada y cansada. A los protestantes irredentos del Sur y de la Rochelle había que añadir los descontentos o los "políticos" agrupados en torno a Francisco-Hércules el pequeño de los hermanos Valois y a la gran familia de los Montmorency. Los Guise al frente de los católicos. Los Châtillon y Condé encabezando a los protestantes. Enrique de Valois, que estaba reinando en Polonia, tuvo que regresar precipitadamente y tomó el nombre de Enrique III. Todas las facciones cuando él llegó estaban frente al poder real, querían una continuidad del Estado y se aglutinaban tendencias y fuerzas diversas entre los moderados católicos y los hugonotes que rodeaban al rey de Navarra. Precisamente en torno a este último iba a renacer con más fuerza el principio de la monarquía hereditaria porque, al no tener los Valois descendencia, su cabeza tendría que ceñir la corona de Francia.

Inevitablemente, la última de las guerras de religión produciría un giro copernicano. Francia no podía ser protestante, los últimos Valois no tenían heredero varón, siendo por tanto el heredero natural un príncipe hugonote. Algunos francés

(4) Doc. nº 56-A. R. V. Real Reg. 253, Curiae Valentianae, f. 81 r2 v9.

Docs. 57-58-59-60 vide. tomo documentos cartas del duque de Alba.

ses preferían la república, a un rey que no fuera católico. Por eso hay que decir en favor de los católicos Valois, tan débiles en apariencia y tan criticados por tantos historiadores, que se mostraron firmes como una roca para mantener el principio esencial de la monarquía francesa: la herencia directa por vía masculina de acuerdo con la ley sálica. Enrique III ha pasado a la historia como un rey siniestro amarrado, rodeado de una corte de "Mignons", inspirador de la matanza de San Bartolomé. Pues bien, luchó los quince años que duró su reinado, por el principio monárquico por excelencia y, al final, pagó con su vida su consecuente actitud ante tema tan esencial. Dividió su reino, sólo hasta donde pudo. Pagó a su hermano rebelde Francisco-Hércules con un feudo. Restableció el poder de los Montmorency. Otorgó derechos a los protestantes. Pidió públicamente perdón por una matanza que él no ordenó y una vez más, por espíritu de conciliación, tendió la mano a la Reforma. A todo llegó Enrique III, menos a ceder en el principio de la monarquía hereditaria, él, precisamente, que había sido un monarca elegido en Polonia, pero Francia era otra cosa.

La reacción de los católicos no se hizo esperar. Los Guisa se envalentaron y hasta llegaron a sostener unos supuestos derechos al trono de Francia alegando su entronque familiar con Carlomagno (!) Fue en este momento cuando se formó la Liga, que Enrique III se vio obligado a reconocer y hasta a dirigir, para mantener la unidad de su reino. La monarquía tuvo que seguir la corriente de los hechos consumados, ya que no supo inspirar el gobierno de la nación. Se convocaron los Estados Generales -remedio extremo en aquellos tiempos- en Blois, para pedir dinero. Guisa no salió vencedor del lance, pero Enrique III vio disminuida su autoridad y su prestigio y a punto estuvo de perder el trono. . . Por consejo de su madre intentó una alianza inglesa pero, por entonces, murió su hermano Francisco y ya quedaba claro que su legítimo sucesor era Enrique de Navarra. Y el ideal, que hemos apuntado más arriba de que las facciones se destruyeran entre sí, no se produjo. Enrique de Bor-

bón venció en Coutras (1587) primera gran victoria protestante que el bearnés no supo aprovechar. Algunos historiadores apuntan, piadosamente, que ya se sentía rey de Francia y no quería ensañarse con sus futuros súbditos. La verdad es que su frialdad y sus amorfos le distraían de su misión histórica.

Coutras fué sin embargo un símbolo de derrota para los católicos que culparon al rey Enrique III y por entonces el grito de la Liga era: "Sus au Roi!". Si moría sin sucesión, la corona debería ir a parar al viejo Cardenal Borbón, tío de Enrique de Navarra, que aunque no tuviera carta de realza, ni figure entre los reyes de Francia, lo fué por poco tiempo para un grupo de franceses que incluso llegaron a acuñar monedas con el nombre de Carlos X. Lo malo para sus partidarios era que estaba prisionero de su sobrino el rey de Navarra. Al nombrar rey a Carlos X los partidarios de la Liga fallaba la ley de primogenitura, ya que si bien era un Borbón era hermano menor de Antonio el padre de Enrique de Navarra. Tan anárquica decisión liquidaba una ley alcanzada a costa de grandes dificultades y vieja de muchos siglos. No había más que una solución, que el rey Enrique III y su legítimo sucesor y amigo de infancia pactaran. Y así lo hicieron.

En el año 1589, por un golpe de fuerza, Enrique III entró en París. Se alzaron barricadas, precursoras de las que dos siglos más tarde levantara la Revolución. El pueblo insultó al "tirano", que tuvo que salir huyendo y refugiarse en Chartres. Fué una especie de "ensayo general de la república". El rey ya no mandaba en Francia, sino la Liga y los Guisa, que llegaron a pensar en encarcelarlo y hacerse con el poder. La idea que ya había rondado a Carlos IX se impuso por la fuerza de los hechos en Enrique III: el asesinato político. El orgulloso Enrique de Guisa, su amigo compañero de juegos infantiles (9) se sentía tan todopoderoso que minimizó a su rey. "No se atreverá conmigo decía a sus correligionarios. Y sin embargo se

(9) Vid. capítulo "Los tres Enrique", cap. IV, págs. 76

atrevió y un grupo de gascones le apuñalaron cuando entraba en el Consejo Real. Su hermano el Cardenal de Guisa fué asesinado al día siguiente y con él numerosos miembros de la familia de los Lorena.

La transición de los Valois al primer Borbón. -

El asesinato de los Guisa preparó la transición hereditaria y regular entre los Valois y los Borbón. Este servicio inestimable, que Enrique III prestó a Francia y a la monarquía terminó en un regicidio y la casi unánime animosidad de los historiadores especialmente los franceses contra él siempre me ha parecido excesiva. Apoyarse en un testimonio panfletario de una época es fácil. Todos a una, católicos y protestantes, se ensañaron contra él. Si bailaba y organizaba fiestas en la corte era o bien un degenerado o un frívolo. Si acudía a las iglesias y a las procesiones de los flagelantes entonces era un falsario o un santurrón. Enrique III es, repetido una vez mas, el mas odiado de los reyes de Francia.

Un monje fanatizado, Jacques Clément, acudió a ver al rey con una carta falsificada y, con toda facilidad, se le abrieron las puertas del castillo de Saint-Cloud. El monje clavó un cuchillo en el vientre del rey. Al principio pensaron que no era grave, pero a los tres días murió. Enrique de Navarra le acompañó desde que conoció el atentado. Las últimas palabras del rey fueron para designar sucesor a Enrique de Borbón, aconsejándole su conversión al catolicismo y prediciendo que lo haría. Enrique III había muerto por una idea: la del Estado Monárquico como imagen de la unidad nacional. Lástima que tal idea se haya perdido o como hoy se dice esté periclitada. . . .

¿Qué habia sido entretanto de "Reine Margot"?

(4) Al leer la Tesina, la profesora Emilia SALVADOR me hizo una objeción sobre esta afirmación de que a Felipe II no le agradó la noticia. Me preguntó dónde había encontrado este dato. Lo he tomado de Jacques BAINVILLE, pags. 170-171 de su Historia de Francia. Ed. Fayard, Paris 1924. Dice textualmente: "En resumen, el acontecimiento fué juzgado desde el punto de vista de sus resultados políticos. La monar-

quía se había librado de un peligro acuciante: Felipe II no tuvo ninguna alegría. En cuanto a las potencias protestantes, pensaron que el rey de Francia se fortalecería y mantendría el equilibrio frente al rey de España. La reina de Inglaterra, el príncipe de Orange, los príncipes protestantes de Alemania, se acercaron a la corte de Francia...

En cuanto al dato que me dió sobre lo contrario figura al final en los documentos y está tomado del libro que Emilia SALVADOR publicó en 1974 con el título "Cortes valencianas del reinado de Felipe II", editado por el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Valencia. Monografías y Fuentes 7.

C A P I T U L O 6 2

" G A B R I E L L E D' E S T R É E S "
=====

" Amour ! [!]Amour ! quand tu nous tiens,
On peut bien dire: adieu prudence ! "

LA FONTAINE. -



BIBLIOTECA

GABRIELLE D'ESTRÉES.

"Charmante Gabrielle". -

Hacía ya muchos años que Enrique IV vivía separado de su mujer "Reine Margot", como la llamamos en otra parte. Su matrimonio había sido político y ni él, ni ella, se habían hecho demasiadas ilusiones.

El bearnés no podía exigir a su legítima esposa más recato del que él mismo mostraba. Versátil en sus convicciones, lo era mucho más en caprichos y amoríos. En sus biografías suelen aparecer largas listas, a lo Leporello, siempre incompletas, de los nombres de mujer que tuvieron acceso a la llamada "pequeña historia" o historia sentimental, por la puerta excusada, que él mismo les abrió. La enumeración de los amores de Enrique IV ocuparía demasiado espacio, por ello sólo narraremos alguno de los más sonados. A la cabeza figura -sin que por ello le corresponda el honor del ilmen- una mozueta aldeana de la que como de muchos personajes históricos no ha quedado más que un patronímico envuelto en sombras.

La enojosa e interminable relación de amoríos, con curiosas incidencias relatadas más arriba, llegaría en su madurez -sin que la etapa fuese para el bearnés lugar de reposo, ni alto en el camino- a la muy famosa Gabriela d'Estrées. Ciertamente que no puso fin a la serie de aventuras galantes, ni tuvo el exclusivo favor del rey que nos ocupa, pero pudo cambiar los destinos de la nueva dinastía francesa y ocupó cierto lugar, en los anales de la Historia de Francia.

Gabriela era hija de Antonio d'Estrées, hombre poco preocupado por los problemas éticos, soldado de mala estrella, famoso especialmente por sus fracasos en la guerra. Estaba casado con Francisca

Babou de la Bourdasière, de la cual se dice que fué la "Astrée" de Ronsard. Su tradición familiar de casquivana, despertó en ella cierta ansia de emulación. La viperina pluma de Tallemant de Réaux (1) dijo que era "la raza mas fecunda de Francia en mujeres galantes", lo que no es poca consideración. Con prurito de exactitud, añade que, en la misma familia, se cuentan hasta veinticinco o veintiseis libertinas.

Cuando el citado autor hacía su cálculo, no omitió sin duda a María Gaudin, mujer de un tal La Bourdasière, cuya soberana belleza sedujo, entre otros hombres de menor cuantía, al rey Francisco I de Francia, el gran vencido de Pavía. María La Bourdasière se jactaba de haber tenido a sus piés, en sentido muy figurado claro está, al emperador Carlos V, revancha francesa, a su manera, que muy bien pudo darle carta de hidalguía, si un pacato rubor no le hubiera impedido narrar tales proezas. Juan hijo de María Gaudin, tuvo quatro varones y siete hembras de su matrimonio con Francisca. Saint-Simon dice de ellas que las llamaban "los siete pecados capitales", no por lo que tienen de abominable para un buen cristiano, sino en tanto en cuanto eran causa infalible de perdición para los hombres. Una de las hermanas era la mujer de Antonio d'Estrées, que luego de haber dado a su esposo dos herederos -el marqués de Coeuvres y Francisco Annibal- y siete hijas (1) lo abandonó porque se había enamorado ^{ya} madu-
ra

(1) Gabrielle d'Estrées et les Bourbon-Ven dôme". Nouv. Col. Historique, Calman-Lévy Ed. Paris 1936 por Lt. Colonel de la Nouvelle.

(1) "Histoires", Tallemant de Réaux.

Catalina murió siendo niña. Margarita estaba casada con Gabriel Bournel. Diana fué la mujer del Mariscal Balagny. Angélica fué abadesa de Bertéancourt y de Maubisson, donde sería enterrada Gabriela. Había tambien dos hermanas menores, la marquesa de Villars y la baronesa de Tupigny.

del apuesto señor de Guast, que, muerto en duelo por un barón fué vengado por un marqués. La mujer de Estrées le pagó su gallardía con su amor. "Olvidada de su familia, de la juventud y de la escasa fama que le quedaba, desertó el hogar y corrió en busca de aventuras con otros amantes". De esta manera, si no consolada, estaba agradecida al marqués. Y anduvo por el mundo hasta que un día aparecieron asesinados los dos en un altercado de baja estofa. (3)

La historia y la leyenda han dedicado mucho espacio a la "belle" Gabriela. Era blanca y rubia, con cabellos de oro, ojos azul claro del color aguamarina y sus labios, era un *objet d'art*. Saint-Beuve le atribuye porte y elegancia y afirmaba que fué todo feminidad, en sus gustos, ambiciones y defectos. La condesa Condé sostenía que, los que no se dejaban seducir por su encanto, no llegaban a quererla mal nunca. Otros autores dicen que fué bondadosa, voluble, indolente, lánguida, dulce, sentimental, sin continuidad, ni lógica en su pensamiento. Del cuidado que se observa en la elección de adjetivos, se adivina que habían caído en las redes de su seducción. Llevados por tal poder, afirmaron que era desinteresada, cualidad mal probada en ella y hábil cazadora, montaba a caballo como un mercenario grisón y no le temblaba el pulso, al aplicar la mecha a una culebrina, en bataría contra los enemigos del rey. Cuando su madre corría por esos mundos de Dios -del diablo, mas bien- se encargó de la educación de Gabriela su tía Isabel, marquesa de Sourdis, también de virtud flaca, que le enseñó, sobre todo, las viejas leyes del oficio de cortesana. El ejemplo de su progenitora fué su primera visión del mundo y de la vida.

Se dice que ya en su primera juventud pudo anotar en su cuenta, como lo hizo su abuela, algunos nombres muy sonados. Se ha hablado

(3) "Henri IV", Pierre de Valssière. Paris 1928.

de Enrique III, del rico banquero Zamet, de un miembro de la familia de Guisa, del duque de Longueville, etc. etc. y otras gentes de menor condición. La maledicencia de los vecinos del castillo de Coeuvres, suntuosa residencia de los Estrées, tenía siempre temas para ellos. Allí vivía una "manada de chivos" y "pájaros locos", abandonados a su suerte por Francisca de la Bourdaisière y que proveyeron de esposa, a muy ilustres continuadores de las mejores estirpes de Francia. Pero las galantes aventuras, que se adjudicaron a Gabriela, antes de entrar en la vida del bearnés, son oscuras y en toda caso excesivas, aunque sólo se por sus pocos años. Como dicen los franceses "on ne prête qu'aux riches" o nosotros diríamos mas bien que "de raza le viene al galgo".

Su gran amor. -

El duque de Bellegarde, Roger de Saint-Lary, barón de Termes, fué su gran amor. Era Par de Francia, Caballerizo Mayor del último de los Valois, que alcahueteó de lo lindo, nunca mejor empleado el término, pues Roger era uno de sus "Mignon". Brantôme escribe "El rey no pensaba mas que en dar gusto a su "mignon" y actuó de alcahuete en estas relaciones. Les hacía vestir a los dos, en los bailes, del mismo color. Se las arreglaba para que bailasen juntos y se complacía al ver la buena pareja que hacían". Esta relación, establecida por la ~~privilegio~~ ^{privilegio} de Su Majestad Enrique III, se interrumpió, cuando tuvo que salir a luchar contra la Liga. Gabriela se reintegró a su castillo y el idilio fué en su recuerdo un sueño y una esperanza.

Cuando el bearnés, años despues, sitiaba la capital de Francia, recorría a menudo el camino de Compiègne, su cuartel general. El duque de Bellegarde que era de su partido, le acompañaba en estas correrías y para hacer mas corto el camino solían hablar de sus aventuras. Cierta día el duque le alabó los encantos de la hija de Estrées, mas de lo conveniente. Casualmente, poco

después, averiguó el lugar de retiro de la que fué su amante, gracias a las correrías del rey muerto. Pronto se reanudaron los lazos...

Enrique de Navarra le pidió a Bellegarde conocer a su dama y se ha conservado la fecha de la entrevista "cast histórica", el 7 de noviembre de 1590. Fueron recibidos por Gabriela y su hermana Diana. El rey, todavía sin corona, se enamoró a su manera, brusca y fulminante. Ella, que estaba enamorada del duque, hizo ver al bearnés que no compartía sus sentimientos, incluso que le inspiraba cierta repulsión. Pero Enrique no prestaba atención a estas nimiedades, ni cedía fácilmente a consideraciones de este tenor, por lo que volvió a verla, pero sin su amigo. Como tenía que pasar cerca de las guarniciones enemigas, se disfrazó de aldeano, se echó al hombro un saco de heno, atravesó el bosque a pie y apareció en el castillo.

Gabriela no postró complacencia por tan arriesgada proeza. Despojada del disfraz, el insigne enamorado no ejercía mayor seducción. Llevaba un jubón raído por el roce de la coraza, las calzas rotas en el costado y su camisa era de dudosa blancura. El pelo crespo que no peinaba nunca, la sonrisa de viejo sátiro desdentado y su barba gris desentonaban con tan novelesca aventura. "Lo encontraba tan feo que no podía ni mirarlo". Cuando le declaró su amor, Gabriela contestó acaloradamente que no quería ser forzada y que la violencia para impedir su matrimonio con el elegido de su corazón, aceptado por su padre, no serviría más que para provocar su despecho y su odio." Luego de estas palabras tan poco prometedoras, se retiró y dejó a su hermana hacer los honores del regío visitante.

En diciembre del mismo año la volvió a ver y en enero la requirió de nuevo sin mayor éxito. Incapaz de vencer por sí solo, Enrique buscó alta-

dos, como si se tratase de ir a la guerra. Los halló en lo que se llamó "la camarilla de Coeuvres" y por no lograr vencer los desdenes de Gabriela, se dirigió a Bellegarde el imprudente y afortunado amator. Le dijo que no quería rivales y le exigió rudamente que renunciase a aquella mujer.... El duque tuvo que prometer y prometió. Hubo lágrimas, lamentos y suspiros... La señora tía, con otros de su familia, pusieron en juego todo su poder e influencia. Gabriela capituló pero se mostró apática e indolente y se resignó a esperar. Puesto que se le prohibía el amor que su juventud exigía, aceptó un porvenir pleno de otra clase de bienes, con satisfacción y venganza secreta: la victoria del débil que renuncia a luchar.

La camarilla percibió la recompensa. Antonio de Estrées que no había sabido defender una plaza con mando, fué nombrado por otros oficios, gobernador de Noyon. Francisco Annibal que era abate recibió una mitra. Chéverny, amante de la marquesa de Sourdis, que había sido canciller del reino y perdió su puesto quien sabe por qué fea desventura, recuperó el título que tuvo otrora. Los demás miembros de su familia, sus aliados, recibieron regios favores. El rey hizo a Gabriela público objeto de adoración y no anduvo muy mirado en todo esto. La política y la guerra pasaron a segundo plano, una y otra marcharon sin rumbo. Un embajador inglés escribía a su Corte: "El rey ha elegido esta ciudad -Noyon- por el gran amor que tiene a una hija del gobernador, que lo puede todo y soy yo quien sirve de pretexto a su estancia aquí". Eran los días en que Enrique de Navarra preparaba el sitio de Rouen, terminado tan fatalmente para él su ejército. Marte y Cupido, por una vez, se entendieron mal. Ayudó, ~~sí~~ este resultado el que Farnesio, duque de Parma, llevase el socorro español. El bearnés, como vimos mas arriba, recibió en la espalda una bala de arcabuz, perdió su tesón y sus tropas se desbandaron. Tuvo que abandonar el campo y refugiarse en Saint-Aubin para

que le curasen la herida, mientras Farnesio le tomaba Neuchâtel.

Matrimonio de Gabriela. -

En 1592 cuando Gabriela compartía su amor entre el insistente duque y el rey, incompatibles a la sazón, apareció casada con Nicolas de Liencourt gobernador de Chaurny. No se supo, ni se sabe todavía, la significación del bodorrio. Se ha dicho que lo exigió el bearnés para sustraerla a la patria potestad, razón de escaso peso pues la autoridad paterna se había ejercido para poner a Gabriela en sus brazos. Desclozeaux pensaba que el matrimonio lo quiso Antonio d'Estrées, se hizo en ausencia del rey y sin su conocimiento, pero omitió decir cual fué el procedimiento empleado para persuadir a Liencourt. Pretende otra versión que el padre y el rey estaban de acuerdo, aquel para cubrir su reputación bastante desmantelada y Enrique para alejar definitivamente a Gabriela de Bellegarde... Estas explicaciones no valen gran cosa. Ni por su persona ni por su condición, Liencourt servía de contrapeso al duque. Era un pobre diablo, sin atractivo, bastante viejo, viudo con cuatro hijos, tartamudo, medio tonto, dócil y -según él mismo declaró para obtener el divorcio- poco apto para buen marido. Todo induce a admitir que el rey necesitó un fantoche y resulta probado que el matrimonio se hizo por su imposición. "¿A quien me dais, señor, puesto que me he dado a vos?" Y existe una disposición real que ordena pagar a la hija de Estrées cincuenta mil escudos "en consideración de los servicios prestados por su padre", -sabemos cuales fueron- y "en favor del matrimonio que (el rey) ha decidido contraiga con el señor de Liencourt" (4).

El bearnés no consintió que Gabriela viviese con el marido que él le dió. Las relaciones con Bellegarde seguan y el rey lo sabía. En las biografías figuran anécdotas que se diga están inspiradas en el Decameron y (4) Documento Arch. Navarra, Pau, 2 abril 1592. Donativo a Mademoiselle Gabrielle d'Estrées, en considération des services que Sa Majesté...

que si por si mismas no prueban nada, parecen indicar que las gentes daban por seguro que Enrique IV ^{conocía} la "traición". Lo confirman sus cartas, sólo que a sus fundados celos les llama "sospechas". "No hay nada que ^{confirme} prolongue tanto mis sospechas como vuestro proceder. Puesto que os place ordenar que las deseché lo haré, pero no tomeis a mal que os diga, con el corazón en la mano... Luego que os ví, ya sabeis lo que hicisteis... ¿Qué fé me podeis jurar, cuando la habeis violado dos veces?... Decidíos querida a no tener mas que un adorador". Otras cartas le muestran confiado, sensible a las palabras de afecto, a veces parece persuadido de haber vencido y contento en su triunfo.⁽⁵⁾

En la primavera de 1592 le presentó a su hermana la duquesa de Bar, lo que era en cierto modo, la sanción del contubernio. Y el día de su abjuración en Saint-Denis, Gabriela asistió ostensiblemente a tan trascendental ceremonia, que hizo a su amante -por obra suya en gran parte- rey de Francia. Sirvió de mediadora en las negociaciones con la nobleza rebelde. Los clérigos fustigaban todavía al rey y hallaron un buen pretexto para denunciar el escándalo de su vida.

"Maitresse du Roi". -

La posición de "Maitresse du Roi" era un alto cargo palatino, solicitado en todo tiempo, rico en honores -si no en honor- y prebendas y bienes terrenales. La institución venía de antiguo y había de durar tanto como la misma monarquía. Era una posición oficial como la de Venador Real o Caballerizo de Su Majestad etc. La amante del rey figuraba en el protocolo, tenía su etiqueta, rango y disfrutaba de subvención de la Real Casa.

El 7 de junio, durante el sitio de Laon, Gabriela tuvo un hijo que el rey aceptó como suyo, aunque su paternidad fuera mas que dudo-

^{Noticia Har, J.}
(5) "Henri IV raconte par lui-même". Choix de L. Har. Lib. Picard. Paris 1913

sa. Sully decía... "El rey amaba apasionadamente a Mme. de Liencourt y se dejó persuadir que tenía un hijo de ella". La frase no oculta su escepticismo. Se ha dicho que cuando el médico real anunció a Enrique IV el estado de buena esperanza de Gabriela, comentó: "Creo que soñáis o que no estáis en vuestro cabal juicio. Sé muy bien a qué atenerme en ésto". Y Tallemant, siempre zumbón, contaba que al niño se le ~~plác~~ puso de nombre César por temor de que si se llamaba Alejandro, los maliciosos no le llamasen "Alexandre le Grand", pues el duque de Bellegarde, caballero Mayor le llamaban en la corte "Monsieur le Grand".

Para que Liencourt no pudiera pretender la discutida paternidad o porque Gabriela ~~persecutase~~ el propósito de compartir legalmente el tálamo real, se decidió a romper el matrimonio. La demanda se basó en que ella había sido casada a la fuerza, dato verosímil, y se encontró un vago parentesco de Gabriela con la primera esposa de Liencourt. Por si la razón fuera poca, se agregó que había tenido "poco o ningún comercio" con su marido, curiosa imprecisión. Pero el tribunal era complaciente. Prescindió de pruebas escabrosas, de papeles innecesarios, testigos indiscretos y declaró en la sentencia que aquel matrimonio jamás había existido, por causa de parentesco entre la amiga del rey y la primera esposa de Liencourt...

Gabriela se encontró soltera. El marido se limitó a declarar lo que le ordenaron y reservó para un documento secreto que protocolizó, ignoramos con qué fin, la protesta de haber obrado "por obediencia al rey y temiendo por su vida", que sus declaraciones las hizo "contra su voluntad, por fuerza"... Luego de lo cual, como sentía vocación por el santo sacramento, para el que se acababa de declarar "mal preparado", contrajo matrimonio con otra mujer.

Cuando Enrique IV hizo su entrada solemne en la capital, luego de la abjuración, Gabriela tuvo parte en el triunfo. l'Estoile escribe: "Su Majes-

tad pasó por el puente de Nôtre-Dame acompañado de caballeros y mucha nobleza, Mme. de Liencourt le precedía un poco en una magnífica librea descubierta, cargada con tanta perla y pedrería tan resplandeciente, que ofuscaba la luz de las antorchas. Llevaba un vestido de raso negro con adornos blancos".

La "Maîtresse du Roi" recibió pleitesía de magistrados, embajadores y altos dignatarios. Enrique IV en 1595 envió al Parlamento las cartas de legitimación de su hijo César, para que las registrase. "Puesto que Dios, decía, no nos ha permitido todavía que tengamos hijos de legítimo matrimonio, porque la reina, nuestra esposa está separada de nos hace diez años y en espera de que nos los quiera otorgar, que nos puedan suceder legítimamente en esta Corona, hemos procurado tenerlos en otra parte, digna y honrada, que esté obligada a servir en esto... A tal efecto, habiendo reconocido las grandes dotes y perfecciones de cuerpo como de espíritu, que se hallan reunidas en la persona de nuestra cara y muy amada señora Gabrielle d'Estrées, la hemos buscado... como el mas digno sujeto de nuestra amistad". Y añadía "luego de prolongadas instancias -"poursuites" dice textualmente- y por efecto de nuestra autoridad, ha consentido en obedecernos y complacernos". Nació así un hijo llamado hasta entonces "César Monsieur" y "sus precoces virtudes nos han decidido, confesándolo y reconociéndolo por nuestro hijo natural, a otorgarle cartas de legitimación". Se le excluía de la sucesión a las coronas de Francia y de Navarra, de los bienes y rentas del patrimonio real, por lo que -decía el documento- si no se le permitía que pudiera adquirir, testar y recibir herencias y donaciones, cargos, oficios y dignidades, quedaría en mala situación. El Parlamente registro el acta de mala gana, pero sin mayores objeciones

Gabriela, un mes mas tarde, fué hecha marquesa de Monceaux,

feudo que había sido de Catalina de Médicis, hizo de sus dominios uno de los lugares de reunión mas brillantes de Francia y desplegó un lujo que el rey estaba poco acostumbrado a ver. Enrique IV se sentía a gusto en el retiro de su amante y acudía a menudo dando recepciones y fiestas. Allí concedía audiencias a embajadores, ministros y dignatarios del reino. Era una sucursal de la Corte. Cuando la marquesa se trasladaba a París vivía en el Hotel de Bouchage, esquina rue du Coq, hasta que el rey le dió el de Schomberg que comunicaba con el Palacio del Louvre. Cuando el rey estaba ausente, Gabriella se iba a casa de su tía, la marquesa de Sourdis, que vivía cerca de Saint-Germain l'Auxerrois.

Enrique IV se había coronado. París, centro de la mas tenaz resistencia terminó por acatarle, pero el trono, falto de cimientos firmes, estaba claudicante. Para obligar a los refractarios a deponer su actitud, unirlos en un movimiento nacional y romper sus lazos con el extranjero que los apoyaba declaró la guerra a España. Hay quien dice que la verdadera razón fue conquistar el Franco-Condado español, que Gabriella ambicionaba para su hijo.

La lucha no proporcionó a Enrique IV los laureles que esperaba. En el interior, en cambio, consiguió acabar con los últimos partidarios de la Liga. La marquesa de Monceaux le ayudó con eficiencia y gracias a su mediación le acataron los duques de Mayenne, Joyeuse y Epernon. Mostró mayor destreza que el soberano en las negociaciones y su sensibilidad de mujer suplió la falta de experiencia y el talento político que se le ha negado. En todo caso, completó a un rey inútil por sus malas artes, conocidas de sobra por sus enemigos. Ella se valió de su delicadeza, comprensión de las flaquezas masculinas y aconsejó que se hicieran concesión de todos modos inevi-

tables. La transigencia se imponía dada la situación del reino. La suavidad se necesitaba si no se quería reanudar la lucha y había que comprar, en un mundo dominado por la codicia, cualquier mercancía adecuada. Y lo era casi todo, incluso la lealtad.

Cuando en 1596 nació su segundo hijo, Enriqueta -futura marquesa d'Elboeuf-pues casó con ~~Enrique~~ Carlos de Lorena- su posición había llegado a ser la de reina sin corona, con mayores privilegios, pues mandaba en el rey. En el bautizo, se observó la etiqueta al uso para las princesas de sangre real y los pares del reino realizaron la ceremonia con su presencia. Una hermana de Enrique IV fué madrina, pero la representaron en la iglesia las duquesas de Guisa y de Névers, porque ella había sido fiel al calvinismo. El condestable del reino, Duque de Montmorency, fué el padrino. Los mariscales de Francia, de Matignon y de Retz, los duques de Epernon, de Névers y de Némours y el de Montpensier hicieron de monaguillos. El principe Conti llevó en brazos a la niña, toda cubierta por un manto de plata forrado de armiño, de seis varas de largo que formaba una cola llevada por Mademoiselle de Guisa. Ofició el cardenal Gondi y asistieron los caballeros de las órdenes militares y embajadores de cortes extranjeras. Tanta pompa para bautizar a una hija ilegítima motivó censuras de quienes opinaban que hubiera sido mas oportuno "ocultar a la niña que exhibirla a las miradas de todo el reino".

Se celebraron ruidosas fiestas y todo era ocasión de jolgorio y regocijo. Otro pretexto fué la boda de una hermana de Gabriela con Villars-Brancas, nombrado teniente general del gobierno de Normandía. El rey se exhibía en todas partes con su amiga y el carnaval de 1597 fué mas alegre que nunca. Juntos recorrieron la feria del miércoles de ceniza y visitaron las casetas buscando popularidad. El rey gustaba de esos pasa-

tiempos, que no habían desdenado los Valois, para pasar algunas horas de incógnito entre su pueblo. Se ponía un antifaz y pasaba inadvertido entre las gentes del brazo de su amante, como un buen burgués de la capital. "El rey regateó mucho tiempo una sortija de ochocientos escudos con un joyero portugués y al final no la compró". Su ligereza no era tan grande como para llegar al despilfarro. Discutía con otros feriantes pero no se decidía a aflojar la bolsa. Se dejaba embelesar como un aldeano por las maravillas de la feria y se contentaba como él con el placer, gratuito, de una mirada.

El primer domingo de cuaresma organizó varios "asaltos" a casas particulares. Gabriela le quitaba el antifaz y le besaba y así pasaron la noche entera hasta que al alba regresaron al Louvre. El 5 de marzo asistieron al bautizo de una hija del Condestable y el rey fué padrino. La marquesa lucía un maravilloso traje verde y Enrique IV bromeaba como un mozalbete.

La vida transcurría alegre y confiada. El "Vert Galant" (6) parecía un recién casado que no agotaba su codiciado amor, mas preciado y sabroso cada día. Veía el mundo como un domingo sin fin. El 12 de marzo, durante una de sus diversiones recibió la noticia de que los españoles habían tomado la plaza de Amiens....

Casti había olvidado que estaba en guerra. La noticia, por inesperada, produjo sensación y un comienzo de pánico. La mala nueva llegaba cuando era mas notoria la juerga del rey y su corte. El pueblo se encolerizó y gritó alaradamente. Enrique IV abandonó sus bailes y salió para Pontoise donde pasó toda una noche con el Condestable estudiando la manera de contener al invasor y defender Paris. El momento era grave. Estaba sin blanca. No pudo disponer de momento mas que de 50 mil escudos que a duras penas consiguió Gabrie-

(6) Así le llamaban: "Viejo Verde". Mejor aún, lechuguino o pisaverde.

la. Temerosa de la población que se le mostraba hostil y le acusaba de hacer olvidar su deber a su real amante, Gabriela tuvo que sustraerse a las iras del pueblo y salir huyendo con las tropas de auxilio. Cuando descubrieron su presencia el ejército la amenazó y el rey juzgó prudente alejarla del campamento. La operación para recuperar Amiens duró todo el verano.

La posición de la marquesa volvió a ser la que fué, incluso mas fuerte que nunca. Todos les rendían pleitesía a su paso. Las ciudades le ofrecían regalos y rendían honores reales. Siempre estaba junto al rey tanto en la capital como en el curso de sus viajes en los que se la podía ver "a caballo montada a horcajadas vestida de verde". Adquirió las tierras de la duquesa de Guisa (7) que se había visto obligada a vender por deudas.(8)

Recuperado Amiens pareció discreto al rey no llevar mas lejos su aventura. Se iniciaron negociaciones con España porque no había logrado los frutos que esperaba de aquella guerra, aunque si prestigio en el interior. No le quedaba mas enemigo franco que Felipe Manuel de Lorena duque de Mercoeur, mas en teoría que en la práctica pues, como tantos otros, no pedía para someterse que obtener alguna ventaja material. Enrique IV salió a luchar contra

(7) Comprendían el condado de Beaufort, la baronía de Jaulcourt, el señorío de Largicourt. Enrique IV hizo de todo ésto un ducado, estado rico y brillante, con nombre sonoro que los catones y maledicentes se empeñaron en desdorar. Llamaban a la nueva duquesa por mofa "duchesse de l'Ordure".

(8) En cambio las liberalidades de Enrique IV con Gabriela y con la ciudad de Chartres lugar de su coronación están consignadas en diversos documentos. Hay uno firmado el 10 abril 1592 que está en el B. N. P. Fds. frs. nº 3275, fº 133. Enrique IV les protege frente al duque de Mayenne y acondando una moratoria de una semana, generosidad insólita en su tiempo.

él, si lucha puede llamarse a una marcha por tierras de Bretaña, en la que no salió al camino ni un soldado dispuesto a disparar su arcabuz, como no fueran salvos en su honor. La sumisión no podía tardar. El duque "rebelde" hizo la concesión de prometer a su hija de cuatro años, la mas rica heredera de Francia, para que fuese desposada con César el primogénito de Gabriela que tenía la misma edad. Mercœur para recibir en su casa al bastardo del rey conservó el gobierno de Bretaña y una indemnización por haber guerreado contra el rey!- de cuatro millones. El desposado "por el afecto que le tengo y en vista de su proyectado matrimonio con la hija de los duques de Mercœur" fué hecho duque de Vendôme. El ducado comprendía tierras de la Casa Borbón, pertenecientes a la Corona y por tanto inalienables. Tal concesión iba contra las leyes fundamentales de la Monarquía. El Parlamento opuso resistencia, pero de poco valió, pues Enrique IV impuso un régimen mas absoluto que sus predecesores. Prescindió con el mayor desenfado de escrúpulos legalistas de tan quisquillosos parlamentarios y dió a su bastardo no solamente esas tierras sino muchas otras feudos. Los esponsales se celebraron con ridícula pompa y Gabriela se consideró aquel día un miembro mas de la orgullosa Casa de Lorena.

La antesala del Trono. -

"Los atractivos de esta dama, escribe Duplex, eran tan grandes que la pasión amorosa del rey crecía con el disfrute del objeto (contra las máximas corrientes del amor lascivo) y no podía separarse de ella... Poseía completamente el corazón del rey, y podía proceder como reina". Tenía honores, una corte, guardia de corps.. L'Estoile dice que en un banquete de la noche de San Juan "Madame ^{de} Guisa servía a la duquesa de Beaufort y le pre-

sentaba los platos en medio de grandes reverencias. Gabriela tomaba con una mano lo que apetecía y daba a besar la otra al rey, sentado a su lado". Cuando llegaron a Paris los embajadores de España para ratificar el tratado de Vervins, la duquesa estuvo presente y Enrique IV "le mandó quitar el antifaz para que los españoles la contemplasen bien".

La influencia era tal que todo el que pedía un favor se dirigía a ella, convencidos de que era el camino mas eficaz para obtenerlo. Se ha dicho que abusó del poder. "He oido decir a un gran personaje que, puesto que el rey no podía prescindir de amar, no pudo escoger otra mujer menos dañina para él y para su pueblo". Los nombres mas ilustres de la monarquía figuraban a su servicio con inconcebible humildad y aceptaban un taburete detrás de su sillón, casi regio ya. La misma "reine Margot" solicitó su favor y amistad.

El pueblo, en cambio, se mantuvo insobornable. Ajeno a las vanidades de la Corte, la atacaba incansablemente con libelos llenos de palabras injuriosas. La acusaba de dilapidar el fruto del trabajo de los humildes y consumir las rentas de la Corona y ser la causa de gabelas y nuevos impuestos. Su impopularidad llegó a alcanzar al rey, contra el que se fraguaron varios complots y atentados. Pero el "Vert Galant" estaba bien amarrado por aquella hermosa mujer.

Enrique IV quiso hacer de Gabriela una reina. No se sabrá nunca de quien partió la iniciativa, si de él o fué ella la que lo sugirió. Le incitó a negociar su reconciliación con Roma con el propósito de anular su matrimonio con Margarita de Valois. El primer paso ya estaba dado, al anular su unión con el pobre Liencourt como vimos. Para facilitar la ascensión procuró atraerse a los bandidos en que todavía se hallaba divi-

dido el reino. Pensó ganarse a los jesuitas influyendo para que la orden de expulsión quedara sin efecto. Si encontró resistencia en algún medio, en muchos otros Gabriela tenía partidarios. La opinión general, la del llue no tiene nada que esperar, era que mediante una unión respetable el rey le diese al trono una sucesión legítima. No cabía esperar de "reine Margot". El presunto heredero era el hijo póstumo de Enrique de Borbón, príncipe de Condé, de dudosa legitimidad y que nació en la cárcel porque su madre estaba acusada de haber asesinado a su marido... Venían subsidiariamente Conti y el duque de Soissons. Cabía temer que abierta la sucesión, se renovasen las desdichas que siguieron al asesinato de Enrique III.

Se pidió a la reina, casi olvidada por todos, que consintiese a la anulación a cambio de ciertas compensaciones. Margarita contestó con prudencia, como si estuviera bien dispuesta. "Quiero dar testimonio a esa mujer de mi deseo de ayudarla y de estar dispuesta a amar y respetar a quien vos améis". A lo que estaba dispuesta, ya que no deseaba ocupar el puesto de esposa al lado del rey de Francia, era a facilitar que él contrajese un matrimonio político, no a que la flamante duquesa ocupase el trono. El bearnés por su parte, aunque estaba deseoso que se iniciasen las negociaciones con miras a un enlace político, no estaba decidido a renunciar a su amor. Los tratos con Roma, no habían pasado de lo preliminar y se dejaron en suspenso por años.

En 1598 el Consejo real, con príncipes y parlamento, pidió al rey que reconsiderase la anulación de su matrimonio. Les contestó que pensaba en ello, pero no era verdad. "No quiero arriesgarme, dijo a Sully, a tener mujer fea mala o déspota. Eso es una de las mayores desgracias. La infanta de España es vieja y fea. La sobrina del duque de Florencia -María de Médici- es de casa poco antigua y de la raza de la reina madre -Catalina

de Médicis-que tanto daño causó al país. Por lo que respecta a las princesas alemanas, confieso que no me gustan las mujeres de aquellas tierras y si me casase con alguna de ellas, me parecería tener al lado un odre de vino. En Francia no veo mas que las dos hijas de la casa de Maine, pero una es muy morena y la otra muy joven todavía.. Catalina de Rohan es hugonote... Ciertamente está mi sobrina de Guisa que es la que me gustaría mas..." "Quisiera una mujer hermosa, capaz de darme hermosos hijos". Sully cuenta que le dejó hablar persuadido que lo que buscaba como conclusión de este repaso de posibilidades sucesivamente eliminadas, llegar a parar a que no quedaba mas que la "belle Gabrielle". Obligado a opinar, criticó este propósito alegando que sus hijos, adulterinos unos y legítimos los demás, no tendrían iguales derechos y recordó de paso los rumores que circulaban sobre la paternidad de César.

La consulta era, como suele ocurrir, una ficción, pues Enrique IV ya lo tenía decidido. Un día, en Monceaux, paseando con Gabriela y el presidente Groulart, dijo que iba a renovar la raza de los príncipes de sangre real con otra más vigorosa. No se le ocultaba que tendría que vencer resistencias, pero en su dignidad de hombre y soberano de un gran reino no hallaba ninguna.

El Papa no quería anular su matrimonio si había de resultar en provecho de la concubina de Su Majestad. El gran duque de Toscana había valer su influencia en Roma en el mismo sentido. La reina Margot, a pesar de sus melosas cortesías, se hubiera sentido humillada de que unos bastardos subieran al trono de los Valois. El pueblo, ya lo hemos dicho, odiaba a aquella mujer. Pero a pesar de los pesares la unión parecía ya inevitable. Un agente de Toscana escribía: "Crece el amor del rey por su amante y va a ser un mal incurable si Dios no pone en ello su santa mano". Enrique IV no hablaba abier-

tamente de su intención por temor a que Roma se negase a la disolución del vínculo, pero tomaba disposiciones que le descubrían. Gabriela, por su parte, tenía interés en que las gentes pensasen que iba a reinar, la eventualidad habría de inclinar a su favor a los vacilantes.

En abril de aquel año nació su tercer hijo, que ya se pudo llamar Alejandro. Bautizado en la parroquia de los reyes de Francia, Saint-Germain l'Auxerrois, asistió la corte en pleno. Le apadrinaron el conde de Soissons y Diana de Francia, duquesa de Angulema. Sully dice que recriminó al rey por la excesiva pompa y el bearnés aceptó la crítica diciendo que habían sobrepasado sus instrucciones. Mientras hacía esto con sus hijos adulterinos, quiso proclamar la bastardía del príncipe de Condé e hizo nombrar cardenal al duque de Soissons para que fuera inapto como sucesor, dándole para endulzar el trago una renta de trescientas mil libras. Con Conti, tercero en la sucesión tuvo menos contemplaciones porque tenía mujer vieja y no podía esperar sucesión. Pretendió casar al mariscal duque Gontaud-Biron con una hija de Mme. d'Estrées, nacida por cierto años después que su madre abandonara el hogar. Todos los herederos eventuales debían dejar libre paso a la descendencia de Gabriela que decía: "Sólo Dios o la muerte del rey pueden detener la ^{rueda} marcha de la fortuna".

"Ille est manus Dei"

Enrique IV cesó su disimulo y había llegado a creer que no podría vivir sin su amante. La mas leve separación originaba largas cartas: "Mi caro amor"... "Lejos de tí contemplo tu imagen que llevo en el alma, en el corazón y en los ojos". Otros días, como un colegial, le enviaba versos que pretendía eran hechos por él. Fijó su boda para primavera. Ella ya tenía su vestido blanco. El "Vert Galant" le enseñó su anillo nupcial: la sortija con un

gran diamante rosa que llevaba en su coronación, puesta en la bandeja de oro en la que se entregaron las llaves de la plaza de Calais. Los muebles para los aposentos que había de ocupar en el Louvre ya estaban listos y sus habitaciones se estaban tapizando color carmesí reservado a las personas reales.

La duquesa de Beaufort, de nuevo embarazada, comenzó a verse atormentada por tristes presentimientos. Se quejaba de pesadillas horribles y el sueño constituyó para ella un tormento. Muy dada a supersticiones veía malos presagios en todas partes. Había caído en manos de videntes y quiromantes, eterna ralea de embaucadores que pululan en tiempos de crisis espiritual. Todos los augurios eran sombríos. Uno de ellos decía que no estaría casada mas que una vez. Otro, que un niño impediría el logro de sus esperanzas. Que ni ella, ni sus hijos llevarían corona. Que moriría en plena juventud... Palma Cayet astrólogo aficionado le hizo el horóscopo y concluyó que su último embarazo sería su desventura. Según l'Estoile, un famoso adivino piamontés le anunció que su matrimonio con el rey no tendría lugar y que no vería amanecer el día de Pascua. Se habló de que el Papa no se decidía a resolver la disolución y que luchaba entre los dictados de su conciencia y la exigencia política. Un día de abril pidió a sus familiares que pidiesen para él la asistencia divina y se encerró en sus aposentos, de hinojos ante un crucifijo y muchas horas en oración. Al cabo, se levantó radiante con aire iluminado y dijo: "Dios ha provisto".

La Corte se hallaba en Fontainebleau porque Gabriela, incómoda por su estado, quiso pasar allí la Semana Santa. El párroco de San Eustaquio, confesor del rey a la sazón, le aconsejó separarse de su amiga en esos días consagrados a actos de devoción, para evitar murmuraciones y escándalo. El rey se dejó convencer esta vez y ordenó a su amante que volviese a París y cumpliera ostensiblemente sus deberes piadosos.

Los años habían marcado a la "belle" Gabriela. Las fatídicas predicciones habían conturbado su ánimo, tan ligero en otro tiempo. Un día soñó que sus habitaciones ardían y que no podía huir. El rey, como pegado al suelo, no acudía en su auxilio. Enrique IV se había despertado la misma noche angustiado por otra atroz pesadilla. La que iba a ser reina vivía angustiada, sobre-excitada, febril y presa de terrores.

La marcha se fijó para el 5 de abril, lunes santo. El rey la acompañó a caballo hasta mitad del camino. Iba junto a la litera de Gabriela con Bassompierre, Mont-Bazon, Fouquet y la Varenne. En Méhun se detuvieron para cenar y pasaron la noche en Savigny. La mañana del 6 embarcó la duquesa en el Senn y en el momento de la separación, cuenta Sully "se hicieron tantos cumplidos, misterios y ceremonias como si hubieran sabido de antemano que no volverían a ver". Ella, que no lloraba nunca "lloró amargamente y aseguró que estaba segura que se separaba para siempre del rey"... "le pidió que tomase a sus hijos bajo su protección, que defendiera sus bienes y amparase a sus fieles servidores". Le conmovió en tal grado que apenas podía desprenderse de sus brazos". El mariscal de Ornanos y otros señores tuvieron que obligar al rey para que regresase a Fontainebleau. Chéverny añade que la duquesa, al embarcar, sufrió una nueva crisis de llanto y extrema aflicción y que el rey regresó muy triste.

Gabriela llegó a París a las tres de la tarde y su embarcación fondeó en un muelle cercano al Arsenal donde vivía Sully. Como estaba tan angustiada y entristecida no quiso recibirla. Las habitaciones que había de ocupar en el Louvre no estaban terminadas y no pareció discreto que fuese allí. Se decidió que se alojase en casa de Zamet, rico banquero del que hablamos mas arriba, que vivía cerca de la Bastilla. Tenía una magnífica residencia que el rey utilizó muchas veces como cobijo de sus aventuras y por ello la gente la calli-

caba "Maison des Petits Plaisirs". Zamet había sido zapatero en Florencia y ahora uno de los mayores financieros franceses. La duquesa tomó en su casa un refresco de poncil (9), pero indispuesta de nuevo se trasladó a Saint-Germain l'Auxerrois, domicilio de su tía que estaba ausente, por cierto. Al día siguiente asistió al oficio de tinieblas en el hospital Petit-Saint-Jean donde solía haber un buen concierto y se le había preparado una capilla lateral. En la iglesia mostró a la duquesa de Guisa unas cartas de Roma con buenas noticias sobre la disolución y las que habían llegado del rey, llenas de ternura. Pocos instantes después se quejó de dolores, jaqueca y mareos. Apenas terminado el oficio pidió a la de Guisa que la acompañase y se retiró. Hubo que meterla en cama. Sufrió una violenta convulsión. Pidió que la excusaran ante Zamet y pasó la noche en casa de su tía.

El Jueves Santo comulgó en Saint-Germain. A las dos de la tarde volvieron dolores y convulsiones. Los médicos se intranquilizaron porque debido a su estado no podían utilizar los remedios activos. Uno de ellos creyó ver alarmantes síntomas y como los médicos de Molière era amigo de sangrías, purgas y latinajos. Al examinar a Gabriela torció el gesto y exclamó: "Hic est manus Dei". A media tarde aparecieron los primeros signos de parto, acompañados de movimientos desordenados que persistieron hasta la noche. Consciente de su gravedad, en un momento de calma, escribió al rey con la esperanza de que acudiera y se casara "in articulo mortis" en beneficio de sus hijos. El barón de Beaurain salió a galope hacia Fontainebleau, pero la carta iba a ser víctima de la censura... Y de la intriga....

Los adversarios del matrimonio hicieron que la Varenne saliera en la misma dirección y retrasase cuanto pudiera la llegada de Enrique IV

(9) especie de limonada. Existe una superstición sobre la ingestión de limón en las embarazadas y durante el puerperio, cómo si fuera un veneno....

que en cuanto tuvo el aviso resolvió regresar a París y envió a su caballerizo.

El Viernes Santo la enferma entró en la agonía. Los médicos habían provocado el parto y nació un niño muerto. Se practicaron a la paciente sangrías y lavativas, pues el doctor Sangredo es bastante universal. Médicos, cirujanos y boticarios rodeaban a la duquesa sin saber qué hacer. Los cortesanos, siguiendo la costumbre, conspiraron. La Varenne ideó un plan. Fué a la iglesia de Saint-Germain donde sabía que estaban Ornanos y Bassompierre y les dijo que Gabriela acababa de morir y debían salir al encuentro del rey e impedir su llegada. Así fué, le encontraron cerca de Juvisy y dijeron que la duquesa había muerto. Fué un momento de patético dolor. Hubo que obligar al rey a entrar en la abadía de Villejuif donde se echó en una cama, desesperado. Quería ver a su Gabriela y tenerla en sus brazos por última vez... Otro mensajero aseguró que la duquesa respiraba aún pero estaba sin conocimiento y agonizante. El rey quiso proseguir su viaje y recoger su postrer suspiro, le disuadió la consideración "del daño que resultaría para su reputación y que sus actos estaban a la vista de todo el reino". Rehacio al principio, el rey se rindió a razones y cabizbajo regresó a Fontainebleau...

Gabriela murió el Sábado de Gloria, unos días antes de ver amanecer la que tanto esperó, la suya. La predicción que anunciaba que no vería el día de Pascua y las otras se habían cumplido. Algunos, aprovechándose de la confusión robaron sus joyas y una mujer que la asistía le sacó los anillos que aún llevaba en sus dedos y los ensartó, diestramente, entre las cuentas de su rosario. Menos mal que una religiosa que rezaba junto a ella lo vió y la mayor parte de las alhajas se recuperaron también. Por cierto que sirvieron de regalo de boda, en su día, para María de Médicis...

La noticia de la muerte de la ^{que} iba a ser reina corrió velozmente y el pueblo tanto la había injuriado desfiló ante sus despojos curioso y compadecido. Como era usanza en la Corte, la efigie de la duquesa, en cera, fué expuesta cuatro días en el vestíbulo de su casa, sentada en el lecho que iba a servir de tálamo en el Louvre. El muñeco ostentaba la corona de la duquesa y estaba vestido de raso blanco, bajo un baldaquino de terciopelo carmesí con pasamanería de oro y plata. El cuerpo, amortajado, yacía debajo de la cama. La estancia se había engalanado con ricos tapices de la Casa Real y daban guardia de honor parientes enlutados y gentilhombres de servicio. Dos heraldos con dalmática negra con flores de lis doradas presentaban el hisopo. Le daban custodia los arqueros del rey. A ambos lados se habían montado altares donde numerosos clérigos rezaban ininterrumpidamente.

Transcurridos los días de velatorio, hubo un primer funeral en Saint-Germain-l'Auxerrois y luego fué llevada a Saint-Denis, panteón de los reyes de Francia, para celebrar un funeral solemne. De allí se la trasladó al convento de Maubuisson donde su hermana era abadesa.

Se dijo -como parece lógico- que la "Maîtresse du Roi" había sido envenenada y otros dijeron que había vendido su alma al diablo. La autopsia mostró que tenía "el pulmón y el hígado estropeados, una piedra en punta en el riñón y el cerebro dañado". Concluyeron de esta observación que el refresco que tomó en casa de Zamet le sentó mal y produjo una apoplejía. El Dr. Cabanis, tan curioso de los problemas histórico-médicos, se pronuncia por una lesión cerebral, resultado de una congestión por eclampsia.

Enrique IV ordenó que asistieran a las exequias todos los dignatarios de la Corte. Recibió el pésame de los embajadores y delegados del Parlamento vestidos de luto, renunciando al color del luto oficial que era mo-

rado, por el negro que hizo llevar durante tres meses. Hizo abundante exhibición de lágrimas, suspiros y lamentos y grandes gestos de desesperación. Por espacio de varios días se le vió muy melancólico en Fontainebleau, agobiado por el peso de un dolor difícil de resistir y entregado a lúgubres pensamientos. Iba a meditar, cuando lograba sustraerse a sus deberes, a un pabellón solitario del Jardín de los Pinos y a veces llevaba con él a César, el hijo de la amada y al mirarlo sus ojos se anegaban en llanto. Quería nombrarle heredero. Cuando Bas-
sompierre, su confidente y amigo, que acompañó a Gabriela a casa de Zamet, volvió a su lado, le pedía que le hablase de ella. "Penas y lágrimas -escribía a su hermana la duquesa de Bar- me acompañarán en lo sucesivo hasta la tumba. Las raíces de mi corazón se han secado y ya no volverán a brotar. Pero puesto que Dios me dió el ser para que lo consagre a este reino y no para mí, he de dedicar en lo futuro mis sentidos y todos mis cuidados al progreso y conservación de este reino". Era casi una fórmula de renuncia a las cosas de este mundo. Algo así como la consagración del resto de su vida al bien público, a los intereses de Estado, al deber, que no podía dejar de cumplir porque se lo dictaba la divina voluntad. Parecía querer decir, como el desdado doctor, aunque con distinto sentido: "Ille est manus Dei".

El marqués de Coeuvres "herido en sus afectos como en sus intereses" enfermó de dolor. Mme. de Sourdis que se había desmayado a la vista de su sobrina muerta, se ofreció para cuidar de la educación de sus hijos, algo en lo que no había mostrado recatado talento. En cuanto a otros miembros de la familia no mostraron la menor tristeza y se llevaron carretadas de muebles. Antoine d'Estrées, como otros muchos, no vieron en la muerte de Gabriela un acontecimiento tan infausto. Los miembros del Consejo Real y del Parla-

mento pensaron que era una solución a los problemas que hubiera planteado el matrimonio del rey. La opinión de los que tenían voz en el gobierno era: "En una hora ha disipado Dios todas las nubes, retenido al rey en la marcha hacia su pérdida en la que se iba a precipitar y con él al Estado". Era acaso lo que significaba la exclamación que se puso en labios de Su Santidad, aunque no parece cierto que la pronunciase. Parece una inspiración del cielo: "Dios ha provisto".

Aquel intolerable dolor, como todos los grandes dolores se amortiguó con el resbalar de las horas. En los "Amores de Alcandre" novela clave muy leída en su tiempo, se afirma que una vez que el rey dió rienda suelta a su dolor, y expresaba sus cuitas, un cortesano Fervaque, se tomó la libertad de decir que se alegraba en el fondo, al pensar en lo que hubiera podido ocurrir si las cosas hubieran tomado rumbo diferente. "Dios, concluyó el confidente, le ha dispensado un gran favor". Enrique IV al parecer asintió y convino que la muerte aquella era una nueva prueba de que Nuestro Señor protegía a su Estado y no deseaba su pérdida, por lo que en adelante no abusaría de su misericordia. Cuenta Mile. de Guisa que en otra ocasión manifestó a Retz que se alegró de aquella salida de una situación inextricable y que daba por ello gracias al cielo. Pero Mademoiselle tenía fama de lengua viperina y la de Retz no le iba a la zaga... Lo confirma un embajador veneciano que informó a la Señoría que el soberano francés le había dicho que Dios amaba a su Estado y no lo quería perder. Todos estos testimonios significan que sólo la muerte de Gabriela hizo comprender al rey su locura. Una de las muchas locuras del llamado "Henri le Grand".

CAPITULO 72

"HENRIETTE D' ENTRAGUES"
=====

" De même que le soleil est plus ardent au sortir des nuages,
ainsi l'amour, sorti de la colère et du soupçon, lorsque
la paix est faite et que les esprits se sont apaisés, est
plus agréable et plus vif ".

PLUTARCO



"HENRIETTE D' ENTRAGUES"

Proyectos de matrimonio de Enrique IV. -

El rey parecía inconsolable. "La pérdida de Gabriela...le dejó tan afligido que la tristeza emponzoñaba su vida y dañaba su salud" (1) En realidad el episodio Gabriela d'Estrées quedó liquidado y púsole el finiquito (2) otro del mismo tenor. Como suele decirse un clavo saca otro clavo. "Su Majestad -escribía Chéverny- siempre fué inclinado a la pasión de amar." Y como los que tenían el honor de estar en su intimidad temían que su pena se prolongase y acabase mal, le persuadieron de que no había remedio mas eficaz que el de buscar un nuevo amor, a lo que se prestó fácilmente de acuerdo con su natural condición. "Y así mientras los mas grandes y discretos del reino y de su Consejo le proponían que se casase para su reposo, el de su Estado y su personal satisfacción y le hacían conocer a las mas elevadas y bellas princesas de la Cristiandad, otros, más conocedores de su personalidad, le metieron en la cabeza que debía buscar una nueva amante, escogida entre las damas mas hermosas del reino... Por lo que este príncipe, movido por ambos lados con idéntico fervor -complacencia propia y agradar a todos- aceptó los dos consejos. Para contento de los prudentes dijo que su inclinación le llevaba a la princesa de Florencia, Maria de Médicis, dotada de encantos, méritos y cualidades propia de una gran reina y por otro lado le pareció oportuno para su placer, poner su empeño en conquistar a Mademoiselle de Entragues considerada como una de las mas bellas del reino y ademas accesible al amor del rey, imitando en este punto a su madre".

(1) "Histoire du règne d'Henri IV. Mémoires de Chéverny. Ed. Michaud Paris.
(2) "Toute homme qui cherche la consolation après la perte de ce qu'il aimait est déjà plus qu'à moitié consolé" Mm. d'Arconville (El hombre que busca consuelo es porque ya esta medio consolado)

La absoluta seriedad, atenuada al final del relato, con que habla Chéverny de los hechos, nos impide calibrar la situación. Tal vez su narración oculta magistralmente su ironía...

Los tratos con Florencia y Roma se habían iniciado en 1591. Los negociadores buscaban alguna respetabilidad para la Casa de Francia, maltrecha tanto por causa de Enrique IV como de "reine Margot" su mujer. Al mismo tiempo abrigaban la esperanza de apuntalar la desavanzada hacienda con una importante suma de dinero. Pero Enrique IV, menos atento de lo que se dice a los asuntos de Estado, sobre todo al entraban en desacuerdo con sus diversiones, olvidó pronto el tema. Cuando la necesidad económica apretó, le volvió a las mientes la idea del matrimonio y lo exigió como firme propósito. Escribió una carta a Goulart en la que decía: "Hay en Florencia una virtuosa princesa con la que pienso tener hijos muy pronto". Debía al tío de la dama mas de 500.000 escudos y, con el matrimonio pensaba obtener no sólo la cancelación de la deuda sino un suplemento para sus negocios. "La boda, agregaba, sería por añadidura bien vista por el Papa y aumentaría su prestigio en el Consistorio". Apenas es necesario decir que la fortuna del Gran Duque contaba mas en las deliberaciones de los "grandes y discretos del Reino" que las virtudes de la dama. Parece además que la deuda era muy superior a la dicha por el rey, cerca de un millón doscientos mil escudos, suma enorme para aquel tiempo y que no podía de ninguna manera pagar. Los que le prestaban en favor de la boda decían que, mediante ella, tendría en el futuro un banquero a mano indulgente y bien dispuesto. La razón tenía indudable peso...

El príncipe soberano de Toscana era de los mas ricos del mundo. Sus rentas ascendían a unos veinte millones anuales, es decir, mas que to-

dos los ingresos de la Corona de Francia. Fernando de Médicis había acrecentado las lucrativas especulaciones de su antecesor en el trono, el padre de María. (Comercio de granos, transportes, cambio y banca, le habían enriquecido prodigiosamente). Estaba interesado en todas las operaciones del ducado y obtenía enormes beneficios del contrabando con las colonias españolas, protegido por el pabellón holandés y británico, como "estaba mandado en la época". Participaba en el botín de piratas y filibusteros que infestaban los mares y surcaban las amplias costas del mundo ibérico.

El Papa era propicio a esta boda. Margarita de Valois con quien había que contar pues era, todavía, esposa de Enrique IV, no se oponía a la disolución del vínculo, si le daban a cambio algo mas que un título de reina que no le llenaba para nada. Una comisión formada por el Nuncio y prelados franceses se encargó de estudiar la cuestión. La negociación con Roma y Florencia se había llevado con gran inconsciencia hasta que la situación financiera se hizo angustiosa y al rey le entraron las prisas. "Soy de los que piensan que un buen matrimonio debe ayudar a pagar las deudas". Así hablaba el rey.

La familia Entragues. -

Por lo que respecta ala solución "placer de amor", las cosas se presentaron así. Un día, en los tiempos de mayor aflicción real, Varenne cortesano tiralevistas que se había elevado delas cocinas de Catalina de Médicis hasta la cámara de Su Majestad -gran distancia que no sabemos si calificar sí de ascenso o descenso- proporcionó a su señor una nueva pasión. Parece que fué el mismo que le había anunciado la muerte de la "belle Gabrielle" po-

cas semanas antes, pues no más podía durar su "prolongado dolor". Un día Varrenne llevó a su señor de casa y al atravesar la comarca de Beauce, cerca de del valle del Sena y del Loira, le propuso descansar en el castillo de Bois-Malsherbes, propiedad de François de Balzac, señor de Entragues (2) casado en segundas nupcias con María Touchet, mujer bellana, inteligente y algo más que liviana. María había tenido un hijo con Carlos IX y de su matrimonio con Balzac tuvo dos hijas que según Michelet "necesitaban que se las vigilase". La mayor había figurado con sus padres en la falsa corte de la "belle Gabrielle" en los comienzos de su encumbramiento. Se llamaba Henriette. Tenía 20 años, era esbelta, viva de carácter y conocía por instinto -de raza le viene al galgo- las artes de la seducción. No poseía ni la belleza, ni la dulzura de Gabriela, pero era más alegre, más provocativa y una comediente consumada. Fría en el fondo, autoritaria, perversa, el orgullo era en ella más poderoso que la sensualidad. En ella la codicia hablaba con voz más recia que el corazón. Tenía mucho ingenio y una capacidad de burla que no paraba mientes ni en lo más respetable. Audaz e intrigante, ponía tan variadas dotes al servicio de sus propósitos. La secundaban eficazmente sus progenitores ("grands calculateurs en fait d'infamie") y también jugó su papel su hermano fruto del desvío materno y portador del nombre, genes y vicios de los Valois. Tallemant lo describe como un desequilibrado, caballero de industria ("algreffin" o marrajo) que hoy calificaríamos más plásticamente de "chulo de p...". Los que hablan bien de él dicen que era "un genio capaz de toda clase de invenciones". Vaisière le llama "concusionario", falsificador de moneda, siempre sonriente aún en momentos embarazosos para un hombre de honor, de los que sabía tan ufano "bouffonnant, capriolant et sautant".

(2) La ortografía varía con los textos. Se vé a veces Balsac y Entragues, Touchet y Touchet.

El señor d'Entraques a quien Enrique IV dispensaba el honor de visitar, le sugirió que para aliviar sus penas acudiese a cazar en los excelentes cotos que tenía en sus tierras. El bearnés, deslumbrado sobre todo por los atractivos de la hija mayor de su anfitrión, no fué remiso en dejarse convencer. Bassompierre en sus "Memorias" narra las francachelas del castillo de Bois-Malesherbes, con sus festines pantagruélicos, que se solían acompañar de bromas pesadas, partidas de cartas y borracheras, todo ello muy del gusto del rey. (3)

Enrique IV nunca fué buen mozo y por entonces tenía 47 años bastante mal llevados. Estaba ya encorvado, arrugado, desdentado y con la barba gris. Su género de vida le había avejentado prematuramente. Tenía gota, retención de orina y frecuentes accesos de fiebre. Pero su mayor achaque era la propensión irrepresible a los enamoramientos ciegos e incoercibles, fruto sin duda de una perturbación sexual y no de un temperamento fuerte, que no tuvo nunca. Esta peculiaridad del bearnés ha preocupado a no pocos estudiosos del personaje. A nuestro modo de ver tenía la morbosa obsesión de un desequilibrado sexual, que no se corrigió con la edad, sino que fué aumentado con los años y al final de su vida cayó en una verdadera rijosidad. Cada ataque de este "mal" iba acompañado de otras perturbaciones accesorias de tipo psicossomático: inapetencia, insomnio, melancolía y anhelo de soledad. El rey que nunca supo estar solo, rehuía durante estas crisis el trato de las gentes. Richelieu pretendía que su inteligencia clara y aún luminosa por lo común, sufría eclipses y que "el exceso de la pasión le debilitaba tanto que, bien que en toda ocasión mostró ser príncipe, de mucho ingenio y gran corazón, aparecía desprovisto de juicio y fortaleza". Don Inigo (3) Vid. Bibliografía, Bassompierre. pag. 74-75 y sig. T. I.

de Cárdenas, embajador de Su Majestad Católica en Francia, daba cuenta a su señor de las alteraciones que sufría Enrique IV en alguno de esos trances. Los que consideraban el hecho desde el punto de vista moral solicitaban el dictamen de los teólogos. Si las faltas ligeras podían comprenderse, era difícil ^{esperar} la infinita misericordia divina cuando la pasión llevaba consigo sacudidas, rupturas de matrimonios y desprecio de sacramentos.

La hija de Estragón precedía una de aquellas crías y la arrebató cual no lo hiciera hasta entonces ninguna mujer. Ella perduló la labilidad del rey y estimó oportuno fingir un amor compartido, como si fuera una muchacha ingenua, ante la figura de un príncipe de cuantas bellas. El beatísimo, vanidoso, alcohólico y loco por demás, cayó en el engaño y no vaciló en creer que el amor de Enrique IV por él era sincero. Desde el primer momento padeció el dominio y la esclavitud, gloria y martirio al mismo tiempo, como si fuera un castigo del cielo a su sensualidad. Con el tiempo el amor se convirtió en una más que madura, avanzada edad.

El rey intentó que los padres de la doncella, tales denigrantes y para estar más cerca de ella, le trasladó en el castillo de Heilly propiedad de un capitán de su guardia, una laguna escasa de donde vienen los Balzac. Esta familia "assez méprisable", dice un escritor, procedió al asunto de papada en una comedia estrofiada con trajes de etiqueta que tuvo en algún momento notas de tragedia. Para tener más seguridad acerca de lo que ocurría, se creó por la importancia del asunto, un consejo de Estado, el cual fue nombrado por el rey y artatamente dividido en las cosas de un momento. Después de una guerra de aventuras y tramas, una vez más, el rey se volvió a la normalidad, pero la doncella y el príncipe, después de haber sido la víctima de los vailes, se casaron y se fueron a vivir a la Balzac, que es un lugar de gran belleza.

la honra y el buen nombre de la casa de Entragues, en la que él mismo había penetrado de matute. Los padres de Enriqueta resultaron, por mor de una varita mágica, celosos guardianes del honor heredado de intachables abuelos. La comedia, tan torpemente entretejida, halló credulidad en un hombre como Enrique IV, poco acostumbrado a encontrar objeciones y enardecido por inesperadas resistencias, porque conocía las relaciones amorosas, nada recatadas por cierto, que la otra hermana Entragues mantenía con Bassompierre.

La nueva pasión amorosa de Enrique IV. -

Dos meses después de la muerte de Gabriela, Enrique IV escribía o hacía escribir versos de este cariz:

V "Le coeur blessé, les yeux en larmes,
ce coeur ne songe qu'à vos charmes;
vous êtes mon unique amour.
Jour et nuit pour vous je soupire:
si vous m'aimez à votre tour
j'aurai tout ce que je désire.
Je vous offre sceptre et couronne;
mon sincère amour vous le donne.
A qui puis-je mieux les donner?
Roi trop heureux sous votre empire,
je croirai doublement régner
si j'obtiens ce que je désire" (4)

Estos lamentables renglones pudieron muy bien salir de la mano de Malherbe, poeta protegido por el cardenal du Perron y recomendado a Enrique IV y presentado en su corte en 1605. Desde entonces hizo fortuna escribiendo teatro oficial, odas y sonetos, versos para los ballets y sobre todo versos de amor. El ser pésimo poeta y carente de fantasía no le priva de su cualidad de fijar reglas muy precisas y clarificar el lenguaje.

(4) Herido el corazón y lágrimas en los ojos, mi alma sólo piensa en tus encantos; eres mi único amor, suspiré por tí noche y día. Si me amases vería colmados mis deseos. Te ofrezco cetro y corona, que te da mi amor sincero. ¿A quien mejor los podría dar? Bajo tu dominio, rey feliz, creería reinar doblemente si lograra mi deseo".

Malherbe ha sido muy imitado y si no se hubiera pasado en cortesana y adulación, probablemente sería mas apreciado en la literatura francesa.

Los versos que anteceden denuncian con su puerilidad mas que el estro de Malherbe, autor de engendros parecidos enviados al rey para interpretar sus sentimientos, cualquier otro imitador. Pero su aceptación por el rey como expresión de su pasión es prueba evidente de la obnubilación mental de la que hablaba Richelieu.

Enrique IV prodigó a los Balzac el honor inestimable de sus visitas y el menos apreciado de sus regateos. No anduvo, siguiendo su costumbre, remiso en prometer. "Je vous offre sceptre et couronne". La verdad es que ésta como otras promesas no pensó un instante llevarlas a efecto. También probó el poder de las dádivas y regalos, poder que él -gran tacaño- juzgaba irresistible. Un día envió a la pura doncella un collar de perlas, pero con gran sorpresa por su parte, le fué devuelto. La "gena" Balzac quería significar con la repulsa que era incorruptible y este complicado juego de halagos y desdenes, esperanzas y quiebros, pusieron al enamorado a merced de la intriga y al borde de la desesperación. Cuando Enriqueta osó pedirle un regalo de cien mil escudos, el rey se consideró feliz. Sully, el superintendente de finanzas puso el grito en el cielo y le mostró en el Arsenal el montón de talegos de oro que tal cifra suponía. A pesar de ello, el rey le dió los cien mil escudos muy a gusto y pensaba que tan duro sacrificio era prólogo de supremas delicias. El dinero no era suficiente para ella y pidió un marquesado como garantía de su honor y tranquilidad de conciencia, ambas consideraciones de índole moral poco clara. Se exigió también al rey la promesa formal de casarse con la muchacha. El rey, insensato, prometió.

El compromiso verbal "con palabra de rey" que dió tantas veces

de sin cumplimiento, hizo que gente tan puntillosa como los Entragues exigieran algo más: un escrito formal de compromiso, que el rey tras alguna vacilación consintió en dar. Sully cuando vió el documento que le mostró Enrique IV para conocer su opinión, se la dió rompiendo el papel. Pero el rey lo rehizo y lo firmó, dando muestras una vez mas de su insensatez.

"Nos, Enrique IV, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, prometemos y juramos ante Dios, con fé y palabra de rey, al señor François de Balzac, señor de Entragues, caballero de nuestras órdenes, que si nos da por compañera a la demoiselle Henriette Cathérine de Balzac, su hija, en el caso de que estuviere encinta en el término de seis meses, a partir del día de la presente y que hubiera un hijo, desde entonces y al instante la tomaremos públicamente por mujer y esposa legítima y solemnizaremos el matrimonio públicamente y ante nuestra Santa Iglesia con las ceremonias requeridas y acostumbradas en casos tales. Para mayor confirmación de la presente promesa, prometemos y juramos, en la forma arriba expresada, ratificarla y renovarla con nuestro sello tan pronto como hayamos recibido de Nuestro Santo Padre el Papa la disolución del matrimonio entre nos y la señora Margarita de Francia, con licencia de podernos casar de nuevo con quien nos parezca. En fé de lo cual hemos escrito y firmado el presente". (5) Expedido en el castillo de los Balzac, Bois-Malesherbes, el primero octubre 1599.

A pesar de tamaño compromiso, explícito e imprudente bien que sin valor legal efectivo, por falta de buena fé a mi modo de ver, el padre "corneliano" no lo consideró decisivo y formuló nuevas exigencias. Enriqueta se mostraba celosa de otros devaneos del rey. Ambos parecieron calmarse algo cuando les hizo donación de las tierras de Beaugency. Y como si el regalo no bastara para calmar la conciencia, cada día mas exigente, de Balzac, encerró a su hija en su fortaleza de Marcoussis, baluarte que había soportado mas de un sitio, separado del mundo por tres puentes levadizos, en torno al cual tuvo que rondar y lanzar suspiros al viento un Romeo desdentado con barbas blancas y descuidadas. Menos mal que la madre de Enriqueta, hada buena y

(5) Texto publicado por varios autores. Tomamos este de Vaissière o. cit. que parece tuvo a la vista el original. El primitivo ha desaparecido.

experta en tercerías, sensible por demás a las debilidades del corazón, facilitó las comunicaciones. Gracias a su colaboración la pura doncella marchó a París para ocupar junto al rey el lugar que dejó vacante la infortunada Gabriela.

Va apuntamos mas arriba que Enrique IV no fué nunca un conquistador, sino el amante burlado por numerosas mujeres, prácticamente todas, incluyendo su primera mujer legítima. La única mujer que amó apasionadamente y siempre le fué fiel fué su madre y reina Juana de Albret. Del amor filial, con ribetes de lo que hoy se llama "complejo de Edipo", tratamos en otra parte de este libro. Volviendo a sus amantes, ninguna hizo mofa de él con mayor crueldad que la hija del señor de Entragues. Se dijo esposa legítima y reclamó desde el primer día privilegios de lo que consideró una situación legal. No se trataba para ella de una posición fortuita y transitoria en principio - "Maitresse du Roi", sino estable, adquirida en buena forma y condicionada tan sólo a la disolución del vínculo y al nacimiento de un hijo. Y esta última condición ella estaba dispuesta a cumplirla a toda costa, como quiera que fuese, tendría un hijo del rey o de cualquier otro amante. Como necesitaba cobertura rogaba ostensiblemente, con un fervor desusado, a Santa Margarita "que hacía fecundas a las mujeres estériles". Fué también en peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Crécy que tenía fama de operar maravillas. Ofreció como ex-voto un hino de plata.

A decir verdad Enriqueta de Entragues no sentía por su real amante mas que repulsión que ocultaba bien poco, incluso ridiculizaba y hacía despiadadas sátiras de los defectos notorios del rey. Enrique IV lo aceptaba todo. Los esfuerzos de Sully para quitarle de la cabeza a aquella pécora no lograban resultado alguno. Los caprichos y las impertinencias de la favorita fueron ley en la Corte y no hacían sino exacerbar la pasión real. Su Majestad aceptaba sus

(2) María de Médici de su hijo o hija de la condesa de la Montpelier.

burlas como si fueran donaires, aun ~~las~~ que hacía a costa de él y le perdonaba las injurias si al final de una querella -eran frecuentes- veía brillar sus ojos, sonreía o le decía falsas palabras de amor.

Algunos consejeros se unieron a Sully para combatir tan lamentables excesos y el temor de que aquella mujer llegase al trono produjo una gran indignación. Enrique IV lo advirtió y para evitar líos y aliviar de paso la situación financiera, insostenible ya, declaró públicamente que había decidido casarse con María de Médicis. La frase circuló y llegó a los oídos de Enriqueta que amenazó con publicar su promesa. Según ella, los juristas consultados dictaminaron que el documento podía anular en derecho la unión que contrajese el rey. Además, en su día podría elegir entre pedir a Roma que declarase inválido el matrimonio o hacerla valer, a la muerte del soberano, para que le sucediera su hijo. Enriqueta mostraba tanta mas osadía cuanto que se sabía embarazada. Sus protestas y las de su padre hicieron comprender a Enrique IV su imprudencia y tuvo la ingenuidad de pedir que se le devolviese el documento que tan ligeramente había firmado. Los Balzac, lógicamente, se hicieron los locos. (7)

Los embajadores en Florencia y Roma llegaron a buen fin en su negociación. No quedaba mas que hacer "doblar" a Enriqueta. Hizo de mediadora como otras veces, su madre, que obtuvo para calmar las iras de su hija las tierras de Verneuil con título de marquesa.

Cuando se firmaron las capitulaciones con María de Médicis, Enriqueta estaba en el séptimo mes de embarazo. Si daba a luz un varón pesaría sobre el reino una grave amenaza. Pero un día en que la concubina estaba en

(7) Carta del rey a Mlle. d'Entragues. "Mademoiselle: el amor, el honor y los beneficios que habeis recibido de mí hubieran contenido al alma mas ligera del mundo si no estuviere acompañada de una mala naturaleza como la vuestra. No persistiré mas en ello, bien que ya lo sabeis podría y debería hacerlo. Os pido que me devolvais la promesa que vos sabeis y no me procureis la molestia

el palacio de Fontainebleau, se desencadenó una gran tormenta y cayó un rayo en su aposento. La fuerte conmoción fué la causa de que abortase. El feto era un varón. La cólera de aquella mujer no puede compararse mas que a la magnitud de su desencanto. El rey en cambio, pudo respirar a sus anchas. Para escapar a los efectos de una desesperación con síntomas inquietantes, Enrique IV, que no era muy valiente, ni le gustaba enfrentarse con Enriqueta, tomó el camino de Saboya, con el pretexto de seguir de cerca el curso de la campaña de sus tropas en aquella zona. (8)

de obtenerla por otros medios. Devolvedme también la sortija que os entregué el otro día. Este es el objeto de esta carta, de la que quiero respuesta esta misma noche.

Mañana del viernes 21 de abril de 1600 en Fontainebleau. Henri.

Carta a M. de Entragues:

Monsieur: os envío este mensajero para que me traiga la promesa que os di en Malesherbes. Os ruego que no dejéis de enviarla y, si queréis traerla vos mismo, os diré la razón que me mueve, que son razones domésticas, no de Estado; por las cuales vereis que tengo razón y reconoceréis que os habéis equivocado y que soy de un natural mas bien bueno que lo contrario. Asegurándome que obedeceréis mi mandato, terminaré con aseguraros de que soy vuestro señor.

Mañana del viernes 21 de abril de 1600 en Fontainebleau. Henri. (9)

Ambas cartas están publicadas por J. Novallac. "Henri IV. Raconté par lui-même. Choix de lettres et harangues." Paris 1913. También están en "Henri IV peint par lui-même. Lettres guerrières, amoureuses et politiques", por Marcel Bourrier, Paris Horizons de France, s/a.

(8) B. N. P. Fonds Béthune Mss. 3639, f^o 21 recto.

(9) Varias cartas referentes tanto a la duquesa de Verneuil como a la familia Entragues han sido ampliamente reproducidas. Los originales están en su mayor parte en B. N. P. Fondo Béthune.

El Ducado de Saboya. -

Situado al sudeste de Francia fué ocupado por los romanos que llamaron a esta región . Luego la invadieron los burgundos y mas tarde los francos. Formó parte del Imperio de Carlomagno siendo desmembrada naciendo de ella la Borgofia. Despues de la dominación alemana se dividió en varios condados (Ginebra, Turín, Susa, etc.) y hacia fines del siglo XVI se unió convirtiéndose en Ducado bajo el poder de Filiberto Manuel. Sus límites se fijaron en el Tratado de Lyon de 1602. En tiempos de Enrique IV la capital se había trasladado de Chambéry a Tyrín mostrando con ello la atenuación de sus aspiraciones transalpinas. Filiberto Manuel era aliado de España no solamente desde el punto de vista político sino por diferentes enlaces de familia. Felipe III le nombró Gran Prior de Castilla y León, Gran Almirante y Virrey de Sicilia.

Carlos Manuel I (1580-1630) fué alternativamente amigo de Francia y España. Hizo una hábil política de expansión y en cierto momento se alió con Enrique IV contra España, como vamos a ver a continuación.

El tratado de Cateau-Cambrésis atribuyó a Francia el marquesado de Saluces en Piamonte. El duque de Saboya, por su cuenta y contra todo derecho, lo había ocupado en el año 1588 y siempre ponía pretextos a las peticiones de Francia de que lo abandonase. Tras de la Paz de Vervins entre España y Francia, hubo nuevas reclamaciones que tampoco obtuvieron resultado. Enrique IV, liberado de su guerra interna, pretendió liquidar el tema Saboyano, tema que se estaba eternizando y le privaba de un excelente punto de penetración en Italia. Saboya era la excusa para intervenir en los asuntos de la península española, pretensión secular de su monarquía. Además era un medio de borrar del campo de sus preocupaciones las intrigas de un gran ambicioso y de una codicia insaciable. El duque, por su parte, ponía en juego todas las artes diplomáticas -que

no eran pocas ni despreciables- para conservar la posesión de aquellas tierras y había logrado que el Papa le prestase ayuda. Pero como sus esfuerzos para dar un aspecto de legalidad a la referida usurpación no tuvieran éxito, decidió trasladarse a París para ganar la benevolencia de Francia. Carlos Manuel creyó obtener con su habilidad lo que no podía conseguir con las armas ni le daban los diferentes convenios.

Enrique IV deseaba el viaje porque marcaría un cambio en la orientación de Saboya que hasta entonces se movía en órbita española. Carlos Manuel pensaba que el francés pagaría bien su amistad, pero cuando éste tuvo noticias de su intención, se encogió simplemente de hombros y aunque se sentía halagado dijo: "Que venga, pero que no se haga ilusiones ni vaya a creer que saldrá del paso con una visita y algunas reverencias". El Duque, ^{pasaba por ser} gran señor aunque soberano de un pequeño Estado pero prestigioso y con una posición geográfica que le hacía apetecible en el juego político. Era yerno del Felipe II y tenía valiosas alianzas con todas las cortes de Europa.

El bearnés decidió recibirle con todos los honores, seducirle con el espectáculo de su propia grandeza y majestad. Resolvió incluso vestir con uniforme nuevo a su guardia y consultó el atuendo con la Verneuil: "Me olvidé preguntaros de qué color os gustaría que vistiera a mis suizos. Decídmelo mañana sin falta, pues corre prisa por la llegada del duque de Saboya".

El príncipe italiano llegó a mediados de diciembre de 1599 y fue recibido en Fontainebleau. El rey le enseñó el palacio del que estaba muy orgulloso y en el que se estaban haciendo importantes reformas. Cazaron juntos y le llevó luego a París. Le había preparado residencia en el Louvre, pero Carlos Manuel que tenía sus planes, prefirió mayor libertad y se alojó en casa del duque de Nemours, pariente suyo.

La Corte, presidida mas que por la etiqueta por el capricho del rey, no imponía disciplina alguna y no se habla del recato. "Reine Margot", perdida en su destierro y olvidada de todos, estaba entregada al tipo de vida licencioso que le era habitual. Paris llevaba una vida libre y desenfadada siguiendo el ejemplo de sus reyes. El duque de Saboya se dió cuenta de ese tipo de existencia que le imponía escasos deberes y facilitaba sus intrigas, sin contar con que el libertinaje se acomodaba muy bien a su manera de ser. Llegaba precedido de una fama que no desdecía de la del rey francés y procuró justificarla a modo de una necesidad política. Se decía que si su importancia europea política no era grande, en materia de sucesión ilegítima no le iba a la zaga al rey de Francia.

Carlos Manuel era bajo y cargado de espaldas, con un hombro mas alto que el otro "compensaba la ruindad de su físico poco agraciado con la chispa que se suele atribuir, caritativamente, a los jorobados". Tenía mirada audaz frente despejada y su ^{porte} apostura hacía olvidar su cuerpo. Un embajador veneciano aseguraba que era todo inteligencia y músculo. Su facilidad de palabra y viveza de ingenio, unidas a sus talentos de negociador hacía que muchos temiesen enfrentarse con él. Llevaba gran cantidad de regalos pues sabía que el rey era mezquino y él debía presentarse como principe liberal, signo infalible de grandeza y forma de conquistar voluntades. Obsequió a Enrique IV -que se contentó con ofrecer a su huésped su deleznable efigie- con espléndidos vasos de cristal que tenía de su abuela Beatriz de Portugal, quebradizos objetos que según l'Es-toile, podían compararse con la fragilidad de los compromisos. Ya vimos que no fueron demasiado sólidos...

Carlos Manuel estableció cordiales relaciones con la marquesa de Verneuil porque adivinó que sería una buena aliada. Le regaló perlas, diamantes

y otras piedras preciosas para cultivar su amistad. Contactó con diversas gentes de la corte que podrían servir a sus fines políticos, entre ellas al conde de Auvergne y al mariscal de Contaud-Biron. Este, como Jano, debió de tener dos caras y los textos le atribuyen fisonomías dispares. Para los escritores amigos de Enrique IV -la mayor parte- era ambicioso, siempre ansioso de valor, hostil al monarca, espíritu inquieto, atormentado, orgulloso y desleal. Su historia se confunde con la del soberano cuando sus luchas por alcanzar el trono, ya que sus acciones militares marcan las principales etapas de la penosa marcha de Enrique IV hacia el poder supremo. Combatió en Arques, en Ivry, en los sitios de Paris y Rouen, en Amiens, en Aumale, En Fontaine Française etc. etc. Prestó importantes servicios como gobernador de Borgoña y Bresse. Según Talemant de Réaux era insolente y despiadado, pero sin él Enrique IV no hubiera conquistado mas que una corona de espinas.

Saint-Simon afirma que el rey estaba celoso de Biron "envidiaba su gloria en las armas hasta sentirse herido de la de los demás capitanes y mas aún de los propios que de los extranjeros". Se ha dicho que aspiró a ser príncipe soberano y deseó acuñar su efigie en las monedas. Se le califica de guerrero brutal, dureza que desmienten algunos pormenores de su biografía. Parece probado, en cambio, que era un jugador empedernido siempre sin dinero y quejoso de la avaricia de su rey. Se cuenta que quiso entrar en tratos con Felipe II y hacer revivir la antigua organización católica porque estaba celoso de las mercedes que hacía el rey francés a los reformados. Biron era creyente católico pero militó en favor del pretendiente hugonote y de ahí las discrepancias de los historiadores no demasiado eclécticos.

Carlos Manuel creyó haber encontrado en Biron un posible colabora-

dor debido a su ambición y resentimiento. El rey que era hablador como buen gascón no pecaba por exceso de discreción y habló del mariscal con el duque mas de lo necesario. Criticó su carácter intratable, le acusó de ingratitud, reproche que él mismo merecía, e incluso de no ser valiente mas que cuando luchaba a su lado. El saboyano aprovechó estas confidencias para excitar el rencor a la natural soberbia del sujeto de tan imprudente charla y, preparado el campo de este modo, pudo sembrar en su espíritu sutiles insinuaciones que hallaron el terreno propicio para germinar. Le ofreció la mano de una de sus hijas con una dote de quinientos mil escudos y la posibilidad de que Felipe III transmitiese sus derechos sobre Borgoña.

Otros personajes de las corte se dejaron seducir por el duque, como los duques de Borbon y la Trémoille, hermanastro de la marquesa de Verneil. Cuando le pareció oportuno regresó a su ducado. El resultado de su negociación fué que Enrique IV se mostrase dispuesto a aceptar el trueque del marquesado de Saluces por los territorios comprendidos por Bresse, Valromey y el país de Gês es decir la frontera del Ródano. Daba al duque un plazo de tres meses para consultar con sus consejeros y decidir.

Cuando expiró el plazo, el duque siguiendo su costumbre quiso ganar tiempo. Enrique IV no aceptó demoras ni pretextos y el 11 de agosto le declaró la guerra. Antes de que el duque estuviera preparado conquistó Bourg-en-Bresse y Mont-Mélian. Dirigieron las operaciones Biron y Lesdiguières y en esta ocasión se pudieron sospechar extraños manejos tildados de traición en provecho de Saboya. (10)

(10) Vid. Bibliografía, MERKI, Charles. "La Marquise de Verneuil et la mort d'Henri IV". Ed. Plon-Nourit. Paris 1912.

-157-

CAPÍTULO 89

" MARÍA DE MÉDICIS "

=====

I

" Ce n'est pas par l'austérité qu' on sauve
un homme de la débauche : c' est par l'amour".

Alphonse KARR. -



" MARIA DE MEDICIS "

En cuanto el matrimonio de Enrique IV con Margarita de Valois se anuló, decidió casarse con María de Médicis. Era una forma de tranquilizar a Roma. Se casó con júbilo, pero pronto se sintió decepcionado. Como hemos visto sus relaciones con "tante Cathérine" como llamaba a Catalina de Médicis, no fueron tan malas como tantas veces se ha afirmado. Enrique pensó encontrar en María la energía y desenvoltura florentina -además del dinero- con un tanto de peligroso perfume. Pero María era, por parte de madre austríaca y su herencia Médicis estaba diluida. Tenía ya 27 años y aunque físicamente era agraciada, sobre todo para el gusto del rey de Francia que nunca fué muy refinado, pesaba sus buenos kilos y era mucho más alta que él. María era muy celosa y su llegada a una corte donde lo normal era el escándalo, no le resultaba adecuada a su profunda religiosidad, teñida de beatería. Testaruda y con mucho genio, tenía que tropezar, necesariamente, con el ambiente.

Enrique IV marchó desde Fontainebleau a Lyon y de ahí a Chambéry. Escribió a Florencia para anunciar la salida del duque de Bellegarde, su escudero y pertinaz alcahuete, portador en esta ocasión de un mensaje serio. Llevaba poderes para poder contraer matrimonio en nombre del rey de Francia. También llevaba una carta del rey en la que hablaba de amor a la prometida, algo metida en años para la época y considerada por muchos como una solterona incasable. (1)

La carta del rey decía "No tuve nunca, deseo tan vibrante como el de veros". Dos días más tarde escribía un nuevo mensaje: "Si fuera correcto el declarar que se está enamorado de la propia mujer (ignoramos donde está la incorrección...) os diría que yo lo estoy en extremo. Pero prefiero daros testimonio de ello, en otro lugar y sin más testigos, que vos y yo". Inútil resulta decir que Enrique IV mentía o empleaba un lenguaje de circunstancia. El matrimonio era la me

(1) Vide Documentos - nº 73 y 74.

nor de sus preocupaciones y María de Médicis, desconocida para él, no tenía mas existencia, que la que le daban las querellas con Enriqueta de Entraques, que no se dejaba abandonar tan fácilmente.

La Marquesa, repuesta de su accidente, había salido en busca del rey, que se encontraba en Grenoble, cuando ella apareció en Côte Saint-André. Enrique acudió a su lado acompañado de Bassompierre. La entrevista fué una violenta pelea por celos, pues había llegado a sus oídos -aparte del matrimonio- que el rey compartía sus ocios con una moza de famosa familia; La Bourdasière. Su amigo y casi cuñado logró apaciguarlos a duras penas y al día siguiente salieron amigablemente para Grenoble, donde pasaron diez días de bonanza.

La Verneuil seguía al rey a todas partes y estaba junto a él cuando llegó la noticia de que el 5 de octubre ¹⁶⁰⁰ se había celebrado en Florencia el matrimonio con la Médicis. Poco despues, llegaba la noticia del embarque de la nueva reina en Livorno, con rumbo a Marsella. Ambas noticias, como es lógico, desataron de nuevo las furias de la "Maitressé du Roi" que, enloquecida, insultó a su real amante, en forma tal, que pareció llegada la hora de la ruptura definitiva. Pero, poco despues, llegó una humilde carta de perdón, curiosa, grandilocuente, muy literaria y menos huerá que los versos que el monarca acostumbraba a enviar a sus amadas. Si fué dictada -es una forma de decir- como aquellos, el amanuense (2) tenía mas enjundia que los anteriores del rey. Enrique IV se dejó convencer por aquella aparente sumisión, porque le halagaba. Respondió al deseo de parecer magnánimo, cuando estaba haciendo algo, que no era capaz de dejar de hacer. Y así, siguió atado a aquella mujer, con vínculos un tanto extraños: perdonó y la recibió una vez mas.

(2) parece del 11 octubre 16. Orig. B. N. P. Fonds Béthune Mss. 9128 fº 20.

La fiestas de la boda por poderes en Florencia duraron siete días y costaron muchos miles de ducados. Se realizaba una vieja ilusión del gran-duque Enrique IV estaba saboreando las delicias de la reconciliación con su amante; en el mismo momento en que una nave de las "Mil y una noches" arribaba a las costas de Francia y traía a bordo a su reina. La galera tenía finas labores de taracea de ébano y marfil, lapis-lázuli y nácar. La cámara estaba toda tapizada de tela de oro y recamada de flores de lís de diamantes. Sobre el trono, cinco gruesos rubíes representaban las bolas gules del blasón y la de azur, que Luis XI había añadido a las armas de los Médicis, era un enorme zafiro. Daban escolta a la galera diez naves del Papa y cinco de Malta. No se trataba sólo de homenaje, sino de custodia. La galera florentina llevaba a bordo, además de la reina, a la gran-duquesa toscana y a la hermana de María, sin contar una espléndida dote. Enrique IV no disponía de flota y se temían ataques. La escuadra hizo escala en Tolón antes de fondear en Marsella, donde esperaban el Canciller del reino -que había de firmar la entrega de dama y dote- el Condestable, las duquesas de Némours, de Ventadour y de Guisa, cardenales, princesas y grandes señores. Tras fastuosas solemnidades y con una escolta de dos mil caballeros, ^{reina} la emprendió viaje hacia Lyon.

Por aquellos días el Papa Clemente VIII envió a Enrique IV, a su sobrino el cardenal Aldobrandini, el que bendijo la unión en Florencia, para que mediase en favor de la paz con el duque de Saboya. El rey vivía públicamente con la Verneuil, que se obstinaba en permanecer a su lado, sin importarle lo mas mínimo la llegada del legado papal. Los miembros del Real Consejo tuvieron que desplegar gran esfuerzo para hacer ver a su majestad lo indecoroso que sería recibir al legado con su hermosa amiga. Ésta decidida por su parte a quedarse, pretendía mostrar al cardenal la solemne

promesa del rey que, a su modo de ver, bastaría para que se declarase nulo el ~~reclon~~ matrimonio, celebrado por él y le obligaría a declararla a ella legítima esposa. "Su majestad, dice Hurcault, tuvo que soportar casi en público, las mas crueles injurias e indignidades que una mujer desaforada puede dirigir a un hombre que le fuese inferior. Pero al fin el rey la calmó con bellas palabras y la acarició tanto que logró que abandonara Chambéry y ^{se fue a} Lyon camino de Paris, cuando la reina estuviera para llegar a esta ciudad..." "Y para hacer que obedeciese, con mas suavidad, la acompañó una jornada de camino hasta embarcarla en un lago llamado el Bourget... para lo que le hizo preparar un barco con cubierta muy adornada de los que había mandado fabricar en Lyon. Al separarse de ella, ambos confirmaron su afecto, con todos los refinamientos y testimonios que proporciona el amor. Se alejaron uno del otro con gran pesar, comunicándose por correo diariamente..."

La marquesa continuó su viaje y fué recibida, en el camino, con grandes recepciones. El rey le envió a Lyon las banderas conquistadas al enemigo y ella las hizo depositar, con gran pompa, en la iglesia de San Juan, donde se celebró un Te Deum. El legado del Papa, entretanto, llegó a Chambéry.

El viaje de la reina fué muy lento, como convenía a la majestad. Exigió numerosas etapas, marcadas con ceremonias y etiqueta, las mismas que se organizaban, si bien por otra ruta, para honrar a la real concubina. Eran, y son aún, festos y regocijos para el pueblo, siempre iguales, fastidiosos, ruidosos, interminables y lo que es peor, falsos. Si a esto se añade la ruina en que se encuentra un país las consecuencias no pueden ser peores. Fiestas con palmas y ramos como avizora del madero de la cruz. María de Médicis tardó quince días en recorrer la distancia que hay entre Marsella y Lyon y, al llegar, no la esperaba el rey. La reina debió pensar en la frase de su carta "Nunca tuve tan violento deseo como e

de veros". Se hizo esperar una semana entera, entretenido por el arte seductor de su amante y por su desenfado o, mejor aún, cara dura. El rey apareció al fin el 9 de diciembre, ya muy entrada la noche, vestido de cualquier modo, sucio, casi harapiento ¡como siempre!... Las informaciones que han llegado hasta nosotros del primer encuentro son penosas. En los mismos relatos oficiales hay desconcierto y dejan adivinar que no está en ellos toda la verdad. (3)

Enrique IV se excusó del retraso, saludó a las damas del séquito, volvió a hablar con la reina, precisa Chéverny "mas de la mitad de un cuarto de hora". Es decir tres minutos largos. El hecho no es de extrañar y pone a prueba otros relatos ditirámicos. La reina no hablaba francés y el rey ignoró siempre el italiano. El embajador de Florencia, al informar a la corte, no dejó de anotar que la desposada fué incapaz de evitar un primer movimiento de repulsión -el mismo acaso que produjo en Gabriela- cuando fué invitada a compartir el tálamo. Ciertan, que sintió una emoción tan intensa, que se quedó helada y hubo que reanimarla con paños calientes, "lo que disgustó a sus servidores, sin que se sepa si su disgusto se ha de atribuir a la impaciencia del rey o a la repugnancia que sintió el padre de Maria de Médicis". En este informe no se hace mención de mas detalles de alcoba, en los cuales, otras memorias de la época, son muy prolijos.

Luego de este primer contacto, que todos convienen en considerar un tanto brutal, la vida de los esposos en Lyon suscitó pocos comentarios. El rey habló, con la libertad de expresión que le era habitual, de la belleza y encantos que descubrió en su mujer, "de haberla hallado mas hermosa y graciosa de lo que había imaginado y que le parecía que ella, a su vez, le había encontrado mas joven de lo que esperaba y podía dar a entender su barba blanca".

A pesar de tan grata sorpresa, al día siguiente de la llegada del rey, la reina, en vez de mostrar alegría de verse unida a un esposo tan singular, no hacía mas que "gemir, llorar y murmurar". La forma en que este dato debe ser

(3) La duquesa de Nemours advirtió a la reina: "Madame le roi est sans lit..."

interpretado es como un reproche. Contribuiría acaso a explicar este primer dolor del que hablan pocos, como la ulterior pasividad y frialdad de temperamento que le atribuyen casi todos los demás. El dolor debió producirse por la naturaleza agreste y selvática de aquel hombre y el contraste con el refinamiento, casi proverbial, de los florentinos. Enrique debió lanzarse a la vida conyugal a la manera de un reitre que asalta a una moza de partido. Talle-mant des Réaux dice en sus famosas "Historiettes", que María se sintió enferma en su noche de bodas. "Il puaît tellement", dice textualmente o sea que apestaba. El malicioso escritor estaba de acuerdo en esto con la marquesa de Verneuil, no mucho mas reservada en calificar esta peculiaridad de su real amante y que las mas refinadas producciones de los perfumistas conseguían neutralizar.

María de Médicis era muy sensible. Se había criado en el palacio Pitti rodeada por tesoros de arte y vivió, hasta cerca de los treinta años, entre el refinamiento de una vieja civilización y las maravillas acumuladas por los de su casta. Sin duda debería sentir en Francia soledad, desencanto y tristeza, a pesar de que era objeto de veneración y respeto como tocaba a su condición. Por otra parte como buena florentina "adoraba los perfumes", que en esta ocasión le resultaban indispensables. Los tenía en su guardarropa, en todos sus muebles, los echaba en profusión por todas partes. Un equipo de especialistas, a la manera de alquimistas a la búsqueda de la piedra filosofal, combinaba para la reina nuevos aromas. También ella era aficionada y poseía alambiques y retortas. Había llevado a Francia lo mas exquisito, en este arte, de su país y mas adelante, se hacía suministrar polvos, esencias, aceites y bálsamos. Era su vicio, como una exigencia irresistible del sentido del olfato. Es circunstancia fisiológica, insobornable, bastaría para aclarar lo que se ha

querido deducir mediante supuestos, sin base digna de consideración, sobre el carácter de la reina. Cumplió su papel esencial al cabo de un año parió un deli

María de Médicis no era una gran belleza, pero tampoco tenía defectos que la afeasen. "El óvalo de la cara era perfecto, la nariz fina y bien dibujada. La boca, al parecer, denunciaba su ascendencia austríaca -su madre era hija del Emperador Fernando, hermano de Carlos V-. En su juventud se la tuvo por bonita amable y sonriente. A su llegada a Francia se alabó su porte y "su majestuosa gravedad, verdaderamente real" (4). Sully, que no fué nunca amigo suyo, habla en sus memorias con gran admiración de su elegancia, gentileza y habilidad para atraerse a la gente, sobre todo cuando se dignaba emplear el poderoso hechizo de sus buenas palabras, "tanto mas poderosas y eficaces, cuanto menos comunes y ordinarias". Este último inciso pudiera parecer una malévola sutileza, contagio de una mala voluntad con respecto a María, que logró casi la unanimidad de la Corte. Un embajador veneciano que no tenía por qué compartir el prejuicio francés la llamaba "angelical". L'Estoile escribía: "El humor de la reina debe gustar al rey, pues es viva y alegre". Enrique IV siempre habló de ella con alabanzas de su encanto físico, incluso se ha escrito, que dijo una vez "de haber sido mi mujer, hubiera dado cuanto poseo para que fuese mi amante" (5).

Con el tiempo todo cambió y se presentó -y se presenta todavía- a María de Médicis totalmente desprovista de inteligencia, de modales rudos, sin afecto por su marido, agria de carácter, rencorosa, vengativa, con aires de burguesa italiana, ya algo fondona cuando llegó a Francia.... La verdad es

(4) Hay numerosos retratos, muchos mediocres, discrepantes a menudo. El más digno de crédito pudiera ser el de Pulzone que está en el palacio Pitti. Los de Rubens son tardíos y no autorizan la seria apreciación de sus rasgos. El pintor de Amberes tenía un concepto muy personal del retrato y los suyos son bellas fantasías, pretexto para orgías de color, pero estorbo para la caracterización y parecido de un personaje. A veces se ha llamado a estas obras mixtificaciones: pinturas ditirámicas, gratas a la vista, pero no verdaderos retratos.

(5) Histoire publique et secrète d'Henri IV. M. DUR, Paris Angers 1790

rece muy otra, aunque en la crítica pudiera haber algo de verdad. Porque si a era su natural, no debió contribuir a mejorarlo, el trato que recibió en su nuevo país. A menos de que careciera completamente de sensibilidad -cosa que está lejos de estar probada- el ambiente debió influir poderosamente en ella. No es posible quedar insensible al desencanto, a las heridas constantes a su dignidad, a la desconsideración que encontró, tanto en su hogar, como en su trono.

No podía tener dotes de gobernante. Había crecido sin madre y lejos de su padre el Gran-duque, que la abandonó siendo niña para seguir a su amante Blanca Capello. Educada por un aya, una severa Orsini, de pocas luces y que tenía por consigna mantenerla alejada de las gentes, casi como prisionera. Alejada de los negocios y de la política. La muchacha, en estas condiciones, siguió lo que le plugo aprender y aprendió lo que le entró por los sentidos. Heredó de su casta el amor de las artes, del teatro, de la música, del lujo, de las joyas y de las precladas, de los objetos singulares, de la magnificencia y de la generosidad. Y este fué todo su saber. En todo lo demás, tenía que ser el fruto de las circunstancias y sobre todo de las que, desde el primer día, le impuso su marido, el r-

Inmediatamente después de su lamentable encuentro en Ly -primera desconsideración inexcusable- Enrique IV, sin válidos pretextos, la abandonó y le dio la orden de marcharse a París "persuadido de que había dado a la reina satisfacción bastante y seguridad de su calor conyugal", dice Chéverny. Había pasado una semana con ella ¿qué más podía desear? Terminado el plazo que pensó deber acordar a su esposa, corrió a uña de caballo en busca de su maléfica amante. O sea que la princesa florentina supo, rápidamente, que se le había otorgado -a cambio de su dinero- una posición de segunda fila en el reino de Francia. Intuyó que habría de pasar el resto de sus días reducida, no a ser mujer como las demás, de un hombre como los otros, sino a desempeñar un

(6) Como siempre, años antes, a Catalina, la otra Medici, reina de Francia.

papel subalterno en la corte de un soberano extranjero, con un título que sonaba bien al oído en Florencia, pero que, una vez conocido carecía de contenido para ella.

Cuando María llegó a París, ya había aprendido lo que su matrimonio le podía dar. Ella era para el rey sólo un deber al que se sometía cuando no podía hacer otra cosa. Su misión consistía en parir pronto hijos -varones-, no en ser la compañera de una vida, como es el sueño de toda mujer.

En la capital no pudo ocupar los aposentos de la reina de Francia. El Louvre no admitía comparación, ni aún remota, con lo que había sido su residencia desde que nació. El Louvre era, por entonces, una construcción medieval, sin luz, sin comodidad, sin limpieza, desordenada, sombría. La entrada era baja y angosta, de difícil acceso a las carrozas. Estaba flanqueada por dos torres sin gracia y daba, todo el conjunto, una impresión deprimente, que un embajador traducía, diciendo: "que más parecía una cárcel, que la casa de un gran príncipe" (1). Se llegaba, por aquella puerta, a un patio de exiguas dimensiones, muros agrietados y leprosos, con rincones malolientes, paso obligado a las destartaladas habitaciones, amuebladas con trastos viejos, un tapiz marchito y las pinturas desteñidas por el paso del tiempo y por incuria.

La reina tuvo que subir a tientas por las escaleras, donde un autor, y atravesar las salas sin una luz, salas solitarias donde nadie esperaba ni la esperaba el más ruin servidor. Oficiales y damas no habían llegado aún y París no había tenido tiempo para preparar nada, a pesar de que ella había tardado dos meses en recorrer el camino que va de Lyon a la capital. El palacio estaba desnudo y vacío. "Le oí decir, cuenta Hurault, que en su vida se tan sorprendida y horrorizada, sin poder creer que se hallaba en el Louvre y pensaba que se le había llevado a aquel lugar para gastar una broma".

(1) Batiffol, Louis. "Le Louvre sous Henri IV et Louis XIII". - París 1930.

María de Médicis no pudo vivir ni un instante en tales condiciones y mientras se adecentaba aquello, se instalaron los tesoros que llevaba y los objetos que hizo llegar de Italia, se fué a vivir a casa de Gondi y luego a la de Zamet, personaje extraño del que hablamos en páginas anteriores, donde hubo de ocupar las mismas habitaciones que había dejado Gabriela d'Estrées. Entretanto, hizo adornar las suyas con entrepaños de rica ebanistería, pintados y dorados, con los tapices que pudo hallar.

Poco a poco, logró introducir en el caserón del Louvre un poco de luz, un ambiente menos repelente, el lujo y la riqueza que necesitaba, el mínimo de cosas bellas de las que no era capaz de prescindir. Lo que no consiguió nunca fué el amor del rey y, en este punto, siguió humillada, como princesa y como mujer. Falta el interés mínimo de Enrique IV y por ello se habló de una frigidez temperamental, con lo que acaso se ha querido aludir, aunque con fórmula vergonzante, que fué limpia de costumbres y que no hizo nada para competir con las muchas mujeres, que se disputaban los favores reales. También pudo ser, sin que desmereciera por ello la justa estimación de su capacidad de apreciar los valores viriles, que hubiera en poco aprecio los atractivos del que, al conjuro de la política, le dió su fortuna. A decir verdad, como hemos visto hasta ahora, tampoco las otras mujeres se rendían a sus encantos, sino que buscaban ventajas de otro tipo y las obtenían. Nada indica falta de sensibilidad en María, reproche que se le hace siempre. Fué abnegada amiga, casi hasta el sacrificio, de quienes se hicieron amar por ella. Su querellas con el rey, sus constantes rencillas, sus ruidosas tormentas, prueban su receptibilidad, aunque encubría al máximo, por respeto de sí misma, su tristeza y su cólera, con aires de soberbia, que no siempre escondían la magnitud de su indignación, ni de su desaliento.

Eso fué lo que hizo con María Médicis un hombre sin sentido moral

y desprovisto de escrúpulos como Enrique IV. Hombre vulgar hasta lo inconcebible, capaz de destrozar una vida sin volver la vista atrás y de lanzar por irpensables rumbos a una esposa, que llegaba dispuesta a ser compañera de los buenos y de los malos ratos. María quedó abandonada en un rincón, sin ternura, amistad, respeto ni consideración. Un escritor nos cuenta que, cierto día, fué visitar a un coleccionista de objetos orientales que tenía su tienda en el muelle de los Agustinos. "Esto es un vaso precioso que posee la virtud de no poder contener ningún tósigo, pues cuando se pone uno en él se rompe. Con la posesión de vaso tal se puede estar seguro de no ser empozoñado"... La reina examinó detenidamente el maravilloso objeto y murmuró: "Mejor fuera una copa que, al beber en ella, hiciera pasar la melancolía. Si tuviérais alguna con tan maravilloso poder os la pagaría su peso en oro y os prometería hacer uso de ella a todas horas". La anécdota, valga lo que valiere, si no es verdadera lo pudo ser.

Es curiosa la animadversión de tantos historiadores frente a las dos Médicis. Ambas ingresan soberanamente en el saco de la "leyenda negra". Saco que se llama España, lo Habsburgo, el Papado, los jesuitas, etc. etc. Hace unos años Orestes Ferrara escribió un libro defendiendo a los Borja, familia también vilipendiada a placer por demasiados historiadores (9.) Tal vez un día alguien tenga la idea misericordiosa de rehabilitar la memoria de las dos Médicis que fueron, para su suerte o desgracia reinas de Francia. (10)

(8) "María de Médicis tenía los ojos saltones, cara rellena y redonda como las mujeres de su raza, con aspecto regordete burgués mas que una reina. Estaba orgullosa de sus hermosos brazos, su escote que dejaba admirar". Una belleza clara, escribió

(9) Herbillon, Colonel E. "Les deux Médicis". ed. J. Tallandier. Paris 1932.

(10) Ferrara, Orestes. "El Papa Borgia". - La Nave, Madrid 1934.

El duque de Saboya, mal preparado para hacer la guerra sin el auxilio de España, se vió obligado a negociar la paz con Enrique IV, con el que se realizó en fiestas y francachelas. Sin esperar a firmar la paz, el rey corrió en busca de la Verneuil, que hacía sus delicias y sus tormentos. Marchó después a Fontainebleau al encuentro de la reina para salir de allí juntos y hacer la entrada solemne en la capital. En aquella ocasión María de Médicis tuvo que permitir que fuera en su litera César de Vendôme, el hijo de Gabriela.

Los aposentos del Louvre no estaban terminados, por lo que la reina volvió a casa de Zamet y ocupó las habitaciones de la "Maitresse du Roi". El traslado a palacio se hizo más adelante sin ceremonial alguno. El rey hizo que recibiera, entre las primeras damas, a la marquesa de Verneuil. Diana de Francia, duquesa de Angulema, debía de proceder por su rango a la presentación pero se negó a ello por juzgarlo indecoroso. Lo hizo en su lugar la duquesa de Nemours por orden del rey. La reina soportó impávida la humillación y permaneció muda. Enrique IV le dijo con toda desvergüenza: "Fué mi amante, ahora desea ser vuestra especial servidora". Pirueta rufanesca que hizo sonreír a toda la corte. La frase, en pretérito hacía más chocante el hecho, de todos conocido, que la marquesa estaba encinta otra vez. Para más "inri" también María de Médicis esperaba un hijo. Además, la mujer y la amante estaban del mismo tipo embarazadas. La Verneuil, por esta razón juzgó que no debía inclinarse ante la supuesta majestad de una rival, momentáneamente vencedora. O quiso dar a entender, que tenía a la soberana, como a una mujer cualquiera a la que no debía rendir pleitesía. En lugar de la reverencia cortesana, pretendió salir del paso con una leve inclinación. Enrique IV, excepcionalmente, juzgó que su amante iba demasiado lejos. Le tomó bruscamente la mano y obligó a inclinarse casi

hasta el suelo, como era de rigor, y de esta guisa, tuvo que llevar a sus labios el borde del vestido de la reina. Por un momento el rey hizo observar el rito de la corte, pero no fué mas allá. El incidente, que pudo parecer un rompimiento, no dejó huella alguna. La despreocupación de la favorita corría parejas con la del rey. Un momento mas tarde aparecían los dos juntos, alegres y satisfechos. La Verneuil se movía en palacio, como si fuera su casa. Enrique IV la hizo sentar en su mesa con la reina y las princesas reales. No pasó mucho tiempo sin que María de Médicis tuviera que solicitar, por intermediarios, la intervención de la favorita para conseguir que se le permitiera conservar a su lado a los servidores que había traído de Florencia, favor que se le estaba negando. Como para el rey no existían linderos entre lo permitido y lo intolerable, alojó a su amante en el Louvre, junto a las habitaciones de su mujer. Los autores, con rara unanimidad, acusan a la reina de provocar querellas y se atribuyen sus rencores a un carácter irascible. A decir verdad su posición en palacio no era muy cómoda.

El heredero de la corona nació, con diferencia de un mes con Enrique de Borbón, el hijo de la Verneuil que, aunque era de paternidad dudosa, Enrique IV le legitimó por decreto. Esta promiscuidad, proclamada a todos los vientos, adquiría especial virulencia por la arrogancia de aquella mujer que, a todas horas, insultaba a la reina. La corte entera repetía sus burlas, se comunicaba las caricaturas que hacía la amante del lenguaje de la reina, de su acento italiano, de sus modales y modismos. Llamaba a María de Médicis despectivamente "la florentina" o "la gorda banquera" o "la otra". La reina aparece en la historia, como una mujer agriada y sin tacto, ni gracia para haber conquistado al rey, tolerándole sus diversiones y además que permitiese a su amante estas mofas calificándolas de "bromas y niñerías", que ella hacía para divertirse. La florentina, la otra, la gorda, se sentía humillada y herida. Mientras le fué posible venció sus repugnancias y fingió ignorar la

afrentas, pero de vez en cuando flaqueaba, se despojaba de su máscara, que ocultaba sus sentimientos y, por encima de las convenciones, lo que había era una pobre mujer herida. Entonces se abandonaba a sus penas, se negaba a ver a la gente y se encerraba en sus aposentos, para llorar a sus anchas y decía que quería morir. Los conflictos domésticos tan frecuentes y, cada vez mas violentos, eran duramente criticados por los amigos del rey. Los conflictos se producían por hechos como el que sus hijos, los de su matrimonio y "los otros" los de sus amantes se criasen juntos. María de Médicis no podía tolerar tanta vergüenza y dijo, que su orgullo de princesa, le impedía someterse a un tal oprobio. Enrique IV quiso imponer su voluntad. Ordenó. Amenazó. Habló de separación y dijo que la expediría a Italia. La reina no contestó.

Fue el rey quien hizo inevitable el odio. María había de ver en la otra mujer la causa de todos sus males, que no se limitaban a la intimidad de su hogar. La corte se dividió en dos bandos. El prejuicio contra la extranjera había hecho que muchos personajes notables estuvieran de parte de la real concubina, que, a falta de otras virtudes, tenía de ser producto nacional. Hasta tal punto llegó la cosa, que la reina temió por su posición y a dudar de la legitimidad de sus derechos. Consultó a varios canonistas romanos, que respondieron con extranas vacilaciones. Decían, como para su consuelo, que en el caso de que su matrimonio no pudiera ser tenido por válido, su hijo, el Delfín, contaba con probabilidades de ser reconocido como heredero. El decano de la Facultad de Teología, Edmond Richer, mas cuerdo, dictaminó que para poner en duda la validez de su enlace y la legitimidad de su descendencia, sería necesario negar previamente la autoridad del Pontífice, que había otorgado a Enrique IV licencia para contraer matrimonio.

La facción de Enriqueta de Entragues tomaba como bandera la promesa

real. Se trataba, decían, de un compromiso solemne, con una condición restrictiva que se había realizado. La marquesa de Verneuil era, por consiguiente, la verdadera esposa del rey, la reina de Francia. Su hijo era, por tanto, verdadero heredero del trono. El hijo de la "gorda banquera florentina" no tenía mas rango que cualquier otro de los bastardos del rey. Así lo decía Enriqueta sin remilgo alguno al propio Enrique IV: "Vuestra florentina, escribía, no es más que vuestra concubina. Yo soy vuestra verdadera esposa". Y hablaba de sus indiscutibles derechos como si fuera una soberana, arbitrariamente despojada de un reino heredado de sus abuelos. En ^{el} estado de espíritu se lanzó de lleno en el complot que fraguaban tras ambiciones y germinaban desde el viaje que hizo a París el duque Carlos Manuel de Saboya.

El complot del Mariscal de Biron. -

Se asegura que a instigación del duque de Saboya, Biron, que quería tomarse una revancha por haber perdido una guerra, casi sin combates y de España de la que no se indican los móviles, había firmado un pacto de ayuda mutua con el conde de Auvergne y el duque de Bouillon. En la conjuración entraron el padre de la marquesa, Señor de Entragues, y otros grandes señores. Se proponían sublevar unas cuantas provincias y a la muerte del rey -que se suponía próxima- poner en el trono a la hija de la Verneuil.

Descubierto el intento, uno de los conjurados llamado La Fin denunció a todos, con tal de salvar su vida y entregó los documentos que tenía en su poder pero dejó creer a Biron que no había confesado. (†) El mariscal fué convocado a Fontainebleau y aunque se resistió cuanto pudo, se vió forzado a comparecer. Enrique IV prometió indulgencia a su viejo compañero de armas, si declaraba su crimen. Confiado por las seguridades dadas por La Fin, negó. Detenido en la antecámara real fué llevado a la Bastilla.

La Fin era un Hidalgo borgoñón de la familia Beauvais-la-Nocle, sin fé y sin honor, dice el presidente Thou. Enrique IV, que le conocía bien, dijo varias veces al mariscal de Biron: "No dejéis que se os acerque ese hombre. Es como la peste y os pedderá" (12)

El proceso que se llevó a cabo descubrió otros nombres importantes entre los conjurados tanto del lado católico como del protestante. Se habló del conde de Montmorency, de los duques de Montpensier, de Epernon, de la Trémoil de Ventadour y de otros muchos. Se dijo que se llevaría al trono al hijo de la marquesa o al príncipe de Condé. Se añadió, que el tratado que Biron tenía con el duque Carlos Manuel de Saboya estipulaba, que se daría al mariscal por mujer a una princesa española o a una saboyana y un millón ochocientos mil escudos para seguir la guerra. Se le había de ceder, además, la Borgoña, el Franc Condado y el país de Bresse, con la sola obligación de prestar homenaje al rey de España. Según este pretendido plan, Francia sería una monarquía electiva, lo que podría abrir nuevas perspectivas al mariscal, ya que los príncipes de sangre real deberían de ser proscritos o ejecutados. La Provenza, el Delfinado y el Lionésado pasarían al duque de Saboya... Se hace gracia al lector de observar las contradicciones del plan urdido por los conjurados y él mismo (13)

El canciller Bellièvre alardeaba de lealtad mostrándose partidario de cortar cabezas, pero al fin y al cabo no resultó mas condena que la de Biron, que

(12) "Historire publique et secrète de Henri IV". Documentos B. N. P. Mss. fr. 5772 23169. - Mss. Fontaineu 448-449, p. 194.

(13) Cuando se habla del Mariscal Biron en estas páginas no se olvida que fueron dos. El padre combatió con Enrique IV desde las primeras luchas y la Rochelle, Arques, Ivry etc. Luego también su hijo fue Mariscal de Francia y es este el que pactó con el Duque de Saboya.

(14). - Documentos. B. N. P. Mss. fr. 23369. y sig. lo referente al "Complot Biron".

(15) - Un buen recito de la conspiración viene en las "Economías reales" de Sully, T. p. 397. Todavía hoy cuando se visita Fontainebleau enseñan el salón donde estaba reina Maria de Médicis y allí se detuvo a Biron.

debería ser decapitado en la plaza de Grève. Al pronunciar la sentencia, algunos de los jueces se retiraron del tribunal, con lágrimas en los ojos, "por la suerte miserable de tan brillante espada". Pensaban, sobre todo, en lo que sería de Francia si, a la muerte del rey, caía en manos de los españoles, lo que se consideraba como la máxima desventura.

Durante el proceso, la marquesa de Verneuil estuvo bajo vigilancia. Su padre fue detenido y apresado en la Conciergerie. No se comunicaron al tribunal todos los documentos y se procuró que la culpabilidad de Henriette no fuese probada. Se le mostraron algunas cartas entregadas por La Fín y primero vaciló, pero luego, ya dueña de sí misma, negó que hubieran salido de sus manos. No se la tenía por inocente, pero todos tenían interés en salvarla a toda costa. El tribunal y el mismo rey consentía en dejarse engañar. También perdonó al conde de Auvergne y a los otros, que fueron puestos en libertad. El mariscal de Biron, que había prestado a Enrique IV tan señalados servicios, fue ejecutado. No se le otorgó mas favor que el de ahorrarse la inútil ignominia de una muerte pública. (16)

L'Estolle da una relación muy detallada del desenlace de la tragedia en que Biron no mostró, ni la entereza, ni la dignidad, que se podría esperar de un hombre de guerra, jefe de tan ambiciosa conjuración. La dureza de Enrique IV con él y su mansedumbre frente a los demás, fue objeto de muchos comentarios y sigue siéndolo por los historiadores actuales. Por París circuló la sexteta siguiente: (17)

"Grand Dieu, quelle iniquité...
Deux prisonniers ont mérité
la peine du même supplice
L'un qui a toujours combattu
meurt redouté par sa vertu
l'autre vit par l'amour du vice".

Dios mío, qué iniquidad
dos presos han merecido
la misma pena y suplicio.
El uno combatió siempre
y muere por su virtud
el otro vive por amor del vicio".

La sexteta viene a expresar, una vez más, el carácter atrabiliario de Enrique IV, que ya era conocido por sus súbditos. Aquí no valen las apologías sobre su bondad que algunos autores han pretendido glosar. La insensibilidad, el egoísmo y "la nati-

(16) B. N. P. Mss. 23369.

(17) Citado por L'ESTOLLE, Ed. Michaud t. II, pag. 339.

oublieuse et volage du Vert Galant n'est pas sans fournir d'autres preuves" (18)

único

El único conde de Auvergne, claramente indicado en la copla, pidió al rey que no se diese excesiva publicidad al tema, ni se publicase sobre todo la gracia que se le otorgó, para que le fuera posible continuar sus clandestinos tratos con España. Se trataba pues de un doble juego digno de su contextura moral. El bearnés aceptó el cambalache, pero el de Auvergne no tenía crédito ni en España ni en ninguna parte.

La favorita salió también indemne del proceso. El "Vert Galant" no podía prescindir de aquella mujer. Estaba enamorado, le divertía y estaba totalmente sometido a ella, sabe Dios por qué lazos. Lo cierto es que no recibía por parte de ella sino rechazos y desdenes que no se molestaba en disfrazar. Le humillaba con palabras y acciones. (19) Tuvo ocasión de mostrar sus verdaderos sentimientos con motivo de una enfermedad del rey. Este temió por su vida y quiso probar con Dios, la eficacia de tantas promesas incumplidas, que barajó con los hombres. Prometió, sin pensar en cumplir, poner su vida en orden, si salía de aquel momento. Pidió a la reina perdón por su conducta pasada y que rogase por él. Él prometió, en cambio, que en lo sucesivo sería obedecida y respetada por toda la corte. La marquesa, por su lado, aseguró a la reina que "con la gracia de Dios cesaría de causarle enojos. Temía lo que iba a ser de ella si faltaba su real (20) amante y para quedar mejor, por si él moría, se retiró de la corte. Estaba dispuesto a romper, porque la persona del rey le importaba bien poco y podía con su retirada conservar las ventajas logradas y no cerraba el paso a las futuras por ser madre de varios hijos putativos de su majestad y poseer un escrito susceptible de perturbarle.

(18) "Por una debilidad imperdonable el rey le permitió que se retirase a Verneuil y la declaró inocente por cartas publicadas un 16 de septiembre. Por una debilidad aún mayor, le devolvió su corazón y vivió con ella en la misma familiaridad que anteriormente.

(19) B. N. P. Mss. p. 4156, fols 217-219.

(20) Acta para legitimar a sus hijos, Orig. parchemin. Archives nat. J. 1043, nº33.

har el reino y dar mas inquietudes a la familia real. Para hacer ostensible su ruptura con el pasado, exhibió más de lo necesario su contubernio con el conde de Soissons, hijo de Luis de Condé.

El rey se restableció de su dolencia y, como era propio de él, olvidó sus promesas y volvió a las andadas. Apenas se sintió con fuerzas para tenerse en pie, corrió a dar aldabonazos a la puerta de su amiga, que se negó a recibirle. Convencido de que merecería amor, sólo por sí mismo, atribuyó el despego de la marquesa a influencias extrañas, a maquinaciones de la reina, a intrigas de sus enemigos, a confabulaciones de potencias extranjeras, a todo lo que no fuera la realidad: el poco aprecio que Henriette tenía por su persona. Esta disfrazaba su repulsión -cuando estimó que valía la pena inventar pretextos- con su deseo de no irritar a la reina, alegando escrúpulos de conciencia, despertada súbitamente de una prolongada modorra.... Mostró una insospechada preocupación por evitar disensiones en la corte y en el hogar de Sus Majestades y hasta llegó a afirmar, que ella no quería ser motivo de escándalo.. Entretanto gozaba, con mayor fruición al cabo, de los bienes materiales adquiridos en el largo eclipse de su virtud.

La codicia no le pareció pecado, que pudiera entorpecer su camino hacia la perfección. No había llegado, en esto, al punto de saturación. Por eso el lazo que no rompió fué el de recibir mercedes del que las podía otorgar, que siempre le parecieron cortas, a pesar de haber recibido tierras, títulos, homenajes y hasta significación política. Pero como su verdadera pasión era el número y éste siempre es susceptible de recibir aumento en la unidad, quería dinero, más dinero y a toda costa. Lo quería para sí y para los suyos. Antes del proceso, en que vieron comprometidos casi todos los de su familia, había solicitado para su buen padre el bastón de mariscal de Francia, que tuvo Gondí y como no lo consiguiera entonces, cuando Biron fué decapitado, no vió mal presagio en pedir la investidura v.

cante. El rey, probablemente, no captó la impudicia de tal pretensión y prometió la merced, condicionada a la restitución del famoso documento de compromiso de boda que le otorgó años antes. Como los Entragues no estaban dispuestos a desprenderse de aquel papel, tuvieron que renunciar al mariscalato.

La marquesa vendía sus favores interviniendo en pro de quienes pretendían en la corte. No era extraño, que presentase instancias, para que se impusieran cargas al pueblo, en provecho suyo. Un día pidió, que se decretase una tasa de quince sueldos, por vara de tela que entrase o saliese del reino, en lo que estaba interesado el Conde de Soissons, su amante. El resultado era la suma de ocho a diez mil escudos. Enrique IV, engañado por la aparente modestia del obsequio, lo acordó, pero sometido a la condición de que la imposición no excediese de 50 millones de libras. Sully, tras de hacer cálculos, pudo demostrar que lo solicitado representaba unos 300 mil escudos y que sería causa de ruina para unas cuantas provincias del reino.

Si Enrique IV ignoró alguna vez el verdadero valor de su amante y lo que significaban sus peticiones, no le faltaron ocasiones. Pero estaba enamorado, a su manera y mas por flaqueza, que por bondad, perdonaba siempre o pasaba por todo que no es lo mismo. Cuando murió su hermana, la duquesa de Bar, dió a elegir a Henriette una de las dos casas que le dejó en herencia y destinó la segunda a su mujer. Daba a la amante el primer puesto, olvidando sus villanías. Cuando ella se retiró a su feudo, para romper del todo con él, el rey se quedó muy triste. "¡Es tan agradable cuando quiere...-suspiraba- Nunca falta un chiste que me hace reír.. No es lo mismo que mi mujer, que no se presta a mis gustos ni acomoda a mi carácter, antes al contrario.. Si me acerco a ella para acariciarla, toma unos aires tan fríos que me obliga a buscar aventuras en otro lugar"... Los autores franceses se apiadan de Enrique IV al comentar estas palabras y le co

sideran víctima de la incomprensión de su mujer. Bien mirado, poca culpa tuvo ella del enamoramiento que empozó su hogar desde el primer día y duró hasta que él cayó en una pasión mas fuerte. Los lamentos reales que tanto excitaban a algún autor, hubieran tenido mas fundamento en los desaires, injurias y malos tratos de una mujer, que consideraba al rey de un gran pueblo, como al mas ruin de los lacayos y que para liberarse de la inoportunidad de aquel amor, declaró que descaba terminar sus días en un convento. Luego pretendió que iba a trasladarse a Inglaterra para vivir en paz (17)

El complot de los Entragues. -

Es una peripecia oscura, con muchas contradicciones y absurdas circunstancias históricas. Tanto, que los autores se transmiten de uno a otro el tema, sin hacer gran derroche de crítica. Se ha dicho que cuando Henriette de Balz anunció que se retiraba al extranjero, su verdadera intención era ocultar su pensamiento, que era el complot de los Entragues. Fué descubierto, con sospechosa oportunidad, por las indiscreciones de un secretario de Villeroi, culpable de haber dado copias de los despachos de este ministro al Embajador de España. El funcionario infiel desapareció en buena hora. En su huida, para evitar un justo castigo, cayó a un río y se ahogó. Imposible, pues, recoger su testimonio. Ni siquiera el cadáver pudo ser hallado...

Afirman otros autores, que la acusación contra los Entragues se basaba en la denuncia formulada ^{por} al rey de Inglaterra de que el conde Auvergne había comunicado a España la promesa de Enrique IV a su hermanastra y que Felipe III quiso aprovechar la circunstancia para provocar en el país vecino una guerra de sucesión. Don Juan Bautista de Taxis y don Baltasar de Zúñiga sostenían a los conjurados -moralmente y con dinero- y el rey católico había ido a la marquesa de Verneuil a instalarse en sus Estados, con sus hijos y la

promesa de una pensión de 500 mil escudos, una plaza fuerte que le sirviese de asilo y salvaguardia... Don Felipe, añaden estos cronistas, había concebido el extraño propósito de casar al pequeño duque de Verneuil, primogénito de la marquesa, con una infanta y su deseo de reconocerlo como heredero del trono francés. En la eventualidad de que estas intrigas diesen lugar a un conflicto armado, se había previsto que el conde de Fuentes asumiese el mando de las tropas españolas. En la conjura estaban implicados los condes de Bouillon, de la Tremoille y otros menos importantes. Un contemporáneo concretaba el plan de este modo: "Se convino que cuando el rey fuese, en silla de posta, a ver a la marquesa acompañado sólo de cinco o seis personas, se le cortaría el cuello. En cuanto al Delfín se haría lo mismo o se le alejaría de Francia".

Todas estas incongruencias no dan sólida base a un proceso que el propio Enrique IV explicaba de distinta manera, sin mejorarlo. En una carta a su embajador en Londres, M. de Beaumont - ¿por qué dar cuenta al rey inglés si la denuncia del complot venía, precisamente de Inglaterra? - decía el bearnés: "se ha descubierto una conjura originada por las intrigas de Nicolas de Lhos-te con España." Estaba detenido un espía llamado Thomas Morgan. Los conjurados no eran como se dijo un gran número sino tan sólo dos miembros de la familia Entragues. "Con el conde de Auvergne y el señor de Entragues, Morgan dirigía el cotarro que estoy investigando por completo. Ya han confesado ambos que J. B. Taxis e incluso el embajador de España, le habían dado palabra de parte del rey Felipe III que les protegería después de mi muerte, sobre lo que parece se basaba todo el complot, con el propósito de favorecer a la marquesa de Verneuil y a los hijos que tengo de ella... con motivo de cierta promesa que hice y sobre la que se levantó tanto alboroto". Cinco días más tarde Enrique escribía de nuevo: "Los españoles han redoblado subrepticamente sus intrigas

en mi reino hasta con las personas que me son mas queridas e intrínsecas (sic, "intrinsèques") para seducirlas y animarlas contra mí y mi descendencia, por medios muy sucios que Dios me ha hecho la merced que descubriera a tiempo y por propia confesión de los mismos á quienes se han dirigido, que son la marquesa de Verneuil, el conde de Auvergne y el señor de Entragues. Como se vé el origen de la información ha cambiado totalmente pues contaba con la confesión de los conjurados. (28)

La acusación se concretaba en los españoles inductores al crimen, p Enrique IV, una vez más, mentía. Hablaba de una promesa "que dicen que hecho", como de una invención calumniosa. El gran complot se reducía, según sus propias palabras, a tres nombres, todos ellos en estrecha relación con él. Declaraba que los culpables habían confesado lo que, según las actas del proceso, no hicieron jamás. El conde de Auvergne, uno de los principales acusados el que merecía menos crédito, pues se prestaba á cualquier testimonio del menor postor, no vaciló en lanzarse a todo género de aventuras y declaró que había visto dos veces al embajador de España, en casa de una mujer cuyo nombre ignoraba y que le acompañaba el señor de Entragues. Siempre según Auvergne, expusieron a don Juan Bautista de Taxis el peligro que amenazaba a la marquesa, perseguida por el odio de la reina y le preguntaron si en caso de muerte del rey, muy enfermo a la sazón, se le permitiría trasladarse a España. A preguntas de los jueces, Entragues respondió que había pedido asilo en favor de su hija "para evitar que viviera como lo hacía" y que Inglaterra y Flandes se lo habían denegado. La marquesa, por su parte, negó haber tenido arte, ni parte, en tales conversaciones. No hubo confesión alguna y Enrique IV, al afirmarlo, mentía sin duda alguna.

En todo caso, del proceso no resultó mas que escándalo y por añad (28) B. N. P. Fonds Dupuy, nº 32, fo 45.

dura la prueba documental resultó innecesaria, pues es sabido que la marquesa, como las demás amantes de Enrique IV, sólo fueron constantes en no ser fieles. Los hombres como Auvergne, Entragues y Morgan, comparsa con papel mal del nido, fueron condenados a ser decapitados y la marquesa a la extradición. Se le declaraba culpables de delitos no probados, traición y lesa majestad. Por lo que al conde se refería, según los magistrados, incurría en ellos por tercera vez y era por tanto indigno de misericordia. Los crímenes era de la mayor gravedad irremisibles y causa de la pena mas rigurosa. El rey sin embargo decretó que no se ejecutase la sentencia. ¿Mansedumbre? ¿Ceguera? ¿Falsedad del proceso? No hay elementos suficientes para responder y los autores no se muestran aco- des en su juicio. Parece probado que los esbirros buscaban, aún luego de la se- tencia, mas pruebas y que la actuación de la justicia fué suspendida, en espera de una mas amplia información, especialmente con respecto a la marquesa. Pare- ce pues evidente, que no se tenía suficiente conocimiento del asunto y que el re- no decía la verdad, en sus cartas al embajador francés en Inglaterra. Se habló que en el castillo de Marcoussis, en un escondrijo hábilmente dispuesto, se en- contró la clave de Felipe III con cartas y papeles firmados por él, de los que no se dieron a la luz pública pero que, de haber sido pruebas de culpabilidad, habrían puesto fin al periodo de información suplementaria que hubo que decretar en el curso de las audiencias. Se sabe, en cambio, que se encontró en aquella pesquisa una abundante correspondencia amorosa de la marquesa y un retrato del ajusticiado mariscal de Biron. (23)

Sólo una cosa parece cierta: el rey no se consolaba de la pérdida de la Verneuil. Varias veces intentó la reconciliación -huelga decir que con la ayuda de numerosas mujeres- pero no tuvo éxito. La marquesa se escapaba irremed- blemente y el rey cada día se sentía ligado a ella con lazos mas firmes y con

(23) Vide Documentos. -B. N. P. Mss. p. 4156, f^{os} 217-219.

decía mas arriba, inexplicables. Luego de la sentencia de destierro continuaba escribiéndola cartas apasionadas, humildes, suplicantes, desconcertantes en un rey. El desconcierto del lector aumenta, cuando se piensa, que las dirigía a un delincuente, confabulada con un gobierno extranjero para despojarle de su vida y de la corona para su sucesor... "Sólo pienso -dice en una de ellas- en con placeros y afianzar nuestro amor". Y en otra: "Aquí hace buen tiempo pero lej de vos me aburro tanto que no puedo soportar mas. Hallad el modo de que os vea privadamente"... "Fuera de vuestra presencia no hay alegría, como no hay salvación fuera de la Iglesia"... "Tendré el regocijo de veros mañana sin falta. Lo deseo mas que vos, porque os amo mas que vos me amais". En todas sus misivas hay frases que el mínimo decoro aconseja no escribir. De su contenido se desprende que era la mujer condenada por delito de lesa majestad y traición la que no quería saber nada de él, del rey que mendigaba sus favores. Los lamentos por los desaires recibidos ante un amor que parecía para la marquesa la única garantía de seguridad -el proceso permanecía abierto- prueban que la Verneuil no temía nada. Y no puede alegarse en su favor que fuera tan inconsciente, ya que siempre había demostrado obrar interesadamente y llevar ágilmente las riendas de su "liaison". Por hechos que habían llevado al cadalso nada menos que al mariscal Biron, uno de los máximos colaboradores en la contención de la corona para el rey, ¿carecían de valor para ella, que había proyectado atentar contra su vida y la de sus hijos? No hay que olvidar que todavía había gentes que sostenían que el matrimonio del rey con "Reine Margot" continuaba válido, que el Delfín era por tanto un bastardo y que la descendencia de la Verneuil era la única con fundado derecho para heredar el trono de Francia. En esta idea abundaban algunas cortes europeas como España, Saboya y según algunos autores, Inglaterra.

¿Qué significa en verdad todo este embrollo? Se asegura con ligereza:

que sorprende al mas incauto lector, que Felipe III quiso tomar a su cargo la educación de los hijos de la Verneuil, como convenía a los que habían de suceder a Enrique IV en la herencia de San Luis, luego de derrocada su dinastía. Cuenta por otro lado, que el rey católico favorecía los proyectos matrimoniales concebidos por María de Médicis, que deseaba casar al Delfín con una infanta española⁽²⁴⁾. Nadie parece haberse preguntado, cómo pudo sostener Felipe III a los partidarios de las pretensiones de la Verneuil y dar, al mismo tiempo, su aprobación a la idea de unir a su hija con el heredero legítimo de Francia. La reina feroz enemiga de la marquesa era, como lo fué mas tarde durante su regencia promotora y partidaria decidida de una política de buenas relaciones con España. ¿Resulta verosímil que los consejeros del rey católico ignorasen tal circunstancia, que no fué por lo demás un secreto y deseasen herir en su punto mas sensible a la florentina, reina de Francia, que era el apoyo mas firme de la política de acercamiento y pacificación por todos deseada? Esta política cuadraba perfectamente con el natural del soberano español y con las ideas de su valido el duque de Lerma. ¿No se manifiesta, en todo este embrollo, la aversión que siempre tuvo el bearnés hacia España y los Austria? La pasión amorosa mezclada en las lides políticas, constantemente, por este rey de Francia pudo jugarle y de hecho así ocurrió, muy malas pasadas. (25) y (26).

Cabe deducir, razonablemente, que Enrique IV buscó por medios absurdos forzar la reconciliación con su amante, tan comprometida en el compromiso como su familia y ponerla en cierto modo bajo su dependencia. Además como ya hemos visto repetidamente que, si no muy inteligente, el bearnés era astuto

(24) Vide Documentos B. N. P. papiers d'Espagne B 81- varios 322 y sig.

(25) "Les mariages espagnols sous le règne d'Henri IV et la Régence de Marie de Médicis" por F. T. Perrens. Paris s. a.

(26) Vide Documentos B. imp. Fonds Dupuy t. 500, pièce 176.

quería recuperar el documento, que los Entragues tenían todavía en su poder. Mil veces lo había pedido, lo había exigido con toda clase de coacciones, había sido objeto de órdenes conminatorias, siempre desobedecidas. Los regateos no llegaron en fin de cuenta a ningún resultado positivo.

En lo que se refiere al primer objetivo -volver a sus relaciones amorosa si pensó en ello se equivocó. La marquesa, ni confesó sus culpas, ni pidió perdón. Durante algún tiempo consistió en recibir sus visitas, pero sin intimidad ni fingimiento de amor, consideración y aún respeto. Un día declaró abiertamente a su Majestad -que podía legalmente enviarla a la horca- que la mayor merced que podía otorgarle sería no volver mas por su casa... No se abstuvo de hacerle objeto de sus sarcasmos, ni se mostró apocada ante lo precario de su situación.

En lo tocante a su promesa de matrimonio logró mas éxito pues, amenazado por una pena de muerte, que se cernía sobre su cabeza, Entragues cedió. Consintió en desprenderse de un documento escrito que, a todas luces, resultaba mas peligroso para él, que para la otra parte y sin ventajas fáciles de alcanzar. Entragues resignó a comprar a este precio el derecho a vivir. No se sabe por iniciativa de quien, se levantó un acta de la entrega, a la que procedía "libremente", bien por que supiera que su recuperación era la causa del real del proceso o para que su negativa de entregarlo o su desaparición no fueran a convertirse en nuevos cargos contra él. La fecha de entrega, histórica, fué el 6 de julio de 1604. (27)

El acta decía: "El 2 de julio de 1604, hallándose Su Majestad en casa del señor Zamet, se ha presentado François de Balzac señor de Entragues, caballero de las órdenes y capitán de cien hombres de armas de sus ordenanzas, que le dice y manifiesta, que habiéndole suplicado anteriormente que le diese un escrito cualquiera que excusase la censura de los que pudieran calumniarle por lo que ocurría entre Su Majestad y la señora marquesa de Verneuil, su hija, lo recibió

(27) Firmado NEUFVILLE, POTIER. B. N. P. Mss. Fr. 4120, fo^o 151-155, v.2.

y conservó cuidadosamente hasta ahora en que ha juzgado que tenía el deber de devolverlo por causa de algunos falsos rumores que se han hecho circular a este respecto, como si quisiera hacer mal uso de él, aunque nunca lo ha pensado, por saber muy bien que este escrito no le podía servir mas que a él, para su satisfacción y al efecto expresado. Suplica muy humildemente a Su Majestad que lo reciba en presencia de los príncipes y señores que veía a su lado, para que sean testigos de su sinceridad y de la declaración que hace de no tener otro escrito de Su Majestad; que no ha retenido en su poder nada, ni dado a nadie remen, ni copia; y que si se le ha informado malamente a este respecto se digne no acordar (a esta información) ningún crédito. A lo que el rey respondió que recordaba bien que el señor de Entragues no le había pedido el escrito mas que por aquella consideración; que no pensó ni estimó que en lo sucesivo hubiera razón alguna para preocuparse; puesto que se hacían correr tales rumores, como el escrito fuese de otro tenor y sustancia que el que tiene, en perjuicio del honor y fidelidad ^{que} del señor de Entragues debe a Su Majestad, ha tenido a bien aceptar lo que él considera debe devolverle y consiente en que inserte literalmente en esta acta, para quitar pretextos en el porvenir a quien tuviera la mala intención de modificarlo o cambiar cualquier cosa en su verdadera ~~verdad~~ ^y sustancia.

Venía a continuación una copia del documento que se dió en otras páginas y se añadía: "El que suscribe, señor de Entragues, reconocemos y certificamos que el escrito que precede es el verdadero y único hecho por el rey a nuestra solicitud e instancia en el tiempo y lugar mencionados y puesto después en mis manos, el cual devolvemos por la presente a Su Majestad, en presencia de los señores Condes de Soissons, duque de Montpensier, señor Canciller, señor de Sillery, de la Guesle, Procurador General y Jeannin, consejero de Estado".

Es fácil observar en la declaración del rey una actitud desdefiosa, que

no está de acuerdo con la solemnidad que se quiso dar a la entrega. El mas le
do puede adivinar que el desdén pretendía probar demasiado y se pronuncia en
contra de la inocuidad que, mal psicólogo, quiso atribuir al papel con sus pal
bras. El embajador Giovannini cuenta que se halló encerrado en un cofrecillo
de cristal, como una reliquia y que había tambien allí unas treinta cartas -des
parecidas posteriormente- que Enrique IV escribió con sagge, en las que reit
raba su promesa y declaraba, falsamente, por supuesto, que el Papa se había co
prometido a anular el matrimonio anterior para hacer posible su compromiso (

El hecho de que Enrique IV mereciera el título que le ot
gó la marquesa en el momento de su plenipotencia -"le capitain Bonvouloir"- ne
impidió que otras mujeres fueran a complicar mas tarde su vida, aumentando
las intrigas de la Corte y en definitiva la intranquilidad de su reinado. Hubo n
vos escándalos y nuevas flaquezas, enfermizas obsesiones de una prematura se
nilidad. Se hicieron famosos otros como Madame Moret (tuvo un hijo en 1607 e
fué legitimado como Antonio de Borbon, conde de Moret) que compartió sus fav
res con el principe de Joinville. Otro nombre fué Charlotte des Essarts (que f
comprada con dinero contante y sonante y tuvo una hija legitimada como Juana
Bautista de Borbón), otra Charlotte de Traubledon, dama de honor de la reina.. (
este motivo hubo tal pelea conyugal que el rey amenazó a María con devolverla a
Italia. La corte se convirtió en un harén y se llegó a echar de otros los días
dichosos en que campeaba la institución "Maitresse du Roi". Un embajador venec
no pintaba así la situación: "In verità veddesti mai bordello piu simile a questo
questa Corte?" El descendiente de San Luis llegó al fondo en lo moral. Los nu
últimos años de su reinado fueron un progresivo descenso y no llegó a despre
derse de la dominación de la Verneuil hasta su postrer locura: una nueva Charl

22) Fechada en 1604 y las cartas son de 1606 de tono trivial y hasta grosero difícil
de reproducir. Basta señalar que no es concebible lo que se dice a una mujer a
sada de traición y crimen de lesa majestad y a la que "besa humildemente la n
no". Vid. Doc. 75. La mayoría de ellas están B. N. P. Fonds Béthune Mss. 9128 (2 1944)



Enrique IV y "Corisande"

186'

180

- TESIS DOCTORAL -
.....

TEMA: "ENRIQUE IV DE FRANCIA Y SU TIEMPO"

El primer Rey de la dinastía Borbón

= Tomo II =

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE FACULTAD GEOGRAFIA E HISTORIA

Cátedra Historia Universal "MODERNA"

Dirigida por: Prof. D. Vicente RODRIGUEZ CASADO.

Alumna: M. Socorro ALINO TESTOR.

1861

C A P I T U L O 9 °

" P A R I S B I E N V A L E U N A M I S A "
=====

" Les places de repos sont places étrangères.
Les villes du milieu sont les villes frontières.

Le sage justicier est traîné au suplice,
Le malfaiteur lui fait son procès. L'injustice
Est principe de droit. Comme au monde à l'envers
Le vieux père est fouetté de ses enfants pervers. "

Agrippa d' AUBIGNÉ



"PARIS, BIEN VALE UNA MISA"

Cualquier persona que se estime medianamente culta, no sólo de cualquier país, si no incluso en la propia Francia, ante la frase que titula este capítulo dirá, casi invariablemente, que fué dicha por Enrique IV. Unos, afirmarán que es la frase propia de un cínico. Otros, que es la de un patriota. Alguno, lo tachará de renegado. . . ¡Qué importa! Lo cierto es que tal frase jamás la pronunció el hearnés, sino que era el sentir de todo un pueblo. Un pueblo que deseaba a toda costa la paz. París estaba sitiado y era imposible que se rindiese, aún a pesar de las miserias del bloqueo, a un rey hugonote.

¿Qué es el bloqueo? El arte de obligar a capitular al enemigo hambriento. No pasan los víveres y hasta tal punto llega el hambre, que el pueblo de París ha de hacer harina con los huesos de sus cementerios. El verbo ya existía en el siglo XV, Villon lo emplea, pero adquiere su carácter dramático en el sitio de París. "Blocus" palabra maldita porque atenta la libertad de vivir, de subsistir. (1)

A partir del Renacimiento la guerra toma un tinte económico. Cada siglo marca un progreso respecto al anterior (¿progreso?). La agresión aumenta en el fondo del hombre y de los pueblos y anula a los neutros. Por una lógica aterradora, el mundo camina hacia la guerra y el hombre anhela la paz. Por eso fué Enrique IV a la misa de Saint-Denis. París era católico y no podía ser rey de Francia, si no era, al mismo tiempo, dueño de París.

La historia francesa es puro centralismo. Todo contribuyó a hacer de París el centro de Francia. Roma antes y París después son un fenómeno especial. Son dos ciudades arquetípicas, centro de civilización. París no es una

(1) "Blocus" significa (viene de Blockhaus) fortín que impide a una ciudad o plaza fuerte comunicarse con otra o con el exterior.

ciudad cualquiera de Francia, como tantas otras que tuvo que sitiar. No es tan sólo un paisaje, ni unas casas, sino que cristaliza toda una manera de pensar y de vivir, que siempre fué católica. Su primer obispo fué, precisamente, Saint-Denis, el protector de los galos y su patrona Santa Genoveva.

Por definición legal de juristas, por deseo de los reyes y, por tantas razones, en un país en que Razón se escribe con mayúscula y toma figura de diosa, nadie podía ser rey de Francia y al mismo tiempo poner sitio a París. París ombligo de Francia, como ésta quiso ser desde tiempos de Carlomagno -y en ocasiones lo logró- ombligo del mundo.

A pesar de las tan cacareadas "Guerras de Religión" de las que tanto hemos hablado en este trabajo, los franceses no luchan, como los españoles por ejemplo, por un ideal religioso. No tienen ideal religioso ¿por qué había de tenerlo Enrique IV? La política, que surge vigorosamente en su reinado es marcadamente laica. La llegada al poder de Enrique IV es el triunfo del laicismo, no por su conversión mas que dudosa, (¿creyó, en el sentido creencia religiosa, en algo, alguna vez, Enrique IV?), sino porque para reinar en Francia había que ser dueño de París y por lo tanto católico.

El sitio de París, a que nos hemos referido, duró cuatro años. Los sermones en las iglesias no eran sino arengas amenazadoras contra el hereje que por derecho de herencia, se llamaba -y era- rey de Francia. No es cierto, históricamente, que fuera España la que armara la mano de Jacques Clément, el monje que asesinó a Enrique III; se ha dicho y sigue diciéndose, que la orden vino del gran defensor del catolicismo Felipe II. Había un estado de ánimo revolucionario en la capital de las barricadas y, curiosamente, desde los mismos conventos donde en el siglo XVI y comienzos del XVII se atacaba al rey, se repitió la historia siglos mas tarde. Los clubs revolucionarios se llamaron "Ruillants", "Jacobins", "Cordé-

Hers", etc. etc. Los sermones de París los pronunciaban curas franceses, los escuchaban feligreses franceses y fueron el fermento que anunciaba la Revolución. La frase "Paris bien vale una misa" estaba "dans le vent", por utilizar una expresión gala de nuestros días.

El cristianísimo rey Francisco I, por enemistad con Carlos I de España, se alió con los turcos y con quien hubiera hecho falta con tal de aplastar la hegemonía española. ¿Qué tiene pues de raro que su sucesor, Enrique IV, cambiase de religión para poseer la capital de su reino? El imperialismo francés no tiene fondo religioso. Su idea o mejor aún su lema es la "grandeur", "la force de frappe", "le prestige", conceptos todos ellos muy unidos a la idea del poder, pero muy diferentes de los nuestros.

Luis XII soñó con un Imperio, como Francisco I y Enrique IV y en cierto modo casi lo alcanzó Luis XIV. Como tiene que haber una excepción, en la línea de los reyes franceses, hemos de señalar a San Luis, pero también digamos que era hijo de Blanca de Castilla. Al emplear una expresión dubitativa en cuanto a Luis XIV es porque para los franceses, el Imperio lo preparó una revolución. "L'Empereur" es para ellos Napoleón I, pues si hubo, históricamente, un Napoleón III apenas hablan de él, salvo para las artes decorativas. En verdad duró muy poco, su intento fue rápidamente ahogado por la república. En otro capítulo hablamos extensamente del "Grand Dessin", utópica federación de pueblos muy cara a la humanidad, como la idea del internacionalismo, que corresponde a la misma mentalidad. Hoy en día tirios y troyanos se asientan en la misma utopía, si bien en un terreno en ocasiones político -recuérese el himno socialista- pero las mas de las veces el fin es económico -la CEE., el COMECON y lo que pueda venir. Pero volvamos al tema de la conversión de Enrique IV.

El bearnés fue bautizado católico, luego se hizo hugonote por el fervor de su madre, hacia la llamada Religión. Volvió a hacerse católico para casarse con Margarita de Valois. Poco después, él dijo que, horrorizado por la matanza de San Bartolomé, huyó de la Corte de Francia y tomó parte activa como hemos visto en las luchas

religiosas del lado hugonote, para terminar, al cabo de muchos años, abjurando en Saint-Denis de su herejía. No fueron las gentes apasionadas de la Liga, ni los curas excitados los que hicieron que franqueara el atrio de la iglesia - "je ferai le saut périlleux demain", escribía a su amante la víspera. Creemos que idea religiosa en el sentido propio no tuvo ninguna. Sus partidarios dicen que era "tolerante", sus detractores -son muy pocos- que era un renegado...

¿Por qué los libros que se han escrito y siguen escribiéndose pasan muy por encima de este tema? En primer lugar "lo religioso" no importa tanto al francés como "lo razonable". En segundo lugar, cuando se trata de religiosidad o de cristianidad, surge el fenómeno del galicanismo, precisamente en el tiempo a que nos estamos refiriéndonos y probablemente a partir de Duplessis-Mornay. Pero es que, además, los libros que se publicaron en la época son, casi exclusivamente, hugonotes. Y los que se escribieron más tarde toman como fuente principal las "Economías Reales", la "Histoire Universelle" de Agrippa d'Aubigné, los escritos de Duplessis-Mornay el llamado "Papa hugonote", etc. etc. En cuanto a panfletos anónimos como la "Satyre Ménippée" son una pura crítica contra España y el Papado, pero principalmente contra nuestro país. Todos esos escritos vienen del lado protestante. Las numerosas cartas que dejó la reina Catalina de Médicis no se toman cuenta, pues vienen de una extranjera, aunque "por casualidad" fuera madre de nueve hijos de Francia, como ellos llaman a los de los reyes y, de ellos, tres fueran reyes. Las "Mémoires de Marguérite de Navarre" o "Reine Margot" nunca se han tomado en serio por considerarse escritas por una mujer despechada y de vida algo más que "airada". Por si fueran pocos los testimonios anti-españoles citados, tenemos que añadir las publicaciones que en el vecino país hizo, bajo el seudónimo de Peregrino Raphael, el traidor y refugiado político Antonio Pérez, de cuyo resentimiento, masoquismo y deslealtad no es el momento de ocuparnos aquí. Su libro "Relaciones" y el "Memorial"

escritos en 1595 son una muestra señera de que nuestros principales detractores en el extranjero y los que mas contribuyeron a forjar la Leyenda Negra fueron españoles.

La abjuración de Enrique IV no fué improvisada, sino que siempre la consideró como una eventualidad, que algún día tendría que afrontar. El bearnés estaba muy unido a su madre, hoy se hablaría de "complejo de Edipo", pero murió siendo él muy joven, pocos días antes de su boda como hemos visto y luego siguió viva e idealizada en su recuerdo. Por eso fué un hugonote sincero, aunque sus correligionarios, mas intransigentes que él, siempre lo tacharan de tibio o demasiado tolerante. La verdad es que ambos adjetivos concuerdan bastante bien. Enrique IV es vulnerable y por eso teme. Astuto y por eso trampea. Testarudo y espontáneo y disimula muy mal, aunque se vé a menudo obligado a hacerlo. Si tiene miedo y los demás se lo notan, su vida está en juego. ¿De dónde le viene el peligro? De todas partes y de ninguna en concreto. Por resumirlo en una palabra yo hablaría del "fanatismo", pero de esto trataré en el capítulo de su muerte. El fanatismo es el vocablo mas opuesto a la tolerancia, que Enrique IV intentó practicar y cristalizó en el Edicto de Nantes.

Una de las personas que mas influyeron en su vida, favorablemente, en el sentido que trataba de imponerle seriedad (Le llamaban "Mornay ou la vertu") y, repetidamente hemos visto, que Enrique IV no fué nunca demasiado virtuoso, ^{le} Duplessis-Mornay ^{había} estudiado en Ginebra, Heidelberg y en Francfort. Fué muy amigo de Langue, a su vez confidente y amigo de Melanchton. Había viajado por Venecia, Bohemia, Alemania, Austria y había establecido en Holanda una buena amistad con Guillermo de Orange. Había visitado Inglaterra y terminado su periplo dando cuenta de él al Almirante Coligny, otro hugonote de alto rango como él. Tal especie de viaje-misión diplomática hubiera podido resultar algo importante, si no hubiera habido la "Noche de San Bartolomé" en la que salvó la vida, precisamente,

en casa de Languet, muy oportunamente presente en París, y que le prestó inmunidad diplomática. Huyó Duplessis-Mornay a Inglaterra donde escribió "Vindiciae contra tyranos" en colaboración con Languet, traducido al francés con el título "De la puissance légitime du prince sur le peuple et du peuple sur le prince" que es, en cierta manera, un tratado sobre la libertad de la conciencia y en la política, pero en realidad basta hojearlo para darse cuenta que es un panfleto contra el Papado y la idea del poder venido de Dios, que hasta entonces habían ostentado los monarcas.

Este autor, claro de mente -fué él uno de los principales redactores del Edicto de Nantes- aparece en "Vindiciae contra tyranos" hermético y lleno de terrores, como si pudiera producirse un atentado, temor al crimen de Estado, que venía considerándose justo desde varios siglos antes, pero que era muy viva en el tiempo que nos ocupa. Todo, nunca insistiremos bastante, estaba en precario. Dos reyes: Enrique III y Enrique de Navarra. Dos religiones enfrentadas. Muerto el duque de Alençon, rebelado en el norte de Francia al frente de los "políticos", resulta ser el heredero de la corona de Francia el bearnés... La ley sálica no tiene otra salida. El único legítimo descendiente, aunque haya que remontarse a San Luis, es el rey de Navarra... Sin embargo, los diplomáticos extranjeros en París, se limitan a comunicar, sobre el aspecto mas superficial del conflicto: ¿Se convertirá o no? Ese era para ellos el único caballo de batalla. Pero el problema era mas hondo, como se verá al final de su reinado.

El rey Enrique III, a pesar de su lado criticable, a nuestro modo de ver desorbitado por muchos historiadores, tiene un sentido exacto de lo que es su papel de monarca y de su sucesión. Se sabe lo que es una monarquía hereditaria. Luchó cuanto pudo porque, su primo y cuñado, se convirtiera lo antes posible. Envío al duque de Epernon a Pau. Todos estos datos están minuciosamente recogidos en las Memorias del Vizconde de Turenne. La reunión contribuyó enormemente a

que las relaciones entre ambos reyes mejorasen, a pesar de la nefasta influencia del príncipe de Condé, su primo y ferviente hugote, tiene sobre el rey de Navarra. La tesis de Condé era que se alejase sólo en apariencia de la Religión para no enemistarse con sus correligionarios, ya que no ganaría partidarios entre los católicos, que siempre desconfiarían de su conversión. Total de con tanta embajada, dimes y diretes, la confianza y la amistad entre ambos reyes no se anudó hasta comienzos del año 1589. Y el 2 de agosto de ese mismo año moría asesinado el rey de Francia, en Blois.

La preocupación de Enrique III era justa. No tenía hijos y su sucesor era hugonote, además como buen político conocía las dificultades del "entourage" de su primo y conocía igualmente las ambiciones de los Guisa. Pero Enrique III sabe que Francia es, en su inmensa mayoría, católica y París en su totalidad y no puede reconocer oficialmente al de Navarra, como heredero indiscutible, hasta su conversión. Además, todavía tiene a su lado a su madre Catalina de Médicis de cuya habilidad florentina y política nadie duda. Otro personaje que juega un importante papel y sobre el que no se ha insistido bastante es Roquelaure (2) enviado del rey de Francia a Pau y que pronuncia la famosa frase que resumimos: "Toda Francia os espera como al sol cuando sale. El rey nuestro señor debe escoger entre la corona de Francia o un pár de salmos". Tras largas discusiones, Duplessis-Mornay insistió en que el rey de Navarra no obtendría más que desgracias, si cambiaba de religión. Su argumento principal era que, si Dios había puesto al alcance de su mano una corona, lo importante era hacerse amar por igual de todos sus súbditos, cualesquiera fuera su religión.

(2) Antoine de Roquelaure fué uno de los amigos íntimos y consejeros de Enrique IV desde su adolescencia. Juana de Albret se lo confió en 1570, a pesar de ser católico. Roquelaure siempre le fué fiel y le acompañó hasta su postrer momento pues estaba sentado en el pescante de su carroza cuando le mató el puñal de Ravallac.

Lo que hace amar o detestar al rey no es su religión, sino hacer el bien, defender la libertad y rechazar el mal y la tiranía. ("Lettre envoyée à un certain personnage" impresa en Francia en 1585 y que narra anónimamente la entrevista de Pau).

La abjuración de Enrique IV no fué, pues, un acto puntual, ni fué claro, ni desde luego algo sencillo. Fué un largo camino de dudas, vacilaciones y consejos contrapuestos lo que le llevó a realizar lo que él llamaba "Saut périlleux" en la iglesia de Saint-Denis *25 de julio 1593*. (4)

La unión entre los dos Enrique se produjo, como hemos visto, si bien se cortó por la muerte o por el puñal de Jacques Clément. L'Estpile cuenta que, a propósito de un incidente entre Enrique III y su hermana Margarita -le reprochaba con justa razón su desvergüenza y la excesiva publicidad en sus amoríos- la expulsó de la Corte de Francia. Enrique de Navarra tuvo que salir en defensa de su mujer e incluso la hizo venir a la corte de Nérac. Parece que Catalina de Médicis dió a su hija los consejos oportunos para que, por todos los medios, quedase encinta. Los consejos resultaron inútiles pues Enrique de Navarra andaba muy enamorado y no se acercó por el lecho conyugal. Lo único que hizo es darle cobijo en Nérac. L'Estoile dice que, en esta ocasión, el bearnés escribió a Béllèvre lo siguiente: "El rey me honra mucho en sus cartas: unas veces me llama "cocu" y otras hijo de p. . ." Aquí hay probablemente un error de lenguaje, pues no parece justo comadrear en torno a la honestidad de Juana de Albret, que era de una rigidez calvinista incapaz de cometer cualquier tipo de ligereza, ni menos de tener un amante. L'Estoile es "político" de la cabeza a los pies y cuando la víspera de la conversión pasea por París y escucha la violencia de los sermones, hace este comentario: "Todo lo que es exagerado carece de importancia" y escribe sobre la desolación que empieza a cundir entre los de la Liga. Todo el pueblo espera ansioso un bien que hace años ~~desear~~ la Paz.

(4) B. N. P. Manuscrits Fds. frs. 3275, fº 141. (A pesar de la conversión según las negociaciones de los españoles y el legado para proponer a cuatro nombres de príncipes franceses que pudieran casarse con la infanta, lo que dió origen a una reunión del parlamento de París y el famoso discurso de Du Vair, rechazando la proposición

Un personaje del cual no hemos hablado y que tuvo influencia en esta cuestión en el Marqués de O, perteneciente a la corte del último Valois y que conservada el estilo de la misma. Insiste en imponer rapidez a la conversión "Ya no hay tiempo de jugar" ("tortignonner"). Y el bearnés : nsa en su madre, en sus compañeros de lucha que le han abierto el paso hasta París. Y sus dudas le atormentan de nuevo. En este momento decisivo, piensa en su predecesor y le pide fuerzas al último y denigrado Valois que, en un momento parecido, por defender la idea de la realeza, tuvo el valor de ordenar la muerte de su lugarteniente el duque de Guisa. El obispo Perron interviene "Los puentes detrás de V. M. están cortados. Todo está listo para la ceremonia y, si lo desea, desde mañana podemos los obispos reunirnos, para la instrucción solemne en la fé que ha de ser la vuestra en adelante. Trataré de estar entre ellos". El rey le cogió ambos brazos y mirándole al fondo los ojos con una gran tristeza le dijo: "Adelante, du Perron, que no le desmentiré. Pero piense en mi madre y en la suya". Incluso el marqués de O, cuyo corazón está endurecido por tanta guerra de religión, se emocionó ante este abrazo, presagio de la paz. Respeta el silencio del rey que, desde su ventana, contempla París que le arrastra hacia la misa. París, ciudad nórdica para un gascón, algo inaccesible. París, cuyo mas vivo recuerdo para él es la "Noche de San Bartolomé". París al que ha sitiado durante tantos años. "¿Cómo es París?" pregunta y d'O, que conoce bien a su ciudad y que está cerca de los 60 años, le dice: "París vale la pena. Hubo Atenas y después Roma y ahora está ahí, París. El sitio ha afinado el talle de sus mujeres. No se puede ser Rey de Francia sin ser rey de París, que en el momento actual está contra la realeza y revuelto por los "Seize" que hacen reinar el terror y Mayenne, cada día mas gordo, que quiere presentarse como el general de los ultras. Entre él arriba y los "Seize" por debajo dominan París y los Estados Generales se han instalado en el Louvre. El trono

está vacío. Los españoles propondrían a la Infanta Isabel Clara Eugenia, si pudieran saltarse la ley sálica, casándole con un príncipe francés: un Lorena sería el preferido de la Liga. Majestad, sólo el heredero legítimo, gracias a vuestro abuelo San Luis. Sólo os falta una cosa: ir a misa. Pues sólo un rey que va a misa puede mantener en su lugar al legado del Papa y mandar a los españoles a su tierra. "Allez a la messe et vous allez au Louvre". "¿Dónde están mis partidarios?" preguntó el rey. "Todo París será partidario vuestro cuando llegue el momento. Están hartos de sermones, de bravuconerías y jugadas de Mayenne. El pueblo, el buen pueblo de París os encuentra valiente y bueno". A lo que Enrique IV contestó: "Está bien, marqués, por el pueblo iré a que me absuelvan. No soy un apasionado de la religión. No me importa el traje que vista el cura. Yo soy de la religión del que es bueno y honrado. A esa misa es a la que quiero ir".

No hay que engañarse. Enrique IV no ha de hacerse reconocer por todos como el heredero legítimo, sino que ha de restaurar la unidad nacional. La guerra que yendo a misa de Saint-Denis -donde reposa su antepasado San Luis- entre otros reyes de Francia- terminará una guerra entre dos partidos que se están convirtiendo en dos repúblicas, en tanto en cuanto se oponen al legítimo rey: una república católica ultramontana, que es dueña de París y una república protestante de estilo suizo y campesino, que domina en las provincias del Sur de Francia.

Simultáneamente se produce un cambio en los intelectuales: los de la Sorbona, los del Louvre, los togados, llegan a la conclusión de adherirse a una difícil paz, en la que no haya vencedores ni vencidos. Enrique IV se convierte en su ideal porque es el compromiso, el consenso, encarnado en un rey protestante que se hace católico. "Paris bien vale un misa", es el sentir general del país, aunque no lo dijere Enrique IV....

Pero, a pesar de su conversión, Enrique IV no es otro. Ni siquiera podemos considerarle como el campeón de la unidad francesa, ni personal. En él co-existen y coexistirán hasta el momento de su muerte dos reyes: el de Navarra y el de Francia y, en verdad, que el primero domina al primero. Poníamos como lema de este capítulo unos versos de su amigo Agrippa d'Aubigné, "Les villes du milieu sont des villes frontières". De la misma manera imaginamos a Enrique IV soñar en el Louvre con sus valles del Pirineo que nunca volvería a ver, ni a su Pau natal. " Ah! que j'aimais la Navarre

Et l'amour et le vin frais. "

diría siglos más tarde otro

poeta de su misma tierra como si repitiera los sueños de Enrique IV. Será rey de Francia porque le corresponde serlo, pero en tanto que es de Navarra será siempre el protector de la religión reformada. El Edicto de Nantes nos excusa de un comentario mas amplio. Hay matices en su abjuración, consensos íntimos para aminorar un posible desgarró vital. No quiso ponerse el penacho blanco para ir a dar "le saut périlleux", como si con este gesto recordara a su madre muerta y a sus antiguos compañeros de armas. Y si escogió la iglesia de Saint-Denis para la abjuración fué, precisamente, por la parroquia de su sangre real. Allí está enterrado su antepasado por el que su descendencia directa está en el trono de Francia. La conversión de Enrique IV no fué al papismo, sino que como hemos visto, se hizo a través del Arzobispo de Bourges, ciudad que es el centro mágico de la vieja Galla. Enrique IV consiente a la unción, pero ésta no se hará en Reims como es costumbre entre sus antecesores y donde se guardaban los Santos Oleos, sino en Chartres. Podrá aducirse que, en el momento de su consagración, Reims estaba todavía en manos de la Liga. Si, pero es que además resulta que Chartres es la antigua Autricum, centro principal de la religión de los druidas y del pue-

blo de los carnutos, que siempre sintieron el "tirón del Sur".

El poeta e historiador contemporáneo y amigo de Enrique IV, hugonote hasta el fin de su vida, había jurado, cual nuevo Anibal, odio eterno a los católicos, siendo niño en la conjura de Amboise y se expresa maravillosamente a través de sus versos. "Les villes du milieu sont des villes frontières". Chartres sirve de puente entre el Norte y el Sur de Francia.

En resumen, que tras de unas breves reuniones con los obispos franceses citados mas arriba, Enrique IV llegó ante el atrio de Saint-Denis donde le esperaba el arzobispode Bourges que fué el oficiante y le preguntó: "¿Quien sois?". "Soy el Rey". "¿Qué deseáis?". "Deseo ser recibido en el regazo de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana". "Lo quereis así?". "Si, lo quiero y lo deseo". Se arrodilló e hizo su profesión de fé en francés: "Je proteste et jure devant la face de Dieu tout-puissant, de vivre et mourir en la Religion Catholique, Apostolique et Romaine, de la protéger et défendre envers tous, au péril de mon sang et de ma vie renonçant à toutes les hérésies contraires à la dite Eglise Catholique, Apostolique et Romaine". Despues entregó al arzobispo el documento firmado, besó su anillo pastoral, recibió la absolución, fué bendecido... Se acabó. Ya era católico... (5) (6)

(5) La escena está textualmente recogida en la B. N. P. Ms. Fds. frs. 5808. Fondo Brienne fº 77 a 83.

Son muchos los autores que han referido esta escena, recordemos entre ellos a Davila, J. A. de Thou, Palma-Cayet etc. etc.

(6) Los textos correspondientes a los Estados Generales, las "Mémoires d'Estat" de Villeroy y las "Mémoires-Journaux" de L'Estoile, son igualmente textos muy importantes y citados para el tema de la conversión de Enrique IV. Así como los de Duplessis-Mornay y las memorias de su mujer. Por su interés reproducimos en los Documentos una carta de Enrique IV al Principe de Conty. Doc. 7-10 mayo 1593. Vide. 7º y 7ª tomo Documentos.

(6') Clemente VIII recibió en Roma, sentado en el trono pontificio a los procuradores del rey d'Ossat y el obispo d'Evreux Jacques David du Perron: que se arrodillaron y pidieron en alta voz la absolución de parte de Enrique IV. Así se ratificó la abjuración de Saint-Denis. (domingo 17 septiembre 1595). B. N. P. Lb. 35-609, in 82. Este mismo du Perron escribió una memoria con motivo del asesinato. Vid. Documentos, año 1610

C A P I T U L O 10º

"CHARLOTTE DE MONTMORENCY"

"L'amour est le roi des jeunes
gens et le tyran des vieillards".

LOUIS XII.



CHARLOTTE DE MONTMORENCY

El descendiente de San Luis, rey de Francia, terminó su vida en medio de un relajamiento moral que duró nueve años. El descenso fué progresivo y mas chocante debido a su prematura vejez. No había terminado de desprenderse del dominio de la hija del Sr. Balzac, cuando cayó en su postrer locura, a la que puso fin un desdichado llamado Ravallac. Su asesino fué un pobre demente, que justificó entre las gentes mas sencillas aquello que es dogma entre los pueblos orientales. En ocasiones y quien sabe por qué razones -o sin razón- que es la mayor que se puede dar- los locos tienen en su cerebro enfermo algo así como un soplo de inspiración sobrehumana.

En el año 1608 se presentó en la corte Charlotte de Montmorency. Tenía 14 años y era muy bonita. Huérfana de madre desde muy niña, fué presentada por su tía la duquesa de Angulema (hija legitimada de Enrique II y Diana de Poitiers) dama muy anciana pero con prestigio en palacio. Tenía el turbio renombre de los Valois, evocaba una época difícil, pero brillante en el aspecto cortesano. La duquesa de Angulema era una reliquia de la tradición y legitimidad frente a un advenedizo, que compartía el trono con una extranjera "de casa poco antigua" a los que no podían amar. Había estado casada en primeras nupcias con el duque de Castro hermano de Farnesio y después con Francisco, hermano del Condestable de Montmorency y padre de Carlota. La madre no parece que fué de alta cuna. Se llamaba Luisa de Budos y murió misteriosamente. Se dijo que el diablo de quien tenía la peligrosa belleza la había estrangulado. Otra conseja decía que para casarse con alguien de la gran estirpe Montmorency, había vendido su alma al diablo y que había intervenido en el trato un embaucador italiano llamado César que pasaba por ser un brujo (Su nombre era Jean du Chastel).

De Carlota también se dijo que estaba hechizada por poseer una sa-

tánica fuerza de seducción. Los contemporáneos dicen maravillas. El cardenal Bentivoglio que la conoció en Bruselas, afirma "que tenía en los ojos y en las facciones una gracia singular". Isabel Clara Eugenia alabó también su "celestial belleza" y que "para pintar su retrato se debería representar a un ángel", frase expresiva por la intención más que por lo que dice realmente. La hija del Condestable había pasado su niñez y adolescencia en el retiro discreto de su padre, que no disfrutaba del favor real.

Cuando la muchacha apareció en palacio todos la admiraron como a una de las más bellas de la época. Bassompierre, hidalgo venido de las marcas germanas, es un cronista bastante fiel de la época. Tenía talento, audacia de aventurero y más cultura de lo corriente en ese entorno. Estaba dotado de decisión y de ingenio; de bastante flexibilidad y acomodo a las circunstancias. Su meta era sacarle jugo al mundo y a la vida. Desde su llegada a la corte conquistó la gracia real y penetró en su círculo, no muy estricto, ocupando un asiento en su mesa de juego. Bassompierre era un tahur y acaso jugador de ventaja, como el mismo Enrique IV, que parece hacía trampas en el juego. Los máspreciados por su alcurnia -del rey abajo- procuraban elaborar con la loca fortuna y así se hacían mercedores de su gracia. No se oculta que Enrique IV era fullero y con estas mañas Bassompierre se hizo buen amigo de él. Este ganaba sumas ingentes de dinero que gastaba liberalmente. Cuentan que un día cierta dama, preocupada por las pérdidas de su marido, ofreció a Bassompierre diez mil ducados de renta con tal que no volviese a jugar con él. Pero le contestó: "Perdería demasiado con su oferta...".

En aquel ambiente donde la moral exigía tan poco, Bassompierre no llamaba la atención, ni por sus sospechosas ganancias, ni por sus aventuras galantes. Tuvo estrechas relaciones con una hermana de Enriqueta de Entra-

gues y se llegó a decir que también con la "Maîtresse du Roi". Todo ello le proporcionaba una afinidad o "parentesco" que si no le otorgaba prerrogativas, al menos daba motivo a confidencias del monarca.

En sus Memorias, cuenta Bassompierre, que el condestable de Montmorency le ofreció la mano de su hija y una dote de cien mil escudos de oro. Para él no solamente era un honor, sino garantía de buen porvenir, por lo que aceptó con lágrimas de gratitud. Poco después se firmaron las capitulaciones y se acordó que la boda se celebrase en la intimidad en Chantilly, residencia de Montmorency que vivía alejado del favor del rey.

El proyecto fue comunicado a Enrique IV para que diese su venia y la concedió de buen grado, prometiendo como regalo de boda al novio el puesto de primer gentilhomme de Cámara, graciarse al viejo duque y visitar personalmente a la duquesa de Angulema.

Intervino entonces el duque de Bouillon, titular del cargo palatino prometido a Bassompierre y muy irritado -dice d'Aumale- de que se dispusiera de su dignidad y de su sobrina sin ser previamente consultado, decidió romper la operación. Con el pretexto de haber encontrado a la muchacha en los aposentos de la reina, dijo al rey que era muy bonita y que estaba sorprendido de que la diese por mujer a un extranjero de poca clase. Sugirió que el príncipe de Condé ya estaba en edad de casarse y que no era deseable que tomase esposa fuera del reino. Las únicas muchachas francesas dignas de su rango eran Carlota y Renée de Lorena hija del duque de Mayenne y de Enriqueta de Saboya. A esta última habría que desecharla por los rescoldos de la Liga, pues los partidarios de los Guisa podrían verse reforzados, en cambio a la rama Borbón no se le podía dar más aliados de los que ya tenía. Bouillon no era un dechado de virtudes y por eso puede aventurarse la sospecha de que al aconsejar esto al rey

mas que en favorecer a su sobrina ~~por~~ actuaba movido por resentimiento.

Este episodio de la vida de Enrique IV ha sido pasado por alto por muchos autores y a mi modo de ver es mas representativo y trascendente que otros, como vamos a ver a continuación.

La reina preparaba un "ballet", "Las Ninfas de Diana" una de aquellas pantomimas a las que era muy dada la corte de Francia y muy del gusto del tiempo. Por las descripciones, mas que una fiesta parece un esperpento pueril. Para distraer al rey de sus dolores de gota, se le propuso presenciar los ensayos. Entre las lindas muchachas llamó su atención el juvenil encanto lleno de frescura y lozanía de la novia de Bassompierre. Al contemplarla "Se infundió su espíritu -si se puede hablar de este modo- fácil de inflammar en todo momento, el amor que le hizo cometer tantas extravagancias". La muchacha representaba a una de las ninfas lanzando dardos. Al verla, cuenta Tallemant de Réaux, el rey sintió una profunda herida en el corazón y estuvo a punto de desmayarse. Lo que es seguro es que perdió el juicio...

Enrique IV no sabía estar solo. Carecía de vida interior, ignoraba la virtud del silencio, tan sedante, y del callado retiro, tan fecundo, en el que germina el pensamiento. No soportaba la paz en su gabinete de trabajo, ni podía tratar de los asuntos de Estado mas que estando rodeado de gente, dando zancadas cuando la gota se lo permitía, charlando con unos y con otros e improvisando sus propias ideas al calor de las sugerencias de los demás. Por eso, cuando estaba enfermo, su habitación tenía que estar llena de damas y señores para divertirlo. Allí iba con frecuencia la duquesa de Angulema acompañada de su sobrina Carlota y el rey, con verla a menudo, acabó de enamorarse con un loco. Repuesto de su dolencia física, pero mas enfermo cada día de su pasión buscó la ocasión de hablar con Carlota a solas. Le preguntó si iba a ce-

lebrar pronto su boda y ella contestó que sí. "Si sentís la menor repugnancia por ese matrimonio, me lo podeis decir que yo os ayudaré a romperlo". La muchacha contestó que iba a él de buena gana, su padre lo deseaba y ella había aceptado.

Al día siguiente, estaba Bassompierre de servicio con el rey, que le recibió muy afectuosamente y, luego de hablar de cosas diversas, le dijo que quería casarle con Mademoiselle d'Aumale y que restablecería en su favor el ducado que tuvieran los de esta casa. Sorprendido, Bassompierre, le preguntó si entraba en sus intenciones casarle con dos mujeres, a lo que el rey le contestó que estaba locamente enamorado de Carlota. "Si te casas con ella y te quiere, te odiaré; si ella me quiere a mí, me vas a aborrecer". Descubrió su pensamiento: casar a Carlota con el príncipe de Condé de quien esperaba ciertas complacencias. "Ella será consuelo y pasatiempo de mi vejez, en la que voy a entrar muy pronto. No deseo mas que afecto". El rey pretendía sentir un amor platónico, desinteresado, paternal o por la bondad indulgente que manifestaba, mas bien hubiera podido ser el sentimiento de un abuelo...

Bassompierre dice en sus memorias, que la revelación le entristeció, pero que no se sentía con ánimos para asumir el desairado papel que el nuevo capricho del rey iba a dar al futuro marido de la muchacha. No tardó en comprender, pues ni era sentimental ni le cegó la pasión, que su interés consistía en acceder -sin oponer resistencia, inútil por demás- a lo que no podía evitar. Fingió una gran aflicción, con lo que su sacrificio pareció mas valioso y haciéndose la víctima esperó las mercedes reales. Enrique IV con lágrimas de emoción, besó a su amigo y le prometió: "Haré tu fortuna como si fueras uno de mis hijos naturales". Y efectivamente, su cotización subió tanto, que llegó a los primeros puestos del reino, que conservó después de la muerte del rey. Fue embajador extraordinario en España a donde fue a nego-

ciar tema tan importante como el de la Valtelina (1). Fué firmante en el Tratado de Madrid, lo que le reportó ventajas materiales considerables, ya que era norma que los embajadores que negociaban acuerdos recibieran de la Corte valiosos regalos o dinero o las dos cosas. Fué también Mariscal de Francia aunque se supone que no entendía nada de asuntos guerreros o tan poco como un pobre diablo que jamás hubiera oído hablar de tropas o batallas.

Boda del Príncipe de Condé. -

Cuando el rey comunicó su proyecto a Condé este lo rechazó. Era tímido y torpe de ademanes, poco dado a las aventuras y menos al ambiente de la Corte. Incluso tenía fama de tener gustos afeminados. No era atractivo físicamente. Pequeño de estatura, insignificante en todo. Desde que nació el Delfín había perdido su posición y rango de primer príncipe de sangre o heredero. No poseía riquezas y dependía económicamente del rey que, ya hemos visto, no era muy generoso, ni menos el cuerno de la abundancia. A su timidez se agregaba cierta propensión a la introversión y por ello no tenía amigos ni afecto por nadie. Si la etiqueta lo exigía era una figura más en el cortejo de Su Majestad. Tenía en cambio cierta instrucción, escribía correctamente y cuando lograba vencer su ligera tartamudez se expresaba con soltura. En resumen, que su figura no tenía más rango que el que el rey le quisiera prestar y la verdad es que se le tenía en poca estima.

Este acúmulo de circunstancias le hacían ser el marido ideal para someterse a la voluntad del rey. Pero si el joven Condé adivinó las intenciones reales, su ingenuidad no le llevó a creer -conocidos los antecedentes- que se habría de contentar en hacer de la esposa que le quería dar un simple apoyo de su vejez o báculo de una ancianidad incipiente....

(1) Vid. excelente obra P. MARRADES. citado bibliográficamente.

La negativa del príncipe a contraer matrimonio con la hija del Condestable se convirtió -a la fuerza- en resignada aceptación. Recibió una orden formal que no podía desobedecer dada su condición. Los esponsales se celebraron, en espera de la dispensa apostólica que se requería, en el palacio del Louvre. El duque de Montmorency pagó a Condé los cien mil escudos prometidos, lo que no era mucho dada la situación precaria del yerno, por lo que el rey tuvo que aumentarle la pensión y concedió además una "indemnización" -denominación que debió parecer al joven esposo ~~al~~ inquietante- de cincuenta mil libras. Carlota recibió magníficas joyas y una suma importante para su ajuar. La boda se celebró en Chantilly "con poca gente y mucha alegría" dice un autor contemporáneo, en mayo de 1609.

El enamoramiento de Enrique IV, ya en los aldeaños de los sesenta años, se hizo público y fué motivo de burlas en la corte y en la ciudad. Todo el mundo comentaba el tema riendo a carcajadas. Dice l'Estoile: "Fué objeto de comentarios curiosos y maledicientes, que no necesitaban un motivo mas para hablar, con excesiva licencia, de Su Majestad y de la corrupción de su corte". Y mas adelante: "Ni pensaba en la política, ni tenía otras preocupaciones". El rey colaboraba presentando una nueva imagen. Estaba transformado, pues de su desidia y hasta suciedad proverbial apareció limpio, perfumado, acicalado y compuesto de tal manera, que tenía aires de doncel que va a cortejar a una dama con la intención de pedir su mano. Para remozarse recortó y cuidó sus barbas, hizo exhibición de joyas, encajes, preseas y se vistió con telas preciosas y de vivos colores.

Hubiera sacrificado el reino que tanto le costó ganar por ver un instante a Carlota. Todos sus servidores estaban alarmados y los comentarios eran para todos los gustos. La muchacha -que fué coqueta desde la cuna- es-

taba muy divertida y se dejaba querer. Muy influenciable, estaba encantada ^{de} ser objeto de las conversaciones palaciegas y también del amor del viejo rey. Además, no estaba ligada a su marido por la menor inclinación, pues se había visto forzada al matrimonio, sin que nadie le pidiese su opinión. Por ello se complacía en el juego, si bien no estaba todavía decidida a olvidar su deber. El rey enamorado sufría con sus coqueteos, aumentaba la pasión y el ridículo que llevaba anejo. En casos parecidos, comentaba Sully que le conocía de antiguo, "el rey ni oía, ni veía nada".

Condé no quería encarnar el personaje de cornudo que al rey le plugo darle, ni siquiera por aquello de "noblesse oblige" en este caso ^{de} bien dudosa aplicación. El papel de protagonista era para el príncipe conservar para sí -con amor o sin él- lo que se le dió por fuerza. Puso a su mujer a cubierto de toda asechanza con numerosas precauciones, que no hacían sino inflamar al tenaz y real amante, que las calificaba de odiosas y hasta de abusivas...

Pocos días después ^{de} la boda, el príncipe Condé anunció su decisión de alejarse de la corte. El rey le negó su venia. El príncipe se obstinó. El rey tuvo uno de sus famosos ataques de ira en los que perdía el control y profería amenazas acompañadas de terribles ademanes. Hemos comentado en otra parte que Enrique IV era muy mal hablado, defecto atribuible a su educación y a su convivencia con los soldados. Profería tacos, algunos de su invención, como la famosa expresión "Ventre-Saint-Gris" de dudosa traducción pero con claros tintes de blasfemia. Sobre el pobre Condé recayeron injurias y amenazas y como se aventurase a calificar la actitud del rey de tiranía, Enrique IV le contestó con una brutal impertinencia. "El único acto de despotismo que había cometido en su vida fué cuando hizo que se le declarase hijo legítimo de su padre y que si lo deseaba le podría hacer conocer en París a quien lo era realmente..."

La inverosímil pelea que antecede terminó con apariencia de verdadera ruptura. Condé decidió llevarse a su mujer a la grupa de su caballo y no paró en su fuga hasta sentirse seguro en el castillo de Valéry. La furia del bearnés fué terrible. Sufría por partida doble, una por su autoridad pisoteada y otra por su corazón privado de su amor. Castigó la rebeldía de Condé porque le humillaba y dió orden a Sully que dejase en suspenso el pago de la pensión y deudas del príncipe. Tan dura represalia satisfacía sus deseos de venganza, pero no le consolaba de la pérdida de Carlota. El poeta Malherbe que como dijo André Chenier "rebajó su musa a nivel de tercería", cantó por encargo real el dolor de la ausencia: (1)

"N'en doutez pas, quoi qu'il advienne,
la belle Oranthe sera tienne;
C'est chose qui ne peut faillir;
le temps adoucira les choses
et vous deux, vous aurez des roses
plus que vous n'en saurez cueillir"

No dudes, cualquier cosa que ocurra
la bella Orante será tuya
no puede ser de otro modo
el tiempo suavizará las cosas
y ambos encontrareis mas rosas
de las que podais coger"

Condé volvió a París, para calmar los ánimos y pensando que había un cambio de humor por parte del rey, con motivo de la boda del duque de Vendôme -el mayor de los hijos de Gabriela d'Estrées- que casaba como se había convenido cuando eran niños con la hija del duque de Mercœur, Señor de Bretaña y que era la heredera mas rica de Francia. El príncipe Condé se presentó acompañado por su mujer. El poeta volvió a cantar y en vez de una melancólica esperanza, puso las campanas a repicar con estas notas:

"Revenez mes plaisirs, ma dame est revenue
et les vœux que j'ai fait pour revoir ses beaux yeux
rendant par mes soupirs ma douleur reconnue
ont eu grâce des cieux"

(Volved placeres pues mi dama ha vuelto y los votos que hice por ver sus bellos ojos, abandonados por mi suspirar, prueba de mi dolor, han obtenido gracia de los cielos)

(1) Ambos versos están tomados del libro de Poésies de Malherbe, citado en la bibliografía.

El rey pensó que sus anhelos habían merecido la "gracia del cielo" y que con su dama volvía su dicha. Se presentó "como un sol rodeado de estrellas, resplandeciente de perlas y pedrerías de inestimable valor, ricamente vestido, acicalado como un joven enamorado. Corrió el anillo (2) y ganó a todos en el juego". La princesa, al verle, reía ante el inaudito monenaje que se le tributaba con trasnochada apostura, con alardes de destreza en el juego y vigor juvenil en su pretendiente barbudo, tan apuesto, tan ágil y tan galán. "Oh! Mon Dieu, que le roi est fou!" exclamó ligeramente, lo que contribuyó a aumentar la locura aceptando cartitas de amor que incontables cómplices le hacían llegar.

Estas naderías eran propias de un colegial si no de un loco, pero Enrique IV estaba encantado. Felizmente para todos, la dicha duró poco. Después de un nuevo altercado, Condé se volvió a marchar y no sintiéndose seguro en Valéry, llevó a su mujer unas leguas de Soissons. Para engañar a los soplores del "Vert-Galant" cambiaba a menudo de residencia, pero el rey tenía muchos servidores complacientes -con nombre específico inútil de citar- que le tenían al corriente de sus movimientos.

Cierta día el gobernador de la plaza de Amiens invitó al príncipe y a su mujer a pasar las fiestas de San Huberto -apertura de la caza- en una finca que tenía cerca de Breteuil. El rey se enteró, probablemente por el mismo anfitrión, y no quiso perder la ocasión de ver a su amada aunque fuera de lejos. Salgó de París con sus confidentes, todos ellos disfrazados y con barbas postizas. Cuando llegaron al pontón de Saint-Leu su extraño aspecto les hizo confundir con unos facinerosos. El preboste del distrito salió en su persecución y al descubrir la identidad del jefe del grupo todo terminó bien, pero ridículo.

Otra vez, mientras Condé cazaba, salió su mujer en una carroza y vio en los alrededores a un halconero pájaro en el puño: era el rey. Al re-

gresara casa, le apareció la misma figura en los lindes del bosque, esta vez en forma de mozo de reala, con un sabueso en liza. En otra ocasión, las dos princesas -nuera y suegra- vieron cerca las libreas reales y gentes con gran número de perros de caza. La madre de Condé, que velaba tanto como su hijo temió verse envuelta en una emboscada. Interrogó a uno de aquellos hombres y el capitán de venería contestó que perseguían a un ciervo en las cercanías y que su grupo era un relevo. Pero mientras la suegra conversaba, Carlota se fijó en los que estaban mas alejados y reconoció a Enrique IV. Se había vestido como los demás o sea con disfraz y llevaba un parche en el ojo izquierdo y en la mano dos trallas de perros.

Volvieron al castillo y desde una ventana pudo ver como desde un pabellón vecino el rey estaba a la espera. La sorpresa de Carlota fué tal que gritó a su suegra: "Dios mio, el rey está ahí!". A lo que siguió la indignación de la madre de Condé contra el señor Traigny y la orden de salir inmediatamente de su casa. El rey acudió al barullo y recibió su parte alícuota de insultos y reproches. El transido enamorado rogó, suplicó y prometió todo lo que podía para calmarla. Fué en vano, porque las dos damas subieron a la carroza y regresaron a Breteuil dando palabra al rey de no comentar aquello. La princesa viuda, sin embargo, se lo contó todo a su hijo.

Enrique IV esta vez se sintió un tanto humillado porque el grotesco incidente se hizo público. Escribió a su sobrino una extraña carta de la que se ha conservado copia. El texto lo muestra preocupado aunque parece mostrarse con gran desenfado (3): "Debeis conocerme bastante para saber que no me asusta el escándalo. Tomo por juez de nuestras discrepancias a mi prima, vuestra madre y a mi primo, vuestro suegro. Si me condenan, os

(3) Nouillac, "Henri IV raconté par lui-même" Ed. A. Picard Paris 1913. Col. de cartas de Enrique IV, selección de 236 que se consideran auténticas.

satisfaré como gustéis. Si el condenado sois vos, no os pediré mas satisfacción que vuestra sumisión y un afecto tan grande a mi persona como el que habeis dado al libertinaje (sic) desde hace cinco o seis meses... Si fuerais tan discreto como yo lo sois, os hubiera otorgado el honor de mi presencia en vuestro San Huberto y hecho rabiar al viejo conde, a quien me recomiendo..." Parece esta carta la pirueta de un hombre que no sabe qué decir.

El príncipe Conde, cansado de tanta persecución, pensó en hacer anular su matrimonio y así lo declaró a Villebri cierto día, despues de una discusión en palacio. El ministro se lo contó al rey a quien pareció una excelente idea. Lo malo es que su sobrino ponía la condición de que, entretanto se obtenía la anulación, su mujer habría de permanecer en su casa.

Enrique IV no aceptó pues sabía que la causa de anulación era larga y su paciencia corta. Sabía que moriría de tristeza si no tenía pronto a la princesa entre sus brazos. Acusó al intransigente marido de una serie de sevicias contra su mujer y de crimen contra él. Parecía por su actitud que, el que un marido no le abandonase a su mujer, era alta traición y violación de las leyes fundamentales del reino. Insultó y amenazó también a Virey que era secretario particular de Conde, honrado y fiel servidor y según él culpable de la actitud y resistencia que encontraba en su camino.

Según el duque d'Aumale era tal el desvarío que declaró que de no haber sido rey de Navarra y no de Francia se hubiera proclamado paladín de la princesa y reñido en duelo con el príncipe. Encargó a Virey que dijese a su señor que si no obedecía y usaba de violencia con su mujer se acordaría de su rey. Le conminó a que compareciera en la corte para asistir al alumbramiento de la reina, como le obligaba el protocolo en su calidad de primer príncipe de sangre. Conde no encontró pretexto para sustraerse a tal obligación y fué al Louvre, pero sin su

mujer. María de Medicis deseaba un mínimo de tranquilidad y, le aconsejó que llamase a su esposa, y prometió alojarla en sus propias habitaciones. Condé balbuceó excusas; dió a entender que iba a buscar a Carlota y salió de París.

La Huida

Carlota estaba en Muret y allí fué Condé, a su encuentro. Tres días más tarde anunció que iban a la caza del jabalí. Acomodó a su mujer en un coche y, con dos gentilhombres de su casa, salió con rumbo a los Países-Bajos españoles. Iban con ellos, Virey el buen secretario, dos damas de la princesa y tres criados (4)

(4) Poirson, que escribió tres gruesos tomos, -mil páginas exactamente-, a la gloria del rey- "C'est l'ouvrage le plus sérieux et le plus complet"(a) dice Lanux -sólo dedica veintitantas líneas a la fuga de Condé. En cuanto a su mujer no le concede más que una vaga mención, de pasada. Dice: "Henri, parvenu à sa cinquante-sixième année, eut la faiblesse de ne pas rester insensible à l'incomparable beauté de Mademoiselle de Montmorency, femme de seize ans, qui épousa, le prince de Condé le 3 Mars 1609. Condé craignit pour son honneur et fut poussé aux mesures extrêmes par la jalousie de María de Medicis et par les intrigues espagnoles... Esto es todo. (b)

Pierre de Lanux, que juzgó a Poirson serio y su obra la más completa sobre aquel rey, en su libro LA VIE DE HENRI IV, Vie des hommes illustres. N°26- París 1928, dedica mucho espacio al GRAND DESSEIN, -pero se limita a una ligera alusión al postrer enamoramiento del -- bearnés. En cambio, para compensar lo que suprime, nos da una frase que merece anotarse como prueba de los extremos a que puede llegar -- una exaltación desorbitada. Dice: "Ce fut peut-être en souvenir du héros dont elle avait attendu les caresses; que dix ans plus tard, elle mit au monde le Grand Condé"(c). Curiosa invención del entusiasmo: la fecundación por el recuerdo de lo que no existió.

(a) Es la obra más seria y más completa

(b) Enrique, llegado a los cincuenta y seis años, tuvo la flaqueza de no permanecer insensible a la incomparable belleza de Mademoiselle de Montmorency, mujer de dieciseis años, que casó con el Príncipe de Condé el 3 de Marzo de 1609. Condé temió por su honor y fué arrastrado a medidas extremas por los celos de María de Medicis y por las -- intrigas españolas...

(c) Fué acaso en recuerdo del héroe cuyas caricias había esperado, que, diez años después, dió a luz al Gran Condé.

Era un día sombrío de invierno, frío y lluvioso, que hacía la marcha penosa, el temor más lacerante, la huida del país natal más triste. Llegados a Grécy, Condé hizo montar a la princesa a la grupa del caballo, y como un malhechor que pretende escapar a los rigores de la justicia, corrió a rienda suelta hacia la frontera.

Un guarda que, barrantó el objetivo de aquel viaje, y asustado por las consecuencias de la fuga y temeroso de ser acusado complicidad, envió a su hijo a París a dar cuenta de lo que ocurría.

En la Corte nadie pudo sospechar que el joven Condé que parecía tímido y apocado, fuese hombre de arretos para oponer tamén resistencia a la voluntad del rey, aún menos para tal decisión. En casos análogos, que la liviandad de los tiempos hacía cada vez más frecuentes, la resignación y aun la benignidad eran consideradas situación tolerable, sino como un honor, no siempre desprovista de ventajas - que hacían contrapeso en la balanza de los sentimientos.

El único que se ufano de haber advertido el estado de ánimo que hizo posible tan grave resolución fué el duque de Sully, que, según afirma, lo dijo a Su Majestad. Pero Enrique IV no tomó en serio el aviso; creía conocer mejor que los otros a su sobrino, Mozalbete, - en su concepto, ayuno de carácter de quien podía disponer a su antojo; sabía, igualmente, que el superintendente de sus finanzas tenía pretensiones de austeridad en materia de costumbres, no aprobaba de todo sus devaneos, ni mantenía relaciones muy cordiales con Condé.

La noticia de la fuga llegó al Louvre a eso de las seis de la tarde. Enrique IV se hallaba enzarzado en una partida de cartas. Hacía mal tiempo y no había podido salir. Llegó alguien que le habló al oído. Súbitamente pálido, como paralizado por la sorpresa, dijo a Bassompierre: "Estoy perdido si ese hombre se ha llevado a su mujer, quién sabe si para meterla o sacarla de Francia. Cuida de mí - dinero, mientras salgo en busca de noticias."

En un instante reunió a cuantos juzgaba que podrían procurarle información y a quienes estimó que le pudieran asistir con su consejo. Bassompierre ha dejado un relato de la emoción que produjo el suceso:

"Luego que salió el rey, el conde de Soissons me rogó que le dijese de qué se trataba. Contesté que sus sobrinos se habían dado a la fuga. Después, los señores de Guisq, de Epernon y de Créquy me hicieron la misma pregunta y les tuve que dar igual contestación. To do el mundo se retiró del juego y yo, con pretexto de llevar su dinero al rey, entré donde estaba. No he visto en mi vida a un hombre más deshecho ni más fuera de sí. Estaban con él el marqués de Coeuvres, el conde de Gramont, de Elbène y Lomenie. Cuando alguien hablaba o proponía que se adoptase una medida, se declaraba de acuerdo y mandaba a Lomenie que lo pusiera en ejecución... Ordenó que se convocase a sus ministros y, a medida que llegaban, tenían que darle consejo, el plato de su gusto... Pero no quiso resolver hasta haber oído la opinión de Sully"... (5)

(5) Bassompierre. Op. Cit.

Esté dormía ya cuando fué llamado y acudió de malhumor, como de costumbre, pues era tan gruñón como vanidoso é insuportable. También él anotó en sus conocidas memorias, las circunstancias de la jornada que, con alguna razón, pudo ser calificada de "histórica". "Llegado al Louvre, cuenta, a eso de las once de la noche, hallé al rey en la habitación de la reina, paseando, con la cabeza baja, las manos en la espalda; y, en pie, contra las paredes, separados entre ellos y sin decir palabra ni hablar entre sí, por estar lejos unos de otros, Sillery, Villeroi, Gesvres, La Force, La Varanne". "El -- rey, al verme entrar, me cogió las manos. "¿Qué decís vos?". Le contesté que no me parecía cosa nueva ni extraña y que luego que me había en el Arsenal, lo esperaba. -- "Bueno, ¿qué hay que hacer? -- Nada. -- ¿Cómo nada? -- Sí, nada. Si le dejáis en paz y dáis a entender que nadie se ocupa de él, se le tendrá en poco y no se le prestará ayuda...; dentro de tres meses, forzado por la necesidad, tendrá que rendirse a discreción". Pero como el rey estaba tan conturbado e inquieto, no se conformó"... (6)

De vez en cuando levantaba la cabeza y podía su parecer al huir llegaba, que tenía que decir lo primero que le venía a las mentes. Aceptaba todas las propuestas y disponía que se ejecutase cualquier cosa, inmediatamente. Las órdenes se sucedían, alondamente, sin interrupción, contradictorias, cuando no absurdas.

(6) *Deconomies Royales*. Paris 1970

(a) Petitot, M. "Collection des Mémoires relatifs à l'histoire de France". Mémoires des sages et royales Occonomies d'Etat de Henry le Grand", par le Duc de Sully, Libraire Foucault, Paris 1820.

En plena noche escribió a M. de Balagny, gobernador de Marle, y al que lo era de la plaza de Guisa, para ordenarles que pusieran en campaña sus guarniciones y de tuvieran a los fugitivos "dondequiera que se hallasen" (7). Luego despachó a La Chaussée, de su guardia de corps, con encargo de que, si lo encontraba ya fuera del reino, requiriese a los gobernadores y magistrados, les diese a conocer sus órdenes y "los conjurase y rogara para que detuvieran al príncipe y a su séquito, asegurando Su Majestad que, con ello, prestarían un servicio grato a los archiduques". Esta afirmación parece a simple vista un tanto aventurada, como vamos a tener ocasión de comprobar. Apenas salió el mensajero, despachó a otros con instrucciones análogas. Entretanto, el príncipe de Condé ya había atravesado la frontera. . . .

CAPÍTULO IIº

" LA RAZON DE LA SINRAZON "

LO QUE CONDE NO PENSO JAMAS.

" Le jeune homme aime avec
sa force qui diminue. Le vieillard
avec faiblesse qui augmente ".

BALZAC.



La razón de la sinrazón. - Lo que Condé no pensó jamás.

El problema de la sucesión de los ducados de Juliers y de Clèves era sin duda el asidero mejor para justificar una acción militar. Servía para intimidar lo que se propuso Enrique IV cuando vió que el principe de Condé estaba en los Países Bajos. Tuvo que parecer insensato y lo era, proclamar ante el mundo que un gran reino como Francia iba a lanzarse a la guerra sólo para que su rey, anciano y achacoso de antiguo, fuese a ~~adoptarse~~ ^{adoptarse} otro nombre de mujer en su larga relación de devaneos. Pudo suponer y lo creyó firmemente que tanto los Archiduques como el Rey de España, no aceptarían la eventualidad de un conflicto por causa tan nimia y que visto de cerca el peligro, no aceptarían la eventualidad dicha y cederían ante sus peticiones. En un momento ulterior, cuando Conde ya se encontraba en Milán, pensó en lo que él podría intentar teniendo entre manos causa de perturbación tan valiosa. Enrique IV no carecía de experiencia en lides de utilizar para fines políticos a los refugiados españoles que, por buenas razones o por malas, huían de su país y se dedicaban, entonces y en cualquier tiempo de nuestra historia en ser los primeros denigradores de su patria. Enrique IV pudo creer, porque la cuestión se le planteó varias veces, que su sobrino Condé podría poner en marcha y en entredicho la legitimidad de su matrimonio y al frente de los que sostenían aún esta opinión, entre los que se contaban muchos hugonotes, se lanzase a combatir el orden de sucesión y reivindicase la Corona de Francia para sí o en favor de su descendencia ilegítima.

Ante esta razón, como móvil, se podrían aportar ciertos documentos aunque su fuerza probatoria resultase sumamente pobre. El autor anónimo de "La vie de Marie de Médicis, Princesse toscane, Reine de France et de Navarre"(1)

(1) Este libro se suele atribuir a Madame Darconville, Paris 1774.

copta una instrucción dada al señor de la Chelle, enviado al duque de Lorena, para demostrar que Enrique IV actuaba empujado tanto por aquel loco amor por la princesa Carlota, que por el odio que profesaba a su primo el príncipe de Condé. El rey pretendía que el lorenés hiciera suyas sus querellas y le prestase ayuda para combatir a España. Luego de recordar los motivos que tenía para quejarse de Felipe III, decía: "Hay que añadir a esto la ofensa que Su Majestad recibe en la actualidad del rey... por la asistencia y protección notorias que da al príncipe Condé... en su desobediencia y rebeldía, luego que éste ha osado proclamar y publicar su infame pretensión a la corona de Su Majestad, con exclusión del Delfín y sus señores hermanos". Tal falacia, el príncipe de Condé no la pensó jamás. Ni pasó por su imaginación.

Pero este texto no prueba nada. Es evidente que Enrique IV tenía que dar a la petición de ayuda una razón de peso político, pues la verdadera a todas luces -su senil amor por Carlota- era inutilizable. En las "Memorias" de Névers hay otra instrucción de Enrique IV, de este mismo tono, dada a M. de Bouillon, enviado a tratar con el duque de Saboya. Dice, a propósito del príncipe de Condé que "su salida del reino está fundada en motivos muy diferentes de los que había publicado y eran de muy otra consecuencia para el Rey, para el Delfín y para Francia".

Todo lo que antecede se nos presenta como una diversión obligada, como una excusa reveladora de que el público consenso, en países extranjeros, conocía las verdaderas causas y la convicción, por parte del rey, de que había necesidad de acreditar con algo de más peso, para que la misión de su embajador pudiera tomarse en serio. El príncipe de Condé tenía que aparecer ante el mundo, no como un marido que atraviesa la frontera de su país para defender su honor y el de su apellido ilustre por tantas generaciones y cuidar de la respetabilidad de su hogar, sino

el que fuese considerado como un enemigo público, peligrosos para el reino de Francia y también para la dinastía Borbón. De haber sido esta su convicción, se explicarían mal sus insistentes ofertas de perdón.

(2) Vittorio Siri, al servicio de Enrique IV pretendió dar valor a aquel pretexto político. Afirmaba que no eran sólo los celos los que llevaron a Condé a salir de Francia en la huida que hemos narrado en otro capítulo, sino además la esperanza de conseguir que se declarase nulo el matrimonio del rey y, a su muerte, a favor de las disensiones francesas, ascender él mismo al trono. Pero este autor asegura que el nuncio exhortó al príncipe de Condé a regresar a su patria y le dijo, para decidirlle, que no era probable que Felipe III quisiera romper con Francia para favorecer el proyecto de declarar bastardos a los hijos del matrimonio de Enrique IV con María de Médicis. El anónimo autor de la vida de esta reina responde a esto que el representante de su Santidad, al hablar de ello, estaba mal informado o disimulaba lo que sabía muy bien. Esto es, que el rey de Francia se quejaba de que el conde de Fuentes, gobernador de Lombardía, apoyase aquellas pretenciones y de que don Francisco de Castro, embajador del rey católico, las defendiese en Roma. Conviene dicho escritor en que la cuestión de los ducados alemanes fué sólo un pretexto para atacar a los Archiduques de las Provincias Unidas y obligarles a entregar al príncipe de Condé y a Carlota su mujer. Y, luego de discutir, viene a parar a lo mismo que decía Villeroy a Pecquius: "Que venga la princesa y bastarán tres o cuatro mil hombres para arreglar el negocio del ducado de Juliers". Esta es la pura verdad que escapa por todas las grietas de la ficción.

Vaissière la admite de mala gana porque admira a todo trance

al bernés, la aberración susceptible de hacer dudar de los talentos políticos que él tanto alaba en el curso de su extensa biografía. "Los planes bélicos de Enrique IV no fueron inspirados, en un principio, mas que por el deseo de ~~asegurar~~ asegurar un arreglo satisfactorio al problema de Clèves y de Juliers y, al propio tiempo, su situación en Alemania (alusión a su esperanza en centrar la corona imperial). Pero que "para conquistar a su princesa", pensara en transformar la simple intervención armada en una guerra general y, especialmente, en la de los países Bajos contra España, "es lo que se puede creer sin imaginación sobrada", como dice un eminente historiador.

El circunloquio que antecede termina, como se ve, con una confesión rebozada. Saint-Simon es mucho mas explícito. Luego de explicar que lo de Clèves no era mas que un pretexto para ir a quitar a la Princesa de Condé la protección de los Archiduques, "la beauté qui le transportait d'amour et de rage", se detiene a demostrar, como nosotros lo hacemos en el curso de estas páginas, la vacuidad de sus otros planes.

La protección de España al Príncipe fué un elemento anejo, su mujer el principal. Condé, en el concepto del Rey Enrique IV era muy poca cosa, pero podía ponerse a la cabeza de los descontentos que seguían siendo numerosos y tenían un respetable poder. Había gentes disconformes con la dirección política que se llevaba tanto en el interior como en el exterior. Algunos tenían la sensación de que seguía orientada -sensación por no decir convicción- hacia los hugonotes o sea los enemigos de la religión católica que era no sólo en París sino en todo el país la gran mayoría. Con la ayuda de España pensaba Enrique IV y lo confirmaba don Inigo de Cárdenas en sus despachos, el príncipe de Condé podía adquirir mayor importancia(3).

Pero, tenía tan poca cosa. Tanto en Milán como en los Países

(3) El pueblo de París no tenía ningún afecto por Enrique IV. La necesidad que él sentía de comprimir las libertades municipales favorecía las inquietudes populares que se manifestaban bajo la forma de pasquines, pintadas y atentados. . . .

Bajos el Principe de Condé no dió una buena imagen. Se le encontró inferior a su dignidad, rico sólo en presunción, sin apariencia de lo que se exigía en un príncipe de sangre real. Aunque honrado y festejado, tampoco él se sentía a gusto en Lombardía. Emisarios mas o menos secretos del rey de Francia le aconsejaban que se trasladase a Roma y el conde de Fuentes que vió que no le podía servir de gran cosa, cuando Condé le consultó sobre el posible traslado, no le disuadió lo mas mínimo. Fuentes se limitó a hacerle ver que en la capital del mundo cristiano había gran número de franceses entre los cuales se decía que su cabeza estaba puesta a precio y por tanto su estancia podía no resultarle segura. Había noticias de que el mariscal de Lesdiguières, con el duque de Saboya, hacían incursiones en las fronteras del ducado. Por todas estas razones Condé decidió permanecer en Milán por considerarse allí mas seguro que otra parte y declaro que en lo sucesivo pensaba dejarse guiar por el consejo del rey de España del que se fiaba mas que del suyo propio.

Por lo antedicho se comprende que Condé era un refugiado efectivo, no un instrumento de la política española, aunque lo pudo ser si los acontecimientos hubieran seguido el curso planeado por Enrique IV.

Es indudable que la actitud del bearnés había causado inquietud del otro lado de las fronteras. España no quería mas guerras. Despues de las que tuvo que sostener en tiempos de Felipe II, el estado de su hacienda era precario y ya desde los tiempos del Emperador Carlos V se aconsejaba mantener, en lo posible, la paz. Los archiduques, conocían de antiguo los males que lleva consigo la lucha y no podían desear, ni dejar de temer que se renovasen sus horrores en un país con grandes intrigas y peligrosos vecinos. Los preparativos militares del rey francés por su finalidad mal definida era para todos causa de verdadera preocupación. Nadie podía pensar que Enrique IV quería solamente

Llevar socorro a sus amigos, como él afirmaba, en la guerra por los Ducados. La importancia de sus armamentos habría que explicarla de otro modo. El benir-nés no ocultaba que para ir al de Jullers pasaría por los Países Bajos, bien que añadía que no tomaría en ellos cuarteles ni haría daño alguno "ni siquiera a un ave de corral". Pero cuando se le indicó que podría hacer pasar a sus tropas sucesivamente, en pequeñas unidades, dijo que esto no era digno de su condición y que su ejército pasaría en un sólo cuerpo y que si se le negaba el paso en estas condiciones lo obtendría por la fuerza, "casus belli". ¿Cómo no deducir que se proponía tomar posiciones fuera de sus fronteras para amenazar a los Países Bajos? Spínola así lo pensaba. A su juicio, si no emprendía en forma decidida y desde el comienzo de la campaña una acción ofensiva contra aquellos territorios se instalaría en el ducado de Jullers, posición estratégica y de capital importancia en manos de una gran potencia y gracias a la cual podría atacar a los Archiducos por el sur y por la espalda. Tal situación resultaría muy difícil para Flandes, insostenible para España, porque cortar la comunicación con sus posiciones defensivas y con sus bases en Italia, que eran vitales para la conservación de su imperio. El ejército ^{no} ascendía a tres o cuatro mil hombres como había dicho Villeroi, sino que según las estimaciones más verosímiles era algo así como unos 35.000 Infantes, abundante artillería y una buena cantidad de caballería (alguna publicación ha hablado de cientos de miles, pero eso es absurdo) (4) España no podía ceder, por dignidad y porque iba en ello una condición consubstancial a su propia existencia como potencia continental. Todo esto era lo que ponía en juego el amor de un sexagenario por una muchacha que no tenía aún 20 años. . .

(4) El duque de Aumale habla de 220.000 hombres y el de Ferrière 280.000. Poirson más modesto dice 110.000 y dice que Carlos V y Felipe II explotaron por codicia el exterminio de América de 12 millones de hombres. No era tanto, como lo que hubiera sucedido en Inglaterra sin el desastre de la Invencible. Siempre según este autor los españoles estaban juramentados para exterminar a todos los habitantes sin miramientos de edad ni sexo, mayores de 7 años, "hubieran marcado a los

Polémica y coda. -

El buen duque de Aumale para que la figura de Enrique IV no resultase demasiado desventajosa y se convirtiera en fin de cuentas en un desequilibrado senil al final de su vida, trata de salvarle del menosprecio con meritorios pero inútiles esfuerzos. Concretamos en la obra de este autor nuestra discusión no por ser el único que malgastó su tiempo y pluma en una defensa imposible sino por estimarle mas digno de consideración como cronista, con lo que no preter demos afirmar que deja de ser arbitrario en ocasiones y muy dado a contradecirse.

Aumale afirmó, por ejemplo, que Pecqulus tuvo que percibir que los amorosos ardores del antiguo "Vert-Galant" no fueron su impulso motor. Lo curioso en este autor es haber hecho tal afirmación luego de publicar los despachos del representante del Archiduque -los que figuran al final de esta obra- de los que se deduce justamente lo contrario. Al comunicar a Bruselas sus conversaciones con el rey, con sus ministros, con su confesor, con el nuncio de S. S. con sus amigos y con sus confidentes, llega a la conclusión invariable de que sin el retorno a Francia de la princesa de Condé no había solución posible para evitar la guerra. Es mas, deja de lado, como si no existieran, todos los demas pretextos. En cierta ocasión asegura, según palabras textuales de Villeroi, que por la cuestión de los Ducados no habría guerra, aunque España ayudase al partido del Emperador con hombres y con dinero y el francés enviase tropas y subsidios al partido adverso. En otros momentos, ya muy avanzados los preparativos bélicos, se le dijo, por pudor, que si había rompimiento, no sería por causa de la princesa de Condé sino por la del príncipe (1) Pero los proyectos de rapto fueron abando-

sig. pag. ant. niños en el rostro y servido de ellos como esclavos" O. cit.
Lanux da estos detalles de las tropas del rey: en Italia: 60.000 hombre y 46 cañones mandados por Lesdiguières o sea franceses, tropas del Papa, de Saboya y de Venecia. En España: dos ejércitos a ambos lados de los Pirineos y 12.000 suizos mandados por Enrique IV. Se le iban a reunir tres ejércitos mas y 150 millones de libras.

nados sólo aparentemente, no cesaron los intentos, aunque la petición de divorcio se dejó sin efecto por demasiada lentitud y la cuestión del príncipe de Condé era pura cobertura para declararle reo de lesa majestad, muerto civil y privadamente, por tanto libre de la autoridad marital que era el único obstáculo para el regreso de la princesa a Francia. El mismo duque de Aumale asegura que la última visita del rey a Sully tenía por objeto tratar de un nuevo plan de rapto. No se nos alcanza por qué razón el buen Pecquius pudo percibir otra cosa. En las "Economías reales" no se alude para nada al tema.

Llevado por el empeño de mantener el mito hace otras afirmaciones de no mayor consistencia, como la de que Enrique IV sólo "se proponía alarmar a los archiduques con amenazas y desarmarles con esperanzas, sin adquirir compromisos con ellos". Pero no nos dice para qué amenazaba a quienes no tenían ningún pleito con él, ni conocían mas demanda suya que la de que se devolviera a Francia a la mujer de Condé. Desarmarles ¿con qué objeto? ¿Para atacarles sin ninguna razón ni excusa? Eso nos importaría poder contestar.

Vistos los despachos de Pecquius, se podría objetar que si el rey se proponía ejercer un efecto político a base de sus armanebtos, fuera el que fuere, procedió con alarmante incapacidad y pudo crear terribles consecuencias. Alarmó a sus vecinos que como no tenían claro conocimiento de sus intenciones, ni de sus proyectos, los archiduques y los españoles tuvieron que aprestarse no a ceder peticiones que no les habían sido formuladas, sino a preparar su defensa. No consiguió siquiera intimidar al propio Pecquius que no parece haber sido un prodigio de heroísmo: se limitó a comunicar a Bruselas las noticias que tenía de los preparativos y aconsejar a los archiduques, no que se inclinassen ante los desechos secretos -secretos para la diplomacia oficial- del rey, sino que se levantasen tropas con que hacer frente al ejército francés. Por esta razón escribía: "... en

mi opinión el sólo medio de enfriar los designios del rey cristianísimo es armarnos gallardamente y lo mas pronto que se pueda". El duque de Aumale añade en otro lugar que desarmaba a los archiduques con esperanzas... No los desarmó, antes al contrario y en los documentos no hallamos mención alguna que lo permita esperar. La amenaza es constante, a breve plazo, con el rey al frente de las tropas.

La finalidad de Enrique IV era hacer presión, sin alcanzar el fin de la coerción moral para no convenir que su única pretensión era lograr a una mujer. Cuando buscó la razón de mas cerca, para que el punto de interrogación no quedase sin contestación, habló de la protección que España prestaba a Condé. Pero al llegar a este punto olvida algo importante y es que el príncipe no se hallaba a la sazón ya en los Países Bajos, sino en Milan y que el ejército francés no se concentraba en los Alpes ni en los Pirineos, sino en las fronteras del Norte de Francia, allí donde Enrique IV no tenía enemigos, sino a una deseada jovencita. Es bien sabido ademas y en otra parte ya lo hemos señalado, que el príncipe no ejerció acción alguna en Flandes, donde se le prestó asilo con regateos y no encontró afecto ni simpatía e incluso se le indujo a abandonar el país: malos medios todos los que acabamos de citar para captar voluntades. Su presencia en Milan, valga lo que valiere, tomaba carácter político, el que le dió el rey de Francia al preparar la guerra. Sus tropas, en cambio, se encaminaban hacia Châlons y Mézières...

Para uso del curioso lector que quiera ahorrar la lectura de los numerosos despachos de Pecquius, tan importantes para la comprensión de este asunto, anotamos a continuación unos extractos de las esperanzas de paz que daba a la Corte flamenca:

El 10 de marzo anunciaba que las tropas francesas habían recibido orden

de concentrarse en Champagne - Condé se hallaba en Milán-... "el rey irá en persona a Châlons, donde ha hecho llevar de aquí veintuna piezas de cañón, veinte mil balas y gran cantidad de pólvora"... "según avisan que he recibido... el cristianísimo se propone hacer una incursión hostil por los territorios de V. A. y sorprender si puede, algunas plazas fronterizas, pues está decidido a romper con S. M. y VV. AA. " Otro día: "... El discurso que el rey dirigió al nuncio de S. S. refuerza también la apariencia de esta verdad... que ya era tarde para hablar de arreglos; que las diferencias no se podían solventar más que con la espada"... Se podrían multiplicar las citas y llenar con ellas el espacio de muchas páginas.

Animale quisiera hacer creer que el embajador de España Don Inigo de Cárdenas fué la causa de la tensión por su carácter irritable e ignorancia del francés. Comprendía mal a Enrique IV que a su vez conocía poco o nada el español. Pecquius no tenía estos defectos de comprensión. A mi modo de ver esta consideración no tiene valor alguno. Entonces como ahora, las cuestiones fundamentales se trataban por medio de intérpretes. Además que sus fuentes de información no eran seguramente las palabras directas del rey. Tenía otras más fidedignas a su servicio. Sus despachos a pesar de la citada deficiencia, con diferencia de tono coinciden con lo que decía a Bruselas el representante de los archiduques que conocía, por ser el suyo, el idioma y escribía a su Corte en francés. Pero al llegar a este punto de la discusión, apenas comenzada, se nos antoja ociosa. Las páginas anteriores, en las que no puso nada la imaginación y están sacadas de escritos de autenticidad no discutida, parece que hayan de hacer inútil la reiteración. Preferimos copiar, para terminar este capítulo una carta de la Infanta Isabel Clara Eugenia dirigida a su hermano el rey católico:

"Aquí todos hablan de guerra. Mi primo -el archiduque- os escribe de su lado. El de Francia -Enrique IV- se agita mucho para reunir un ejército. Acabará por romper con nosotros por no querer darle esta mujer, a la que tiene muy ganada o, por mejor decir, perdida. Me da lástima, porque es de lo mejor del mundo, muy afable y de buen natural. Pero los malos consejos que ha recibido y recibe la ciegan, y otro tanto hacen las cartas que le llegan de otra parte -del rey de Francia- que, a mi manera de ver, van a ser su perdición. Hacemos lo que podemos por distraerla y ganar su confianza, pero se nos antoja que perdemos el tiempo. En cuanto la dejamos, recibe una multitud de cartas y escritos. Las alcahuetas (sic) no faltan y hay que citar en primer lugar a la mujer del embajador de su rey que está aquí. El marido es un hombre honrado. Está igualmente a su servicio una vieja que la gobierna absolutamente. He tenido que prescindir de ella. Está en casa del embajador y todos los días le envía un borrador de lo que le tiene que escribir al rey. La princesa es, en verdad, de una belleza tan celestial, que si hubiese que hacer su retrato se le debería representar como un ángel y cuando pienso en la figura del galán, no puedo dejar de reirme del motivo que suscitará esta guerra"(5)

A través de la carta anterior no se percibe, como puede verse, ningún efecto de intimidación por parte de los archiduques, ni duda alguna sobre el conflicto, ni vacilación en lo referente a las causas. Y forzoso resulta creer que cuando la Infanta escribía al rey su hermano, era absolutamente sincera en tales extremos.

Mas tarde, el 3 de mayo, en vísperas del día fijado por Enrique IV para ir al campo de batalla escribía al duque de Lerma:

"Espero que Nuestro Señor nos ayude y que mi hermano, con las

(5) Melki de quien tomamos esta carta dice exactamente: "La princesse est un ange, mais quel galant, quelle laideur et quelle ruine". como comentario a la misiva.

fuerzas que tiene no ceda ante las amenazas. Me da gran cuidado que mi primo tenga que verse obligado a salir otra vez a campaña. Quanto os puedo decir de la guespada (sic) es que nos ocupamos mucho de su diversión y de su salud y que nuestros esfuerzos son mal recibidos, pues el galán lo envenena todo. Está tan leso y es tan bueno... Hay que perdonárselo todo...""

Hasta su último instante Enrique IV pensó apoderarse de él por soborno, por ardid o por la fuerza(6) Su postrer pensamiento lo consagró a una empresa de este género. Y al comprobarlo así el buen duque de Aumale concluye con esta pladosa conclusión: "Confesemos que no trataba de utilizar los medios mas nobles ni la franca y generosa audacia de un Tristan o de un Lancelot para conquistar a la mujer que creía amar. Podía divertirse en haber bordar en sus vestiduras de guerra el lema de su dama sin que recordase por ésto a los caballeros de la Tabla Redonda, sino como un gran capitán y un gran rey".

Este final de discurso adolece del grave pecado de la incongruencia aún desde el punto de vista puramente literal. Tiene las apariencias de una pirueta sin arte, a menos que no se a una tergiversación o el fruto huero de un prejulicio que se obstina en cerrar los ojos. ¿Qué viene a hacer aquí lo de "gran capitán"? A no ser que haya que tener por tal a un hombre que prepara una campaña militar con fines inconfesables, de la que no era posible calcular cual hubiera podido ser el resultado y sin razón de peso alguna para suponer que no había de terminar desastrosamente (7)

(6) Véase la minuta redactada por Sully de la última carta de Enrique IV a los archiduques del 11 de mayo. Murió el 14. Doc. nº 84-85

(7) Melki escribe: "se ha dicho que aún sin la aventura de la princesa de Condé, sus proyectos hubieran sido siempre los mismos. Las causas determinantes actuaban siempre y le empujaban a la lucha espada en mano. Le marcaban para ser campeón de la Europa rebelada contra el sueño de dominio que España persiguió siempre. Fué acaso su proyecto primero, tanto tiempo aplazado y a la par el ansia de imperio que parece a veces embriagar a este ambicioso, dispuesto a reanudar el conflicto, que iba a cumplir entonces un siglo y las querrelas de Francisco I con Carlos V".

Algún autor ha afirmado que lo que primó en Enrique IV fué el "Grand Dessein" o la Idea del Imperio, mejor dicho substituir a España en su hegemonía y no la idea del rapto de la princesa de Condé. O sea que el amor a la princesa fué lo accesorio. Y sin embargo todo parece señalar que la que pasó a primer plano fué la mujer, el objetivo de la ambición política perdió su categoría primordial y quedó, mucho mas llanamente en pretexto. A mi modo de ver este es el criterio que tiene que prevalecer en el juicio de esta non-nata guerra.

Por la anterior afirmación se comprenderá que rechazamos de lleno la afirmación de Lanouvelle cuando dice: "Jamais il n'oublia, dans les bras d'une femme ses devoirs de souverain. . . ." (Nunca olvidó sus deberes de rey cuando estaba con una mujer).

Vaisière, tantas veces citado, al hablar de su campaña de 1691-92 terminada también lamentablemente dice textualmente: "Sur la seconde fois, il -Farnesio- venait de donner la mesure de ses hautes qualités de stratège, dont seuls les panégyristes trop enthousiastes ont pu faire honneur à Henri IV, vaillant soldat, certes et déterminé capitain, mais qui à aucun moment et l'on doit en être mieux convaincu maintenant- n'apparait comme un grand homme de guerre"(8)

Es título igualmente arbitrario llamar a Enrique IV "gran rey" en el momento de su vida en que se demuestra su mayor locura. A no ser que fuese por haber llegado a creer que sus planes concebidos, fantásticos y quiméricos hubieran sido una realidad o poder llegar a serlo. Planes que no llegaron a comenzarse. . . .

¿Quiso alguien decir que para ganar a la dama de sus pensamientos se quiso servir de la guerra en vez de utilizar a este fin métodos cavallere: (8) (Por segunda vez -Farnesio- acababa de dar muestra de sus grandes condiciones de estratega, de los que tan sólo los panegiristas entusiastas de Enrique IV, valeroso soldado es cierto y "decidido capitán", pero que en momento alguno -y nunca como en este caso se adquiere la convicción- aparece como un gran hombre de guerra".

cos, más nobles en su sentir, más humanos según nuestro modo de ver? Tendríamos que volver a los versos homéricos, si reales fueron y no pura alegoría del poeta, para imaginar la misma situación. ¿Por qué provocar una guerra por una mujer ha de ser lo propio de un gran capitán y de un gran rey...?

El torbellino de dudas en que nos sumen estos conceptos aumenta y produce vértigo cuando un historiador como el duque d'Aumale que dedica cinco mil apretadas páginas a la historia de los Condé concluye dándonos el consejo de que "rompamos la novela de caballería que se ha querido atribuir a este personaje tan poco novelesco". El duque de Aumale desea, sin duda alguna, que olvidemos bruscamente, no sabemos con qué objeto, lo que durante cientos de páginas trató de hacernos ver. Y que dispersemos al viento todo aquello que no sea para la mayor gloria de Enrique IV.

Que Enrique IV el Bearnés no era un romántico ¿quién lo duda? La inmediata respuesta que nos viene a la mente es: Víctor Hugo y su Henriade. "Romper la novela" ¿por qué razón? No se la puede eliminar por ser, en buena parte historia, ni culpa de nadie es es que el personaje histórico en cuestión sea novelesco al mismo tiempo. Repito que no se la puede eliminar a menos de probar previamente que la documentación del propio duque de Aumale, de Bassompierre, de Sully y de tantos otros testimonios de la época son apócrifos y falsas las informaciones que constituyen su complemento y ratificación.

Pero la verdad es que de todas ellas resulta que un rey de Francia ya sexagénario y en el siglo en que vivió era ya un anciano, puso en pie de guerra todas las fuerzas de que disponía y gastó a manos llenas su tesoro, no para combatir a un fiero enemigo que amenazaba la paz o el bienestar de su pueblo, la grandeza de su monarquía, la integridad de sus territorios, la dignidad de su

corona o la herencia de su Delfín. . . . sino por el amor de la esposa del príncipe de Condé que contaba apenas veinte años. . . .

Enrique IV hizo que el duque de Sully vaciase el Arsenal de balas y de cañones como sus arcas que tanto cuidado había tenido en rellenar el avariento hugonote que era su hombre de confianza. Enrique IV movilizó a sus mariscales y a sus hombres de armas y con ellos a sus poetas para que compusieran madrigales y endecas y a los músicos encargó que compusieran canciones. El rey hizo que se bordase en su jubón y en su arnés de batalla, en letras de oro, la cifra de aquella mujer. Y cuando ya se disponía a montar en su caballo blanco en la hora rosada que anuncia la realización de largas ilusiones, todo llegó a su fin.

Enrique IV ya se había despedido de la Corte, había dejado la regencia a María de Médicis la Reina. Había ceñido la brillante espada y tocado el yelmo de nuevo penacho de blancas plumas. Era probablemente en su recuerdo los tiempos gloriosos de su juventud simbolizados como guión y punto de mira de aquellas fogosas mesnadas. . . . Pero todo terminó en un instante. La mano del crimen transformó en tragedia lo que debió ser himno de victoria o placer sencillamente humano.

El horror de la muerte inmovilizó en sus labios la sonrisa burlona, ya desdentada la que arrancaba el entremés que precedió a la tragedia. Pero la novela de caballería de Enrique IV, la que hizo reír a tantas gentes, ni se puede borrar ni ha quedado olvidada del todo. No tuvo para narrarla una pluma que hiciera de él, como la tuvo nuestro señor Don Quijote, un héroe inmortal. Tuvo, es cierto muchas plumas que se encargaron de cantarles, dibujarles y desdibujarles, cambiando de tal manera su faz que aún en día las gentes se preguntan ¿Fue un gran rey o fue un bribón? Y todavía se preguntan como lo haremos en el capítulo final ¿Quién mató a Enrique IV de Francia y Navarra como siempre quiso llamarse? (9).

(9) Vide los últimos documentos. Los hemos copiado ampliamente para que no se nos tache de exageración en el texto. La lectura de los mismos es la mejor prueba de lo que aquí se ha escrito.

235

C Á P Í T U L O 12 º

" LOS PRÍNCIPES DE CONDE EN LOS PAÍSES BAJOS "

" Le seul courage devant l'amour est la fuite "

NAPOLÉON I.



EN LOS PAISES BAJOSCondé en los Países Bajos

Gobernaban en Flandes, con rango de soberanos, en nombre del - rey de España, el archiduque Alberto, hermano del emperador Rodolfo II, y su mujer, la infanta doña Isabel Clara Eugenia. El archiduque, educado en Madrid, había adoptado las maneras del rey católico, pero le faltaban las dotes políticas de su maestro en el arte de gobernar. Cardenal muy joven, fué algún tiempo regente de Portugal. Dejó la púrpura muy a su pesar, para contraer matrimonio con la hija pre dilecta del rey, "La luz de sus ojos", a la que había confiado los Países-Bajos españoles, para que, fallida la ilusión de coronarla - reina de Francia, reinase allí. Luego por razones políticas -que no son de este lugar y que merecerían muy larga discusión- se decidió que, a su muerte, volvieran aquellos Estados a la Corona española.

El cardenal Bentivoglio ha dejado excelentes retratos de los gobernadores (1). "El archiduque, escribía, es de pequeña estatura, delgado de cuerpo, de complexión entre sanguínea y linfática, como, en general, los príncipes de esta Casa. Es blanco de tez, con cabellos rubios y rasgos muy nobles. Tiene la boca austríaca y su estructura es más bien delicada que fuerte. Sufre de la gota... Desde hace tiempo los accesos de su mal se han hecho más frecuentes. No es po-

(1) Historia de los Países Bajos. OPERE - Parigi, 1625. chez Nicole Redelichuysn.

sible ponderar su moderación en comer y beber. Tiene en la actualidad cincuenta y cuatro años. Por las cualidades del alma es príncipe de singular virtud... Sus costumbres brillan por su rara honestidad, y en este punto, como en los demás, puede servir de espejo tanto a las personas privadas como a los príncipes... Habla poco, como todos los de su Casa y, habitualmente, con lentitud. Conoce las lenguas alemana, española, latina, italiana y francesa. Se expresa en las dos primeras y comprende exactamente las demás. Es versado en letras que adquirió cuando era cardenal... Suele dar audiencias diariamente, durante muchas horas, mañana y tarde, prestando siempre mucha atención y bondad. Es príncipe impenetrable y secreto y oculta su pensamiento por igual en el rostro y en las palabras, sin que sea posible adivinar en su cara, siempre serena, las emociones que agitan su alma... Es opinión general que peca de irresoluto, de lentitud y sirve mejor para la paz que para la guerra, que requiere mayor decisión en el consejo. No hay nada tan uniforme, tan armonioso como la ordenación de los actos del archiduque. Sus manera sossegadas y su gravedad le vienen, en buena parte, de su natural; pero también, y principalmente, de haberse formado en España, a ejemplo de Felipe II, al que procura imitar en todo... Pero en Flandes el pueblo pide a sus príncipes que sean más amables y accesibles y de acción más resuelta y eficaz que el archiduque"...

El retrato se completa con el de su mujer.

4. "El aspecto de la infanta es muy potecido... De estatura —

más bien alta... Tiene en su persona y aspecto algo de la majestuosa
belleza de otro tiempo, que fué mucha en la flor de su juventud. To-
dos sus ademanes están llenos de gracia y da a las gentes una gran-
impresión de benevolencia y grandeza. Tiene en la actualidad cuarenta
y seis años. Goza de buena salud y gusta de hacer ejercicio. Es
gran aficionada a la caza y al campo... En cuanto a las dotes del al-
ma, es una de las princesas más notables que han existido y en ella
reviven las virtudes más efectivas de su abuela, la gran Isabel la
Católica, de la que lleva el nombre y es fiel a su sangre. No es pó-
sible expresar su afabilidad, su bondad, su liberalidad y magnificen-
cia, su amor de la justicia... Diré que sus damas no viven en una -
Corte, sino en un monasterio, tan modestas son y tan recatadas. No
es posible ver Corte tan majestuosa ni tan alegre cuando se presen-
ta ocasión, en torneos, cacerías o las otras fiestas que se suelen
dar las casas reales, como ésta de Flandes... Está dotada de un espí-
ritu verdaderamente heroico que se sobrepone a todos los reveses de
la fortuna...; una de las cosas más dignas de alabanza es que la in-
fanta, convertida en princesa de este país, con un espíritu más de-
cidedo que el archiduque, no sólo le ha traspasado todos sus poderes,
sino que se contenta con el título único de su esposa. La infanta,
en general, es más amada que el archiduque; no hay nadie más afable
que ellas y ha recibido de la naturaleza dotes extraordinarios para
ganar corazones. En la común opinión no cabría desear mejor princi-
pado; su virtud completa la del archiduque y suple en el marido lo

que le pudiera faltar con las perfecciones de la mujer"...

Isabel Clara Eugenia, tenía una franca alegría, honesta y sana, ingeniosa, aguda y aun maliciosa, sin maldad ni acritud, franca y — sin hiel. Era, en suma, la mujer que, disponiendo de muy extensos — poderes, pedía al duque de Lerma, como quien solicita una gran merced, que le fuera permitido gobernar "con blandura"; lo que acaso — dejó pensativos a los que adoptaron sin vacilación la figura de un Felipe II tremebundo y saben que fué la infanta, probablemente, la persona que, en el mundo entero, estuvo en más estrecho contacto con él.

En la madrugada del 30 de Noviembre de 1609 el grupo de los — que huían llegó al otro lado de la frontera. Habían tenido que abandonar la carroza de las damas a orillas del Somn, pues, a causa de las intrusas lluvias, los caminos estaban convertidos en lodazales. La princesa Condé había permanecido quince horas a la grupa del caballo de Rochefort. Estaba extenuada, mojada de pies a cabeza, atorrida, sin fuerzas para dar un paso. Pidió a su marido reposar y posó dos horas en una mala posada de Catillón.

Cuando se disponían a continuar la marcha, vieron que se habían cerrado las puertas de aquella plaza. La Chaussée, el enviado de — Enrique IV, los siguió, y, en ausencia del gobernador, entregó a los magistrados los escritos que llevaba. No parecía atribuir importancia, al hecho de que se hallaba fuera del reino de Francia, en territorio de la Corona de España y que por tanto, Enrique IV no tenía

jurisdicción allí. Los ediles, mientras consultaban lo que debían hacer, habían prometido que no permitirían la salida de los príncipes. Después, pensaron que sería preferible adoptar una actitud menos rotunda y que podían autorizar, como pedía Condé, que el marqués de Rochefort fuera a Bruselas para solicitar, asilo y protección. -- Llevaba la siguiente carta: "Teniendo el propósito de enviar a mi mujer con mi hermana, la princesa de Orange, y de ir yo a entrevistar me con VV.AA. por razones que les suplico... se dignen escuchar de mis labios, he despachado a este gentilhomme expreso para rogar.... a VV.AA. que me den salvaguardia en sus territorios y licencia para ir a besarles las manos. Si no me acordais esta gracia irán en ello mi honor y mi vida; pero las seguridades que tengo de que ..., no -- han de negar refugio a los afligidos, me han hecho tomar este camino. Podeis creer, Señores, que no haréis merced a un ingrato, que -- hallaré manera, con la gracia de Dios, de prestaros servicio, supli cándooos... que me consideréis siempre, Señores, vuestro más humilde y obediente servidor". La carta estaba fechada, en Landrecies, el 1 de Diciembre (2)

Los archiduques no estaban en Bruselas, sino en Mariemont, residencia a la que la infanta había procurado dar el sabor español -- que permitían aquellas latitudes. Quiso crear en Flandes algo así -- como una evocación del Aranjuez remoto, recuerdo acariciado de su -- juventud, nostalgia de unos días lejanos que no perdió hasta su --

(2) El texto de este escrito, en francés, publicado por el duque de Aumale, op. cit. lo reproducimos en Documento - 90

muerte.

Le había precedido en Marienont, el enviado del rey de Francia, que, pedía se negase el asilo a Condé. (1)

Los gobernadores se veían en un aprieto. Conocían el comienzo del idilio de Enrique IV, del que hablaron a sus Cortes todos los embajadores. Pacquius, su representante en París, les tenía al corriente de las murmuraciones de la capital, donde nada interesaba ni divertía tanto como los nuevos amores de Su Majestad. No ignoraban, por tanto, la verdadera causa de aquella fuga. (4)

(1) Llevaba estas cartas de Enrique IV:

A mon frère l'Archiduc d'Autriche.

Mon frère, envoyant par delà le sieur Praslin, capitain de mes gardes, pour le sujet qu'il vous dira, je vous prie de lui donner -- moyen d'exécuter mes commandements, et de me témoigner en cet endroit que vous affectionnez mon contentement. Je prie Dieu, mon frère, qu'il vous ait en sa sainte garde. Écrit à Paris 1609 le dernier jour de novembre. -- Henry

Traducción:

Envío ahí al señor Praslin, capitán de mis guardias, para el asunto que os dirá y os ruego que les deis medio de llevar a ejecución mis mandatos, y mostrarme en esto que tenéis en mucho cumplimiento. Ruego a Dios, mon frère, que os tenga en su santa guardia. -- Dado en París 1609 el último día de noviembre.

A ma soeur et bonne nièce, l'infante d'Espagne, Archiduchesse.

Ma soeur et bonne nièce, -- Vous entendrez du sieur Praslin, capitain de mes gardes, qui est porteur de la présente, l'assistance que je me promets que vous lui départirez de l'exécution de mes intentions, comme je vous en prie étant chose qui regarde mon contentement, que j'attends de votre affection et dont je vous revengerais en tout ce que vous désirerez de votre frère et bien bon oncle. Henry

Traducción:

El señor de Praslin, capitán de mis guardias, portador de la presente, os dirá la ayuda que me prometo la concederéis para ejecutar mis intenciones como os lo pido, siendo cosa que afecta a mi contentamiento, lo que espero de vuestro afecto y a lo que corresponderá en todo lo que deseeis de vuestro hermano y muy buen tío.

(4) En los Documentos se incluyen numerosos escritos en el mismo sentido que estas cartas. Vide.

Enrique IV no podía, decorosamente, confesar de plano que era su persecución amorosa, lo que movía su sobrino a poner la frontera entre ellos. Su fábula tomó este aspecto: "El Príncipe de Condé se ha portado como un hijo ingrato. Se había propuesto viajar contra la voluntad del rey. Este, para contenerle, decidió casarle. Pero, apenas desposado, volvió a apoderarse de él el deseo de salir del reino y permanecer alejado del rey" (5). Inofensivo, bien que inoportuno, prurito de ver mundo, sin más... En sus demandas no le podía inculpar entonces más que de haber salido de Francia sin su venia, delito de menor cuantía, simple infracción de etiqueta, censurable, sin duda, a los ojos de los archiduques, pero sin valor bastante para negarle la entrada en Flandes. El príncipe, por su parte, podía explicar su marcha sin necesidad de entrar del fondo de la cuestión y sólo expresaba deseo de llevar a su mujer a casa de su hermana Leonor, esposa del príncipe de Orange. Era una ficción, perfectamente conocida; pero una más de las muchas que admite la política. El pretexto era plausible en su aspecto, verosímil por su esencia y, en el caso de los archiduques, aceptable, por si acaso resultaba necesario explicar su actitud. El motivo oculto, del que no se hablaba, era moral, aspecto de la cuestión que no podía parecerles baladí. Además, les era forzoso considerar la personalidad del demandante, su enemiga constante por todo lo español y lo dolorosas que resultaron para aquellas provincias las intervenciones --

(5) Doc. Nº 1. Fragmento de la carta de Enrique IV a Vancelles, embaajador en Madrid.

más o menos solapadas, siempre costosas, cuando no sangrientas, del - soberano francés.

La cuestión planteada por aquella huida, podía tener alcance - político y en tal caso, requería que fuera sometida a consulta del rey de España, lo que necesitaría algún tiempo.

El principal defecto del archiduque, era la indecisión, y para vencerla, pidió parecer al hombre de su confianza, el duque de Arschot, que opinó que no se podía negar el asilo a Condé "que no ha - hecho nada que se oponga a lo que debe a su rey y reino", aunque no se debería dejar que fuera a residir en la Corte; aconsejaba que se procurase que no permaneciera cerca de la frontera francesa, donde cabía que le siguieran, decía: "los nobles que quisiesen encontrarse con él, como oigo que algunos se aprestan a hacer. Lo que no podría menos de ser origen de dificultades, que, en el momento actual, conviene evitar cuanto se pueda (6)".

Se resolvió, provisionalmente, dar a Condé facilidades, buena acogida y escolta - "para que no le vengan inconvenientes por los caminos de parte de quien sabe V.A. en los países de su obediencia, - particularmente el salir de la plaza fronteriza donde esté"; que - podría llevar a su mujer a Breda y él instalarse en donde quisiera, salvo en las inmediaciones del vecino reino (7)

(6) El texto completo, traducido, en los DOCUMENTOS Nº 87 y 88 de diciembre 1609. Nº 71

(7) ídem.

Las consultas duraron tres días. El príncipe se impacientaba. Monsieur de Praslin, enviado de Enrique IV, había estado en Landrecies y, luego de hacer a Condé una impresionante descripción del furor que su huida había causado en el Louvre, le comunicó la orden terminante de regresar inmediatamente. Cumplida su misión, corrió a Mariemont a entrevistarse con los archiduques (8). "En términos arrogantes" exigió que rechazasen la petición de asilo y le entregasen a Condé con su séquito. (9) Acompañado del embajador ordinario del rey, Mr. de Berny, habló, sin miramiento alguno, de las graves consecuencias que podría acarrear la estancia en Bruselas del fugitivo. Parecía tan desaforado y sin tino como el que le envió.

Alberto de Austria fingió no captar la amenaza, de personaje tan iracundo. Contestó que había recibido una carta del príncipe escrita en Landrecies, esto es, dentro de sus territorios; "me informa, añadió, de su llegada, con su mujer y un reducido séquito, para acompañar a la princesa a Breda, a casa de su hermana... pedía seguridades para realizar su viajes y no se las pude negar... En vista de lo que decís, no permitiré que permanezca en mis tierras; pero ya es tarde para impedir su entrada"...

Condé ya se disponía a salir de Flandes cuando recibió la respuesta a su carta. Carlota podría residir en Bruselas; él tendría -

(8) Doc. carta de Enrique IV a Vanueles -Nº 92

(9) Consejo de Estado de 13 de Febrero de 1609 -DUC.Nº99y carta del duque de Croy y de Arschot al Archiduque -2-de Diciembre 1609-Doc Nº 91

que marchasen del país en el término de tres días "para no dar ocasión de quejas al rey de Francia". Se creyó de este modo contentar al francés sin infringir su dignidad, ni faltar a la norma del derecho de gentes al asilo.

En la madrugada del 3 de Diciembre los emigrados, escoltados por un pelotón de arcabuceros que les dió el gobernador, salieron de Landrecies. La ciudad, como previó Croy, se había llenado de oficiales y soldados franceses y cabía temer que intentasen un golpe de mano. Luego de recorrer unas leguas tierra adentro, Condé hizo que la princesa, tomase la dirección de Mone; él continuó a Namur y, tras cinco jornadas de camino, llegó a Colonia.

El archiduque Leopoldo comunicaba en 14 de Diciembre a Madrid que había recibido un huésped que no esperaba; la causa, decía, -- era que "el rey de Francia había puesto los ojos en su mujer, para aprovecharse de ella, amenazándole de prisión; que había llegado -- allí con gran pesadumbre de su alma y dicho la necesidad en que estaba y que tenía resolución de no volver a Francia en vida de este rey y de vivir y morir en servicio de V.M. o de la Casa de Austria; y así lo pidió, encomendando su protección a V.M. pero que le recibiese debajo de su amparo y que, no disgustándose V.M. de ello, estaba dispuesto a presentarse en propia persona ante V.M.; que se ve que está muy ofendido de su rey y que jamás olvidará tan grande iniquidad...(19)

(19) Documento que sirvió de base a las deliberaciones del Consejo de Estado, de Madrid, de 13 de Febrero. Ver DOC. N.º 94

Praslin había perdido las huellas de los Condé. Tras su descomoda gestión cerca de los archiduques, salió en su busca. Tenía en cargo de que, si con palabras no conseguía su objeto, procediese a raptar a la princesa. El embajador había recibido orden de prestarle en esto la máxima ayuda. Pero aquél no se había resuelto a actuar con rapidez, intimidado acaso por la magnitud de la empresa, que había de ser por fuerza ruidosa; pensó que podría contar con colaboraciones que atenuasen en lo posible la violencia y lo que ésta tendría de ofensivo para la autoridad del soberano territorial. Creyó que podría obtener auxilio de los Orange. Con esta esperanza fué a Breda. Como no hallase a Nassau, habló con su mujer, que se mostró mucho mejor dispuesta a defender el honor de su hermano que a servir los vergonzosos intentos del rey de Francia. De Breda, Praslin, mohino, se encaminó a Buren, territorio neutral, donde sospechó que se habría refugiado Condé; de allí marchó a La Haya y obtuvo de su gobernador una orden de arresto del príncipe. Vuelto a Bruselas, sin otro recurso que proceder a violar el fuero de los archiduques y apoderarse de la princesa, comprobó que era demasiado tarde.

En estas idas y venidas había consumido un tiempo precioso. Cuando Carlota de Montmorency llegó a la capital de Brabante se alojó en el palacio de Nassau, residencia oficial de los Orange. Leonor de Borbón no quería vivir, ni tener cargo, en la Corte flamenca porque los archiduques le habían negado las preeminencias que ellas consideraba debidas a su sangre. Los gobernadores, pensaban que no

tenía derecho a más rango que los nobles vasallos del rey de España. Pero en aquella ocasión, sublevada por la actitud del Vert Galant - actuó sin prejuicios y acudió, con su marido, en ayuda de una guardia y cuando Praslin quiso intentar el rapto, era ya impracticable.

Luego de sus correrías, conciliábulos, desplantes, amenazas y - presiones, M. de Praslin, regresó a París sin la presa. (1) Cuando - le vió Enrique IV con las manos vacías, más pródigo en balbucientes excusas que de buenas nuevas, le echó con cajas destempladas. No estaba dispuesto a contentarse con sumar fracasos ni a renunciar "al - bello objeto de sus locas ansias", y resolvió dar el negocio, en el que estaba tan interesado su amor y su orgullo, un carácter político que, creía pondría fin a las resistencias, absolutamente intolerables, que encontraba en su camino. No era una "senda de rosas", como anunció Malherbe, sino que se convertía, por la maldad de las - gentes, en camino de amarguras.

(1) El embajador, durante la estancia de Praslin en Bruselas, escribió: "El Sr. de Praslin es un buen señor poco práctico en negociaciones. Verdad es que le asisten tres consejeros con diversa opinión que quieren hacerle creer que hay que hablar racio para infundir - miedo. Pierdo la cabeza al ver cómo se lleva este asunto, del que - todos me dicen que no estoy en el secreto; en una palabra, hubieran sido más aptos para manejar cuchillos. Mi mujer, desde las diez de la mañana, está con la bella princesa, que se aloja en casa del - Príncipe de Orange. Mucho me equivocaría si el Sr. de Praslin logra se en Holanda algo más que aquí, pues tengo motivos para creer que la lentitud de aquellas gentes dejará tiempo al príncipe para proceder a su retirada"...

El aspecto político de la fuga

Salieron largos despacho, dirigidos a las cortes de Madrid y - Roma.⁽¹²⁾ Para explicar su actitud al pueblo -pues la opinión pública existió siempre y exigió en todo tiempo miramientos- lanzó una circular a los gobernadores de sus provincias, en la que se decía obligado a reprimir los efectos de la rebeldía de Condé, a quien acusaba, entre otros crímenes, -vagos e inconsistentes, hasta en su presentación- de haber provocado tumultos en Saintonge. No vaciló en afirmar, con el desenfado que le era propio, que el príncipe había concertado su fuga "con la eterna enemiga del reino", es decir, "con España". Quiso acreditar la especie, susceptible de producir impresión en un pueblo siempre opuesto a lo forastero, de que su sobrino abrigaba el propósito de combatir a su propio país con ayuda y el - servicio del extranjero.

La imputación carecía de fundamento. Condé, en el campo político, no representaba nada. La actitud vacilante de los archiduques, - bastaba para probar que no había existido entre ellos acuerdo ni - conveniencia. La decisión de darle asilo, adoptada tras prolongadas consultas, condicionada, inhábilmente otorgada si se buscaba un - efecto político, estaba fundada en consideraciones definidas, y no amañadas, en la carta del duque de Arschot, comprensiva y leal.⁽¹³⁾

Pero Enrique IV gustaba de recorrer otros caminos.

⁽¹²⁾ Por su extensión, damos el texto del escrito de Vaucelles, embajador de Enrique IV, en DOC. Nº 92

⁽¹³⁾ DOC. Nº 91

Sus vacías acusaciones, y sus notas diplomáticas a las cancillerías, tan poco serias, hubieran adquirido su valor real si, a su lado, hubiese dado a conocer lo que escribía por aquellos días al confidente de sus tristezas.

..."escribo, decía, a mi angel bello; si podéis, haced que le -- lleguen mis cartas... Devolvedme las que he escrito y no han podido serle entregadas... Enviadme cuantas noticias podáis, sobre todo, - del estado de salud de nuestra prisionera..." (14) "Por lo que a mí se refiera, me encuentro tan abatido con mis angustias, que me he quedado en la piel y el hueso. Todo me disgusta; evito la compañía y, cuando para atenerme al derecho de gentes (sic), me dejo conven- cer y asisto a alguna reunión, en lugar de alegrarme, me acabo de - matar". (15)

Malherbe puso en verso sus lamentos; las poesías que compuso - sobre este tema no lograron hacer desaparecer, antes al contrario, lo burlesco que llevaba en sí el drama íntimo de Su Majestad. Se diría que el cáustico ingenio del hombre prevaleció sobre su musa, al interpretar las amarguras del rey. Y aún nos asalta la sospecha, que no es del todo improbable, -conocidos sus sarcasmos- de que no debió permanecer insensible, como muchos otros que no poseían su espíritu burlón, al ridículo drama. Como quiera que fuere, sus versos, -horripilantes, mucho mucho más que los madrigales, que debieron de ser,

(14) Carta de Enrique IV a Praaux -DOC. No 103

(15) Carta a Praaux - DOC. No 115

en la intención del triste amador, expresión del fuego que le consumía y del dolor de la ausencia, -suenan a sátira. Hacía decir al enamorado, perífrasis de la carta copiada:

Aussi suis-je un squelette

Et la violette

Qu'un froid hors de saison

Où le soc a touché

De ma peau séchée

Fut la comparaison... (16)

Y esto:

Ainsi le grand Alcandre, aux campagnes de Seine

Faisait, loin de témoins, le récit de sa peine,

Et se fondait en pleurs:

Le fleuve en fut ému; ses Nymphes se cachèrent,

Et l'herbe du rivage, où ses larmes touchèrent

Perdit toutes ses fleurs... (17)

Estos lamentables renglones eran el lado secreto de la diplomacia.

La "belle Hélène", como se llamó en Bruselas a Carlota, fué - presentada a la infanta por su cuñada, en la gran sala de Carlos V, la que el Emperador mandó hacer para las grandes solemnidades, la -

(16) Me he quedado, pues, como un esqueleto -y la violeta- herida por un frío prematuro- o por la reja del arado- puede servir de comparación...

(17) Así, el gran Alcandre, en los campos del Sena -lejos de testigos hablaba de su pena- y fundía en llanto; -el río se emocionó; sus ninfas se ocultaron y las hierbas de su ribera sobre las que cayeron - sus lágrimas -perdieron todas sus flores...

misma en que abdicó sus coronas y sirvió, en su tiempo, a las reuniones de los caballeros del toisón. Doña Isabel dió unos pasos, como para salir al encuentro de sus visitantes y los condujo bajo dosel, donde les ofreció cojines. La Infanta celebró la belleza de la seductora extranjera y dijo que la estimaba aún más por haber seguido a su marido; pues la mayor hermosura de una mujer, añadió, era la obediencia conyugal y dar más precio al honor que a todas las otras cosas (18). El archiduque le devolvió la visita. Malherbe, que gustaba de chismes y comadreos, contaba que, en la entrevista, el gobernador permaneció con los ojos bajos, como un colegial. La mujer de Condé, según otros, recibió a Don Alberto de Austria al pie de la escalera de honor del palacio de Nassau y el antiguo cardenal le siguió, con el sombrero en la mano, hasta la sala de recepción. Y se añade -para que el relato adquiere una pequeña nota de galantería,- que, al atravesar un aposento que había sido convertido en galería de retratos, donde había muchos de damas de la familia de Orange, el archiduque exclamó, con un suspiro: "En otro tiempo se pudo tener a estas damas por mujeres hermosas... ¿Quién osaría hoy hablar de otra hermosura que la vuestra?". En boca de aquel hombre maduro, reservado, enfermo, tan piadoso, tan público, el enrevesado piropo -hace sonreír.

La importancia que dió a la huida Enrique IV, el tono con que habló del incidente, la irritación que mostró, las medidas adoptadas

(18) Condessa M. de Villemont- L'INFANTE ISABELLE- Taminas- París, 1912

sin escuchar el consejo, tan discreto, de Sully, tuvieron por efecto lo que éste anunció. El gran número de agentes y mensajeros que des pachó a todas partes, portadores de advertencias, conminaciones y -- aun amenazas, con las notas y despachos que cursó al extranjero, de sorbitaron aquel tema y transformaron un entremés en problema de Es tado, aunque su sentido quedó tan oculto que los más avisados se tu vieron que resignar a no comprender nada, a menos que todo aquello no fuera otra cosa sino la más insigne locura del siglo. Muchos, a fuerza de incompreensión de lo que era inexplicable, se creyeron con derecho a pensar que bien pudiera ser que se hubiera incurrido en -- error al valorar la personalidad de Condé y fuera equivocado el con cepto de su insignificancia.

Los propios consejeros españoles de los archiduques y, muy -- principalmente, el marqués de Spínola, censuraron entonces la pusilanimidad con que se había llevado el asunto y calificaron de torpeza no haber dado, desde el primer instante, más generosa ayuda a -- personaje de tanta monta, capaz de provocar inquietudes tan vives -- en el soberano francés. Decía el marqués que había "que proteger al príncipe, en su honra, y que el rey de Francia amparaba en su reino a todos los delincuentes de España y de allí (los Países Bajos); que por buenas obras no se ganaba nada con él y que, si se sabía usar -- de aquella ocasión, podía ser de mucho".(19) El incidente, risible, -- o a lo más susceptible, de consideración en el orden doméstico de la

Casa Real de Francia, uno de los mil que registraba diariamente la crónica escandalosa de la Corte -y no, ciertamente, el primero en la vida del rey- no se podía creer que fuera el móvil de sus acciones. Se pensaba que era mucho más oportuno proceder a una revisión de valores y a examinar de más cerca el que correspondería atribuir al príncipe. En tiempos turbios, cuando el rumbo general de la política francesa, en Alemania y en otras partes, presentaba tendencias tan hostiles a España, era de aconsejar que se tuvieran a mano todos los elementos disponibles. Resultaba inadmisibles, que se regatease el derecho de asilo a un príncipe de sangre real perseguido - por el soberano francés, siempre enemigo de la Corona, constante -- protector de los delincuentes españoles, a quienes recibía complacido en sus Estados y los hacía objeto de especial favor. Se daban como ejemplos de esta actitud, permanentemente inamistosa, las maquinaciones del bearnés para sublevar a los moriscos valencianos y aragoneses, su auxilio a los holandeses, la protección que daba a Antonio Pérez, los subsidios a don Antonio, pretendiente al trono de Portugal... Sostenían, los que pensaban de este modo, que las circunstancias pedían que se tomase decididamente el partido del emigrado, por la cuestión de honor y para no parecer que se cedía a las bravatas de un fanfarrón que daba tan claras pruebas de no estar en su juicio, y, si hacía falta, para servirse, llegado el caso, de un elemento de la lucha que venía, espontáneamente, a ofrecer su colaboración y, acaso, la de un partido.

Enrique IV, que gozaba de una fecunda imaginación y no tenía reparos en ~~disparar~~ a la objetividad cuantas veces le convenía, lanzó a volar la inesperada revelación de que si se retenía en Bruselas a la princesa era porque el marqués de Spínola había sucumbido al poder de fascinación de la bella hija del condestable, gran seductor de hombres maduros, como probaba su despreciado amor. Atribuía al gran soldado la actitud reservada de los archiduques ante sus reclamaciones y su resistencia en darle satisfacción (20). Las respuestas que llegaban de Bruselas, comedidas y corteses, consiliadoras, pero no sumisas, no le podían bastar. Aspiraba, a cualquier precio, a que se le devolviese la princesa.

Las conversaciones oficiales resultaban inadecuadas para el objetivo que perseguía. Enrique IV no podía hablar más que de inexistentes agravios inferidos por Condé; y a los archiduques no les costaba esfuerzo probar que no estuvieron nunca en contacto con él. Como no se debatía el fondo verdadero de la cuestión, que no era el príncipe, sus actos o sus omisiones, sino el retorno a Francia de su amada y no una imaginaria maniobra política, a todas luces inexistente, la discusión no podía tener solución.

Persuadido de esto, el bearnés cambió de táctica. Hizo que fuera el condestable quien reclamase a su hija. Montmorency, ya viejo, pobre de espíritu siempre, se hallaba bajo su dependencia, pues podía reprocharle a cualquier hora su conducta pasada y, a su edad, -

(20) DDC.- Nos. 108, 109, 110, 112, 113

deseaba que le dejaran vivir en paz. Consintió en suscribir cartas en las que se decía inquieto por la suerte de su hija, para reclamarla. Utilizó también a la duquesa de Angulema, a la que, como informaba Pecquius, "era fácil tarea hacer acceder a los deseos del rey, pues, su avanzada edad comienza a alterar su juicio"(20). Pedían ambos que se enviase la princesa a Francia, de donde había salido, -decían, forzada por una voluntad más fuerte que la suya. Y lo hacían más o menos conscientes de lo que había de indecoroso en su intervención.

Los archiduques, por consideraciones de índole moral, no podían atender demandas que se presentaban como un asunto familiar, ajenas a su jurisdicción. Para ellos se trataba de conceder o de negar asilo a un hombre que se decía amenazado en su honor y en su vida, como declaraba Condé, favor que no podían dejar de acordar sin desdoro. Si se daba el asunto, arbitrariamente, carácter político, no consideraban dañoso poner de su lado un peón que a juzgar por las apariencias, podría servir.

Enrique IV facilitó, sin querer, que en Bruselas se rectificase el error que reprochaba Spínola, el día en que Villeroi dijo a Pecquius el descontento del rey por no haber sido posible a Praslin, su enviado, ponerse en contacto directo con el príncipe. Estaba persuadido, le dijo, de que si hubiera podido haber una conversación entre ellos, Condé habría regresado a Francia. Lo mismo declaró, po

(20) Despacho de Pecquius. DDC 4/Febrero. N° 96

co después, el propio Enrique IV al diplomático flamenco. Estas manifestaciones se interpretaron en flandes como el deseo de que se autorizase a su sobrino a trasladar su residencia, de Colonia, donde estaba, a los Países Bajos. (22)

Los archiduques, no se avinieron a suscribir una orden que rectificase su decisión primera. Lo hicieron con su asentimiento, privadamente, el marqués de Spínola y el embajador de España. El príncipe, que no estaba a gusto en Colonia, tan pronto como recibió las cartas que le anunciaban que podría residir en Bruselas, se puso en camino y llegó a la capital de Brabante el 21 de Diciembre. Fué recibido con los honores a que le daban derecho su rango y con tanta más pompa y ostentación cuanto que Felipe III había prescrito que se hiciera de este modo y aun censurado la apocada reserva de su -- cuñado en responder a la instancia del francés.

El día siguiente a su llegada, la infanta le concedió audiencia. Percibió, desde el primer instante, que el personaje era un -- dechado de mediocridad. El archiduque le acogió con cortesía, pero friamente, lo que provocó el resentimiento de aquel joven, mal enterado de las maneras de los Austria, graves y helados siempre. Acha -- có la falta de efusión, característica del hombre y aun de la raza, a engreimiento, través de advenedizo que un miembro de la Casa de -- Hasburgo podía permitirse ignorar, pero que, pudo tener muchas otras razones. Luego de estas audiencia, marchó a Amberes, en donde estu --

(22) Consejo, 13 febrero - DOC. - Nº 78

vo hasta el cinco de Enero, en que regresó para asistir a una fiesta que había organizado el marqués de Spínola en honor de su mujer, en la que desplegó riqueza y fausto poco comunes, como para mejor servir a la leyenda creada por su rey.

Amenazas de guerra

Bruselas procuraba hacerse grata a aquella desterrada, joven y bella, que unía a sus atractivos los que le otorgaba su breve y -- ruidosa historia. Engreída por considerar sus triunfos de mujer, por los elogios que se hacían de su hermosura, se mostraba desdeñosa y distante. Estaba dominada por gentes poco escrupulosas que, como es criba la infanta por aquellos días el duque de Lerme, ejercían, por cuenta del rey de Francia, oficios necesarios, en una república -- bien organizada, pero que la buena señora no podía menos de calificar con un nombre que no fué nunca título de honor, aunque su práctica fuera corriente, eficaz y vieja como el mundo. Eran personas de conciencia laxa y claudicante, para quienes el supremo bien en -- este mundo, olvidadas del otro, consistía en agasajar al rey. Cuando más humillante, más precioso era el servicio de Su Majestad.

Uno de los acompañantes de Condé, Toiras, le traicionaba en secreto. Hacía menesteres de tercería la esposa del embajador ordinario de Enrique IV, Madame de Berny, secundada en su tarea por las --

damas del séquito del príncipe. (23) Unidos, trabajaban en procurar el desprestigio de éste a los ojos de su mujer y de los demás y -- servían de intermediarios para mantener la comunicación entre el rey y su amada.

El marido colaboraba en esta acción por inconsciencia, y con -- sus desplantes. Aparecía a toda hora irritado, receloso, siempre -- dispuesto a pronunciar la palabra o a adoptar el gesto idóneo para enajenarle la simpatía. Sus dichos y sus hechos, poco afortunados, -- eran deformados por la mala voluntad de los conjurados contra él. -- Además, como sabían que cuanto más venenosas fueran sus informaciones serían más apreciadas en París y válidas para ser utilizadas en su daño, las llevaban y traían del palacio de Nassau al Louvre. Por este procedimiento, Condé no tardó en resultar, a los ojos de muchos, y sobre todo para los aduladores del amador, un malvado, sádi

(23) Albert Neyrac dice:

"En ausencia del Príncipe de Orange, un mayordomo y Kerremans, su secretario, se pusieron a las órdenes de Carlota. Avisada de su llegada, la mujer de nuestro embajador, Mme. de Berny, se apresuró a ir a verla y desde aquel día fué su compañera inseparable". Luego MR. de Berny -- escribía al rey:

"Señor, estuvimos ayer, toda la tarde, con Madame la Princesa para hacerle compañía y tomar el aire en mi carroza, pues no había salido todavía de su alojamiento y no deseaba que la vieran. Pero Kerremans y el Mayordomo del Príncipe de Orange, que se la comen con los ojos (la couvent des yeux) nos siguieron inmediatamente; impiden que mi -- mujer vaya tan a menudo, pero esto no la retendrá puesto que sé que Madame (la Princesa) la tiene por persona muy grata, y porque no dejamos de llevarle toda clase de pequeños obsequios que vemos que le gustan".

El rey, por su parte, escribía al embajador:

"Informadme de todo lo que dicen de ella y como la encuentran". "Deseo que encarguéis a vuestra mujer que vea a menudo a la Princesa y que le asegure de que tenéis mi palabra de que la asistiré y le daré todo lo que le haga falta; pero, sobre todo, de manera que no lo sepa nadie, ni el Príncipe ni ninguno de sus amigos". LETTRES MISSIVES.

co, perverso, capaz de todas las villanías y violencias.

Carlota, débil y torpe, se dejaba convencer. Enrique IV, cualesquiera que fuesen sus pensamientos acerca del valor real de -- aquellas informaciones, que sabía amañadas y las exageraba por su cuenta, las aprovechaba para asegurar que su sobrino maltrataba a su mujer. Parientes y amigos de Condé no vacilaban en declararse en gañados y adoptaban la extraña forma de cortesanía que consistía en fingir que creían las acusaciones. De este modo se formaba la opinión de que el príncipe era corrompido y brutal, a todas luces indigno de poseer un tesoro como Carlota, y todos acabaron por considerar pueril o sediciosa su obstinación en no querer ceder a Su Majestad el objeto de sus íntimas complacencias.

El condestable se prestó a insistir en sus reclamaciones. El duque de Montmorency-Boutteville, su pariente, se hizo portador de cartas, unió sus instancias a las del anciano y aceptó el encargo -- del Vert Galant de llevar a su amada, en secreto, cartas perfumadas, dinero, palabras de consuelo a su dolor de ausencia, promesas de -- pronta liberación de su triste cautiverio. Sully, el propio duque -- de Sully, el de los principios severos y discretos discursos, se -- prestaba a intervenir para que los torpes deseos del rey tuvieran -- satisfacción. Toda la Corte rivalizaba en alcahuetar de algún modo.

La princesa de Orange no podía evitar las intrigas, ni le era posible cerrar sus puertas, sin escándalo, a la esposa del embajador de Francia, principal mensajera del enamorado, a espaldas de --

de Condé, que se negaba a entrar en contacto con ella. Montmorency-Boutteville también fué mal recibido por él, aunque le contenía el temor de romper con la familia de su mujer. Tuvo, incluso, que amonestar con severidad a su madre, la princesa viuda, que, para disfrutar de las prebendas de la Corte, tuvo la debilidad de aconsejar a su hijo que fuese menos intransigente...

Carlota, por su lado, tomaba aires de víctima, y padecía del mal de melancolía. Gemía, se lamentaba... Cambiaba cartas con su viejo adorador y le daba los nombres más tiernos. Sus escritos, los redactaban gentes al servicio del rey. Su aspecto, era el que convenía a una doncella corroída por la nostalgia de un mundo mejor, como un sueño de juventud no alcanzado; Carlota se comportaba como una adolescente que llevaba en la retina una imagen de lo que pudo ser y no era en la corte de un rey poderoso y lejano, mientras permanecía bajo el poder de un "monstruo", su marido, que la privaba de goces que le prometió en su cuna el hada buena. Carlota echaba de menos la embriaguez de sentir a su lado o a sus pies, el homenaje máspreciado: la envidia de las otras mujeres.

Entretanto, Enrique IV se consumía en la espera, devorado día y noche por el amor y el despecho. Cuando Boutteville regresó de Bruselas, fracasada su misión, le recibió con desprecio... "en casos tales, escribía Malherbe, es costumbre atribuir el mal éxito a quienes llevaban la negociación". No admitía el riesgo en los negocios en que su corazón se hallaba interesado. Resolvió entonces po-

ner en juego medidas extremas. Monsieur de Berny, recibió encargo de decir al príncipe, que, si se negaba a volver a Francia, con su mujer, exigiría de los archiduques que le expulsasen ⁽²⁴⁾ y que, en caso de oposición, les declararía la guerra... ⁽²⁵⁾

Tan rotunda amenaza pareció, a quienes no habían perdido del todo el seso como él, una fanfarronada propia de su natural, exabrupto sin motivación plausible, pero los que regían en Bruselas se -- creyeron obligados a dar cuenta al católico rey de España. Condé -- por su lado, escribió, solicitando ayuda, al Papa y a las cortes extranjeras. Bentivoglio, nuncio de Su Santidad, medió para quitar virulencia al conflicto.

Los archiduques no deseaban nuevos problemas. Temían que la -- ofensa a ultranza de aquel hombre, poco estimable en el fondo, ver-sátil, sin aplomo, llegase a crearles graves enojos. No podían te--ner la seguridad de que, convertidos en protectores de Condé, decidi--era de pronto reconciliarse con su rey y les dejase desairados, -- comprometidos y burlados. Aconsejaron por tanto a Condé, que solicitase el perdón de su rey. Los propios representantes de Felipe III no parecían enteramente decididos a asumir la responsabilidad de -- provocar una ruptura y se interesaron por que se pusiera fin a aquel asunto con una fórmula que dejase a salvo la dignidad de Su Majestad,

(24) Carta de Pecquius al Archiduque -4 febrero - DDC. nº 76

(25) Carta de Pecquius al Archiduque -1 febrero - DDC. nº 77 y Consejo 13 febrero - DDC. Nº 99.

la de los archiduques y no violentase a Condé.

Condé declaró que no volvería a Francia si no se le daba una plaza de garantía, para su seguridad, en las inmediaciones de la frontera. "Si no fuera por mi mujer, iría inmediatamente a ponerme a los pies de Su Majestad; pero, casado con ella, me guardaré de volver. Estoy decidido a emplear todos los medios y, si es preciso, iré a España. Mientras tenga a mi mujer, no podré proceder de otro modo".

Las negociaciones se eternizaban. El asunto había llegado a ser el escándalo de Europa. Las cortes comentaban, inquietas o divertidas, sus incidencias y se mofaban con poco recato del cristianismo, que quiso resolver el caso con otros procedimientos. Habló de salir de Francia al frente de un gran ejército, irrumpir en los Países-Bajos y conquistar por la fuerza el Vellochino de oro. Quería, o decía querer, lanzarse a una especie de nueva guerra de Troya. Iría, afirmaba, a Bruselas y, con unos explosivos bien colocados, haría saltar las puertas de la ciudad y ganaría a la amada con la punta de su lanza... (26)

La idea pareció absurda, y nadie creyó que pudiera haber pensado en serio tamaña incongruencia, pero la ceguera que hizo posible la exposición del propósito resultaba inquietante. Era opinión común, que por Condé, no valía la pena de arrostrar un conflicto y resultaban desproporcionados, por numerosos y excesivos, los fastidios

que causaba. Su caso no tenía ni podía tener trascendencia en el orden internacional para que un Estado se arriesgase, a poner en peligro la paz, pero ceder a un capricho del rey de Francia, era igualmente intolerable.

En España se creyó que Condé podría servir de cabeza al partido hugonote y que, con él, sería posible lograr que Enrique IV se ocupase más de la situación interior de su Estado, pues se hacía cada día más activa su inclinación a intervenir en los negocios de Europa, particularmente, en los de Alemania y las Provincias Unidas, sin contar sus intrigas en otras partes. (27). Se sabía que sus embajadores recorrían las cortes de los príncipes reformados del Imperio y trataban de tejer una tupida red de compromisos y alianzas con miras a una acción contra la Casa de Austria. Había soñado, como sus predecesores en el trono, llegar a ceñir la corona imperial y pretendía hacerse elegir Rey de Romanos, antesala de la proclamación en Francfort. Dueño del Imperio, pasaría a sus manos la hegemonía europea y privaría a España de su único aliado posible.

(27) Consejo de Estado, 13 Febrero - DOC. Nº 77 - Villegomblain, en sus MEMORIAS, describe la actitud de Enrique IV - en esta forma: "Al rey le era muy grato que se fuera a servir a los Estados (las Provincias Unidas) y aplaudía y gratificaba mucho a los que iban allí... Y cuando los embajadores o agentes del rey de España reclamaban y le reprochaban que aquello era violar el tratado -- concertado con su rey, su señor... respondía que con ello purgaba al reino de gran número de soldados que allí estaban y no conocían otro oficio y permitía que fueran a donde les llevaba su afición y que si les impediera que fuesen a buscar fortuna a donde deseaban y tratasen de retenerles por fuerza en Francia, sería prostituir (sic) el reino, que estaba en paz, a los saqueos y robos de tales gentes..."

La idea de suscitar al francés dificultades en el interior, como elemento de la propia defensa, se podía aceptar; pero los cálculos de Madrid, basados en la personalidad de Condé, eran erróneos. El príncipe no tenía en Francia la significación que se le atribuyó en determinado momento. Aunque pertenecía a una familia de religión re formada, era católico. En cuanto a Enrique IV, bien que, aunque -- había abjurado del calvinismo, no era considerado por los de esta -- tendencia como enemigo. El propio rey había declarado un día al representante de los archiduques, que los hugonotes "le habían sido -- siempre muy leales y lo serían con el Delfín", (28) y sus palabras -- no carecían de fundamento. Sus antecedentes y su actuación, particularmente en política exterior, le situaban en el campo de la Reforma, cualquiera que fuese su fe, si tenía alguna. Este error fundamental de la orientación española, independientemente de la aversión que pudiera inspirar a su concepto del honor la conducta del soberano francés, hacían que la Corte de Felipe III se hallase menos -- dispuesta que Bruselas a buscar fórmulas de conciliación.(29).

Las relaciones entre ambos países, tenían apariencia de normalidad. El marqués de Guadalete, camino de Madrid, se detuvo en la capital de Francia para presentar sus respetos al cristianísimo. Este aprovechó la ocasión para declarar que, si no se expulsaba a Con

(28) Carta de Pecquius al Archiduque, 4 de Febrero, DOC N^o 96

(29) Carta de Felipe III a Don Inigo de Cárdenas. - DOC. N^o 94

dá de los Países-Bajos lo tendrían por uno de los mayores agravios - y para subrayar su pensamiento dijo agravio en español- que se le podrían hacer (30). Al dar cuenta de esta conversación, el bearnés - afirmó que el marqués había confirmado las noticias que él tenía sobre el género de vida que el príncipe llevaba en Bruselas, según él, escandalosa e indigna de su condición. Decían que se le veía a todas horas, sin rubor, en tabernas y lugares de aún más baja estofa, del brazo de criados y de toda calaña de hampones y hablaba sin ton ni son de las grandes cosas que pensaba hacer cuando cñese la corona de Francia... No es seguro que el marqués de Guadalete se dejase llevar por tales indiscreciones, ni era su papel. Enrique IV, como es sabido, mentía constantemente. El embajador español no tenía razón alguna para acosar a un príncipe que su soberano había tomado bajo su protección y presentarlo como un compendio de depravaciones.

Por aquellos días el Consejo de Estado había deliberado sobre el problema (31). Don Iñigo de Cárdenas recibió encargo de comunicar al rey de Francia la decisión de que España daba amparo a Condé. El embajador de S.M.C. debía hablar, decían sus instrucciones, en términos mesurados, pero categóricos y decir que se tomaba tal decisión, "por saber que el príncipe era de su sangre y por tener ocasión de ser mediador entre los dos, por lo que deseo su gusto y quietud; y

(30) Carta de Perquius al Archiduque -1 de Febrero. DOC. Nº 95

(31) Consejo de 13 de Febrero. DOC. Nº 99

que si no se hiciera así me pareciera que faltaba a la amistad y he mandad que con él tengo; y por esta causa he holgado que se vaya a aquellos estados". Pero al mismo tiempo se le decía a Cárdenas... - "Lo que conviene es que (Condé) no se concierte con ese rey, por la poca seguridad que se puede tener en sus promesas, y que no reconoce ni agradece ninguna buena obras, antes, como sabeis, sin respeto a la paz y amistad, hace lo que le está bien"... (32)

Al mismo tiempo que a su embajador en París, Felipe III escribía a Condé para expresarle su simpatía y acreditar cerca de él a un miembro de su Consejo de Guerra, el conde de Anover, encargado de velar por sus intereses. El Príncipe francés, por su parte, se había de obligar a no tratar de su regreso a Francia sin previo acuerdo con el rey católico.

Por aquellos días se hizo correr por París que Condé había confesado al cardenal Bentivoglio sus planes culpables y aun que le -- había dado en nombre de unos cuantos que estaban dispuestos a abrazar su causa. Estos rumores procedían de Enrique IV; como lo que -- decían que se le habían llevado siete prisioneros hugonotes del Poitou, acusados de una conjuración descubierta meses antes y que confesaron tener inteligencias secretas con él (33). Según el rey, el -- príncipe, cuya legitimidad había sido objeto de muchas murmuraciones -- el propio Enrique IV se ufano en ocasiones de ser su verdadero pa-

(32) Carta de Felipe III a Don Inigo de Cárdenas. 22 de Enero DOC. Nº 94

(33) Carta de Pecquius al Archiduque -4 de Febrero- DOC. Nº 96

dre (34) - se proponía poner en discusión la de sus hijos con María - de Médicis, por estimar nulo su matrimonio. Ya vimos análogas acusaciones contra otras personas, y circunstancias que, consideraba sus enemigos. También pretendía esta vez, conocer las intenciones de su sobrino por el relato de una conversación habida entre el rey de Inglaterra y el embajador francés. La Boderie, de la que tuvo noticia por la relación de la entrevista que dejó éste en sus papeles... Esta afirmación, que coincide hasta en los detalles, con las hechas - por él con motivo de la conjuración de los Entragues, merece el mismo crédito, o sea ninguno.

Embajade del marqués de Coeuvres.

La primera vez que Enrique IV habló de su intención de declarar la guerra a España, sus ministros se encogieron de hombros (35). Como el insensato pensamiento adquiriese consistencia, creyeron que no les sería difícil calmar sus ímpetus belicosos y evitar que aquel grotesco episodio tomase caracteres de tragedia (36). El bearnés, decía Villerot, era rápido en palabras, pero lento en acciones (37). Pero, atormentado por la impaciencia, sentía la necesidad de hacer algo. Resolvió enviar a Bruselas, como su embajador extraordinario, a Hannibal d'Estrées, ex-obispo de Noyon, marqués de Coeuvres, por de función del mayor del linaje, hermano de la belle Gabrielle.

(34) Según L'Estoile, Enrique de Entragues dijo al rey: ¿"No es -- obrar como un mal hombre desear la mujer de vuestro hijo? Sabéis perfectamente que me habéis dicho que es hijo vuestro".

(35) Carta de Pecquius al Archiduque, 10 de febrero - DOC. No 97

(36) Id

(37) Carta de Pecquius al Archiduque - 4 de febrero - DOC. No 96

Condé, en su ingenuidad, le tenía por uno de sus más fieles amigos, pero el personaje, quitada la mitra y pasando a otras manos el báculo episcopal, aspiraba a las glorias civiles y militares y a ilustrarse con proezas de otra suerte. Sabía lo poco que se puede esperar de un príncipe en el destierro y que la fidelidad, considerada por algunos como una virtud, es, por lo general, una rémora. Estaba dispuesto a servir al rey, al que los suyos debían tanto, en los mismos menesteres que hicieron la singular fortuna de los de su nombre; que no se eclipsó hasta que el último duque de Vendôme cayó a manos de otro aventurero - *Napoleón* - en los fosos de Vincennes.

A su llegada a Flandes, el marqués de Coeuvres repitió las quejas de siempre y añadió que, si Condé no se sometía, se vería obligado a exigir su expulsión. En cuanto a la princesa, tenía que ser enviada a su padre, -esto es, a Enrique IV-, sin demora.

Exigir era palabra inhábil, impropia de un diplomático por su mediocre eficacia, pues es una invitación a la resistencia, reacción obligada incluso de los débiles en razones. La conminación no era - tampoco oportuna con gentes que se creían, con algún fundamento, no hallarse en un plano inferior al del rey de Francia. Llevaba, para apoyar sus demandas, cartas del condestable Montmorency y de la duquesa de Angulema en las que se decían atormentados por sus noticias sobre los malos tratos de que Carlota era objeto. Solicitaban de -- de los archiduques, que no permitiesen que la princesa saliera de -- sus Estados con su marido y en contra de su voluntad. Pretendían, no se sabe en vista de qué informes, que Condé quería llevarla consigo

a otra parte.

Para negociar con el marqués, los gobernadores de Flandes designaron a - Nicolás de Montmorency, barón de Haversquerque, con de Estaires. El embajador extraordinario aseguraba que los archiduques, conjuntamente con el rey de España, eran responsables de aquellas rebeldías. El cargo no valía nada; nadie ignoraba, ni en Francia ni en país alguno, el curso del proceso aquél. Lo único que cabía decir era, que, movido por el rencor y con posterioridad a la fuga, Condé se había puesto a merced de los españoles.

Orange creyó un instante, que podría servir de amigable componedor. Propuso que se autorizase a su cuñado, previa petición de perdón por sus culpas, a residir en una población neutral, en Alemania o Italia, donde podría percibir su pensión. El marqués declaró inaceptable la fórmula, y se negó a transmitir la propuesta. Fue Pacquius quien la presentó en París. Enrique IV, como se podía prever, le contestó que no perdonaría a su sobrino ni daría subsidios al delincuente mientras permaneciese fuera de Francia.

En el curso de esta audiencia quiso acreditar el infundio, que sostenía igualmente al marqués en Bruselas, de que el archiduque se había comprometido a expulsar a Condé si no se sometía a su señor. No costó poco esfuerzo al flamenco hacerle confesar que el compromiso de que hablaban él y su embajador con el aplomo de un hecho incontestable, no había existido jamás. (33) Puesto de manifiesto la impostura, Enrique IV cambió de tono. Dijo que era inocente víctima de la maldad de los españoles. Inventó toda suerte de fábulas. Sostuvo que Condé exigía de su mujer vergonzosas complacencias con Spínola, locamente

(33) Carta de Pacquius al Archiduque - 4 de Febrero. DOC. Nº 76

enamorado, según él, y que la amenazó con arrojarla por una ventana si no cedía. Añadió que la esterrorizaba con toda clase de procedimientos, como el de hacer que sus gentes, cargadas de pistolas, las disparasen en las habitaciones de la princesa, a guisa de intimidación... (39)

Como la realidad no tenía valor ante sus invenciones, llevaba sus patrañas a casa del condestable, que no podía oponerle mentís ni resistencia y se resignaba a dar el capricho real el aval del amor paterno. La duquesa seguía en esto al anciano. Formaba parte del coro, a su pesar, el P. Cotton, confesor del rey. Todos se prestaban de algún modo a desempeñar la burda comedia, en la que nadie se llamaba a engaño. Montmorency, como su cuñada, se congratulaban de saber que la princesa se encontraba lejos de París, a cubierto del deshonor que había de caer sobre su nombre, bajo la protección de la infanta, una santa mujer. (40)

La misión de Coeuvres, que, en apariencia, iba a negociar una fórmula de conciliación difícil, era, en realidad, llevarse a Carlota a Francia. Enrique IV estaba persuadido de que le adoraba y no temía que opusiese sombra de resistencia, antes pasaba los días y las horas con el ansia de volverle a ver. La labor preparatoria del marqués, ya es sabido, era sembrar oizaña, cosa fácil de hacer y aun acabada, gracias de Mme. de Bény, a Mlle. de Chasteauvert y a una mujer llamada Philippotte. El resultado de la mala obra era tan manifiesto que Orange y su mujer llegaron a estimar indeseable la estancia de la princesa en su casa y sugirieron a su marido que solicitara de los archiduques, su

(39) Carta de Pecquius al Archiduque - 1. Febrero - Doc. N° 95

(40) Carta de Pecquius al Archiduque - 10 Febrero - Doc. N° 97

admisión en Palacio. Consciente de su vida en Bruselas, sometida a vigilancia — constante, París la atraía cada día más. Si vaciló algún tiempo entre su deber y sus veleidades, las solicitudes de que era objeto habían quebrantado la no muy grande firmeza de su espíritu. Comvres, desde el primer contacto — con ella, intuyó que había de ganar una brillante victoria.

Tentativa de rapto.

Condé se sintió amenazado en su vida. Se habló de individuos enviados por el rey para acabar con él. Pacquius, en uno de sus escritos, se hacía eco de los rumores que circularon en París sobre esta extremo. Con fundamento o sin él, el príncipe dio crédito a estas informaciones. Comprendió que no podría — permanecer en Bruselas más tiempo ni obligar a su mujer a seguirle por los caminos de Europa. La permanencia de la princesa en el palacio de Nassau no era ya tolerable. Su cuñado quería poner término a sus enojos. Anunció, pues, a los archiduques su propósito de marchar y les pidió que, durante su ausencia, dieran asilo en Palacio a la belle Hélène.

La instancia fué aceptada y Carlota no puso objeciones. Tenía su plan. — Una corte de París dió la clave de aquella falta de resistencia que pareció — al pronto un tanto misteriosa.

Harley de Beaumont, advertido en secreto por Thou, hizo saber a Virey — que Comvres se proponía raptar a la mujer de Condé el día de la Candelaria, — en ocasión de la peregrinación tradicional a un santuario de la cercanía de — Bruselas. El embajador extraordinario y sus cómplices habían obtenido su consentimiento.

El aviso tuvo por efecto que se redoblase la custodia. El calador más ri gido y vigilante era Virey. Para intimidarla, se le hizo anunciar que su espo sa, que residía aún en Francia, estaba presa, en rehenes y que su hijo, de -- nueva años, se hallaba detenido igualmente. La verdad era menos odiosa. La mu jer de Virey, en realidad, había sido llevada a Châlons, en residencia fuerza da, pero a casa de sus padres, bajo su vigilancia; el chico se encontraba al cuidado de gentes honradas que tenían encargo de velar sobre él. Pero el avi so que pretendía desmoralizarle y conseguir que se relajase su celo, aun pre sentado en aquella forma, no le hizo flaquear.

Uno de sus espías, Vallobre, hidalgo de Avignon establecido en Bruselas, antiguo paje del condestable, expatriado de antiguo por no desear contacto de de masiado estrecho con los servidores de la justicia, había recibido proposicio nes de parte de Coeuvres. Por los informes que solicitaba y las instrucciones que le comunicó, Virey pudo llegar a saber en qué circunstancias se proponía dar el golpe de mano.

Una vez orientado, conferenció con Spínola. Por su consejo, Vallobre se -- declaró dispuesto a ejecutar las órdenes del marqués. Se supo entonces que se iba a abrir una brecha en la muralla de la ciudad; que enrolaban gentes, se -- buacaban caballos y se habían comprado gentes hasta en Palacio. Verdes, gober nador de La Chapelle, había llegado a Bruselas con un teniente, un tal López, -- de la compañía del duque de Vendôme.

El rapto debía tener lugar el día en que la princesa hubiera de ser tras la dade. Carlota, cubierta por amplio manto, huiría por los jardines. Con la -- ayuda de un cómplice, pasaría por la brecha. En un cementerio de las inmedia

ciones la tomaría a su grupo un gentilhombre, que se incorporaría a un pelotón de jinetes desperdigados hasta aquel momento, para no llamar la atención.

El rey esperaba con verdadera angustia que Coeuvres le comunicara la ejecución de la arriesgada empresa. El día en que tuvo aviso de que todo quedaba dispuesto y tendría rápido fin pensó que iba a perder el seso, al que le quedaba. Loco de contento, corrió a Saint-Germain en laya a anunciar a su mujer que la princesa iba a estar pronto en sus brazos...

La reina, menos regocijada —como podía prever quien no fuera Enrique IV— por la buena nueva, se apresuró a prevenir al nuncio, quien, a su vez, procuró que se enviase un correo expreso a Bruselas, que, a uña de caballo, llevó el mensaje a los archiduques.

Hasta entonces, conocido su imprudencia, nadie había confiado a Condé lo que se preparaba. Sólo se le dieron indicaciones someras, las indispensables para que se resolviese a pedir a los gobernadores que no permitieran el acceso en Palacio a las mujeres del séquito de la suya. La petición fue tanto mejor acogida cuanto que estaba convenido de antemano. (41)

Por no se sabe qué obstáculos, Coeuvres necesitó más tiempo del que disponía. Para demorar el traslado, hizo que la princesa pidiera a Spinola que, antes de abandonar la casa de los Orange, le ofreciera lo que allí se llevaba los violons: un baile, una fiesta. Calculaba que, como no se podría improvisar en el espacio de pocas horas, dispondría de las que le faltaban. Spinola adivinó que la demanda encubría un ardor y dio excusas. Coeuvres tuvo que precipitar la puesta en marcha del folletín.

(41) La versión del duque de Aumale y de la Ferrière difieren sólo en detalles de la que damos aquí.

El traslado se había previsto para el domingo, 14 de Febrero. El embajador extraordinario tenía que actuar en la noche del 13. Avisado Spínola, previno a Condé. Este, con su intemperancia habitual, corrió a pedir a los archiduques una guardia. (42) No contento con ella, llamó a los gentilhombres de la Corte, que acudieron en masa. Estimando aún escasas sus fuerzas, el príncipe de Orange, fuere de sí igualmente, convocó en su casa a cuantos le podían servir, hizo que se armasen y amenazó con dar muerte a medio mundo. Al caer de la tarde se había congregado un número ingente de hombres armados en torno — del palacio de Nasseu. Hubo cuerpos de guardia en todos sus rincones. Aquellas gentes se interpelaban en alta voz. Piquetes de caballería recorrían las calles vecinas, precedidos de exploradores con antorchas. En las esquinas se encendieron hoqueras, como en los campamentos. La ciudad entera compartió la — emoción. Circularon las versiones más inverosímiles sobre las causas de aquel estruendo. Los burgueses reforzaban como podían sus puertas. Se dijo que el — rey de Francia se hallaba delante de las murallas...

El marqués y la mujer de Berny se hallaban con la de Condé cuando los intrepidos defensores del honor del príncipe lo invadieron todo. Carlota, como convenía al papel que tenía que representar, hacía dos días que se decía en — ferma y no salía de sus habitaciones. Una de sus mujeres había llevado sus ropas a la embajada de Francia.

Cosuevres y la embajadora, inquietos al pronto, se esforzaron por parecer serenos, como gentes que no temen nada, sorprendidos tan sólo por la irrupción y el ruido. Los que acusaban no podían presentar pruebas materiales de la con —

(42) Carta de los Archiduques a Pecquius, 13 de Febrero - DOC. nº 98

Jura, pues la acción precipitada y escandalosa de la defensa, había impedido que el plan tuviese un comienzo de ejecución. Podían, pues negar el propósito y aun considerarse ofendidos por una acusación que cabía calificar de infundada e injurioso. (43)

Al día siguiente, se presentaron a los archiducos. Formularon quejas -- quejas por las intrigas concertadas contra ellos y la ofensa que se infligía al rey al columpiar de aquel modo a sus representantes. El archiduque repuso que no dió crédito a los rumores; pero no le fué posible negar al príncipe la guardia que reclamó como indispensable para su defensa, estando bajo su protección. (44)

Luego de la audiencia, Coeuvres fué al palacio de Nassau, acompañado de Mr. de Beny y otros, y recibido por Condé le conminó con gran solemnidad a someterse a la voluntad real y le proclamó reo del crimen de lesa majestad. Dejó acta de esto y con otras soberbias, que pensó darían más vigor a la diligencia, se retiró, seguido de sus acompañantes.

El príncipe respondió en el acto. En un documento notarial contestaba, -- que siempre estuvo dispuesto a obedecer los mandatos de Su Majestad y que lo haría también en aquella ocasión si se le daban las garantías que exigía su honor; añadía, en respuesta a otras acusaciones, que era del todo incapaz de emprender cosa alguna contraria al interés de su soberano.

El notario llevó el acta al embajador de Francia. Este, cuando presentó al cartulario, tomó distraídamente el papel. Luego que lo conoció, salió en --

(43) El Secretario de Estado Praetzel a Pacquius, 16 de Febrero -- DOC. Nº 101
(44) DOC. Nº 105

persecución del escriba, que corría como un gamo. Le dió alcance y le obligó a volver a tomar el escrito, amenazándole con la espada desnuda. Del cómico — incidente se hizo también un acta....

Visitaron luego el conde de Estaires, para persuadirlo del grave daño — que se hacía a la princesa con llevarla a vivir en Palacio, que ellos llamaban convento y prisión. Proponían que se le diese por residencia la embajada, esto es, que se pusiera en sus manos. (45) Les respondió que lo decidido era — lo mejor que se podía hacer para poner fin a los rumores que difundía la malignidad, pues la convivencia con los archiduques era la máxima garantía de que llevaba una existencia honrada; que lo que convenía era apresurar el traslado, "tanto por los peligros que ella temía por parte de su marido, como porque — arriesgaba, visto que los negocios estaban en punto tal, su inocencia bien — probada, sin contar que, con príncipes tan amantes de la honestidad y la virtud, el hecho de entrar en su casa bastaba a justificar a quien hallaba acceso y quitar fundamento a los maldicientes. Diferir el traslado, agraró, sería dar ocasión a las gentes para pensar que Sus Altezas no la querían por sospechar de ella; su honor estaba interesado en que así se hiciese".

Era, no obstante, más cierto que aquella pobre mujer se había dejado llevar a imprudencias y que su reputación no quedaba indemne. Se sabía, además, — que recibía cartas del rey y las contestaba. Los que formaban su intimidad no eran intachables. Conde no podía estar tranquilo de otro modo.

(45) Pecquius al Archiduque Alberto — 3 Marzo — DOC. N° 110

La princesa se trasladó a Palacio con gran pompa. La acompañaron sus cuñados y un séquito numeroso. La infanta la recibió, como la vez primera, en la gran sala, con su majestuosa y preciosa sencillez. (46)

La marcha del marqués
de Cosuvras y de Condé.

Cosuvras pudo dar por terminada su misión, aunque no como deseaba y pedía sus instrucciones. Antes de regresar a París presentó una vez más las quejas de su señor, quien, a su llegada, le trató malamente. Pecquius escribía al secretario Prats: "El cristianísimo, luego de haber oído el largo informe del marqués, ha celebrado consejo, del que ignora todavía el resultado. Me dicen que el rey continúa sombrío, descontento del marqués, habiendo dicho al duque de Vendôme que su tío no era más que un animal; y, si es cierto lo que asegura el nuncio S.S., ha escrito al propio marqués que era tanto, nimisum - quid reptus Helenae non accedit". (47)

Como el plan fracasó enteramente, había que sostener que no existió jamás. Sólo el supuesto, decían, de que Su Majestad hubiera podido concebir esta idea, constituía una injuria intolerable. El rey se quejó, lo calificó de

(46) Marki, Op.cit. dice que Villeroi no se equivocaba cuando hablaba de las intenciones de España en su escrito a Mr. de la Boderie, embajador en Londres: "Onnes al principe por perdido. Spinola se porta como un desesperado, como un apasionado, que dicen que es, en su amor por la princesa; la que ha sido llevada con gran pompa a palacio, fingiendo que se la ha querido raptar o atentar contra el principe; y no se juzga lo difícil que hubiera sido apoderarse de ella, alojada en el palacio del principe de Orange y con el marido a su lado. Todo se hace y se conduce por mandato del rey de España. AMBASSADES DE LA BODERIE, citado por H. de la Ferrière, transcrito por Marki.

(47) Carta de Pecquius, de 1 de Marzo, en DM. N.º 167

calumnia inventada por Condé para su desprestigio y que su honor exigía una -
 reparación. "Nunca, decía Villeroi en su nombre, nunca hubiera cometido una -
 acción que hubiera sido ofender a la autoridad de los archiduques y darles --
 ocasión de resentimiento con una violencia semejante, en la ciudad de su resi-
 dencia, en sus barbas; lo que, además, no podía tener efecto, ni de día, habi-
 da cuenta de las circunstancias y del poder que sólo V.A. tiene ahí, ni de no-
 che, puesto que el príncipe podía proveer haciendo que la princesa se acostase
 con él". (48) En el mismo despacho en que Pecquius transmitía a Bruselas es-
 tas manifestaciones, anotaba detalles que se ignoraban en Flandes: "Se habla
 mucho de que el rey cristianísimo esperaba el lunes pasado en Saint-Germain -
 noticias de la ejecución y éxito de la tentativa de rapto de la princesa, de-
 cidido a salir a su encuentro en el caso en que se la hubiera traído, y que, -
 al saber el fracaso, se turbó mucho; también se me ha dado aviso secreto de -
 que un gentilhomme, llamado Saint-Georges, que estaba ahí, recibió encargo -
 de atentar contra la vida del príncipe y que el señor de Migneu, gobernador -
 de Montreuil, ha dicho, que Warde, con un llamado López, teniente de la compa-
 ñía del duque de Vendôme, han sido los principales empresarios del rapto y --
 que podrían tener que temer si fueran aprehendidos, con el capitán de la guar-
 dia de V.S., que dicen haber participado con ellos, llamándole el Sr. Barbi-
 zieux"... (49) Días después, escribía: "... por lo que se refiere al resenti- -
 miento que muestra el rey de Francia del daño que se pudo hacer a su reputa-
 ción por la alarma que se dió en Bruselas... no se habla aquí más de que (que

(48) Despacho del mismo a los archiduques, 18 de Febrero. DOC. Nº 101

(49) Desp. de Pecquius a los Archiduques, 18 de Febrero DOC. Nº 101

es) un antifaz, siendo tenido por cierto (la tentativa de rapto) en el que, me aseguran algunos, han tenido buena parte el Sr. de Prédault y la mujer del Sr. de Berny; y que el Sr. de Wardo tenía encargo de llevar a la princesa a La -- Capelle, si se la podía raptar... También he visto una carta de dicho Sr. de Berny, escrita a un amigo suyo en este país, por la que se deja muy bien entender la realidad del propósito, aunque protesta de que no ha tenido parte en -- él, haciendo mención... de un francés, llamado Montcheaux, que tuvo participación en el jaleo... del que me ha hablado... La Nouvinière... diciendo que este Montcheaux ha sido desterrado de Francia a causa de algunos homicidios, pero que el Sr. de Treigny... ha persuadido al rey de Francia de que le envíe a Bruselas para tal propósito; y que es un mal hombre, al que hay que vigilar -- muy bien"... (51)

El "resentimiento" obligó al buen Pecquius a soportar no escasos repro--
 ches de Enrique IV y sus ministros. Según ellos, el hecho de que el gobernador de una plaza fronteriza se encontrase en Bruselas, ocupado en asuntos partid--
 culares, no justificaba que se llamase a tomar las armas a todos los hombres válidos de la ciudad. El conde de Anover, decían, había recorrido las calles gritando alarma, siendo así que al día siguiente de aquel estruendo se tuvo --
 la vergüenza de no encontrar en toda Bruselas más allá de dieciocho franceses; todo, añadían, había sido organizado por Spínola, "que se las quiso dar de --
 hombre de guerra"; los archiduques se habían hecho culpables de complicidad; --
 el rey consideraba aquello como una ofensa y bien pudiera exigir satisfac--
 ción.

(51) Despacho de Pecquius a los Archiduques de 10 Marzo. DOC. n.º 111

Villeroi, que en otros momentos trató de quitar virulencia a los excesos verbales del bearnés, parecía entonces querer exagerar la nota. Este cambio de tono daba sentido a las informaciones según las cuales se hacían en Francia importantes preparativos bélicos. La gente decía que, para raptar a la princesa, se procedía a la movilización de todas las fuerzas de que disponía el reino. Circulaba el rumor de que el Vert Galant había prometido un ejército al condestable para que fuera a reconquistar a su hija. En los despachos de los embajadores el nombre de Charlotte de Montmorency ocupó por aquellos días el lugar principal.

Condé, tranquilizado por aquel lado, decidió poner en ejecución la segunda parte de su programa: salir de los Países-Bajos. Los franceses, numerosos en Bruselas, hablaban sin gran rebozo de matarla. Virey había tenido peligrosos encuentros; el propio mayordomo del príncipe resultó haber sucumbido al soborno y, cuando se vio descubierto, huyó a Francia. La situación del desterrado, luego del pasado escándalo, se había hecho más difícil. Se decía públicamente que su mujer se prestó a ser raptada. Se hablaba sin recato de que se había dejado arrastrar a ciertos devaneos, reales e imaginarios, dañosos en todo caso para su reputación. Condé, dispuesto a marchar, pidió juramento a los archiduques de no consentir que su mujer, sin su asentimiento, saliera de aquellos territorios. Vinieron en ello los gobernadores y en torno de esta promesa, que ellos estimaron no poder excusar, giraron en lo sucesivo todas las discusiones con Francia y su interpretación, iba a decidir de la paz o la guerra en Europa.

El príncipe tuvo que elegir lugar para retirarse. No le era posible en--

contrar asilo en los países aliados de Enrique IV. De los únicos que lo podía esperar era de los sometidos a la obediencia de Felipe III, con exclusión, -- desde luego, de España. Su presencia en la Península era susceptible de dar -- pretexto a complicaciones y aun a un conflicto; sin contar con que Francia hu biera hallado manera de sembrar suspicacias dentro del reino y en el extranjero. Se resolvió que marchase a Milán. (31)

El viaje se preparó con sigilo. Sólo fue conocido del archiduque, Spino-la, que le prestó la ayuda que hubo de menester y del conde de Anover, acred itado, como sabemos, cerca de su persona. Le habían de acompañar el marqués de Rochefort, Viray y un oficial que había de servirle de intérprete y guía. Se había previsto que Ioiras, amigo de infancia del príncipe, fuera igualmente -- con él; pero se desistió, porque se llegó a averiguar que traicionaba. Fue en- viado a Francia con un vago pretexto; Enrique IV le recibió muy bien y se pu- do confirmar más tarde que había hecho oficios de espía. (32)

El 13 de Febrero, el mismo día del escándalo de Bruselas, el Consejo de Estado, en Madrid, había deliberado sobre el caso Condé. El duque de Aumale -- (33) piensa, no sin fundamento, que en sus decisiones entraron por medio los informes de don Iñigo de Cárdenas, que dió a entender que los hugonotes segui- rían al príncipe. De la falsa premisa había que llegar a la no menos falsa -- conclusión de que podría servir de contrapeso a las dificultades que se crea--

(31) Carta de Felipe III a Don Iñigo de Cárdenas. 21 Febrero. DOC. N.º 145

(32) Yellomant decía: "El pequeño Ioiras era espía en Bruselas del lado del rey"; y de Conuvers, escribía: "Le petit Ioiras sert toujours bien Votre Majesté; - Je lui ai payé sa pension".

Esta petit Ioiras fue hecho luego mariscal de Francia.

(33) Op. cit.

ban a España. Así se deduce del parecer del Comendador Mayor de León, conforme en esto con la opinión del Condestable de Castilla. (54) Obedecían, en todo caso, a las amenazas del francés, bien que no estimasen verosímil—decía el duque del Infantado— "que quisiera mover guerra por causa tan injusta"... Ya entonces se resolvió, en principio, que Condé fuese recibido en el Milanesado.

El 21 de Febrero salió del palacio de Nassau y pasó a una casa vecina. — Marchó luego de Bruselas, de noche, vestido a la manera walona. Nevaba copiosamente y la nieve cubría casi instantáneamente las huellas de los caballos.

Fué un viaje penoso, por malos caminos, del que al propio príncipe dejó un itinerario, bien que la ortografía de los nombres, en Alemania, es tan arbitraria que sólo el rumbo resulta identificable. Llegó a Italia sin ser descubierto. En Francia se ignoró por algún tiempo dónde se hallaba. En el Louvre se afirmaba que había salido para España, por mar. Llegó a Milán el 31 de Marzo, donde fué recibido por el conde de Fuentes, su gobernador, con gran pompa, como le mandaban sus instrucciones; le dió alojamiento en el Palacio Real y, para honrarle como ^{príncipe} su custodia, le puso una guardia de corps.

(54) Ver DOC. — Acta del Consejo de Estado. 13 Febrero. N.º 99

C A P I T U L O 13º

" LA INEVITABLE Y GROTESCA GUERRA "

" C'est une grande difformité dans
la nature qu'un vieillard amoureux".

LA BRUYERE. -



LA INEVITABLE Y GROTESCA GUERRA

La cuestión de los ducados de Clèves y Juliers

La entrada de la princesa en Palacio y la marcha de Condé no acabaron el inverosímil conflicto, sino que iniciaron una nueva fase, la más aguda. La suerte de Europa, el mundo de entonces, pareció estar ligada a la de una mujer: Carlota de Montmorency.

Enrique IV veía cerrarse el camino a tentativas como la que fracasó en Bruselas y no se resignaba a lanzar vanos suspiros al viento... "el rey, no tendrá jamás reposo hasta que no vea a la dama"... (1) Era una obsesión, objetivo final de sus acciones y sus pensamientos. La política, como decía Cárdenas, pasaba a segundo plano; no tenía más valor que el de procurar pretextos y plantear problemas, unos y otros para llegar al propósito dominante, a la satisfacción del morboso deseo de un enfermo de senilidad.

La actitud de los archiduques, que no cedían ante la fuerza y pudieran obligarle a tomar otras medidas, le preocupaba y la guerra se le presentaba como el postrer recurso de que podría disponer. Todo ello era causa de resentimiento y cólera, que aumentó cuanto tuvo noticia de que la Corte de Bruselas negaba la entrada en Palacio a las celestinas mujeres que utilizaba para mantener el contacto con su amado, y que era el único consuelo en su aflicción, y última esperanza de llevar a buen fin una intentona para liberarla, y traerle para sí. Confinadas en la embajada de Francia, se tenían que limitar a transmitir sus lamentos. Servían, a lo más, para impresionar al viejo condes-

(1) Carta de Pecquius al Secretario Praets - 1 Marzo. DOC. Nº 109

table y moverle a una actitud activa viendo a su hijo cautivo, tratada sin miramientos, alojada en un sotobanco, sin servidumbre, como una destichada que reclamaba a gritos ayuda y defensa... (1) El embajador francés escribía: "Le quieren tener encerrada en un cofre sin que nadie más que ellos (los archiducos) le habla ni le vea"...

La suerte de Carlota no era, ciertamente, envidiable. La obligación de velar sobre ella, era una carga pesada y una responsabilidad. No hacía un mes todavía que la infanta se había instituido guardadora de la belle Hélène cuando escribía al duque de Lerma: "No puedo deciros lo que quisiera por no atreverme a confiarlo al correo. Mi primo -así llamaba siempre a su marido- mi primo os dará cuenta de lo más importante. Os diré solamente que todo va bien con la güespeda (sic), aunque no acaba de resolverse a perder la temura por su país. Aquí todos la consideran como ganada (para el rey); tenemos que ser prudentes y no mostrar demasiado nuestro deseo de verle cambiar de opinión. Creo que, en el momento actual, resultaríamos muy malos predicadores. Habría muchas cosas divertidas que contar a este respecto si nos atreviéramos a fiarnos de la pluma"(2).

Había dejado de ser la muchacha dócil que se sometía a casarse con Bascompierra o Condé, según el deseo de su padre. Su espíritu se había envenenado. Llegó a estar persuadida de tener una importancia considerable, ser llave de una gran intriga, enorgullecida por el valor que le daban la locura de un rey y la ballaquería de los otros. No era mala mujer, sino una descentrada,

(1) Carta de Pacquius al Archiduque -3 Marzo. DDC. N° 110

(2) El autor revierte al español la traducción del documento. Puede no haber, por tanto, coincidencia literal con el. Publicado por la condesa de Villarromil. Op. cit.

presa de vértigo; las cosas que veía tomaban un aspecto irreal, nunca visto o borroso, como un mareo que anulaba en cierto modo su albedrío. Se llegó a creer, prisionera del egoísmo, presa por la maldad y la villanía de los hombres. Y acaso pensó firmemente que su vida --la "toda mi vida" de los dieciseis años-- se consumía en injustos suplicios y que la ventura se hallaba al lado del rey...

La gran prudencia que mostraba la infanta Isabel Clara Eugenia, cuando escribía al duque de Lerma se la dictaba una situación ciertamente tormentosa.

Enrique IV, decididamente, quería guerra. Las noticias que llegaban a Bruselas coincidían en señalar movimientos que no permitían dudar. "Varios avisos e informes concordantes, procedentes de buenas fuentes, hacen indudable lo escrito a V.A. en mis anteriores de que el rey cristianísimo levanta con diligencia tropas de a pie y de a caballo, según se publica, en socorro de los príncipes de Brandemburgo y Neuburg"... "según avisos que he recibido... el propósito del cristianísimo es hacer una incursión ofensiva por los territorios de V.A. y sorprender, si puede, algunas plazas fronterizas, pues está decidido a romper con Su Majestad (el rey de España) y con V.A. por la cuestión de Condé... Los discursos del canciller, del presidente Jeannin y del Sr. de Villeroy me hacen creer que, si el rey tiene este propósito, le han llevado a ello la pasión del desdén y el despecho que tiene de la retirada del príncipe con la princesa... observándose en él una lesión tan vehemente, luego del fracaso de la empresa de Bruselas, que los que trompatean la guerra en sus oídos no han encontrado obstáculo en sus humores para disponerle a esto, -- que será un gran pesar para otros muchos, más avisados y clarividentes, que --

no pueden esperar nada bueno de una guerra que se quisiera hacer surgir por --
tal causa"(9). Don Iñigo de Cárdenas también creía en la posibilidad de un --
conflicto: ... "tengo, escribía, tanto la pasión de amores y veo a este --
rey tan ciego... por la princesa de Condé que no sé qué decir a V.M.; y si --
hallo muchas razones para tener por segura la paz, mirando las cosas en razón
de Estado --esto es, habida consideración de las circunstancias estrictamente
políticas--, hallo muchas más para tener por cierta la guerra en razón de amo-
res... Y si no va a V. M. prevenido y que en lo de Flandes hay algo de más --
defensa y resolución de hacerla, tengo por cierto que se arrojará; y si ahora
no la hace es por andar probando si sus traza y negociaciones con el archidu-
que le salen bien para que le den la dama (también lo deben detener) y ver --
cómo se pone lo de Alemania y las pláticas de Italia; pero que salgan o no --
salgan estas cosas, si él no ve lo de Flandes más guardado, su intención va a
con una presteza (7) de caballería entrarse hasta Bruselas, si pueda, y tomar
las plazas que desee, y darlas si le den la dama a sus parientes, y si no, se-
guir este designio, dándole por color lo tienen presa contra la voluntad de --
sus padres; y no haga V.M. caso de tener al príncipe de Condé, que esto mira
a lo de Estado, de que no haga caudal en la presente; y para mejor aclararme --
digo que entiendo (que) si le diesen a la princesa daría (41) al Delfín y a --
todos los demás hijos; ayúdame a temer que este rey se arroja por sus amores,
que por ellos tiene muy gastada la salud"... (5)

(4) Despacho de Recquius al Archiduque de 10 de Marzo.- OGC. nº 111

(5) Don Iñigo de Cárdenas de Felipe III, Despacho de 14 de Marzo.- OGC. Nº 112

Cárdenas, como resulta de este texto, tan padregoso, toma la guerra de la ceguera del rey, no obstante no existir razones de carácter político que la puedan explicar y estima que se lanzará a hacerla si no se le opone, con la decisión de resistirle, la fuerza. Pretendía que Enrique IV aún esperaba efectos de la negociación; pero, fracasada ésta, iría, con sus tropas, en busca de la dama. La política, y aun el caso de Condé, a su juicio, no constituían motivo de inquietud y no merecían ser tenidos en cuenta los pretendidos temores de que el príncipe aspirase a tomar la corona que habrían de heredar sus hijos; lo que importaba al rey, por encima de todo, era aquella mujer.

Todos los despachos contenían informes sobre movimientos de tropas, mandos, contratos de pan de munición y pienso para los caballos, envíos de armas y municiones a las plazas cercanas a la frontera (6). Enrique IV amenazaba a toda hora y hablaba de la guerra como de cosa ya decidida e inevitable.

El pretexto oficial era la ayuda que quería prestar a los príncipes alemanes, en pugna con el Emperador, en un asunto de sucesión de territorios que formaban parte del Imperio Germánico. La cuestión se presentaba de este modo:

Hacia cerca de un año, en Mayo de 1609, había muerto Juan Guillermo, soberano de unos pequeños Estados de las marcas del Imperio. El duque no dejó hijos varones. Tenía cuatro hermanas: Leonor, la mayor, casada con el margrave de Brandemburgo; Ana Magdalena, esposa del burgrave de Neuburgo; Silvia, mujer del archiduque Carlos de Austria, marqués de Burgovia, y Magdalena, unida al duque de Zweibrück. En previsión de su muerte, había dispuesto,

(6) Despachos de Freyhus al Archiduque de 19, 27 de Marzo y otros y de Don - Iñigo de Cárdenas. N.º 117-119-120

70

en el contrato de matrimonio de su hermana Leonor, que, a — defecto de progenitura masculina, fuese ella quien le sucediese. Pero le prece— dió en la tumba y, por consiguiente, no le pudo heredar. El Elector de Bran— demburgo, casado con una hija suya, pretendió la herencia. Las otras ramas co— laterales se opusieron a la pretensión con la razón, perfectamente fundada, de que la hermana del duque no pudo transmitir a sus hijos lo que no adquirió, — por haber precedido en la muerte al cujus. La discusión presentaba otras com— plicaciones. El Emperador, Rodolfo II, obligado por su suprema soberanía a — asegurar a los territorios en litigio una existencia normal mientras el plei— to hablaba solución jurídica, dictó su embargo y nombró administrador al ar— chiduque Leopoldo, arzobispo de Estrasburgo. Las Casas de Brandemburgo y Neu— burgo protestaron de lo que les plugo considerar como una ingerencia indebida de la Corona Imperial en Estados soberanos, que pasaban de este modo a su obe— diencia. Eran de religión protestante y pidieron ayuda a las Provincias Uni— das y a Francia, amiga de reformados y siempre adversaria, el menos en poten— cia, del Emperador católico. El partido de los Austria había tomado medidas — de defensa. España sostenía a los que aprobaban la actitud imperial.

Enrique IV vio ocasión de justificar sus fines. Sus intenciones, menos — secretas de lo que él pensaba, podrían parecer cubiertas, en el exterior, como socorro a un movimiento de rebeldía contra los católicos germanos, auxiliados por los españoles. No le importaba salir en defensa de derechos dudosos, sin justo título ni fundamento válido. La oposición a España podía bastar, cualquie— ra que fuese la cuestión jurídica; el Emperador no había pronunciado una deci— sión resolutoria; los pretendientes no estaban en posesión de una sentencia. —

Rodolfo II se limitó a poner los territorios en discusión bajo curatela, luego de haber declarado que haría entrega de ellos, sin consideración a la posición política o confesional, al derechohabiente. Pero el Vert Galant no pensaba en estas cosas, propias de letrados. Sus razones, las que no podía confesar, tenían que prevalecer. No apoyaba su resolución en argumentos, sino en pretextos huidizos e inconsistentes y proclamó, simplemente, el propósito de deshacer el entuerto, que no existió y "apoyar a sus amigos", a pesar de los litigantes, que le hicieron saber que no deseaban soldados franceses para su defensa, pues los tenían más como amigos que a sus adversarios. (8)

En Francia nadie creyó que tal fuera el motivo de sus armamentos. Los mismos autores franceses dan a este pretexto muy escaso valor. Los que sostienen a toda costa la grandeza del rey, desconcertados, más perspicaces que los ministros de Enrique IV y sus contemporáneos, han descubierto que obedecía a pensamientos secretos de inmenso alcance político que ocultaba con habilidad consumada; tanta que los ignoraron sus más íntimos colaboradores, los que compartieron diariamente sus trabajos y estuvieron al tanto de las menores incidencias de su vida... (9) Todo para no confesar lo que en su tiempo sabían todos: la finalidad única, -pues no tenía pendiente con el extranjero ninguna reclamación de carácter político- era conseguir la vuelta a Francia de la mu-
er de Condé. (9)

Muchos así lo creyeron -escribe Vaissière- y ninguno lo afirmó tan categóricamente como Villegomblain - MEMORIAS-: "Se considera, decía, que todo el

8) Carta de Pacquius al Archiduque, de 19 de Marzo. DOC. N° 441

9) Pacquius al Secretario de Estado Praetiz de 16 de Marzo de Marzo DOC. N° 413

9) Don Iñigo de Cárdenas a Felipe III. Das. de 18 de Marzo. DOC. N° 444

aparato de esta guerra que se anunciaba, no la causeba, fué deliberada ni emprendida más que para raptar por fuerza a esta criatura del lugar en que estaba guardada, por recomendación de su marido, y que sin esta mordedura de amor (piqûre d'amour) el rey no hubiera traspuesto jamás, a la edad que tenía, las fronteras del reino para emprender una conquista sobre sus vecinos y que estaba resuelto a empezar por allí; y a fin de que no se le censurase de tan vergonzosa empresa, la cubrió con más honorables designios"... Y el autor que la cita, luego de transcribir lo que dijo quien sabía de que hablaba, concluye: "Il y a là exagération évidente" (10). Muestra sin embargo lo contrario, con evidencia, lo que queda escrito, basado en papeles que cita en otras páginas. Lo reconoce bastante explícitamente cuando exclama, más adelante: "Mais on sait comment la mort devait rendre vains les beaux rêves de l'amoureux et les grands desseins du chef d'Etat" (11). También Richelieu dió el concepto, con iguales circunloquios: "Il y a grande apparence -dice en sus MEMORIAS- qu'après avoir terminé le différent de Juliers et retiré des mains des étrangers Mme. la Princesse, elle lui eut servi de bride pour l'arreter et le divertir du reste." (12)

(10) -Hay en eso exageración evidente.

(11) -Pero ya se sabe que la muerte había de hacer venos los hermosos sueños -del enamorado y los grandes designios del jefe del Estado.

(12) -Hay grandes probabilidades de que luego de haber terminado la cuestión -de Juliers y de haber retirado de manos de extranjeros a la Señora Princesa, ésta le hubiera servido de freno para detenerle y distraerle de lo demás.

Petitot, Claude -"Mémoires du Cardinal Richelieu" - (Collection des Mémoires relatifs à l'Histoire de France) - Foucault, Paris 1820

La presión familiar y las

armas legales.

El condestable --y bien se sabía en Bruselas quién escribía sus cartas-- se revolvió contra los malos tratos infligidos a su hijo y acusaba a Condé de "haber dicho villanías, que eran falsas, de ella y del Sr. de Malmbois y cosas que no se dirían de una moza de partido". Reclamaba porque se le habían quitado sus damas de honor, vendidas al rey cuerno y alma, substituidas por una --hermana de Kerman, mayordomo del príncipe de Orange, "español, gran favorito del marqués de Spínola", cuyos servicios, según él, le eran odiosos. Insistía en la vieja historia, fabricada enteramente por Enrique IV, de que se imponía a Carlota, con terribles amenazas, la esiduidad del marqués, quien, según --afirmaba Coeuvres, "se mostraba muy generoso y libre de maneras con la princesa y llegó a decirle que sabría muy bien servirla y callarse y trató de ganar a Mademoiselle de Chasteauvert para que la favoreciera en sus amores, habiéndole ofrecido con esta fin, su bolsa con diez mil escudos de oro"... lo que Montmorency no estimaba correcto y deba, según decía, motivo de cólera contra Spínola, "al que calificó de negociante y mostró por sus polebras y gentos --profesarle gran odio" (3)

No era difícil tarea para los archiduques responder a tan torpes invenciones. Consistieron en separar del servicio de la güespada a la mujer que --causaba su descontento; pero se negaron a poner en su lugar a las otras, de las que conocían, la inmundicia y torcerías. La duquesa de Angulema, siempre al dictado del rey, propuso enviar de París, como ella decía, personas de con-

(13) Pacquius al Archiduque Alberto - 3 de Mayo 1600. No 110

fianza, o sea de la de Enrique IV; que, "se dejarían sobornar y corromper fácilmente, si no lo están ya... antes de salir de Francia". Con respecto a la Chasteauvert, añadían los archiduques, se acababa de interceptar una de las muchas cartas que escribía al rey, en la que le decía que era preciso que hallase el modo de sacar a la princesa de allí. (14)

Don Iñigo de Cárdenas y Pecquius sabían a qué atenerse sobre los dichos del condestable. Con ellos, confidencialmente, se mostraba muy contento de que su hija permaneciese en su encierro. (15) El propio Enrique IV ignoraba sus sentimientos reales y dijo en una carta que su "compadre estaba más frío de lo que requería la estación", y añadía: "pero mi fuego le ha descongelado" (16)

Vista la poca eficacia de las cartas, hizo que pasase a Flandes, en calidad de delegado de la familia, Charles de l'Aubespine, aquel extraordinario abate de Préalx que conoció Bruselas al lado del marqués de Coeuvres, no menos extraordinario embajador. Era un hombre ambicioso, sin tacto, dispuesto a desempeñar cualquier oficio a cambio de una prebenda. En esta segunda misión llegaba revestido de la toga del jurista, como representante de un padre que pretendía hacer valer sus derechos.

Recibido en audiencia, alegó la violencia "notoria" del príncipe, la forma en que su mujer fué sacada de Francia, la injusticia de su cautiverio. Afir-
mo, sin pruebas, es claro, que el matrimonio no fué consumado y tenía, por

(14) Los Archiduques a Pecquius. 19 Marzo. DOC. N° 116

(15) Don Iñigo de Cárdenas. DOC. N° 107 y Pecquius a los Archiduques, 23 de Febrero N° 108.

(16) Carta de Enrique IV a Préalx DOC. N° 103 - 118

75
tanto, vicio de nulidad... Estas fundamentales razones eran otros tantos motivos para formular una demanda de divorcio y tal era el propósito de la familia, representada por él. Pretendía, con un prolijo discurso, que, mientras se resolvía el pleito de nulidad, la princesa fuera depositada en casa de su padre.

El problema, para los archiduques, se presentaba de otro modo. Por lo que a la anulación se refería, declararon que no tenían jurisdicción. En cuanto a la entrega de la princesa, alegaban simples cuestiones de hecho: había entrado en Palacio por su voluntad, con conocimiento del marqués de Coevres, embajador extraordinario del rey de Francia y a petición del marido, que exigía de ellos el compromiso de no abandonar el depósito sin su consentimiento. Pero si se consideraban, que en el curso de las diligencias que se anunciaban, la princesa debía ser llevada a otra parte, no se opondría. Se requería tan sólo que el príncipe diese su consentimiento o que el Papa les desligase del juramento que habían prestado. A uno u otro efecto se ofrecían a hacer las gestiones que pudiesen. (17)

El fastidio, los consejos de los amigos del rey, las intervenciones, que caso creyó sinceras, de sus familiares, con todo lo que se agitaba en la sombra, consiguieron que aquella mujer se resolviese a suscribir una instancia a los archiduques. Esta fue presentada con cierta solemnidad, en presencia de dos notarios de importancia: Mr. de Berny y, el abate Práulx. En este documento, luego de dar las gracias "por el trato de que fue objeto desde que entró en Palacio", decía que tendría motivo de queja si se le negaba licencia para re-

17) El archiduque al Conde de Salm. 4 de Abril. DDC. N° 125

tirarse al lado de los suyos. Había entrado allí, añadía, por su voluntad y con reserva de esta libertad; "determinada a presentar sin más dilación las quejas que su pudor y ciertos respetos le habían impedido descubrir hasta entonces, con intención de negociar su separación del príncipe, su marido, suplica a Vuestras Altezas que, siendo de la condición que es y de una vida toda inocencia, no podía ser retenida donde estaba a la sazón contra su voluntad sin demasiada injuria a ella y a quienes pertenecía, a los que tendría que recurrir, así como a cualesquiera otros que pudieran dar alivio a su mal".

Más o menos consciente, se hacía portavoz de la amenaza, puesta otros días en labios del condestable, de acudir al rey, recurso que, a juicio de Enrique IV, era susceptible a justificar su intervención. Carlota se hallaba entonces bajo la influencia del abate, que le entregaba, con los papeles que había de firmar, cartas apasionadas de quien movía a parientes, leguleyos, embajadores, soldados, con pelotones de espías y gente maleante, para lograr su propósito. Préaulx, un clérigo, transmitía las cartas del rey y redactaba, sin rubor, en nombre de la princesa, billetes amorosos, que ella copiaba, en los que llamaba al barbón "mi angel bello", "mi caro paladín", tan perturbado tenía el sentido moral y aun el gusto. (18)

Enrique IV llegó a pretender que la reina mediase y tomase pretexto de que iba a ser coronada para escribir a Doña Isabel y reclamar, en nombre de la etiqueta palatina, que enviase a París a su dama. Pero María de Médicis que había soportado tantas cosas y llevaba tantas heridas en su dignidad, se excusó. En público dijo que no se quería exponer a un desaire de parte de la in-

fanta; en privado, añadía que ya había treinta celestinas que intervenían en aquel negocio y que no quería complicar las cosas con ser una más. El Vert Ga-
lant no supo disimular su enfado;... "ha entrado en grandísima cólera; dice -
que la reina no se ha de coronar, ni se ha de hacer cosa que le dé gusto"(19)-
Presentó la demanda aquella al condestable, que, se prestaba a todo. (20)

Los despachos de Pecquius, que estaba en relación con la familia de la -
cautiva, debían la medida del valor que había que atribuir a los que se escri-
bía en su nombre. Cárdenas, por su parte, comunicaba a Madrid palabras del con-
destable; le había dicho que mientras su hijo estuviese en Flandes "su honra
estaba segura, si Su Majestad Católica mantenía la reputación que sus antepas-
dos han mantenido " (21).

Don Íñigo daba cuenta también del estado en que se hallaba el rey. Decía
que procuraba persuadir a los gentes de que España se quería servir "del prin-
cipe de Condé contra el Delfín; ha dicho -añadía por su cuenta- que no habían
causas que obliguen a V.M. a ello, no oír esta plática ni acudiré en ella
el príncipe de Condé; afirman personas que lo saben, que al rey se espanta
se huelga de oír esto"(22)

Era, una de sus preocupaciones, pero, con ser de importancia, pues podía
en ello el porvenir de la dinastía, no era, ni de lejos, lo que le dicta-
ba sus decisiones. La princesa, escribía Pecquius, "le duele más que el prin-

19 Don Íñigo de Cárdenas a Felipe III. 27 de Marzo. DOC. Nº 120

20 El Condestable de Francia al Archiduque Alberto. 18 de Marzo DOC. Nº 115

21 Don Íñigo - 5 de Abril. DOC. Nº 124

22 Don Íñigo de Cárdenas a Felipe III. 18 Marzo. DOC. Nº 114

cipe". El mismo Embajador de España declaraba, ya lo hemos visto, que estaría dispuesto a dar al Delfín y a todos sus otros hijos a cambio de Carlota. Por ella, decía, había perdido la salud, el sueño y, siendo, como era, hombre que gustó siempre de la compañía y no podía prescindir de tenerla, pasaba dos y tres horas solo, "paseándose lleno de melancolía"; aseguraba que, por las noches, se despertaba y se le oía decir: "mi princesa"; que a horas extravagantes hacía llamar a sus poetas y que se encerraba durante mucho tiempo con un criado del príncipe para hacerle hablar de su señora, Cárdenas opinaba que podría lanzarse de un momento a otro sobre Bruselas (23). Según él, el reino estaba agitado, Francia entera indignada, la reina decidida a ponerse a la cabeza de los descontentos, que eran legión, no menor que los que tomaban a chacota el asunto.

La guerra inevitable.

Ciertamente no todos compartían la insania de Enrique IV, ni estaban interesados en sus afectos. Pecquius comunicaba a Bruselas, en 2 de Abril (24), que Sully se esforzaba a la sazón en disuadirle y en hacer ver los grandes inconvenientes que podría acarrear la ruptura con España, pero el informador — aseguraba, a continuación, que el rey no escuchaba a nadie. No obstante, en opinión de algunos, se percibía cierta irresolución. El canciller del reino y el presidente Jeannin no estaban de acuerdo entre ellos con respecto a las ideas del rey, aquél se mostraba indulgente con sus devarios; éste los condenaba decididamente (25). En cuanto a Villeroi se mostraba más preocupado de lo

(23) Don Iñigo de Cárdenas de Felipe III. 14 de Mayo DOC. Nº 112

(24) Carte de Pecquius al Archiducue Alberto. DOC. Nº 117

(25) " " " " " " " " 119

que salía. Hubo declarado a Pecquius, "con manifestaciones de dolor", que to-
do se conjuraba para que hubiese guerra, que sería, en su opinión, "larga y -
mucho más difícil de terminar que de comenzar, pues ambos reinos ya habían -
medido a menudo sus fuerzas, sin que la una ganase gran cosa sobre la otra, en-
tes bien, luego de prolongadas miserias y aflicciones, habían tenido que de-
volverse, al hacer la paz, lo que habían conquistado por las armas". El valón
le advirtió que no estaba en la mano de los demás evitar el conflicto, pues -
si Francia se proponía romper, daría por bueno un pretexto cualquiera. El mi-
nistro francés se decía deseno de conservar la paz, pero que se iba por mal
camino y que parecía que los pecados de los hombres, no hubieran sido discreto
que declarase de quien- habían provocado, sin duda, la cólera divina. (26)

Tampoco el condestable quería que se recurriese a la lucha. El represen-
tante de los archiduques había hablado con él a mediados de abril; le comuni-
có que circulaba el rumor de que, en el caso en que Bruselas rechazase su de-
manda, se dirigiría al rey para que utilizase las armas. El duque contestó que
rogaba a Dios que no lo permitiese; tenía bastante experiencia, para no lan-
zarse a una guerra. Antes al contrario, quería echar agua al fuego. Aseguró,
en la misma ocasión, que no sólo él, sino los más grandes del reino, no la de-
saban y esperaban que no la hubiese (27). Quizás aludía con esto a que se ase-
guraba que la reina, reservadamente, había ordenado que en todos los conven-
tos, iglesias y lugares de oración se rogase sin cesar para que Dios fuera -

(26) Carta de Pecquius. DDC. Nº 126

(27) Idem. 14 de Abril. Nº 127.

servido y que se impidiese un conflicto.

Muchos eran de esta opinión, pero todos hablaban de ello como de algo inminente. Como un día dijese el diplomático walón a un ministro, Villeroi, que se admiraba de que la pasión de Su Majestad pudiera ser causa de que se hicieran sufrir a la Cristiandad tan fieros males, le contestó: "No es tanto por la princesa, sino por el príncipe de Condé, por lo que tendreis guerra; el rey toma las armas porque se quiere que su sobrino sirva de instrumento para transtornar el reino". Era la versión oficial. Y aunque a veces se hablaba, con los ojos puestos en el exterior, de llevar socorro a los príncipes alemanes, nadie lo tenía por verdadero, como tampoco el pretexto de la utilización por España de Condé. Bordes de regreso de Alemania, había informado al rey -- que, no se quería ver en aquella parte, a un ejército francés. El motivo que surge de los documentos y elimina, por arbitrarías e inútiles, las interpretaciones, selva obscura de contradicciones y vaguedades, era, sin lugar a dudas, Carlota de Condé. El 27 de Marzo el propio Villeroi declaró (28) que no podía sorprender si el rey "quería continuar los efectos de su intención --liberar a la princesa-- por vía de las armas" y que estaba persuadido de que al ver un ejército poderoso en sus fronteras, los archiduques, "como han osado decir algunos fanferrones de por aquí", se decidirían a soltarla. Su interlocutor contestó, según dice, que no tardarían en cambiar de opinión cuando viesan enfrente un ejército enemigo, "estando ya aquí muy extendido el rumor de que V.A. -- prepara nuevas tropas para ponerse a la defensiva en espera de que S.M.C. emprenda y ejecute la ofensiva en todas partes, por lo que es increíble el número

(28) DOC: N° 119

mero de personas de juicio y clarividentes que muestran inquietud, sobre todo, habida cuenta de la verdadera causa de estos movimientos aparentes, de lo que se habla con gran libertad". (29) El rey, decían, no era más que "un viejo chocho (vieux mupuet)" (30), un vejestorio despojado, un hombre cubierto de vicios. Lo sacrificaba todo a sus pasiones... que comprometían a la Hija Mayor de la Iglesia (Francia) con generales protestantes, para quitar la mujer a su marido legítimo y deshonrarla". Y el autor de ahora que copia el párrafo, califica estos dictarios de "propaganda páfida". (31)

Una audiencia con el embajador

de España.

En las audiencias no era difícil lograr que el bearnés abandonase los -- propios pretextos y descubriese sus intenciones. En los primeros días de abril tuvo una audiencia borrascosa con el embajador de España, que, en nombre de su Señor, le fué a preguntar qué se proponía hacer con tan importantes armamentos. Le dijo, según sus palabras, "que era una novedad sospechosa que apragase, como hacía, tan grande y poderoso ejército" para enviarlo a las fronteras de los Países Bajos y que si continuaba sería bueno pensar "que S.M. no tenía más hermana que la infanta, a la que profesaba gran cariño y que sería justamente invitado a proveer a su conservación". Contestó, su majestad, que era cierto que armaba y lo hacía para socorrer a sus amigos. Y como Gárdenas objetase que no la conocía ningún enemigo ni tenía noticia de cualquier razón

(29) DDC. N.º 125

(30) "Viejo pisaverde" o "lechuguino"

(31) Reinhard. Op. Cit.

62

que le obligase a proceder a tan importante despliegue de fuerzas, Enrique IV habló del Ducado de Juliers y de las miras del rey católico al dar ayuda a -- los amigos del Emperador y del asunto del príncipe de Condé, de quien España se quería valer para atacar a sus hijos; que los archiduques, en el asunto de la princesa, no le habían dado más que buenas palabras, seguramente por orden del rey de España. El embajador le desmintió con cólera que no procuró contener. El bearnés le replicó fuera de sí. Quiso poner fin a la audiencia y dijo a Cárdenas que le expusiera, en conclusión, el motivo de su visita. Y como -- éste le preguntase de nuevo la razón de que armase tan gran número de tropas y lo que debería escribir a este respecto a su Señor, le contestó bruscamente: "Decid lo que os venga en gana", como si no le importase dar ni apariencias -- de fundamento al propósito de ruptura. (32)

Capefigue, que, tenía la pretensión de no escribir novelas, da el diálogo en esta forma:

- De parte del rey, mi señor, vengo para saber de Vuestra Majestad con qué objeto reúne tan gran ejército y si es en su contra.
- Si yo le hubiera faltado a él como él a mí, acaso tuviera motivo de queja.
- ¿En qué ha faltado el rey, mi Señor, a Vuestra Majestad?
- Ha conspirado contra mis ciudades, me ha corrompido al mariscal de Birón, al conde de Auvergne y ahora recibe al príncipe de Condé.
- No podía cerrar sus puertas a un príncipe que se echaba en sus brazos y -- vos mismo lo habierais hecho...

(32) Pecquius al Archiduque Alberto. 2 de Abril. DOC. Nº 121

- No; yo no hubiera buscado más que una cosa: reconciliarlo con su Señor.

- Pero, Majestad, ¿no habéis sido vos quien ha dado asilo a Antonio Pérez?

Y, a la vista de todos está, ¿no habéis ayudado a los Países Bajos con hombres y con dinero? Pero, como quiera que sea, lo que deseo saber es si estos armamentos se hacen contra mi rey. Mi Señor puede disponer, en cualquier momento, de más de cien mil hombres.

- Os equivocáis, señor embajador; en España no son hombres, sino ombres - -sombras, fantomas, en francés-. Si al rey, vuestro Señor, me obliga a montar a caballo, irá a oír misa a Milán, a almorzar a Roma y a cenar a Nápoles.

- Si Vuestra Majestad corre tanto, podría muy bien llegar a tiempo para asistir a "las vísperas sicilianas" (13)

En esta versión, con la que el autor pretendió acaso que Enrique IV saliera afeitado, no sería difícil descubrir, como acontece a menudo cuando se falsean los tipos, que el vano resulta el ingenioso y el ingenioso por definición, el vano.

Dos semanas antes de esta audiencia, de la que se habló mucho y tuvo, como se ve, varias interpretaciones, el nuncio de S.S. a instigación de los ministros españoles, le visitó. Presentó un Breve apostólico en el que se le exhortaba a buscar un arreglo al problema de los ducados de Clèves y de Juliers, que iba en ello, decía, no sólo una cuestión política, sino religiosa también. El rey sostuvo que no había más cuestión que el interés de los Austria, "bien que se ponía cobertura y disfraz, y que él estaba dispuesto, como debía, a -

(13) LA LIGNE ET HENRI IV. M.C. n.º 1043. La tome de "Bibliothèque du roi." Manuscrit de Béthune. (Duc. de Sully) N.º 9140 - fol. 61
Annuaire-Bulletin de la Société d'Histoire de France, 1900-51, pp. 63-64.

ayudar a sus amigos. Muy pronto, afirmó, tendría un ejército e iría personalmente con él a Juliers; si los archiduques no le daban paso por sus territorios lo tomaría por fuerza. Se quejó de la mala voluntad que le tenía España y puso como ejemplo "cierta respuesta, ruda y altanera" que el duque de Lerma había dado a su embajador cuando fué a pedirle que retirase la protección a Condé. Según él, le contestó que sus reyes habían acostumbrado en todo tiempo a recibir y proteger a los desvalidos y que el rey de Francia recibía y mantenía en su reino a todos los rebeldes y fugitivos. Como había fomentado y sostenido la guerra de Holanda y usado de mal proceder con don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en ocasión de su embajada, por lo que no pensaba continuar tratanto de su reclamación. El nuncio le hubo de recordar a este propósito, sin aprobar la respuesta del ministro español, otras suyas, no menos rudas y derivó la conversación al tema de la princesa de Condé. El rey, "con alteración", dijo que los archiduques "le habían maltratado mucho, tocando muy profundamente a su honor" y que la tenían prisionera en palacio por fuerza, tratada malamente, privada de las mujeres que la podían servir y que tenía que ser devuelta al condestable". Y al hacerle observar que este noble señor se había mostrado muy satisfecho de que su hija se encontrase en Bruselas, el rey repuso que Montmorency no decía lo que pensaba; y, como el terreno era falso, torció por el camino del príncipe, para decir que los españoles se servían de él, si podían, para embrollar en Francia y "hacer de la reina una pobre viuda y del Delfín un mendigo". El nuncio objetó que había oído decir a personas autorizadas "que S.M.C. no ayudaría jamás a Condé a disputar la Corona al Delfín". El rey de Francia replicó que "los españoles tenían ver-

güenza de confesarlo, pero no lo tendrían de hacerlo". Pecquius sacaba como conclusión que, con motivo o sin él, estaba decidido a atacar. (34)

Cárdenas informó también de lo esencial de aquella conversación. Refería que Enrique IV se quejó del Papa "que escudía y se mostraba muy favorable a V. M. y la Casa de Austria" y que, al decirle el nuncio que si penetraba en territorio de los archiduques perturbaría la paz, contestó que estaba decidido. El representante de S.S. le advirtió que no podría evitar que se pensase que lo hacía para apoderarse de la princesa; a lo que respondió que era "su súbdito y estaba preso y oprimido, porque no quería estar allí; que pensaba así--- tirlo y estaba obligado a ello". Las razones que le dió el prelado no sirvieron más que "para alterarla y que se mostrase más furioso, descubriendo su pasión, terminando con decir que no habría que faltar a cosa tan precisa y que pensaba hacer primero la coronación de su mujer, y luego ir en persona a esto otro". (35) El nuncio aconsejaba al embajador, luego de la audiencia, que comunicara a Felipe III que armase, porque de hacerlo "se excusaría la guerra y que de otra manera ha de dar esta rey alguna ocasión que obligue a S.M. a no poderla excusar". (36)

Lo que en España no pudo pensar que serían sus aliados en Francia, no respondían a tal esperanza. Cárdenas, que contribuyó a darla, se vio obligado ante la evidencia a confesar que los hugonotes estaban inquietos, pero no tenían jefe y al que disponía fuerza, el mariscal de Bouillon, no se resolvía a asumir el condillaje y se quejaba de ellos porque no le prestaron ayuda cuando

(34) Carta de Pecquius al Archiduque Alberto. 19 de Marzo DOC. N° 117-

(35) Don Íñigo de Cárdenas a Felipe III. 18 de Marzo. DOC. N° 114

(36) DOC. N° 118

do la requirió. Decía, en contradicción con otras informaciones suyas, que no había establecido contactos políticos con el condestable, como deseaba Madrid, "porque, además de ser viejo, es de muy poco espíritu y resolución"; "sus -- deudos, añadía, acudirán al príncipe (de Condé) el día en que le viesen apoyado y con algún dinero", pero el viejo estaba muy vigilado, "y esto sólo lo -- tiene a él con poco ánimo, tras no tener mucho" (37). Como se vió, no era más que un juguete en manos de Enrique IV y para nadie constituía un secreto. Su nombre se utilizaba cuando parecía discreto no hablar en nombre del rey.

Un despacho de Pecquius presentaba un claro ejemplo de esta idea. El -- buen walón le había visitado un día para entregarle unas cartas que le enviaban, por su conducto, los archiduques. Montmorency expresó gran contento por las noticias y declaró su fervoroso deseo de que se mantuviese la paz. Pocas horas más tarde apareció en casa del flamenco el presidente Jeannin. Le dijo que el condestable y su cuñada estaban muy quejosos de los archiduques y dispuestos a pedir la intervención del rey que, según el presidente, no se les -- podía negar, por ser personas de tan gran condición y primer oficial de la Corona. Pecquius mostró su asombro por la contradicción con lo que acababa de -- oír, con sorpresa, real o fingida, de aquel ministro. Se proponía obtener que los archiduques consintieran al retorno de la princesa sin pararse a considerar su juramento, puesto que el príncipe, según testimonios orales y escritos que Enrique IV decía poseer, era un rebelde, reo del crimen de lesa majestad, que llevaba aparejada la muerte civil y por consiguiente, la pérdida de la -- autoridad marital. Concluyó, tras larga discusión, que si se proveía a lo que

de la princesa, sería, probablemente, arrancar la principal espina que producía el mal y poner las cosas en camino del mejor acomodo de lo demás"; pero -- que si aquella mujer permanecía en Bruselas, no habría manera de conservar la paz. (38)

Tan reiteradas manifestaciones en el mismo sentido tomaron aspecto de -- maniobra para crear inquietud, pues tan poca discreción tenía que parecer sospechosa.

No faltaban indicios de que en el gobierno había diversidad de opiniones. Y no se diga fuera de él. El consejo más frecuente que se daba a los ministros españoles y al de los archiduques era que preparasen las armas y que, no que -- cediesen. "En esto están conformes todos los amigos que tenemos aquí", escribía Pecquius a mediados de Abril. (39)

También se percibía una falla en el ánimo de Enrique IV. Acaso sintió -- que el efecto de sus bravatas podría ser, no lo que deseaba, sino un lance -- peligroso. Así lo afirmaban el nuncio, el cardenal de Joyeuse, el mayordomo -- del gran duque de Toscana, en Francia a la sazón, y algunos personajes de la -- intimidad del rey, que le hallaron indeciso en cosas que parecieran otorgar resoluciones muy firmes. No pudo dejar de ver que su decisión tenía enfrente una oposición importante. El duque de Epernon pretendía expresar su estado de ánimo cuando decía: "Queremos y no queremos; hacemos y no hacemos nada". (40) El príncipe de Anhalt, que había de asumir el mando efectivo de las reales ejér-

(38) Pecquius al Archiduque Alberto. 14 de Abril. OOC. N.º 126

(39) " " " " 16 de Abril. " " 128

(40) " " " " 26 de Abril. " " 131

citos, perdió la paciencia y se marchó de Francia, cansado de tantas vacilaciones. Tildaba a Su Majestad de mezquino, de no resolverse a enviar a Alemania dinero, "más deseado allí, decía que su gente y su persona " (41). Esto no obstante, el bernés continuaba sus amenazas.

El 15 de Abril dijo al nuncio, que le exhortaba de nuevo, que la guerra avanzaba y estaba en puertas; había gastado en prepararla, cinco o seis cientos mil escudos y estaría fuera del reino, con sus tropas, al cabo de un mes; iba a enviar su último mensajero, a Bruselas para reclamar a la princesa y si se le negaba el archiduque se arrepentiría. (42) Pecquius, al dar cuenta de esto, comunicó a su Corte: "En este instante -16 de Abril- acabo de saber que el rey ha encargado tres coletes de buffetries y tres casacas de terciopelo -bordadas en oro y la cifra de su divisa (y acaso la de la princesa); los coletes para llevarlos debajo y las casacas encima de la armadura, a lo que se destinan 4.000 escudos poco más o menos; se ha hecho hacer, además, dos corazas (sin contar la que solía llevar) a prueba de arcabuz por delante y pistola por detrás; lo que es nueva confirmación de lo que ha dicho, que quiere hallarse en persona en la guerra"... Hizo comprar, agregaba, "ricas telas de paño de oro para enviarlas a la princesa". (43)

Villeroi, entretanto, buscaba fórmulas. La gran dificultad para llegar a un arreglo, decía, era el caso de la mujer de Condé. Si se hallaba solución a aquello se encontraría para lo demás; pero, de no ser así, la Cristiandad iba

(41) Pecquius al Archiduque Alberto. 14 de Abril. DOC. N° 126

(42) " " " " 16 de Abril. DOC. N° 127

(43) DOC. N° 128

a arder por sus cuatro costados. Pecquius le hacía observar que bien se veía que aquella funesta posada era el origen de todos los males. El Ministro respondió, que el rey estaba persuadido de que la princesa sufría y era desgraciada por su causa, por el mucho amor que le tenía, convenía en que no era razón bastante para romper, pero tampoco le parecía discreto que "por tan poca cosa -el juramento de los archiduques- por una formalidad", se pudiese "encomoción a la Cristiandad entera". (4)

También el abate Prénault intervenía a su manera, esto es, sin tecto. El 16 de Abril el nuncio llegó a creer que la suerte estaba echada si no se procedía con diligencia. El conciller del reino le acababa de pedir que hiciese intervenir al Papa para obtener que se enviase a Francia a aquella mujer, como quiera que fuese. El nuncio le contestó que S.S. no consentiría jamás a la misma intervención y que los archiduques estarían dispuestos a arriesgar su Estado y diez más, si los tuvieran, antes que faltar a su palabra. En caso de guerra, añadió, el condestable -debía entenderse, naturalmente, al rey,- corría el riesgo de no volver a ver a su hija, pues nada obligaba a los archiduques, a guardarla en Bruselas. La enviarían, seguramente, a España o a cualquiera otra parte. Esta insinuación, sugerida por Flandes, constituía la cuña más hábil para hacer mella en su ánimo. Significaba, que además de lanzarse a un conflicto que había de requerir gran esfuerzo y no escasos peligros para él y su Estado, se podría ver defraudado con sólo un gesto de los archiduques. (5)

Pecquius se admiraba del gran número de gentes que acudían a él para anunciarle la inminencia de la catástrofe. Los ministros contaban sus malos -

4) DEC. Nº 130

5) Pecquius al Archiduque. 19 Abril. DEC. Nº 129

augurios sin vencer la resistencia ni lograr otra cosa que hacer más efectiva la fuerza de la oposición. Procuraban disuadir de su empeño a su señor, como lo hacían sus jefes militares, "tanto por el poco fundamento que ellos mismos reconocen que hay en la causa, como porque consideraban que la empresa es muy arriesgada y temeraria, estimando que acabaría en su daño; tanto que el duque de Epernon dijo al nuncio estas palabras: "Si la guerra se hace, estamos perdidos", lo que confirma la fama común del pueblo". (46)

Los archiduques habían propuesto soluciones y se atenían a ellas sin ceder un paso; sentencia de divorcio pronunciada por autoridad competente y en su defecto, que el príncipe les desligase de su promesa. Fuera de esto, "si el señor rey se resolviese a atacarnos y hacernos la guerra, nosotros trataríamos de hacerla igualmente y para ello, procedemos a las necesarias reclutas, que esperamos tener preparadas tan pronto como él las suyas y que Dios (protector de la razón), nos ayudará en su bondad". (47)

Las noticias que llegaban de los Países Bajos confirmaban que, no estaban dispuestos a tolerar el paso del ejército francés para el pretendido objetivo del ducado de Juliers y que se ponían tropas en campaña para eventualmente combatir. El rey fingía indiferencia. Los archiduques, decía, no tenían hombres ni dinero, "bien que no fuere ésta la opinión de su Consejo". Ni la del nuncio, que vió a Enrique IV otra vez y le habló de la infantería española, a la que no podría oponer nada parecido, sin contar con que provocaría -

(46) Pecquius al Archiduque, 19 de Abril DOC. N° 128

(47) Los Archiduques a Pecquius, 25 de Abril. DOC. N° 130

la enemistad de la Gran Bretaña y de las Provincias Unidas, "que tendría buena cuidado en favorecerla en la prosecución de tales empresas" (48)

El P. Cotton, propuso una superencia del rey,⁴⁸ por ser digno de él, la p^{er} ración viable. El confesor dijo a Pacquius que por los días de Pascua halló a Enrique IV en excelentes disposiciones en lo tocante a la salvación de su alma y aun que le parecía decidido a olvidar a aquella mujer; pero fueron a echar laña al fuego cortas de ello, en las que le llamaba "mi corazón", "mi paladín" y cosas de este estilo. En los últimos días, añadió, le había hablado de sus planes bélicos y confesó que se proponía llevar a Francia a la hija del condestable. El jesuita pedía que se buscara con urgencia medio de prevenir este mal. El único que él veía era el que sugirió al representante del Papa: que los archiduques cerrasen los ojos y dejaran salir a la princesa secretamente; de no hacerlo así, debían organizar ejércitos poderosos con los que pudieran "reprimir la impetuosidad de sus designios... y disponer los negocios a una fórmula de conciliación". En la mañana del día siguiente a esta conversación, el confesor envió a Pacquius un escrito muy reservado, redactado en el curso de la noche. Pretendía demostrar que los archiduques podrían permitir la huida sin faltar a su conciencia ni a su honor. Le suplicaba, en nombre de Dios y del bien general, que apoyase su idea e hiciera cuanto estaba en su mano para que se guardase el mayor secreto. (49) Por su parte Villeroi aseguraba, que era de la máxima urgencia poner fin a aquel problema: "Si el archiduque no cede a la obstinación del rey, decía, estamos perdidos todos". (50)

(48) Pacquius al Archiduque. 28 Abril. DDC. N.º 153

(49) Idem. N.º 153

(50) Pacquius al Archiduque 30 Abril. DDC. N.º 154

La conversación con el nuncio había hecho mella en Enrique IV. El P. Cotton - comunicó a Pecquius que la noche anterior se había despertado sobresaltado y ordenó que se escribiera inmediatamente a M. de Prénault para recomendarle que, al presentar sus nuevas reclamaciones, evitase las expresiones bruscas y huyese de las amenazas, que empleó cuando empezó su misión. Daba la impresión de que había acabado por ver que las cosas iban demasiado lejos. (51)

El walón presentó al canciller, por última vez, la fórmula de Bruselas:- el condestable debía pedir a su yerno que autorizase el retorno de su mujer,- única salida del pleito, que, como aseguraba el propio ministro francés, "iba a aplicar la antorcha encendida a toda la Cristiandad" si no se apagaba "liquidando la mercancía que tenía en depósito"; y que inducir al príncipe a dar su consentimiento al retorno de su mujer "sería la mayor obra y la más saludable que se había hecho en cien años". Añadió: "Si encontramos manera de arreglar el asunto de la princesa, haremos eso y muchas más cosas y mejores y aun mayor amistad que la que hubo hasta aquí". (52)

El embajador de España comunicaba el 7 de Mayo, en los últimos días de la vida de Enrique IV, que percibía un gran cambio; que el rey se mostraba "muy dulce" con el nuncio y que había declarado que deseaba la amistad del rey católico; que el rumor de armas que llegaba de afuera había tenido eco en Francia; que se quejaba de la estancia de Condé en Milán, pero "que todo había sido muy suavemente y deseoso de dar satisfacción". "No cesan los ministros,- añadía, de intentar y procurar que se le dé la princesa a su padre, diciendo que, con esto, las demás cosas se compondrían por camino muy quieto". (53)

(51) Carta de Pecquius al Archiduque. 28 Abril. DOC. N° 433

(52) " " " " " 30 " " " 134

(53) Don Iñigo de Cárdenas a Felipe III. 7 Mayo DOC. N° 137

Eran los días de las angustias secretas, de los presentimientos oscuros, cuando las negras alas del crimen formaban torbellinos en su subconsciencia. Las últimas páginas de la historia de Enrique IV contienen tal cantidad de con-
sejas que fuerza a creer que se había formado contra él un estado de opinión que tenía que armar, *fulminant*, una mano. El barón lo pudo percibir por los misteriosos tentáculos que advierten a veces de lo que no se ve, ni descubre la razón pero que actúan como el ciego instinto.

Los arquiducos no cedieron. España no les impuso claudicaciones de la conciencia ni del honor y avaló su actitud aun después que Enrique IV instituyó un Consejo de Regencia que había de presidir la reina, coronada la víspera, para gobernar, mientras él conquistaba laureles en los campos de batalla. La guerra, con rojos de sangre y crepúsculo, brillaba ante sus ojos. Pero es permitido pensar que tenía en ellos también, aunque más confusa, como una visión de tragedia. Las instrucciones que dictó para su mujer, no se limitaban a determinar una línea de conducta y gobierno adecuados al interregno de unas semanas, o pocos meses, los que podría tardar en conquistar la gloria y aniquilar a España. Preveían eventualidades remotas, ociosas si, vencedor o vencido, había de volver. Indicaban, en todo caso, que percibía oscuramente que en aquellos instantes ya se había pronunciado su destino. Pero su locura era tal que no se arredró: el rey la cedió al galán que ya no era "Vert-Galant" (51)

(51) Si creemos a Brantôme —a quien no se puede dar, ni negar tampoco, más fe— que a los historiadores— Enrique IV tenía precedente de importancia en Francia. Cuenta, que el almirante Bonnavet aconsejó al rey que atravesase los Alpes para perseguir al condestable de Borbón, salido de Marsella, no para servir a su señor, sino para gozar de los encantos de una hermosa dama de Milán que había sido su amante. El rey quiso conocerla y siguió las huellas del condestable, en son de guerra, por los belllos ojos de la siguora Clarice.

El "camino muy sordo" de arreglar aquel asunto, de que habló era Cárdenas, lo hallaron los hados, como si no hubiera otro en el campo de las posibilidades terrenas para oponerse a sus designios; la muerte. El puñal de Ravaillec - un ruín cuchillo para usos domésticos, roto y vuelto a afilar por la perseverancia de otra obnubilación - puso fin a sus planes, ambiciosos, como quieren unos, insensatos, como pretendemos nosotros; y dió origen a una cosa inesperada: la leyenda de un gran rey, Henri Le Grand, como le llaman los franceses.

C A P I T U L O 14º

" EL SINO DEL REY ENRIQUE IV "
=====

" No despreciéis las profecías, muy al contrario, examinádlas con cuydado y gravad en vuestra mente cuanto de bueno contengan".

SAN PABLO a los Tésalonicenses.



EL SINO DEL REY ENRIQUE IV

"No despreciéis las profecías. muy al contrario examinadlas con cuydado y gravad en vuestra mente cuanto de bueno contengan".

San Pablo a los Tésalos.

Enrique IV vivía durante los últimos años de su vida obsesionado por el espectro de un puñal. La cosa no era para menos. En primer lugar, había visto morir a su predecesor en el trono apuñalado por Clément. En segundo, él mismo había sufrido varios atentados, siempre fallidos, pero en la mayor parte de ellos el arma empleada era el cuchillo o el puñal. Que recordemos había sufrido los siguientes: 1- por Michau en 1584. 2- por Rougemont en 1589. 3- por Barrière en 1593. 4- por Chatel en 1594 (1). 5- por Davenne en 1597 y seguramente hubo alguno mas.

Los autores contemporáneos hablan de los pronósticos que se hacían y de los presentimientos que cada cual sentía. Dos o tres meses antes del asesinato de Ravaillac la propia María de Médicis, soñó que al rey su marido le mataban de dos cuchilladas y se despertó sobresaltada, llorando y gritando con grandes alaridos. Enrique IV se limitó a decirle que no había que creer en los sueños, ni en otras supersticiones. Y sin embargo él mismo estaba amargado por tristes presentimientos y algo que llama la atención en numerosas publicaciones es que, en los últimos meses de su vida, pasaba largos ratos en compañía de su mujer y parecía como si su cariño hacia ella aumentase, a medida que disminuía el que sentía hacia la marquesa de Verneuil. Enrique IV no salía jamás de palacio sin besar a la reina, las muestras de afecto que le muestra en su correspondencia son llamativas y sobrepasan las propias de un rey, pareciendo mas bien las de un marido normal y corriente y hasta las

(1) En esta ocasión fué alcanzado por el cuchillo que le cortó el labio inferior. Agripa de Aubigné -hugonote- le dijo: "Señor, esta vez ha sido en la boca porque vuestra abjuración en Saint-Denis no ha pasado de ahí, el día que abjureis de corazón un cuchillo os lo atravesará".

de un amante, "No podría dormir -escribía una noche- sin antes escribiros. Si os tuviera en mis brazos os llenaría de caricias"... "Te doy las buenas noches y mil besos"... "Buenos día corazón mío, te beso mil veces". Todas estas fórmulas muestran una entrega y una intimidad no habitual en la dignidad real, a no ser que se dirijan a sus amantes...

Parece como si los sombríos presentimientos que acechaban a Enrique IV le acercasen cada día mas a su mujer. Tal vez porque encontrase próximo su fin y como era muy amante de sus hijos, se apoyaba cada vez mas en aquella mujer que le había dado una sucesión legítima en el Delfín Luis, el duque de Orléans y una hija. Su unión con María de Médicis se fortalecía y aunque - pretendía que no había que hacer caso de sus temores, tenía como una oscura certeza de que iba a morir de muerte violenta. En ocasiones se sentaba en un sillón y tamborileando con sus dedos exclamaba: "Vive Dios! Moriré en esta ciudad y ya no saldré mas de ella! Me van a matar!..." Luego aparecía abatido y silencioso, pero recuperándose decía: "Me resigno a la voluntad de Dios, todo lo que El dispone es inevitable y el hombre debe aceptar alegremente su destino sin preocuparse demasiado". Lo cierto es que todos estos comentarios habían hecho mella en su "entourage" y sobre todo en la reina María de Médicis, que, con sus aires de indiferencia, había llegado a sentir una enorme preocupación.

No voy a romper una lanza por la importancia de los sueños, ni extenderme demasiado en este tema, ni aportando una lista significativa de ellos por no ser objeto de este trabajo. Pero si que quisiera aducir un testimonio que ha llamado poderosamente mi atención. Se trata de un librito (2) que tengo en el cual se describen estos temas y tratan de una serie de ejemplos de los sueños más célebres en la historia. Citan, por ejemplo, los de José y Faraón, los de los Reyes Magos, el de

(2) Véase la Bibliografía, "Biblioteca del Sino".

San José antes de la huida a Egipto por el aviso en sueños de un ángel, varios muy curiosos de la antigüedad clásica, uno de Ricardo Corazón de León, etc. etc. Pues bien entre ellos cito textualmente el siguiente: "La noche que precedió al asesinato de Enrique IV por Ravaillac (1610), vió aquel en sus ensueños un arco-iris encima de su cabeza; signo de muerte violenta".

En el mismo libro hay un capítulo en el que por orden alfabético se dá la interpretación oneirosópica de algunas palabras, la lista es bastante completa y según el autor "meditada". Afirma haberla extraído "con cuidado y método de los manuscritos auténticos de los célebres Apomazar, Artemidoro, Gerónimo Cardan, Juan Engelbrecht etc. etc. Pues bien en la palabra "arco-iris" se dice que si aparece sobre vuestra cabeza, temed la adversidad, vuestra muerte y la de vuestra familia.

La aprensión que Enrique IV sentía por su porvenir, cierta confianza en la reina y que ella guardaría sus secretos, unido a ser mucho mas joven que él y que el Delfín no estaba en edad de gobernar, hizo que el rey pensase seriamente en nombrar la Regente -como de hecho hemos visto que lo hizo- durante su ausencia por la guerra que iba a emprender contra los Países Bajos para rescatar a su amada Carlota, aunque en realidad, como hemos visto mas arriba, tan grotesca guerra no era sino una excusa contra España.

Sully cuenta en sus farragosas "Economía reales" que con ocasión de una enfermedad del rey, fué a verle a Fontainebleau. Se trataba de una retención de orina que preocupó mucho a la Corte. Le encontró en cama y junto a él estaba su mujer la reina que le cogía una mano entre las suyas. El rey, con la mano que tenía libre le hizo a Sully una señal para que se acercase y le dijo: "Ven a abrazarme buen amigo, estoy muy contento de verte". Y dirigiéndose a la reina le dijo: "Mamie, he aquí al ser-

valor mas fiel que tengo y que mejor conoce los asuntos del reino". Esta escena de familia nos aclara sobre los sentimientos recíprocos de los esposos -ademas de la vanidad de Sully ya comentada en el capítulo correspondiente- y contradicen cuanto se ha dicho que había mucha distancia entre ellos. Se ha llegado a decir incluso que María de Médici fué cómplice del asesinato de Enrique IV. Esta suposición carece de sentido. La reina contó al florentino Cioli cómo se enteró del hecho y fué comunicado de primera mano al gran duque de Florencia como una enorme tragedia y el desfallecimiento que sufrió la reina al conocer la noticia.

El mismo día del asesinato, Enrique IV había pasado la mañana con la reina y hacia las cuatro de la tarde pensó en ir a ver a Sully al Arsenal, pero no se decidía a hacerlo. Hasta tres veces besó a su mujer para despedirse y volvió a entrar en palacio como trastornado. La reina se alarmó y le dijo: "No podeis salir de esta manera, quedáos, os lo suplico, ya hablareis mañana con Sully". Pero Enrique IV insistió, diciendo que no podría dormir si no descargaba en su amigo todos los temores que llenaban su corazón. Y se fué. En la esquina de la calle de la Ferronerie, esquina a la de Saint-Honoré, le esperaba Ravallac... Allí mismo había una posada cuyo portal ostentaba un escudo que portaba el emblema de un corazón traspasado por un cuchillo...

Los detalles de los últimos momentos del rey fueron minuciosamente contados por Duplex (3), en las Memorias del Cardenal de Richelieu, en el "Journal de l'Estelle" y por muchos testigos oculares. El duque de La Force dice en sus memorias que el rey no quería salir y le dijo: "No sé qué me pasa que no puedo salir de aquí" y que "la reina hizo cuanto pudo por retenerlo(4) De Thou relata la au-

(3) Duplex, Scipion. "Histoire de Henry le Grand", Paris 1632.

(4) De Thou, J. A. "Histoire Universelle", tomo X, Paris 1740.

topsia y el dictamen que dió el médico: el cuchillo atravesó el lóbulo izquierdo del pulmón, cortó la aorta y "l'artère veineuse qui porte le sang du coeur aux poumons". Enrique IV vomitó un poco de sangre, pero la muerte fué casi instantánea.

Jamás muerte alguna de un soberano francés produjo tan gran emoción. Cuentan que la gente se precipitó sobre Ravaillac, le mataron y hubo quien cometió canibalismo con su cadáver. Setenta y cinco años mas tarde el cardenal Bossuet escribía que había oído relatar el asesinato a su padre y a su abuelo y que ambos decían que la desolación fué general en el reino, como si toda Francia hubiera perdido a su padre. Con ello daba la razón al mismo Enrique IV que un día escribió: "France me estará siempre obligada, pues yo trabajo mucho por ella".

Michelet ha sido uno de los autores que mas han insistido en la insinuación de que María de Médicis no fué ajena al complot. Tambien se acusó a la marquesa de Verneuil, dato mucho mas probable a nuestro modo de ver, ya que ella según hemos visto siempre pretendió que sus hijos eran los legítimos y que los de "la gorda banquera florentina" eran unos bastardos. La conspiración narrada en páginas anteriores de los Entragues y Balzac es un dato más, como si se hubiera tratado de un ensayo general del crimen. Tambien se ha hablado mucho de la complicidad del duque de Epernon que le acompañaba en el carruaje en el momento del crimen. Otros dicen que era obra de una mujer llamada Descomans que no gozaba de autoridad alguna, pero sin embargo sobre ella se detienen los comentarios de autores tan serios como Nicholas Pasquier, Foscarini y otros.

María de Médicis escribía al duque de Epernon a propósito de esa mujer: "La mujer que vd. sabe continúa diciendo las mismas tonterías, pero dentro de unos días, ya no se hablará mas de ello" (5)

(5) Biblioteca Nat. Cinq-Cents Colbert 88, fol 202 r.

El proceso de Ravaillac publicado por Lenguet-Dufresnoy en las Memorias de Condé (6) no revela nada. Tampoco el libro de Loiseleur. Ni los últimos que hemos consultado. Bassompierre cuya amistad con el rey no era tan profunda como la que tenía Sully, y que era en cierto modo el compañero de juerga, por tanto no demasiado bien visto por la reina, habla de los últimos días del rey y de las confidencias que recibe: "No sé lo que me ocurre, Bassompierre, pero no llego a persuadirme que iré a Alemania y algo me dice que tú no irás a Italia". Añade mas adelante en sus Memorias que el rey le dijo: "Creo que voy a morir pronto". (Fechadas en el mes de mayo). Dice textualmente: "Y el primer día del mes de mayo, volviendo de las Tullerías por la gran galería (se apoyaba siempre en alguien) tenía de un lado al señor de Guisa y a mi del otro y no nos dejó hasta entrar en el gabinete de la reina diciéndonos: "No os vayais, voy a decir a mi mujer que de vista pronto y no me haga esperar para cenar", pues comía generalmente con ella. Nosotros nos apoyamos en la balustrada de hierro que dan al patio del Louvre, cuando "le may" (7) que se había plantado en el centro cayó sin que soprase el menor viento, ni hubiera otra razón y cayó precisamente junto a la ventana del cuarto del rey. Yo le dije entonces a Guisa: "Quisiera que ésto no hubiera ocurrido porque es un mal presagio. Dios quiera guardar al rey que es el "may" del Louvre". A lo que me contestó: "Qué loco estás por creer en eso!". Y yo: "Pues en Italia y en Alemania harían mas caso de tal presagio de lo que se hace aquí: Dios conserve al rey y a todo lo que le concierne!". El rey que no había hecho sino entrar y salir en el cuarto de su mujer, estaba cerca de nosotros escuchándonos, imaginándose que hablaríamos de alguna mujer, pero al oír lo que decíamos nos interrumpió así: "Estais locos por

(6) Memorias publicadas por Lenguet-Dufresnoy, La Haya 1743.

(7) Se refiere a la costumbre de plantar un árbol florido el 1º de mayo, que viene de tiempos muy antiguos, se ha llamado Flor de Mayo, luego Fiesta del Trabajo y actualmente de San José Obrero, además del hute marxista de la época.

hacer tales pronósticos: hace treinta años que todos los astrólogos y charlatanes que existen se precian de predecirme anualmente que estoy en peligro de muerte; y cuando moriré se acordarán de todos presagios con que me advertían, mejor dicho del último y no de los anteriores".

La corte durmió el 12 de mayo en San Denis para prepararse a la coronación de la reina como regente que tuvo lugar el día 13 de mayo con la mayor magnificencia posible. El rey estuvo extraordinariamente alegre (8). Después de la coronación y saludo de los embajadores -con cierta tensión entre los de España y Venecia- todo el mundo volvió a París por la tarde.

Sigue diciendo Bassompierre que en la mañana del 14 de mayo el señor de Guisa pasó por su casa para ir juntos buscar al rey y oír misa en los Feuillans; se les dijo en el camino que ya estaba de vuelta en las Tullerías y que fuésemos a encontrarle en el camino. Así lo hicimos y lo encontramos hablando con Villeroy al cual dejó para conversar con nosotros. Nos dijo: "Vengo de los Feuillans y he visto la capilla que Bassompierre se está construyendo y que ha hecho poner sobre la puerta "Quid retribuam Domino pro omnibus qui retribuit mihi?". He pensado que en su lugar -él es alemán- hubiera debido añadir "Calicem salutis accipiam". El señor de Guisa se echó a reír y le dijo: "Sois uno de los hombres mas ocurentes del mundo y nuestro destino era unirnos, pues si hubieseis sido un mediore, os hubiera tenido a mi merced a cualquier precio; pero puesto que Dios os ha hecho nacer como un gran rey, no he podido por menos de estar a vuestro servicio". El rey le abrazó y le dijo y también a mí: "No me conoceis bien: moriré uno de estos días y cuando me hayáis perdido, os dareis cuenta de mi valor y la

(8) Se dice en una relación de la época que al entrar en la iglesia "dijo con voz muy inteligible y elevada, al ver a tanta gente silenciosa: Me hace pensar en el Juicio Final; que Dios nos haga el favor de prepararnos para ese día" (Cérémonial français, t. I, p. 570).

distancia que hay entre mí y los demás hombres". Yo le dije, añade Bassompierre: "Dios mío! Señor, no cesareis nunca de turbarnos al decirnos que vais a morir pronto?" Estas palabras no deben ser dichas; vivireis, con el favor de Dios, por largos y dichosos años. No hay felicidad en el mundo igual a la vuestra: estáis en la flor de la edad, en perfecta salud y fuerza corporal, lleno de honor mas que cualquier otro mortal, gozando pacíficamente del reino mas floreciente del mundo, amado por vuestros súbditos, lleno de riquezas, de hermosas mansiones, una hermosa mujer, varias "Belles maîtresses", preciosos hijos que están en pleno crecimiento. . . ¿Qué mas necesitais o qué mas deseáis?". El rey se puso a suspirar y dijo: "Amigo mío, hay que dejar todo éso". Y como Bassompierre aprovechase la circunstancia para hacerle unas peticiones, el rey contestó: "Os las daré, pero no digais ni palabra, pues todo el mundo me pediría lo mismo y desguarnecería el arsenal. Venid despues de comer, pues iré a ver a Sully y le diré que os lo entregue". A lo que contestó: "Pagaré al contado a Sully para que lo reponga". El rey con una canción puso fin a la conversación: "Que je n'offre à personne, mais à vous je les donne". (9)

Pero cuando despues de la comida fué Bassompierre a esperar al rey al Arsenal, fué en vano puesto que no llegó a él. En el camino le asesinó Ravaillec. "Atravesé las barreras que los guardas franceses y suizos habían formado y que presentaban armas a la funerala, el señor le Grand y yo acudimos al gabinete del rey donde estaba extendido en su lecho y el señor de Vic, consejero de Estado, sentado le ofrecía a besar la cruz y le recordaba a Dios. Milon, su médico de cámara, estaba en la calle llorando y los cirujanos querían curarle, pero ya había muerto: a pesar de todo oímos un suspiro, pero no era sino un aire que salía y el médico de cámara gritó: "Ya está muerto". M. le Grand se arrodilló junto a él y le besaba la mano yo yo me puse a sus piés y se los abrazaba llorando amarga-

(9) Vid. Bibliografía, "Journal de ma vie" Bassompierre. pags. 275 y sig. T. I.

mente. Guisa llegó llorando también y besó al rey y en este momento llegó la camarera de la reina a llamarnos. La encontramos tumbada en un diván, sin arreglar ni peinada, sumida en una gran aflicción y cerca de ella estaban en canciller y Villeroy. Nosotros tres nos arrodillamos y uno tras de otro le besamos la mano acatándola y asegurándole nuestra fidelidad a su servicio. Entonces Villeroy le dijo:

"Señora, hay que dejar de llorar y reservarlos para cuando vuestros hijos y vos esteis seguros: mandad al señor de Guisa que vaya al ayuntamiento con el mayor número de gentes posible para que vengán a reconocer el cuerpo del rey a Vos; que el señor de Bassompierre reúna cuantos caballos pueda y que vigile que en París no haya sedición ni revueltas. No olvidaros, señora, de vuestros hijos. El señor le Grand estará junto al cuerpo del rey y si hace falta junto al Delfín".

La reina nos rogó que nos fuéramos pronto y se nos hizo salir por el "Jeu de Paume" desde dónde fuimos andando a mi casa donde encontramos a mucha gente que se había reunido al conocer la noticia de la muerte del rey. Guisa estaba solo y sin caballo y me pidió que le acompañara al ayuntamiento con mis gentes, unos cuarenta caballeros y a medida que avanzábamos se nos unían mas, todos los que corrían aturdidos de un lado a otro de la ciudad, de tal manera que al llegar a nuestro destino éramos cerca de trescientos. En el ayuntamiento dejé a Guisa con parte de ellos y yo me fuí hacia el cementerio de San Juan y al llegar a la calle de San Antonio nos encontramos con Sully y unos cuarenta caballeros. Al acercarse a nosotros nos dijo muy apesadumbrado: "Señores, si la fidelidad que teneis por el rey que para nuestra desgracia acabmos de perder, es tanto como el todo buen francés, jurad inmediatamente que servireis del mismo modo al rey su hijo y sucesor y que dedicareis toda vuestra vida a vengar su muerte". A lo cual contestamos: "Señor, somos nosotros los que pedimos tal juramento a todos y no necesitamos de vus-

tra petición para una decisión que ya habíamos tomado". Ignoro si mi contestación le sorprendió o se arrepintió de haber salido de inmediato de su fortaleza, el caso es que volvió la espalda y se encerró en la Bastilla, enviando en seguida a hacer acopio de pan, todo el que pudo encontrar en el mercado. Envió también una diligencia a casa del Sr. Rohan su yerno para que se incorporase con seis mil suizos pues se encontraba fuera de París, en Champagne. Este hecho fué uno de los que se tuvieron en cuenta para alejarle de los asuntos de gobierno, ya que no se presentó al rey hasta el día siguiente y no como nosotros y todos los grandes del reino que lo hicieron de inmediato. Incluso parece que Guisa tuvo sus dificultades para convencerle que fuera a palacio dicho día y entonces dió contraorden a su yerno para que no viniera cuando ya estaba camino de París.

El duque d'Epemon -sigue diciendo Bassompierre- después de ocuparse de la guardia de palacio, fué a besar la mano del rey y de la reina madre. Esta le envió al Parlamento con las cartas de regencia que el fallecido rey le había entregado antes de su muerte, cuando pensaba viajar a Alemania. También manifestaba su intención de dejarle la Regencia cuando estuvo tan enfermo en Fontainebleau y creía que iba a morir. Que le correspondía por tanto ser regente mas que persona alguna y que el asunto había que resolverlo con toda urgencia para bien el Estado por lo cual debían obrar con prontitud: así lo hicieron los parlamentarios y la declararon regente de Francia mientras durase la minoría del rey, al cual su madre hizo dormir durante varios días en su cuarto, hasta después de los funerales del rey, momento en que se trasladó a la cámara real.

Todos los grandes del reino testimoniaron fidelidad al rey y obediencia a la reina madre y el señor de Névers que mandaba el ejército de Champagne, hizo prestar juramento a todos los soldados y oficiales.

Por la noche se limpió y vistió el cuerpo del difunto rey con la misma ceremo-

nia que si estuviera vivo: Maine le puso la camisa, Le Grand le servía y a mi mismo me pidieron hacerlo porque el duque de Bouillon estaba ausente (10).

El lunes 15 de mayo por la mañana, era un sábado y todos los príncipes, duques, oficiales y otros del consejo, se reunieron en el Louvre y de común acuerdo sin discordancia alguna, ratificaron lo que había hecho el Parlamento en cuanto a la Regencia de la reina; y para darle mas autoridad opinaron que había que llevar al rey a los Agustinos donde estaba el Parlamento, en cuyo lugar los pares del reino confirmaron la regencia y el rey dijo unas palabras aprobándola. Despues volvieron al Louvre y se puso el cuerpo del rey en una habitación para que la gente pudiera rendirle homenaje, se le bendijo repetidas veces con agua bendita hasta que tuvo lugar la autopsia unas horas mas tarde.

A continuación Bassompierre describe minuciosamente la autopsia: "Tenía dos cuthilladas, una superficial, pero otra le cortaba la "veine artérielle": tenía una constitución muy buena y nada aparecía que no le hiciese vivir muchos años mas; según los médicos presentes tenía el estónago mas espeso que jamás habían visto; tenía el pulmón izquierdo algo pegado a las costillas. Despues, se puso en un frasco las entrañas y en otro de cristal el corazón que se envió a los Jesuitas como era su deseo. Se embalsamó su cuerpo y se puso en el féretro y allí en la misma cámara se quedó ocho o diez días. A los dos lados había sendos altares donde continuamente se celebraban misas, con gran cantidad de monjes y sus capellanas que estaban día y noche rezando. Tambien había gentilhombres que se turnaban para darle guardia cada dos horas. Había una hora mas solemne, entre las diez y las doce del día, en la que estaban Guisa, Epemon, el mariscal Laverdin, Créquy, Saint-Luc, La Rochefoucauld, Gurson, Narmoustiers, Termes y yo mismo. A esta cámara se la llamaba "du trépas" o ardiente, luego había una en la que estaba el rey en efigie y otra era la del duelo."

había ido de la Corte unos días antes tras de una discusión con el rey. Venía con unos doscientos caballeros, pero como ya todo estaba dispuesto no tuvo sino prestar acatamiento a la reina, que no dejó de darle el gobierno de Normandía, que había sido del fallecido rey cuando era Delfín.

En cuanto a Bassompierre la Regente quiso encomendarle el ducado de Juliers con la condición que lo aceptasen el Emperador y los reyes de España, Inglaterra y los holandeses, pero éstos se negaron, con lo cual se quedó sin feudo y sólo con 4.000 escudos de pensión por los servicios prestados y le pidió que siguiese junto a ella. Todas las ciudades y provincias del reino vinieron tras la muerte del rey a rendir homenaje a la Corte a la reina madre y a su hijo, a través de sus diputados.

El cuerpo del rey Enrique IV no fué llevado a Notre-Dame hasta el 29 de junio y el 30 a Saint-Denis donde se leyó la última oración fúnebre. Antes se descubrió el féretro y su hijo lo roció con agua bendita mientras los oficiantes rezaban responses. (II) I

Si nos hemos extendido, tal vez excesivamente, en comentar las memorias del Mariscal de Bassompierre, es para demostrar que no habla para nada de los posibles cómplices de Ravallac. Estas memorias son mucho mas fáciles de leer que las "Economías Reales" de Sully. Bassompierre escribió hasta el año 1640. Las Memorias que yo he manejado constan de cuatro volúmenes, cada uno de ellos de cerca de 500 páginas. Hay al final de tomo IV un cuadro general de nombres propios que aparecen en las mismas de cerca de 100 páginas. El nombre de Ravallac ni siquiera aparece. La idea de Bassompierre "al menos así me lo parece" es que el asesinato de Enrique IV fué debido a un perturbado de cuyo nombre ni siquiera se molestó en hablar.

(00) El duque de Mayenne - Maine - era Gran Chambelán, Le Grand era Bellegarde el amigo desde la juventud de Enrique IV y el duque de Bouillon era con este último los primeros gentilhombres de cámara del rey.

(II) Vide. Documentos, el del consejero y obispo Du Perron, año 1610. n.º 143

C A P I T U L O 15º

" LAS ECONOMIAS REALES "
=====



Capítulo

"LAS ECONOMÍAS REALES"

Hay pocas obras históricas tan discutidas como ésta de las "Economías reales" de Sully. Y sin embargo la mayoría de los historiadores se apoyan ciegamente en ellas, como la fuente más seria del reinado de Enrique IV. Ya en 1876 decía un autor: "Hace tiempo que nos hemos acostumbrado a no mirar el reinado de Enrique IV más que a través de los lentes de Sully". Así resulta que el libro de POIRSON (1) parece un extracto de dicho libro.

Algunos autores como Descloseaux las critican severamente. Ya desde el siglo XVII empezaron por Marbault el secretario de Duplessis-Mornay (Richelieu). Bien es verdad que se trata de un autor católico y Sully era un acérrimo hugonote.

Otros autores han intentado, en cambio, ensalzar el libro que comentamos, pero ¿dónde está la verdad?. Probablemente en un justo medio y las críticas o alabanzas proceden del partidismo o de la oposición católicos-hugonotes.

Que las "Economías reales" contienen errores nadie lo duda. Que tienen valor, tampoco. Sería injusto imputar los errores a la vanidad o al resentimiento de un ministro en desgracia, refugiado en su castillo desde su caída tras del asesinato de Enrique IV. Hay sin duda fallos en su memoria, confusiones cronológicas, desrealización de la proyección, sentimientos catatónicos y, también, que redacta hechos curiosos ocurridos vein

(1) Poirson, Auguste: Histoire du regne de Henri IV. 4v.8°. Paris 1865-66

te años o más antes.

Por otra parte las "Economías reales" han sufrido una constante "elaboración" durante los 30 años que transcurrieron entre la primera redacción y su publicación. Parte de ellas son póstumas y, finalmente, no dejan satisfecho al historiador que, de verdad, busca el testimonio exacto. Las afirmaciones del ministro todopoderoso de Enrique IV hay que tamizarlas, para distinguir lo que es cierto de lo que es falso y confrontarlas, continuamente, con otras fuentes de la época.

Los trabajos, relativamente recientes, de Christian Pfister y de F.T. Perrens son valiosos. Este último dice que el valor de este libro consiste en que Sully no se contenta con sus recuerdos personales, sino que añade una abundante documentación (cartas y papeles oficiales) que obraban en su poder tras su retiro. La documentación estaba perfectamente archivada según se desprende de la serie 120 AP y que muestra que Sully era un archivero nato. Añade que, si bien algún papel está "arreglado" o incluso es apócrifo, la mayoría debe considerarse como auténtico.

Además, Sully tenía a su disposición y los guardaba cuidadosamente, recortes de periódicos de la época (2), del antiguo preceptor del rey, La Brosse, de Etienne, de La Fond, intendente de la Corona, etc.

Un tema que ha preocupado y preocupa es la forma en que las Economías Reales están redactadas: en segunda persona del

(2) Fue el nacimiento de la Prensa, vid. en otra parte L'Estoile.

plural, como si se tratase de que alguien -sus secretarios- le narrasen su pasado a Sully. Esto nos parece una pura ficción, ya que el autor de las "Economías" es sin duda el propio Duque de Sully y los secretarios no hicieron sino cumplir con su oficio. ¿Por qué utilizar este truco? Se ha discutido mucho sobre la contestación que hay que dar a esta pregunta. En primer lugar está la vanidad del personaje, unida a un cierto pudor. Como vanidoso que era, Sully quería dar a conocer las opiniones y halagos que le hacía su rey y debía de resultarle penoso cantar su propia gloria. Además, con este proceder, le resultaba más cómodo hablar en términos severos de alguno de sus contemporáneos, como el conde de Soissons, el duque de Epemon, el príncipe Condé e incluso de la reina madre y antes Regente, María de Médicis. Ocultándose tras la expresión de sus secretarios, podía criticar a gusto a todos estos poderosos personajes.

Por lo demás, las "Economías Reales", con excepción de lo referente al "Grand Dessein" del que trato cumplidamente en otro capítulo, merecen la calificación de "Memorias" que narran los hechos en los que Sully tomó parte directamente durante el reinado de Enrique IV. Los supuestos redactores insisten con frecuencia en ello. Un ejemplo:

"Habría mucho que decir sobre lo que ocurrió en estos tiempos, pero mi intención no es sino narrar aquello en lo que Vd. tuvo algo que ver, el resto que lo traten otros historiadores..."
"Pues es mi intención no hablar sino de vuestra historia, las cosas que habeis visto, oído, hecho o aquellas en las que Vd. se ha visto mezclado ..." "Temo que por una digresión mía, narre algo

de otro contenido y que los que me lean no vean en ellas el hilo de vuestra propia historia". Podríamos multiplicar las citas de este tipo, hemos destacado los que anteceden como un botón de muestra.

Otra cosa curiosa, que da un carácter original a las "Economías reales", es el estilo en que están escritas. Llenas de defectos, de repeticiones, redundancias, largas frases sin verbo, lenguaje arcaico e incorrecto. Y de repente se tropieza uno, al leerlas, con pasajes llenos de sabor y de humor, con un vocabulario vivo y metafórico. A este respecto el libro es un testimonio inapreciable para conocer las costumbres de la época.

El libro comienza en 1611 al día siguiente que cayó el duque de Sully en desgracia, pero hasta 1.641 no terminaron de redactarse. Pfister consideró que hay cinco etapas, por lo menos, desde 1611 hasta 1662 en que la publicación se terminó después de la muerte de Sully. Por otra parte se ha encontrado un nuevo manuscrito en los archivos del marqués de Rosambo, es decir, que son seis los hitos a señalar.

1°. El más antiguo, pertenece a la colección Rosambo y está conservado en el archivo Lépélétier. Consta de 69 folios escritos por la misma persona, corregidos por Sully con anotaciones autógrafas, al margen y al dorso. En este texto sólo un "secretario" se dirige a Sully por eso están en primera persona del singular ("Je vous rementevray").

2°. (manuscrito A) Versión mucho más desarrollada y anterior a 1.617 que está en la Biblioteca Nacional de París. Es-

los manuscritos también están llenos de notas de Sully. No hay división en capítulos y Sully marca las divisiones que hay que hacer. Sólo un secretario es el que escribe.

Se incluyen 145 cartas dirigidas a Sully por Enrique I y por Villeroy entre 1594 y 1604, cartas copiadas sin orden ni concierto. Hay una nota de Sully, indicando que se ordenen cronológicamente, pero no se cumplió la orden.

Sully quería que las "Economías Reales" se dividieran en dos volúmenes. El primero que constase de 109 capítulos comprendería hasta el 1603 y el segundo de 86 capítulos hasta el final.

3°. (Manuscrito B) Así concebidas sus memorias, Sully mandó hacer una nueva copia, conservada sólo en parte, con capítulos numerados y titulados independientemente. Esta edición no es muy distinta a las anteriores, salvo nuevas correcciones de Sully y las redacta un solo secretario. Este manuscrito tiene la importancia de estar más completo que el n° 2, cuyo comienzo fué arrancado y se extravió.

4°. (Manuscrito C) Comprende un solo manuscrito de los años 1594-1597 y también está corregido al margen por Sully y escrito por un solo secretario.

5°. Edición original, la llamada de 1638 consta de dos tomos y se hizo un contrato ante notario (del 7 dic. 1638) Pichéry de Sully-sur-Loire y el editor fué Jacques Rouquet de la ciudad de Auxerre. Este impresor se comprometió a trabajar en el propio

castillo de Sully. Los trabajos comenzaron a principios de 1639 y tardaron año y medio en imprimir la primera parte del libro in-folio. El tomo I corresponde al período 1572-1600 y el II 1601-1605. Apareció con un título ciertamente largo y farragoso: "Memoires des sages et royales oeconomies, politiques et militaires de Henry le Grand, l'exemplaire des roys, le prince des vertus, des armes et des lois, et le père en effect des peuples françois, et des servitudes utiles, obeissances convenables et administrations loyales de Maximilian de Béthune, l'un des plus confidens, familiers et utiles soldats et serviteurs du grand Mars des François, dediez á la France, a tous les bons soldats et tous peuples françois". Este largo título se conoce generalmente como "Economies royales".

Típico de esta edición es que ya no es uno sino cuatro los secretarios que intervienen "pour ramentevoir" a Sully sus gloriosas acciones. Como además el libro contenía numerosas invectivas contra algún personaje contemporáneo, Sully las hizo figurar como editadas apócrifamente por "Amstebredam", Alethinosgraphe de Cléarétimelée et Graphixcon de Pistariste" (escritor verídico de gloria y virtud y secretario meritorio y de gran probidad), y sobre esta firma figuran tres virtudes coronadas con amaranto. Las tres V pintadas de verde que figuran en la primera página hacen que a esta edición se la conozca como "la de las tres V verdes".

6°. Edición princeps de 1662 (tomos III-IV). Es la segunda parte de las "Economías reales" y cubre el período 1606-161

en el primer tomo y el segundo narra los acontecimientos que siguieron al asesinato de Enrique IV. Sully fué sorprendido por la muerte el 22 de diciembre de 1641 o sea que no los llegó a ver publicados, pero no hay duda de que es su autor, a pesar de preguntas planteadas por algún historiador. Sully mismo las había preparado para enviar a la imprenta, pero se quedaron mucho tiempo allí hasta su edición en 1662. Se hicieron varias copias manuscritas y alguna de ellas está en la Biblioteca Nacional (mss. p. 4035-39, 15.615, 17474 y 74 y 23239) de París.

En 1661 o sea veinte años después de morir Sully, el abate Jean de Laboureur decidió publicar estos dos volúmenes en la librería Augustin Courbé. Los dos tomos se encuadernaron en uno y hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional Lb 35, 57.

! * *

Comparando las diversas ediciones, se da una cuenta de las informaciones que influyeron en Sully. Una, segura, es la "Historia Universal" de su amigo, también hugonote, Agrippa d'Aubigné, que apareció de 1616 - 1620. También pienso en las "Memorias de Estado" de Villeroi y probablemente la "Historia de Henri le Grand" de Scipion Dupleix. De estos libros sólo he tenido en mis manos la obra de Aubigné(?)

Decidido a reivindicar la memoria del fallecido rey y sobre todo defenderse a sí mismo, el antiguo ministro "retocó" minuciosamente quitando y poniendo pasajes, de forma de llamar la atención sobre su persona y ensalzar su política. Curiosamen-

(?) Después de escribir estas líneas he tenido ocasión de hojear a Villeroi. D.N.

te, introduce en sus memorias, textos copiados al pié de la letra de alguno de sus contemporáneos, como puede ser el comienzo de las memorias del duque de Rohan y un elogio del Cardenal de Richelieu de 1625. También tengo las memorias de Rohan, un gran amigo de Enrique IV, pariente cercano, pues los Rohan aunque bretones tuvieron varios enlaces matrimoniales con los Albret. Gran admirador de los textos latinos especialmente Plutarco, también escribió sus Memorias que son valiosas pues convivió mucho con Enrique IV, a partir de la toma de Amiens por los españoles (Las primitivas memorias están fechadas en 1647, y de ellas se han hecho varias versiones). Tras la paz de Vervins se fué a la corte pero, austero protestante, no se dejó influir por el lujo, ni otros placeres. No bebía más que agua. Nada de mujeres. Su única afición amén con el Rey era la caza. Fué una especie de embajador de diversos países, entre ellos Inglaterra, donde hizo gran amistad con Isabel y Jacobo rey de Escocia. Este último le quería tanto que le hizo padrino de su hijo Carlos. Sabido es que Jacobo reinó a la muerte de Isabel en Inglaterra y que su hijo Carlos I fué degollado tras las luchas en las que fué vencido por Cromwell.

Enrique IV siempre tuvo en estima al joven Rohan, le hizo duque y Par del Reino, incluso quiso casarlo con una hija del rey de Suecia, pero finalmente le casó con Catherine de Bêthune hija de Sully, hermosa muchacha, valiente y resuelta, que mostró tanto ardor como su marido en defender la causa protestante y atacar a los católicos (veáse en otra parte la muerte de Enrique IV).

Pero volvamos a las "Economías reales". Los últimos retoques no son demasiado importantes, pequeñas cosas propias de alguien que envejece. Quitó una frase por miedo a que se moleste Luis XIII, otra para rebajar a Villeroy. A veces, la supresión de una frase vuelve incomprensible todo un capítulo. Otras veces lo que quita es una crítica de Enrique IV antes de su asesinato, probablemente una alusión a sus gestos o a sus aventuras galantes. Un detalle que juzgamos de chiquillada sería cambiar el encabezamiento de las cartas que el rey le dirigió y poner "Mon amy" en vez de "Monsieur de Rosny" que es como siempre se dirigió a él Enrique IV. Por no hablar de erratas de imprenta algunas graves como "auparavant" (antes) cambiado por "aparement" (aparentemente) y "proposer" (proponer) por "prospérer" y la falta casi absoluta de puntuación en todo el texto.

* * *

DEL SIGLO XVIII A LA ACTUALIDAD

Las "Economías reales" tuvieron muchas ediciones cuya enumeración sería muy larga. Cito por su importancia la del siglo XVIII del abate d'Ecluse des Loges que pensando que la lectura original era demasiado difícil, emprendió la labor de alligerarlas, poner orden y hacerlas accesibles al gran público. Realmente, lo que hizo fue una obra totalmente nueva, re-escrita de la cruz a la fecha. Desaparece la ficción de los secretarios dirigiéndola a Sully y se vuelve a la primera persona del plural

de quien narra su propia vida. Este libro que no he tenido ocasión de manejar tuvo un gran éxito y fué editado varias veces. La mayoría de las ediciones posteriores se basan en este libro, traducción estimable, pero que no da una idea justa del original. Se debe apreciar la facilidad de lectura -ya que el original es difícil e indigesto- pero forzosamente ha de perderse el tono, el colorido, la vivacidad del siglo XVI y hasta el acento gascón y giros peculiares del personaje, ya que es inimaginable a Enrique IV hablando como un rey del tiempo de Luis XIV y paseando por Versalles.

Los acontecimientos, privados de alguno de sus detalles, ganan interés lo que pierden exactitud. La labor del abate d'Ecluse contribuyó a dar a conocer al rey bearnés pero le privó de su verdadera naturaleza. Hizo de un guerrero valeroso, pero sucio y desarrapado, un elegante cortesano del XVIII, con algún atisbo de pedantería en el lenguaje que nunca tuvo, si bien como hemos visto, al final de su vida se perfumaba y acicalaba de lo lindo.

* * *

SIGLO XIX

Ya en este siglo las "Economías reales" fueron publicadas en dos colecciones de Memorias, llamadas "Relatifs a l'Histoire de France" la llamada colección Petitot que obra en mi poder y es la que he manejado más a menudo en la redacción de esta tesis (Paris 1820) y otra edición "Nouvelles Collections des mémoires pour servir a l'Histoire de France" editadas por Michaud y Poujoulet.

Estas dos ediciones reproducen fielmente el texto original de 1638 y de 1662, es decir, sin los arreglos del Abate d'Ecluse. La edición que ha sido más utilizada por todos los historiadores es la de Michaud y Poujoulat, especialmente los contemporáneos.

* * *

SIGLO XX

En el año 1942 Louis-Raymond Lefèvre publicó en Gallimard una nueva edición de las "Economías reales". En conjunto el texto es auténtico y respetado: Lefèvre lo único que hizo fue podar las frases demasiado largas y sustituir algunas conjunciones por signos de puntuación. Pero no se trata en realidad más que de hacer una selección más abordable para el lector.

La última edición que ha llegado a mis manos del texto que estamos comentando es la de David Buisseret y Bernard Barbiche, del año 1970, publicada con la ayuda del Centro Nacional de Investigación Científica de París y la Sociedad de la Historia de Francia. Se proponen los autores hacer una edición en su pristina pureza, es decir, libre de las modificaciones de toda clase que se habían introducido en el texto desde su origen. Esta edición se basa en los manuscritos de la época. Desde este punto de vista, el trabajo es algo prácticamente único y original puesto que las ediciones citadas hasta ahora se habían limitado a reeditar el texto de 1638 y de 1662. Se insiste en las correc-

ciones originales de Sully hechas sobre el texto primitivo y se analizan los distintos estudios de su elaboración.

Se basan en el manuscrito A por ser, evidentemente, el menos manoseado y se añaden las modificaciones de los manuscritos B, C y el E y anuncian la publicación citada del Marqués de Rossambo que, en el momento de escribir estas líneas, no se ha producido.

El cuidado que estos autores han puesto en destacar las correcciones hechas directamente por Sully son dignas de encomio, figuran junto al texto redactado por los secretarios. Igualmente los documentos complementarios se han ordenado, lo mismo digo de las cartas. En cuanto al empleo de la primera persona del singular o del plural señaladas más arriba, se señalan las excepciones que tiene esta regla. Unas veces se ha adoptado la ortografía del manuscrito B y C y otras la del A, en otras ocasiones han puesto la ortografía moderna especialmente cuando podían prestarse a confusión el utilizar la antigua (especialmente en los adjetivos o pronombres posesivos "ces" o "ses" o en "s'est" o c'est").

Se han respetado los paréntesis angulares puestos por el mismo Sully < > y los subrayados suyos. También se ha seguido la división en capítulos que ordenó Sully y es por esta razón por lo que los capítulos no corresponden a los de las otras ediciones, (por ejemplo la de Michaud y Poujoulat), indicando en la cabecera de cada uno el título correspondiente.

A lo largo del libro, los autores tratan de hacer que el texto -tan pesado e indigesto- resulte accesible al posible lector sin llegar a disfigurar el texto como lo hizo como hemos visto 17Ecluse en el siglo XVIII, ni tampoco amputarlo. Para facilitar su lectura y consulta, los autores ponen títulos breves y llamativos, sacados a menudo de los mismos manuscritos -en este caso entrecomillados- pero que parecen originales. También han cuidado mucho fechar los acontecimientos, es decir, la cronología correcta, han dado sabor a los diálogos y su redacción es casi siempre de gran viveza.

Se hace, como es ineludible, una buena labor crítica de las memorias de Sully. Destacan por medio de notas sus distracciones, sus fallos de memoria e incluso sus mentiras. Comparando los documentos de las "Memorias" con los originales que han podido encontrar no hay duda que existieron numerosas falsificaciones. Pero, dicen los autores, que cuando ha habido que hacer justicia la han hecho y en muchas ocasiones subraya la veracidad de Sully. Modestamente, piensa que se les han escapado datos y que su obra no es perfecta. Ninguna obra humana lo es, añadimos nosotros, pero en este caso la modestia no está justificada. La tarea que han emprendido es titánica y el resultado excelente, dentro de las limitaciones que tiene todo ser humano. ¿Han resuelto el problema?. Ellos pretenden que no, pero el solo hecho de plantearse lo con la seriedad que lo han hecho merece un gran aplauso y el reconocimiento de los historiadores interesados en tan apasionante período de la historia de Enrique IV.

Este libro que comentamos es el primero de una serie

que se anuncia de seis volúmenes. Cubre el período 1572-1594.
No me queda sino decir que estoy deseando leer los demás.
Cuando se publiquen o cuando llegue a conseguirlos.

Además de lo antedicho llama la atención en estos volúmenes de las "Economías reales" lo siguiente: la descripción en el primer capítulo del tomo nueve de Enrique IV al que adorna física, espiritualmente de forma apasionada, dice textualmente: "Es sin duda y sin contradicción, incluso con la animadversión de cualquiera, que nuestro valiente, generoso, muy juicioso y bonachón rey "Henry-le-Grand" no ha recibido de Dios sino liberalidades y beneficios, de los cielos y de la naturaleza, un cuerpo y unos miembros de lo mejor formados, hermosos y proporcionados, una cara y un aspecto dulce, amable, simpático, grave y majestuoso; una fuerza, agilidad, aptitud, vigor y salud para soportar toda fatiga, pena, trabajos, acometividades, vigili-
lias y necesidades vitales; un espíritu laborioso, vivaz, sutil e inventivo; un valor y generosidad admirable; un juicio firme, sólido y decidido, llegando a la perfección por una larga experiencia en toda clase de pruebas y desgracia en los asuntos del Estado, milicia, justicia y finanzas; finalmente una continua y perseverante meditación en los asuntos mas extraños, excelsos, ilustrados y magníficos, así como el decía a menudo, poder acabar el resto de sus días en acciones gloriosas, agradables a Dios y útiles para las gentes; estableciendo ordenanzas, disciplinas y reglamentos para la justicia, el ejército, la finanza y la policía de su Estado, tanto que fuesen difíciles de destruir por sus sucesores, como antes había ocurrido con los otros reyes de Francia".

Termina el capítulo con una carta dirigida al rey en el cual resume sus magníficos designios. Otros capítulos llenos de ordenanzas, meticulosamente redactadas y un estado de cuentas del reino que demuestra la buena administración a la que el propio duque de Sully había llevado a Francia, que por primera vez en mucho tiempo veía llenas las arcas de su tesoro.

Contrasta este panegírico de la persona del rey Enrique IV con la crítica feroz que hace de las Memorias de Villeroy y que son una crítica sangrante hecha por un protestante fanático como era el duque de Sully. No solamente niega toda capacidad de talento para gobernar al hombre que fué sucesivamente de la confianza de Carlos IX, de Enrique III, de Enrique IV y que luego lo tuvo de Luis XIII, sino que le prodiga las mas absurdas acusaciones y transforma en criminales las vacilaciones que tuvo uno de los hombres mas hábiles en política en tiempos tan azarosos como Villeroy. Le acusa de haber sacrificado los intereses de Enrique III al duque de Guisa y haber sido un lacayo de Catalina de Médici, de haberle empujado a formar parte de la Liga, olvidando que inmediatamente despues de la muerte de este rey fué de los primeros en ponerse al servicio de Enrique IV. Basta haber leído, incluso superficialmente las memorias de Villeroy para darse cuenta de que nadie quiso más la paz que él. Fué uno de los decisivos consejeros para la conversión del rey, como único medio de salvar la unidad de Francia. Todas estas acusaciones, claro está las lanza de forma anónima contra Villeroy porque seguía en el poder.

No pretendemos justificar totalmente a Villeroy, a quien se ha tachado de debilidad y de ambición, pero con imparcialidad hay que convenir en que rindió enormes servicios antes y despues del reinado de Enrique IV, llevando a los mas partidarios de la Liga a reconocerle como rey.

En cuanto a la opinión de Sully sobre el asesinato de Enrique IV, hace un cantico fúnebre, literario-farragoso pero no se plantea la posibilidad de un complot con connotaciones internacionales. "O malheureux mois de may, qu'en tous lieux puisse tu estre marqué d'un noir que jamais le soleil n'esclaire tes germes pour produire les fleurs et verdier les forests, puis qu'en toy sont finies nos assurances et nos felicitéz, et en toy-même commencées nos doutes et nos perplexitez. O turbulent mois de may!..."(4)

Unas paginas mas adelante hace la descripción del asesinato (2) del rey, la torto y dedica un párrafo al consejo "secret et caché" todopoderoso compuesto de la Reina de "Couchine et sa femme, du nonce du Pape, de l'ambassadeur d'Espagne, du chancelier, duc d'Espernon, Ville-roy, chevalier de Sillery, du prési-

(4) Vide. Bibliografía, libro de PETITOT, pags. 322-323. Tomo 8

den Jeannin et Arnault suffragans de Conchine, du medecin Duret pour un temps, de Dolé et du père Cotton. Et du conseil de mine et de fast étaient le prince de Conty, le comte de Soissons (car le prince de Condé n'étoist encore venu), cardinal de Joyeuse, connestable, duc de Mayne, de Guise, vous, mareschal de Brissac, celui de Bouillon, lors qu'il fut arrivé, sieurs de Chasteauneuf, Pontcarré, de Vic, Caumartin et Bullion". Y continúa diciendo que este consejo se reunía a diario, por vanidad y sin que tuviera efecto político alguno, sino dar sensación de presencia y arrasar la enorme fama del anterior - en el que estaba Sully, claro está- En este gobierno se propone aumentar los dineros del rey, las ventajas de los grandes y sus pensiones. En suma, toda una serie de críticas a la nueva administración del reino de Francia.

- 345 -

CAPITULO 16º

"LE...GRAND...DESSEIN"

77116

Capítulo

"LE GRAND DESSEIN"

Sobre la unidad de Europa. -

A partir del Renacimiento y especialmente en los siglos XVI y XVII el tema de la confederación de todos los estados europeos frente a los asiáticos fué un tema muy frecuente entre diversos autores. Atribuir la idea del "Grand Dessein" a Enrique IV es una falacia desde el punto de vista histórico. Vamos a intentar en este capítulo hacer un resumen de algunos de ellos, de los que escribieron sobre el deseo de unión de los europeos que era, entonces, tanto como la unión de los cristianos frente a los herejes. Servirá de introducción al utópico "Grand Dessein" tan hipertrofiado en sus Economías Reales por el duque de Sully.

¿Qué es Europa? Una comunidad de pueblos que participan en una tradición espiritual común y cuyo origen habría que buscarlo unos tres mil años antes en el Mediterráneo oriental, pero se vió reforzado con el nacimiento de Jesucristo. La tradición se ha ido transmitiendo de siglo en siglo pero aquí nos concentraremos tan sólo en dos. El principio unificador ni es geográfico, ni es étnico, ni es político. Durante la Edad Media fué religioso y en la actualidad es económico.

Siglo XVI. -

Andrés Laguna nació en Segovia en 1499 y después de prepararse en latín en su ciudad natal marchó a la Universidad de Salamanca donde estudió bachiller y obtuvo el título en Humanidades o Artes. Posteriormente marchó a París al Colegio de Francia, considerado entonces como renovador frente al clasicismo de la Sorbona. París era centro al que acudían gentes de todo el mundo, entre ellos Ignacio de Loyola, Erasmo, Luis Vives, Domingo de Soto -también segoviano- y los hermanos Coronel, etc. etc. En el Colegio de Francia enseñaban grandes humanistas y uno de los maestros del estudiante Laguna fué el valenciano Juan Gélida. Sin abandonar las humanidades, comenzó los estudios de medicina: la anatomía con Silvio

el maestro de Vesalio y de Miguel de Servet. Andres Laguna obtuvo el título de médico en 1534 y al año siguiente ya publicó tres libros, uno sobre la filosofía aristotélica y especialmente la fisiognómica, otro "De urinis" sobre Galeno y también un libro de anatomía que fué muy apreciado en la época llamado "Anatomica Methodus". Debíó de permanecer en París hasta el año 1536 y regresó a Salamanca llamado por la Universidad para dictar unas lecciones. Siguió publicando libros y pronto adquirió una gran fama, hasta el punto de que el 21 de abril de 1539 fué requerido por el Emperador para tener una consulta con los médicos de la corte cuando la Emperatriz Isabel dió a luz á un niño muerto, falleciendo ella misma poco después, probablemente de fiebre puerperal. Laguna no fué, sin embargo, nunca médico de palacio dado su carácter independiente.

A petición del Emperador Carlos marchó a los Países Bajos y ejerció la medicina en Gante y luego en Metz, donde coincidió con su maestro Winter y juntos atendieron una terrible epidemia de peste, sobre cuya enfermedad publicó varios trabajos en 1556. Fué justamente entonces cuando recibió una invitación de Colonia para pronunciar una conferencia sobre Europa y este es el motivo que le trae a estas páginas. Los habitantes de la ciudad de Metz a través de su alcalde trataron de convencerle para que regresara de inmediato, pero lo hizo al cabo de tres meses. No parece probado, aunque se dice en varias publicaciones, que durante su estancia en Metz atendiera al duque Francisco de Lorena. Laguna dice en uno de sus escritos "Solano" que hubo un episodio en su vida que parece relacionarse con Lorena. Se trata de una historia de brujas "matrimonio de vejezuelos" y aprovecha para dar una interpretación biológica de cuanto se refiere a la brujería, descartando la idea de la intervención diabólica como era habitual en la época. Dice Laguna textualmente que "es debido ala influencia de yerbas soporíferas y frías como la cicuta, el solano, el beleño y la mandrágora"... "las cuales de tal suerte corrompen

misma se atormenta". Si fiados tan sólo por el aspecto formal e impresionados por la descripción del lugar en que fué leído, nos sentiríamos tentados de llamarlo "Responso sobre Europa, pero no queremos dramatizar ni mucho menos equivocar el sentir y propósito del autor. Las palabras de Laguna, oración plena de erudición y elocuencia, impetrando la unión y concordia de los príncipes cristianos, pretenden que Europa se levante de su postración letal y cumpla con ejemplaridad su destino universal y cristiano.

Decía mas arriba que el libro está escrito en latín, pero hay tambien muchas frases y profundas sentencias de los clásicos transcritas en griego, incluso el título como hemos visto. Lo mismo sucede con la leyenda latina y el mote griego del escudo en la lápida que redactó para la sepultura paterna:

"Tu espíritu paterno me encaminará" y que ordenó se colocara en 1557. El escudo representa una carabela con tres palos, la proa era muy redondeada y se prolongaba con botolón y un muz decorado con tallas pintadas. El mascarón de proa guarda, evidentemente, una relación directa con el nombre del barco que es un dragón. La popa en espiral como una ola encrespada. Todos los mástiles o palos están rematados con una cruz.

Toda la vida del Dr. Laguna está marcada por la amplitud de sus conocimientos, pero el momento cumbre fué la tarde del 22 de enero en Colonia cuanto ante una adamblea de "Príncipes y varones doctos" pronunció "esta lúgubre declamación. . . a la luz de negras antorchas y ajustándose al ceremonial de difuntos" . . . "Se presentó en la cátedra nuestro doctor con capuz y capote de bayeta negra; y oró aquella célebre oración mixta. . . a imitación de Terencio, aunque con mas propiedad". El discurso del Dr. Laguna tuvo tan gran resonancia que fué forzoso imprimirlo antes de 1543 en la misma ciudad de Colonia y luego se divulgó por toda Europa. La edición vá dedicada al Arzobispo Hermann de Weeda, Elector del Sacro Imperio. "Por este conducto llegará tambien hasta los oídos del Arzobispo de Colonia mi clamor y deman-

la memoria y la fantasía que se imaginan las cuitadillas y aún creen firmísimamente haber hecho despiertas todo cuanto soñaron durmiendo". El viaje hacia el aquelarre, la posesión por fucubos o súcubos, se explicarían así. Agrega, además, que habiéndose proporcionado el ungüento utilizado por las supuestas brujas a la mujer del verdugo, cayó en un profundo sueño y narró al despertar los placeres y deleites que había experimentado. Si tracemos a colación estos datos es para que el lector juzgue que el doctor Laguna no era un soñador, como sus ideas que vamos a comentar pudieran suponer, sino que tenía un espíritu muy crítico y científico para la época en que vivió.

A fines del año 1559 formó parte de la comitiva que había de recibir a Isabel de Valois cuando llegaba a España para casarse con Felipe II, pero en el camino se sintió enfermo en Guadalajara y murió probablemente de un cáncer de recto.

Pero volvamos al "Discurso sobre Europa" que pronunció en Colonia. Está redactado en un latín de excelente estilo literario y que sepamos, en España sólo existe un ejemplar en la Facultad de Medicina de San Carlos de Madrid, que lo considera como una de sus mas preciadas joyas bibliográficas. Quede, pues, constancia a tan afortunada propietaria de nuestro agradecimiento por habernos permitido tenerlo entre nuestras manos. Figura la firma del autor, tan curiosa que hemos tratado de reproducirla de la mejor manera posible.

Hay un medallón con la effigie del ilustre segoviano
ne dice: "Andreas Lacuna, Segobiensis, Miles Sancti

*El Doctor
Laguna*

et: Comes Palat. Medicus Julii III. Pont. Max. ". El autor se declara en la portada "amante de la medicina". Esta singular expresión muestra su vehemente vocación a lo largo toda su vida y patente en todos sus escritos. La portada dice: EUROPA EAUTENIMOROUENE y es un compendio de lo que él piensa debe ser su exhortación a los príncipes cristianos, pero tan erudita y concorde con su docto auditorio que no resulta difícil de leer ni siquiera en la excelente traducción de Colmenares: "Europa que a sí

dará auxilio a príncipe tan excelso. Porque entre los héroes de primera fila, por concesión de los dioses, mereció alcanzar los honores de una prolongada paz". (Estas frases están tomadas del prólogo al libro escrito en forma de poesía y firmado por Eberth B. C. Mas adelante esta lúgubre declamación anunciaba con tono profético la buena nueva de la unidad de Europa, si se lograba la unión y concordia de sus gobernantes. El olvido en que se ha tenido su memoria en los siglos inmediatos a su fallecimiento, nos recuerdan el adagio de que nadie es profeta en su tierra. (1) Tampoco en el exhaustivo libro sobre la conciencia europea a través de los textos desde Hesiodo a nuestros días, de Rougemont, le menciona. Sigamos la exposición:

"Para que doquiera sea permitido gozar del regalo de la paz. Asimismo, tú, que con oídos complacientes escuchas estas lamentaciones, no dejes de apesadumbrarte con nuestras vicisitudes. Si cuando estoy abrumada y abatida, mis males nos son comunes, porque eres una diminuta porción de mi cuerpo gigantesco; si por el contrario, por fuerza de los hados me toca estar alegre, tú serás compañero del regocijo de mis prosperidad".

Del prefacio de Laguna entresacamos los siguientes párrafos:

"Europa, la mas desdichada de todos.. Hasta ahora estuvo oculta en mi pequeño escondrijito, llorando a solas conmigo, mientras le era profundamente odioso ese ambiente y resultaba aborrecible para todos los oprimidos de la ciudad. De allí no hubiera salido jamás si no hubiera sido empujada por mí y no hubiera confiado igualmente en cierta esperanza sobre tu benignidad y magnificencia... se presenta deforme... en otros tiempos rodeada de esplendor y prestigio... teme a las beas de ciertos embusteros... no teniendo en cuenta qué puede ocultarse bajo aquellos harapos... capa despreciable y vil". Añade unas consideraciones sobre su insuficiencia:

(1) Con poesterioridad a la redacción de estas líneas la Diputación de Segovia editó primorosamente un facsímil y su traducción española, pero no lo he visto citado ni por Ortega, Marías, ni otros autores que han tratado el tema.

para presentar tan importante tema y expone las dudas que tuvo en aceptar la invitación pero le decidió un amigo que compartía su preocupación por "la desdichadísima y lamentable Europa, toda caduca y resquebrajada, fijos los ojos en la tierra, no pensando ya sino en la soga... aquella que en otro tiempo con su señorío domoñó a tantos reyes y a tantos imperios. Si le resta alguna esperanza de vida e incolumidad dependen ahora de su patre pino (se refiere a los Príncipes). Compadécete de ella. Apacíguala con algún refrigerio...". El texto del "Argumento del autor" no tiene desperdicio, pero sería inadecuado extendernos demasiado en él. Lamenta y ataca el libertinaje y despilfarro de las clases superiores y de las Cortes europeas... "habiendo todos intervenido en estas diversiones, nosotros debemos hacerlo con sollozos lágrimas y suspiros... ¿Quién puede alegrar el ánimo? Nadie. Nadie. Nadie, a no ser algún mentecato o enajenado." Y mas adelante hace hablar a Europa como si en forma de mujer fuera a visitarle: "Yo soy aquella infeliz, triste y funestísima Europa, a la que tú, mientras me mantenía floreciente en mi vigor, muchas veces admiraste... Aquella cuya ingénita belleza... seguían de pasto admirable a tus ojos. La que en otro tiempo se granjeó el afecto de todos y atrajo los corazones..." Y comenta el Dr. Laguna que mas que una mujer "Me parecía con toda evidencia un cadáver viviente. Tan horrendo y tétrico rostro mostraba". Y habiéndole preguntado por la causa de tal metamorfosis contesto "que los príncipes cristianos la habían cambiado de este modo". Le aconseja reanimarse así: "¿Tan pronto pierdes la esperanza? Esto no es decoroso en una mujer fuerte"... "Hay que resistir con inquebrantable voluntad y defendida con siete pieles de toro. Cuando no puedes lo que quieres, has de comportarte como si pudieras"... "Y si desprovista de toda ayuda, tu tambien te abandonas a tí misma ¿cual será el final de tu debilidad?"... "Ten un ánimo pues si de momento los asuntos no pueden ser llevados conforme a los planes de tu inteligencia, indudablemente Dios encuentra camino para las cosas que acontecen fuera de las previsiones humanas... Europa, dominadora de tantas naciones, vence-

dora de tantos pueblos, conquistadora de tantas ciudades, dominadora de tantos tiranos. Os suplico (se dirige a los Príncipes) meditéis sobre la situación a la que sus inícuos hados la han precipitado en la catástrofe... Oh fortuna, cruel e insensata fortuna, que eres inconstante y frívola e irresoluta!... Con mucha razón al ser preguntado Apelles por qué había representado sentada a la diosa Fortuna, contestó "Porque no sabe mantenerse firme". Y hala de nuevo Europa quejándose que además de las heridas recibidas por los herejes o espúreos tendría mas calma "Mas cuando se trata de aquellos que yo engendré elevé a la cima hiperbólica de la felicidad y aún a los príncipes cristianos... traman contra mí una guerra intestina, no me puedo contener, abrumada por tanto dolor y rompo en lágrimas y suspiros"... "Mientras los cristianos se hacen la guerra mutuamente, mientras se acribillan a flechazos, ofrecen a los enemigos de Cristo un deleitoso espectáculo"(2) "Con qué burlas nos recibirán, con qué repugnancia nos desdeñarán al ver luchando la cruz blanca con la roja, ya que en ambos ejércitos se invoca a Cristo! (3)" No mueve a los príncipes cristianos el ejemplo de los cartagineses, de los espartanos, todos los cuales perecieron a causa de sus rivalidades". Recuerda el Dr. Laguna la razón por la que Numancia ^{no} fué vencida según Escipión el Africano que la destruyó: "La unión les dió la victoria. La discordia les acarreó la ruina".

En cuanto a los límites que pone a Europa y el orbe habitable lo divide en tres zonas. Europa, Asia y Libia, pues aquella parte de la tierra comprendida entre una de las columnas de Hércules, el Mediterráneo, el Nilo y el mar de Etiopía llamada Africa no está en concordancia con el sistema europeo. Por eso Escipio se llamó el Africano al conquistar Cartago y el César Carlos merecería el mismo nombre por la conquista de Túnez. "Afr

(2) Los subrayados son míos.

(3) Se refiere probablemente a los colores de los hugonotes -blanco- y los de Montaña -rojo- en las guerras de religión francesas. Conocida es la frase del Canciller del Hospital a los franceses que se estaban desgarrando entre si por las guerras: "Quitaos esos nombres de papistas y hugonotes y no reconozcais otro que el franceses". Jamás los moralistas y humanistas del tiempo (Montaigne, Fenelon, etc.) dijeron "Pensad que sois europeos", sino "Pensad que sois humanos" que es completamente distinto. Y sólo alguna excepción española habló de unidad cristiana...

ca abarca Egipto, Etopía y a las dos Mauritánias, se distingue de Asia por el Nilo y el mar Mediterráneo la separa de Europa y a esta de Asia el río Tanais y las lagunas Meótidas" (el mar Azor).

Cuando el Dr. Laguna habla de la unidad de Europa hace una presentación geográfica algo peculiar. "Las principales partes son estas: España, dividida en Lusitánica -que hoy se denomina Portugal- la Bética y la Tarraconense. Tomando hacia el Norte penetramos en las Galias, una vez cruzados los Pirineos. Son cuádruples: la Aquitania, la Lugdunense y la Narbonense" y no cita a la cuarta ni tampoco hace alusión a la unidad española. En cambio habla de Italia como una unidad "separada de Francia y Suiza por los Alpes". Alemania está unida a Francia exceptuando el tramo por donde fluye el Rin. Avanzando se nos presenta Polonia, luego Hungría y la región llamada Transilvania". "Si encaminas tus pasos al Norte está Dalmacia, Tesalia, el Egipto, Acaya, el Peloponeso, Tracia, Bulgaria, Táurica o el Queroneso, Sarmacia y por último Moscovia". Hace mención a las diversas islas entre las que destaca Albión o Británica que "por naturaleza y por ley está unida a su vecina Irlanda". Entre las islas mediterráneas excluye como asiáticas aunque en tiempos fueran europeas a Eubea, Rodas, Lesbos y Chipre.

Y pone fin a su discurso, recomendando como a un enfermo en estado desesperado, el auxilio humano y el divino: "Roguemos al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que de igual manera que son tres personas y un solo Dios, quieran nuestros príncipes cristianos, enredados en guerras y enemistades, acoplarse en una perpetua amistad y unión y emulándose únicamente en mutuos beneficios, en un mismo y sólo esfuerzo, le restituyan a esta desdichada Europa, las fuerzas tiempo ha decaydas y una vez recuperadas, las empleen para defenderse contra los enemigos de nuestra Fé".

Siglo XVI. -

El padre jesuita Francisco Suárez, de Granada.

Lo incluimos entre los hombres que lucharon por la unidad de Europa y lo hacemos en el siglo XVI aunque su obra principal sobre este tema no apareció en Coimbra hasta el año 1612. Se podría calificar de obra magna a "Tractatus de legibus ac Deo Legislatore (1) de la que sacamos los párrafos siguientes.

Dice hablando de la ley de Cristo, como instituyente, que no recibe dispensa por potestad humana alguna: "Después se prueba la conclusión en la institución de la república eclesiástica, en cuanto tiene peculiar unidad mística por institución de Cristo, la cual institución parece que consiste en tres o en cuatro condiciones: Primera: que su congregación es universal de todos los hombres (2) del mundo cuanto es de suyo. Segunda: que el ingreso en ellas se hace por la fé explícita de la Trinidad, profesada en el bautismo. Tercera: que se congreguen en ella todos bajo una cabeza, el vicario de Cristo y bajo tales señales sensibles del sacrificio y de los sacramentos. Cuarta: que dentro de ella haya orden jerárquico, tanto según la potestad de orden, como según la potestad de jurisdicción".

Y añade mas adelante que es indudable que esta república eclesiástica es la realización de aquella profecía de Daniel (capítulo II): "En los reinos de ellos suscitará el Señor del Cielo un reino que no será disipado eternamente".

(1) "Tractatus de legibus ac Deo Legislatore" - In decem libros distributus. Autore: P. D. Francisco Suárez Granatensi é Societate Iesv, Sacrae Theologie, in celebri Conimbricensi/ Academia Primario Professore. . Antuerpiae/ Apud Ioannem Keerbergium. Anno 1612 MDCXII. Fols. 826, col. 1-Lib. X, cap. VI.

(2) Obsérvese que las miras del Padre Suárez son mas universales que las de los otros autores citados. Hay una clara alusión a "todo el mundo".

No necesito insistir en que está claro que el padre Suárez bosqueja esta teoría de una "Sociedad de Naciones" únicamente desde el punto de vista religioso y de la jerarquía espiritual y que no tiene tinte político alguno. Pero este hecho no varía la esencia misma de la institución y su carácter unitario. Y para que no se dude de ello, afirma categóricamente la distinción de las dos potestades en el Sumo Pontífice.

"El Papa, dice, no tiene directa potestad temporal en toda la tierra, sino sólo en aquellos reinos o provincias en los cuales es señor temporal. Porque el Sumo Pontífice tiene directa potestad temporal distinta de la espiritual, para que pueda regir por sí, directamente, toda la Iglesia; pero no ciertamente porque haya recibido de Pedro el Poder temporal, sino únicamente el espiritual".

Es muy posible que estas mismas ideas se expresen en las obras del Padre Vitoria y otros teólogos españoles de la época. Tan sólo damos el testimonio del Padre Suárez en aras de la brevedad.

Siglo XVI. -

Juan Luis Vives, otro gran humanista español nacido en Valencia en el año 1492 escribió en cierta ocasión al Papa: "Esperamos de vos, en primer lugar, que logreis la paz entre todos los Príncipes cristianos. . . Decid que la guerra entre cristianos es criminal. Criticadla de forma absoluta, como es rechazable una disensión entre miembros de un mismo cuerpo (4)" Y como tal exhortación no surtiera efecto recurrió al argumento del peligro turco en una carta al rey de Inglaterra en la que le decía: "Sois dos o tres en el mundo cristiano los que os peleais, las victorias de los turcos nos han llevado a un abismo. ¿Por qué, pues, quereis pelearos? ¿Pensais que Dios os puede proteger?" (5)

De esta manera se plantea también Juan Luis Vives el tema de la oposición Europa-Asia. "Los cristianos, todavía poseen la mayor parte y la más sólida de Europa: Alemania. Que no se peleen más o estén perdidos. Que se fortifiquen, que se rodeen de castillos y murallas, sobre todo que el turco no se apodere de Alemania, de otro modo los cristianos no tendrán más remedio que emigrar al nuevo mundo. . etc. etc. ". Las preocupaciones de Vives las arrancó de cuajo Juan de Austria en Lepanto treinta años más tarde, en 1571.

Otro humanista que escribía también en la misma línea que Vives era Gaspar Peucer, yerno de Melanchton, que afirmaba que sólo una "Pulchra coniunctio" de Alemania, Francia e Italia, podrían salvar a Europa. Habría de crearse una "Respublica cristiana" es decir una confederación anti-papal y anti-imperial al mismo tiempo. Inútil es decir que este humanista era protestante. Pero es curioso que del lado calvinista como del católico las mismas ideas revivieron.

(4) carta del octubre 1522 al Papa Adriano VI.

(5) carta del 13 de enero de 1531 a Enrique VIII de Inglaterra.

en los discursos que estan preso escribió François de La Noue "que les princes Chrestiens estans bien mis ensemble, peuvent en quatre ans chasser les turs d'Europe" y propone una reunión de Príncipes cristianos en Ausburgo presididos por el Emperador. Proyecto modesto y que no prosperó.

Guillermo Pastel, humanista excéntrico y políglota creó en una Monarquía Universal, aunque no a la manera del Dante. Como vivió muchos años en oriente trató de convertir a los Ismailitas con un cristianismo razonable "Demos a todo el mundo, si es posible, un sólo Principe... esa es la mejor imagen de un Dios único del que depende el Orden del mundo".

Tal monarca, excusado parece decirlo, no podía ser sino el rey de Francia, descendiente de Jafeto y Gómer y fundador de la raza gala. Y sin embargo Pastel se consideraba cosmopolita!

S. XVII. - A partir de este siglo cuajan consecuencias filosóficas del ciclón que supuso el Renacimiento y la Reforma, que se califican de "Gran designio" y que no son el en fondo mas que una degradación de la Idea del Imperio. Cuatro son los paladines de esta Europa federada frente a las pretensiones absolutistas de diferentes Estados. Los cuatro irradian un espíritu religioso ecuménico, en el sentido que actualmente tiene esta palabra, ya que no uno de ellos. Me refiero a Sully que está impregnado de galicanismo. Ecuménico, en el sentido de acercamiento de todas las confesiones cristianas en torno al evangelio. Los cuatro, finalmente, aparentemente pasaron desapercibidos en su tiempo pero la idea ha sobrevivido hasta nuestros días. Me refiero a Crucé-1623, Sully, 1638, Comenius, 1645 y William Penn 1692.

De todos días en el único que nos vamos a detener, por su relación con Enrique IV es en el del duque de Sully, del que todos hablan desde hace tres siglos y medio aunque no muchos lo han leído. Denis de Rougemont se pregunta en su libro "Veintiocho siglos de Europa" Si es cierto que existe. Se trata de docu-

mentos muy difíciles de encontrar, ya que en las últimas ediciones del libro de Sully "Economías reales que comentamos en capítulo aparte se pasa muy a la ligera sobre el llamado "Grand Dessein". De la misma manera que la Carta del Atlántico de la última guerra mundial ejerció un impacto moral aunque ni Churchill ni Roosevelt produjeran tal texto. Estaba ciertamente en su mente, en unas notas garrapateadas y en diversas entrevistas concedidas a periodistas.

Lo mismo podríamos decir del "Gran Dessein", cuyo sentido está disperso en las miles de páginas que constituyen las "Economías Reales". Sully esperaba además influir en el Cardenal Richelieu y atribuye el designio de Enrique IV veinte años después de muerto este rey. La exposición del plan que revelan -en forma de cartas apócrifas o de discursos- hace incomprensible o imposible la cita, por la extensión, minuciosidad y desorden.

Voy a tratar sin embargo de hacerlo. Cuando Sully fué enviado como embajador extraordinario a Inglaterra, reinando ya Jacobo I, es para conquistar su ánimo y que apoye el supuesto proyecto de Enrique IV contra los Habsburgo. "Siguiendo lo que el rey de Inglaterra os había encomendado os fuisteis a Greenwich la mañana del día siguiente. Parece que fuisteis recibido por (1) Derby y conducido a la presencia del rey de Inglaterra, el cual os acogió muy bien y os cogió en seguida por la mano y haciendo esperar a todo el mundo, incluso a sus principales consejeros os condujo a una de las galerías de su palacio, cerró las puertas y os besó dos veces, después alabó las virtudes del rey (Enrique IV) y vuestra franqueza y os dijo sin más que se consideraba cada vez más deudor y obligado a su rey, su buen hermano, por haberle enviado al más antiguo y leal de sus servidores, aquel en que tenía depositada toda su confianza. Y viendo la ocasión propicia, comenzasteis vos a hacerle las proposiciones que vuestro rey os había man-

(3) Observe el lector la redacción en segunda persona de plural, como si los secretarios se dirigieran a Sully.

dado hacerle, así como las instrucciones mas secretas, de tal manera que parecieran espontáneas. Y así le hablásteis en estos términos:

"Señor, es necesario que sepáis que aunque aparentemente esté (Enrique IV) imbuído por mundanas vanidades, lo que prefiere sobre todas las cosas es la gloria de Dios, la salvación y la permanencia de la religión verdadera que es la que yo profeso (ya sabemos que Sully era fanático hugonote) y lo fué hasta el fin de sus días) al Rey mi Señor, a mi fortuna, mi mujer, mis hijos, mi patria y todas las consideraciones humanas. Y he aquí que he sabido que el Papa, el Emperador, el rey de España, los archiduques, los príncipes eclesiásticos de Alemania y otras grandes comunidades católicas no tienen decisión mas fuerte en su mente que la de formar una poderosa asociación para destruir todo lo que sea contrario a Roma. Si se han retrasado en trabajar en ello abiertamente es porque todavía no han convencido al Rey mi Señor de unirse a tal empresa. Pero es de temer que por la disminución de mi influencia (cuya es cambiante el favor de los príncipes) (4) o por solicitudes continuas, no se deje al fin convencer, si otros medios plausibles u otros caminos no se abren ante su espíritu generoso (pues la magnanimidad es su virtud mas destacada) y de esto es de lo que deseo hablar con vuestra majestad, porque a través de esta relación y de una posible alianza encontraría la manera de acrecentar su poder, su autoridad, ampliar sus dominios, llenar de felicidad a su reino, exaltar su honor y su gloria y perpetuar su fama que es el fin que yo deseo. De V. M. depende la ejecución de lo que yo quiero proponeros, que consiste en tratar de pre-

(4) Yo añadiría que el el cambio tenía varios factores, uno la conversión mas o menos sincera de Enrique IV, pero real politicamente, al catolicismo. Otra su segundo matrimonio con María de Médici, amiga de España y de Austria como hemos visto en otro capítulo.

disponer al Rey mi Señor para que forme una liga defensiva y ofensiva formada por Vos y las Provincias Unidas de los Países Bajos; asociar a ella a todos los otros reyes, principes y sobre todo los de Dinamarca y Suecia, Estados y repúblicas, ciudades y comunidades protestantes que están obligadas a ser contrarias a la facción hispano-austríaca y confirmar todo esto con la alianza entre todos los hijos de esta Comunidad cuyas edades sean propicias para su matrimonio. No desespero si no os veo aceptar de buen grado este avance de proyecto, ni su ejecución inmediatamente de lo que os ofrezco en nombre del Rey mi Señor, en condiciones tan favorables para todos los que se asocien con él, al cual agregaremos al Duque de Saboya, dado su natural voluble y su ambición de reinar, los principes mas poderosos católicos de Alemania tambien se unirían con la esperanza de arrancar la corona imperial a la casa de Austria, todos estados de Bohemia, Austria, Moravia, Silesia etc. para restablecer sus antiguas libertades, incluso el mismo Papa si se le propusiera ser poseedor de una propiedad que no se le reconoce mas que por una vana apariencia de feudalidad".

Sobre estas proposiciones aunque al principio en general el rey de Inglaterra demostró parecerle bien, incluso las alabó y aprobó, si no se cansó de oír tan larga exposición en detalle, planteó luego una infinidad de dificultades sobre la posibilidad de tal unión en una verdadera y leal asociación de tan diversos personajes y tan distintas intenciones e intereses para lograr la consecución de tan alto designio. . . .

Los discursos que tuvisteis a continuación sobre el tema y otros muy importantes, os retuvieron mas de cuatro horas en rados juntos. "

Según el gran historiador Carl J. Burckhardt las conclusiones que saca de las "Economías reales" en lo referente al "Gran Dessein" son dignas de señalar. Primero por que desborda la territorialidad d

Europa, ya la Cristiandad de había extendido en otros continentes y no sólo a través de España y Portugal. Este proyecto inicial de alianza protestante -aunque se incluyera la supuesta alianza de algún príncipe católico y del propio Papa, no deja de ser una quimera.

Europa estaría compuesta de la siguiente manera: 5 monarquías electivas (El Sacro Imperio Romano Germánico, los Estados del Papa, Polonia, Hungría y Bohemia) 6 monarquías hereditarias (España, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Lombardía -o sea Saboya más el Milanesado-). 4 repúblicas soberanas (Venecia, Italia, Suiza, y Bélgica).

Los países están enumerados detalladamente y cuando hubiera desacuerdo en cuanto a atribución de un territorio, se apelaría a un tribunal central europeo es decir constituiría automáticamente una especie de protectorado.

En cuanto a superficie y riqueza los Estados deberían de importancia para, para asegurar el equilibrio y lo mismo en cuanto a las religiones católica, luterana y calvinista.

Esta Confederación de Estados estará situada bajo la protección de un Consejo de Europa compuesto por seis Consejos Provinciales un Consejo General. El Consejo tendría la competencia de un Senado y sus miembros deberían ser elegidos cada tres años. Las decisiones no tendrían apelación.

Más adelante señala que la soberanía española deberá limitarse a la península ibérica. Los otros reinos hereditarios (Francia, Inglaterra, Dinamarca y Venecia) conservan su "stat quo". El reino de Lombardía está formado por Saboya, Valamonte, Montferrat y Milán.

La república helvética queda reforzada territorialmente por el Francocondado, Alsacia y el Tirol.

La república de Bélgica se compone del territorio actual más Holanda.

Finalmente, se formará una república italiana englobando todos los Estados que no se atribuyan al Papa, ni a Saboya, ni a Venecia. Esta república mosaico estará bajo la soberanía del Papa.

Rusia, según Sully, no deberá ser admitida como miembro de la Comunidad cristiana.

Burckhardt compara el "Gran Dessein" de Sully y otros proyectos europeos con la paz perpétua, una Arcadia feliz. Algo así como un esfuerzo para evitar la fatalidad periódica de la guerra y hacer surgir en los europeos el espíritu de concordia y hacerles comprender que a pesar de contrastes y divergencias, tienen algo en común que es insustituible.

Lo que distingue a los escritos de Sully de los de sus contemporáneos es que su calidad de hombre de Estado lo plantea de modo político y concreto y en el curso de su evolución a medida que su plan madura, el deseo de asegurar la hegemonía se su propia nación. Este "chauvinismo" de Sully crecerá con los años, incluso cuando por su calidad de hugonote estaba por así decirlo rechazado por su propio país. Los largos años de su obligado retiro los pasó rumiando un nacionalismo tan exacerbado que raya a veces en lo patológico.

x x x

El nombre "Gran designio" parece estar repleto de contenido, como las caracolas, pero se trata de una gran falacia susceptible de ocultar la senilidad de Enrique IV cuando en plena decadencia vital, se decidió a lanzarse a la lucha. No sabemos por qué razón creyeron que al final de su vida, en el momento más lamentable de la historia de este rey, conservaría un prestigio si se le disfrazaba de arlequín. Y sus cortesanos no vieron, o no quisieron ver, que con el atuendo de trapos, colorines y piruetas, el personaje no ganaba gran cosa en dignidad ni en prestancia. La invención no valía más que la humilde verdad (5).
(5). Biógrafos hay que apenas mencionan el episodio de la mujer de Condé, y lo que

Cierto es -y siempre se dice en honor suyo- que el pensamiento político de Enrique IV fué siempre luchar por todos los medios para destruir el poderío español y el de la casa de Austria. Para alcanzar tal propósito había utilizado todos sus recursos, militares, diplomáticos demasiado desproporcionados para la empresa que en los últimos años de su vida emprendía: raptar a una joven que podía ser su nieta, la princesa de Condé. Los esfuerzos resultaron onerosos para él y para España; pero su inmediato efecto fué insignificante. La guerra abierta que hizo a España a pesar de nuestra ya evidente e irremediable debilidad dieron un resultado en tácticas y por tanto un fracaso para el agresor. Sus victorias, tan celebradas, especialmente años después, no tuvieron en su tiempo brillo ni honores de triunfo, ni alcanzaron la eficiencia de corroer el prestigio del adversario. Estos modestos se compensaron con descalabros consignados en los anales franceses con gran discreción. Tanto, que los ignoran en la mayoría de las veces. Sin pecar de fatuidad que le sobraba o de excesiva soberbia, nada le permitía esperar que la consecuencia de un nuevo conflicto con la nación vecina habría de serle ventajoso. Su labor más eficaz contra la hegemonía que soñaba derrocar había sido hasta este momento la de ayudar solapadamente la rebelión de los Países Bajos. De esta manera, sin exponerse, minaba las fuerzas de España.

Pero en el momento que estamos tratando, las Provincias Unidas querían mantener la tregua firmada con los arquiducos. Los embajadores que Enrique IV envió para negociar alianzas con los príncipes reformados de Alemania, con promesas de subsidios -pagados cuando le conviniera es decir tarde o nunca- le trajeron compromisos, igualmente adventicios, que no parecía prudente poner a prueba. Para conseguir el efecto que Enrique IV buscó hizo falta más de medio siglo de intrigas y de luchas después de su muerte. La guerra misma se tuvo que acompañar de errores económicos y políticos de gran cuantías, de confabulaciones de intereses materiales y morales de mucha monta y nuestra depauperación pro-

gresiva, culminada en el reinado del desventurado Carlos II que no era sino la imagen de su nación sin vigor y sin savia alguna.

Ahora bien, en tiempos de Felipe III, si bien es cierto que la fuerza española decrecía, el prestigio de España estaba bien entero (6) y cuando al final de su vida Enrique IV fanfarroneaba sobre su plan de ataque, el Nuncio para imponerle algo de moderación le recordó la existencia de la infantería española -los famosos Tercios- a la que él no podía oponer nada semejante, salvo un puñado de mercenarios a los que no podía pagar (7). Los que escriben la historia de Enrique IV después de Richelieu y de Mazarino olvidan casi siempre que por aquellos días el "bearné" no era todavía un gobernante genial, un gran capitán, ni era el terror de los españoles, ni un gran rey. La leyenda nació mucho después. Ya hemos señalado de qué fuente manó principalmente: "Las Economías Reales" del duque de Sully.

En el estudio de los móviles del francés "como se deduce en muchas de estas páginas y en la fastidiosa concreción de los textos que ofrecemos al final -como conclusión que no es lícito para un historiador poner en duda- la inquietud por las complacencias de Felipe III por el príncipe de Condé, que podía utilizar a España para combinaciones políticas en daño de su dinastía, contaba algo. Pero sobre todo, por encima de otras consideraciones estaba el ansia de un amor senil por apoderarse de su mujer.

Es ciertamente humillante para un pueblo orgulloso y con razón de su historia y apasionado por Enrique IV, encontrar que el soberano más admirado de todos, el más popular sin duda, pudo poner al reino en

(6) Hauser II. "La prépondérance espagnole". Paris 1933.

(7) Despacho de Pecquius al Archiduque. Doc. nº 95.

trance de perdición por mor de una coquetuela engreída. Es duro de roer que el "Vert Galant", cabeza de dinastía, avejentado y gotoso, con notorios indicios de estar en la decadencia de su vigor físico y moral, soñase con aparecer -casi al mismo tiempo en que el hidalgo manchego salía con lanza y adarga, por los campos de Montiel- como otro caballero andante, el de la triste figura. Tal vez recordaba cómo en sus achaques juveniles hacía que su fiel compañero y Escudero en tantas lides, el guapo Bellegarde, le leyese el Amadís de Galia. O tal vez el viejo rey imaginase ser un príncipe de cuento de hadas, vestido de punta en blanco, armada su ya cansada mano con una afilada espada, dispuesto a correr mundos para liberar a su amada, presa en las garras de un dragón tremebundo. Y para tal hazaña se había puesto penacho de plumas, la divisa de su amada bordada en oro en el jubón. . . . Es muy fácil comprender como para rehuir el ridículo, vapor letal que desprenden en ocasiones los sueños de los hombres, hubiera de limpiar el ambiente. Y aún se intuye que se hiciera sonar entre bastidores, en el momento de mayor peligro, la trompa bucólica y se relegase a segundo término los artículos que no es decoroso exponer alas miradas, lo que nos lleva a pensar que al final de este reinado -el fin lo mas trascente en fama y memoria- no encajaba entre los ámbitos de la épica (8), sino que se adentraba en los entresijos insondables de los cómico, donde como es sabido el ditrambo toma carácter de sátira.

Esto fué lo que le obligó a situar a la luz mentirosas de las candelillas el asunto de la sucesión de Clèves en el primer plano y en el fondo de la escena el "Grand Dessein", "ce sublime projet" . . . (9)

Hemos de insistir en el tema pues aunque muchos autores lo califican diferentemente, creo que a fuerza de mala intención es ingenuo.

8) A pesar de la "Henriade" de Voltaire ^{republicana} Imp. Didot Paris 1815 y la del mismo título de Voltaire mucho mas voluminosa y conocida, consta de 10 cantos y se publicó en 1723. La tituló primero "Poème de la Ligue" y su objeto principal era criticar a los católicos. Este libro entusiasmó a sus contemporáneos, pero no vale gran cosa como testimonio histórico por su parcialidad.

Organizar una inmensa conjura requería como premisa una guerra. Vendría a continuación la transformación del mapa político de Europa, mas armónico, mas lógico de lo que pensaban por entonces los hombres de Estado e imaginaron siglos mas tarde políticos torpes e intereses cortos de vista. Porque la estrechez de los pueblos, su estructura, no la da exclusivamente el azar y menos aún la voluntad de caudillos triunfadores. El objetivo final de la gigantesca conjura con que dice Sully que soñó el bearnés fué, como siempre, destruir a España (9) Sentimos repetir machaconamente esta premisa.

En los oídos de muchos, en su tiempo y después, sonaba como música grata que se hablase de destruir nuestro "yugo", no mas duro por cierto que el que Francia intentó imponer, en vano, desde Carlos VIII el Imperio. El de la Casa de Austria, a despecho de pasiones era blando. El de la rama alemana el centro europeo, permitía la convivencia de una nebulosa de pueblos, razas y religiones de diverso matiz. La línea política que la española seguía en Italia y en los Países Bajos, fué calificada, siempre que hubo objetividad, de humana y se tuvieron a mano términos de comparación...

El quimérico plan del "Grand Dessen", si existió realmente, obedecía no a un propósito de mejorar lo existente, sino a la dominación de Enrique IV y era mucho mas ambicioso que cuerdo. En todo caso no se puede decir sin pecar de candidez que aporte nada a la reputación, ni sirva para mejorar o justipreciar a Enrique IV como hombre de Estado.

(9) En 22 de febrero, escribía a su embajador La Boderie, para que dijese en Londres: "Se trata de impedir que la Casa de Austria, que en el siglo último ha pretendido ("a fait parade" dice exactamente) a la monarquía de Europa, se agrande aumentando su dominación y poder de bienes y de países, a los que no tiene mas derecho que de "bienséance" (sic) o bajo pretexto de religión y justicia, como vemos que pretende ahora los ducados de Juliers y de Clèves en perjuicio de los verdaderos herederos y para vergüenza de sus aliados y confederados. . " Lamentable texto, tanto mas cuando se examinan los fundamentos del pleito por la sucesión de tales ducados.

El plan de la formación de una "República Cristiana", vasta organización de naciones para el equilibrio europeo es una receta que siempre tiene ponzoña o tal vez un moto de otoneo de los fuertes para entretenimiento de los ingenuos. En el caso de Enrique IV el objetivo está bien definido, porque lo que pretendía era que el edificio a construir con gran esfuerzo se desplomase sobre la Casa de Austria, que debía dejar libre el campo. ¿Para quien? Tan sólo para el encumbramiento de Francia al precio de todas sus posesiones.

Había de comenzar la empresa haciendo la guerra al Imperio y quitar a la Casa Habsburgo sus territorios, "l'excès de puissance que la rendait redoutable aux autres Etats". Mediante la promesa 'palabra de rey' de no apropiarse de lo ajeno, se aseguraría la colaboración de las naciones escandinavas, como hemos visto y también los protestantes de Hungría, Moravia, Sillesia y parte de Austria. Todos juntos no valían gran cosa como fuerza real. El Elector de Baviera estaba decidido a todo. Los suizos parecían bien dispuestos. El mismo Papa de quien desconfiaba el rey, adoptó sus miras y prometió socorros. Si se les negaban podrían marchar sobre Italia catorce mil hombres para forzar a los pequeños principados 'muy divididos entre si, a unirse en el interés común de Francia. Terminada la guerra -con magnífica victoria por su puesto- se procedería a la reconstrucción de Europa (10)

Los estados de la rama germana debían de ir a parar a Bohemia, a Hungría, a Baviera, a Suiza, a Wurtemberg y a Baden. España tendría que desprenderse del reino de Nápoles, del de Sicilia y del ducado de Milán. España debería renunciar a su influencia en los otros Estados Italianos

(10) Anotamos este texto sin ninguna esperanza de que se le otorgue crédito. Los párrafos que siguen, con aspecto algo mas serio -porque se lo dieron los comentaristas- retendrán algo mas nuestra atención.

y abandonar, en bloque, la herencia de los Reyes Católicos y de Carlos V. De estos despojos, el Papa recibiría las Dos Sicilias, Venecia obtendría las islas Saboya tomaría el Norte de Italia. Diez provincias de los Países Bajos, con las siete que ya habían conseguido su autonomía, formarían una sola Republica a la que se añadirían los ducados de Clèves, Juliers, Berg, La Marck, Ravenstein y Ravensburg. Brabant, Limburgo y las dependencias de Flandes, habrían de constituir feudos destinados, en proyecto, a otros tantos señores. Hainaut, Artois, Cambrésis, las provincias de Tournai, Luxemburgo y Namur pasarían a manos de nobles franceses. La confederación Helvética se acrecentaría con los territorios del Franco-Condado español, Alsacia y el Tirol de los Austria germanos. Este conglomerado debería estar gobernado por un Consejo presidido por quien ostentase la corona imperial. El lector ya imagina quien deseaba ostentar esta corona...

Bajo capa de unión, Europa resultaba desarticulada de este modo en quince dominaciones o autonomías para emplear un lenguaje mas actual. A saber: el Papa en primer lugar, soberano temporal del Centro y del Sur de Italia, evacuado por los españoles. El Emperador, electivo como hasta entonces, pero con el pensamiento de que la elección habría de recaer en el propio Enrique IV. Seis monarquías hereditarias: España, a la que al menos de momento se le permitiría subsistir. Inglaterra aliada eventual. Francia ombligo del mundo nuevo. Suecia, Dinamarca, Saboya (con este nombre o el de Lombardía) como oscuros comparsas. Treis reinos: Bohemia, Polonia, Hungría, contrapeso oriental, con soberanos elegidos por el Papa conjuntamente con el Emperador y los reyes de las monarquías hereditarias. Cuatro repúblicas: las Provincias Unidas, Suiza, Venecia e Italia (que habría de agrupar a Génova, Mantua, Módena, Parma, Florencia y Lucía).

Esta especie de "Sociedad de Naciones" llamada entonces de "dominaciones", la "República cristiana", tendría a su disposición un ejército encargado de

mantener la paz y la mira de sus armas puesta en España, en aniquilarla se entiende) . Buscaba dice algun autor reciente "un nuevo equilibrio del mundo occidental, aplicándose a fundir la política secular de lucha contra la España opresora y el establecimiento de un equilibrio estable entre naciones, Estados y religiones(11) A esto se ha llamado un plan para unificar y pacificar a Europa. . . . Un autor much mas reciente (12) compara la Comunidad Europea Económica con el fantasmagórico "Grand Dessein". Los tiempos han cambiado, evidentemente, las naciones se unen por lazos mucho menos profundos: los económicos. (13) Y así así podemos hablar de una verdadera Comunidad Europea, de cualquier tipo que sea en el tiempo presente?

Volviendo al "Grand Dessein", considerado sin las oriflamas del artificio aparece como el pensamiento de un arbitrista mas que el de un gobernante y con la máxima indulgencia podríamos calificarle de un teorizante sin responsabilidad. Y en verdad que no pudo concebir cosa tal mas que un cerebro obseso o que ignoraba las condiciones políticas y religiosas de su tiempo. Sin hablar de la etnología, que no se tomaba demasiado en consideración y de la economía -que tambien en el siglo XVIII tenía sus condicionamientos políticos y podía incluso ser un elemento importante aunque a veces no se tuviera en cuenta. Necesitada ademas bastante candor para poder imaginar que a un hombre, cualquiera que sea su condición, del rey abajo, le es siempre posible y aún fácil, modificar el orden del universo con una pluma de ganso, bien o mal afilada y mojada en tinta o en hiel y escribir frenéticamente sobre unas hojas de papel en blanco. Resulta tolerable que alguien se entregue a tales desvaríos como un simple juego mental, un quidam dotado de

(11) Reinhard, M. "Henri IV ou la France sauvée", Ed. Hachette, Paris 1946

(12) Bonheur, Gaston. "Henri Quatre" Gallimard, Paris 1972.

alguna imaginación y que para divertir sus ocios, charlar con sus amigos el calor del hogar o entretener, pacientemente, al lector de "apologías" o de 'teatros críticos. Tal tipo de sujeto discurre el tema intrascendente y eternamente insodable de lo que las cosas oudieran ser si no fueran como son.

Pero el "Grand Dessein" que se atribuye a Enrique IV (13) afirma
Capefigue que lo escribió de su mano y considerándolo como el pensamiento de

(13) Capefigue. La Ligue et Henri IV, Paris 1843. "Desde 1609 se ve a Enrique IV dominado por grandes ideas de política exterior, por el deseo de transformar a Europa sobre nuevas bases. Su proyecto, su singular concepción que escribió de su mano, hacía descansar a toda la Cristiandad sobre un sólo y único cuerpo designado con el nombre de "República Cristiana". Y así pensó dividirlo en quince dominaciones que fueran en lo posible de igual fuerza y poder, con límites tan exactamente determinados por consentimiento igual de los 15 (sic) que ninguno los pudiese sobrepasar" (continúa con la descripción que ya hemos dado mas arriba)" y mas de esto se hubiera constituido para arreglar las diferencias que hubiera un Consejo General ~~para~~ compuesto sesenta personas, cuatro por cada dominación, que se fijarían en cualquiera ciudad del centro de Europa, como Metz, Nancy, Colonia u otra. Se hubiera constituido, a mas de esto, otros tres de veinte hombre cada uno, en tres ciudades diferentes, los cuales estarían en relación con el Consejo General. Además, con el informe del Consejo General, que se llamaría Senado de la República Cristiana, se establecería un orden y reglamento entre los soberanos y los príncipes y sus vasallos para impedir, de una parte, la opresión y la tiranía y de otra parte las quejas y la rebelión de los vasallos.

un gobernante no merece la admiración que se pide, sino mas bien un movimiento de sorpresa o un leve encogimiento de hombros. El Duque de Sully pretende en sus "Oeconomies royales" que el "Grand Dessein" fué una inspiración del cielo de su rey y Señor y pudo estar en lo cierto si quiso decir con ello que no tenía base alguna en la tierra. Lo inquietante de la afirmación consiste en que el superintendente y todopoderoso ministro de la real hacienda no era un humorista pero si un hugo note ferviente. O sea que muy bien pudo imaginar que la inspiración divina trazaba al rey derroteros que, por ser un heterodoxo relapso en ambas religiones, le había de llevar a su perdición.

Si el proyecto a que nos estamos refiriendo fué suyo, del Rey, sería restos de un sueño de sus tiempos de aventurero, cuando sin dinero ni soldados, sin corona que ceñir, recorrería lo que llamaba -y mas tarde sería- su reino cabalgando sobre su caballo "Grisón". En tiempos en que se encontraba por todas partes frente a él al poderío español. O quizá fuese un sueño de los días en que perdía en una sola jornada -como en el sitio de Rouen- los esfuerzos de muchos meses de luchas, intrigas y negociaciones y esfuerzo, por correr tras de Gabriela o tras de una moza de partido. O cuando tenía que volver la espalda ante la sola aparición de Alejandro de Farnesio y veía el territorio francés invadido por los cuatro costados por las fuerzas españolas y las de la Liga.

El "Grand Dessein" mas bien parece ser el pensamiento ya canducado de un pretendiente que sólo conocía de oídas el arte de gobernar y no había adquirido aún la noción de una realidad que actuaba frente a sus deseos ilusiones fraguadas por la vanidad o la ambición. Aquí se funden las antiguas ensañaciones del "hearnés" antes de reinar, con la realidad de las Memorias que escribe el duque de Sully enclaustrado en su castillo, en desgracia, muchos años mas tarde.

Lógicamente resulta inaudito que el Rey de Francia se abandonase a tan peligrosos juegos y que pretendiese una alianza entre católicos y protestantes unidos en toda Europa, cuando bastantes dificultades había tenido para enfrentarse con ambas facciones en su propio país. Si como parece la calidad dominante del rey fué su sentido común y su intuición plebeya, será mas justo decir que el proyecto llamado "Grand Dessein" no existió jamás en la mente de Enrique IV. El Duque de Sully fantaseó y cuando el "Vert Galant" planeaba una nueva guerra contra España se hallaba ya en uno de aquellos momentos de obnubilación de lo que hablaba Richelieu. Y el "Grand Dessein" que ha querido presentar como lo mas señero de su genio político - "ce sublime projet" - merecería ser llamado de haber existido el mas insensato de sus designios.

De haberse realizado el proyecto hubiera resultado una verdadera locura. Enrique IV no podía contar con el acuerdo, a todas luces indispensable, del soberano inglés porque Inglaterra -opuesta a la hegemonía española desde siempre- tenía mucho mas que temer, dada su posición, de su eterna enemiga: Francia. El proyecto a quien favorecía indiscutiblemente era al rey francés, por esta razón hizo saber que no podía prestarle ayuda y que consideraba que no había motivo alguno para la declaración de guerra. Los holandeses y los principes reformados de Alemania -con quienes según los franceses se contaba- si reclamaban su independencia no era para verse sometidos a un yugo mas duro y peligroso que el español (lejos de sus fronteras) o el imperial mucho mas laxo. La colaboración italiana era mas que insegura porque el Papa no creía en Enrique IV y le exhortaba continuamente a no romper la concordia de los principes cristianos. Saboya no se movía jamás por intereses ajenos. Venecia, enemiga tradicional de España, se hallaba en un periodo de decadencia y su valor militar -si alguna vez lo tuvo- habia desaparecido por completo. España comenzaba su decadencia, pero to-

davía no se había hecho patente y se consideraba un enemigo peligroso. Mantúa factor de tercer orden en lo castrense, vacilaba entre sus dos amores mala cada cuando se le pedía un gesto de abnegación. El concurso de los otros Estados, nominal a lo sumo, no tenía fuerza de decisión. Los germanos, con sus irreconciliables divisiones eran mas peligrosos para sus amigos que para sus adversarios y ademas exigían subsidios a cambio de vagas promesas. Las maquinaciones de Enrique IV para ser elegido Rey de Romanos, antesala de la elección en Francfort, no fueron nunca tomadas en serio. La alianza firmada con los protestantes alemanes, inquietante en apariencia, no dispuso en ningún momento de fuerza. Se vió por su fruto: la "Unión Evangélica", sostenida y patrocinada desde Francia, en circunstancias mucho mas favorables, esto es, en plena rebelión de una de las partes del Imperio.

Tal Unión era dañosa para la paz europea, pero no decidía una guerra. Ocho años despues de la muerte del "hearnés" no pudo sostener a su propio jefe y concertó un acuerdo con el Emperador católico, abandonando a su mala fortuna en Praga al palatino llamado "rey de un invierno" (Winterkoenig) que era a la sazón su caudillo.

Mauricio de Nassau no estaba en condiciones de luchar y no lo quería hacer al servicio del soberano francés y así lo declaraban sus embajadores en Paris del Archiduque. Pero, en todo caso, la ayuda que antes había prestado a Francia a las Provincias Unidas -antes y despues de Enrique IV- probaba que sus fuerzas no bastaban para poner fin, por sí solas, al poderío español, aún disminuído, sujeto a eclipses como humillada era su hacienda. Al rey Enrique IV no le resultaba difícil prometer sobre todo lo que no tenía, pero los demas no se contentaban, ni lo podían hacer, con el rico regalo de unos supuestos despojos de España, que no eran del francés y que tendrían que conquistar previamente. No confundían como Enrique IV los hechos con la ilusión y sabían que si la caída del Imperio de Carlos V era ineluctable, la

hora de la descomposición no había sonado aún.

El "Grand Dessein" si existió, no contaba con los elementos indispensables y previos para convertirlo no ya en realidad sino en un plan digno de consideración. No se podía mirar, en el mejor de los casos, mas que como un producto del odio -negativo por esencia- dictado por la aversión -tal vez complejo de inferioridad- que Enrique IV sentía por todo lo español. Movidó por la pasión hacia Carlota de Montmorency, princesa de Condé, cargaba la culpa de sus frustraciones al rey de España y pensaba que éste influía en los Archiduques para que re-tuvieran a su amada. Por otra parte, en su obcecación llegó a pensar que su sobrino Condé se había refugiado en Milan para desde allí hacerle la guerra.

Enrique IV había tenido que luchar con España para encaramarse: le cortaba el paso para ir a Italia, aspiración secular de la Monarquía que empujaba y al Imperio, otra pretensión acariciada en vano desde Francisco I, al menos. Topaba con lo español en todas sus fronteras y la única salida al mar le estaba vedada. Pero esta actitud del "bearnés" era su constante y norma política del país en que reinaba. Su aportación personal, hasta entonces, había sido la aversión temperamental. Este sentimiento ^{no} era exclusivo pues lo compartían otros países. La diferencia estaba en que ellos no lo consideraban bastante para hacer de él un factor de una profunda transformación de la estructura de Europa.

Dice Capefigue en otra parte de su libro sobre La Liga, ya citado, textualmente "El vasto proyecto europeo tenía algo de vago en su aplicación. Era imposible llegar a una transformación general de los territorios en la situación de los intereses y de las soberanías. La guerra tenía que apoyarse en poderosas razones mas positivas. Las relaciones de Enrique IV con Alemania le hicieron esperar al principio la dignidad de Rey de Romanos, para llegar luego a la Corona Imperial. Consulto a graves personajes de su Consejo Privado que dieron su opinión sobre el asunto. El duque de Sully dijo: "Yo lo encuentro honorable, útil y posible". El rey, luego de escuchar atentamente este parecer ordenó que hablase el segundo consejero, el presidente Villeroy, quien luego de un exordio de excusa: "iniciación una larga arenga mucho menos favorable al proyecto de Enrique IV que la del primero. "Señor, dijo, no os lanceis en nuevos designios, que no podrán traer mas que desventajas de toda clase". El rey, ante esta segunda opinión per-

manedó tan firme y reservado como con la primera. Y como ya era tarde, encargó al tercero, Bellêvre, que abreviase cuanto pudiera. Después de prestarle oído se levantó y abrió la ventana para tomar el aire, alzó la mirada y las manos al cielo y dijo en alta voz: "Dios hará que nazca en mi corazón, si le place, la resolución que ha de emanar de vuestros discursos y los hombres la llevará a ejecución. Adios, señores, me voy de paseo".

Y Vaisière escribe, también textualmente: "Después de los sabios trabajos de Pfister sobre esta cuestión, todos están de acuerdo en relegar el "Gran Deseño" al rango de los sueños, bastante frecuentes allá por los años 1625 en los que el duque de Sully avejentado y en desgracia, hizo suyo, para honrar la memoria de su señor Enrique IV y exagerar su papel junto a él". Nueva congruencia que surge del terreno del eterno prejuicio.

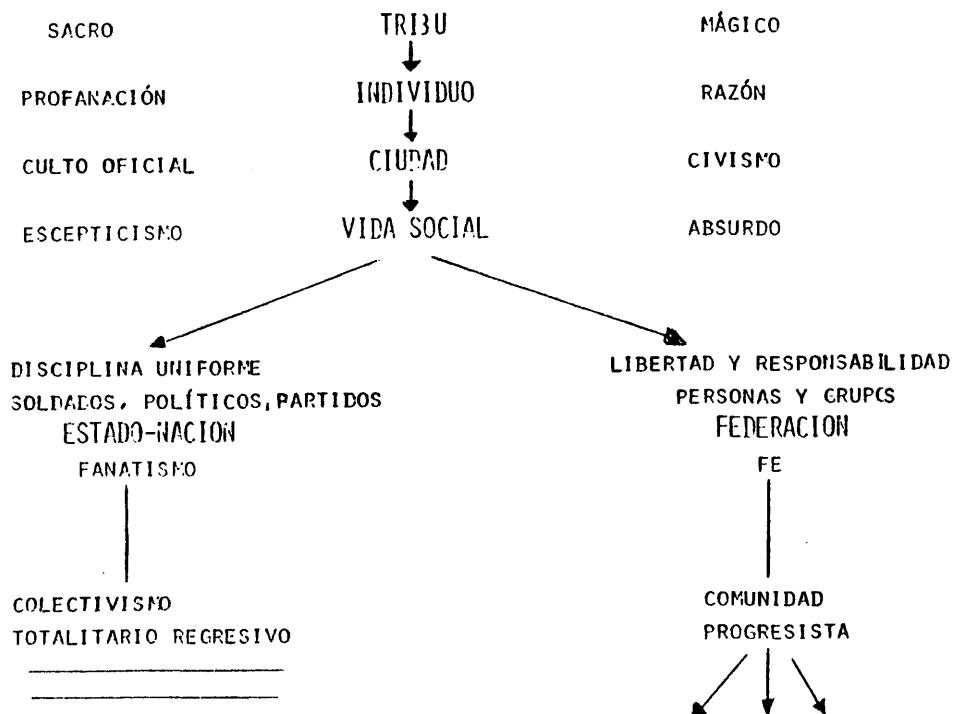
Si el "Grand Deseño" no existió como parece afirmarlo también Vaisière, no quedan en situación muy atrosa los autores que han hecho de un sueño, lo mas culminante de un genio político. Si fué un sueño realmente y pudo serlo, resultará todavía mas difícil de explicar el objetivo de sus grandes preparativos bélicos. Lo mismo digo del espacio que se consagró a este pretext o. Pienso que todo ello vendrá a ser en definitiva y es acaso lo único cierto, una mixtificación.

CUADROS SINOPTICOS
SOBRE
LA EVOLUCION OCCIDENTAL

LA DIALECTICA DE OCCIDENTE

1

LAS CATEGORIAS DE BASE



II

I	PRIMITIVOS MAGIA GREGARIOISMO	CIUDADES GRIEGAS INDIVIDUOS CONTRATOS	PERIODO HELENISTICO INDIVIDUALISMO VACIO SOCIAL	ROMA ESTADO-CIUDADANO	CRISTIANISMO IGLESIA-PERSONA
II	EDAD MEDIA	RENACIMIENTO	SIGLO XVIII	REVOLUCION NAPOLEON NACION	DEMOCRACIA TOTALITARISMO FEDERALISMO

EPOCA	LUGAR	RELIGION	TIPO HOMBRE	ORGANIZACIONES POLITICAS
HASTA 1400 A. J.C.	CRETA	GRAN DEIDAD		
DESDE 1500 A. J.C.	GRECIA	DIOSES MASCULINO Y FEMENINO	INDIVIDUO	CIUDADES
DESDE 1200 A. J.C.	PALESTINA	DIOSES CELOSOS	FIEL	TEOCRACIA SACERDOTAL
DESDE 500 A. J.C.	ROMA	DIOSES ESTATALES	CIUDADANO	IMPERIO CENTRALIZADO
1ER -VI SIGLOS	ASIA MENOR, BIZANCIO MEDITERRANEO	FORMACION DE DOGMAS HEREJAS, GNOSIS CRISTIANOS	PERSONA	ASAMBLEAS IGLESIA
EDAD MEDIA	NORTE-CENTRO-OESTE MEDITERRANEO OCCIDENTAL	ESCOLASTICA MISTICA SACRALIZACION DE LA SOCIEDAD	SACERDOTE, CABALLERO, CENITIL-HOMBRE	FEUDALISMO, CONUNIA, IMPERIO, IGLESIA
RENACIMIENTO	EJEMP: VENEZIA, BRUSELAS, BOHEME, PARIS ESPAÑA	NEO-PLATONISMO REFORMA	AVENTURERO	ESTADO
SIGLO XVII	ESPAÑA, FRANCIA, AUSTRIA, INGLATERRA, HOLANDA	DOGMAS UNIFICADOS MORAL RACIONAL	INDIVIDUO ENCUADRADO	MONARQUIA CENTRALIZADA O AUTORITARIA
SIGLO XVIII	FRANCIA, INGLATERRA PRUSIA, AUSTRIA	RACIONALISMO OCULTISMO	COSMOPOLITA INDIVIDUO DISCREGADO	ABSOLUTISMO (CATOLICO) PARLAMENTARISMO (PROTESTANTE)
REVOLUCION FRANCESA	FRANCIA	PAZON Y NACION	JACOBIANO, CIUDADANO ACTIVO	ESTATALIDAD
SIGLO XIX	TODA EUROPA	ROMANTICISMO	BURGUES, PROLETARIO	NACIONES Y PARTIDOS
SIGLO XX	EUROPA, URSS, USA	CIENTISMO	MILITANTE, ELECTOR	COLECTIVISMO TOTALITARIO

= BIBLIOGRAFIA = (B. P.)

- ACTON, Lord. "Freedom and Power, Essays on". Meridian Book. New York 1955
- AIMOND, Ch. "Histoire de France du XVI à 1774". Ed. Gigord. Paris 1934
- ARON, Raymond. "Dimensions de la conscience historique". Ed. Plon. Paris 1961
- AUBIGNÉ, Agrippa d'. "Sup. Histoire Universelle". Ed. Plattard, Champion. Paris 1921
- AUMAËLE, Duc d'. "Histoire des Princes de Condé" (XVI-XVII siècles). Ed. Calmann-Lévy. Paris 1889. six volumes.
- ALBRET, Jeanne d'. "Mémoires et poésies..". Ed. Baron de Ruble. Paris 1893.
- BAGUENAUT DE PUCHESS, Comte de. "Mémoires du Vicomte de Turenne, depuis duc de Bouillon", suivies de trente lettres du roi de Navarre (Henri IV) et d'autres documents inédits". Lib. Renouard. Paris 1901.
- BAINVILLE, Jacques. "Histoire de France". Ed. Fayard. Paris 1924.
- BASSOMPIERRE, François, Maréchal. "Journal de ma vie". Ed. Renouard. Paris 1870- quatre volumes. Ed. original, Marteau, Colonia 1665-deux vol.
- BATTIFOL, Louis. "Le siècle de la Renaissance". Lib. Hachette. Paris 1931.
- Id. Id. "Le Louvre sous Henri IV et Louis XIII. La vie de la Cour de France au XVII^e siècle". Calman-Lévy éd. Paris 1930.
- Id. Id. "La vie intime d'une reine de France au XVII^e siècle, Marie de Médicis" deux volumes. Calman-Lévy éd. Paris 1931.
- Id. Id. "Le Maréchal de Bassompierre". Albin Michel éd. Paris 1925.
- BONHIEUR, G. "Henry Quatre". Ed. Ramsay. Paris 1977.
- BRANTÔME. "Les dames galantes" (Paul Morand). Lib. Général. Paris 1962.
- BROWNE, Sir Thomas. "Religio Medici". Dent & Sons. London 1969.
- BAÏE, Eugène. "Le siècle des Gueux". 5 vols. Lib. Vanderlinden. Bruxelles 1947.
- CABANÈS, Docteur. "Dans les coulisses de l'Histoire". Albin Michel éd. Paris 1929
- Id. Id. "Mœurs intimes du passé". Albin Michel éd. Paris 1930.
- Id. Id. "Grands névropathes" trois volumes. Albin Michel éd. Paris 1935
- CAROCHE, Charles. "Mémoires de Marguerite de Valois, avec notes biographiques et littéraires". Charpentier éd. Paris 1860.
- CANEL, A. "Recherches historiques sur les fous des rois de France". Lemer éd. Paris 1873.

CAPEFIGUE, M. "La Ligue et Henri IV, Berlin Leprieur et Morizot éd. Paris 1843.

CASTELNAU, Jacques. "Marguérite de Navarre, la Reine Margot". Lib. Hachette. Paris 1945.

CAZAUX, Yves. "Henri IV ou la grande victoire". Albin Michel éd. Paris 1977.

CURTIUS, E. R. "Essai sur la France" Ed. Grasset. Paris 1932.

CHAMPION, Pierre. "Charles IX, la France et le contrôle de l'Espagne, après la Saint-Barthélémy". Grasset éd. Paris 1939- deux vol.

CHEVERNY, Phil. Hurault, Comte de. "Mémoires 1590-99". Ed. Buchon. Paris 1838.

DESCLOZEAUX, Adrien. "Gabrielle d'Estrées et Sully". Rev. hist. T. 33-1887.

id. id. "L'Ambassade de Sully en Angleterre en 1601 et les Oeconomies Royales". Rev. hist. T. 34-1890.

id. id. "Observations critiques sur les Oeconomies Royales". Rev. hist. T. 51-1893.

DILTHEY, W. "Hombre y mundo en los siglos XVI-XVII. F. C. E. México 1944.

id. "El mundo histórico". F. C. E. México 1944.

DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, publicados por el duque de Alba, Conde de Gamazo, duque de Maura, conde de Heredia-Espínola, marqués de Aledo, conde de los Andes. Imp. Maestre. Madrid 1943 -4 volúmenes.

DOUAIS, Mgr. C. "Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux, ambassadeur en Espagne " 1565-1572" publiées pour la première fois. A. Picard éd. Paris 1897.

id. id. "Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne" 1565-1572". Plon éd. Paris 1900.

DUR, M. "Histoire publique et secrète d'Henri IV". Paris-Angers 1790.

D'ELBÉE, Jean. "Le miracle d'Henri IV". Lib. Landerchet. Lyon 1942.

DUBUT DE LAFOREST. "Documents humains". E. Dentu éd. Paris 1888.

- RLÄNGER, Ph. "L'Etrange mort d'Henri IV". Lib. Acad. Perrin. Paris 1964.
- AGNIEZ, Gustave. "Les Oeconomies sociales de la France sous Henri IV (1589-1610)". Lib. Hachette. Paris 1897.
- UEVARA, Fr. A. "Rejof de Príncipes". Ed. Signo. Madrid 1936.
- UTH, Paul. "Henri IV". Ed. Berger-Lévrault. Paris 1962.
- ALPHEN, E. "Lettres inédites du roi Henri IV au Chancelier Bellèvre du 8 février 1581 au 23 septembre 1601". Ed. Auguste Aubry. Paris 1872.
- ARDOUIN DE PEREFIXE, Mgr. "Histoire du roy Enry le Grand" composée par ci-devant Précepteur du Roy". Chez Anthoine Michiels. Amaterdam 1661.
- AUSER, H. "La prépondérance espagnole (1559-1660)". Alcan éd. Paris 1933.
- ERBILLON, Col. E. "Les deux Médicis". Ed. Tallandier. Paris 1932.
- UIZINGA, J. "Sobre el estado actual de la ciencia histórica." Rev. Oc. Madrid 1914.
- RETSCHKE, H. "España ante Francia". Ed. Nacional. Madrid 1940.
- AHLER, Erich v. "Der Sinn der Geschichte". Ed. Kohlhammer. Stuttgart 1964.

- LANOUELLE, L. Col. "Gabrielle d'Estrées et les Bourbon-Vendôme". Ed. Calman-Lévy. Paris 1936.
- LANSON, Gustave. "Lettres choisies des XVI-XVII siècles". Hachette. Paris 1932.
- LANUX, Pierre de. "La vie de Henri IV". Ed. Gallimard. Paris 1928.
- LEGER, François. "La fin de la Ligue (1589-1593)". Ed. Nouv. France. Paris 1944.
- L'ESTOILE, Pierre (1546-1611). "Journal durant le règne d'Henri III. Ed. Tricotel complète 1875-1896 Paris, sur la première Paris 1621.
- LOPEZ IBOR, J. J. "¿Cómo se fabrica una bruja?". Ed. Dopesa. Barcelona 1974.
- LOTH, David. "Philippe II". Ed. Payot. Paris 1933.
- LÖWITH, Karl. "Meaning in History". Phoenix Books. University. Chicago 1949.
- MALHERBE, F. de "Poésies" Imp. Didot l'aîné, de la Cour. Paris 1815.
- MANN, Heinrich. "Le roman d'Henry IV" 3 vols. Ed. Gallimard. Paris 1971.
- MARICOURT, Baron A. de "Les Valois (1293-1589)". Ed. Emile-Paul. Paris s/d.
- MARTIN, Alfred von. "Sociología del Renacimiento". F. C. E. Méjico 1946.
- MARRADES, Pedro. "El camino del Imperio". Espasa Calpe. Madrid 1943.
- MAURA, Gabriel, duque. "El designio de Felipe II. Ed. Morata, Madrid 1951.
- id. id. "La crisis de Europa". Ed. Rialp B. P. A. Madrid 1952.
- MENDE, Tibor. "Réflexions sur l'histoire d'aujourd'hui" Ed. Seuil. Paris 1958.
- MERKI, Ch. "La Marquise de Verneuil (Henriette d'Entragues) et la mort d'Henri IV, d'après les Mémoires du temps et des documents manuscrits" 2 ed. Librairie Plon. Paris 1912.
- MEYRAC, Albert. "Le dernier amour d'Henri IV, Charlotte de Montmorency, mère du Grand Condé". Albin Michel ed. Paris s/d.
- MAQUIAVELO. "El Príncipe". Rev. Occidente. Univ. P. R. Madrid 1955.
- MONGRÉDIEN, Georges. "Les Historiettes" de Tallemant de Réaux". Ed. documentaire. huit vols. Lib. Garnier. Paris 1934.
- MONTAIGNE, Michel. "Correspondance avec le Maréchal de Matignon (1582-1588) Rev. du XXI siècle T. IV-1916

"Essais" Col. La Pléiade. Paris 1948.

ORNAY-DUPLESSIS de. "Oeuvres complètes" (dit. Augia) 12 vols. Paris 1824-25.

OUSNIER, Roland. "L'assassinat d'Henri IV". Ed. Gallimard. Paris 1964.

OUAILLAC, J. "Henri IV raconté par lui-même" Choix de lettres, harangues, avec une introduction. Lib. Picard. Paris 1913.

PERE-"Histoire des Pays-Bas" chez Nicole Redelhuys. Paris 1625 ed. italiana.

ALACIO ATARD, V. "Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII" Ed. Rialp B. P. Z. Madrid 1949.

ERRENS, F. T. "Les mariages espagnols sous le règne d'Henri IV et la Régence de Marie de Médicis (1602-1615)". Didier et cie. ed. Paris s/d.

ETITOT, M. "Mémoires du duc de Rohan". Col. Mémoires relatifs à l'histoire de France. Depuis avènement d'Henri IV jusqu'à la Paix de Paris conclue en 1763. Tome XVIII-Lib. Foucault. Paris 1822.

Id. Id. "Oeconomies royales". Mémoires des sages et royales oeconomies d'Estat, domestiques, politiques et militaires de Henry le Grand, l'exemplaire des roys, le prince des vertus, des armes et des loix et le père en effet de ses peuples françois. Et des servitudes utiles, obéissances convenables et administrations loyales de Maximilien de Béthune, l'un de plus confidens, familiers et utiles soldats et serviteur du grand Mars des François. 9vols. 8°, Foucault éd. Paris 1820.

FANDL, L. "Felipe II, bosquejo de una vida y una época" Cultura Española. Madrid 1942. Ed. alemana.

IRSON, Auguste. "Histoire du règne d'Henri IV". 3 vols. Colas éd. Paris 1943.

NT-AMERY, Alex. de. "Les oeuvres" (discours sur la blessure du Roi). Paris 1595. 1 vol. in 12°.

REGGIO, Ercole. "Europa Barbara". Fratelli Treves ed. Milano 1937.

REINHARDT, Marcel. "Henri IV ou la France sauvée". Lib. Hachette. Paris 1943.

id. id. "La légende de Henri IV; vie posthume du roi Henri, depuis son assassinat jusqu'à nos jours". Lib. Hachette. Paris 1937.

RITTER, Raymond. "Corisande d'Andouins, comtesse de Guiche". Hachette. Paris 1936

ROTT, Edouard. "Henri IV, les suisses et la Haute Italie. La lutte pour les Alpes". (1598-1610). Ed. Plon. Paris 1882.

ROUGEMONT, Denis de. "L'Aventure occidentale de l'homme". Albin Michel. Paris 1957.

id. id. "Vingt-huit siècles d'Europe". Payot éd. Paris 1961.

ROCHAMBEAU, Ms. "Lettres d'Antoine de Bourbon et Jeannette d'Albret". Lib. Renouard. Paris 1877.

RUBIO, Julian. "Los grandes ideales de la España Imperial en el siglo XVI". Ed. Cuesta. Valladolid 1937.

id. id. "Los ideales hispanos en la tregua de 1609 y en el momento actual". Ed. Cuesta. Valladolid 1937.

id. id. "Alejandro de Farnesio, príncipe de Parma". Ed. Luz. Zaragoza 1939.

RUBLE, Alphonse. "Commentaires et lettres de Blaise de Monluc, Maréchal de France" 5 vols. Pub. Soc. Hist. France. Ed. Renouard. Paris 1864.

SAINTE-BEUVE. "Juicios y estudios literarios ("Causeries du lundi"). Ed. Garnier frères. Paris 1932.

id. id. "Juicios y estudios literarios". Ed. Garnier hnos. Paris 1899.

SLOCOMBE, G. "Henri IV" (reproducción Biblioteca Histórica 1833), Payot éd. Paris 1980.

TALLEMANT DES REAUX. - "Historiettes". Vide. MONGREDIEN.

TAPIE, Victor. Vide. PRÉCLIN. "Le XVIIème Siècle".

TRIMEGISTER, Johannes. "Biblioteca del sino". Imp. Mayol. Barcelona 1844

UNIVERSIDAD PONTIFICIA SALAMANCA. "Corrientes espirituales en la España del siglo XVI". Congreso. Ed. Flors. Barcelona 1963.

VALOIS, Charles. "Histoire de la Ligue" 3 vols. Lib. Renouard. Paris 1814.

VASSIERE, Pierre. - "Henri IV". Fayard éd. n° 26. Paris 1923.

VICTOR COUSIN, M. "La jeunesse de Mazarin". Ed. Didier. Paris 1865.

Id. Id. "Madame de Chévreuse et Madame de Hautefort". Ed. Didier. Paris 1856.

VOLTAIRE. - "La Henriade" suivie de notes et variantes". Didot l'ainé, ci-devant au Louvre. Paris 1814.

VILLEMONT, Comtesse de. "L'Infante Isabelle". Ed. Tamine. Paris 1912.

VILLEROY de NEUFVILLE, Nicholas. "Mémoires d'Etat". rec. par DUMESNIL/BAZIRE, privilège du Roi du 31 décembre 1620 et publiées par P. CHEVALIER en 3 vols. en 1622. Autre édition chez Samuel 1625. Autre édition en 4 vols. Paris 1665. B. N. P. E. 633.

AGNER DE REYNA, Alberto. "La historia como evocación". Academia. Lima 1963

EYGANDT, Général. "Turenne". Ed. Flammarion. Paris 1929.

I N D I C E

	Páginas
CRONOLOGIA	I a VI
INTRODUCCION	1 a 7
CAPITULO 1º " <u>Los Tiempos Modernos</u> "	8 a 21
CAPITULO 2º " <u>El Mito y el Hombre</u> "	22 a 47
CAPITULO 3º " <u>La Crisis General de Europa</u> "	48 a 69
CAPITULO 4º " <u>Catalina de Médicis</u> "	70 a 97
CAPITULO 5º " <u>Reine Margot</u> "	98 a 110
CAPITULO 6º " <u>Gabrielle D'Estrees</u> "	111 a 137
CAPITULO 7º " <u>Enriette D'Entraques</u> "	138 a 156
CAPITULO 8º " <u>María de Médicis</u> "	157 a 186
CAPITULO 9º " <u>París Bien Vale una Misa</u> "	187 a 199

Páginas:

CAPITULO 102. - " Charlotte de Montmorency ".....	200 a 218. -
CAPITULO 119. - " La Hazaña de la Surozón "	219 a 231. -
CAPITULO 122. - " Los Principes de Condé en los Países Bajos.....	235 a 282. -
CAPITULO 132. - " La Inevitable y grotesca guerra "...	283 a 314. -
CAPITULO 142. - " El Sino del Rey Enrique IV.....	315 a 327. -
CAPITULO 152. - " Los Economías Reales "	328 a 344. -
CAPITULO 162. - " Le Grand Dessain ".....	345 a 383. -
BIBLIOGRAFIA	I al VI. -

Nota: En el Tomo III, correspondiente a los Documentos, se incluye un Índice Cronológico de los mismos. -

- TESIS DOCTORAL -

TEMA: "ENRIQUE IV DE FRANCIA Y SU TIEMPO"

El primer Rey de la dinastía Borbón

= Tomo III =

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE FACULTAD GEOGRAFIA E HISTORIA

Cátedra Historia Universal "MODERNA"

Dirigida por: Prof. D. Vicente RODRIGUEZ CASADO.

Alumna: M. Socorro ALINO TESTOR.

= D O C U M E N T O S =
=====

VAN NUMERADOS DEL 1 AL 150 SIGUIENDO
UN ORDEN CRONOLÓGICO Y UN ÍNDICE AL
FINAL DE LOS MISMOS.

• A B R E V I A T U R A S •

- A. S. Archivo de Simancas.
 B. N. Biblioteca Nacional.
 U. N. P. Biblioteca Nacional de París.
 M. B. o B. M. Museo Británico de Londres.
 A. A. Archivo de la Casa de Alba.
 A. R. V. Archivo Real de Valencia. Curia Valencia.
 A. H. G. Archivo Histórico de Ginebra.
 A. V. Archivo Vaticano. Nunciatura Española.
 A. N. F. Archivo Nacional de Francia. París.
 B. A. P. Biblioteca del Arsenal de París.
 A. H. P. Archivo Histórico de Pau.
 N. F. F. Nouveaux Fonds Français en París.
 B. P. Biblioteca personal del autor.
 B. I. F. Biblioteca Instituto de Francia en París.

Nota: Entre los Fondos consultados se hace referencia especial por ser los que tienen mas documentos relativos a la época de Enrique IV los "Fonds Dupuy", "Fonds Brienne", "Fonds Godefroy", "Fonds Bongars" y otros que se indican en el Documento correspondiente.

Otros manuscritos consultados en la Biblioteca de Leningrado, Sección "Manuscrits Historiques Français" (Biblioteca de Estado Saltykov Seodrin) no pude obtener fotocopias. Hay varias cartas de Enrique IV fechadas entre 1590 y 1595.

INDICE CRONOLOGICO DOCUMENTOS

<u>Año</u>	<u>Nº</u>		
1561	1	Cartas. Duque Alba a M. Montmorency.	Madrid. 1 de Enero
	2	" Duque Alba a Reina Madre.	Toledo. 23 de Enero.
1565	3	" Duque Alba a S.M. el Rey.	Bayona. 19 de Junio.
	4	" " " " "	" 21 "
	5	" " " " "	" 22 "
	6	" " " " "	" 28 "
	7	" " " " "	" 28 "
	8	" " " " "	" 29 "
	9	" " " " "	S. Sebastian 5 de Julio.
	10	Memoria. Reina sobre entrevista.	Sin fecha.
	11	id. M. Fourquevaux dirigida a Carlos IX	Julio
1566	12	Cartas Carlos IX a M. Fourquevaux.	Molins. 12 de Marzo.
	13	Memoria firmada. Carlos IX	Saint-Maur, 2 de Mayo.
	14	Cartas de Carlos IX a M. Fourquevaux	D'Orcan, 20 de Agosto.
1567	15	" " "	Saint-Maur, 2 de Mayo.
	16	Memoria sobre l'Aubespine de Carlos IX	Saint-Maur, 3 de Mayo.
	17	Cartas. Duque Alba a Diego Espinosa.	Bruselas, 23 de Octubre.
1568	18	" " " al Rey Bruselas	Bruselas, 13 de Abril.
	19	" " " " "	" 18 de Abril.
	20	" Albornoz al duque de Alba.	Sin fecha.
	21	" Duque Alba a Ebofi	Sin fecha.
	22	" " " al General Dominicos	Sin fecha.
	23	" M. Fourquevaux a Carlos IX	Madrid. 15 de Octubre.
	24	" " " a la Reina Madre	" 15 de Octubre.
	25	Memoria sobre Muerte Isabel de Valois (reina España).	15 Octubre.
	26	Cartas. Duque de Alba a S.S. el Papa	Sin fecha.
1568	27	" Cardenal Albornoz a Antonio de Lada	Octubre
1569	28	Membria Enrique de Navarra a Reina Madre	Diciembre.
1570	29	Cartas Duque de Alba a D. Antonio Toledo	Bruselas. 15 Enero.
	30	" Reina de Navarra a la Reina Madre	La Rochelle, sin fecha.
	31	" " " a Carlos IX	La Rochelle, 30 Agosto.
1571	32	" " " al Marqués Villars	" 10 Marzo.
	33	" " " a Carlos IX	" " 6 Mayo.

No	Nº		
	34	Cartas	Reina de Navarra a Hugonotes de Lyon
	35	"	" " Sr. de Luxe
	36	"	" " "
	37	"	Carlos IX a M. Fourquevaux, matrimonio
72	38	"	"
	39	"	Reina de Navarra a su hijo
	40	"	" " a M. Beauvois
	41	"	Duque de Alba a Domingo Lixalde
	42	"	" " " "
	43	"	" " " "
	44	"	"
	45	"	" " al Rey Francia
	46	"	" " a D. Diego Zúñiga
	47	"	Enrique Navarra al vizconde de Turenne
	48	"	Duque de Alba al Rey de España
	49	"	" " " "
	50	"	" " " "
	51	"	" " Antonio de Lara
	52	"	" " D. Juan de Isupza
	53	"	" " Cardenal Pacheco, Mons
	54	"	" " Rey de España
	55	"	" " " "
	56	"	Rey de España a Patriarca de Valencia
	57	"	Duque de Alba a Diego Zúñiga
	58	"	" " Rey de España
	59	"	" " D. Diego Espinosa
	60	"	" " D. Juan de Zúñiga
	61	"	"
	62	"	Vizconde Turenne a los síndicos Ginebra
	63	"	Duque Alba a S.S. Papa
	64	"	"
9	65	"	Enrique III al Vizconde de Turenne
	66	"	Reina Madre al Mariscal Damville
	67	"	Enrique III al Vizconde de Turenne
	68	Manifiesto de Enrique Navarra "guerra enamorados"	
			Donzac, 27 de Agosto.
			Quistres, 29 Agosto.
			Pau, 25 de Septiembre.
			28 Septiembre.
			Blois, 25 (ilegible me)
			Blois, 11 Marzo.
			Bruselas, 13 Agosto.
			" "
			" "
			Bruselas, 11 Agosto.
			Bruselas, 11. Agosto.
			Sin fecha.
			Bruselas, 20 Agosto.
			" 21 Agosto.
			" 22 Agosto.
			Betlen, 29 Agosto
			Betlen, 29 Agosto.
			Mons, 1 Septiembre.
			Mons, 6 Septiembre.
			" 7 Septiembre.
			" 11 Septiembre.
			Mons 13 Septiembre.
			Mons 15 Septiembre.
			Mons, 16 Septiembre.
			Nimega, Octubre.
			Turenne, 16 Octubre.
			Maestrich, 18 Octubre.
			16 Marzo.
			17 Marzo.
			24 de Junio.
			15 Abril.

Año	Nº					
1580	69	Carta	Reina Madre a Enrique Navarra			Sin fecha.
1581	70	"	Vizconde Turenne a síndicos Ginebra			30 Abril
1585	71	"	Enrique Navarra al Vizconde Turenne			Agosto.
1587	72	"	" " " "			Sin fecha.
1588	73	"	" " " "			Nerac, Marzo.
	74	"	Duque de Guisa a Bernardino Mendoza			Paris, 6 Agosto.
	75	"	" " " "			Paris, 21 Agosto.
	76	"	Rey de España a " "			El Escorial, 5 Sep
	77	"	Duque de Guisa " "			Paris, 21 Septiemb
	78	"	Enrique III al duque de Névers			Blois, 21 Diciemb
1593	79	"	Enrique IV al Príncipe de Conty.			Mantes, 10 Marzo.
	80	"	Princesa de Condé al duque D'Efernon			Sin fecha.
	81	"	Bellièvre a Enrique IV			Paris, 11 Junio.
	82	1º	Enrique IV a Gabriela d'Estrées			23 Julio.
1596	2º	"	" " " "			Péronne, 27 Mayo.
1597	3º	"	" " " "			Amiens, 22 Octubre
1598	4º	"	" " " "			Rennes, 14 de Mayo
	83	5º	" " " "			Fontainebleu, 21
	6º	"	" " " "			" 12 Se
1599	84	Memoria	Duque de Sully, sobre Gastos Corte			Sin fecha.
	85					
1600	86	Cartas	Enrique IV a la princesa Toscana			24 Mayo.
	87	"	" " " "			24 Julio
1608	88	" 1º	" " Marquésa de Verneuil			30 Octubre.
	" 2º	"	" " " "			Sin fecha.
	" 3º	"	" " " "			Sin fecha.
1609	" 4º	"	" " " "			31 Octubre.
	89	"	" " a M. de Balagny			Paris, 29 Noviembre
	90	"	Príncipe de Condé a los Archiduques			1 Diciembre.
	91	"	Duque de Croy y Arschot al Archiduque			2 Diciembre.
	92	"	Enrique IV a Vaucelas, embajador España			
	93	Sermón,	Jesuita P. Gontier, vísperas de Navidad			23 Diciembre.
1610	94	"	Felipe III a D. Iñigo de Cárdenas			Madrid, 22 Enero.
	95	"	Pecquius al Archiduque Alberto			Paris, 1 Febrero.
	96	"	" " " "			" 4 Febrero.
	97	"	" " " "			" 11 Febrero.

No	Nº			
10	98	carta	Archiduques a Pecquius	Bruselas, 13 de Febrero.
	99	Acta	Sesión del Consejo de Estado	Madrid, 13 Febrero.
100				
101	Carta		Secretario de Estado Praetz a Pecquius	16 de Febrero.
101	"		Pecquius al Archiduque Alberto	18 de Febrero.
103	"		Enrique IV a M. Préaulx	París, 20 Febrero
104	"		Felipe III a Iñigo de Cárdenas	Madrid, 20 Febrero
105	"	"	"	" 21 Febrero
106	"		Archiduques a Pecquius	Bruselas, 22 Febrero.
107	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 23 Febrero.
108	"		Archiduque a Pecquius -cifrada-	28 Febrero.
109	"		Pecquius al Secretario Praets	París, 1 de Marzo.
110	"	"	Archiduque Alberto	París, 3 Marzo.
111	"	"	"	" 10 Marzo.
112	"		Iñigo de Cárdenas a Felipe III	París, 14 Marzo.
113	"		Pecquius al Secretario Praets	París, 16 Marzo.
114	"		Iñigo de Cárdenas a Felipe III	París, 18 Marzo.
115	"		Condes/Tabie de Francia al Archiduque	París, 18 de Marzo.
116	"		Archiduques a Pecquius	Bruselas, 19 de Marzo.
117	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 19 de Marzo.
118	"		Enrique IV a Preaux	París, sin fecha.
119	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 27 Marzo.
120	"		Iñigo de Cárdenas a Felipe III	" " "
121	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 2 Abril.
122	"		Archiduques a Pecquius	Bruselas, 4 Abril.
123	"		Archiduque al Condestable Francia	París, 5 Abril.
124	"		Iñigo de Cárdenas a Felipe III	París, 5 Abril.
125	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 7 Abril.
126	"	"	"	" 14 "
127	"	"	"	" 16 "
128	"	"	"	" 19 "
129	"		Archiduques a Pecquius	Bruselas, 22 Abril.
130	"	"	"	" 25 "
131	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 26 Abril.
132	"		Iñigo de Cárdenas a Felipe III	París, 27 Abril.
133	"		Pecquius al Archiduque Alberto	París, 28 Abril.

<u>Año</u>	<u>Nº</u>			
1.610	134	Carta	Pecquius al Archiduque Alberto	París, 30 Abril.
	135	Instancia	A los Archiduques del Condestable	París, Ab-11 (sin d
	136	Carta	Archiduques a Pecquius	Bruselas, 3 Mayo
	137	"	Iñigo de Cárdenas a Felipe III	París, 7 Mayo.
	138	"	Enrique IV al Archiduque	París, 11 Mayo.
	139	"	Condestable al príncipe Condé	París, 12 Mayo
	140	Memoria	1ª Noticias época sobre asesinato	Sin fecha.
	141	"	2ª " " " "	" "
	142	"	Posibles culpables, cómplices Ravaillac	" "
	143	Carta	Consejero Obispo du Perron	" "

A Mons. de Montmorency - Madrid 1 enero 1561

Muy Ilustre Señor:

Al Rey mi Señor, le ha dolido la muerte del rey cristianísimo su buen hermano (1), como es razón y si de ésto le queda algún consuelo es ver a V. S. vuelto a los negocios de este reino, porque como conoce su buen celo y aunque a V. S. se le haga trabajoso, lo debe tomar con buen ánimo por el provecho que se ha de seguir para la Cristiandad, y plega a Dios dar a V. S. mucha salud y vida para que pueda llevar este trabajo.

El Rey mi señor, envía al señor don Juan Manrique, del su Consejo de Estado a lo que V. S. entenderá; es el mayor señor que yo tengo y a quien S. M. tiene muy conjunto a sí y, como persona a quien yo amo tanto, quiero que V. S. le conozca y que él y todos los que yo quiera en este lugar, entren en el que yo tengo con V. S. que es de ser su servidor. Y así le suplico que si por acá hay en qué yo pueda servirle, me lo manda pues sabe que lo he de hacer.

Nuestro Señor le guarde etc.

(1) En esta carta el Duque de Alba escribe a Montmorency dándole el pésame de parte de Felipe II por la muerte de Francisco II de Francia y presentándole a don Juan de Manrique. El tono de la carta muestra las excelentes relaciones que había entre la Corte de España y la de Francia.

Cristianísima Señora:

Por la carta que el Rey, mi señor, escribe a V. M. y por la relación que así mismo le hará don Juan Manrique, entenderá V. M. la disposición en que queda la convalecencia de la Reina, mi señora (2), que es la que podemos desear todos sus criados y vasallos. Yo no he querido faltar de significarlo a V. M. por medio de estos renglones, como haré todo lo demás que entendiere que ha de dar a V. M. entero contentamiento, y así espero se enviará brevemente a V. M. aviso de la entera salud de S. M.

Nuestro Señor guarde etc.

firmado por el Duque de Alba.

Por entender lo que conviene al servicio de V. M. y de la Reina, lo que con Garcilaso y con el Prior de San Juan envié acordar a V. M. lo que así mesmo he hablado con el obispo de Limoges, ahora lo torno a acordar a V. M. con don Juan de Manrique, a quien suplico dé entero crédito de lo que de mí parte le dirá.

B. N. P. 25. 827 Ms. F.3.192

(2) Cuando el duque de Alba escribe esta carta a la reina madre de Francia le da noticias de su hija Isabel de Valois que era la reina de España y estaba convaleciente.

Nº 3 DOCUMENTOS ENVIADOS DESDE BAYONA A FELIPE II

Carta del duque de Alba a S. M. el Rey. Bayona 19 junio 1565. -

S. C. R. M. :

El viernes pasado escribimos a V. M. desde Sant Joan de Luz como los reyes cristianísimos habían madrugado y venídose a esta villa para que la entrada y fiesta de ella se hiciese a sola la Reina, nuestra señora. S. M. partió de allí después de comer y vino en su carro con sus hermanos Monsieur de Orleans y Madama Margarita, y media legua de este lugar tomo su haca y vino a apearse a la iglesia mayor, donde fué recibida con muy gran fiesta y contentamiento. Cada día sale a pie a la dicha iglesia a oír misa, porque es muy cerca de palacio; ayer hubo una sortija (3), corrió el rey y su hermano y todos estos caballeros mozo y aún viejos y tan bien aderezados y en tan buenos caballos cuanto yo los he visto jamás en esta corte. Antes de ir el rey a hablar al embajador del Turco, la Reina habló a mí, el Duque, y me dijo que ya yo veía que los reyes eran hombres públicos y que no podían excusarse de hablar a todos los que a ella viniesen, y que por el respeto que debía a la Reina, nuestra señora, saldría su hijo una legua de aquí a hablar a aquel turco, que no era justo que estando S. M. entrase en esta corte. Le dije que no se podía excusar el oír a todos, pero que en las respuestas que se hiciesen a sus propuestas, se verían los ánimos buenos o contrarios que los Príncipes tenían a sus amigos; ella me respondió que estuviese cierto que no se admitía cosa ni se trataría ninguna que fuese en daño general ni particular de V. M. y que ella había mandado a su hijo, confederado con el Turco, y que bien veía que era malo, pero que no quería que en tanto que estaba en el gobierno, quitarle sus ánimos buenos ni malos que, en siendo hombre, él podía elegir los buenos y dejar los otros. Yo le dije que me parecía lo debía hacer, porque cuanto daño había al presente en este Reino, creía que nacía de haber, en tiempos pasados, dado favor y asistencia a la armada de este común enemigo, en tan gran daño de la Cristiandad, y no quisiese pasar adelante por no meterme en otras pláticas, teniendo respecto a la intención que se debe guardar. Las otras particularidades que han pasado y pasado en el abocamiento del turco Don Francés le escribiré a V. M. el cual habemos acordado lo hago así y que no rompa la orden que solía tener.

Nuestro Señor guarde etc.

(British Museum- M. B. --P. 1326 Add. 18.)

(3) Juego de correr la anilla muy del gusto de la época.

S.C.R.M.: De Sant Juan de Luz escribimos a V.M. lo que hasta entonces habia - que decir. Después acá no lo habemos hecho porque no pudiéramos decir cosa de sustancia, por ser todos principios los que hasta agora han habido. La orden con que nos ha parescido proceder es no mostrar de traer negocio ninguno de parte de V.M. esperando a que la Reina saliese con los que decía tener y, antes de agora, han advertido a V.M. que quería proponer y en este tiempo procurar de entender el estado en que los negocios de la Religión se hallaban y qué remedio tenían y si bastaban las fuerzas del Reino para remediarlos y, entendido esto, si la Reina no se liese a tratar de ello, salir nosotros por la vía más blanda y más cubierta que - pudiésemos a comenzarlos, porque el dejar de tratar de ello, según lo que tenemos entendido, es lo que la Reina querría y lo que menos cumple, tanto por el beneficio del negocio, como por el cumplimiento que conviene hacerse de parte de V.M. - para satisfacción de los católicos de este Reino y para tenerlos V.M. siempre tan obligados como agora ellos se muestran, que es como si fuesen propios vasallos, y hechas las diligencias por la Reina, yendo dándosales parte siempre a ellos de lo que se hace, saliendo el negocio bien, no habrá más que pasar adelante con ellos, demostrarles cómo V.M. los ha redimido y, con su favor, la Religión es mantenida defendida y ellos amparados. En caso que la Reina no se pueda traer a lo que conviene, nos parece será tiempo de decirles que, pues han visto lo que se ha hecho y el poco fruto que de ellos se ha sacado, vean qué es lo que adelante se deba - hacer para que la Religión no se acabe y visto lo que dicen, lo que aconsejan y - a lo que se ofrecen que, según yo veo, algunos calientes y determinados podrá ser que se ofrezcan a lo que no se piensa y visto para lo que ofrescieren la comodidad y fuerzas que tienen, midiéndolo con la posibilidad de V.M., será tiempo de resolver V.M. lo que será servido hacer en ello para remedio de este mal, que, siendo fin y acabamiento de este Reino, no puede dejar de ser principio de mal en todos los Estados de V.M.

Lo que en todo esto se ha hecho es que Montluc envió su escrito, que es el - que a V.M. enviamos, y nos ha enviado a decir que se siente el más cosgojado hombre de la tierra de pensar si ha de salir de aquí el bien que se pretende, teniendo él entendido, por lo que yo, el Duque de Alba, le dije, haberselo hecho estas - vistas por sólo su parecer, y está a lo que parece, muy de veras y muy fino el - negocio. Montpensier ha enviado ese otro escrito y ha hablado a mí, el Duque, con gran hervor en estos negocios. El Cardenal de Borbón, asimismo, ha hablado a mí, el Duque en la misma manera que Montpensier, aunque con éste no nos habemos alargado a más que generalidades, por lo que escribimos a V.M. que habia dicho del - Montluc. Danvila me ha hablado a mí, el Duque, tan como cristiano y como buen caballero cuanto en el mundo se podía desear. El Marichal Bordillon y Siplerres me han enviado a decir a mí, el Duque que quieren hablarme en esta materia. Algunos otros nos han venido a hablar que entendemos son echadizos de la Reina y el estudio de estos todos es querernos dar a entender que lo de la Religión está muy bien y que se va, cada día, remediando y ganando tierra y que el Rey es enteramente obedecido, lo cual todos dicen al contrario los que arriba tenemos nombrados a V.M., porque dicen que el estado en que al presente se halla este Rey es con haber veinte católicos para un hugonote, y de éstos ser los más principales y los que más valen los católicos y que cada día se pierden por parte de los católicos gran número de gente y se llega a la parte contraria; los remedios que para ello dan tienen por muy fáciles; dicen que el uno sería, pues en todos los gobiernos no hay gobernador que sea hugonote declarado, sino uno o dos en dubda, que mandando el Rey a los gobernadores que echasen los ministros de esta bellaquería de sus gobiernos o hiciesen vivir católicamente los súbditos que no hay hombre de ellos que, en muy breve tiempo, no tuviese llano lo que les tocaba y que, cuando quisiesen usar de otro y haberlo con menos personas que con cinco o seis, que s

en cabo de todo esto, los tomasen a su mano y les cortasen las cabezas o los pusiesen en parte donde no pudiesen hacer lo que hasta aquí han hecho, quedaría todo el día que tuviesen hecho esto, llano y que lo uno y lo otro podrían hacer el Rey y la Reina sin que en ello tuviesen contradicción que los católicos no bastasen a hallársela, pero que todos ellos tienen por cierto que, tomando cualquiera de estos dos caminos, no se pondrían en necesidad de ser menester sacar una espada. Visto que ya tenemos entendidas estas cosas y que la Reina se hallaba sin querer entrar en ninguna manera de negocios, acordamos de decir a la Reina, nuestra señora, que dijese a su madre que V.M. la había dicho, al partir, que entendiese de ella las cosas que había escrito que tenía que decir que no las haría de otro que de V.M. o de la suya, para que pudiese dar razón a V.M. de ellas, que deseaba mucho saberlas. S.M. lo hizo muy bien, porque otro día, viendo que su madre se comenzaba a meter en negocios con ella, la dejó ir por ellos adelante y cuanto dijo que tenía que decir paró en decir que entendía que V.M. estaba desconfiado de ella y de su hijo y que esto era camino para venir muy presto en guerra, y que ella lo sentía tanto más que nunca estando S.M. de por medio, no podría, en ninguna manera del mundo, llevar en paciencia estar sin ella y sin poderla comunicar y tratar y saber de ella y tener la comunicación que el amor que a tal hija tenía demandaba. S.M. le respondió que no sabía por dónde podía venir la desconfianza, porque nunca había visto tal en V.M. ni había entendido de ningún ministro ni criado suyo que tal le pasase por pensamiento y que no podía nacer sino de palabras que le hubiesen dicho hombres que no tenían buen celo o que no sabían lo que decían; díjole: Muy española venía. S.M. le respondió que era verdad que lo estaba, como tenía la razón para ello, pero que la misma hija suya creía que cuando la envió en España; de esta manera así pasaron algunas pláticas, habiéndose S.M., en todas ellas, con gran prudencia y guardando el respecto que debía a V.M. y con el acatamiento que, debajo de esto, se sufría tener a su madre, y dice S.M. que, como no le habíamos dicho que pasase adelante en el negocio, no quiso tratar más de él. Habiéndonos referido S.M. esto, nos pareció suplicarle que otro día le dijese que había estado con gran congoja de haberle dicho que podía haber cosa que pudiese venir de ella caer en guerra y que porque S.M. podría mal tratar de negocios, que deseaba sumamente que no quedase cosa colgada ni sobre sin sino enteramente curada, le suplicaba que, pues estábamos aquí nosotros, siendo personas con quien V.M. trata sus negocios, nos hablase en ellos y en otras cosas, si las tuviese, muy clara y abiertamente a entrambos a dos juntos o particularmente a cada uno, para que se pudiese satisfacer o entendiase si había algo de que debiese darse satisfacción a V.M.; hizo lo S.M., paráscenos que quedó resuelta que en presencia suya la Reina hablaría a mí, el Duque; en esta habla se verá lo que propone y, según la propuesta, se le satisfará y procurará de comenzar a apretar el negocio de la Religión.

Nuestro Señor guarde, etc.

(El Duque de Alba y Don Juan Henrique.)

A.S.— Estado. Leg. K. 1.604

S.C.R.M.: Teniendo escriptas las que van con esta, estando la Reina en la cámara de la Reina, nuestra señora, envió a llamar a mí, el Duque de Alba y, mandando que se saliesen todos, me comenzó a hablar diciéndome el contentamiento que tenía de la venida de la Reina, nuestra señora, y después lo que convenía al bien de la Cristiandad y particularmente a los Estados de V.M. y a los de su hijo, la buena correspondencia entre V.M. y él y que ésta fuese de manera que todo el mundo la entendiese y de aquí quedase tan firme que nadie pudiese dudar de ella y que se estajasen cosas que, aunque eran pequeñas, daban qué pensar a todo el mundo, y quejósme de tres particularmente: de no haberse acabado en Flandes lo de Lames; el oficio que el Conde Joan Languisola y Molina habían hecho en esguízalos; la precedencia de Roma. Yo vi bien que era querer entrar por cosas de ninguna importancia para que yo viniese a las que la tenían, y le dije lo que entendía de la propuesta, pero que, ni embarazante, yo les satisfaría a ellas y así lo hice; díjome luego: Ahora yo creo que queréis comencemos a hablar en las cosas de la Religión. Yo le dije que entendía que el principal negocio que se podía tener el día de hoy, por nuestros pecados, era el de la Religión; hízome un gran discurso de todo el suceso de las cosas pasadas, viniendo a resolver en cuánto mejor estado estaban al presente que cuando acabaron de hacer el edicto de la paz y que así, esperaba en Dios que cada día, con el cuidado que se tenía, había de mejorar y, cierto, que comenzó la plática con el mayor tiento que yo he visto tener jamás a nadie en cosa; mostréle muy claramente que el parecerle que estaba ahora mejor lo de la religión que entonces, era verse descargada del fastidio de la guerra y que también los hombres con las armas en la mano hablan libremente aún más de lo que tienen en el corazón, la cual libertad no la podían tener los que se hallan desarmados. Habiendo tratado gran rato en esto y habiendo yo mostrado cómo, por parte de V.M., no podía en ninguna manera del mundo dejar de apretarse por el remedio de la Religión, pues que este era negocio común a V.M. y a ellos, por ser la perdición de Francia en lo de la Religión vispera en los Estados de V.M., y saber cierto que V.M. no había de querer ser Rey de herejes, antes había de querer perder el Reino y la vida, y que era un paso este que no podía dejar nadie de temer hallarse en él y buscar, primero que verle, todos los remedios en el mundo posibles; que el verdadero era acomodar las cosas de la Religión en este Reino, porque el quedar en él la Religión de una manera o de otra, era indicativo cierto de lo que había de suceder en toda la Cristiandad, y por aquí le fui discuriendo, haciendo el ceso tan de V.M. como suyo porque no me pudiese decir que los dejase V.M. hacer a ellos que no se embarazase en sus negocios; vino a decirme que le dijese yo el remedio que tenía esto y el camino que debía tomar y que, en todo caso, yo le aconsejase como si V.M. estuviera puesto en su lugar y me lo mandase, y la Reina, nuestra señora, me mandó dijese lo que entendía en ello. La Reina madre estaba muy sospechosa que yo no había de proponer otro medio que tomar las armas en la mano luego y, para esto, estaba muy armada con razones y réplicas muy bastantes para mostrarme cómo no convenía; yo le respondí que lo que yo sabía decir a S.M. era que V.M. tenía tan bien entendido el estado en que los negocios se hallaban al presente en Francia, que ni ella ni persona en todo el Reino lo sabía mejor y sabía la necesidad que había de remediar, que cuál había de ser el remedio, esto tenía V.M. por cierto lo entendería ella mejor que nadie y que para dar cuenta yo a V.M. de ello, le suplicaba me dijese el camino que pensaba tomar. Díjome que creía bien lo que le decía que V.M. tenía entendidas las cosas de este Reino y que por esto deseaba que yo le dijese lo que me parecía en lo que me preguntaba; habiéndome apretado mucho, le dije que resolvísemos primero si, después acá que se hizo la paz, con la disimulación y permisión que se ha llevado, si se perdía tierra o se ganaba y, visto esto y resuelto, me parecía a mí quedaba de suyo tomada la resolución en el camino que conviene tomarse para el remedio; díjome que se había ganado mucha tierra y comencéme a traer grandes memorias de las cosas pasadas; yo le mostré, en habiendo acabado, claramente cómo me engañaba a mí o se engañaba a sí, pero que yo sabía muy bien lo que había de creer porque, n

embargante lo que S.M. me tenía dicho, se sabía muy cierto que con la disimulación cada día se iba perdiendo, que no se podía decir que se supiese el estado en que estaban las cosas de este Reino, sin saber esta particularidad tan calificada para lo que se trata; díjome que si era esto quererle decir que se tomasen las armas en la - año; respondíle que no veía yo al presente para qué se hubiesen de tomar, ni V.M. ¿tal le aconsejaría, no viendo otra necesidad de ellas de la que al presente ve. Tornó que le dijese que pues qué me parecía; díjole que lo que me parecía era que había gran necesidad de remediar estas cosas y que se les pusiese breve remedio, porque después, mal que le pesase, tomándolas sus enemigos, las había de tomar y quizá a - tiempo que no le tuviesen para poderse prevalecer de ellas; que lo que V.M. procuraba, con nunca pensar en otra cosa ni enderezar sus negocios a otro fin, era procurar de echar de Francia esta mala secta y que el Rey cristianísimo tuviese en él la obediencia que han tenido sus pasados y que ella tuviese el autoridad que al presente tenía para que pudiese tender la mano sobre V.M. y el Rey su hijo, que le eran tan obedientes hijos, y porque el Rey, siendo mozo, no fuese a dar consigo en brazos de alguna persona que no tuviese la intención que S.M., y que V.M. en ningún tiempo podría sufrir que ella no estuviese con el autoridad que su persona merece; respondíle a lo del autoridad que su hijo la tenía y mandaba lo que quería en su Reino y que era obedecido. La Reina, nuestra señora, saltó con ella muy gallardamente, que si tenía aquella obediencia con sus vasallos que por qué no castigaba los que eran rebeldes - a Dios y a él, y apretóla muy bien apretada, tanto en esto como en otras muchas ocasiones que se le ofrecieron que, prometió a V.M., que no tiene ministro que con tan buenas paradas razones lo hiciera y siempre guardando el respeto que se debía guardar a su madre. Díjome también que se hiciese una Liga entre VV.MM. y el Emperador - y que con esto podían dar ley a todo el mundo, porque el Emperador sería muy bueno para las cosas de Alemania. Yo le mostré los inconvenientes que había en hacer esta Liga que ella me decía y la sombra que alemanes tomarían viendo entrar al Emperador en ella, entendiéndolo que había de ser también para cosas de Alemania, que se atandiese a remediar lo de los subditos y que no pudiesen entender en ninguna parte que se tratase de querer dar ley VV.MM. a nadie fuera de sus vasallos; entendiéndolo bien y - díjome que tenía razón; quedamos en que tornaríamos a la plática y que haría que el Cardenal de Borbón y el Condestable hablasen conmigo, el Duque, pero yo no me atrevo solo y así estaremos entrambos a las pláticas; dijo, así mismo, que quería tornar a hablar conmigo, el Duque; díjole que era menester despachar con brevedad, porque V.M. no podía sufrir tan larga ausencia de la Reina, nuestra señora.

(Al margen, de letra del Rey.)

No es buen camino si tomara éstos la Reina para estas pláticas, y así se - escribe al Duque y a Don Juan.

Luego fuimos a vísperas y no se sufrió, sino allí, en la cortina, tomó al Condestable y le dio cuenta de cuanto habíamos pasado, y a la noche le dio al Cardenal de Borbón.

(Al margen, de letra del Rey.)

Y esto no me agrada.

El uno y el otro han estado conmigo, el Duque, hoy grandes ratos; no me han dicho palabra ni señalado hora; si lo hicieron, será V.M. avisado.

(Al margen, de letra del Rey.)

Si el Condestable no va de buen grado, como se sospecha.

Nuestro Señor guarde, etc.

A. S.— Estado. Leg. K. 1.604.

(El Duque de Alba y Don Juan Enrique.)

Nº 6 CARTA DEL DUQUE DE ALBA (A S.M.-- Bayona, 28 junio 1585.)

S.C.R.M.: La carta que V.M. mandó escrebir a mí, el Duque, a los 16 de éste recibimos a los 22, juntamente con la otra que venía del Doctor Gaspar, a la cual satisfaremos en esta con asegurar a V.M. que pasan en este Reino cosas tan feas y desvergonzadas a Dios y a sus santos que, si con cada una de ellas se hubiese de ir a la Reina madre, ni tendríamos cabeza para referírselas ni ella para escucharlas, cuya es la causa, vuelva por ella y ponga remedio como puede.

Después que escrebimos a V.M., a los 21, la fiesta que se había hecho, se ha hecho otras muchas por el agua y por la tierra, tan ordinarias y tan buenas que parece imposible haber bastado el tiempo que ha que S.M. está en esta villa para sólo lo habérselas podido ver. Cierto, estos Reyes cristianísimos han regalado y acariciado a la Reina, nuestra señora, con mucho amor y gran cuidado. Teníamos acordado que S.M. partiera hoy y la Reina madre había ya venido en ello con grandes importunaciones; después vino el Rey y no se pudo acabar con él que sea hasta el lunes 2º que viene, porque aún le quedan más fiestas y quiere que no quede cosa por ver, y así nos ha parecido despachar a V.M. este correo para que esté avisado del día que será la partida y de cómo no habemos podido ni ha sido más en nuestra mano hacer otra cosa.

El embajador del Turco estuvo aquí ayer y, en yéndose, la Reina habló a mí, el Duque, y me dijo cómo se había venido a despedir y que ella le había hablado de las roberías que se habían hecho estos días cerca de Proenza, y que el Turco había respondido que el Gran Señor, que ellos llaman, sentiría mucho que se hubiese hecho desabrimiento a este Rey cristianísimo y que, llegado él mandaría que luego le restituyese cuanto se le había tomado sin faltar un cabello y que, para que vieses cuán entera y resolutamente se hacía la restitución, enviasen hombre expreso con él; díjome que viese yo si este hombre podría hacer allá algún oficio o llevar algún recabdo o otra cosa que lo haría; yo le respondí que ya era tarde, el armada estaba acá y que no sería a tiempo para poder hacer nada y que, para el año que viene, esperaba en Dios la de V.M. entraría tan el orden que la del Turco le podría hacer poco daño. Todo esto es querer enviar allos su embajador en cambio del que ha venido, y quieren darle esta cubierta.

Nuestro Señor guarde, etc.

A.S.— Estado. Leg. K. 1.514.

(El Duque de Alba y Don Juan Manrique.)

S.C.R.M.: La carta que V.M. me sirvió mandar escribir a mí, el Duque, sobre lo de la Florida, habemos recibido juntamente con los apuntemientos que enviaron los del Consejo sobre el derecho que V.M. tiene a aquella provincia, y nos ha parecido muy prudentemente considerado no haber venido persona particular a tratar de esta materia por los inconvenientes que V.M. dice, y habiendo nosotros mirado en ello, con mucha atención, nos ha parecido en esta ocasión no hablar a estos Reyes cristianísimos en ello, por dos causas: la primera, porque ya el armada que ellos han de enviar es partida y para el remedio de esta hiciera poco efecto lo que les pudiéramos decir, y la otra que han de enviar no partirá hasta Septiembre u - Octubre y, de allí alla, se ofrecerá mejor ocasión para poderles decir cuán considerada cosa hacen en meterse en las tierras que V.M. tiene ocupadas y cuán contrario es a lo que está capitulado en las paces y por ventura lo oirán de mejor gana y se le podrá hacer el oficio con más calor que se podría hacer agora.

(Al margen, de letra del Rey.)

Que hicieron muy bien en esto, por las causas que dicen.

La otra es que habiéndose de hacer con ellos el oficio que V.M. manda, podría fácilmente algunos consejeros que aquí hay de ruines intenciones, volverse contra los católicos y decirles que pues en esto V.M. mostraba estar sentido, que qué confianza podrían tener que les ayudara en cosas más graves porque, como tenemos escrito a V.M., todo su estudio es poner desconfianza entre V.M. y este Rey, y también parecería repugnar a lo que habemos dicho, que es no traer otro negocio que el de la Religión; por todo lo cual habemos acordado, como está dicho, dejarlo para mejor ocasión.

El Embajador de Portugal vino a hablar a mí, el Duque, antiyer y me dijo cuánta razón tenía V.M. de estar sentido de que éstos hubiesen enviado armada a la Florida, y el daño tan grande que sería para todas las Indias si tomasen allí pie, y que también le tocaba alguna parte de este daño al Rey su amo, no embargante que él, por su parte, había remediado lo que le tocaba; que le parecía cosa muy necesaria y conveniente que V.M. y el Rey de Portugal hiciesen una Liga defensiva para todo lo que tocase a sus demarcaciones y que, siendo de esta manera, no parecería mal a nadie y franceses y cualquiera otra nación mirarían cómo iban a inquietar los Estados de V.M. y los suyos y que, si fuesen, volverían descalabrados; hanos parecido escribirlo a V.M. para que, siendo servido mande que se vea si conviene o no, porque nosotros, como no tenemos plática de aquella mar, no sabemos qué poder decir ni esta servirá para otro efecto que rogar a Nuestro Señor guardé, etc.

(Al margen, de letra del Rey.)

Bien será que se vea este capítulo en Consejo de Indias y digan lo que les parece, y después se podrá mirar lo que más convendrá en ello.

A. S.-- Estado. Leg. K. 1.504.

(El Duque de Alba y Don Juan Henrique.)

S.C.R.M.: Por el despacho de los 21 de este habré V.M. visto lo que hasta entonces había pasado, y cómo quedó que el Cardenal de Borbón y Condestable hablaría a mí, el Duque, sobre la materia comenzada con la Reina, los cuales, hasta hoy por comisión, nunca me han hablado, y la Reina, con la vuelta de Antonio de Almeyda, se mudó de manera que ninguna otra cosa ha querido hablar que en casamientos; luego, como le hubo oído, habló a la Reina, nuestra señora, y le dijo que, para sanar se las desconfianzas que de una y otra parte se tenían y para el remedio de las cosas de la religión, ninguna convenía tanto como hacerse nuevas alianzas entre estas dos cosas, para que los buenos se animasen y supiesen que tenían espaldas seguras, y los malos perdiesen el ánimo entendiendo que de nuevo se estrechaban más el Rey en deudo con V.M. y su casa, y que sería bueno casase Madama Margarita con el Príncipe, nuestro señor, y la señora Princesa de Portugal con el Duque de Orleans, dándoles V.M. algún Estado donde pudiesen vivir y con que le pudiesen servir.

La Reina, nuestra señora, le respondió que ella sabía bien que V.M. le hacía tanta merced de quererla de manera que ningún otro casamiento podría obligar más a V.M. a esta casa de lo que al presente estaba, y que bien se veía por la obra en lo que V.M. había hecho con ellos, y ahora, de nuevo enviaba ofrecer y que en el casamiento del Príncipe, nuestro señor, veía con ninguna voluntad a V.M. de casarle al presente; que en el de la señora Princesa, tenía por cierto ella se sentiría mucho de esta propuesta, y que en el dar V.M. Estado al Duque de Orleans no le parecía negocio platicable; díjole que no le daba V.M. sino a su hermana; respondióle S.M. que así le daría V.M. Estado a su hermana como el Rey cristianísimo se lo daría a ella siéndolo también suya; no embargante, le dijo que lo dijese a mí, el Duque. S.M. nos lo refirió a ambos; pareciéndonos que no había en el mundo más que decir de lo que S.M. había replicado.

Otro día la Reina madre habló a mí, el Duque, en la misma sustancia que había hablado a S.M.; yo tomé aquel mismo camino que la Reina, nuestra señora, había tomado y estuvimos en gran debate sobre ello y sobre si era necesario esto para el remedio de lo que se procuraba remediar, y de allí la metí en la plática de la Religión y mal estado en que estaba en este Reino, por lo que cada día se perdía, negándomelo, no queriendo, en ninguna manera, admitirlo, pero con razones tan frías que veía bien que no me podía satisfacer de ellas. Era esta plática en una cámara tan pequeña que no se podía hablar sin que se oyese y estaba el mundo de gente en ella para salir a la fiesta que se hacía en la plaza y habiéndola persuadido a que del casamiento del Príncipe, nuestro señor, no había para qué tratar, me dijo que todavía quería que se escribiese a V.M. sobre ello; yo le dije que me parecía mal propósito aquel lugar para hablar en estas materias, que siendo S.M. servida podríamos dejar aquella plática para otro día y así se hizo, y en este tiempo también apretó a la Reina, nuestra señora, para que escribiese a V.M. sobre estos casamientos. A la noche nos tornó S.M. a decir cómo la apretaba para que escribiese pero que le parecía que, hasta que tornase a hablar conmigo, el Duque la plática que teníamos acordada, no se despachase a V.M. Otro día luego, la Reina se vino a la cámara de la Reina, nuestra señora, y enviando a llamar a mí, el Duque, se entró con la Reina, nuestra señora, en una galería y, estando solos, me comenzó a decir de los dichos casamientos y la necesidad que había de ellos para quitar las sombras que podría el mundo tener y todas las otras razones arriba dichas, a las cuales le torné a replicar lo que le había dicho y particularmente cuán lejos estaba V.M. y que aquella no era materia tratable ni para poderse proponer, y le dije también los renglones que V.M. me había leído de la carta de la señora Princesa cuando le besó las manos y que, aun aquello, era pensando S.A. que era con el Rey su hijo con quien se podía tratar el casamiento y, al cabo de muchas demandas y -

epuradas, me dijo que ella tenía hijos y hijas y V.M. hijo y hermana y sobrinas y sobrinas, que ella quería echar esto en el pecho de V.M. y pedirles procurase de oprimirle estos hijos y que, en todo caso, sobre esto escribiese la Reina, nuestra señora, y yo. Yo le dije que, habiéndole dicho las dificultades que en todo lo que había tratado se le habían dicho, que pues quería que, no embargante todas ellas escribiese a V.M. que haría lo que me mandaba. La Reina, nuestra señora, le dijo a la respuesta de esto no podría tomar aquí a S.M. porque V.M. había de tardar en responder a esto, dependiendo las voluntades ajenas las cuales V.M. tardaría en entender cuando fuese servido de interponerse por tratador. Todos los inconvenientes que en estos casamientos se le ponen, le tiene dado a entender Antonio de Almeyda - a, puestos ante V.M., se sumarán y que es la Reina, nuestra señora, y nosotros lo e dificultan estas materias. Acabado esto, torné luego a la plática de la Religión la cual la hallé tan fría como si nunca se hubiera hablado en ella, que a ninguna cosa atiende ahora que a estos casamientos y así tiene metida en la cabeza a - estos católicos que están aquí que con esto metería ella luego la mano al remedio - todas estas cosas; díjome que ya en aquello me había dicho todo lo que pensaba - cer y que así ella no faltaría de hacer justicia; díjole que me parecía la cosa - a fría que la vez pasaba cuando había tratado de esta materia; alteróse, no creo - por el caso, sino por parecerle que yo me le descañaba, pero yo le dije que me - parecía que ella no tenía modo de poder hacer la justicia como convenía, que tenían - al Chanciller, por mano de quien se había de hacer, no se podía en ninguna mane - ra del mundo pensar que fuese la que convenía para el remedio de los males; saltó - luego diciendo que al Chanciller que la querían mal y que, por esto, le intitulaban - tan mal hombre como yo le decía; díjole que si me negaría que era hugonote; dijo - o no le tenía por tal; dijo que era ella sola la que tenía aquella opinión de él - todo su Reino.

La Reina, nuestra señora, le dijo que antes que S.M. fuese en España y vida del Rey Henrico, su padre, sabía S.M. que le tenían en esta opinión y que - ese ciertá que, mientras la tuviese donde la tenía, siempre los buenos estarían - parados y desfavorecidos y los malos con amparo y defensa de todos sus males; que - conviese por algunos días a su casa y vería cuánto verdad se le decía en esto y - auto mejor irían las cosas de la Religión; en ninguna manera quiso admitirlo; vió - la tan resuelta, díjole que la Reina, nuestra señora, había apretado a S.M. en - to porque a V.M. le iba mucho en saber si ella y el Rey, su hijo, estaban deter - minados de remediar las cosas de la Religión para que V.M. supiese cómo se había de - borrar, si se había de ser en compañía del Rey, su hermano, o si había de ser sol - to desde luego prevenirse para poderlo hacer y que para quedar V.M. desengañado - esto, había sido la principal causa que le había movido a la venida de la Reina, - tra señora. Respondió que ya me tenía dicho lo que había de hacer. Aprétola la - na, nuestra señora, que por qué no hacía que se aceptase el Concilio y los decre - ta de él y que, conforme a ellos, se ejecutase en este Reino, porque ya otras veces - M. delante de mí, al Duque, la había apretado sobre ello; prometió a V.M. que han - tado los negocios con una prudencia y un valor tan grande que, aunque teníanamos - anda opinión de S.M., nos ha asustado; respondió que tampoco V.M. lo había acep - do. S.M. le dijo que si había V.M. llamamiento sin ninguna excepción; dijo que en - to Reino era diferente y que pensaba llamar perlados buenos y personas sabias para - terminar muchas cosas que al Concilio no había determinado ni declarado, que eran - y necesarias para la quietud y sosiego de las conciencias de muchos en este Reino que éstas no eran cosas de jure divino sino positivo, y que se viniese a vivir en - en una misma ley en conformidad de todos. Yo me alteré terriblemente de oírsele - dije que me maravillaba mucho de querer hacer tal Junta de adonde ningún bien po - a salir, pues que para la ley y religión que se debe ya de tener no es menester - claración ninguna, y que se acordase de lo que le había sucedido de la Junta pasa - de adonde comenzaron todas las desvergüenzas que al presente hay en este Reino; - como que era verdad, que eran peligrosas, pro que ella tenía la mano para que no - diese suceder mal ninguno, que poderoso era el Rey para que sus vasallos, que allí - juntasen, no pasasen de donde él mandase, como lo sería V.M. con los suyos. Que - otra, que el Cardenal de Lorena tenía la culpa y había sido el que había hecho - do el daño, pensando poder persuadir a los ministros que para dos efectos no podí -

an dejar de juntarse= El uno para declarar y quietar los ánimos de muchos que estaban vacilando, ni bien en nuestra Religión, ni en su error, y que, con esta declaración pensaba ganarlos todos; el otro, para ver la forma en que se había de aceptar el Concilio, que es la orden que siempre en Francia se ha tenido en aceptar los Concilios, porque allí determinan las cosas que pueden ser contra la Iglesia galicana y preeminencias reales. Nunca pude desquiciarla de este propósito, aunque la Reina, nuestra señora, apretó sobre ello muy bien apretado.

Esto es todo lo que, hasta ahora, ha pasado; parécenos que quiere con esta asamblea, que ellos llaman, remediar lo que falta en el rigor necesario al remedio de sus vasallos y plega a Dios no sea el remedio de tan diferente paña que sea de demasiada libertad en las consciencias, para mayor daño y males en este Reino, que lo que de esto podemos entender no podemos en ninguna manera del mundo hacer buen juicio de ello, viendo que cada día se pierde si no se pone remedio y el plazo en que la Reina dice que le quiere poner tan largo, y el que quiere poner tal como el que está dicho. Después, a la noche, nos dijo la Reina, nuestra señora, que le había tornado a decir la Reina que se escribiese a V.M., en todo caso, sobre los casamientos, y que el del Duque de Orleans con la señora Princesa no se tratase de él, sino que, en general, se escribiese a V.M.

Lo que entendemos de los casamientos es que, casado el Príncipe, nuestro señor, con madama Margarita, o casando al Duque de Orleans con sobrina de V.M., que no parece hay otra sino una de las hijas del Emperador, ellos vendrán en casar al Rey con la señora Princesa de Portugal, sino que quieren dejar para la postre el casamiento del rey, pareciéndoles que, debajo de él, no puede haber cosa que con él no se facilite y esto tengo entendido yo, el Duque, del Cardenal de Borbón, que aunque no quiso, me lo dijo.

El Marechal Bordellón me habló a mí, el Duque, después, en lo mismo y me dijo que le había dicho la Reina que como V.M. le acomodase el Duque de Orleans, ella haría a allanar la de la Religión; yo le dije que si ella podía hacerlo, que sin otro lo debía hacer y que no me parecía buen término ni honesto, ni conveniente, que hobiese V.M. a ella y al Rey su hijo de comprarles la obediencia que ellos deben desear tener en este Reino y la restitución enteramente de él, que en mano de cualquier otro que estuviera creyera yo que lo comprara V.M. pero que estar en la suya y no hacerlo, que me parecía tan nuevo caso el quererlo vender a V.M. como me parecería nuevo el quererlo comprar; concedíame luego que era verdad, que es un buen hombre, pero que la Reina era de esta facción.

El Cardenal Sancta Cruz vino hoy a besar las manos a S.M.; después de habérselas besado habló a mí, el Duque, y dijo que venía de hablar con la Reina madre y que venía de encomendarle los negocios de la Religión, y lo mismo había hecho a la Reina, nuestra señora, y también tenía orden de S.S. para hablarme a mí, y me hizo grande prefación para venirme a decir que si S.M. se iba de aquí sin dejar acordado algún buen término para las cosas de la Religión, que veía la perdición de esta Reina indubitadamente; yo le dije la voluntad que V.M. tenía y los oficios que la Reina, nuestra señora, había hecho en este caso y la poca resolución que de todo se había sacado y la poca esperanza que se tenía de sacar más y lo que, de parte de V.M., se ofrecía para el remedio de todo, y que ningún otro negocio por parte de V.M. se trataba aquí ni pretendía.

Después de haber pasado estas pláticas bien entendidamente, le dije que él podría tornar a hablar a la Reina madre y decirle lo que yo le había dicho y que me había hallado con poca satisfacción de lo que hasta el presente se había tratado y que por aquí, tenía camino para poder tornar a la plática y apretar sobre ella, como lo debía hacer por la persona que representaba y el hábito que tenía; yo sé que todo lo que a esto se dice es echarlo en los oídos de la Reina madre, y por esto le hablé de esta manera.

Visto el estado en que esto está y el ruin camino con que estos han procedido y habiendo V.M., como es justo que lo haga, de responder a éstos, siendo servido, no ha parecido enviarle lo que nos parece se los deba responder, remitiéndolos al prudentísimo juicio de V.M. para que considere lo que se debe hacer y, presupuesto que no conviene romper con ellos, han de mirar mucho lo que conviene responderles, por el V.M. los desecha, dirán que no hallaron en V.M. lo que les convenía y que así les fué forzado entretenerse con todos y pasar por lo hecho en Orléans viéndose desamparados de V.M., y satisfacerán con esto a los católicos diciéndoles que no tenían seguridad de V.M. Si se toma tiempo para tratar con las partes, parece que no conviene hacer cosas en ninguna, y mucho menos en alguna de ellas, ni mostrar que se da oídos a alianzas con franceses, porque no la den ellos. Si se pone tiempo en medio para responder a lo que quieren, será dilatar la secución, aunque sea tan floja como ellos la presuponan hacer, pues, viendo estas cosas y no hallando otras en contrario, nos parecería de V.M. responder francamente y decirles cuán superflua es ninguna alianza estando la presente en pie, pues es la que V.M. más puede oprimir y que, si la pretenden para su seguridad, que deba bastar lo que se ha hecho por ellos y ofrecido de ayudar, que será ayudarlos con los Estados, fuerzas y persona de V.M., siempre que para establecer la Religión y al Rey en verdadera obediencia lo quisieren, y que para que el Rey esté seguro de V.M. que no son menester nuevas alianzas que ésta, que Dios le envía, los asegura y asegurará de V.M. y a V.M. de ellos, porque, como hay razón para la fe de V.M. por respecto de la Reina, nuestra señora, la misma hay para que V.M. se de ellos por el mismo respecto de la Reina, nuestra señora, y si las quieren para asegurarse de los con quien pretenden hacer dichas alianzas que, hablando como verdadero hijo y buen hermano del Rey, le parece cosa mucho para considerar, porque visto que la Religión no está así establecida ni la obediencia del Rey tan general como convenía, no habrá nadie que no esté sobre sí y no quiera mirar mucho cómo se obliga a meter en garbillos hallándose libre de ellos y tal habrá que, por respecto de aquellos con quien quiera conservarse, responderá por ventura que quedemos con muy poca reputación de la propuesta y sin alianza, y que, consideradas todas estas cosas, le ha parecido a V.M. correr por la materia, sino que se deben contentar con la alianza presente, en especial que todas las demás no obligarán a V.M. a ofrecer más de lo ofrecido, que es cuanto puede y vale, y que, pues V.M. es de parecer que se ena priesa a poner más y mejores remedios que los que ponen ahora, no juzguen de V.M. esto por entretenerlos, que antes se pudiera juzgar si le pareciera tratarse, pues por fuerza, estando en manos ajenas, había de haber demandas y respuestas; que lo que V.M. se resuelve es que se atienda primero por los medios mejores al castigo de los dañados en la Religión y inobedientes al Rey y limpiar de este secta los tribunales; como han hecho en los gobiernos y, acabado esto, será mejor tiempo para tratar de alianzas porque antes, duda V.M. que haya quien quiera, como está dicho, liarse con ellos para meterse en garbillo, como hizo V.M. y que pretenda mostrarles amablemente y con efecto que quiere tener causa de ayudarlos como lo hizo y ahora ofrece, porque, con remediar su daño, preserve V.M. el que le puede venir.

El Cardenal de Guisa dijo a mí, el Duque, dos días ha, cómo había venido hombre a su sobrina, la Reina de Escocia, a hacerle saber cómo estaba resuelta de casarse con el hijo de Margarita Lines y dar cuenta de ello a estos Principes, que deseaban hablarle por que la Reina en V.M. tenía puesta toda su esperanza; yo le respondí algunas palabras sin querer particularizar nada con él; después ha venido a mí, el Duque, que el dicho embajador y me dijo el amistad grande que su ama tenía a V.M. y su porfía y confianza grande que tenía en su favor y ayuda y que nunca cosa le había de tan gran contentamiento como cuando entendió la plática pasada del Principe. Entre señores de la cual ya el embajador de V.M. en Inglaterra había entendido que V.M. no trataría, por las causas que el dicho embajador le había dicho, y que, de cualquier manera que fuese, ello no desconfiaba del favor de V.M., antes pensaba que lo sólo le había de sacar de todos los trabajos en que estaba y por aquí muchas pruebas de cumplimiento. Yo le respondí a ellas y le dije que yo traía comisión de V.M. para hablarle de estas materias y decirle la buena voluntad que V.M. tenía a su

ama y lo que deseaba verla descansada y en la grandeza que ella misma puede tener - teniéndola por tan virtuosa princesa como ella es, y que para esto traía comisión de decirle que ningún casamiento le venía tan apropiado para todas las pretensiones que tenía y para la quietud de su Reino, como el del Conde Lines, y que dos días había, del Cardenal de Guisa había entendido la deliberación que ella había hecho en este mismo negocio, de lo cual yo había quedado con gran contentamiento por entender el que V.M. tendría y que lo que de la comisión de V.M. me quedaba que decirle era que V.M. le rogaba y pedía mucho se gobernase con gran prudencia y disimulación con la Reina de Inglaterra y, por el presente, no la apretase en ninguna manera del mundo o la declaración de la sucesión, porque no la hiciese saltar a hacer alguna que a ella no le estoviese bien y la obligase a hacer algún rompimiento con que fuese necesario venir luego a las manos o que, de verse apretada, tomase algún capricho que se echase toda en los brazos de esta Reina y Rey, casándose con quien ellos quisiesen y tomando ellos su protección y amparo; que procediendo de esta manera y no saliendo y aconsejándose con V.M., queriendo tomar su parecer y gobernarse por él, V.M. se la daría tal y la asistiría de manera que, con gran facilidad ella, cuando no se pensase, se hallase al cabo de lo que desea, y que estando V.M. en Flandes se podría, con más facilidad, atender a lo que a ella le convenía, que la parte que V.M. podía tener en aquel Reino, en caso de necesidad, V.M. procuraría la acudiese.

El se me echó a los pies, con el mayor contentamiento del mundo, diciéndome que llevaría a su ama la mejor nueva que hubiese llegado a nadie jamás en llevarle, sabiendo la voluntad de V.M., juntamente con el consejo que se le daba, del cual él sabía ella nunca saldría, y que era verdad lo que el Cardenal me había dicho del casamiento y que la Reina de Inglaterra le había enviado grandes amenazas diciéndole que, si se casaba le rompería la guerra, y que ella había remitido a su consejo a Francarton, que fue el que llevó esta embajada, y que el Consejo le había respondido, todo junto, que aque Reino todo, así grandes como de otra cualquiera cualidad de gente, y los de la una y otra opinión en la Religión, habían convenido en suplicar a la Reina hiciese esta merced de su patrimonio y que así, instada de todos, se había resuelto en ello, y que así tenían por cierto que la Reina, su ama, lo tomaría también en buena parte. Ccontóme que la Reina de Inglaterra había propuesto en Consejo que quería juntar los Estados para que se declarase heredero y que el Duque de Norfolk le había dicho que no era aquella cosa en que S.M. los había de meter, que la herencia vendría a quien Dios por derecho la había dado y instituido heredero y que todo el Consejo se había conformado con él si haber ninguno que le contradijese. Diciéndole yo la blandura con que debía caminar su ama con la Reina de Inglaterra, me dijo que tenía por cierto que había de haber revolución en aquel Reino; en tal caso, qué me parecía debía hacer su ama, y díjole que se gobernase según fuese fuerte o flaca la parte contraria de la Reina; encamendéle el secreto de todo esto, que lo guardase tanto cuanto deseaba que los negocios de su ama se hiciesen bien y que se guardase mucho de no decir nada a cualquiera de sus tíos porque a cualquiera que lo dijese era decirlo a la propia Reina madre. Con esto se fue muy contento a despachar a su ama un hermano suyo que aquí estaba.

Esto es cuanto, por ahora, podemos escribir a V.M.; plega a Dios que con otro se pueda enviar a V.M. mejor resolución.

Nuestro Señor guarde, etc.

A. S.— Estado. Leg. K. 1.504.

(El Duque de Alba y Don Juan Manrique.)

S.C.R.M.: El despacho que V.M. fué servido mandarnos escribir a los 29 del pasado recibimos ayer en Irún, en respuesta del cual, diremos a V.M. que, por lo que escribimos a los 29 desde Bayona, habrá V.M. entendido lo que, hasta aquel punto, ha pasado; después acá no habemos escrito a V.M. porque habiendo tan gran variedad en los negocios no nos ha parecido hacerlo hasta enviar alguna firme resolución.

A los 30 del pasado, en la tarde, la Reina, nuestra señora, nos envió a llamar; nos metió S.M. en un gabinete, al cabo de una galería, donde hallamos a la Reina madre y al Rey su hijo y Monsieur de Orleans, los dos Cardenales de Borbón y Guisa, Montpensier, el Condestable, Marechal Bordon. S.M. nos mandó sentar y luego la R. madre comenzó a decir que entendía que yo, el Duque, estaba con tan poca satisfacción de lo de hasta allí que, por este respecto, nos había llamado para que, delante del Rey y de aquellos señores de su Consejo, se dijese cuanto había tratado y luego mandó al Condestable que hablase primero, el cual lo hizo, tomando el agua de las atrás, que comenzó desde antes que la guerra se comenzase y vino a parar en que algunos malos hombres, con definida intención, se habían dejado decir que la Reina madre y sus hijos no eran católicos ni vivían en aquella antigua Religión que sus padres y que, entendiendo esto S.M. se había determinado de salir por todas las tierras de su Reino para mostrar a sus súbditos cuán contraria había sido aquella resolución, que es lo que me envió a mí, el Duque, Montuc sobre esta particular, vino a tratar cuán dañosa sería la guerra y que tampoco alababa la blandura y disimulación que el castigo le parecía mejor; es en conformidad de lo que yo, el Duque, había dicho a la Reina, por donde parece habérselo comunicado; vino después a tratar de la Junta, a lo cual la Reina madre dijo que, como ella no era letrado, no había sabido lo que había dicho a mí, el Duque, y esto, a lo que pareció, con demostración muy determinada y arrepentida de lo dicho; que lo que se había de hacer era juntar algunos prelados pocos y buenos y éstos de algunos de aquellos señores consejeros y otros letrados, así mesmo de su Consejo, para asentar las cosas del Concilio en lo que tocase a los privilegios particulares del Rey y en lo que fuese contra los estatutos de la Iglesia galicana, por manera que en cuanto toca a los dos puntos que escribía en el despacho de los 29, que es lo de la Junta y la tibieza con que hallé yo, el Duque, a la Reina en la ejecución del castigo de los inobedientes y desviados de la Religión que, por lo que habemos visto en esta despacho que recibimos ayer, presionó a V.M. y con mucha razón, nos parece queda bien asentado y la Reina madre ha hablado en ello a S.M. y nos ha referido que la halla con muy gallarda determinación, y también ha hablado en esta materia a mí, el Duque, otras tres o cuatro veces y me parece, a cuanto alcanzo, que está muy resuelta de hacerlo. Yo, el Duque, hice al Cardenal de Sancta Cruz que la tornase a hablar en lo de la Junta y me ha dicho la halla con grande constancia. Esto es cuanto ha pasado hasta los 2 de este que salieron SS. de Bayona, y no decimos a V.M. los medios de que usamos para traerla a esta resolución por importar poco al negocio y a V.M. le causarían tal larga scriptura. Después de comer, vinieron a dormir a San Juan de Luz y se fueron a apearse a la posada de la Reina madre, donde conó S.M.; otro día les dió también la Reina madre de comer en el mismo lugar y de allí vinieron a dormir a Irún. El Rey llegó con S.M. hasta el río, donde se despidieron con gran ternura, y la Reina madre vino a dormir a Irún con Madama Margarita y Monsieur de Orleans y esta mañana, en comiendo, acompañó S.M. a su madre hasta ponerla en el río, y de allí se vino a esta villa y, en su compañía el Duque de Orleans, el cual irá hasta Segura, y porque yo, el Duque, parto mañana y daré a V.M. más larga cuenta de todo, no lo hacemos aquí, pareciéndonos despatchar esta para que V.M. entienda lo que se ha hecho hasta mi llegada.

Nuestro Señor guarde, etc.

A.S.— Estado. Leg. K. 1.604.

(El Duque de Alba y Don Juan Manrique.)

De parte francesa :

Memoria de la Reina Catalina de Médicis : copia hecha a mano por M. Fourquevaux, embajador de Francia en España y cuyo original está en el Castillo del mismo (según consta en el libro de Douais, C. "Lettres de Charles IX a su embajador en Madrid de 1565-1572", primer apéndice. Vd. D. "Copia del informe escrito por la - Reina Madre":

"Y hablé estando en Bayona con la Reina de España mi hija y el duque de Alba de dos cosas. Una de los matrimonios de mis hijos con los del Rey mi hijo y los - del Emperador y de la Princesa su hermana con mi hijo Orléans (se refiere al futuro Enrique III) haciéndoles algunas proposiciones para su vida futura. Y sabiendo bien que es cosa acostumbrada entre príncipes cualquiera que sea la amistad y alianza no sacar algún provecho para los dos Reinos, cosa que es lo que yo mas deseo en el mundo, me lleva a ello tambien el ser princesa cristiana preocupada por ver el turco y a su armada frente a Malta, para que el Rey mi hijo (se refiere a Felipe II) no piense que me mueve tan sólo el interés por mi hijo Orléans.

Yo le dije que haciendo estos matrimonios estaríamos todos unidos incluso el Papa, el Emperador, nuestros dos reinos y los Alemanes, y tal vez alguno mas. A ello tendría que ayudar el rey de España para formar una alianza en interés común pues estamos en paz Dios Gracias con el turco y con todo el mundo.

Que hay que tener en cuenta que no me mueve mas que mi cielo para el bien de la Cristiandad porque no me parece bien ser causa de guerra sino utilidad para ambos reinos y el Emperador.

Volviendo a lo que le dije a la Reina mi hija y al duque de Alba, que tomando esta decisión habría que hacer algo por mi hijo Orléans. Y una vez hecho se verá que no he cambiado de opinión desde la entrevista de Bayona.

En cuanto a los otros matrimonios, no puedo sino agradecer enormemente al Rey mi hijo (Felipe II) y rogarle que continúe su buena voluntad y hacer lo que le pido dada nuestra común amistad. A lo cual nosotros corresponderemos siempre con todo por nuestra parte.

Douais, C. "Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux" 1565-1572- Ed. Alphonse Picard, Paris 1897. - Original Chateau de Fourquevaux. Tomado del libro, págs. 379-380.

Memoria de M. de Fourquevieux entregada al Embajador: (julio 1565) para dirigir -
al Rey, instrucciones.

Al servicio del Rey Católico hay tres ayudantes a los que se solicita los -
"placet" y otras peticiones como pedir audiencia y otras cuestiones para que les
den curso. Dos de ellos son hermanos y se llaman Santoyes y el otro es flamenco
se llama Vandenberg. Los tres están bajo Ray Gomez. Si la cosa es importante hay que
pedírsela al mismo Rey previo envío de un memorandun, el cual responderá a través
de su secretaría.

Cuando se quiere saber algo de las Indias o de Sevilla, hay que escribir al
"Gros" que vive ahí y esperar la respuesta al correo del Embajador. No escribir -
nunca a España sin que lleven la tasa de dos reales. Para conocer noticias de Ma-
drid del Campo que es como Lyon para Francia, hay que escribir a un tal José An-
dony que es el mercader mas rico de la villa. Es necesario que el secretario tome
constancia de los paquetes enviados. Cuando se quiere enviar correo a Francia hay
que advertir al duque de Alba y pedirle una nota para obtener dos caballos. Hay
dos secretarios para el correo. Cuando llegue el paquete al rey hay que pagar me-
die escudo.

Para dirigirse a la Reina:

Verla todas las semanas una vez, saber de ella lo que se pueda y comunicarse
con ella dando el punto de vista familiar pero con gran respeto.

Cuando se tenga audiencia con el Rey hay que ver a la Reina previamente para
decirle lo que ella deberá decir a su marido para el mejor servicio del Rey su he-
rmano y de la Reina Madre. Retirar las cartas importantes, verlas y despues decir
a su marido lo que lo parezca necesario y eventualmente juzgar si puede o no gan-
ársela (1).

Cuando el embajador de Francia no quiera ir se la enviará a la Reina si no
de mucha importancia, en caso contrario se la enviará pero cubierto por otro pape-
l a través de tercero.

Hacer que la Señora sepa lo que debe decir al duque de Alba. Hacer que entre-
tenga a Ray Gomez sobre los temas que convengan. Dar bien de comer a su mujer y
mantener sus celos.

Entretener a Erasmo y al confesor del rey.

No solamente hablar al Rey Católico de negocios, sino escuchar lo que ocurre
en su casa.

Querer a las señoras francesas y mostrar cariño por su hermano el Rey y la
Reina Madre.

Que tenga conocimiento de cuanto se estima en Francia la religión y la paz.
Entretener la condesa de Ursino y saber a través de ella como se conduce la Reina
Católica. También su servicio de guardia, las damas que la rodean y los capitanes
de la misma.

Sobre los secretarios del Rey Católico:

El secretario Erasmo tiene todo a su cargo, lo mismo el pasaporte que la con-
fianza y gracia del rey y del dinero. Todo pasa por sus manos. Escribirle en espa-
ñol las peticiones. Todo lo referente a los obispos y abades pasa por sus manos
y es Secretario de las Indias.

Todos los despachos de los Embajadores se hacen a través de Gonzalo Pérez, - que tiene los sellos y cifras del rey, Hay que dar bien de comer a su sustituto - Zayas cuando se le encuentre.

Para los asuntos italianos el secretario es Vargas, en temas de justicia y provisiones. Hay un regente de Nápoles, otro de Milán, un presidente de Flandes y un secretario llamado Corteville. Para Aragón hay un Protonotario. Hay un secretario para Alemania que se llama Finckinc que está al corriente de todo lo que refiere a este país.

Original en el Château de Fourquevaux. Tomado del libro de C. Douais. "Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux" 1565-1572. Ed. Alphonse Picard, Paris 1897. Pages 380-81-82.

Carta escrita por el rey Carlos IX a Monsieur de Fourquevaux, embajador en España

Señor de Fourquevaux, el paquete del que habláis en vuestra carta del 22 pasado por medio de un correo personal de Bayona no me ha llegado todavía, por lo cual espero recibirlo para tomar una decisión. Sin embargo en espera también el señor Villeroy, no he querido perder la ocasión de este correo que me presta el embajador de España y decirle que ya llegó la carta pero que un catarro con fiebre el que gracias a Dios me encuentro mejor me ha tenido ocho o diez días en reposo. Hago cuenta de partir para descansar unos días en Auvernia cuando termine mis asuntos más urgentes aquí. De suerte que todo va bien y desco que digais a la Reina mi hermana que su vientre sigue bien. Rogando a Dios, Señor de Forquevaux, que le conceda lo que deseáis. Escrito en Molins el 12 de marzo 1566

Charles

Original en el Castillo Fourquevaux y copia Ms. fr. 10751, pp 197-198. B. N. P.

Memoria hecha por M. Florimond ROBERTET y firmada por el rey de Francia. (1) 12-May

15

Aunque por las cartas enviadas anteriormente por el Sr. de Fourquevaux el Rey haya comprendido muy bien las instancias que se ha hecho acerca de su cuñado - el rey para que se haga justicia y se repare la crueldad de Pero Melandes con los sujetos franceses en Florida y que por las contestaciones tanto suyas como del duque de Alba, le quieran dar razones tanizadas que justifiquen su ejecución, con lo cual demuestran bastante poco deseo de hacer justicia con los autores de acto tan bárbaro e inhumano; considerando cuanto interesa a Su Majestad a su fama y grandeza tal empresa, ha buscado el medio mas adecuado a su deseo de amistad, que es señalarle el daño que se le ha hecho y rogarle que le guarde el mismo respeto que él desea sea recíproco como ha venido ocurriendo hasta el momento.

Por tanto el señor Fourquevaux, siguiendo lo que ya ha manifestado sabia y prudentemente a Su Majestad Católica, debe renovar su queja basada en la equidad - que no debe ser dejada de lado por ellos y hacerlo en los términos mas quejosos para que se presenten las excusas que deben hacerse en justicia al Rey. Pero Melandes u otros han cometido un crimen que no es admisible entre naciones amigas y Su Majestad Católica como gran rey que es debe hacerlo para mantener su grandeza y su fama de generosidad.

El acto (sigue refiriéndose a la matanza de Florida) vil e infame, debe ser castigado dado que siempre ha hecho profesión de justicia y la alianza fraterna que existe, la unión entre ambos reinos, alimentada y conservada por tan buenos oficios de una y otra parte; de tal manera que no hay que calificar de piratas a los súbditos del Rey pues no han hecho ningún acto de piratería, sino que han ido al lugar donde vivían antes sus predecesores, sin hacer daño a nadie, con patente y derecho de mando; que les libere de la falta que pudieran haber cometido, haciendo incluso una excepción de ello, sin alegar que han usado artimañas como dice el duque de Alba; ni tampoco se puede atribuir tal vinje al Sr. Almirante (2) y otros de su misma religión que hayan pretendido alterar la paz del reino de Su Majestad. Fue en primer lugar el duque de Alba no habló de ello a la Reina en Bayona como se ha dicho ni tampoco ella le dijo lo que él alega al Sr. Fourquevaux. Pues de haberlo hecho tal vez se hubiera remediado y lo que ocurrió no hubiera ocurrido. No fué sino en Tours cuando el embajador (de España) habló al Rey, pero era ya demasiado tarde; al cual se le dijo que los estaban allí dieron el golpe, como es costumbre de los súbditos de Su Majestad obraron en bien de la paz universal; pero que no se les había dicho no prohibido actuar, de ir no ir, pues no era necesario; ellos afirman no haber merecido tal agresión por no querer hacer daño a Su Majestad Católica en territorios, sino que se habían quedado en tierras que pertenecían a Francia desde hacía cien años y habían dado nombre al territorio y que habían sido tratados villanamente. Por lo que parece habían actuado con poca razón y no había lugar a tener crueldad como la tuvieron.

Por lo tanto Su Majestad insiste en requerir que se le haga una reparación por la muerte de su súbditos y espera que el Rey su cuñado, considere el bien y el mal que se hizo y encontrará con equidad el camino mas razonable y que mas le plazca por el contento de un Rey tan próximo a él, amigo y aliado, haciendo justicia, porque sería lo contrario si no se castigara a los bandidos cuya vida no le favorece en sus asuntos políticos.

(1) Hubo varios del mismo nombre, pero el que hizo esta Memoria fué el llamado Florimond que fué nombrado Secretario de Estado por Carlos IX en 1559. Se adjunta este documento por considerarlo significativo de la ambivalencia de Francia hacia España otras veces comentada. Otras parecidas se quejan de las dificultades de sus pesquerías en Hendaya, otras en Marsella, etc. etc.

(2) Coligny.

Cualquiera que sean las razones que se aleguen, el Sr. de Fourquevaux no se apartará de pedir excusas por lo ocurrido tanto al Rey de España como a su Consejo ya que Su Majestad no tiene menor valor que sus predecesores para soportar tal injuria y siente lo que es honor o desventajado para él y lo que debe esperar de bueno o malo de su amistad.

Y si se da una respuesta al Sr. Fourquevaux, tan fría como las que se le han dado hasta ahora según se desprende de la Memoria que trajo el Sr. Villeroy que a lo he complicado nada, pues a través de ella se ve que no hay que esperar buena voluntad por parte española sino lo que sea para su grandeza o para utilidad de los suyos, midiendo todo por ese rasero; Su Majestad quiere que tanto el Rey Católico como el duque de Alba sepan que está extrañado por la fría respuesta recibida, tanto mas cuanto que esperaba que resolvieran rápidamente a sus peticiones, como ha de su deseo toda su vida resolver lo que les había interesado.

Pues en momentos difíciles entre tantos príncipes, no quisiera enajenarse el entendimiento entre amigos pues despues es difícil el arreglo; lo cual Su Majestad quiere evitar por todos los medios. Y si del otro lado se dilata la respuesta a cosas que se han presentado antes al Embajador de España en Francia, no sé si se tendrá paciencia de tanto esperar. También no tienen, a pesar de lo que diga el duque de Alba, motivo de queja del Consejo de Su Majestad y menos todavía de la Reina madre, que en todo lo concerniente a la unión y amistad entre ambos reinos tiene gran interés y siempre le ha recomendado, por eso les extraña la tardía respuesta.

Para recordar al Sr. de Fourquevaux los puntos contenidos en la memoria se envía un resumen que le sirva de instrucciones para hablar de nuevo y ver si saca algo. Y porque tanto las opiniones del Rey como del duque de Alba dejan ver que no tienen interés por los asuntos de este Reino, estimando que la división religiosa motivo de las dificultades de las cuales gracias a Dios nos vemos libres ahora, es esa que el Sr. de Fourquevaux ha explicado cabalmente y debo hacerle ver de nuevo que la unión entre los súbditos es mayor en la actualidad que lo fue en tiempos de sus predecesores; y que la culpa que tal división ha causado entre sus súbditos es tan patente en sus corazones que no cree que tengas ganas de volver a empezar, que sería cosa fácil que alguien les persuadiera.

Además de esto, a Dios gracias, las cosas del Reino son tocante a la religión en tan buena situación que por el ejemplo del Rey y de la Reina su madre y su madre firme para mantener la religión católica cuanto pueden, lo que hace nacer la esperanza en el porvenir de que aumenten los que quieran estar unidos y disminuyan las divisiones. También vemos por experiencia que gozamos de paz y descanso lo que no ocurre en el resto de la Cristiandad. (1)

Dicha paz y descanso es lo mejor que pueda tener un Reino y el Rey quiere mantenerlo lo más posible sin permitir que se altere. Finalmente que el Sr. de Fourquevaux sepa cuán pacífico está el reino y, sin embargo repleto de una nobleza incómoda, que no desea sino levantarse en armas ("veuer les mains" dice textualmente) lo que no se les permite en esta época, aunque es bien cierto que han ido más de dos mil gentilhombres a Hungría y Sicilia y en otros lugares donde pensaron podía guerrear; dicha tropa si mañana hubiera necesidad el Rey la tendría aquí.

Escrita en Saint Maur les Fosses el 12 de mayo de 1666. (ROBERTET y CHARLES)

(1) Época de relativa paz en Francia, de consenso diverso con lenguaje actual. A en el texto antes de la Noche de San Bartolomé, cuando l'Hospital, ya no era Secretario de Estado y antes de la llegada a la Corte del Almirante Coligny.

Original: Chateau de Fourquevaux. Copia B. N. P. Ms. fr. 16751, pp. 292-300.

Carta escrita por el rey Carlos IX a Monsieur de Fourquevaux, embajador en España
 sólo se copia el final de la misma que hace referencia a la "Entrevista de Bayona"

"He querido advertiros especialmente tanto porque quiero que estéis al corriente de todo para que contestéis la verdad si os hablan de ello, como a menudo ocurre en este tema, que si os hablasen de dicho viaje, conocer la verdad sobre el mismo, que dijimos en Bayona al duque de Alba y que él no lo aprobó, usted pudiera dar razón en todas partes de lo que tratamos y rebatir las calumnias que podrían sembrar contra mí. Tanto mas si pudiéramos obtener la libertad de tantas pobres almas cristianas miserablemente cautivas, yo no estimaría que su viaje no hubiera sido de provecho y toda la cristiandad le estaría agradecida.

Lo que aprendió el tiempo que estuvo allí molesto por haberse sentido siempre vigilado, tanto que no podía ni pasearse ni platicar con gente alguna. Es un gran señor y de una increíble fuerza que se estima al menos en trescientos mil combatientes armados según su manera, con extrema artillería y toda clase de municiones, lo que es cosa espantosa. Dicho Señor había pasado el Danubio y hacía cuenta de ir a atacar Agria. Que había hecho al de Transilvania el mayor honor del mundo al devolverle su reino. En cuanto a la armada no he podido saber cual es su designio.

Esto es lo que ha sabido del viaje del que envié a Levante con ocasión de liberar a dichas pobres almas. De estos cuando y cómo considereis oportuno, dáreis parte al Rey mi buen hermano, para que esté advertido y no piense que se le queremos comunicar despues de realizado y sea casi como presentarle nuestras excusas. - Vd. vera lo que ellos le contestarán y me lo comunica en seguida. Rogaré a Dios, - Sr. de Fourquevaux para que os tenga en su santa protección. D'orean el 20 agosto 1566.

Charles

El original de este documento está en el castillo de Fourquevaux, copia Ms. fr. - 10751, pp. 416-420. B. N. P.

Carta de Carlos IX a su Embajador en Madrid, M. de Fourquevaux 2. mayo 1557.

Ultimamente, cuando estábamos en Bayona, le pedí a mi hermana la Reina Católica, que cuando volviera a España la hiciera dar un pasaporte al señor Vincent Arnolfini para que saliera de dicho país y encara hasta trescientos mil escudos para llevarlos a Flandes; lo que tanto ella como el señor Ruygones prometieron hacer e hicieron. Pero por lo que he sabido se contestó al señor Arnolfini que no podía sacar tanto dinero y que tuviera paciencia a ver si otra vez se le podía dar alguna suma más modesta. Y ahora que el joven l'Aubespino ha sido enviado para lo que vd. sabe he querido enviarle estas líneas para que sepa lo ocurrido en cuanto al envío del dinero y la promesa de mi hermana y del Sr. Ruygones, para que ud. se esfuerce como firme para que dicho pasaporte y salvoconducto se le proporcione al Sr. Arnolfini aunque no le proporcionen más que ciento cincuenta mil escudos para que los lleve a Flandes; y así hareis algo que me agradará mucho. Rogando a Dios, Sr. de Fourquevaux, que os tenga en su santa y digna guardia. (Escrito en Saint Maur des Fo el 3 de mayo 1557.

Charles

Original en el Castillo de Fourquevaux. Copia Ms. fr. 10751 pp. 791-792 B. N. P.

Memoria referente al Sr. de l'Aubespine, el joven que fué a España el 3 mayo 1567

(se entresaca lo referente a la Entrevista de Bayona)

El principal motivo del despacho del Sr. L'Aubespine basada aparentemente en la visita de SS. MM. Católicas y el deseo de tener noticias sobre la salud de la reina su hermana y también por el caso de Calais, es el deseo que mueve a escribir al Sr. Fourquevaux a insistir en el deseo que el rey y su madre, se entrevisten en Bayona, lo que no han logrado hasta el momento y hablar del paso de Italia, para el cual ha de hacerse según se dice una entrevista con el Papa, el Emperador y el rey católico. Tal entrevista como es probable no se acabaría sin dejar sentadas muchas cosas de importancia con el pretexto de ser en bien de la cristiandad, incluso si se habla de una coalición entre todos ellos a la que se unirían otros príncipes y potentados italianos y otros muchos cuyo interés es común, ampliándose enovemente el prestigio de Su Majestad. Sin embargo habiendo considerado un artículo del despacho al citado Sr. Fourquevaux que hacía mención de que el príncipe de Eboli había dicho que el rey Católico pasaría a Flandes, pero no antes del mes de noviembre, - después del parto de la Reina y en ese momento sería oportuno arreglar la entrevista muy necesaria entre el Rey (Carlos IX) la Reina su madre y los Reyes Católicos (Felipe II e Isabel) para gobernar de acuerdo lo más estrechamente posible de tal manera que jamás pudiera surgir celos ni desconfianza entre ellos; y si ello no se ha hecho hasta el momento es porque las cosas no estaban bien dispuestas por ambas partes o que no era llegado el tiempo oportuno como en este momento en que SS.MM. desean singularmente escrutar e investigar mas profundamente en este tema y es por esta causa que insisten en el Sr. de Fourquevaux para que les dé su opinión y manifieste su intención, que es que considerando el paso del Rey Católico por Italia y para ir a Flandes, encuentran verosímil la supuesta entrevista con el Papa, el Emperador y él mismo: tanto más cuanto que el camino conviene a la comodidad del viaje. Juzgan también que todas las resoluciones serán tomadas y el despacho cerrado y secreto de lo que deliberen, sea o no útil al público o a un particular, lo cual no dejaría de resultar a SS.MM. mas que sospechoso, incluso si se hacía sin ellos saberlo como aquí se manifiesta. Esto debe tomarlo en consideración el Sr. de Fourquevaux, dado el estado de las cosas y los asuntos en muchos lugares e incluso algunos reinos y países donde existe una gran división y han trabajado poco, según parece, para acabar con las dificultades entre el pueblo, para ir por delante de lo que es de temer o sea alguna maniobra escondida sobre este asunto; y también se dice que las primeras impresiones y los primeros golpes van por dos. Hay otro medio, dejar de lado al citado príncipe de Eboli con astucia y buscando la ocasión propicia para que la dicha entrevista entre los dos reyes tuviera lugar o lograr de él que tuviera presente, dónde y cómo, pero diciéndole sin embargo habilmente y con respeto que pueda juzgar que la idea viene de él, teniendo como tiene gran conocimiento de nuestras intenciones para que no sospeche y ponga dificultades. El podrá, para tomar parte mas adelante, pensar que ha oído bastante sobre el afecto y celo de la madre del Rey de Francia, manifestó el duque de Alba cuando estuvo en Bayona y la buena voluntad que siempre demostró para el bien común de estos dos grandes reyes, que ella considera como sus más queridos hijos, sin contar con el bien que el desea y siempre ha deseado a toda la cristiandad, siendo indudable que si hubiera entre ellos un acuerdo firme, digno de la gran amistad y alianza que tienen, todo el resto de la cristiandad lo vería con buenos ojos; y se sentiría tranquilizado. Las dos casas estuvieran bien unidas y fortalecidas por diversas razones, lo que haría a la cristiandad un gran bien porque estarían asistidas por la gracia de Nuestr Señor, cuya gloria y honor conoce por parte de dicha señora (se refiere a Catalina de Médicis) y de S.M. Católica; y de esta entrevista y consiguiente unión se obtendría una gran luz que hará comprender al príncipe (se refiere al de Eboli probablemente) que siempre se han tenido en gran estima y que sería un buen final terminar esta unión. En cuanto a él, que hable como si hiciera un discurso, pues hemos comentado minuciosamente sobre su apertura hacia la unión de las dos coronas, incluso porque vé que la Reina (se refiere a Isabel de Valois) su señora es tan buen casado de de hijos a su señor, entre los cuales nacerán del rey su hermano (Carlos IX) continuará una perdurable amistad y connivencia; de todo ello depende la grandeza y manten

mientos de las dos Casas Reales y por consiguiente de sus buenos y dignos servidores.

Si se pudiera llegar a este acuerdo por bien de la cristiandad y efectuar una política de matrimonios de nuestras dos casas y de sus más próximos parientes se produciría un fruto que desde hace tiempo deseamos para el fortalecimiento de las dos coronas. Por tanto se requiere al señor de Fourquevaux se emplee a fondo con todo su sentido y destreza y que hable sobre ello a la Reina sobre la apertura del príncipe de Eboli, después de haberle sondeado para ver si no se puede obtener nada de él; pues dicha Señora es sabido que tiene gran afecto por nuestra corona y tratará de arreglarlo lo mejor que pueda. SS.MM. desean ser advertidas lo antes posible por el señor d'Aubespine y sería muy propio que el señor Fourquevaux hablara con la Reina Católica de todo esto y le haga comprender "en passant" que recuerde lo que la Reina su madre siempre le ha dicho, que el Rey su hermano no se para casarse con un mujer mayor que él.

También visitará al señor d'Aubespine al Príncipe de España y a la Princesa de Portugal y les dirá que tiene al encargo de saludarlos cordialmente de parte de SS. MM. (de Francia) y darle buenas noticias tantas como desean oír de ellos y ejercerá lo mejor posible su oficio. Lo mismo debe hacer con respecto a los Señores Príncipes de Bohemia.
(se suprime un párrafo por considerarlo reiterativo sobre el mismo tema de matrimonios).

Se envía al señor de Fourquevaux el pasaporte para el Sr. Grimaldi, el cual debe asegurarse que en la menor cosa S.M. siempre se lo agradecerá, queriendo advertirle que este pasaporte que se le da, es un favor, y que se ha expedido otro de cinco mil quinientos mil ducados a nombre de unos mercaderes genoveses y uno de cincuenta mil para el tesoro de la Reina. Pero para que se sepa que bajo estas concesiones se gasta gran cantidad de dinero de este Reino, todo el consejo del Reino insiste en que se aprieten las clavijas para que cesen los gastos que hasta ahora ha perjudicado mucho. Pero la Reina, madre del Rey, que tiene cerca del corazón (o que le interesa tanto) todo lo que viene de esa parte, se ha enfrentado hasta ahora a todo el mundo para poder gratificarlos.

Escrito en Saint Maur el 3 de mayo de 1567

CHARLES

Original Chateau de Fourquevaux. Copia Ms. fr. 10751 pp. 703-805. B. N. P.

444

Nº 17 Del Duque ~~Alba~~ / Don Diego de Espinosa.— Bruselas, 23 octubre 1567.)

Ilustrísimo señor: Por la que escribo a S.M. verá v.s. todo cuanto aquí le podría decir, y así no haré más que remitirme a aquello, con suplicar a v.s. mande, — por las causas que tengo escritas y por las que ahora de nuevo escribo, se me provea con toda brevedad de dinero, porque, según la capitulación que se ha hecho con Embres, si de allá no se me ordena otra cosa, temo mucho poderme aprovechar de poco, y aun sino hubiera esto de por medio, lo que de allí se puede sacar no puede servir — para la necesidad presente y enviándoseme este dinero, como digo, se irán haciendo los efectos y cada día se pudiera ahorrar de gasto si esto de Francia no hubiera sucedido, por cuyo respecto convendrá estar con un poco de cuidado por la ruina vecinda que por lo de aquí yo digo a v.s. que nunca jamás estuvo tan quieto ni con menos apariencia de alteración, gracias a Dios por ello; y si la Reina madre me hubiera creído así en Bayona, de otra manera tuviera el Reino de su hijo. El socorro que se le da y lo que más he escrito a Don Francés y escribo ahora a S.M., verá v.s. por los despachos que van en esta zabra, la cual me ha parecido despachar porque de la tierra no podrá más servir en tanto que duran estas cosas. Suplico a v.s. mande que se tengan en Laredo algunas para poderme despachar de allá, que en estos Estados no se hallan navíos tan pequeños para poder despachar. Toda la priesa del mundo me coye a ver los papeles que se han tomado de estos señores y los siete jueces están bien ocupados en sacar relaciones; hállese muchas cosas muy sustanciales, de las cuales enviaré una sumaria relación a su tiempo.

Nuestro Señor guarde, etc.

M.B.— Mss. 28.385. P. 64

(British Museum.)

S. C. R. M.: A los 4 de esta llegó aquí Mos. de Maubesiara, enviado de los Reyes Cristianísimos, con cartas en su creencia para mí y, sobre ellas, me refirió al discurso todo de la paz y que no habían podido sus majestades hacer otra cosa - porque se destruían y que aquellos traían las cosas y desolaban el Reino, y que se aseguraba la Reina que brevemente seguirían las pisadas de V.M. y se acomodarían sus cosas y que me acordaban no haber olvidado las promesas de Bayona, que no habían podido ejecutarlas, que ahora que sus rebeldes quedarían desarmados se podrían acomodar mejor las cosas y que para esto le parecía que ninguna cosa vendría en propósito como unas nuevas alianzas, y por aquí fué alargando la materia hasta parar en que su ama me rogaba que yo la aconsejase y dijese cómo se había de gobernar que, de mi cabeza, quería parecer para tan grave negocio. Yo le respondí en palabras generales agradeciendo mucho al Reina la opinión en que me tenía, - me lo que yo podía decirle era que se compadecían mal dos Reyes en un Reino y que se aseguraba que si el Rey su hijo no procuraba quedar solo, que el otro lo procuraría y que en las alianzas yo no sabía de qué efecto podrían ser ni cuáles.

Díjome la noticiosa de la venida de V.M. de parte de la Reina y certificóme que, venido V.M., ella y Mos. de Anjn vendrían aquí y que quería que V.M. le heredase - e su mano, con la misma instancia que en Bayona y tan regalada como si acabara de estigar a sus rebeldes y pacificar su Reino. Con tanto le despedí, respondiendo en la misma creencia. Yo tengo por perdido aquel negocio y porque Don Francés habrá - ado de todo a V.M. más larga cuenta, como quien está sobre él, no me alargaré en esta.

Nuestro Señor guarde, etc.

A. S.- Estado. Leg. 539, fol. 51.

Nº 19⁴⁶⁴ Carta del Duque de Alba (A. S. M.- Bruselas 18 abril 1568.)

S.C.R.M.: A los 13 de éste escribí a V.M. con Angulo, correo que despaché este día, y con él envié todos los avisos que hasta aquel día tenía. Esta mañana me envió Don Francés la carta de V.M. de 20 de Hebrero, duplicada de 8 del mismo, la cual ha estado detenida en poder de la Reina madre no sé por qué respecto. No tengo que responder a ella, por haberlo hecho tan particularmente con el dicho Angulo; quiera Dios que haya pasado y si no fuera por la prisa con que éste parte a París fuera con el duplicado, pero llevarlo ha uno de mercaderes que partirá dentro de tres o cuatro días.

Demás de los avisos que de todas partes tengo y entre ellos la deposición de aquel que se prendió en Sanctomar, cuya copia envié al secretario Zayas, el cual hasta agora aún no me le han traído, a los 13 en la noche tuve aviso de Felipevila de Gaspar de Robles, que habían parecido hasta 4.000 caballos herreruelos y que la gente del país se venía retirando a Mariemburg; demás de esto, el mismo día, me escribió el Obispo de Lieja que había en sus vasallos novedad y que se armaban, algunos de los cuales había prendido hasta ocho y todos afirman que se ha de hacer una gran junta. También escriben de Francia que el Príncipe de Orenjes trataba con el Casimiro para traerle aquí, el cual se había escusado de venir en persona, pero dado licencia que se tratase con sus caballos lo que quisiese y que por toda Alemania anda convocando gentes diciendo que quiere venir a libertar estos Estados de la tiranía de los españoles y guardarlos para V.M. Vistas todas estas cosas y los cabos de la carta que Arambergue me escribe de Francia, que envié con ésta, yo junté ayer a estos señores del Consejo y resolví con ellos las cosas que V.M., siendo servido, podrá mandar ver, a las cuales he ya dado principio y, si la cosa va de veras, saldrán luego de aquí y me iré a poner en Namur o en Hu, para, si puedo, tomar la frente a los enemigos y sino, irles a la cola. Yo pienso desde luego meter cinco o seis banderas en Hu, no embargante que el Obispo escribe que dos o tres porque las acepta de buena gana, y si de Alemania vienen de propósito, lo que no creo, con la gente que podré llegar de todas partes, dejando guarnición en las tierras de que no me aseguro, que son muchas y la han menester muy grande, saliré a esperarlos al país de Julias y traeré allí la guerra, teniendo a las espaldas estos Estados por respecto de la vitalla y, en cualquier caso, pienso levantar luego 5 ó 6.000 suizos y, en teniéndolos aquí, si tengo caudal, despedir los alemanes de Hebrestein y Chamburg, de los cuales estoy poco satisfecho por las amistades y deudo del Hebrestein con el Príncipe de Orenjes, demás de que tengo a esta gente toda por hereje y de los suizos puede fiarse cualquiera cosa siendo católicos, tan buenos soldados y gente tan a la mano y tan recogida demás de otras muchas comodidades que se siguen para esto y para todo lo demás que podría suceder. Ya V.M. ve la necesidad que hay de dinero, no habiéndose aún podido sacar nada de estos Estados, como por la relación que envié con este último correo habrá V.M. podido ver; suplico a V.M. mande que se provea con tiempo y de lo demás esté V.M. sin cuidado que, con la ayuda de Dios, a todo se dará recaudo; lo que a mí me da pena es el estorbo que esto me podría dar a los negocios de la hacienda.

La Reina madre vuelve agora de nuevo a tratar de alianzas, como si hubiera hecho todo lo que por ellas prometió en Bayona, porque demás de lo que Mauvasiera pasó aquí conmigo, como ya escribí a V.M., vuelve a la plática con Don Francés tan apretadamente que a mí me tiene espantado de la manera que aquello se trata, y el Cardenal de Lorena se va haciendo parte de este negocio como el dicho Don Francés. Escribiré a V.M. a que me remito, habiéndole mostrado una carta muy larga del Emperador sobre el casamiento de la Infanta Isabel, que debe ser del tiempo que se comenzó la plática, agora dos años o tres, el cual me ha avisado de la necesidad que se padece en esos Reinos de pan y el mal recaudo que ha hallado en la Reina para la trata. Yo quedo aquí mirando si podré hacer ir alguna cantidad de trigo y, si puedo concertarme con los Esterlines, la haré ir luego la vuelta de Laredo.

Nuestro Señor guarde, etc.

Carta de Albornoz A Don Hernando de Toledo.-- 1568. Duque de Alba

Ilustrísimo señor: No me ha descuidado de lo que v.s. me tiene mandado de la -
pañía para Don Alonso, ni torné mucho trabajo en encaminarlo, pues lo tiene muy
cargado el señor Don Fadrique, y tiene determinado darle la del capitán Francisco -
rández Dávila, como voya a tomar la posesión del castillo de Groeninge, donde -
está proveído, de manera que yo tengo esta negocio por hecho.

Otro que v.s. me mandó de la tapicería ha comenzado, y envié a v.s. con un cri-
o nfo, trescientas y tantas anas en siete paños que eran del Marqués de Bergas -
hasta ahora no he tenido aviso si v.s. lo recibió, y habiendo escrito al dicho -
escribe lo dejó en poder de José Martínez de Rocalde. Suplico a v.s. me mande -
lar si se ha recibido o, si está allí, que se envíe por ella, que aunque es de -
antigua, es muy buena, y si v.s. manda que lleve más, lo haré, que la ropa bien -
ya ha comenzado a encaminar alguna parte, pero no pienso darla a v.s. hasta que
misma le bese las manos con ella.

El Duque, mi señor, Dios lo guarde, está bueno, aunque muy flaco y con tantas -
lancolías que, cierto, es de temer cualquiera accidente que le diese y, en verdad
go a v.s. que en ninguna cosa pueda ganar tan gran mérito como en solicitar su -
e, y pluguiera a Dios que pudiera yo decirlo a v.s., que yo sé que cualquiera di-
ción, por pequeña que fuera, quitará a v.s. el sueño como quien tan tiernamente -
ama, y perdoname v.m. este atrevimiento, que no lo he podido excusar.

Nuestro Señor guarde, etc.

(De Albornoz.)

A.A.- C^o 151-17.

Nº 24. Del Duque de Alba a Eboli = (A Guzmán de Silva.— 1568.)

Muy magnífico señor: A los 7 del presente recibí la carta de v.m. de los 3 de él, y he holgado mucho en entender tan particularmente el tratado que ingleses tenían en Cales. V. m. hizo muy bien en avisarme de ello con tanta diligencia porque en negocios de la cualidad de éste, no conviene olvidarlos ni dejarlos estar, aguardando ocasión para dar el aviso y cuanto a lo que v.m. dice que no ha querido dar cuenta de esto al Embajador de Francia hasta ver lo que me parece, ha hecho muy acertadamente y en ninguna manera es necesario dársela por muchos respectos, antes, si él entendiese algo de esto, v.m. le echará la capa encima, procurando de cubrillo diestramente sin que entienda que v.m. sabe cosa ninguna de este particular; y de lo que en él se hiciere, me dará v.m. avise, que ya poco queda para ver el plazo.

Lo de Francia está de manera que se tenía por cierto se haría el acordio brevemente, porque la resolución de ello estaba en que Condé pedía que le pagasen los raitres y se entendía que el Rey no vendría en ello pero, concluido este punto, se creía harían la paz; con cuidado estoy aguardando ver lo que querrán hacer estos caballos que han varado de Alemania a la vuelta a sus casas.

Yo quedo bueno, gracias a Dios, que guarde, etc.

A.A.— Cº 64-187.

Nº 22427

-34-

Del Duque AIA S. S. y al General Fray Vicencio Justiniano.- 1508.

Beatísimo Padre: Volviéndose el Reverendo Fray Vicencio Herculano a quien V.B. le servido enviar en estos Estados, para visitar los conventos de la Orden de San Domingo, no he querido faltar de acompañarlo con ésta hasta para besar a V.B. - a pie por el beneficio tan grande que lea ha hecho en enviar persona tan religi- ciosa y de buena vida, al cual ha hecho en todo muy cumplida y debidamente su- licio, y de lo demás él podrá dar a V.B. cuenta, remitiéndome en ello a su rela- ción y rogando a Nuestro Señor guarde, etc.

Otra al General Fray Vicencio Justiniano, mutatis mutandis.

A.A.—Cº 66-140

CARTA DE M. de FOURQUEVAUX EMBAJADOR DE FRANCIA EN ESPAÑAAL REY CARLOS IX

Sire,

la llaga está todavía tan reciente por haber perdido a la Reina de España, que no se puede hablar de negocios, sino tan solo del luto y los honores que se le están prodigando. Así se lo dirá de palabra Mgr. Lignerolles. Ya sé que se han quejado al Papa por la Bula "in cena Domini" por considerarla per judicial para los derechos y privilegios del rey de España, tanto por la monarquía de Sicilia que le quieren quitar, como otros privilegios que se abolen; en cuanto al uso de nuevos breviarios prohibiendo los antiguos a los religiosos también les perjudica mucho ya que tan sólo los treinta y siete monasterios de la orden de San Jerónimo que hay en España están valorados en trescientos mil escudos; hay cierto malestar por estas razones contra el Santo Padre. . . . En cuanto a las previsiones de guerra, Sire, se ha convocado a muchos capitanes españoles, no sé cuantos, para hacer una leva de infantería si fuera necesario y enviarlos a la frontera vuestra para asaltar o defender. También Mgr. de Lignerolles le hablará de todo esto y de lo que V. M. le ordenó, por lo que no me extiendo mas en esta carta. Ruego a Dios que conceda muchos éxitos y larga vida a V. M. Desde Madrid el xv octubre 1568.

Vuestro humilde, muy obediente y obligado servidor y súbdito

Forque vaulx

(Forquevaux)

CARTA DE M. de FOURQUEVAUX EMBAJADOR DE FRANCIA EN ESPAÑAA LA REINA MADRE

Señora,

Si Dios hubiera querido conservar mas tiempo la vida de la Reina vuestra hija, como todos hubiéramos querido, no sería yo hoy tan desgraciado al tener que daros la triste noticia de su muerte, cosa que no puedo dejar de hacer puesto que estoy en este lugar al servicio vuestro. La pérdida, Señora, es irreparable y todavía es mas penosa porque su muerte fué como toda su vida y os aseguro que de aquí a quinientos años todavía se la recordará en este reino como de una bondad ejemplar y con todas las virtudes que puede tener una princesa, de las que ha habido nunca en España, tanto por su vida como por su muerte; de tal manera que las gentes de aquí no dicen mas que bien de ella y están entristecidos por haberla perdido como reina y señora, lo cual Mgr. de Lignerolles tendrá ocasión de contároslo mejor que yo y haceros un informe de todo lo que se le ha dicho sobre vuestra hija y la contestación a la embajada que aquí le ha traído; por ello no quiero hacer mas largo este escrito y le he pedido que os exprese mis respetos con mi sentimiento; si ocurre algo no dejaré de avisar a V. M.; asegurandóos, Señora, que el Sr. de Lignerolles no ha olvidado de recordar a los que quisieron en su día controlar vuestras posibles influencias en este reino, ni ha dejado de decirle a Don Francés (1) en lugar de al Principe de Eboli, en lo tocante a los malos officios que haya podido hacer hacia el Rey su señor; y le ha hecho conocer y tocar el dedo a Su Majestad, al cardenal, al Principe de Eboli y al obispo de Cuenca, que jamas reina, asaltada y oprimida por infinitas preocupaciones, como V. M. se vió a lo largo del reinado de su hija y como gobernasteis con gran destreza el reino de Francia, tratando de evitar las tormentas entre ambos reinos, tanto que lo que parecía iba a ser un gran naufragio está ahora enderezado y puede llegar a buen puerto. Dios guarde etc. etc.

Del xv de octubre 1568

Forquevaulx

Bib. Nat. ms. frs. 16103 fº 449. Manuscrito original.

(1) Debe referirse a Francisco de Alava, embajador de España en París.

MEMORIA SOBRE LA MUERTE DE ISABEL DE VALOIS QUE LLEVO A

LA CORTE DE FRANCIA m. de LIGNEROLLES. 15 octubre 1568.

Habiendo llegado a Madrid el ultimo dia de septiembre no pudo tener audiencia de inmediato porque el Rey estaba en el Pardo y la Reina Católica quería encontrarse bien del todo cuando fuese a besar su mano y hubiera resuelto si haría o no el oficio de duelo. Su Majestad se sintió muy mal en los dos primeros días de octubre con muchos vómitos y debilidad de corazón hasta el tercer día en que don Juan Manrique envió a buscar al Sr. de Fourquevaux para decirle el mal estado en que la reina se encontraba y que se acercaba su fin. Oído esto marcharon a palacio y fueron recibidos y la reina les encomendó que escribieran a su madre y hermano y que les recomendaran a las damas francesas que quisieran volver a su país despues de su muerte pues le habían sido muy fieles. Despues habló con el Sr. Lignerolles. Tambien los médicos que la atendieron les contaron su enfermedad.

Su Majestad tuvo un mal parto entre las 10 y las 11 de la mañana y murió a mediodía. Su cuerpo fué llevado al dia siguiente lunes 4 por los grandes de España, duques de Arcos, de Nájera, de Medina, de Riosco y de Osuna, marqueses de Aguilar y de Postas, conde de Alava y otros marqueses y condes, hasta la iglesia de las Descalzas, que es un Monasterio de señoras fundado por la Princesa donde se celebró el funeral y se depositó el cuerpo.

Los Príncipes de Bohemia, el Cardenal Espinosa, el Nuncio del Papa, los embajadores del Empeñador, de Francia, Portugal y Venecia asistieron a las ceremonias y a la novena que terminó el 13 de los presentes.

Las honras fúnebres serán el 17 de este mes con gran solemnidad y los cirios blancos. El obispo de Cuenca, confesor del Rey Católico hará la oración fúnebre. Dicha Majestad se retiró al Monasterio de Juste el mismo día del fallecimiento con don Juan de Austria, Ruy Gómez y el prior D. Antonio. Mañana y tarde asiste a los oficios fúnebres y a los que hacen los religiosos de tal forma que practicamente en todo el día se mueve de la iglesia. Nadie puede acercarse a él y permanecerá un mes recluido.

El día 4 se publicó en Madrid que todos los hombres y mujeres de la villa y corte se vistieran luto, se prohibió todo color bajo pena de multa de 10 mil maravedises o sea veinte escudos, para los ricos y prisión para los pobres.

El día 5 se prohibió llevar seda en los sombreros o en los vestidos y cualquier clase de ornato, lo mismo en el hombre que mujer. Llegado el día 7 a las siete horas de la tarde el embajador fué al encuentro del principe de Eboli al monasterio de Juste y le dijo el motivo de la llegada del Sr. de Lignerolles y que sería necesario que el rey lo oyera lo antes posible y tras unas breves palabras sobre la desgracia ocurrida

le preguntó si vendría el Archiduque Carlos a lo que el príncipe contestó que debía de venir pues cuando el Emperador supo la muerte del Príncipe de España había cambiado de parecer. El embajador contestó que probablemente cambiaría de parecer al conocer la muerte de la Reina y que corre el rumor que la hija mayor del Emperador cuya boda con el Rey Cristiano (1) estaba en tratos, se rompería y sería esposa del Rey Católico puesto que ahora era viudo y la segunda para el rey de Portugal; cosa que parece difícil de creer al embajador teniendo en cuenta que la fallecida reina tenía por seguro y así lo había manifestado que dicha princesa austriaca estaba destinada al rey de Francia su hermano, incluso se lo había dicho a Eboli y se lo había escrito a la Reina de Francia su madre. Por lo que si dicha promesa no se mantuviera sería una doble ofensa al Rey Cristiano. Ruy Gomez aconsejó al embajador que escribiera a la Reina Madre que S. M. debía rogar al Rey Católico que casase al Rey su hijo a fin de que los lazos de amistad de las dos coronas se mantuvieran unidos y continuar teniendo la consideración de padre y hermano. A lo cual el embajador contestó que ese lenguaje se había ya empleado y que no hacía falta volver a empezar porque algunas de las promesas de matrimonio no se habían cumplido y que a su modo de ver no era el momento de escribir sobre el tema; por lo tanto que el Rey de España debía escribir para consolar a su suegra como era natural y obligado, dándole la seguridad de querer continuar la alianza y amistad e incluso fortalecerla por un matrimonio o por otros medios a los cuales SS. MM. llegaran a un acuerdo y añadió que en cuanto a la pena del Rey se consolaba cuando tuviera otra mujer y que en cambio la Reina Madre había perdido a su hija. Por eso a él le tocaba consolarla y al rey su hermano por todos los medios posibles y no esperar que el consuelo venga a la inversa lo que retrasa la amistad y lo que ha sucedido en vísperas de Su Cristiana Majestad concluyera su alianza matrimonial, (2) y la intervención del Rey Católico podría estropearla, siendo un desdén para el rey de Francia que cuando se le iba a conceder la hija mayor se le diera la segunda o incluso ninguna de las dos, todo lo cual eran dilaciones y hermosas palabras como si se quisieran burlar de S. M. lo que obligaría como gran rey que es a vengarse de la injuria que se le hacía. Tales palabras las dijo el embajador de motu proprio y sin culpar para nada a Ruy Gomez principal ministro de S. M. y que pensaba que en el caso de haber una guerra entre Francia y España no sería grave a pesar de la muerte de la reina y podría ocurrir que hubiera una situación trágica hasta ver la decisión del Emperador y del Rey Católico. El embajador francés rogó afectuosamente al príncipe de Eboli que hiciera de intermediario como siempre había hecho y que enviase a través del Sr. Lignerolles un despacho referente a este matrimonio y otras cuestiones que pudieran agrandar a SS. MM. Cristianas y confirmar su buena intención en cuanto a los rebeldes. El príncipe de Eboli prometió hacerlo y en el curso de la conversación manifestó que los grandes de España vendrían a ver a su rey a pedirle varias cosas, entre ellas mantener la buena amistad en-

(1) En otra parte hemos señalado que al rey de España se le llama en estos documentos de la época "Rey Católico" y al de Francia "Roi Très Chrétien".

(2) Es de notar en esta Memoria, la preocupación de prioridad que los reyes de Francia tenían en cuanto al de España, que merecería el moderno giro de "complejo de inferioridad".

tre los dos reinos que puede verse enfriada por la muerte de la reina, y tambien insistirle en que se case de nuevo para darles un heredero. (3) Manifestó Eboli que le propondrían se casase con la Infanta Ana y su hermana segunda al Rey Cristianísimo, su hermano, y Madame Marguéríte al rey de Portugal. Sin embargo Ruy Gómez rogó al embajador que guardara secreto pues no estaba seguro ni en su mano que dicha segunda hija del Emperador pudiera casarse con su Rey. Puesto que él tenía su fortuna y familia en Portugal y quería que viviesen en buena armonía con su rey natural; pero que haría un buen oficio y leal deber para que los otros grandes del reino interviniesen sobre dichas alianzas y que incluso hay mas partidarios de Francia en Portugal que de Bohemia.

El secretario Cayes dijo al embajador que su Rey no podría negarse a la petición de sus Grandes de que se volviera a casar pues querían un heredero; creía que la Infanta mayor hija del Emperador era la que mas le convenía entre las princesas cristianas y que creía que dicho matrimonio se haría, aunque no de inmediato, pues quisiera que fuera a satisfacción de todos sus súbditos, añadiendo que la segunda fuera reina de Francia y Madame la hermana del rey, reina de Portugal.

La duquesa de Alba incluso el 12 de este mismo mes dijo las cosas igual al embajador y que sin embargo nunca el Rey Católico volvería a casarse sin oír la opinión de la Reina Madre y manifestó saberlo de buena tinta.

El Nuncio del Papa dijo en dias pasados a Fourquevaux que dudaba que el matrimonio de la segunda hija estuviera tan avanzado y que la palabra dada a Portugal sería difícil de retirar. Además, dos razones podrían inducir al Emperador a no entregar a su hija: una por conocer las guerras en Francia y esperar su final. Otra, que no entregaría a su hija a gusto como reina de un reino contaminado y gastado por las herejías. A lo primero contestó el embajador que los trastornos no eran tan grandes y que con una palabra del Rey podrían terminar las querellas, es decir, con prometer a los adversarios el ejercicio de su religión, cosa que grandes príncipes le han aconsejado hacer en aras de la paz. A la segunda, que poco importa que en Francia haya algunos hugonotes pues de cien franceses, noventa y nueve son católicos romanos y aunque fuera de otra manera que mientras viva el rey combatirá a los herejes, lo mismo que la Reina Madre y sus Señores hijos son católicos como el que mas lo sea en la Cristiandad; pero aunque fuera de otra manera es sabido que antes para confirmar la paz o salir de una guerra entre dos reinos, ha ocurrido que reyes y príncipes cristianos se hayan casado con hijos de reyes infieles y a la inversa. A lo cual el Nuncio quisiera que esta cuestión se pospusiera y la autoridad del Papa restablecida sin dejar sitio al azar. (4)

(3) Muerto el Principe Don Carlos, no había herederos varones de Isabel de Valois.

(4) Todavía en este tiempo la opinión del Nuncio era muy tenida en cuenta, ya que en Roma preocupaban los avances de la herejía en diferentes reinos y entre ellos Francia y los Países Bajos.

Don Dietrichstein embajador del Emperador habló con Fourquevaux durante la novena y le dijo que dichos matrimonios no estaban decididos y que incluso habría que obtener dispensa de S. S. También se dijo a Fourquevaux que los portugueses no querían aceptar la poca cantidad de oro que el Emperador ofrecía, nada más que cien mil escudos. Esto lo oyó el embajador sin estar presente el sr. Lignerolles.

El obispo de Cuenca les habló de parte del Rey del que era confesor y dijo que los asuntos franceses estaban muy bien representados por el Sr. Lignerolles, imposible mejor, con lo cual se quedaron muy contentos. Esto fue el día diez del mismo mes. El mismo día a las 7 de la tarde fueron recibidos por el Rey Católico para enviar un mensaje a los reyes de Francia, al rey y a la reina madre y el sr. de Fourquevaux testimonió no haber oído nunca un discurso tan bueno y sabio y tan bien razonado y que ambos lo escucharon con gran atención. Que manifestó su agradecimiento al sr. Lignerolles por su presencia.

Después se hizo esta visita a Rey Gómez y al Cardenal Espinosa para presentarle los mismos puntos de vista y estuvieron de acuerdo en mantener la amistad entre ambos señores, asegurando que incluso se acordaría por parte del Rey Católico después del fallecimiento de la Reina, que consideraría al rey de Francia como su hermano y medio hijo a la Reina Madre en vida de su mujer, pues ahora como hijo completo tan buenas palabras, tantas promesas de bondad han de dar buen resultado cuando se trata de personas sin doblez como es el caso de los señores del mundo.

Finalmente los señores de Lignerolles y de Fourquevaux fueron a besar las manos de las infantas Isabel (5) y Catalina y manifestó a la duquesa de Alba el recado que le trajo de parte de la Reina Madre de Francia; a lo que respondió, para que se lo comunicara, entre lágrimas y las de todas las señoras de la Corte tanto francesas como españolas, por haber perdido una Reina por la que tenían gran estimación.

En cuanto al testamento de Su Majestad que hizo cuando su primer parto ante el notario Risco de Segovia, no había vuelto a hacer otro, aunque por lo mismo no se ha sabido que se sepa y su confesor que lo había escrito un llamado Rachecho, había muerto hacía un año. En cuanto a que la Señora haya añadido algún codicillo, remitiéndose al Rey para realizarlo como mejor le pareciera, le recomendaba a todas sus damas y especialmente a las francesas y entre ellas a Mademoiselle de Chaulincourt.

Si falta escribir algo en esta Memoria, Mr. de Lignerolles lo dirá de palabra.

La persona de esta Memoria está en París, Rue Nal. n.º 16193 junto a las
 Rue de la Antierne, fechada el 15 octubre 1693, en Madrid.

(5) Se refiere, claro está, a Isabel Clara Eugenia.

Nº 26- Del Duque de Alba al Papa (A S. S.— 1568.)

Beatísimo Padre: Volviéndose el Reverendo Fray Angel de Aversa a quien V.B. —
fué servido enviar en estos Estados para visitar los monesterios de la Orden de San
Francisco, siendo la persona que es, me ha parecido faltaría a lo que debo si no —
le acompañase con ésta para, después de besar a V.B. los pies, decirle el beneficio
tan grande que ha hecho a dichos conventos en enviarles un religioso tan docto y —
de buena vida como Fray Angelo, el cual he hecho en todo muy cumplida y debidamen-
te su comisión, y porque de lo que más hubiere cerca de ello le dará ya cuenta a —
V.B., remitiéndome a su relación, acabo ésta con rogar a Nuestro Señor guarde, etc

A.A.—C^o 66-130

Ilustre señores: Antes que comenzasen a bajar los caballos del palatino debajo de la conducta de su hijo el Duque Castiello para el Príncipe de Conde, crecieron por todas partes los avisos tan afirmadamente y de personas tan particulares asegurando que ellos y los rebeldes venían a invadir estos Estados, que a quien no tuviera la cabeza tan firme como el Duque, mi señor, con gran facilidad se la movieran, porque, cuando menos, los que más caldamente afirmaban estas materias eran los Embajadores de S.M. en Francia y Alemania y todos los demás criados y servidores que en muchas partes y en estos Estados tiene, afirmando también algunos que el campo del Rey se juntaría con ellos; llegó el negocio a término que vino a ser murmuración de los que no conocen al Duque, mi señor, y a los otros, más servidores suyos, les parecía descuido y se lo acordaban y ponían delante. Viendo que con los avisos de tantas partes tan conformes, tan llenos de poder, no se movía a hacer gente, yo quiero confesar a v.m. mi culpa, que no estuve en dos dedos de pasarlos con ellos, pero, después que oí a s. a. tratar del remedio me equivoqué mucho el ánco y, pues se han esparcido los nublados, quiero decir a v.m. las causas que le han movido a no hacer caso de la venida de éstos, antes que tomasen la vuelta de Valdephinghen tuvo resuelto, si vinieran en estos Estados con consentimiento, como se dijo al principio, del Duque de Cleves, salir primero con su gente y entrar en su país y traer en él la guerra, sacando de los presidios alemanes y toda la caballería y levantar de nuevo 12.000 valones, los 6.000 para llevar consigo, los otros 6.000 para dejar en campaña con Monsieur de Norquerme y 12 piezas de artillería para ir sobre cualquiera villa que se menara y meterla a cuchillo y, en caso que vinieran a entrar por el país de Lucanburgo, dejarlos llegar y, en tal caso, los tenía por perdidos, por ser los pasos tan malos, tan montuosos que con gran facilidad, poniendo en Lieja un presidio de 4.000 ó 5.000 infantes y otro en Ha, tomándolos el puente de la Mosa, los cuales aceptara de muy buena gana el Obispo y s.e. con el resto en Namur, cortarles los pasos y hacerlos detener en una legua 15 días, y v.m. sabe cuán de mala gana dejan los herreruelos sus carros y bagajes, tanto más viniendo sin artillería ni otros pertrechos para poderse acampar sobre ninguna plaza, y si lo les antojara dividirse y volveras para traer artillería, con mayor facilidad se eschicieran, y en el entretanto pudiera rehacerse s.e. y sacar gente de Alemania. En cualquiera de los dos casos, después que comenzaron a tantar el aguzo de la Muela, el Duque, mi señor, se comenzó a reír tan de veras de los que le venían con estas nuevas, que llegando, entre unos, uno del Consejo privado, que acababa de llegar de Lucanburgo de acompañar a Madama, le dijo tantas cosas y de tantos ejércitos que venían por tantas partes que, por complacencia s.e., se resolvió en decirle que se rendía, y para que v.m. entienda mejor la causa porque el Duque, mi señor, hizo donaire de la venida de éstos, después que vio que pasaban la Muela, le e saber que el Conde salió de Francia a recibir los reitros de la otra parte del río a Nouf Chateo, cerca de Metz y Thunville, y los reitros estaban de esta otra, por manera que, si tuvieran intención de venir en daño de estos Estados, antes de pasar Condé y los suyos a juntarse con ellos, que no los reitros a juntarse con él, pues era perder tiempo, pasar y repasar la ribera.

He querido decir a v.m. las cosas que para todos lances estaban apercebidas, para que, al llegar por allá lo que a mis oídos, sepa lo que pasa, y quisiera ser un buen coronista que pudiera satisfacer a tan excelentes designios; pero, como quiera, diré a v.m. que no sé yo quién dejaba perder una ocasión tan grande para conquistar honra y reputación, levantando un ejército tan grande o mayor que el del rey y los rebeldes y salir con él a la frontera, dijera ahora que había sido alar a los enemigos, pero, Dios lo guarda al Duque, mi señor, que no ha querido comprar tan caro como gastar 500 ó 600.000 ducados y destruir el país que S.M. le tiene encomendado con los caballos a infantería que se hubiera de levantar. Plaga a él que lo pague éstas y las demás cosas que aquí hace en su servicio y en el del rey y nuestro señor.

MEMORIA GALEATA DE ENRIQUE DE BORBON REY DE NAVARRA, DIRIGIDA
CATALINA DE MEDICIS, REINA MADRE DE FRANCIA.

Este escrito lo redactó la reina Margarita, según sus propias palabras: "El rey mi marido, no teniendo a nadie que le aconsejase cerca de él, me mandó escribir lo que tenía que alegar ante mi madre la reina y mi hermano, de modo que la responsabilidad no recayese ni en él ni en persona alguna. Dios me hizo la gracia de redactarlo tan bien que mi marido quedó satisfecho y los emisarios que lo llevaron a la Corte, asombrados al verlo tan bien hecho".

El texto que sigue corresponde a una edición de Guessard, con algunas correcciones e inclusión de párrafos de las cartas de Enrique IV citadas en la bibliografía. Se trata de justificarse ante la Reina Madre de una conspiración que ella descubrió, la de Saint-Germain y que costó la vida a La Mole y a Cossé.

Esta Memoria dirigida a Catalina de Médicis es sabido que Enrique de Navarra nunca la desmintió y que además profesó siempre respeto y hasta cariño hacia su suegra, lo mismo que al rey su cuñado, en este caso Carlos IX. Rara vez escribía a este último sin hacerlo también a la Reina madre.

"Señora, me considero muy dichoso de la orden que os place hacerme: estoy obligado además a responder ante VV. MM. de otra forma temer que me creyesen atraído por ciertos personajes y habladurías. Diciendo la verdad aparecerá mi inocencia y la maldad de los que hayan podido mentir sobre mí. Por tanto diré que desde mi mas tierna infancia comencé a teneros en estima y que el rey mi padre y mi madre me enviaron a la Corte a los siete años, para que os tomara afecto y os sirviera desde niño fielmente como lo hizo mi difunto padre, que no necesitado de otros testigos ante vos que entregar su propia vida por la corona (4): muerte que fué muy temprana con respecto a mi que quedé huérfano obediente de la reina mi madre, que continuó educándome en la religión que ella profesaba; y que viendo que a la muerte de mi padre, era necesario que me hiciese conocer por mis súbditos, me hizo llamar a su país, lo que hice con gran disgusto, por verme alejado del rey y del rey de Polonia (5) hacia los cuales, además de la proximidad de nuestra edad, yo recibía tanto honor, que el lugar del mundo donde yo era mas feliz era en compañía de ellos. Después de haber vivido cierto tiempo en mi país, mi madre se encaminó hacia Nérac para recibir a VV. MM. a su regreso de Bayona; estando allí llegó un enviado del Príncipe Condé, que le hizo saber que sus enemigos eran cada día mas fuertes (es decir los hugonotes hacia la Corona) y que estaban decididos a librarse de los que estaban armados, para exterminar mas fácilmente a mujeres y a niños y de esa manera acabar con nuestra Casa; y que esto lo sabía de buena tinta; y que a los cuatro o cinco días él se iría a La Rochella con su mujer y sus hijos. Esto preocupó tanto a mi madre que temiendo que la misma desgracia nos ocurriera a nosotros decidió llevarme también a La Rochelle y me puso a las órdenes de mi tío que era el comandante del ejército. Allí todos los emisarios que enviasteis para tratar de la paz pueden testimoniar de mi buen deseo de volver cerca de VV. MM.

(4) Efectivamente Antonio de Navarra, lugarteniente general del reino en 1560, siendo Regente Catalina de Médicis, dejó poco después la Corte para marchar a la guerra; y herido en el sitio de Rouen en octubre de 1562, murió un mes después a los 44 años.

(5) Se refiere a Carlos IX y a Enrique III con quien estudiaba en París con Enrique de Guisa (vid. capítulo "Los tres Enrique" y asistió a la proclamación de la mayor edad de Carlos IX el 17 de agosto de 1563 en Rouen.

para servirlos modestamente; entre otros citaré a los señores de Cros, de Biron y de Bolsy, que fueron enviados en son de paz y os lo contarán.

Después de firmada la paz, empezó a hablarse del matrimonio de vuestra señora hija conmigo, del cual yo me sentía muy dichoso, porque me aproximaba a VV. MM. Y como el matrimonio no estaba arreglado mi madre fué a encontrarse con Vos para llevarlo a buen fin y me dejó entre tanto en mi país, del cual me mandó llamar al poco, lo mismo que lo hicieron VV. MM. por medio de Perqui, el cual os podía manifestar la alegría que me produjo la orden: di buena muestra de ello encaminándome tres días mas tarde hacia Amiens (donde estaba la Corte) a pesar de haber tenido veinte ataques de fiebres tercianas. Tras de una semana de viaje me enteré de la muerte de la reina mi madre, lo cual hubiera sido una buena excusa para volver a mi país si hubiera querido hacerlo; sin embargo me encaminé al día siguiente con lo mejor de mis servidores y no estuve feliz hasta que no llegué cerca de VV. MM; donde de inmediato a nuestro matrimonio ocurrió la noche de San Bartolomé, en la cual fueron asesinados todos mis seguidores, de los cuales la mayoría no se habían movido de sus tierras durante la revuelta (se refiere al sitio de la Rochelle). Entre otros fué matado Beauvais que había cuidado de mí desde la edad de nueve años; puede pensar mi pena al ver morir a aquellos que me habían acompañado sólo fiados de mi palabra y sin otra seguridad que las cartas que el rey me había hecho el honor de enviarme para que fuera a encontrarme con él, asegurándome que me trataría como a un hermano. Entonces tuve tal disgusto, que hubiera querido rescatar su vida con la mía puesto que ellos la perdieron por mi causa; incluso vi morir algunos junto a la cabecera de mi lecho y me quedé solo y lleno de desconfianza. En estos malos tragos, Thoré (6) que estaba molesto por la muerte de su primo (7) viéndose en plena desesperación vino a encontrarse conmigo, manifestándome la iniquidad de la que yo había sido víctima y la poca seguridad que podía esperar, viendo el honor y agasajo que tanto Vos, Señora, como vuestro hijo hacíais a los Guisa: éstos, no bastándoos de lo que habían querido hacer con mi difunto padre y con mi tío el Príncipe (8) se vanagloriaba de mi deshonor. Y sin embargo no me pasó por las mentes de ser con Vos sino un fiel y afectuoso servidor; lo que yo quería mostraros en La Rochelle, a donde yo fui resuelto a servirlos fielmente y seguir de cerca al rey de Polonia que es testigo del fondo de mi pensamiento.

Entonces estando cerca de él, fui advertido por distintos amigos que se quería hacer una segunda San Bartolomé y que el Sr. Duque de Alençon y yo mismo no nos libraríamos como cualesquiera de los otros. Además, el vizconde de Turenne me dijo que había sabido por cierto cortesano que M. de Villeroy traía un despacho para mandar la ejecución y que si mi mujer diera a luz a un hijo el rey precipitaría mi ejecución. Incluso, alguno de mis gentilhombres fueron advertidos por amigos que estaban con los Guisa, que abandonarían sus cuarteles para pasarse a los otros pues conmigo no estaban seguros; y también le Guast vino a verme diciendome en alta voz que una vez tomada La Rochelle, se haría hablar de distinta manera tanto a los hugonotes como a los nuevos católicos. Vos podéis pensar sin con tantas advertencias, in

(6) Thoré era Guillermo de Montmorency, cuarto hijo del Condestable muy comprometido en este asunto pero logró huir a Estrasburgo.

(7) Se refiere al Almirante Coligny hijo de Luisa de Montmorency.

(8) El 18 octubre de 1569 el rey hizo su entrada en Orléans. El príncipe de Condé fué detenido al salir del gabinete de la Reina Madre, procesado y condenado a muerte, si bien no llegó a firmarse la misma.

cluso de este de quien se fiaba mucho el rey de Polonia, no era para creerle. Sin embargo como yo había prometido al rey de Polonia que si sabía algo referente al rey su hermano o al él que pudiera prestarles servicio yo lo haría, así lo hice yendo una noche a verle a su despacho. Sobre lo cual él me dijo que no me preocupase y desde entonces me prometió tanta amistad que abandoné mis temores, dejé de tener guardia en mi casa como acostumbraba a tenerla para proteger mi vida. Mas tarde no perdí ocasión de estar cerca de él para demostrarle que nada me era mas grato que su graciosa actitud hacia mí.

Por aquel tiempo el campo se abandonó y volvimos a La Rochelle para encontraros, momento en el que no se habló sino de la partida del rey de Polonia, al cual VV. MM. acompañaron hasta Vitry, donde yo tuve aviso por distintas vías que querían matar al rey (lo que nunca quise creer) junto al Duque de Alençon y a mí, para que el rey de Polonia lo fuera de Francia. Lo comenté con el duque de Alençon quien me confirmó que él también había oído varias veces lo mismo y que M. de Guisa estaba reunido en asamblea en Joinville para ejecutar tal empresa; y yo estando de caza, encontré diez o doce caballos armados, como también los vió el guía del principe Condé, pero en mayor número, cuarenta o cincuenta del mismo grupo; todo ello bastaba para hacernos pensar que algo iba a ocurrir. Sin embargo el rey de Polonia al llegar a Vitry yo le ví pero no quise ocultarle lo que se decía de él, a lo cual él me contestó que no sabía nada y que si desconfiaba de los Guisa, que haría bien en quedarme junto al rey y de ir a despedirme hasta Nancy como la reina me había mandado hacer a través del rey.

El rey salió de Vitry hacia Chalons y yo fui con él; estando allí le pedí permiso para cumplir la promesa hecha al rey de Polonia de ir a despedirme de él a Nancy, cosa que me negó y me mandó quedarme cerca de él. Siete u ocho días despues de estar en Chalons supe que su hermano se había ido a Polonia: se me aseguró que en el momento de su despedida, no se acordó de pedirnos, Señora, que me tuviésemos bajo vuestra protección, olvidando su promesa de hacerlo; por el contrario os recomendó a M. de Guisa para que pusieseis influencia para que le hicieran condestable; esto no lo podía creer. Pero estando V. M. de regreso en Reims, me pusisteis tan mala cara y comenzasteis a desconfiar de tal manera de mí, que ello me hizo cambiar de opinión. Por ese tiempo llegó M. Thoré que no solamente se enfadó al ver mis dificultades, sino que las aumentó diciendome que era cosa cierta que si me quedaba en la Corte no debería esperar sino mucho descontento y que mi vida no estaba asegurada.

De allí VV. MM. se fueron a Soissons, donde continuasteis desconfiando de mí, sin que yo diera motivo para ello: me causaba una extrema preocupación. Allí los capitanes de la guardia empezaron a venir diariamente a la habitación del Duque y a la mía y a mirar debajo de las camas para ver si había alguien; y disteis órdenes que en mi antecámara no durmiese mas que una persona a mi servicio; incluso al levantarme por la mañana para acudir a vuestro despertar, Señora, como tenía por costumbre, llamando a vuestra puerta, dijisteis que me contestaran que estabais en el cuarto del rey. De tal manera que así hablabais a La Chastre y a otros cuyo nombre no recuerdo, que habían sido los principales ejecutores de la noche de San Bartolomé y completamente al servicio de Guisa: lo cual me hizo pensar que os queriais servir de los de dicha Casa mas que de los que os son mas próximos y mas fieles servidores. Al día siguiente, no queriendo hacer caso de lo que ocurría pensando que no podía venir de Vos, volví para encontraros en vuestro cuarto y habíais salido para ver al rey; quise ir yo también Vos mandasteis que se me dijera que el rey dormía todavía, cuando al pasar por la antecámara, algunas gentes de mi servicio me dijeron que habían pasado algunas personas a verle; al saber esto llamé a la puerta y Vos mi hicisteis saber que el rey no quería que yo entrase, lo que me

ochornó mucho pues muchas gentes lo vieron y se dieron cuenta.

Esto fué bastante para extremar mi pena, ya que nunca supe nada por tanto para nuestras miras, que no lo hubiese comunicado al rey de Polonia (9), como os lo dijo tanto a La Rochelle como en Vitry. Y Vos, ahora, estando en Reims y habiendo oído comentarios sobre algo que se era comunicar a VV.MM. yo no dudé un momento de decíroslo; lo que no recía tal desconfianza hacia mí, sino que por el contrario os invitaba a creerme. Y viendo que mis enemigos tenían tanto ascendiente en VV. que por más que yo hiciese no confiabais en mí, yo creí las habladuras que corrían de lo mal que nos querían y que no eran chismes sino la verdad. En la misma situación penosa se encontraba el Duque que se sentía desdichado por todos y yo le comenté mis sentimientos delante del . Thoré. De ahí VV. MM. se fueron a Chantilly y luego a Saint-Germain, donde llegaron noticias que habían estado a punto de tomar La Rochelle y dijo sin reparos que si así hubiera sido hubieran hecho prisionero a de Montmorency y que hubieran ejercido contra nosotros según la mala voluntad que nos tienen. Y viendo tantas desconfianzas por parte de VV. que crecían a diario y recibiendo nuevas del mal que nos querían hacer, el Duque resolvió para huir del peligro en que estaba su vida marcharse; entonces yo le prometí acompañarle y luego marchar a mi país, tan por razones de seguridad como por poner orden en Bearn y Navarra, lugares en los que debido a mi ausencia ya nadie me obedecía. Y cuando por el motivo de asegurar nuestras vidas estábamos a punto de ausentarnos del 1 de VV. MM. sucedió que os advirtieron de ello y nos llamásteis a vues- a cámara dónde os dijimos cuanto sabíamos. Entonces Vos nos disteis seguridad sobre nuestra vida y nos dijisteis que el rey daría órdenes de for- e en el futuro no tuvieramos ocasión de quejarnos.

Más tarde, viviendo en el barrio de Saint-Honoré, tuvimos la misma preocupación que antes, incluso se nos dijo que nos iban a llevar al que de Vincennes prisioneros. Entonces el vizconde de Turenne llegó parte de VV. MM. y nos confirmó en nuestra preocupación y temor y nos o ante los ojos el peligro en que estaban nuestras vidas; ello fué la sa de que el Duque me enviara decir por la Vergne y Montaigu que esta decidido a marcharse. Cuando oí esto me decidí también a acompañarle uegoirme a mi país por las razones antedichas. He aquí, Señora todo nto sé; os suplico muy humildemente considerar si no tenía motivos su lentes para ausentarme; y que tanto el rey como Vos os dignéis de aho adelante tratarme como quien soy y quien no tiene más voluntad que se nos humildemente con gran fidelidad y como obediente servidor.

Firmado: Henry. (10)

Obsérvese la habilidad con que se adula al rey de Polonia, Enrique de Valois, que fué siempre el preferido de los hijos de Catalina de Médicis.

Es muy curioso este documento y por ello lo reproducimos completo. Escrito como de día al comienzo del mismo por la Reina Margarita para justificar a su marido ante su hermano y su madre, no parece sino que toda su vida Enrique de Navarra la haya pasado tratando de ser fiel confidente de la Corte de Francia. Lo único que se con firma al leerlo es la rivalidad con los Guisa acusándolos de planear una nueva Noche de San Bartolomé. Lo cierto es que en esta época ya había: acuerdos y tolerancia. Primero durante la Regencia, Catalina llamó a l'Hospital. Luego Carlos IX a Coligny. Según Turenne "le desir de remuer" del duque de Alençon con los políticos y descontentos es lo único patente de todo a lo que añadimos el malestar en Países Bajos.

(A Don Antonio de Toledo, Prior de León.- Bruselas, 15 enero 1570.)

Ilustrísimo señor: Ha muchos días que yo traigo en la cabeza cosas que, porque me tuviesen por loco y me apedresasen, no he osado decirlas, aunque me pareciesen de tan gran importancia como lo es tener S.M. descanso y quietud en España, para desde ella poder fomentar los demás Estados que tiene y defenderlos de sus enemigos, o no tener a donde afirmar el pie para valer a lo uno ni a lo otro, y esto, aunque S.M. sea de tan gran juicio como todos lo entendemos, que, por cierto, es de los más claros que yo he tratado en mi vida, no basta sin experiencia, porque como sean cosas que están en práctica, no es posible alcanzarlas enteramente con sólo buen juicio, pero el de S.M. es tan grande que poca experiencia en él servirá mucho más que muchos años en otros, y con la que S.M. ha cobrado, después que yo partí de esos Reinos, sé que bastará para comprender cualquiera cosa, mejor mucho de los que hemos envejecido en ellas y, cierto, lo entiendo de la manera que lo digo y mostraré que lo entiendo así con osar hablarle, si Dios es servido de ponerme en su presencia, lo que hasta aquí no he hablado. Deseo descargarme de esta más que he deseado cosa cuanto ha que nací, y digo a v.s. verdad, cierto, que me tiene tan congojado verme en parte donde no pueda hacer a S.M. el servicio que me parece le sería ofirme, y la buena obra que en ello podría hacer a mi patria, que, cierto, podría decir que esto sólo me tiene congojado aquí, y me atormenta gravísimamente pensar que me pudiese morir primero que verme ante S.M., porque respecto de la congoja que esto me da, todas las otras son de ningún momento, y congójame ahora, muy particularmente, ver que el riesgo podría ser muy breve y mi vida tanto como se puede esperar de 63 años y el remedio es difícil y quiere tiempo.

Señor mío, yo veo estos franceses con dos cosas atravesadas en las entrañas y en el alma, que no pueden dejar de añadir grande inquietud a la vía ordinaria, dejadas todas las otras generales que tienen del pesar de la grandeza de S.M. y la envidia y otras muchas sin las cuales estas dos solas bastan para inquietar mucho a S.M. y darle grandísimo desasosiego: la una, la multitud de gente vagabunda que les queda en su Reino, porque los que están usados a traer las armas tanto días y con tanta libertad como ellos las han traído, no pueden, en ninguna manera del mundo, acomodarse a volver a sus oficios, o arar y cavar, y cuando bien quisiesen volver, la pobreza es tanta que no habría ninguno de ellos que tuviese caudal para volver a ganar de comer a lo que antes solía ganar; puesto ya en estos términos, es imposible poderse mantener sin romper por alguna parte, o en guerras civiles dentro de su Reino, o en guerra fuera de él empleados por su Rey; las civiles, muchos años las han traído y están ya cansados de ellas, de manera que no se puede pensar que bayan de parar en esto, queda forzosamente que las hayan de manejar fuera y ser esto lo que les conviene y no poder, en ninguna manera del mundo, excusar de hacerlo; ellos lo tienen muy bien entendido y, del mayor al menor, no tratan de otra materia. La otra es tener al Duque de Anjou en el aire, y sabe S.M. que, desde que yo volví de Bayona, le dije que ningún paso daba la Reina madre a ninguna parte que fuese, ni volvía la cabeza ni hablaba palabra, ni dejaba de hablarla, que fuese sino todo enderezado a colocar a este su hijo, y S.M. lo puede bien haber visto por las materias que, después de aquellas vistas de Bayona, la dicha Reina madre le ha propuesto en favor de esto que yo aquí digo, y ellos ahora ninguna otra plática tienen sino ésta, y juntamente con la otra, y viene esto a ser tan a propósito de la primera causa, que es darles cabeza y darles fin a que enderecen de manera que vendrán a poner en ejecución lo que les parece que conviene a su Reino, de echar fuera los vagabundos con un servicio tan grande a su Rey, como dar de comer a un hermano suyo y apartarle de su lado, donde, mientras le tuviere, no puede estar con entera seguridad, ni de su persona ni de su corona, ni podrá jamás tener entera obediencia sobre aquellos a quien su hermano quisiere favorecer; por manera, señor, que ellos tienen la gente y gente que los conviene tanto echar, y cabe para esta gente y tan

servicio de su Rey y beneficio de su patria como está dicho, por manera que yo no puedo perdonar, por ninguna vía, que dejen de hacer cosa que tan bien les -
 tá, y cuando no fuere sino solamente estarles bien, aún pensaría que lo podrán -
 jar, pero es de gran fuerza hacerla, porque, de otra manera, por lo que está di-
 cho, y otras muy muchas cosas que por no cansar a v.a. no las digo, les sería im-
 posible poder vivir. Son dos cosas que si cada una de ellas, como es verdad, basta-
 ra para esta inquietud que digo ¿qué podremos juzgar que harán nobas a dos jun-
 to? Ahora queda echar nuestra cuenta de deuda podrían ir a dar o acometer. Estos
 todos ganarán poco, porque saben de la manera que se les suelan y pueden defender
 que, habiendo dineros, no solamente tienen comodidad para defendérselos, pero la
 drían tener para romperles muy bien las cabezas. En Alemania no hay que pensar de
 dar ellos allí hacer el fin que pretenden; el Ducado de Lorena tiénenlo casi por
 la Corona y no se emplearán en ellos; el Condado de Borgoña es muy poca presa, y
 ello no sería sacar la gente de su Reino en Italia; de la misma manera hay como-
 dad para defendérselo, habiéndolo dineros como en estos Estados. Queda Milán y Es-
 ña, que en la una y la otra parte ha muchos años que no hay guerra y que los na-
 rales la tienen olvidada en sus casas. A Milán pienso que han de probar querer
 gnar a S.M. con alguna manera de Liga o negociación para mantir después y poder
 cor, por esta vía, su negocio; si no pueden por aquí, podrá ser que tienen abier-
 menta a España, y, sin decir que quieran romper con S.M. en ninguna manera del
 ndo, pero querrán echar que lo haga el otro tercero, como sería el Principillo -
 Labrit con su conserjero el Almirante diciendo que es contra la voluntad del Rey
 que con esto piensan tener ocupado a S.M. para que no acuda a lo de Milán, y de
 l manera podrían hallar a España, después de tentada, que abiertamente volvieran
 lá sus fuerzas y esta tentio es al que a mí me hace perder el sueño, y a esto les
 ría grande duño lo que han visto en este levantamiento de los moriscos de Gra-
 da, y la dificultad o facilidad que en esto se hallaría tentándolo en una de las
 rías que yo he deseado decir a S.M. y de las que tengo para hablarle, si Dios se
 neediese vida para poderle besar las manos, y después el remedio que se me ofre-
 , y S.M. habrá entendido los avisos que hay de Levante de la gran provisión y pre-
 ración de la armada y, si sale, y las cosas de Granada no son acabadas, conviene
 cho mirar las provisiones que se han de hacer, porque no dudo que ella haya de
 r vuelta por Poniente. De todo esto que tengo dicho podrá salir el querer hacer
 ances, este verano ni el otro, empresa, o si quiere Dios llevar más adelante -
 o no la hiciesen y que no sacasen la gente de su Reino, ni pensasen por esta vía
 o tengo dicha, acomodar al de Anjou, pero lo que es infallible y que no puede fal-
 r es que, si la hiciesen, estaríamos en grandísimo trabajo cada vez que la qui-
 san hacer y que estamos sujetos a si quieren o no quieren nuestra ruina y por-
 ción, y que esto está en su mano cada vez que lo quixieren, esto es cierto que
 puede fallar, si no ponemos en ello el remedio conveniente. Congójame mucho ver-
 en parte donde no puedo hacer otro servicio que representar miedos sin meter la
 no y el trabajo a la prevención para el remedio. Si franceses hacen su acuerdo
 tre sí, temo grandísimamente que si esto me desvario, que debe ser tal, no lo es,
 han de abreviar mucho las materias, visto la sazón en que al presente somos, y
 nto para franceses como para el armada, si viene, y el remedio que lo uno y lo
 ró. Miene quiere tiempo y mucho, porque es menester obviarle con dar industria a
 nta que ahora tienen ninguna, que no se puede hacer sin tiempo y con acomodar el
 a en la forma que conviene para que, estando en ello, nos dé tiempo para que po-
 os hacer esto otro; y para estas dos cosas ya v.a. ve si es menester tiempo. Co-
 son éstas todas que solamente ofrías, aunque sean de un viejo caduco como yo,
 bría poner confusión en otro ánimo, que no fuese como el de S.M., pero en el auxy-
 drá espuelas y vigor para atender al remedio.

Vuestra señoría me perdona si he sido largo y importuno y loco, que, aunque no
 lleve muchos años, cuando v.a. llegue a mi edad, verá cuánta razón tiene el que
 llegado de estar escrupuloso de haber perdido el juicio y el que no lo estuvie-
 es loco o fatuo, y si le pareciera a v.a. decir algo de lo que aquí le digo a -
 . y a Monseñor Ilmo. de Sigüenza, sea disculpando mi edad con mi celo y buena
 luntad.

Nuestro Señor guarde, etc.

M.R.- Add. 28.387, P. 64
 British Museum

CARTA DE LA REINA DE NAVARRA A LA REINA MADRE. (sin fecha)(a mano).

Señora, puesto que os ha placido encontrar bueno que el oficio que me habeis dado se le entregue a Monr. du Mesnil et Bourdin, para otorgarme la primera vecante, os suplico humildemente, Señora, haced lo posible para ordenar al Señor Canciller de no despachar otro sino que yo sea la primera en ser satisfecha y enviar el título de propiedad a Royer, mi servidor, a través del cual os había hecho la petición la cual, Señora, por los servicios que él me ha hecho, os la redoblo una vez mas humildemente y suplico a Dios que os dé una vida larga y feliz.

De parte de vuestra muy humilde y muy obediente hermana y súbdita

JEHANNE

Nº 31.

CARTA DE JUANA DE ALBRET AL REY CARLOS IX-30 agosto 1570

Monseñor,

No podría explicaros la satisfacción y tranquilidad que a todos nos ha proporcionado la publicación de la paz que plugo a Dios y a V. M. otorgar-(1) nos, afirmando con ello vuestra bondad, virtud y prudencia que darán fruto y aumentarán la alegría que todos y cada uno de nosotros tenemos, así como la unión entre vuestros súbditos humildes y obedientes, seguros de la piedad y de la justicia así como sometidos a la autoridad de vuestro cetro, lo que contribuirá a la felicidad de vuestro reinado, que será largo y próspero gracias al que es Rey de Reyes. Despues de manifestaros, Monseñor, la alegría de todo no quiero dejar de expresaros la mía propia que es de una especial cualidad por infinitas causas y que no podría ser mayor de lo que es. Ademas habeis tenido a bien confirmarnos en vuestra gracia a la que corresponde mi fidelidad que os juro y aseguro que nunca os sentiréis frustrado por mi causa. El señor Premier os dirá al llevaros esta carta la expresión de alegría que muestran nuestros rostros despues de esta santa negociación tan deseada por todos. Os dirá tambien algunos detalles que le he pedido os diga de palabra y lo hará como fiel servidor que es como yo lo soy de Vos. Quisiera suplicaros, Señor, me humildemente, tomar estas palabras con la misma afección con que os deseo servir, honrar y obedecer. No os diré nada mas sino que me hagais el honor de considerarme como la mas fiel servidora de vuestro reino y que no desea nada mas sino tener la ocasión de demostraroslo de buena gana. "com me après avoir présenté mes très-humbles recommandations a votre bonne grâce, je supplie le Seigneur vous augmenter les siennes en longue et heureuse vie. Votre très humble et très obéissante tante et subjecte Jehanne.

carta autógrafa. Bibl. Nat. Fonds Dupuy, 211, fol. 40.

Escrita en La Rochelle.

(1) Se refiere Juana de Albret, al armisticio y Paz de Saint-Germain que puso fin a la tercera de las Guerras de Religión. Había desconfianza en ambos bandos, pero consideramos importante reproducir esta carta por el tono con que está escrita. En 1569 Los protestantes habían sido vencidos en Jarnac y Moncontour, luego se rehicieron y se llegó a dicha Paz.

CARTA DE JUANA DE ALBRET AL MARQUES DE VILLARS (1)

Querido primo,

he recibido vuestra carta en la que menciona a los prisioneros hechos por el Sr. de Pilles (2) pero ni mi hijo ni yo podemos hacer nada en contra de ellos ya que nos obliga el edicto y la paz, sin el conocimiento de "Monsieur" (3) al que hay que acudir para cualquier resolución. Ya sabe vd. que en cualquier caso tanto mi hijo como yo le tenemos en gran estima y consideramos su recomendación. Ruego al Creador, querido primo, que le tenga bajo su santa protección.

firmado en La Rochelle el 10 de marzo de 1571.

Vuestra buena prima y mejor amiga Jehanne

Bibl. Nat. P. 3224- fol 20, original firmado.

(2) Armand de Clermont, barón de Piles, capitán hugonote y uno de los mas temidos jefes del protestantismo. Tomó parte activa en todas las guerras de religión y especialmente en la tercera. Fué asesinado la noche de San Bartolomé.

(3) Se refiere a Enrique, duque de Anjou, mas tarde Enrique III que se llamaba comunmente en Francia "Monsieur" al hermano segundo del rey.

(1) Villars era gobernador y teniente general de Guyena en ausencia del príncipe de Navarra. Hay varias cartas del primer trimestre de 1571, escojo ésta por su brevedad y como muestra de que se acentuaba la tirantez de las relaciones.

CARTA DE JUANA DE ALBRET AL REY CARLOS IX - 6 mayo 1571

Monseñor,

Tengo una humilde petición que haceros en favor de los pobres habitantes de Ham, hacia los cuales por una bondad y liberalidad acostumbrada en Vos y en consideración a su miseria y pobreza, habíais declarado exentos de pagar impuestos durante seis años que ya van a expirar. Monseñor, me atrevería a rogaros dada vuestra clemencia, favor y benignidad hacia ellos que lo prolongueis, ya que están en un estado tal de desesperación que se verían obligados a abandonar su patria, ya que les es imposible hacer frente a dichos impuestos dado que han tenido grandes pérdidas, tanto a causa de las guerras ante San Quintín (1), las desgracias pasadas y están encargados de mantener una guarnición que hay que alimentar y están agobiados. Lo que me hace en nombre ellos, suplicaros muy humildemente, Monseñor, acordarles una moratoria de seis años mas de cualquier impuesto que tengan que pagar. Haciendo eso, Monseñor, además de que todo el pueblo rogará a Dios por la conservación de vuestro reino y por su grandeza y prosperidad, será por mi parte un motivo mas de acrecentar mi gratitud y la obligación que tendré toda mi vida de estar humildemente a vuestro servicio, incluso diciéndoles que ellos deben el favor a V. M. y a su liberalidad y por la que pido al Creador que le conserve y mantenga largo tiempo en buena salud.

Vuestra muy humilde y muy obediente tía y súbdita
De La Rochelle, seis mayo 1571 Jhanne

Bibl. Nat. P. 15553, fol. 112. Original firmado.

(1) Curiosamente cita como muestra de las desgracias del pueblo francés la derrota de San Quintín que había tenido lugar en 1557 y "olvida" las guerras de religión que había sumido a Francia en una verdadera anarquía.

CARTA DE JUANA DE ALBRET A LOS HUGONOTES DE LYON. 27 agosto!

Señores,

Estando obligados mi hijo y yo mismo, tanto por el bien de la religión y su causa común, como por otros importantes asuntos, a separarnos temporalmente del príncipe de Condé mi sobrino, mi primo el señor Almirante y otros señores, hemos tomado juntos la decisión de avisarles a ustedes, tanto por el afecto que les tenemos como por el progreso y conservación de todas las iglesias de este reino y para que puedan ustedes afrontar mas fácilmente ciertas dificultades que todavía están indecisas y puedan mas tarde intervenir en ellas. Y para que, señores si es cuestión de opinión cualquiera que sea la duda deberán dirigirse a mi hijo que me acompaña a mi país en Béarn; y en lo que respecta a otras dificultades, ustedes se pueden dirigir a los diputados que están en la corte a donde pronto irá el señor Almirante, con cuyo consejo todo será más fácil tomar decisiones sobre todas nuestras cosas. Y hasta tanto, señores, yo pediré a Dios que les tenga en su santa y digna protección.

Escrito en Donzac (1) el xxvij^e de agosto 1571

Vuestra buena amiga

Jéhanne

Bibl. Nat. P^r. 15553, fol 246. Original firmado.

(1) Pueblo situado en Guyena.

No 35.

CARTA DE JUANA DE ALBRET AL SR. DE LUXE. 29 agosto 1571 (1)

Querido primo,

el afecto que tengo como es natural a todos mis súbditos junto con el deseo de verles tranquilos y en la obediencia que me deben, hace que fácilmente olvide muchas cosas pasadas, con tal de que me reconozcan como lo que soy. Por eso, habiendo recibido su carta, esperando que pasemos por alto, como lo espero, no le daré otra contestación, sino que estaría muy contenta de recibir y gratificar a aquellos que me respetan y reconocen como su señora y princesa. Así lo he hecho en algunas ocasiones y lo haré siempre con aquellos cuya sincero afecto les haga mostrarse fieles súbditos míos. Hasta tanto, olvidaré lo pasado, rogando a Dios, querido primo, que le tenga en santa y digna protección.

Escrito en Quistres (2) el xxix^o de agosto 1571

Vuestra querida prima

Jehanne

B: N. P. Ms. fr. 15553, fol. 340. - Copia

(1) Conde de Luxe, de la rama mayor de la Casa Montmorency por matrimonio de uno de ellos con Catalina de Luxe. Sabido es que es una de las Casas mas importantes de Francia. Uno de sus miembros se enfrentó a Enrique III y era como una especie de virrey del Mediodía francés. Ferviente partidario, aunque parece un contrasentido de la tolerancia, fué uno de los primeros Pares de Francia en reconocer como rey a Enrique IV.

(2) Quistres es un lugar de Guyena.

CARTA DE JUANA DE ALBRET AL SR. de LUXE, 25 septiembre 1571(1)

Querido primo,

he leído su contestación que es mas propia de un hombre que quiere ofenderme que de uno que, bien aconsejado, reconoce su error (2). Y para decir lo que pienso, me extraña su opinión en este asunto y mas aún si lo hace para justificar pasadas acciones inexcusables y condenables en aquellos que reconocen como su reina incluso durante mi ausencia; pues si dijeseis que siempre me habeis servido como un fiel servidor, en que estima me tendrían aquellos que se os han resistido para mi bien y mi servicio? Y para que no dudeis mas, tened este punto por resuelto: si no me reconocéis como os lo he escrito no penseis en mi misericordia, ni trabajéis en vano para obtener algo de mi, pues sería tanto como renunciar a mi corona; ni penseis que el tiempo me hará cambiar de opinión ni mi voluntad se torcerá, sino que mas bien, de seguir así, se agriará mas mi carácter y os querré mal, de todo lo cual me sentiré bien desalentada; rogando entre tanto al Creador, querido primo, que os tenga en su santo cuidado,

Escrito en Pau el xxv^e día de septiembre de 1571

Vuestra buena prima,
Jéhanne

E. N. P. Ms. Frs. 15553, fol. 341. copia

(1) Carlos de Luxe a quien se dirigen esta serie de cartas era el barón y conde en la Baja Navarra, lugarteniente del rey y buen católico. Llegó a sublevar al señorío de Biscaye contra Juana de Albret en 1567. Despues de la paz de 1571 se sometió a la reina de Navarra y pidió su perdón.

(2) He seleccionado esta carta que muestra claramente la personalidad de la reina de Navarra: autoritaria, dura, testaruda, "se agriará más mi carácter", dice, luego reconoce que lo tenía malo.

Carta de Carlos IX a M. de Fourquevaux, embajador de Francia en España, sobre el
el proyecto de matrimonio de su hermana Margarita con Enrique de Navarra. (5)

A Monsieur de Fourquevaux, chevalier de mon ordre, conseiller en conseil privé et mon ambassadeur en Hespagne.

M. de Fourquevaux, he recibido sus dos cartas del 4 y 16 de agosto y tambien un paquete enviado via Bayona, en las cuales hace mención de diversos rumores que corren por ahí sobre mí y mis impulsos, sobre los cuales me detendré en otro momento para contestarlos especialmente, pues siempre ha sido mi deseo testimoniar mis actos mas por sus efectos que con palabras. Hoy sólo os informaré de lo que se refiere al matrimonio de mi hermana con el príncipe de Navarra, mi hermano. (Es sabido que no lo llamo de otra manera ya que se habían educado juntos desde niños). Mi tía, la reina de Navarra, me ha enviado en estos días al Sr. Beaunais para tratar de asuntos que lo conciernen. Entre otras cosas traía el encargo de hablar con la Reina mi madre y Señora de dicho matrimonio, habiéndole rogado que me recordara la promesa que mi difunto padre el Rey le había hecho al difunto rey de Navarra, mi tío, y hacerme ver que dicho matrimonio era bueno para que pudiera efectuarse. Ahora ambas partes están en edad de casamiento y por ello me he decidido con agrado a escucharle, tanto porque estimo que debo seguir la propuesta de mi difunto padre y señor, sino porque no podría encontrar marido mas adecuado para mi hermana y por conocer que será un bien para mi Reino, matrimonio que cuando se realice será un lazo para el restablecimiento de la paz y la unión perdurable entre todos mis súbditos, cosa que deseo como la mayor de este mundo. Por tanto quiero que sepais que nada será dejado de lado en cuanto pertenezca al honor de Dios y de cumplir como príncipe muy cristiano que soy. Lo que debéis de responder, si se os preguntara al propósito, no como encargo directo mío, sino como algo que salgo de vd. mismo. Y podreis añadir que una de las causas que me he hecho prestar atención a dicho matrimonio es el conocimiento que tengo del modo como han procedido conmigo en cuanto al matrimonio de mi señora hermana con el Rey de Portugal; matrimonio que me había sido prometido por el Rey Católico estando ambos de acuerdo como bien sabéis. Pero la lentitud, las bellas palabras con las cuales se me ha dado largas, me han hecho ver que no deseaban sino burlarse de mí y ganar tiempo, de suerte que me he decidido a hacer este del que le hablo, que traerá mas beneficios que cualquier otro, como el pretendido que yo quería en consideración del bien universal de la cristiandad y no por el de mi Reino en particular; esperando sin embargo que cuando éste se haga poder con mas medios servir al bien general de la cristiandad mas que nunca. Os envío una memoria mas larga de los dos temas principales que menciona esta carta, a fin de que sepais lo que debéis responder si os hablan de ellos. Tendrá ademas el pasaporte para el portugués que quiere enviarnos unos anillos. Es él el que lo pide. Ruego a Dios, Sr. de Fourquevaux, que os guarde. Escrito en Blois el 28 de septiembre de 1571.

Yo estaba en Chenonceau cuando el Sr. Chaplain Vitelly pasó por dicha villa sin que yo lo viera. Me ha enviado de Paris las cartas que el Rey, mi buen hermano, me escribía por medio de él.

CHARLES

DE NEUFVILLE.

(4) Consideramos esta carta como testimonio de primera mano del temor que el Cristianísimo Rey de Francia tenía de que el Rey de España viera con malos ojos el matrimonio de una Valois con Enrique de Navarra, una muestra mas del entendimiento con los hugonotes que cada día se hacía mas patente con la llamada de Coligny al gobierno.

CARTA DE LA REINA DE NAVARRA A SU HIJO 25. 1572. (ilegible el mes)

Hijo mío, estando preocupada por tu enfermedad, te he enviado este correo personal para pedirte que me envíes otro inmediatamente. Por lo demás, Madame, me hace honor y buena cara por lo que me da esperanza sobre tu felicidad. Te pido tres cosas que arregles tu cuidado (textualmente "accomoder votre grasse"), que hables con valentía, incluso en lugares donde se os llame aparte; puesto que teniendo en cuenta que la impresión que dareis es la que se tendrá luego. Acostumbra a tu pelo a domarse (palabra ilegible). Os recomiendo esto último como lo que me preocupa más que os adorneis con con todo el atractivo que se os pueda prestar, tanto en la apariencia como en la religión y situaros en cuanto a ésta en una posición de firmeza; pero yo sé cual es su fin aunque no lo digan. El Rey enviará pronto un mensajero para conocer noticias tuyas. En esta Corte no pueden creer en tu grandeza. En cuanto a mí pienso que eres tan grande como Mgr. el Duque, que es una pulgada menos que la de San Martín. Escribo el resto al señor de Beauvoir que os lo dirá y es la causa por la que termino; rogando a Dios, hijo mío, que os dé la gracia. Tu hermana tiene una tos bastante mala y guarda cama: bebe leche de burra y llama al asno su hermano de leche. He aquí todo lo que te puedo contar. (Fechada en Blois 21. ...).

De parte de tu buena madre y mejor amiga, JEHANNE

B. N. P. Fondo Dupuy, 211, fol. 41.

Nota: Por la carta que escribe el 11 de marzo al Sr. Beauvoir, se deduce que esta carta está fechada en el mes de marzo.

CARTA DE LA REINA DE NAVARRA A M. de BEAUVOIR. 11 marzo 1572.

Señor de Beauvoir, la carta a mi hijo en la que le digo todo lo que sé y la memoria al que la lleva y que os podrá hablar, me evita escribiros mas largo y bndí. Me he alegrado saber vuestra opinión sobre mi escrito. Si me hubiera atrevido a extenderme mas lo hubiérais encontrado mejor; pero en aras del tiempo y la memoria del portador pongo punto. La verdad es que debéis tener gran piedad de mi pues nunca fui tratada en La Corte como actualmente con desdén. En cuanto a honores externos, todavía se me prodigan, como el portador os dirá. Quisieron, con sutileza, hacerme perder mi título, o sea que el Rey viniera a buscarme y me llevara ante la Reina. Pero gané la partida en cortesía. Pues lo que aquí se tiene por bueno y lo que prometen, ya se lo han dicho y redicho, como el contrato con Inglaterra. Pues porque la Reina temía que fuese cierto, me aseguró que el Rey no pondría dificultad para que mi hijo Henry tuviera el mismo trato que el de Inglaterra. Ahora que lo cree e incluso tiene prisa por las presiones de los embajadores de Inglaterra, queriendo de parte de la Reina su señora, establecer una relación amistosa a través de dicho matrimonio. Lo mismo de parte alemana, con por miedo a que de parte católica y del Papa; ella quisiera engañarlos a todos. En cuanto a mí me fortalece cada hora la gracia de Dios y os aseguro que recudo vuestro consejo de no enfadarme, a pesar de que me provocan hasta el fin. Tengo una gran paciencia mas de lo que jamás oísteis decir; pienso que me desprecian para llevarme a un arbitraje.

Me he alegrado que hayamos pactado por escrito pues no creo en lo que dicen, sino en lo que mi conciencia me dicta. Y porque veo que esta disputa viene de lejos, no teniendo mas hombre que tome la pluma sin el señor de Francourt le he mandado llamar: rogandoos señor de Beaucourt, que venga lo antes posible tambien el señor du Lac, Vivier o La Mire, si pudieran venir: pues hay aquí gentes que se me han ofrecido, pero no me fío de ellas: Cavagne, Brodeau y otros que hablan mucho con la Reina y dicen que les gustan sus palabras, pero me parece que no van por el recto camino.

Ha salido de la Reina el que venga el señor de Francourt, cuando le dije que no tenía a nadie de mi Consejo y que todos se habían quedado con mi hijo. Ella

me dijo tambien que deberíais venir; yo le dije que no podíais dejar a mi hijo; pero creemos, señor Beauvoir, que si se arregla lo de la religión, por medio de un contrato escrito, deberíais estar presente. En cuanto a mi hijo aunque ellos tratan de que venga, no deberá venir hasta que todo esté arreglado. Y entonces si es necesario que se case por poderes, como se dice, no se moverá de ahí hasta que no venga a hacer el oficio que se ha hecho por poderes.

Me decíis que procurareis que todo esté avanzado antes de recibir mi carta; pero veréis por ésta que no, porque han cambiado todo lo que me habían prometido y quieren cortar todos mis deseos por los que me han hecho venir. Ya sabeis las veces que os lo había dicho que ya esperaba ésto.

En cuanto a lo de Navarra y Béarn, ya veis como es necesaria vuestra presencia, rogandoos que mi hijo las una y las tenga bien en mano como yo lo hice.

En cuanto a lo que me decíis sobre el regreso de mi hijo que causaría alarma aquí, tratando de que hiciera todo lo que le mandé, ya había dicho a la Reina que estaba de vuelta; le he dicho incluso que habiendo visto al señor Príncipe, su primo, le acompañaría a visitar el país de Béarn, lo que es la mejor excusa del mundo. Ella me dijo que le parecía bien que se acercase, pero yo no opinio lo mismo: y mas veo las cosas, mas temo que venga, sino es por una buena causa. Esto contestan de que lo esteis de mi hijo: sobre todo velad porque persista en su piedad, pues aquí no lo creen y piensan que irá a misa y no pondrá tantas dificultades como yo lo hago. En cuanto al ministro, pienso haberos dicho que las iglesias de Béarn os proveerán de uno; hablad pronto con M. Serarier, por si bien mi hijo.

En cuanto a lo que os he dicho, pensad en lo que hay que hacer. En cuanto a las ropas de mi hijo ya os diré cómo se visten aquí. La Reina me ha tratado de confirmar lo que Brodeau me ha dicho de vos, diciéndo que le habíais dado esperanza de que mi hijo se casaría durante una misa, por poderes. Yo le he dicho: "Señora, me cuesta creer que el señor Beauvoir os haya dicho tal cosa". Ella me dijo: "Es que os lo ha dicho?" "Creo que no", le contesté. Finalmente sintiéndose cogida y que yo no la creía dijo: "Me ha dicho algo, creo que sí, Señora, pero algo que no se parece a éso". Ella empezó a reirse, pues observad que no habla conmigo mas que bromeando, como vereis por las cuestiones que hemos tratado juntas. Me ha refutado muchas cosas que había dicho a Mr. de Biron y en presencia suya. Dicho señor de Biron es muy educado y no sabía qué decir: pues de un lado teme a la Reina y de otro, yo le reprocho, aunque riendo, que me ha engañado; levanta los hombros y

trata de encontrar excusas para la Reina lo mejor que puedo.

En cuanto al oficio del Justicia Mayor he visto lo que me ha escrito tambien el señor de Francourt; el señor de la Mire me ha escrito y el señor de Frailles me importuna por lo que dice La Mire: mi hijo y vosotros me dais vuestra opinión. Yo he dejado ésto hasta tener noticias de mi hijo.

Señor de Beauvoir, veréis por el contenido de este despacho, que hace tres días que la negociación está en marcha: durante este tiempo y viendo la inoportunidad de la Reina de poner por escrito todo lo que se trata aquí, yo he decidido enviarlo a mi hijo y la Reina madre me ha dicho que se lo mostrará al Rey mañana pues mañana se vá de caza y yo me he puesto a escribiros. Es de lo mas necesario que venga el señor de Francourt, pues los que aquí tengo, fuera de lo que tengo en reserva y que ya los conocéis, no me puedo fiar de nadie, pues cada uno de ellos gobierna la Reina a su vez, y no traen a colación más que lo que les place. Quanto mas veo al Rey y a su corte, mas tengo que criticar lo que ya nos habían dicho. Encuentro a "Madame" mas fría desde hace dos días; se dice que se van a Patis. Yo llamo a la Reina madre y mi hermano, pues el Rey es muy cariñoso conmigo, pero de modo que nadie se dé cuenta de ello. El Rey ha hecho alojar a su "Maitresse, Mademoiselle Datrie, en un cuarto aparte, a donde se llega desde su gabinete, todas las noches de nueve a diez, finge ir a escribir un libro y va a verla a veces hasta la una de la madrugada. Dicen que dejará de verla, pero no es sino para tener mas libertad de ir allí. La Corte dá lástima y me enoja muchísimo.

El Rey hizo ayer un hermoso combate. El señor de Lansac quiere dejar el obispado y el Rey le debe una recompensa.

En cuanto a la belleza de "Madame" reconozco que tiene una hermosa figura, pero tambien se cifra demasiado; en cuanto a la cara, se pinta tanto que disgusta pues se estropeará; pero en esta corte la pintura es algo corriente, como España. No sabéis cuán hermosa parece mi hija entre estas gentes de la corte, pues cada uno la asalta a causa de su religión; ella les hace frente y no se rinde. Todo el mundo la quiere.

El señor de Vaux, el ministro, ha llegado hoy: la Roche Chandieu no es de su misma opinión. He retirado a todos cuantos quería, todo vá bien de este modo. La señora Dusor es una falsa mujer; no hace sino predicarme, Os acordáis cuando quería darme todo bien? Lo mismo ha hecho con este matrimonio y yo la echo y no suelto prenda. Lo que mas me enfada es que no se hable mas que de tener a mi hijo; todavía esta noche la Reina me ha dicho que es necesario que venga

y que quieren tratar con él, porque es muy sensato.

Señor de Beauvoir, por el fondo de mi carta, yo os suplico que tengais pena de mí por ser la persona mas acosada del mundo. Pues, como me escribiis, estoy extrañamente asaltada por enemigos y por amigos y nadie me ayuda. El señor Conde Ludowic de Nassau (1) me ayuda infinitamente y se une a mí. El portador de ésta os dirá lo que yo he dicho y él me ha dicho a su vez. Os recomiendo a mi hijo, Devolvedme a este correo inmediatamente, sin retenerlo, pues aunque la Reina me ha dicho que enviase a buscar a mi Canciller y a aquellos que yo quisiese, yo no le he dicho nada del despacho este. Todavía os diré que ~~mi me~~ hubiera de quedar un mes mas como ahora, me pondría enferma, y no sé si lo estoy, pues no me encuentro bien a gusto. Os enviaré noticias mas extensas con Richardière dentro de ocho días, o esperaré a enviáros las con este mensajero, cuando regrese. Me ha prometido ser diligente, devolvedmelo pronto, os lo ruego. Tened lástima de mí y yo ruego a Dios, señor de Beauvoir, que os tenga en su santa gracia. Blois 11 marzo 1572.

De vuestra señora y mejor amiga JEHANNE

Señor de Beauvoir, despues de escrita mi carta, he hablado con "Madame", como lo escribo a mi hijo; he terminado este papel que os envió por la noche. En cuanto a una segunda carta vuestra, os ruego me enviéis los trabajos de mi bordador. Estoy contenta de la venida del Príncipe mi sobrino, y será una buena excusa para que mi hijo vea el país de Béarn, a ver cómo ruedan las cosas. He visto la carta del señor de La Caze que es muy mala y estas palabras me impactan tanto que me parece, salvo mejor parecer, que mi hijo conozca el texto. Se lo mando y al señor Francour, para que ambos opineis; pues parece por la misma que quiera decir que este matrimonio hará reir mucho a aquellos a los que se refiere. Esto me ha enfadado tanto como hace tiempo ninguna otra cosa; el temor no es sólo mío como podeis pensar. Os he escrito en cuanto al Justicia Mayor, me remito a vuestra opinión de acuerdo con mi hijo; por éso cuando el señor de Frontailles me ha hablado, le he dicho la respuesta que he dado a mi hijo; he quemado vuestra carta.

Estoy muy disgustada con los reistres; pues pendi entes de su paga que no llega, piden su licenciamiento. Todavía no se ha acordado nada en cuanto al señor Almirante, pues quisieran dejar pensar una pelea so capa de acuerdo.

(1) Hermano de Guillermo, Príncipe de Orange.

(aquí vienen dos líneas ilegibles) Os diré una vez mas mis dificultades, pues me arañan, me pican, me adulan, me desalían, me quieren tirar de la lengua, sin entregarse; en resumen no tengo mas que a Martín de fiar, aunque tenga gola y que señor Conde que aunque no tenga confianza en los cortesanos me hace buenos oficios. Cavaigne es el Jubellin. He aquí, señor de Beauvoir, lo que me restaba decir. Os ruego de nuevo que me devolvais este mensajero. Según mis cuentas se quedar unos tres días y medio en el camino de ida y otros tantos en el de vuelta; pues no necesito mas que enviarme vuestra opinión. He pensado no tomar ninguna decisión hasta que vuelva. Estoy mal alojada, pues han hecho agujeros en las camaras de arriba y del guardarropa. Madame d'Usez que es la azafata duerme aquí; es todo lo que os puedo decir. La Marsillière me había pedido venir y que enviase a otra; si mi hijo puede pasarse de ella, le podría dar permiso; enviadme alguien para substituíla, pues Caboche está empleada aquí ya. Le Cahier está bastante mortificado y no me fio demasiado.

B. N. P. Ms. fr. 2748, fol. 119.

NOTA: Si hemos copiado entera esta carta es por considerarla un documento interesantísimo por varias razones: 1- Porque describe muy bien los tejemanejes que hubo entre la Corte de Francia y la reina de Navarra antes del matrimonio de Enrique IV y Margarita de Valois. 2- No se habla para nada de "peligros", como resultó para los hugonotes la Noche de San Bartolomé. 3- Lo más que se nota a través de la extensa carta de Juana es que se sentía molesta, que no se decidía a llamar a su hijo si, previamente, no llegaban a un acuerdo en cuanto a la ceremonia religiosa. 4- La desconfianza que se adivina mas bien parece ser el carácter de Juana que por parte de la Corte de Francia. 5- En cuanto a que muriese envenenada, ya unos meses antes, en esta carta, dice que no se encontraba bien de salud.

Nº 41-42-43-

456 - 60

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A DOMINGO DE LIXALDE. Bruselas 13-8-1572/

Magnífico señor:

al Castellano Sancho de Avila he ordenado haga ahí ciertas cosas del servicio de S. M. que convienen luego proveerse. Si para ello tuviere necesidad de algún dinero, se lo haréis, señor, dar, tomando su carta de pago, que con ella os mandaré despues dar el recaudo necesario para vuestro descargo de lo que montare.

Nuestro Señor guarde a v. m. etc.

A. A. C^a 63-142

Le vuelve a escribir desde el Campo dos Leguas de Malinas el 30 de septiembre del mismo año. No considero necesario reproducir la carta entera. Sólo trata de "dineros" que hay que dar a varios señores, pero no habla para nada de la Noche de San Bartolomé.

A. A. C^a 27-18

Le vuelve a escribir desde Maestrich el 14 de octubre, siempre sobre temas económicos.

A. A. C^a 27-19

-
- (1) Todos los documentos que sobre Domingo de Lixalde y Sancho Dávila se conservan de estas fechas del verano de 1972, no tratan mas que de dinero, de intendencia para suministrar a las tropas españolas que están en Flandes. No creemos necesario reproducir todos estos documentos en aras de la brevedad.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY DE FRANCIA - Bruselas 11 agosto 1572

Sire: L'assurance que tousjours votre Majesté a donné au Roi, mon maistre et a moi tant par ses lettres que ceux qu'elle a eu et a encotres fraternelle, alliance et paix estans entre vos Majestez, me rend aussi certain qu'elle ne voudra souffrir ains par toi les moyens empêcher qu'une autre troupe de ses subjectz a cheval et de pied estant presentement, comme j'al entendu, à Thilly sur Meuze et à l'environ guerres loin de Verdun sous les chiefs Gille le Pan et le Sieur de Gomberaulx, comme se bruit, ne vicgient au prejudice et dommaige du Roy mon maistre, et de ses pays et subjectz comme j'entend qu'ils dessaignent faire; pourquoy vous supplier, de ma part, j'envoye vers votre Majesté le Sieur de Gomiccourt, gentilhomme de la maison du dit seigneur Roy, et pour en oultre dire à votre Majesté ce que luy ay enchargé sur ces propos, la suppliant l'oyr benignement et le croire, et vouloir par effects, faire apparroistre sa volété estre telle que cy dessus j'ay ditt.

Et je prieray le Createur.

B. N. P. 25827. Ms. Fr. 16. 126.

Señor: la seguridad que V. M. ha dado siempre al rey mi Señor y a mi mismo por numerosas cartas y testimonio de fraternidad y alianza y deseo de la paz entre vuestras majestades, me hace creer que no dejaré de impedir por todos los medios que tropas de a pié y a caballo estén presentes, como he oído decir, en Tilly sur Meuze y cerca de Verdun bajo el mando de Gille le Pan y el señor de Gomberaulx, como corre el rumor, y no venga a resultar perjudicial para el Rey mi señor, para su país y sus sujetos; he aquí el por qué de suplicaros, por mi parte, enviándoos al señor de Gomiccourt gentilhomme de la casa de mi señor Rey y para decir además a vuestra Majestad todo lo que le encargo a propósito de este tema, suplicando a V. M. que le oiga benigne mente, que le crea y que se digne por causa de ella de manifestar su voluntad tal y como creo que le digo mas arriba que es.

Rogaré al Creador.

Esta carta fechada en Bruselas y firmada por el Duque de Alba el 11 de agosto muestra a preocupación por la presencia de tropas francesas en territorios españoles de los Países Bajos y no habla para nada de la noche de San Bartolomé, lo que dadas las comunicaciones de la época, hubiera sido normal que se aludiera a ella en el caso de haber premeditación.

Nº 46-

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A DON DIEGO DE ZUÑIGA-Bruselas 11 ago. 1572

Ilustra señor:

a los 9 del presente escribí a vuestra merced con un hombre del que que aquí tienen esos reyes cristianisimos, lo que habrá visto, y ésta será solamente para acompañar a Mos. de Gomiecourt, a quien envío en esa corte a lo que v. m. mas particularmente entenderá por la instrucción que se le ha dado, a que me remito con suplicar a v. m. le ayude y favorezca haciendo los oficios que le pareciesen necesarios sobre el oficio que lleva a cargo, y, pues él hará tan particular relación de todo, no me alargaré yo en ésta mas.

Nuestro Señor guarde a v. m.

A. S. Estado. Legado K. 1530

Esta carta completa la que el Duque de Alba escribe al rey de Francia. No hay el menor comentario a la Noche de San Bartolomé, sino la preocupación por la presencia de tropas francesas en Flandes.

Nº -46-

- 63 -

CARTA DE ENRIQUE IV AL VIZCONDE DE TURENNE, LUEGO DUQUE DE BOUIL

(Esta carta se incluye porque muestra el estilo desenfadado del bearnés hacia sus compañeros de armas, además de un cierto infantilismo).

A mi primo el señor Turenne,

Mi capitán, si no hubierais temido que alguien corriera con mas miedo que vos, hubierais encontrado el medio de que uno de vuestros amigos, se hubiera enmascarado para ver a su amante. Pero, a Dios gracias, cuando estais a gusto, no os acordais de nadie. No me habéis enviado ninguna noticia, no lo volvais a repetir "Méréglise" (1) sigue vuestro ejemplo, de tal manera que yo necesitaría no estar tan solo como lo estoy a cien leguas de la Corte y sin ningún amigo.

Beso las manos de vuestra amante, de pensamiento y os ruego que se las beséis de mi parte de hecho. Yo os haré algún otro favor.

Vuestro del todo

Henry

Recomendadme a Laverdin.

(La carta no lleva fecha ni el sitio desde donde la escribió)

Copia B. N. P. Ms. fr. Nouv. acq. 4533.

(1) Se refiere al padre Simon, capellán del duque de Alençon.

S. C. R. M. :

En una de las cartas que van con ésta digo a V. M. le daré cuenta de las cause que me han movido a tomar los 2.000 caballos del Duque Erico. Luego como envié en Alemania a levantar este ejército, acudí al dicho Duque, como a los demás, pidiéndole se contentase de levantar 2.000 caballos. Hallóle mi despacho en Aspa, prometió de darme respuesta dentro de doce días y, antes que se cumpliesen, me envió a decir que no estaba seguro y que él se determinaba ir a Trevers, que si viniese algún despacho de su Estado se le enviase. En Trevers halló ruin acogimiento en el Arzobispo; fuese a Francia al condado de Clermont, y hizo decir por un criado suyo, a Don Diego de Zúñiga cómo se había venido allí por no hallar seguridad para su persona y otras cosas que el dicho don Diego debe haber escripto a V. M., por donde yo me persuadí que él no pudiera levantar caballos y habían pasado veinte días sobre los doce que me había pedido, y estando bien descuidado de que él acudiese a la leva, recibí un despacho suyo, con hombre a posta, en el cual me escribe que los de su Consejo le habían avisado cómo levantarían los caballos y tenían comenzado a percibir los ritmaestres, que me rogaba yo le enviase hombre para tratar con él de materias pasadas. Respondíle que lo de la leva, habiendo tardado tanto la respuesta y estando el tiempo tan adelante, que ya sus caballos no podrían venir en tiempo, pero que por el gasto que sus ritmaestres habían hecho V. M. se contentaría de hacerle merced de 5.000 tallares y que, en cuanto a enviarle persona, que yo era muy contento y sabía que V. M. holgaría mucho con tan buena nueva por el deseo que tenía de hacerle merced. En este medio, viendo lo que tardaban los caballos de los Arzobispos y que Mandreslotz iba a encontrarse con Holslein y Chamburg y que me le pudiera romper y quedar a mal partido, me resolví a volverle a escribir que levantase los 2.000 caballos etc. etc.

A. S. Estado Leg. 552, fol. 51.

(1). Todo el tono de esta carta del duque de Alba a Felipe II es el mismo: su preocupación por tener o no soldados suficientes para las revueltas que en los Países Bajos y el Norte de Francia había. La fecha es de cuatro días antes de la Noche de San Bartolomé y no se hace la menor alusión a la misma.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A L REY. Bruselas 21 agosto 1572.

(Esta carta es muy extensa y sólo tomo unos párrafos que tienen relación con Francia)

He hecho crecer a los cuatro coroneles de valones Liques, Capres, Reuxs y Mondragón cada cuatro banderas mas. La artillería comienza ya a caminar, pero hágola recoger en Valenciennes, porque como V. M. muy bien sabe, si yo no tengo caballería para poder salir a combatir con los rebeldes, tenía por muy peligroso y de gran desautoridad y muchos otros inconvenientes que no digo, el comenzar a batir a Mons, habiéndome levantar como en efecto lo habría de hacer, si el Príncipe (Oran) pasase la Mosa y no sé el tiempo que me podría dar para hacerlo.

Yo voy ahora mirando si convendría ir con mi persona y estas 4 Bandera a ponerme sobre Mons o si aguardaré a que el dicho Príncipe pase, porque si pasa, te es el último remedio que tengo, dejando en esta villa 3 Banderas de alemanes, que he hecho venir del Regimiento de Polvayler a Nostredame y con ellas al Duque de Ariscot; y si yo me hallara ahora con 3.000 caballos herrerueros pudiera, con el ayuda de Dios, asegurar a V. M. que aunque el Príncipe pasara la Mosa, ni me socorriría a Mons ni me hiciera levantar sobre ella, no embargante que dicen tiene 9.000 caballos y muchas diversiones que hacerme, habiendo forzosamente de dejar descubierto todo Brabante, no teniendo caballería para irle a dar batalla, y las demas villas de Brabante, excepto Amberes y Bolduch, se le darán luego, y hasta agora Malinas ha querido recibir guarnición de V. M. y yo he ido disimulando porque, si place a Dios, los huéspedes, se pondrá remedio en esto. (suprimo varios párrafos)

Por este respecto he ordenado que, en caso de que el Príncipe pase la Mosa, se quede donde estaba ordenada la plaza de muestra, y si no la pasare, que la vayan a dar a Gedonia, que es el mismo camino que han de hacer los caballeros para venir a Mons. Dicen todos los que me avisan que es cosa increíble las desórdenes y novedades que hacen en las tierras del Imperio, Lieja y Cleves, de manera que ya algunos de sus aficionados le van perdiendo la devoción.

Por cierto papel... dice que el Príncipe de Orange le había escrito a los 27 de julio, que le enviase alguna arcabucería francesa para que, tanto mas seguramente pudiese ir a socorrer al dicho Ludovico y según los avisos que tengo de la parte de Lucemburque y Lorena, debe estar esperando 22 Banderas que Villerlepot otros capitanes han recogido de la gente que licenció el Duque de Lorena, habiendo acabado de castigar un rebelde suyo, que no me ha bastado el haber enviado allá a Mos de Abre, para pedirle que impidiese el designio de éste y aun procurando recoger aquella gente el sueldo de V. M. para que no fueran al del Príncipe, y huelgan mas de ir sin dineros a servir de herejes que a V. M. con él, pero tales oficios hacen ministros en las prédicas. (suprimo dos párrafos sobre los navíos).

Los negocios quedan en este estado; de lo que mas subcellere avisaré a V. M. como lo debe hacer Don Diego de Zúñiga de lo de Francia, a donde he enviado a Gomicurt a suplicar al Rey y a su madre, tengan la mano en impedir estas juntas y castigar sus rebeldes, como infractores de la paz; no sé lo que aprovechará.

Nuestro Señor guarde a S. C. R. M. etc. etc.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY. Bruselas 21 agosto 1572. -

S. C. R. M. :

A los 4 de este recibí las dos cartas de V. M. de 14 y 21 del pasado y juntamente las duplicadas de las cédulas de los 200.000 escudos y la orden que se dió al señor Don Juan y el despacho para los Fúcares y copias de las cartas para los embajadores de Alemania y Francia y los demás papeles que en dichas cartas se acusan, y a los 14, el duplicado que vino de Italia con las cifras, y beso a V. M. muchas veces los pies y las manos por el cuidado tan grande con que acude a la provisión que aquí es menester, que sola ella, después del celo tan grande de V. M. ha de bastar para remedio de estas herejías y traiciones, y así vuelvo de nuevo a suplicar a V. M. sea servido que la provisión se vaya continuando de manera que por falta de dinero no se deje de hacer el servicio de Dios y de V. M. Yo me hallo con tan gran falta de hombres que no he tenido de quien echar mano para enviar a los Fúcares que de Tomas Fiesco, por ser hombre cuerdo y que sabrá encaminar el negocio, en el cual no me parece interponer otros medios que el de V. M. solo, que si por esto no lo hacen, no lo harán por el Emperador o por el Duque de Baviera; yo los tengo por amigos míos, porque siempre me ayudan en mis necesidades y así también les he escrito particularmente, poniéndoles delante el servicio grande que harán a V. M. y el cargo en que le echarán sin aventurar nada de su casa.

(al margen, de letra del Rey: "Tanto mas convendría que vaya Lexalde y otros")

Pero aquí dudan mucho del negocio los hombres con quien lo he tratado y yo lo dubdo también. La provisión en Génova en especie no puede ser sino muy buena y desde aquí habrá mercaderes que, a su riesgo, lo traerán y el que corre es tan poco que, desde la postrera tierra de allá a Tiunvila, y pasará en día y medio viniendo en acémilas desde Génova. Sólo hallo un inconveniente, que será mucho ruido enviando V. M. por su cuenta, pero cualquier contado que entrase ahora en esta plaza la haría alargar mucho respecto al crecimiento de la moneda que ahora se ha publicado aquí: los tallares de Alemania a 32 placas, los escudos de España a 42 y los del sol a 43. En Besanzon será también muy buena la provisión, porque en Italia corre mucho oro y acudiré allí luego, no embargante que 200.000 escudos de plata alargarán mas esta plaza que 500.000 en oro, porque esta especie sacarla han luego fuera.

Los correspondientes han aceptado sus cédulas y cumplido hasta aquí muy bien excepto la de

(al margen, de letra del Rey: "En la cifra se olvidó el nombre. Por la cantidad se puede entender quién es") . (Siguen unos párrafos con el mismo tema).

Los naturales de Mons están ahora tan bellacos como los mismos franceses que están dentro. Ha erigido una nueva iglesia (como ellos dicen) y hasta ahora ha salido hombre de ellos a dar el menor aviso del mundo. Aquí me dicen que han jurado de vivir y morir todos juntos; podrá ser que se les cumpla el juramento, porque los tengo por muy bellacos, que muchos de ellos han holgado con las prédicas y las oyen de muy buena gana. (Siguen otros párrafos que suprimo)

Vuestra Majestad hace mucho en su servicio en tratar con el embajador de Francia en la manera que lo trata; yo hago lo mismo con el agente que tiene aquí el Rey cristianísimo. Ultimamente a los 16, me vino a hablar y me dijo que su amo estaba muy asegurado que estas fuerzas tan grandes que V. M. levantaba que no era para daño del Rey, pero que aunque veía la ocasión tan grande que había, no podían d

jar de ponerle alguna sombra y que, por este respecto, hacía venir a sus fronteras alguna gente de armas y doblaba sus guarniciones, no por sospecha que tuviese, sino porque las materias de Estado eran tan delicadas que traían consigo muchos celos, y también temiendo no les acaeciese lo que en el año 68 con el Príncipe de Orange (1) Yo les satisface lo que pude y rogué escribiese al dicho Rey para estorbar las ju-
tas que se hacían en la Champaña. (Suprimo otro párrafo en aras de la brevedad).

Con esto he respondido a las dichas cartas de V. M. y en las otras dos que van con ésta digo lo que de presente se ofresce.

Nuestro Señor guarde a Vuestra Majestad etc. etc.

A. S. Legado 552, fol. 49

(1) Me ha llamado la atención que todas estas cartas, además de la preocupación por las levas y dinero, debido a la concentración de fuerzas francesas en el Norte, habla en reiteradas ocasiones de "lo del año 68 con el Príncipe de Orange". En el año 1567 el Príncipe de Orange abandonó los Países Bajos y se retiró a Dillenburg con su familia. Comenzó la dura represión y se formó el llamado "tribunal de la Sangre". En 1568 fue la ejecución de Egmont y de Hornes en Bruselas y se firmó la Paz de Longjumeau que puso fin a la segunda de las guerras de Religión. Paz precaria puesto que en el mismo año el príncipe Condé, Coligny y su familia se reúnen con Juana de Albret y sus dos hijos en La Rochelle y comienza la Tercera Guerra de Religión.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A ANTONIO DE LARA. Betlem 29 agosto 1572 (1)

Magnífico señor:

Habiendo tenido aviso que parte del campo de los rebeldes ha pasado la Mosa, me ha parecido despacharos luego en diligencia para advertiros, señor, que al recibir ésta hableis con esos capitanes y les digáis, de mi parte, que anteviendo yo el inconveniente que podría subceder a la caballería que traen a su cargo si dejase de encaminarse a esta parte con brevedad, les pido tomen a la hora la derrota de Vince, haciendo en el camino la mayor diligencia que se pudiere, que allí hallarán el dinero, y vos, señor, os vendréis con ellos y me avisaréis de lo que se hiciere.

Nuestro Señor guarde etc.

A. A. C^a 165- 6 b.

(1) Se incluye esta carta y la siguiente fechadas el 29 de septiembre en las que el Duque de Alba se muestra preocupado por el paso del Mosa, pero no hace alusión alguna a la Noche de San Bartolomé.

465

69

Nº 32-
CARTA DEL DUQUE DE ALBA A JUAN DE ISUNZA. - Bellem 29 agosto 1572.

Magnífico señor:

Ha tantos días que me hallo sin carta vuestra, que no puedo dejar de estar con mucho cuidado, y así os pido, señor, que al recibir de esta me aviséis el estado en que halla esa armada, los efectos que se pretenden en la isla de Valcherem; y porque de la dilación de estos negocios podrían subceder muchos inconvenientes y las cosas de aquella isla lo pasarían muy mal, estando yo embarazado por acá, os encargo, señor, uséis de vuestra acostumbrada diligencia en la breve expedición de esas zabras y que de ordinario me vayáis avisando de todo lo que se hiciere.

Yo partí de Bruselas, para ponerme sobre Mons a los 26; llegué a este campo a los 27; hálleme con salud, a Dios gracias, y quedo atendiendo a poner en orden lo que conviene proveerse para la expugnación de esta plaza.

Nuestro Señor guarde etc. etc.

A. A. C^a 185- 14

Ilustrísimo y reverendísimo señor:

Esta escribo a v. s. i. habiendo llegado a este campo con harta mayor necesidad de descanso que de volver agora de nuevo a los trabajos que trae consigo la guerra; pero no dubdo que, siendo negocio de Dios, mirará por él y me dará fuerzas para podelle servir. Las de S. M. aún no acaban de llegar. El Príncipe de Orange se me ha entrado en el país de Brabante y ocupado algunas villas que, como esto se acabe, serán fáciles de reacquistar, y con lo que Dios ha hecho con Francia, está el negocio en tan buenos términos que no se puede temer nada; pues vemos evidentemente que si bien nos ha querido castigar, no quiere acabarnos, sino que ha vuelto por su causa, de manera que si nuestros pecados no lo impiden, de esta vez quedarán estos herejes acabados.

Los de Malinas lla... y no dubdo sea permisión... para castigar aquellos bellacos por los deservicios que le tienen hecho, habiendo en las alteraciones pasadas dejado a 17 hombres que les rompiesen las imágenes. Acabado lo de aquí si Dios es servido, se meterá la mano al remedio de lo de Brabante y demás Estados.

Habiéndose de enviar ratificación de aquel negocio que se hizo en Alba, ser necesario hacer las admoniciones y otras cosas que se pueden hacer en campaña. Como acabe lo de aquí, placiendo a Dios, luego se despachará y enviará como conviene, y cuando no estuviere de por medio el contentamiento mío y de la Duquesa por el de v. s. i. lo deseo, pues este negocio y los novios son hijos de v. s. i. a quien beso muchas veces las manos por el cuidado que tiene de encomendarme a Nuestro Señor y de pedir a S. S. que lo haga.

De aquí por ahora no sé otra cosa que decir a v. s. i. porque no traigo cabeza, ni tengo lugar para ello. Como se encaminen bien las cosas despacharé un correo a S. S. con quien escribiré mas particularmente a v. s. i.

Nuestro Señor guarde a v. s. i. etc. etc.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY. Campo sobre Mons, 6 septiembre 1572.

S. C. R. M.

A los 21 del pasado fué la última que escribí a V. M. dándole cuenta del estado de los negocios presentes, y comenzando de lo que entonces hasta ahora ha sucedido, iré por el hilo adelante. El Príncipe de Oranges, que con su campo estaba alojado en Ruramonda y a la redonda bien extendido de esta parte y de la otra de la Mosa comiendo y robando cuanto ha podido, acordó ponerse sobre el castillo de Berto,

(al margen, de letra del Rey: "Verto creo que debe de ser").

de que es castellano el capitán Juan Montiel de Zayas, a quien (entendiendo yo que el Príncipe venía por aquel camino) hice crecer de 50 soldados de más de la guardia ordinaria, que eran 25 valones y envié otros 15 arcabuceros españoles a caballo para que tomasen lengua y me avisasen de los andamientos de los rebeldes. El dicho Príncipe se apoderó luego de la villa porque (demás que no es nada suerte) los burgueses le abrieron las puertas y aún le llamaron y envió con una trompeta a pedir a los del castillo que se rindiesen. Tiráronle arcabuzazos, trujo 5 piezas para batirlos, desangrólos el foso y halos tenido sitiados quince días y hase defendido tan bien el dicho capitán y con tanto valor que, con ser una casa abierta, no la han podido tomar. He querido dar tan particular cuenta a V. M. de este negocio porque, cierto, el dicho capitán merece que V. M. le honre y haga merced también a Pedro de Mendoza, que entró con los arcabuceros a caballo y es teniente de mozo.

(Luego se extiende en varias hojas narrando las batallas en Valenciennes y en Malinas, comentando las hazañas de Alejandro de Parma etc. y ni una palabra de la Noche de San Bartolomé)

Acabado esto, placiendo a Dios, espero en El que todo ha de caer de golpe, porque estoy resuelto de ir derechamente a buscar la causa principal de tantos movimientos y no dubdo que, defendiendo V. M. la de Dios, le dará tan gran victoria como su sancto celo merece.

Nuestro Señor guarde a S. C. R. M.

A: S. Estado- Legado 552, fol. 62.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY. Campo sobre Mons 7 septiembre 1572.

S. C. R. M. (se suprime en parte el primer párrafo en el cual se habla de cuestiones de intendencia). A los Estados que tengo juntos en Bruselas no se puede esperar sacar de ellos ninguna cosa, estando los tiempos de la manera que están, ni tampoco yo los quiero apretar tanto que los negocios de V. V. estén en otro punto, que espero en Dios será brevemente, que en el que ahora se está no se podría esperar ninguna buena salida y por parte de V. M. se negociaría muy quebradamente.

(Al margen, de letra del Rey: "De esto se dé copia para que se vea en Consejo de Hacienda") (se suprime otro párrafo para copiar lo referente a Francia)

He visto lo que Zayas pasó con el embajador de Francia y la seguridad que ha dado a V. M. pero mejor lo ha hecho Dios, pues ha asegurado su negocio como Don Diego de Zúñiga debe escribir a V. M. particularmente. Yo pienso enviar persona a animarlos y ofrescerles estas fuerzas de V. M. o quizá lo remitiré a Don Diego y V. M. siendo servido, debería hacer lo mismo porque no caigan de tan buen principio. La Reina empieza a temer (1) no se les eche en casa el Príncipe de Orange, pues me ha prevenido Don Diego, de su parte, con avisarme que yo procure no dejar entrar al Príncipe de Oranges en Francia, como el año 68.

(se suprime un párrafo que hace referencia a la corte del Emperador)

La Reina de Inglaterra ha escripto a V. M. y a mi otra mucho mas blandas y diferentes de las de hasta aquí y despues de lo sucedido en Francia, aun creo que mudará mucho mas bajo el tono. Yo he abierto la de V. M. para ver lo que conten envié a V. M. las copias de ambas a dos con ésta. No tengo consejero ni hombre aquí conmigo para poder responder a los despachos del francés y por eso no se e pante V. M. si en dos despachos pasados en español faltaron los que se acusaron en francés, porque, despues de faltó Courteville, que entendía en estas materias, los otros secretarios no están muy estilados en ellas y tienen tanto que hacer en estos otros despachos, de dentro del país, que no reposan día ni noche.

(se suprime el final de la carta por tratar de otros temas).

A. S. Estado Leg. 552, fol 32.

(1) Se observa en esta carta el tono decisorio del duque de Alba y cómo es él el que insiste cerca de Felipe II para que se interese por el tema francés y le hace observar el cambio de actitud de Catalina de Médicis y de Isabel de Inglaterra. Incluso llama la atención que le abra la correspondencia y tome nota de ella. Desde su situación en los Países Bajos el Duque de Alba vé mucho mas el peligro hugonote que en la Corte de Madrid. En estos días los despachos eran diarios no sólo al Rey sino a Diego de Zúñiga y a Zayas. Su principal preocupación es retener al Príncipe de Orange en el Norte y que de ninguna manera acuda a socorrer a los hugonotes franceses.

CARTA REAL DIRIGIDA AL PATRIARCA DE VALENCIA, 11 septiembre 1572

En esta carta se dá cuenta de la noche de San Bartolomé, en la que perecieron el Almirante de Francia Coligny y los principales jefes protestantes, los cuales

"han recibido el castigo y pago que sus inormes y graves culpas merecían... y porque es justo que se den muchas gracias a Dios nuestro Señor de cuya poderosa mano y infinita misericordia todo procede, por lo que desto resulta en su servicio y honor de su santo nombre, bien y beneficio del dicho Rey mi hermano, y de su Reyno, os rogamos y encargamos proveays y deys orden que assi se hagan en essa santa Yglesia y en las otras dessa diócesis"

A. R. V. Real Reg. 253, Curiae Valentiae, f. 81 rº vº.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A DON DIEGO DE ZUÑIGA. Campo Mons 13-9-57

Ilustre señor:

A los 9 de éste, a las diez del día, estando los enemigos delante de este campo de S. M. escribí a v. m. lo que hasta el punto se ofrescia; aquel mismo día, a las tres de la tarde, quisieron socorrer la villa por una aldea que se llama Gemapa, media legua de Mons. Resistióseles tan gallardamente que quedaron sobre la plaza muertos muchos de ellos y de los más principales. A los 11 volvieron a alojarse a otra aldea llamada Hermini; salió Don Fadrique con 1.000 arcabuceros a darles una encamisada, la misma noche entre las doce y la una; sucedióle tan bien que puso todo su campo en gran confusión que se han levantado. Iban rotos el camino de la gran calzada, la vuelta de Mastrich; deben de ir a repasar la Mosa; hame parecido avisar de ello a v. m. para que lo pueda decir a esos Reyes cristianísimos, por el contentamiento que recibirá de ver tan bien encaminados los negocios de S. M., a quien despacharé luego un correo. V. m. me haga la merced de tener escripto porque no se detenga, que ésta va con un criado de Monsiur Dulcet.

Nuestro Señor guarde etc. etc.

A. A. C^a 164- 41

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL REY. Campo sobre Mons 15 septiembre 1572

S. C. R. M.

Por las que serán con éste entenderá V. M. lo que acá ha pasado y el estado en que al presente se queda.

Las manos que aquí han recibido son mucho mayores de lo que a V. M. se dice. Yo he dejado de despachar estos días pensando poder enviar a V. M. alguna resolución y no tenelle suspenso como lo habrá estado, si ha llegado la carta que le escribí desde la trinchera hasta que llegue este correo. La tierra se apricta todo lo que se puede; tiene mas dientes de lo que nadie pensó.

No sé si el Principe de Orange querrá tornar a tentar otra vez su fortuna de socorrela. Aquí no se perderá punto; yo pensé que estaba ya del todo estropeado y veíme que aún puedo trabajar un pedazo respecto a 65 años, que son muchos (1) para quien no los ha descansado todos. Dios sea alabado que los he empleado en su servicio y en el de V. M. y con este contentamiento no podrá ya venir la muerte temprano. Muchas veces he suplicado a V. M. me hiciese merced de hacella a Don Fernando, mi sobrino, por su orden. Hasta agora V. M. no ha sido servido de hacérsela; al mi suplicación no lo estorbare, yo prometo a V. M. que de su tiempo, ni muchos a quien V. M. la ha hecho sin haber visto enemigo, y por estos ejemplos, señor, han dejado de seguirme muchos hombres en este oficio de quien V. M. pudiera sacar servicio. Yo suplico a V. M. se sirva hacérsela y no pierda por él por trabajar lo que, holgando, hay; tenido muchos de su tiempo y tuviera él si no hubiera salido a servir.

Nuestro Señor guarde a S. C. R. M. etc. etc.

A. A. CR 65-219

(1) Cuando escribe esta carta el Duque de Alba tiene 65 años y ha estado al frente hasta el momento de los ejércitos españoles en los Países Bajos. Téngase en cuenta que en el siglo XVI 65 años era una edad muy avanzada y sin embargo no solamente por sus hechos sino por sus cartas el Duque muestra una enorme vivacidad física y mental. Siendo no haber podido fotocopiar una de estas cartas pues realmente los trazos de su escritura son de una vitalidad increíble.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A DON DIEGO ESPINOSA Y AL PRIOR DON ANTONIO. Campo sobre Mons, 16 septiembre 1572. -

Ilustrísimo señor.

Los negocios andan por acá tan apretados como v. s. verá por lo despachos de S. M. y así no tengo lugar para escribir de mi mano. Suplico a v. s. que me lo perdone, que yo sé que v. s. i. recibe mas servicio en que yo no le ocupe en esta sazón en otra cosa que en la que de presente traigo en la cabeza. (1) A v. s. i. suplico, cuan encarecidamente puedo, tenga la mano, como ha hecho hasta aquí, en lo de la provisión, porque comenzarán luego a crecer las necesidades, mucho mayores que hasta aquí, y son gentes los que vienen al servicio con quien se sufre burla. Despues que escribí a S. M. sus despachos, he tenido aviso que el Príncipe ha hecho alto cerca de Nivelá y que hacía provisión de harinas; no sé si querrá volver por acá; de lo que sucediere avisaré luego a S. M. y a v. s. i.

Tengo salud, a Dios gracias, que provee en esto como en todo lo demás. Av. s. beso muchas veces las manos por la provisión que S. M. me hace, que viene a muy buen tiempo y es mas que necesario que se continúe. Al Duque de Holst no he podido, burlando ni de veras, juntar conmigo. Despues que se retiró el Príncipe de Orange le he escrito que haga alto en Boldruch. Ahora que lo ha hecho cerca de Nivelá el dicho Príncipe, no sé si mudaré de opinión. Suplico a v. s. i. lo diga a S. M.

Despues que soy soldado he visto mejor día que el de los 9 de este mes, ni creo que le han visto otros mas viejos que yo; porque, por una parte, se batía la villa, y por otra, se hacía frente al enemigo y se le defendía meter el socorro. Duró lo recio de la defensa mas de tres horas; la villa y los enemigos jugaban siempre su artillería; nosotros la nuestra y el arcabucería española anduvo cual ella sule andar, tanto que hizo retirar de la plaza a los caballos; este es negocio de Dios, y así espero en El que le acabará como conviene a su servicio y al de S. M.

(ahora de letra del Duque) Yo digo a v. s. que mejor facción que la que aquí se ha hecho que no la han hecho soldados. Estábamos puestos en el sitio tan cerca de la tierra, que su artillería me mató en el escuadrón de la gente de armas creo que 13 caballos, teniendo la tierra a las espaldas y batiéndola con mucha furia de nuestras trincheras. El campo del enemigo teníamos a la frente, batiéndonos tambien con su artillería. A él hicimos tambien retirar con gran pérdida de gente y la tierra, con el ayuda de Dios, tomaremos antes de muchos días. Su campo no era superior en caballería, otra tanta que la nuestra. V. s. crea cierto que ha sido una cosa mucho de ver; despues lo que ha sido menester guardar, para que no metiesen socorro, ha sido una ventura extraña; yo no puedo creer que pueda haber pasado lo que he visto; Dios sea alabado por todo y me saque presto de estos entremeses, donde no gano sino traer aventuradas las vidas mía y de mi hijo y esa poca honra que, en tantos años de trabajo y fatigas, Dios ha sido servido darme, y todo esto para acabar de destruir mi Casa, como lo tengo ya acabado, y con esto quiero acabar.

Nuestro Señor guarde etc.

A. A. C^a 65-185

(1) Llama la atención como pide perdon por no escribir personalmente, en un día en que debe de haber escrito unas diez cartas. La cortesía, la alegría y al mismo tiempo la modestia con que narra la victoria. La fatiga que empieza a sentir. Al final la carta está manuscrita. Denuedo, lamento no haber podido fotocopiarla como era mi deseo.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA A DON JUAN DE ZÚÑIGA. Nimega octubre 1972.

Ilustre señor:

Después que escribía v. m. últimamente desde Burgo de Malinas, se ganó aquella villa y se le dió el castigo que tan merecido tenía, porque en efecto, ha sido ella sola la que ha hecho venir al Príncipe de Orange en estos Estados, llamándole muchas veces y disimulando go con ellos en levantar gente sin mi voluntad y comisión y otros desacatos muy grandes, esperando que con el tiempo se redujeran y volvieran ala obediencia que vasallos debían a su Príncipe y tal Príncipe que los mantiene en tan gran justicia y equidad. No se contentaron con esto, en viéndome salir de Bruselas para ir sobre Mons, en Henao, dentro de cuatro o cinco días me metieron en la villa 1,500 caballos y 4 Banderas de Infantería del Príncipe de Orange, que había pasado el mismo día que salí de Bruselas la Mosa, y habiendo cobrado dicha villa, procuré darles tiempo para que degollasen al enemigo que tenían dentro o los echasen fuera de ella y viniesen a pedir misericordia de sus culpas. No solamente lo hicieron, pero llegando el ejército de S. M. a las puertas y teniéndoles ganados los burgos por una de ellas, el primero de este mes, a las doce de la noche, me echaron fuera los enemigos sin decirme palabra y anduvieron tan ocupados en esto que no atendiendo al peligro que tenían tan cerca, como tener soldados de S. M. en los burgos, los cuales, ganando una puerta, se metieron en la villa y la saquearon, de lo que habían dejado los enemigos y los rebeldes que con ellos se habían ido, que han sido de los mas principales. Tras este gente envié algunos caballos. No pudieron alcanzarlos, porque me vino tarde el aviso, pero los desmandados los iba picando tan de cerca que, llegando a Ruermonda, donde el Príncipe de Orange tenía alojado su campo, pensando que el de S. M. les iba encima, desalojaron, caminando la vuelta del Rin, adonde tomó su campo y los villanos han hecho en él lo que suelen hacer con los que van de aquella manera.

Las villas de Ruermonda, Gueldres, Dute con Duesberque, el castillo de Busme y otras cuatro o cinco villas del Condado de Zutphen se han venido a rendir.

El dicho Príncipe, con 1.200 caballos, algunos infantes, se metió en Zutphen. Yo he llegado aquí con este ejército de S. M. dejando los Estados de Artois, Henao, Flandes, Brabante, Lila y Duay y Orsies limpios de esta maldita rebelión. Pasaré agora a Gueldres a cobrar algunas villas que allí están todavía rebeladas y a un mesmo tiempo, si place a Dios, procurará reanquistar lo de Holanda y Gelanda, a donde he mandado pasar la armada de Holanda, para juntarse con las otras que se arman en La Esclusa y en Amberes. De lo que se ofreciere y fuere haciendo a la jornada avisaré a v. m.

Nuestro Señor guarde, etc.

A. A. C^R 64-65

(1) Don Juan de Zúñiga estaba en el Vaticano como Embajador de España.

CARTA DEL VIZCONDE DE TURENNE A LOS SINDICOS DEL CONSEJO GINEBRA.

Señores, aunque ya hace algún tiempo que plugo a Dios llamarme a su conocimiento y sacarme de las supersticiones en las que había sido educado (1), he pensado que el Sr. Rezay portador de esta les lleve mi adhesión y manifieste cuanto les quiero y estimo, sintiéndome obligado hacia aquellos que han encontrado hospitalidad entre vds. y un retiro seguro. Os diré mas, que habiendo sabido que el Sr. Rezay está alcorriendo de un asunto que nos concierne a todos y del que depende un tratado de paz, he pensado escribir una memoria y presentarla en la compañía dónde voy, si place a Dios favorecer a este reino y que se promulgue el edicto de pacificación, para que no se olviden de estos favores. En lo cual me emplearé con todo interés y vos juzgareis el placer que siento en todos los asuntos que les conciernen por lo que si en algo les puedo ayudar no duden dirigirse a mí pues los tomaré como propios. Pero tambien les rogaré de hacerme el favor de uniros al ruego que hago Mgr. des Isles e interponer vuestro crédito y todos los medios que Dios os dá. Me alegra aprovechar el viaje del Sr. Rezay tan oportuno, ya que os dirá de palabra lo que sería largo escribir; os ruego que confiéis en él como en mí mismo y él os lleva mis saludos afectuosos. Rogando a Dios que les tenga, Señores, en su santa protección, con salud y prosperidad. Vuestro total y afectuoso amigo a sus servicios

TURENNE

Escrito en Turenne el XVI^e octubre 1576.

Orig. en el Archivo Histórico de Ginebra. Carpeta de documentos históricos, nº1983.

(1) Se refiere a su adhesión al protestantismo. Vid. mas adelante otra carta enviada a los mismos Síndicos o concejales del Ayuntamiento de Ginebra en 1581

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL PAPA. Maestrich 18 octubre 1572 (1)

Santísimo Padre,

A Don Joan de Zúñiga escribo el estado en que aquí quedan los negocios para que dé cuenta de ellos a V. S. y la norabuena, pues por todas partes le toca a V. R. tener contentamiento de que los negocios de la Iglesia de Dios y de esta Santa Sede y rebeldes del Rey, mi señor, y los que los favorecían se hayan deshecho y echado de estos Estados. Yo voy en seguimiento de los que quedan en Gueldres y Holanda: espero en Dios que, mediante el santísimo celo de V. S. y la intención del Rey, mi señor, se reducirá todo brevemente en la obediencia de esa santa silla y de S. M. C., como dirá más particularmente Don Joan de Zúñiga a V. S., cuya beatísima persona guarde Nuestro Señor por tantos años como la cristiandad lo ha de menester.

A. V. R. Nunclatura de España. T. 14, fol. 88

(1): Copiamos esta carta en la que el Duque de Alba da noticias de haber vencido la rebelión de los Países Bajos por considerar interesante que no haga alusión alguna a la Noche de San Bartolomé. Así como la siguiente dirigida Don Juan de Zúñiga a la que se alude en ésta.

Nº 65-

476

DEL REY ENRIQUE III AL VIZCONDE DE TURENNE. - (1)

Querido primo, quiero testimoniarle por la presente la alegría que he tenido por el resultado de la conferencia, en cuanto al edicto de pacificación, que es la cosa en el mundo que yo deseo mas, para ver a mis súbditos unidos, en paz y recibir bien a causa del mismo. Primo, yo sé que me podeis servir y ayudar en esta ocasión; sabiendo mi satisfacción por el afecto que me tenéis y tambien al contento y a la paz de mi reino, creedme que yo os agradeceré todo cuanto hagáis, como os lo dirá de mi parte el Sr. de Arques (2) que os lleva la presente carta.

Rogando a Dios que os tenga, querido primo, en santa protección

HENRY

Escrito en Paris a 16 de marzo de 1579

B.N.P. Ms. n. R2- 53.

(1) Se incluye esta carta como testimonio de que ya el rey Enrique III, como antes su hermano Carlos IX y tambien durante la regencia de Catalina de Médicis, los Valois quería a toda costa la paz de su reino. No es por tanto una genialidad de Enrique IV el tan cacareado Edicto de Nantes, que se estaba forjando mucho antes de su publicación. La tolerancia no venía sólo como se afirma del lado hugonote...

(2) Se refiere al Sr. de Arques que fué el primer nombre que llevó el duque de Joyeuse.

LA REINA MADRE CATALINA DE MEDICIS AL MARESCAL DE DAMVILLE. (1)

querido primo, hace tiempo que por algunas conversaciones que tuvieron el Vizconde de Turenne y el sr. de Rozan y alguna discusión con de Duras, traté de ponerlos de acuerdo, por consejo de los príncipes y otros del Consejo privado del rey mi señor e hijo, para impedir que llegasen a pelearse en esta ciudad como lo han hecho, y lo cual informaré a la Cámara del Parlamento, para que hagan una justicia ejemplar, pues faltan a lo que todos deseamos o sea estar en paz, como habíamos resuelto en la conferencia que tuvimos en Nérac. He querido escribiros esta carta para que estéis al corriente y lo comuniquéis a quien penséis sea necesario, teniendo la noticia (que es un hecho particular y la justicia se hará con los que lo han merecido) lleguemos a la buena obra que es la paz y que no se retrase.

Rogando a Dios, querido primo, que os tenga en su santa protección

CATHERINE

Escrito en Agen, le XVII día de marzo 1579

B-N-P: Msfrs. 3203, fol. 44.

(1) Esta carta de la reina-madre confirma la anterior. Se refiere a las luchas que hubo en Montauban entre católicos y hugonotes y un duelo que hubo entre los hermanos Duras, de una parte y el Vizconde de Turenne y el Barón de Salignac, de otra. Como se vé por el texto Catalina de Médicis se disgustó mucho pues quería la paz. Había firmado un Edicto conocido con el nombre de Paz de Poitiers el 17 de septiembre de 1577. Mas tarde hubo una serie de duelos en la Corte y es el origen de estas cartas.

CARTA DEL REY ENRIQUE III AL VIZCONDE DE TURENNE (1)

Querido primo, como sé el cariño y celo que teneis por mi y por el bien y paz de mi reino, estoy seguro que os disgustaría cuanto retardara la paz y enturbiara mis asuntos. Por éso, habiendo sido advertido de ciertas asambleas que empiezan a convocarse, con el pretexto de las diferencias que habeis tenido con el señor Duras, que pueden repercutir perjudicialmente en mi y mis deseos de paz, me he decidido a escribiros esta carta por la que os ruego, querido primo, puesto que deseais serme grato, no permitais que dichas reuniones tengan lugar; tanto mas cuanto que he decidido darme por enterado de vuestras diferencias, aunque no voy a tomar ninguna decisión hasta el regreso de mi madre (2) y seguir su consejo. Estad tranquilo y por amistad hacia mi, prolongad la promesa que le habeis hecho a la reina, mi madre y señora, y no os castigaré ni a uno ni a otro; es mas os haré conocer que soy mas celoso de conservar vuestro honor y fama que vos mismo. Y aunque fuera de otra manera os ruego que lo hagais por mi, tanto mas que por el poder que Dios me ha dado sobre vos, os podría ordenar expresamente que no celebraseis dichas reuniones y no pedir nada al señor Duras, hasta que yo no lo pidiese expresamente. Y así hareis algo que me será muy grato.

Vuestro primo

HENRY

Escrita el 24 de junio de 1579.

Cop. B.N. P. Ms. fr. 3319, fol. 176 rº

(1) Esta carta completa las dos anteriores. Aunque no lo pone debe ser de París. o de Fontainebleau.

Manifiesto de Enrique de Navarra cuando estalló la guerra de los cuarentados

A la Reina de Navarra, mi mujer 15 abril 1560

Mi querida, aunque estemos tan unidos que nuestros corazones y deseos sean la misma cosa y que nada me sea tan caro como la amistad que me teneis, en correspondencia a los deberes a los que me siento obligado, os rogaria que no os extrañaseis a la decisión que he tomado sin haberos dicho nada de ella. Pero fuerza es que lo pague y yo puedo manifestaros, querida mía, que he sentido una inmensa pena por no poderos contentaros. Os contrarié y que os desagrade verme en este penoso estado pero Dios sabe quien tiene la culpa. Desde que estais aquí (1) no habéis oído sino cosas feas. Sabéis las injusticias que se han hecho a los de la religión, las sinuosas interpretaciones que se han dado para la aplicación del edicto: sois testigo de las dificultades para dulcificar la situación, poniendo todos los medios a mi alcance para esperar de manos del Rey y de la Reina vuestra madre que lo arregle sin necesidad de medios extremos. Viajes a la corte y pliegos de súplicas y advertencias dan lugar a lo que os digo. De nada ha servido: el malestar crece y se convierte en enfermedad incurable. El dice querer la paz y me gustaría creerlo pero los medios que el Consejo quiere utilizar nos conducen a la ruina. Los malos modos de sus oficiales y cortes parlamentarias nos lo hacen pensar así. Desde hace pocos días habéis visto como se nos ha querido coger desprevenidos, nuestros enemigos cebaligan y las ciudades se levantan en armas. Sabéis que hace tiempo nos había llegado el soplo de tal preparativo de guerra. Yo creo que cuanto mas tardemos más fuertes se harán. Es por los últimos correos llegados de la Corte sé que no nos podemos dormir vistos los signos de nuestros adversarios y la aflicción en la que se encuentran nuestras iglesias que requieren mi apoyo. No he podido esperar mas y me he ido precipitadamente sin advertiros, sintiéndolo mas de lo que podéis imaginar y he decidido escribirlos pues las malas noticias se saben muy pronto. Tendremos males y dificultades de necesidad de muchas cosas, pero esperamos en Dios y trataremos de vencer con paciencia a la que estamos acostumbrados desde siempre. Yo os ruego, querida mía, ordenadnos cuiden de vos a los habitantes de Nérac Teneis a Monsieur de Lesignar si os parece yo creo que lo hará bien. A pesar de todo amadme siempre como yo os amo y es lo mismo mas que nada en el mundo. No os entristezca esta cuestión, basta con que uno de los dos sea desgraciado, aunque su desgracia se convierta en la alegría de servir a una causa justa y necesaria. Os beso un millón de veces las manos. (2)

Vuestro humilde y obediente marido

Enrique

Northcote, "Henri IV raconté par lui-même" (Selección de cartas). Ed. A. Picard, Paris 1915. Pags. 76-77-78-79.

(1) Se refiere a la estancia de Margarita en Nérac.

(2) Si titulamos esta carta manifiesto no es por serlo, sino por lo que la hizo circular ampliamente entre distintos personajes no solamente de su Reino sino de toda Francia.

CARTA DE LA REINA MADRE A ENRIQUE DE NAVARRA 1580?

Está escrita cuando Catalina de Médicis y Carlos IX deseaban que Enrique volviera a la corte donde estaba su mujer. Reproducimos una parte de la misma:

"No sois el primer marido joven y poco serio en ese asunto; pero encuentro que sois el primero y el único que lo haga, que despues de tal hecho empleis un lenguaje como el que he leído para dirigiros a vuestra mujer. Yo tuve el honor de casarme con un rey, mi señor y vuestro soberano; pero la cosa que le disgustaba mas es cuando yo me enteraba de sus aventuras y cuando la Señora Fleming quedó embarazada le pareció muy bien que yo la despidiera de la corte; en cuanto a la Señora Valentinis era como la Señora de Etampes, con todos los honores. No es forma de tratar a mujeres de bien y de tal casa y de injuriaslas como a mujerzuelas (emplea una palabra más fuerte) pues todo el mundo conoce que la vuestra ha tenido un hijo. Sois lo suficientemente bien nacido para saber como os debeis de portar con la hija de vuestro rey y la hermana del que manda en este reino y que ademas os honra y ama como una mujer de bien. He despedido a esta "bel le bête", pues tanto como vivirá no soportará ver sufrir a los que me son mas próximos, como es el caso de mi hija, que deben estar uno con el otro. Por tanto os ruego que despues de ver a este mensajero que es Frontenac y que os habrá dicho todo lo malo posible para alejaros de vuestra mujer, considerar el daño que os habreis hecho y volved al buen camino".

CARTA DEL VIZCONDE DE TURENNE A LOS SINDICOS DE GINEBRA (1)

Muy honorables señores, he cedido mucho tiempo que por falta del mismo y de medios no os he enviado carta alguna, -provecho el viaje del Mogr. de Loque para informaros de los hechos y particularidades que han ocurrido y los asuntos de estado entre las dos iglesias, sobre lo cual yo os podría hacer un largo discurso, si la categoría del portador de esta no lo hiciera innecesario. Al cual os suplico que creáis todo lo que os diga pues no hay en Francia gentilhombre mas amigo y del cual me fíe mas; tened la seguridad que no ahorraré medios ni vida, si la ocasión se presenta, de demostraros que los hechos son tan ciertos como las promesas y como el portador de esta carta os explicará mas ampliamente. Tras de saludaros os envío mis humildes recomendaciones y pediré a Dios, honorables Señores, que os tenga en su santa protección.

Vuestro seguro servidor

TURENNE

En Montpellier, el último día de abril de 1581

Carta autógrafa que está en los Arch. His. de Ginebra. Pièces historiques, nº 2939.

(1) Esta carta de Turenne a los Síndicos o concejales del Ayuntamiento de Ginebra, la llevó Monseñor de Loques el 13 de mayo de 1581 y es una buena muestra que la política que los hugonotes hacían en Francia estaba dirigida desde Ginebra. Muchas tardes pasadas consultando documentos en este Archivo me han dado a conocer tantos, que el transcribirlos me resultó imposible.

CARTA DE ENRIQUE IV AL VIZCONDE DE TURENNE, DUQUE DE BOUILLON

(En esta carta y en varias del mismo tono, se queja de falta de amistad).

A mi primo el señor de Turenne.

He ganado tiempo con los diputados como queríamos. Os envío esta con un portador para agilizar las cosas: creed todo lo que os dirá. Os ruego que vengais con diez o doce a encontraros conmigo el domingo sin falta, pues yo partiré para traer lo que ya sabeis. Dejo a mi hermana donde está. Duras (1) se va a ver al rey de España que desde hace tres semanas está encerrado en su alojamiento por miedo al contagio. A la tosferina se ha añadido la peste, tanto que pocos se libran de ella. El dicho Duras va sin embargo a hablar con nuestros enemigos, de manera que ayuden a la Reina a acabar con los herejes, que están con aquel que llamaba su marido. Venid, por Dios! Tendremos tanto que hacer como no hemos tenido en un año. He tenido ocasión de pasarme sin vos, pero no os guardo rencor aunque quiero veros. Creedme que os quiero mas que vos a mi. Y con esta verdad, os ruego una vez mas que vengais. (2)

Queda de vos fiel primo y enteramente amigo

HENRY

Agosto 1585, no dice sitio.

De la Colección Feuillet de Conches, publicada en "Lettres missives"
tomo IX.

(1) Duras era gran enemigo de Turenne y andaba por entonces enredado con "Reine Margot". También enemigo del bearnés y de todos los hugonotes.

(2) Enrique IV decía verdad, era mas amigo de Turenne que éste de él.

CARTA DE ENRIQUE IV AL VIZCONDE DE TURENNE, DUQUE BOUILLON

A mi primo el señor Turenne,

Mi capitán, si no hubiérais temido que alguien corriera con más miedo que vos, hubiérais encontrado el medio de que uno de vuestros amigos, se hubiera enmascarado para ver a su amante. Pero, a Dios gracias, cuando estáis a gusto, no os acordáis de nadie. No me habeis enviado ninguna noticia, no lo volvais a repetir. "Mérégilse" (1) sigue vuestro ejemplo, de tal manera que yo necesitaría no estar tan solo como lo estoy, a cien leguas de la Corte y sin ningún amigo.

Beso las manos de vuestra amante, de pensamiento y os ruego que se las beséis de mi parte de hecho. Yo os haré algún otro favor.

Vuestro del todo, Henry

Recomendadme a Laverdin.

(Esta carta no lleva fecha, ni el sitio desde dónde Enrique IV la escribió. Si la incluimos entre los documentos es por ser una buena muestra del estilo desenfadado del bearnés con sus compañeros de armas. Además muestra un cierto infantilismo.)

Copia en B. N. P. Ms. Frs. Nouv. Acq. 45-33.

(1) Se refiere al padre Simon, capellan del duque de Alençon.

CARTA DE ENRIQUE N. AL VIZCONDE DE TURENNE, DUQUE DE BOUILLON

A mi primo el Señor de Turenne,

Primo mío, me he alegrado mucho de saber vuestra curación y que la bala se os haya desprendido del hueso. Estoy a punto de irme, parte de mis tropas ya han cruzado el río. Sabeis cuán necesaria es vuestra presencia cuando yo no estoy aquí. Os he enviado el pésame por la muerte del Duque de Bouillon (1) y he dicho que se ocupen de su hija y he enviado a alguien que la cuide que ha sido page en su casa, incluso que vea al señor de La Noue de mi parte, aunque tenga que preparar las cosas para la guerra, puede tomar su tutela. Creo que está obligado por su fé y que es íntegro (2). También le acompañaran los capellanes de su casa y habría que enviarle instrucciones y de qué vivir. Le llevan diez mil escudos que habría que legalizar Montmorency y los de Languedoc. Es algo que me importa mucho que se sepa. El ejército de Matignon y del gran prior de Toulouse (3) se han separado. Los enemigos han tenido muchos muertos y heridos. Mi primo el conde de Soissons estaba por allí: los enemigos se retiraron hasta Puillon. Sarzac fué traicionado. Envío compañías que atraviesen el Garona para reconquistarlo; el vizconde de Merville se preocupa mucho, al menos asegura que hará cuanto pueda. Adios, primo, deseo tener a menudo noticias vuestras y sobre vuestra salud. Estad siempre seguro de mi amistad. Vuestro muy querido primo y buen amigo

HENRY

Primo mío, no os podeis imaginar cuantos enfermos hay por aquí. Yo mismo no me encuentro bien. Os ruego que cuando os podais pasar del señor Hortoman -médico- que me lo enviéis. He escritos a señores de las diócesis del bajo Languedoc de no faltar a la Asamblea que he convocado para defensa de la Santa Fé y para el bien de las iglesias y les mando dereferirse a vos para su seguridad en el viaje.

Marzo 1588, probablemente escrita desde Nérac.

La autografa es de la Col. Morrison, pero hay una copia en N. P. M. frs. Nuevas adquisiciones. 4538.

(1) Cuando se escribió esta carta todavía Turenne no era Duque de Bouillon.

(2) La verdad es que se dice que aceptó la tutela de una niña de 13 años y se hizo con parte de su dinero.

(3) El gran prior de Toulouse era el tercer hermano del duque de Joyeuse que acababa de morir en Coutras.

CARTA DEL DUQUE DE GUISA A BERNARDINO DE MENDOZA, 6 agosto 1588. -

En plena efervescencia de París contra Enrique III al que llamaban en los escritos panfletarios "Herodes", en los días de las barricadas, el Duque de Guisa escribía a Bernardino de Mendoza, embajador de España lo siguiente:

"Sobre las investigaciones que se hacen en torno a nuestra amistad, tenemos el presentimiento de un gran cambio hacia mejor y que no depende de nosotros. Se remite a los Estados a dar forma o a tomarla de ellos para enderezar la situación; por ello he recomendado a las provincias que escojan bien a los diputados de los tres estamentos, para que todos estén de acuerdo en lo tocante a nuestra religión, mantenimiento de las gentes de bien, la búsqueda y castigo de los malhechores, el orden en los asuntos y descargar al pobre pueblo, todo ello con prudencia y destreza, para que podamos sostener el rey en la buena voluntad y buenas ideas que parece tener"

"Las maniobras que se vienen haciendo por todas partes de este reino por delegación de los estados nos obligan a estar en guardia y tener más que nunca abiertos los ojos para nuestra propia conservación; y si por una casualidad se encuentra en alguna provincia herejes que puedan nombrar a diputados de su confianza, tengo la seguridad que la mejor parte y la mas sana debe quedar en manos de los católicos".

"Os ruego que asegureis a S. C. M. de la absoluta confianza que tengo en su persona y estar a su disposición todos mis bienes, fiel a su voluntad con fiel y total obediencia; espero que Dios me conservará para servicio suyo y para que vele por mis amigos y servidores, de los cuales me hago acompañar por el mayor número que puedo, sin ahorrar en nada. La ayuda que plugo a S. C. M. darme es, despues de Dios, mi principal amparo y un refugio sacro para todos los aquí perseguidos en nombre y por el honor de Dios y de su santa Iglesia. Por lo demás, en cuanto a noticias, os diré que el rey mi señor tiene mucho interés en los estados generales y muestra tener decidida voluntad en ello. Pienso haber contribuido tanto a ello que la mayoría de dichos diputados estará a favor nuestro con devoción". (1)

A. S. Legajo B 61- 54.

(1) En esta carta se adivina que el duque de Guisa tiene preocupaciones por su seguridad personal pues se hace acompañar de muchos amigos "sin ahorrar nada".

CARTA DE FELIPE II A BERNARDINO DE MENDOZA. 5 septiembre 1588.

En esta carta en la que trata con la minuciosidad característica los diferentes asuntos de estado, hay un párrafo que se refiere al duque de Guisa: no comparte la confianza en su seguridad que tiene el francés, parece presentir el peligro creciente que corre el jefe de la opinión católica y las revueltas que probablemente habrá en los estados generales.

"No hay que dejar de repetir a Mucius (el duque de Guisa) cuya carta he recibido, que la junta o reunión de Blois va ser causa de revueltas y hasta de revolución: por tanto que haga los preparativos para su seguridad personal y que no se descuide en nada en lo tocante a ella".

(Esta carta es manuscrita de Felipe II)

CARTA DEL DUQUE DE GUIZA A BERNARDINO DE MENDOZA. 21 sept. 1588.

Hece alusión a los temores de Felipe II por su seguridad personal:

"No me faltan las advertencias de todas partes de que quieren atender contra mi vida; gracias a Dios estoy prevenido, tanto por haberme rodeado de buenos amigos, como habiendo practicado por medio de regalos y dinero la generosidad con aquellos que quieren utilizar para ejecutarme; que si ellos empiezan, yo continuaré con mas fuerza que lo hice en Paris; que se guarden muy bien de hacer nada".

Nota: No sé si es aventurado señalar que en esta carta en la que el duque de Guisa se muestra muy seguro de su fuerza, hay una alusión velada a confesión de parte en la Noche de San Bartolomé.

CARTA DE ENRIQUE III AL DUQUE DE NEVERS. 23 diciembre 1588.

Escrita el mismo día del asesinato del duque de Guisa.

Querido primo: sabiendo desde hace pocos días que el duque de Guisa conspira-
ha para secuestrarme y trastornar mi reino, he pensado que sería considerado
indigno por los demás príncipes extranjeros, de llevar la corona y la monar-
quía a lo que Dios me ha llevado, si yo no cortara de raíz todos estos mane-
jos y con ello conservar mi vida y mi estado y dar a mis súbditos la posibili-
dad de vivir en paz. Os diré tan solo que el señor de Grevres os dirá lo que
le he mandado que os diga y os ruego le creáis como a mi mismo, que ruego
a Dios os tenga, querido primo en su santa protección". En Blois 23 diciembre
de 1588. HENRY.

CARTA DE ENRIQUE IV AL PRINCIPE DE CONTY. - 1o mayo de 1593.

Primo mío, estais al corriente de la reunión que he tenido con los príncipes como había prometido, con los prelados, gentilhombres y otros señores católicos que se reunieron conmigo y con los de la asamblea de Paris. Los diputados de una y otra parte se habían reunido el 29 del pasado en el pueblo de Suresnes, pero no han tratado hasta el momento de las condiciones requeridas por ambas partes y también fueron interrumpidas por la llegada de los duque de Mayena, de Guisa y de otros jefes de su partido de Paris, a donde fueron a buscarles diputados de su bando; a pesar de ello los señores Schomberg y Revol vinieron a darme cuenta, en nombre de los otros diputados, de lo que se había hablado entre unos y otros; no podían seguir adelante sin conocer mi voluntad, sobre la cual les habían informado parcialmente y yo les envié para que continuaran la conferencia. Vos sabéis, primo mío, que la propuesta de dicha conferencia se estableció dirigida desde Paris, sobre la elección de otro rey. Parece ser que la proposición no cayó bien en la Asamblea pues no querían caer bajo el dominio del español, como quieren que sea o a personas que dependan totalmente de ellos; este temor junto al sentimiento de la prolongación de la guerra, les ha llevado a desear estar conmigo con tal de que yo sea de su religión. Los que tienen intención distinta, que son los jefes, parece que estan cambiando y no quieren dejarse llevar por la sola condición religiosa; pero pareciendo que se adhieren a la misma opinión, la tratan con otros términos que dificultan mi conversión, al quererla enviar como pretendel al Papa, porque saben que ahí interfiere la voluntad del rey de España, lo que les permite la libertad de hacerme alguna demostración de reconocimiento, pero despues de pasada esta formalidad, pensando de rechazo la dificultad en que me veré por la razón dicha y quedaran bien ante el pueblo, utilizando con ello el artificio y que yo resulte odioso y sospechoso en mis actitudes; con los cual los emisarios de España hacen grandes ofertas a la gente tanto lós de toga como los de espada. Tanto que les es difícil romper con la simpatía que el pueblo me tiene, como no sea haciendo perder la esperanza en mi conversión, para lo cual no ahorrar invenciones, ni suposiciones de buena informacion que dicen tener y los que conocen sus malos propósitos y intrigas aunque les horrorizeen, les ponen en dudas hasta que todas estas patrañas no queden esclarecidas, para que no lleven al pueblo a engaño y pueda haber una reconciliación, como sería de desear y que incluso no le conviene a la persona del rey de España, por no tener aquí gentes que le apoyen: he pensado que la mejor solución es convocar a un número de prelados para atender a mi instrucción, que contente además a los católicos que me reconocan; en lo cual el menos será útil esta reunión, si no la fuerzan de la otra parte.

Es con este motivo, tan importante y necesario para el Estado, por lo que os escribo y deseo estéis junto a mí, querido primo, pues me habeis demostrado muchas veces cariño y respetado mi autoridad, para que quede ésta reforzada por vuestra presencia y escribo al mismo tiempo a otros personajes y notables tanto de nuestro Parlamento como de otros, mis buenos y fieles servidores, para que acudan el día 18 de julio en esta villa, a la cual os pido que acudais para poner vuestra mano en una obra tan buena y provechosa, con la ayuda de Dios, se hará, si le place, para que salga un fruto conforme a sus deseos y a los de las buenas gentes. Yo le ruego, finalmente, que os tenga, querido primo en su santa y digna protección. En Mantes, el X de mayo 1593.

CARTA DE LA PRINCESA CONDÉ (Madre) AL DUQUE D'EPERNON-1593-sin fecha.

Con cuanta pena, Señor primo, me empuja a comenzar este escrito? Quisiera poder presarlo con palabras, pero son débiles para tan gran dolor como supone vuestra pérdida y la mía (†). Mi tormento es doble al imaginármelas ambas. Si una criatura habiendo sufrido tanta desgracia como yo pudiera llevar consuelo a un afligido, yo quisiera hacerlo hacia vos y me sentiría por una vez dichosa por ello. Pero es mucho pensar que vuestro coraje se deje abatir por el dolor: vos que acostumbráis mandar en los demás, no tendríais el mismo poder sobre vos mismo? Perdonad a mi pasión aumentada por mi disgusto, el dudar de vuestra constancia y entreteneros con unas palabras molestas. Cuando decidí enviaros a este mensajero, no creía tener que escribiros sobre una cuestión que he sabido después: sin duda me he apresurado por el deseo de tener noticias vuestras, al saber que estais herido y también para hablaros de mi hijo y de mi misma por si podéis ayudarnos, lo que no dudo hareis si tomáis de conciencia de lo que nos ocurre; me habéis hecho una promesa de ayudarme y ello facilita mi petición. Vuestros hijos y los míos están tan próximos que el bien de unos será para los otros y por mi parte deseo que continúen unidos por una amistad que nada logre separarlos. Y como temo molestaros mas terminaré enviando mas noticias a través del portador de ésta, al cual os ruego que creáis.

B. A. Arsenal, Mss. de Conrart. Col. in 8º, t. V.

(†) Selecciono esta carta por ser de la madre del Príncipe de Condé y estar en relación con el Duque de Epernon. Probablemente la escribió con motivo de la muerte de la duquesa ocurrida el 23 septiembre 1593.

CARTA DE BELLIEVRE QUE REVELA EL CLIMA NEGOCIACION-10 julio 1593

Señor, os envío la respuesta sobre la consulta que me hicisteis ayer y lo hago con gran sentimiento y por partida doble dada la importancia del asunto. Es el rey el que ha de decidir para el bien de todos (alude a M. Belin?).

He comunicado el escrito de los señores diputados presentes y todos son del parecer que se resuelva lo que se acordó en presencia del señor Pralin y que los asuntos de su majestad no se pueden resolver de otra manera. Es un hecho de tal importancia que hay que evitar cualquier solución que traiga la ruina al país y que nos amenaza tan de cerca. Tal vez estemos aún a tiempo. "Monsieur" cree lo mismo. Haced ver a su majestad que estais a su servicio y cual de sus servidores puedo saber mejor que usted y el señor Revol el estado de la ciudad de París. Una hora de retraso puede acarrear la ruina de su majestad. Tienen resuelto el tema de hoy a mañana para proceder a la elección. Están dispuestos a precipitarla a pesar de varias amonestaciones hechas al sr. Mayenne y al sr. de Guisa que se ha quejado a Mayenne sobre el hecho de querer impedir el bien y la seguridad de su casa, de tal manera que se asegura que están totalmente de acuerdo. Han cenado los dos en casa d'Elbeuf y se dice que los españoles quieren poner por delante al duque Ernesto y para llegar a ello han ofrecido al sr. de Mayenne seiscientos mil escudos y otros cien mil al sr. de Lyon, pero el sr. Mayenne lo ha rechazado y ha dicho que no podía estar de acuerdo con alguien que no fuera de su casa. Sobre todo los españoles muestran su poder queriendo casar a la señora infanta con cualquier Guisa y ya han decidido esta elección. Se tiene por seguro que hoy o mañana los Estados se pondrán de acuerdo. Un amigo mío me dice que ya han nombrado los peritos... el sr. duque de Brienne es el primer gentilhomme de cámara. Se dice que han enviado fuerzas del sr. de Saint Paul (por d'apogcho).

Os envío la carta que os escribe el señor Zamet con otro despacho pues me parece la cosa tan importante que envío a dos mensajeros; recibireis la carta que me escribió el Sr. Belin et la del señor de Bassompierre a través de la del señor Belin; vereis que me escribe a modo de excusa. Espero que pronto me verá aunque no sabe en qué lugar. No sé lo que debo esperar en cuanto a la prórroga; no está a nuestro alcance empezar una guerra y por uno o dos días podemos esperar lo que nuestro dueño decida. Se dice en París que el Rey quiere poner sitio a Pontoise y van a enviar socorros. Quisiéramos veros muy pronto y el buen señor Revol os presenta a los dos sus humildes y afectuosos recuerdos. Con lo cual ruego a Dios que os de una larga vida... Vuestro humilde y seguro servidor BELLIEVRE

(El mismo día a las 5 de la tarde) Al margen: Señor, todo está preparado para que el pueblo esté entretenido respecto a la conversión de su majestad. "Siendo así se nos asegura que su majestad conocerá la buena voluntad de sus súbditos que de otra manera podrían resolver mal aconsejados".

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 23 julio 1593.

Llegué ayer noche pronto y fui importunado por los "Dieu-gards" hasta que me acosté. Nosotros creemos que la tregua se decidirá hoy. Por mi parte estoy del lado de los "Ligueurs", de la orden de santo Tomás. Esta mañana comencé a hablar con los obispos. Además de los que os envié ayer como escolta, os envío cincuenta arcabuceros que valen como coraza. La esperanza que tengo de veros mañana retiene mi mano y no os hago un discurso mas largo. Domingo próximo daré el "saut périlleux". A la hora que os escribo tengo a cien inoportunos detrás de mis espaldas que me hacen aborrecer Saint-Denis como vos Mante. Buenos día corazón mío, venid mañana pronto, pues me parece que ya hace un año que no os veo. Beso un millón de veces las hermosas manos de mi angel y la boca de mi querida "maîtresse". El XXIII julio.

HENRY

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 27 mayo 1596.

Corazón mío, He recibido esta mañana al despertar noticias vuestras. Eso me hará pasar el día mas feliz; no he sabido nada del conde de Saint-Paul desde pues que le dejé. No me olvidaré de "me ramentevolt" dos veces al día de "mes chers amours", por el amor de quien me mantendré mas que nunca lo he hecho. Mañana veréis a César por lo cual os envidio. Quered mucho a vuestro hijuelito que hasta su tumba no querrá a nadie mas que a vos. Con esta verdad termino, besándo os tan tiernamente como ayer por la mañana un millón de veces. El XXVII de mayo, fechado en Péronne.

HENRY

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 22 octubre 1597.

"Mes chers amours", Hay que decir la verdad, nos queremos mucho; por cierto que no hay otra mujer como vos; como hombre ninguno me iguala en saber amar bien. Mi pasión es la misma que cuando empecé a amaros; mi deseo de volveros a ver mayor que entonces; en resumen que os quiero, adoro y honro milagrosamente. Por Dios, que toda esta ausencia pasa como comenzó y está creciendo! pues hasta dentro de diez días no puedo poner fin a mi destierro. Preparaos, mi todo, para partir el domingo y estar el lunes en Compiègne; si pensáis estar tal día, me ocurrirán muchas cosas allí donde me encuentre. La señora de Vau está aquí; ni la he visto ni la veré mas que si me lo pedís. Buenas noches corazón mío, os beso un millón de veces las manos. El XXII octubre en Amiens.

HENRY

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 14 mayo 1598.

"Mes chers amours", el poder de mi hijo ha sido reconocido con gran aplauso. Un consejero que ha sido ponente a triunfado, tanto como el abogado que ha informado en su favor. Os diré detalles que os agradarán. Guicart ha llegado y me trae noticias de mis obras tanto carnales como de piedra. Todo va bien, a Dios gracias. Hay que decirlos que nunca un rey tuvo el corazón de los bretones como yo y os aseguro que se los dejaré conquistados al capitán Vendôme. El señor de Sourdis os ha traído una hermosa jaca y me ha dado otra tambien para vos. Voy a decir adiós a unas señoras, pues salimos mañana muy temprano. Qué alegría veros dentro de tres días, "mon menon", lo que os querré! Me quieren dar miedo en cuanto al camino de aquí a Laval; pero se equivocan, pues para veros no corre, vuelo. Tendréis algo mas de mí que una carta. Os beso un millón de veces. XIII mayo, Rennes

HENRY

444

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 21 mayo 1598.

Estos versos os expresarán mejor mi sentimiento que mi prosa. Los he dictado sin arregla. Tomamos "arsoir force connils" en el parque nos gustará mucho. Me voy a los "promenoirs" para ver los lugares dignos de recibiros, digo especialmente, pues generalmente os deseo en cualquier lugar a donde el destino me lleve. Volved mañana, os lo suplico; y creed que comeré mas a gustos los crojones que traigas de Bene que los de aquí. Dadle recuerdos a vuestra tía. Amad a vuestro servidor que no adorará nunca sino a vos, os lo juro, "mes chers amoi". He recibido tu carta anoche y espero Sauveterre con devoción. Buenos días, mi todo. Manteniendo vuestras promesas sois la mujer mas dichosa del mundo. Beso vuestros hermosos ojos un millón de veces. El XXI de mayo.

HENRY

Poesía que con una tonadilla de Navidad se cantaba en tiempos Carlos

Charmante Gabrielle	L'amour sans nulle peine	Partagez ma couronne,
Percée de mille dards	M'a par doux regards	Le prix de ma valeur;
Quand la gloire m'appelle	Comme un gran capitaine	Je la tiens de Bellone,
Sous les drapeaux de Mars.	Mis sous vos étendards.	Tenez-la de mon coeur
Cruelle déparlie	Cruelle déparlie...	Cruelle déparlie.
Malheureux jour!	Je n'a pu dans la guerre	
Que ne suis-je sans vie	Qu'un royaume gagner:	
Ou sans amour!	Mais sur toute la terre	
	Vos yeux doivent gagner	
	Cruelle déparlie.	

Nota: el autor de estos versos fué, probablemente, Beetaut, aunque el rey diga que los ha "dictado". También se atribuyeron al rey unos versos a la condesa de Moret. La mayoría de ellos, sobre todo los muy famosos a Carlota de Montmorency, Princesa de Condé, son de Malherbe.

CARTA DE ENRIQUE IV A GABRIELA D'ESTRÉES. 12 septiembre 1598

"Mes belles mours", Dos horas despues de la llegada de este mensajero, vereis a un caballero que os ama mucho y que llaman el rey de Francia y de Navarra, título honorable pero penoso. El de ser súbdito vuestro es mas delicioso. Los tres juntos son buenos, con cualquier salsa que se les pueda añadir y que no pienso ceder a nadie. He visto por vuestra carta la prisa que tenéis de ir a Saint Germain. Me tranquiliza que os guste mi hermana; es uno de los mayores testimonios que podeis darme de vuestra buena voluntad, que quiero mas que a mi vida y eso que yo me quiero bien. Demasiadas palabras, para veros tan pronto. Buenos días mi todo. Beso vuestros hermosos ojos un millón de veces. El XII septiembre en nuestros deliciosos desiertos de Fontainebleau.

HENRY

Nota: Estas seis cartas de Enrique IV a Gabriela d'Estrées son una buena muestra del tono que empleaba para dirigirse a ella. Están tomadas del libro "Henri IV raconté par lui-même". J. NOUAILLAC Ed. Alphonse Picard. Paris 1913. pags. 229-230, 239-240-241, 281-282-283 y 284.

ETAT FLEURI PAR SULLY (1)

"Pour toutes dettes, à quoy mantrent tous les traictez faits pour la réduction des pays, villes, places et particuliers, en l'obéissance du Roy afin de pacifier le royaume".

Livres.

A.M. de Lorraine, et autres particuliers, suivant son traicté promesses secretes.....	3,766,625
Plus à M. du Maine (Mayenne) et autres particuliers suivant son traicté, compris les dettes des deux régiments de -- Suisses que le Roy s'est chargé de payer.....	3,580,000
Plus à M. de Guyse, prince de Joinville, et autres particuliers, suivant son traicté.....	3,800,230
Plus M. de Nemours et autres particuliers, suivant son traicté	370,000
Plus pour M. de Marceur, Blavet, M. de Vendosme, et autres -- particuliers, suivant leurs traictez pour la province -- de Bretagne.....	4,295,350
Plus pour M. d'Elboeuf, Poitiers et divers particuliers en Poictou, suivant leur traicté.....	970,820
Plus à M. de Villars, tant pour lui, le chevalier d'Oise, son frere, les villes de Rouen, le Havre, et autres places, -- que pour les recompenses qu'il a fallu donner à MM. de -- Montpensier, mareschal de Biron, Chancelier de Châvergnay et autres particuliers compris en son traicté.....	3,477,900
Plus à M. d'Espernon et autres particuliers, suivant leur -- traicté.....	496,000
Plus pour la réduction de Marseille.....	406,000
Plus pour M. de Brissac, la ville de Paris et autres particuliers employez en son traicté.....	1,695,400
Plus à M. de Joyeuse pour luy, Thoulouze et autres villes suivant son traicté.....	1,470,000
Plus à M. de la Chastre pour luy, Orleans, Bourges, et autres particuliers, suivant leur traicté.....	220,000
	<u>25,323,925</u>

Plus à M. Villeroy, pour luy, son fils, Pontoise, et autres - particuliers, suivant leur traicté.....	475,590
Plus à M. de Bois-Dauphin, et autres, suivant son traicté....	670,000
Plus à M. de Balagny, pour luy, Cambray, et autres particu- liers, suivant son traicté.....	828,930
Plus à MM. de Vitry et Médavit, suivant leurs deux traictéz..	380,000
Plus pour les sieurs Vidasme d'Amiens, d'Estournel, marquis - de Trenel, Seceval, le Pêche, Lamet et autres, et les vi- lles d'Amiens, Abeville, Péronne, Coucy, Pierrefont et - autres places.....	1,261,800
Plus pour les sieurs de Belan, Quionville, Joffrevilles, le - Pêche et autres particuliers, Troye, Nogent, Vitry, Cahy- mont, Rocroy, Chasteau-Portien et autres places, suivant leurs divers traictéz.....	830,048
Plus pour Vaselay, Mascon, Mailly, et les sieurs de Rochefort et autres particuliers en Bourgogne.....	457,000
Plus pour les sieurs de Canillac, Dachon, Lignerac, Monfan, - Fumel, et autres, la ville du Puy et autres villes, sui- vant leurs divers traictéz.....	547,000
Plus pour divers villes en Guienne, et les sieurs de Monpezat Montespan et autres particuliers.....	390,000
Plus pour les traittes de Lyon, Vienne, Valence, et autres vi- lles et particuliers, en Lionnois et Dauphiné.....	636,800
Plus pour les sieurs Daradon, La pardieu, Bourcani, Saint- Offenges, Dinan et quelques villes.....	180,000
Plus pour les sieurs Leviston, Baudoinq et Bevilliers, suivant les promesses à eux faites.....	160,000
Somme totale des traictéz.....	32,142,980

RTA DE ENRIQUE IV A LA PRINCESA DE TOSCANA. - 24 mayo 1600

Las virtudes y perfecciones que brillan en vos y os hacen admirar por todo el mundo, habían encendido en mí hace tiempo el deseo de honraros y servirlos como merecís; pero lo que me ha dicho Hallincourt ha hecho aumentar mi deseo; y no pudiendo personalmente testimoniaros mi invariable cariño, he querido en espera de poderlo hacer (lo que será pronto si el cielo favorece mis deseos) enviar a mi fiel Frontenac, en este oficio, en la seguridad que lo hará fielmente, como yo mismo, ya que nadie mejor que él conoce mis intenciones. El os descubrirá mi corazón y una no menor voluntad de quereros y acariciarlos durante toda mi vida como dueña de mi cariño, meterme desde ahora al yugo de vuestros deseos como obediente servido de la reina de mis amores, lo que espero poder testimoniaros pronto, y confirmaros en persona la promesa que él os lleva de mi parte, si os dignáis oírle como a mi mismo; lo cual os ruego y que le permitais, después de haberos saludado y besaros las manos de mi parte, que os presente el servicio de un príncipe que el cielo os ha enviado y ha nacido sólo para vos, como para mí él ha hecho vuestros merecimientos. El 111 mai 1600, a París.

HENRY

tg: Esta fue la primera carta que Enrique IV escribió a Maria de Médicis. (1)

1.

"Henri IV raconté par lui-même". Cartas escogidas, publicadas por J. NOUAILLA
Alphonse Picard, París 1913. Págs. 309-310.

CARTA A LA PRINCESA DE TOSCANA DE ENRIQUE IV. -24 julio 1600

Señora mía, Acabo de recibir una carta vuestra traída por Juanini, que me ha alegrado mucho, como todas las que de vos recibiré, rogandoos honrarme con ellas lo mas a menudo posible. El duque de Sabolla ha estado enredando hasta ahora, pero yo le aprieto tanto que está llegando a su fin; y si dentro de ocho dias no me satisface, la próxima carta que recibiréis de mí estará fechada en Chambéry (1). Todo su deseo es hacerme daño, pero Dios me guardará de ello, primero a causa de Vos y luego por mis súbditos. He tomado las aguas en Puges, por lo cual me encuentro bien; acabé ayer de tomarlas. Como deseáis que conserve mi salud, lo hago así y os recomiendo la vuestra, para que a vuestra llegada podamos hacer un hermoso hijo, que haga reír a nuestros amigos y llorar a vuestros enemigos. Frontenac me ha dicho al llegar que deseáis saber cómo se viste en Francia. Os envío "poupines" y con M. le Grand os enviaré un buen sastre. Empiezo a escribiros libremente; haced lo mismo, pues estamos ligados por un vínculo que solo la muerte puede separar. Decidios querida mía, a hacermos un favor, pues sólo a causa de vos quiero ganar esta guerra. Terminará con esta súplica, que os suplico me concedais y besaré cien mil veces vuestras hermosas manos. El XXIII julio, desde Lyon. HENRY (2)

-Henry IV raconté par lui-même". Cartas escogidas, publicadas por J. NOUAILLAC ed. Alphonse Picard, Paris 1913. Pags. 310-311.

(1) Se refiere a la guerra que por entonces tenía con el duque de Saboya.

(2) He copiado estas cartas, las primeras que escribió Enrique IV a María de Médicis para mostrar la familiaridad, pobreza de estilo y giros meridionales que seguía empleando el bearnés, a pesar de los años que llevaba viviendo en la Corte de Francia. Realmente nunca dejó de considerarse "rey de Navarra". De estas cartas se conservan varias, pero hemos seleccionado estas dos por ser las primeras y porque el tono se mantiene en las siguientes.

CARTA DE ENRIQUE IV A LA MARQUESA DE VERNEUIL. 30 octubre 1608. (1)

Alma mía,

Me parece que ya hace mil años que no os he visto. He enviado a Lavarne para ver la casa de Sipterre y saber si será digno de vos. El consejo no vendrá hasta el martes; no hay nada nuevo. Me voy de caza para distraerme del disgusto de vuestra ausencia, que a medida que avanzo me pesa más. Amame mucho, con la fidelidad que me prometéis y seréis muy dichosa. Yo estoy en medio de mis chiquillos ("marmots") que me han hecho que repita esta carta cien veces. Buenas noches. "Je m'en va à moi", yo os beso un millón de veces.

El XXX de octubre HENRY

Esta carta y las siguientes han sido reproducidas por diversos autores. Los originales están en la B. N. P. Fonds Béthune Mss. 9128 fº 19 y siguientes.

OTRA CARTA DEL MISMO AÑO SIN FECHA:

Vuestras hermosas palabras las recibo bien cuando los hechos van por delante, pero cuando no son más que para tapar vuestras faltas, las recibo como engañosas. He encontrado esta mañana en misa y en las manos de mi hijo un libro de oraciones en español; me ha dicho que se lo habíais dado vos. No quiero que sepa siquiera que España existe; y vos deberíais de ser la primera después de vuestra experiencia de que se perdiera dicha memoria. Hace tiempo que no estuve tan mal impresionado por vos como ahora. Si deseaba veros era para dar un empujón a nuestros asuntos, pues he descubierto muchas cosas; pero puesto que tenéis otras ideas arreglaos como gustéis.

HENRY

OTRA CARTA DEL MISMO AÑO SIN FECHA:

Mi querido corazón,

El tiempo ha sido tal que habéis tenido razón de retrasar vuestro viaje y como lo he sabido, he retrasado el mío. Partiré mañana con la esperanza de veros, cosa que deseo apasionadamente, pero si os encuentro de mal humor como me anunciáis, me arrepentiré de haberos suplicado que vengaís. Os amo con vuestros cambios de humor, pero no con malhumor; despojaos del mismo antes de que os vea y decidíos a recibirme con los brazos abiertos y contenta de verme. O doy las buenas noches con un millón de besos.

HENRY

OTRA CARTA DEL MISMO PERO AÑO 1609 31 octubre 1609.

Esta carta será más feliz que yo, querido amor, pues dormirá conmigo; juzgad si le tengo envidia. El sueño me hace parar aquí y por consiguiente os dará noticias mías. Ved como durmiendo o velando, todos mis actos se refieren a gustaros. Me voy a Fontainebleau donde, al despertaros, sabréis lo que decido hacer. Buenas noches, mi todo, os beso y vuestros niños un millón de veces.

HENRY

(1) Nota: Serie de cartas que muestran el humor tornadizo del rey. Se dirige a Enrique IV después de los graves sucesos...

CARTA DE ENRIQUE IV A M. DE BALAGNY. - 29 novembre 1609

Balagny, je viens d'être averti que mon neveu, le prince de Condé, s'en va aux Pays-Bas avec sa femme et qu'il doit passer de Marle. C'est pourquoi je vous commande, d'autant que vous désirez m'obéir, que vous ayez à vous saisir de sa personne et de toute sa suite, que vous mettez en sûreté pour être fait ce que j'ordonnerai, m'avertissant en diligence de ce qui s'en sera suivi. Et s'il avait déjà gagné les Pays-Bas, et que vous ne puissiez exécuter mon commandement, vous le tiendrez secret. Bon soir. Ce XXIX novembre Paris-s

HENRY

y otra del mismo día dirigida M. du PESCHÉ, gobernador de Guisa.

A M. du Pesché, Je commande que vous les fassiez arrêter quelque lieu que ce soit, où vous aurez pouvoir". (1)

Tomado de "Lettres Missives", Nouaillac- op. cit.

- (1) El duque de Sully recibió orden de escribir al Principe de Condé aquella misma noche, en su presencia, sobre su mesa. Se excusó de hacerlo tan precipitadamente, porque la carta era importante y merecía pensarla bien. Resultó un largo escrito de muchas páginas que salió para Bruselas. Condé no lo quiso recibir.

ARTÁ DEL PRINCIPE DE CONDE A LOS ARCHIDUQUES. 1 dictembre 1609. (1)

Messieurs,

Ayant dessein d'envoyer ma femme vers Madame ma soeur la prin-
cesse d'Orange et moy d'aller trouver Vos Alteesses pour des raisons que ye le
supplie très-humblement vouloir oïr de ma bouche, j'ai despeché ce gentilhomme
exprès pour supplier très-humblement Vos Alteesses vouloir me donner sûreté
en vos terres, et permission de vous aller bésier les mains. Si vous ne m'accor-
dés ceste grace, il y va de mon honneur et de ma vie, mais l'assurance que j'ay
vue Vos Alteesses ne refuseront refuge aus affligés m'a fait entreprendre ce che-
min. Croyés, Messieurs, que vous m'obligérés un ingrat, qui aura, avec la
grâce de Dieu, moyen de vous rendre du service, vous suppliant très-humblement
de tenir à jamais,

Messieurs,

Votres très-humble et très-obéissant serviteur,

Henry de Bourbon (2)
Prince de Condé.

1) La mayoría de los Documentos que siguen, salvo que lleven su origen al pie,
están tomados del libro del duque d'Aumale "Histoire des princes de Condé"
d. Calmann Lévy. Paris 1889. Algunos están en los Archivos del Reino de Bél-
gica que no he tenido ocasión de consultar. Corresponden a los años 1609-1610.
Hemos reproducido las cartas del embajador Pecquius completas es por ser
una muestra que no se exagera en el texto sobre tan increíble aventura amo-
rosa del rey Enrique IV.

2) Llama la atención en esta carta cierto "servillismo" del príncipe de Condé
acá los Archiducos, teniendo en cuenta que él es príncipe de sangre, uno de
los primeros en el reino de Francia y su hermana casada con el príncipe de
Orange...

Monseñor,

He recibido la carta de V.A. se ha dignado escribirme confiada al conde de Fontenoy, que me ha comunicado in extenso lo ocurrido con el personaje que ha llegado a Landrecies con su mujer, así como el contenido de la que escribió a V.A., acerca de lo cual desea conocer mi opinión. Y aunque me siento incapaz de dar un buen parecer, no puedo faltar al deber y fidelidad de darlo según mis modestas facultades, como un verdadero y fiel vasallo y humildísimo servidor - debe y está obligado a hacer.

Sería, pues, de opinión, Monseñor, con muy humilde corrección de V.A., que, como el mencionado personaje no ha hecho nada que se oponga a lo que debe a su Rey y reino y ha venido a lugar de la obediencia de V.E. por el motivo alegado, éste es tal que V.A. no le debe negar toda suerte de cortesías y favores, por ser de tal condición y lo mismo a su mujer. A este fin, cuanto más pronto mejor, -- por temor a una acción precipitada que pudiera ejercer el rey de Francia cerca de V.A. tocante a esto y que pudiera dar lugar a dudas o dificultades por ambas partes (parece ha de ser lo mejor) que V.A. diese inmediatamente licencia a su mujer para pasar libremente por los países de su obediencia y vaya a reunirse con su hermana -- donde esté. Dejo a V.E. el juicio de si, por ser una dama y estar sola, V.A. estimase, con su acostumbrada prudencia y discreción, si conviene hacer con ella por estos caminos alguna cortesía.

Por lo que se refiere al marido, si desea emprender el mismo camino, yo haría lo mismo con él, lo que sería indicado y correcto por las razones de estado que V.A. puede apreciar mejor que yo.

De no ser así, si persiste en venir a besar las manos a V.A., -- aunque lo mejor sería que se excusase del mejor modo, lo dejo a vuestra discreción; en este caso convendría que se diesen órdenes apropiadas para que no le vengan inconvenientes por los caminos de parte de quien sabe V.A. en los países de su obediencia, singularmente, al salir de la ciudad fronteriza en que está.

Si pide salvo-conducto de V.A. para permanecer en alguna ciudad o plaza de su dicha obediencia, siendo tal el sujeto, príncipe tan grande como V.A., se lo puede conceder; pero lo mejor sería que se le persuadiera, con alguna cortesía y favor, que tomase el mismo camino que su mujer por razones que se dan más arriba. Si persistiese en opinión contraria y V.A. le quisiera acordar el salvo-conducto -- en su país, las plazas que se le podrían conceder parece que habrían de ser las más alejadas de las fronteras del lugar de donde él es, tanto para evitar inconvenientes que saltan a la vista como porque le sigan y le vengan a ver algunos nobles que quisieran encontrarse

503 101

con él, como algo que varios se aprueban a hacer. Lo que no podría menos de originar dificultades, que conviene evitar en el momento - actual cuanto se pueda, y, por consiguiente, las plazas que V.A. le pueda acordar podrían ser las del interior del país; y las grandes - ciudades, tales como ésta, podrían convenir.

CHARLES, Duc de CROY

Tomado del Duc d'Aumale- "Histoire des Princes de Condé". Ed. Calmann-Lévy.
Paris 1889- T. II-pags 446-447.

Sabéis cuanto he amado y querido (chéri) a mi sobrino el Príncipe de Condé, cuales fueron los honores que le concedí, empleos -- que le confié y las singulares gracias y favores de que le hice objeto desde su infancia y lo que pude esperar de su afecto y sumisión; veo, sin embargo, con disgusto que se equivocó mi esperanza -- tanto en lo referente a mi particular contento como en lo que concierne al bien de mi reino, en el que tiene tanta parte y le debió interesar, prefiriendo su cuidado a ventajas de otro orden; por lo -- que, haciendo con él oficios de buen padre y buen señor, le he amonestado a menudo; aunque he tenido que reconocer con frecuencia que eran inútiles los esfuerzos que hice con diligencia y afecto y que quedaban sin fruto; particularmente de dos años a esta parte le entró la fantasía de pretender viajar fuera de nuestro reino y me -- hizo a este efecto reiteradas instancias; aconsejado y aun obligado, hube de negarle mi autorización abiertamente, por su condición y el conocimiento que yo tenía de su inquietud. Y decidí casarle para -- contenerle y por que me diera cuenta de que lo quería hacer a su capricho con persona poco conforme a su rango.

Apenas casado le ha vuelto y dominado aquel deseo de viajar con más desasosiego que antes, sin que razones, consejos y observaciones pudieran contenerle y moderarle, como no sirvieron las amenazas, que hube de agregar a veces de mi indignación y de privarle de mi -- favor. Como siempre me prometí que en consideración a su honor y el de su casa con el tiempo se moderarían sus impacencias, temporice y soporté con paciencia sus defectos. A tal extremo que la última -- vez que estuvo aquí le traté con particular favor. Y él prometió a la reina, mi mujer, que vendría a vernos luego de su alumbramiento.

No había emprendido el viaje sin bizcocho, lo que quería decir, en mi opinión, que no lo hizo sin seguridades de parte de quien las podía dar donde estaba (3) y que yo me proponía impedirle que fuera a ver al Príncipe de Orange, su cuñado, en Breda. A lo que el mencionado oficial no respondió otra cosa sino que tomaría consejo para -- contentarme. De lo que no hizo caso.

Visto lo cual el oficial exortó a los magistrados para que no le permitieran que saliese de la plaza sin orden de los Archiduques, a quienes les dijo que había enviado al señor de Praslin, estando -- seguro de su buena amistad, de la que esperaba que le concederían -- que el señor de Praslin pudiese reintegrar a mi reino al príncipe -- con su séquito. Lo que sabido por éste, al instante despachó a Rochefort a los Archiduques, que aún estaban en Marimont, acompañado del Mayor de la ciudad; y el oficial tomó la decisión de hacer igual viaje para presentar a los Archiduques su comisión y mis intenciones.

(3) Insinuación de que le prestaron ayuda para su huida los Archiduques o España.

SERMON DEL JESUITA P. GONTIER, VISPERAS DE NAVIDAD 1609. -

(Fragmentos que se juzgan mas interesantes del sermón que el jesuita Gontier hizo en Saint-Gervais, cotejado del original que cayó de su bolsillo en casa de Roquetaure. Viernes día de Navidad de 1609).

Quantum vobis gaudium magnum. Los ángeles mismos dicen que ceste joye nous est envoyée. Gloria in excelsis...

Et par conséquent, moy estant icy pour vous annoncer ceste joye, Je ne vous dois pas céler ceste paix. Paix sy sainte et d'autant admirable, Sire, que Vostre Majesté nous l'a rassurée par ses vertus, y apportant sa dextérité et prudence requise. Et puis qu'il est question d'en parler, Sire, vous agrérez, s'il vous plaist, qu'avec votre congé il parle plus franchement et qu'il me soit permis d'ouvrir mon cœur à vos subjects, qu'il vous pleu honorer à ce jour notre paroisse de votre présence pour ouir ma voix. Plaise vous encores d'ouir la conception que le Saint-Esprit me fournit ou qu'il veult estre prononcé par mon organe comme instrument de sa parole. Estant envoyé par le Saint-Siège apostolique quy se maintient en la chaire de vérité dans l'Eglise romaine sous nostre Saint-père le Pape et les prélats et pasteurs de son Eglise parquoy Je suis envoyé icy quoyqu'indigne, Sire, que Je parle donc de bouche comme le cœur m'inspire, afin qu'il vous fasse voir et entendre les justes crys de vostre peuple quy ne peut souffrir que l'ennemy (1) luy présente la guerre lorsque l'Eglise luy chante la paix. Paix que vous avez promulguée et autorisée avec un tel hoer que c'est miracle surnature de la voir fleurir. Paix que vous plantée, non seulement en la France, mais unverselement par toute la chrestienté" (aquí siguen unas frases siempre repitiendo como es el rey de Francia campeón de la paz y que por nada del mundo debe perderse ya que está rodeado de enemigos y puede desencadenarse otra guerra...) "Je sçay bien, comme toute la France le croist, que vostre bon conseil, vostre prudence, vostre vertu nous conservera sains et sauvés, tant qu'il plerra à la divine bonté vous maintenir en bonne santé et heureuse vie. Mais vous nous venant à faillir, tout nous deffaudra et, ce que Dieu ne veuille, l'ennemy se ruera avec force sur nous et nous fera périr très cruellement. Ouy, Sire, c'est leur intention. Ils ont juré et conjuré la ruine de Vostre Etat. Non de vostre personne, car elle est trop redoutable, mais de vostre famille et succession roiale. Il est vray, Sire, c'est leur pensée et qui verrait leur rêve n'y lirait point autrement car l'extérieur descouvre à plein l'Intérieur. N'ont-ils pas mis en leurs articles qu'ils font de nouveau que le Pape est l'Anchéchrist? (otro párrafo que suprimo por considerarlo reiterativo)" par conséquent l'Evesque qui contracta le mariage n'était que faulsaire"... "Ils représenteront vos fils illégitimes à vostre Majesté et bastards, n'estant pas d'une mère et d'un père conjoints par le saint mariage (2) Sire, n'est-ce pas trop abuser de vostre clémence, que d'attenter à vostre couronne?".... "Ah! Sire, chastiez ces mutins qui ne serbent que de scandale à votre France".... "Sire, ne veuillez

(1) Aquí alude a los protestantes.

(2) Y aquí, claramente, a los manejos de Enriqueta d'Entragues y su familia, que pretendieron y siguieron en sus trece, declarar nulo el matrimonio con María de Médicis y hacer valer los derechos de los hijos de la Verneuil. Según hemos visto en el texto, parte de la corte francesa estaba implicada en este partido.

pas permettre que leur malice passe plus avant. Extirpez toute cette race de votre cour et exilez ces mutins qui souz bpparence de fidélité vous charment pour vous fere tous perdre, affin que nous ostans ces privilèges qu'une heureuse paix et votre main valeureuse avait planté très valeureusement, ils nous fassent sentir leur cruauté. Ils n'en feront pas moins, voire mettre en sang votre royaume, si Vostre Majesté ne nous est conservée d'en Hault. Se, Sire, voyez de grâce l'affliction où ceste juste peur nous détient. Vous pouvez nous en délivrer. Votre bon conseil, votre prudence, s'est très bien gouvernée jusqu'icy et ne peut que de mieux en mieux conduire ses affaires. Mais aussi trop de clémence apporte trop de maux.... (suprimo otro párrafo reiterativo)"Ce qui ne peult estre autrement que sous une mesme religion, laquelle ne peut estre diverset à celle dont le Prince fait profession. Que si Dieu nous a donné un Prince très chrestien, comme moyen de maintenir en paix et bonne concorde l'estat de la Couronne, ce Prince, très chrestien, et ses subjects vivent en liberté, sans reconnaissance de luy, ni de religion, laquelle néanmoins tous religionnaires ne voudraient reconnaître ni suivre leur Prince mais leur fantaisie, rapportant pour toute raison que la conscience ne doit être sujette au Prince, car l'âme est à soy mais bien le corps au Roy. d'où il est à voir leur très mauvaise révolte, car ils ne veulent soubmettre à leur Prince, le corps irraisonnable mais sensible comment suivra-t-il son Prince, si leur âme, seule capable de raison, ne veut point reconnaître son supérieur? Et n'est-il pas vray que si le temporel est seulement la loy temporelle du Prince, que le spirituel doit être sous le chef spirituel et en la puissance ecclésiastique? Sire, apportez votre bon conseil et prudence ordinaire, triomphez çà bas iceux pour triompher là haut avec vos plus fidelles subjects et vassaux qui désirent vous servir en ce monde et se soubmettent à vos loix, vivans en mesme religion que vous, comme leur Prince, leur Roy, leur monstre d'ensuivre, et après avoir servy Vostre Majesté en ce monde vous irons accompagner en l'autre pour glorifier à jamais ceste diyne Majesté qui, nous ayans assisté en ce monde de sa Sainte-Grâce nous bienheurerà de sa Gloire, avec le Fils et le Saint-Esprit. Amen.

CARTA DE FELIPE III A DON INIGO DE CARDENAS (1) 22-enero-1610

Por una de vuestras cartas de los 30 de Diciembre he visto el cuidado que a ese rey le daba ver al príncipe de Condé en Flandes, - las diligencias que hace para que vuelva y lo demás que acerca de - esto decís y habéis hecho; y (2) he holgado mucho de entenderlo y la prudencia y acierto con que procedéis; y habiéndose el dicho - príncipe querido amparar de mí, no por causa (3) de su servicio ni ofensa de su rey, sino por guardar su honra, en caso tan grave no - puedo dejar de admitirlo y favorecerle en esta ocasión, y así escribo al nuncio lo haga (?); y no consienta que se le haga violencia - en nada; pero será bien que digáis a ese rey, cuando y como mejor - os pareciere, que esto se hace por saber que el príncipe es de su - sangre, y tener ocasión de ser yo medianero entre los dos, por lo - que deseo su gusto y quietud; y que, si no hiciera así, me pareciera que faltaba a la amistad y hermandad que con él tengo; y por esta - cause he holgado de que se vaya a aquellos estados. Y de lo que os - respondiere me avisareis, advirtiéndome que el dicho príncipe me avisó que está con resolución de no volver a Francia en vida de este rey, por la poca seguridad que tiene de sus promesas, antes desea emplearse en mi servicio, y me pide lo reciba debajo de mi protección, y yo lo hago de buena guerra (gana?) porque lo que conviene es que no se concierte con ese rey por la poca seguridad que se puede tener - de sus promesas, y que no reconoce ni agradece ninguna buena obra, antes como sabeis, sin respeto de la paz y amistad, ha hecho y hace lo que le está bien; y así escribo al conde de Anover, que queda en lugar del marqués de Guadalete, que, con mucho secreto, lo encamine con el príncipe; vos os correspondereis con él y le ireis avisando de lo que se fuere ofreciendo, que yo le ordeno haga lo mismo con - vos.

Edo del libro del Duc d'Aumale. "Histoire des Princes de Condé"-Ed. Calmann Lévy-Paris 1889- Tomo II- pag. 559-560

(1) Se ha modernizado la ortografía para hacer más cómoda la lectura, pero respetando el texto.

(2) Al margen dice: ZIFRA, lo que permite suponer que el resto va en clave. (Simancas-Publicado por el duque de Aumale, Histoire des

(3) Princes de Condé-I. II) Son también de esta obra los documentos sin indicación de origen. Parte de estos documentos se encuentran en Simancas, otros en Archivos de Bélgica y otros en el "Fonds Godefroy" del Instituto de Francia. En el legajo XLIII de este último figuran unas interesantes instrucciones de los reyes de Francia a sus embajadores de 1586 a 1618, que juzgamos innecesario reproducir por su extensión, pero los documentos presentados las reproducen fielmente.

Carta de Pecquius al Archiduque Alberto. 1-Febrero-1610

Monseñor,

Un hombre del marqués de Coeuvres trajo estos días noticias al rey cristianísimo de que el 23 del corriente V.A. le había concedido audiencia con toda cortesía y tantas manifestaciones de buena y favorable voluntad como se puedan desear, lo que hacía que le estuviese infinitamente agradecido, lo que el rey ha tenido por muy agradable, asegurándose más y más de la sincera inclinación de V.A. a procurar el retorno del príncipe de Condé, como me dijeron ayer el canciller y el barón de Bonoëuil. Por quienes he sabido, igualmente, que el día siguiente de la citada audiencia V.A. envió al Sr. de Vendegies (1) a hablar con el marqués con respecto a su embajada, sin que me hayan dicho concretamente lo que trataron. Sin embargo, el canciller me declaró que las instrucciones del marqués tienen por base lo que el rey me dió a entender sobre su voluntad y resolución en este asunto y que ahora no se trata de más que del primer punto, a saber, la reconciliación del príncipe, dando el rey su promesa a V.A. de que le recibirá en su gracia, con olvido de las cosas pasadas y con todo género de buenos tratos, como corresponde a su calidad, en las condiciones propuestas relativas a la residencia de la princesa, su mujer. Contesté que no dependería de V.A. que no se hiciese la reconciliación, como tampoco de su Majestad Católica, pues, según había oído decir, no lo tendría por desagradable, y así me lo ha dicho, efectivamente, don Álvaro de Cárdenas, que desea que con la misma oportunidad lo diga a los ministros de esta Corte, en testimonio muy evidente de que la marcha del príncipe no ha sido completada con su majestad, aunque se haya sospechado y gritado lo contrario. El canciller se mostró muy complacido por este aviso, como también, más tarde, Bonoëuil, quien me dió a continuación, en confianza, que el rey comienza a ser de opinión y la reina lo cree firmemente, que el príncipe no ha tenido ningún contacto con S.M. ni V.A., pero que lo pudo tener con algunos otros príncipes franceses y aun de sangre real y con los hugonotes. Y por temor a esta inteligencia el canciller y Bonoëuil, según dicen, no tienen gran esperanza de que se haga la reconciliación, tanto más cuanto que el príncipe, con sus palabras, parece indicar que no está dispuesto al servicio de su rey, ni de sus hijos, hasta el punto de haber preguntado en la mesa, en un grupo, cuando la princesa bebía a la salud de la reina de Francia de qué reina se trataba, puesto que había muchas. Yo no sé si esto es verdad, pero Bonoëuil me ha confesado que M. Berny ha dado cuenta al rey de discursos semejantes del príncipe que no tienen apar--

(1) Nicolás de Montmorency, señor de Vendegies, barón de Haverskerque, rama establecida en los Países Bajos.

clas de prueba, pero por los que el rey, que está irritado, se ha -
dejado llevar a creerlos y tiene poca satisfacción ahora del Sr. --
Berny. He procurado averiguar si, a defecto de reconciliación, el -
rey cristianísimo se irritaría y pretendería que V.A. prohiba al --
príncipe que permanezca en su país. Y por lo que ha podido colegir
de los discursos del canciller, aquí se espera que el príncipe lo -
pedirá muy pronto si ve que se le deja, que no se le dé la razón ni
entrenamiento, habiéndome dicho el canciller que aun no es necesari-
o hacer presión en esto, como si hubiera querido dar a entender -
que el rey de Francia se ha apresurado un poco habiéndose de esto -
antes de que fracasase la reconciliación y que es posible que se en-
cuentra arreglo que conserve la reputación a uno y a otro, sin que
sea diferente la intención del rey y aun menos de echar mano de tra-
vatas ni amenazas contra V.A. ni contra Su Majestad Católica, de lo
que el canciller hacía grandes protestas: afirmando que el rey no -
habla jamás de este asunto sino con discreción y con el respeto de-
bido a los príncipes sus vecinos, y aun con la declaración de que -
quería reconocer la obligación estrecha que les deberá si continúan
prestándole sus buenos oficios, como lo han hecho; y que así lo había
dicho al marqués de Guadaleto, afirmando que deseara permanecer en
amistad fraternal con S.M. y con V.A., pero que el más grave agravio
que se le podría hacer (y decía agravio en español) sería ayudar y
sostener al príncipe en sus Estados. Y si le habían dicho a V.A. que
el rey había usado de otros términos con respecto a V.A. o en rela-
ción con S.M., el canciller me requería para que asegurase que no -
era cierto, como V.A. encontraría, en efecto, por las proposiciones
y declaraciones que el marqués de Lamoignon está encargado de hacer-
le con toda la suavidad y modestia que puede. Aquí se hace correr -
el rumor de que el príncipe había ido a visitar al marqués al día -
siguiente de su llegada y le dijo que no le podía dar respuesta so-
bre la cuestión de la reconciliación hasta que no tuviera noticias
de España. Pero el canciller y Bonoeuil no hacen caso de esto, cre-
yendo más bien que el príncipe pudiera haber dicho que V.A. no re-
solvería nada sin haberse informado de las intenciones de S.M. He -
quedado muy satisfecho de oírlos decir que el rey, su señor, ha en-
contrado muy bien la cortesía de la Serenísima Infanta con la prin-
cesa, y que le haya enviado telas para que se haga vestidos y perdi-
do la opinión que se le había dado de que S.M. había entregado din-
ero al príncipe, hasta doce mil escudos, de lo que se habló con tan-
ta seguridad como si se hubieran visto contar...

Pecquius al Archiduque Alberto. 4-Febrero-1610

Monseñor:

V.A. me escribe con mucha razón que no me mandó nunca que diese palabra al rey cristianísimo de que en el caso en que el príncipe - de Condé no se sometiese a pedir perdón y a regresar a Francia V.A. le haría salir de sus territorios y retendría en ellos a la princesa, promesa en que jamás pensó, por lo que he encontrado muy extraño lo dicho por el marqués de Coeuvres contra esta verdad; y más -- aun de lo que he oído decir a don Iñigo de Cárdenas, que el Sr. de Barrault, no ha mucho embajador del rey de Francia en Madrid, le ha afirmado que ha sabido de su señor que V.A. dijo al Sr. de Berny -- que si no hubiera sido por consideración al rey de España ya hubiera entregado al príncipe en manos de dicho rey; invenciones que don Iñigo estima que se han echado a rodar con el propósito de irritar al rey de España contra V.A.S. y hubiera deseado que yo tuviera secretas las noticias de Barrault; no se lo prometí, sin embargo, por ser de opinión que V.A. debe estar informado para que vea cuán peligroso sería dar crédito a lo que se aventuran a decir aquí. Es cierto, no obstante, que más de quince días antes de que se hablase de hacer ir a Bruselas al príncipe para tratar de su reconciliación, -- V.A. me envió sus cartas de 4 de diciembre pasado, cuya copia va adjunta, por las que se me advirtió de lo que V.A. había declarado al Sr. de Berny, esto es, que podía asegurar al rey que V.A. no toleraría que el príncipe permaneciese y menos hiciese su residencia fija en los países de su obediencia, con orden de servirme de este aviso donde y cuando conviniese; luego de esto, tres días después, dije -- una palabra, de pasada, al rey, según resulta de mis cartas de 7 del mismo mes; pero como el rey no lo tenía en cuenta, muy enfadado por haber concedido V.A. la entrada del príncipe, ya no me habló a mí -- ni a otros; al contrario, habiéndole dicho yo, el 19 del mismo mes, que V.A., para acceder a su deseo, estaba dispuesto a mediar para -- que se llegase a una reconciliación, me dijo, entre otras cosas, -- que sería bien que V.A. le amenazase con hacerle salir inmediatamente de sus territorios si él no quería cumplir con su deber; y aun -- me requirió para que escribiese a V.A. que le rogaba que lo expulsase en tal caso, sin hablar de promesa alguna; como tampoco lo hizo en la audiencia del 7 del pasado, en la que me dijo solamente que -- tenía intención de pedir, si el príncipe rechazaba el partido que -- se le ofrecía, que V.A. no le permitiese permanecer en el país; de manera que lo que puede haber dicho al marqués de Coeuvres de tal -- promesa no se puede tomar más que como cassade (mentira, tergiversación), como V.A. podrá ver por lo que se ha producido en mi audiencia de hoy, 3 del mes.

En ella, después de haber presentado cortésmente la exposición

de las molestias que se ha tomado V.A. y algunos de sus ministros — para disponer e inducir al príncipe a aceptar un artículo y el singular deseo de V.A. de continuar sus buenos oficios, dijo el rey, que, hasta aquel momento, no se había obtenido el fruto que se deseaba, — pues el príncipe daba como excusa el temor que decía tener de ser — acusado de lineroza si volvía tan pronto a Francia; pero que estaría dispuesto a pedir perdón por escrito y, una vez obtenido, retirarse, — con consentimiento del rey, a algún país católico no sujeto a S.M. — católica ni a V.A.; el rey, sin dejarme acabar, me dijo que ya hacía tiempo que conocía estas noticias y que el príncipe tenía buenas razones para pretender que continuase pagándole su pensión para permanecer fuera de Francia, como si hubiera causa suficiente para mantenerse ausente; que era locura contar con ello y que jamás le concedería perdón sino a condición de volver inmediatamente al reino; me dijo, por consiguiente, que no había que pensar en tal reconciliación, de la que el príncipe se hacía indigno, y que ya era tiempo de que se le hiciese salir del país de V.A., como había prometido al — marqués que lo haría y, anteriormente, había hecho decir por aquí. Al oír esto di un peso atrás, como sorprendido, y pregunté al rey — si le había comprendido bien, esto es, que V.A. había hecho tal propuesta al marqués. Me lo repitió y confirmó. Y, al replicarle yo que V.A. no me había escrito nada en este sentido, el rey, viendo que — o le creía, cambió de tono y me dijo estas palabras: "no, me equivoco, rectifico; el marqués no me lo ha dicho así; pero, ¿no me habéis dicho anteriormente que estuviese seguro de que no habría dificultad en esto si el príncipe se mostrase obstinado?" Contesté que él me lo había propuesto poco antes de Navidad y que me encargó diera aviso a V.A., como lo hice, para esperar la respuesta en su tiempo. En lugar de que yo no le había recibido aún, lo que no me sorprendía, — a que el extremo de la reconciliación no ha llegado a su fin; y le indiqué que considerase que, sin noticias de mi señor, yo no podía — ar ni palabra sobre el particular. El añadió: "Puesto que negais — esto, tengo que considerar que el archiduque no tiene ganas de complacerme y que, hasta ahora, todo lo que habéis hecho no tiene valor; es bueno, que cada uno vea lo que tiene que hacer". Y aunque protesté de lo contrario y afirmé alta y firmemente la sinceridad de — mis intenciones de V.A. y la limpieza de mis palabras, el rey persistió en su afirmación; por lo que, antes de proseguir el relato de — continuación de la audiencia, no duda de que V.A. ya habrá observado el evidente artificio de que se sirve el rey, que pensó atraer a sus redes arrastrándose a hacer una confesión, de la que me he guardado, pues, en verdad, estoy lejos de haber hecho lo que proponía; al contrario, no le he dicho nada de las intenciones de V.A. en — concerniente al punto propuesto. Y cuando el 7 de Diciembre hice discurso, me atuve a la carta de V.A. del 4, que no tiene nada — común con aquella proposición, que no se había hecho aún, como había sido dieciséis días más tarde; por lo demás, no es un — caso en lo que el rey quiere fundar sus palabras, por lo que no es —

asunto que valga la pena de preocuparse.

Y para hacer ver a V.A. más claramente la poca seriedad que hay que atribuir a las palabras del rey, diré que me cuiso hacer -- creer que V.A., al aceptar el primero de los tres puntos de la propuesta formulada el 19 de Diciembre, que era que se hiciese ir al príncipe a Bruselas para tratar de la reconciliación, se obligó y -- comprometió al cumplimiento de las otras dos, argumento que resolví prontamente al decirle que los tres puntos eran diferentes y propu- -- tos por separado y en manera alguna sujetos a la condición de ser -- aceptados o rechazados juntos, de lo que no se dijo palabra. Y de- -- jando esto de lado, le pregunté si el marqués de Coeuvres había re- -- querido a V.A. para que hiciese salir del país al príncipe y lo que V.A., que se había tomado tiempo para responder, dijo que no había razón para quejarse de que V.A. no lo quería hacer, sino que proce- -- día esperar su contestación luego que hubiera probado si por la per- -- suasión y reiteración de sus buenos oficios, podía conseguir que el príncipe regresase a Francia; y como el rey pretendiese que V.A. -- daría largas al asunto en espera de noticias de España y, en fin de cuentas, no haría nada, y como dijera que llamaría al marqués de -- Coeuvres y aún que no se preocupaba de si el príncipe, mostrándose obstinado, permanecía en España, en Flandes, en Alemania y otro -- país cualquiera, puesto que S.M. Católica le podría entretener en -- cualquier parte en espera de valerse un día de su persona para per- -- turbar a Francia, le dije que, por los frutos, ya se podía ver la -- intención de S.M., tan alejada de este propósito puesto que deseaba, juntamente con V.A., que el príncipe volviese reconciliado a su pa- -- tría, de lo que yo estaba seguro. Pero el rey no lo quiso creer, di- -- ciendo que esto eran buenas palabras y que había encargado a su em- -- bajador en España que hablase con S.M. para ver si se quería mos- -- trar razonable en esto, de lo que había tanto más motivo de dudar -- cuanto que el príncipe había hablado con don Pedro de Toledo en es- -- ta ciudad y después con don Íñigo, poco antes de su marcha, de lo -- que recibió avisos muy seguros; sin contar que el príncipe había di- -- cho al marqués que no podía contestar a sus proposiciones sin haber recibido cartas de España; y que es igualmente conocido que S.M. ya le había dado dinero, con el que pagaba a sus gentes, hasta dos mil escudos, en ducados. A este propósito el rey me volvió a hablar de -- que el marqués de Guadalete le había confesado haber ofrecido dine- -- ro al príncipe y que el marqués de Spínola había hecho lo mismo, -- considerando el rey como una frivolidad que el príncipe, necesitado, haya rechazado las ofertas. He tratado de desengañar al rey de es- -- tas cosas por todos los medios de que pude echar mano, pero con po- -- co resultado, a juzgar por su aspecto. Y con mi exposición iterati- -- va de que el príncipe tuviera su perdón por escrito y disfrutase de su pensión en cualquier país neutro se podría esperar que, con el -- tiempo, se retirase de allí voluntariamente para volver a esta corte, el rey me contestó inmediatamente y con gran resolución que jamás -- le daría su perdón más que en Francia o para venir aquí.

Con respecto a la princesa no me ha dicho nada de promesa de retención ahí. Me ha hablado del motivo (de cueja) al condestable, su padre, y que esperaba que si ella se echaba a los pies de la serenísima infanta para que se aliviasen sus aflicciones, no le negaría su asistencia para procurarle mayor reposo. Dijo también que el marqués de Spínola hubiera podido abstenerse de algunas frases dichas por él, pues parecía que se quería hacer de la serenísima infant . alcabuta (sic) de la princesa. A lo que contesté que no había sido decir nada y creer que daba no poca fe a semejantes informes. Pasó a decir que el condestable no cesaba de lamentarse y deplorar la suerte de su hija, que da compasión verle en tal situación, - (bien que no parezca) ni yo crea que por ahora desee su regreso a Francia. Y en cuanto a la duquesa de Angulema, es fácil de hacerla acceder a los deseos del rey, pues la avanzada edad comienza a atenuar su juicio.

Finalmente, volviendo el rey a hablar del príncipe, me contó que hacía pocos días le habían traído a esta ciudad siete prisioneros, hugonotes todos, acusados de la conjuración descubierta hace unos meses en el país de Poitou, dos de los cuales han confesado haber tenido inteligencias con el príncipe. Y como yo me quisiera seguir del hecho para mostrarle que eso era una prueba de que no obraba a instigaciones de España y que, si habían de producirse disturbios en el reino, sería más bien por causa de los hugonotes que de talesquiera otros, dijo que estaba muy seguro de los hugonotes, -- que le habían sido siempre muy leales y lo serían con el delfín, que señalaba con la mano; y que, si los españoles sostenían al príncipe, no los podría considerar como amigos de su reposo. Y luego que rogué que se desprendiese de tales impresiones y, particularmente asegurarle de que V.A. continuará demostrándole su deseo de dar satisfacción en lo que se refiere al príncipe, contestó, para fin de la audiencia, que si le pedía pronto perdón se lo concedería, y respecto a V.A., en las condiciones dichas y no otras, afirmando tal era su última resolución.

Después de la audiencia vi al Sr. de Villeroy, quien informado lo ocurrido, me dijo que debía soportar prudentemente los humores conocidos del rey su amo, que no podía querer ni disimular infinito disgusto que le causaba la obstinación del príncipe y -- no debía abandonar, por causa de las respuestas y réplicas un -- o bruscas que me había dado, los buenos oficios en curso para reconciliación; y añadió que ya había podido observar por experiencia que el rey era rápido en palabras, pero lento en los efectos que debíamos considerarnos en paz, para lo cual intervendría siempre, pidiéndome que hiciera lo propio. Me confesó también que no sabía que yo hubiera hecho promesa alguna, ni dado mi palabra de que

./....

118

514

se haría salir al príncipe fuera del país de V.A., pero que creía — que sería más cómodo para V.A. verle fuera que dentro y que al fin — se resolverá a enviarle cortésmente a Colonia, de donde vino; luego dijo que el Sr. de Vendegies ha declarado al marqués que esperaba — que V.A. daría satisfacción al rey en esto, pero que habría dificultad en lo referente a retener a la princesa; por lo demás, se esperará tener noticias de España y que esto podrá demorar el asunto si V.A. lo tiene por conveniente.

Tomado del libro del Duque d'Aumale. "Histoire des Princes de Condé". - Ed. Calmann Lévy, Paris 1889 - Pags. 451-452-453-454-455-456-457-458.

Perquius al Archiduque Alberto. 10-febrero -1610

Monseñor:

Advertido ayer por un hombre del condestable de Francia que me estaba verme, con la duquesa de Angulema, fui a su casa pocas horas después para evitarle la incomodidad y por los respetos que merecen sus calidades y su edad. La conversación comenzó por reconocimiento de lo que hizo la duquesa, en términos generales, de que está muy agradecida a Vuestra Alteza y a la Serenísima Infanta de los honores y buena acogida con que se han dignado favorecer a la princesa de Condé, de que ella deseaba considerar como su hija, habiéndole criado, con permiso del condestable, su padre, haciendo de madre suya, como lo adquiría haciendo en toda ocasión, rogándome que diese a Vuestra Alteza y a la serenísima Infanta la seguridad de que no hay cosa que yo esté dispuesta a hacer muy humildemente en su servicio y que estimaba tanto sus beneficios que, si no fuera por su extrema vejez, emprendería el viaje a los Países Bajos para ir a besarles las manos, lo que no había renunciado aún. El condestable expresó igualmente una clase de agradecimientos, sumisión y ofrecimientos de servicios que no expresó sólo en palabras, sino en gestos y en su rostro, conmovido por una extrema cordialidad. Luego se pusieron a lamentar el infortunado matrimonio de la joven princesa, que calificaron de mala, y protestaron de que habían dado su consentimiento de mala gana, para no desobedecer a la voluntad del rey cristianísimo; con la declaración del condestable de que hubiera preferido dar su hija a algún hidalgo honrado, con dos mil escudos de renta, mejor que al príncipe de Condé; porque estando bien informado de sus humores y sus cualidades, no se prometía ningún contento de él, bien que pudo pensar jamás que se hubiera lanzado a los extremos en que se veía hundido en la actualidad, ni que tuviera tal indiscreción y se regía con su mujer como lo hacía más y más, lo que el condestable decía con lágrimas en los ojos. Y aunque con el ánimo muy contrariado, abstuvo de especificar los malos tratos que recibe la princesa, los que él y la duquesa creían que yo tenía noticias particulares. No pudieron, sin embargo, ocultar lo que decían haber sabido por cartas muy recientes, según las cuales, la princesa era tratada con brusquedad por el príncipe, su marido, porque no acariciaba bastante al marqués de Spínola y que hace pocos días uno de sus gentileshombres, llamado Rochefort, al entrar en la cámara de la princesa, le disparó en su presencia varios tiros de pistola de las que lleva en los bolsillos y dijo que era para quien quisiera mal al príncipe, su señor. Dijeron, a continuación, que, según les había dicho alguien, había poca esperanza de que el príncipe quisiera volver en sí y pedir perdón y regresar a Bruselas y que lo que temían más era que marchase de Bruselas y obli-

case a la princesa a vagabundear miserablemente por esos mundos con él. Para impedir lo cual me suplicaban ambos con insistencia y de manera lamentable que rogase a Vuestra Alteza y a la Serenísima Infanta que tuvieran compasión de ellos y de la princesa y que la recibieran con benignidad cuando fuera a postrarse a sus plantas para que no la abandonase en semejante desgracia, diciendo que estarían muy contentos si permaneciese al servicio de la Serenísima Infanta, entre las menores de su Corte; y el condestable añadió que mejor quisiera oír la noticia de su muerte que saber que había sido llevada por el príncipe a países extranjeros.

Mis respuestas a estos discursos fueron de consuelo en la mejor forma el asunto de la princesa, acompañando siempre sus palabras de tanta gravedad e ingenuidad que pude observar por el momento indicio alguno de adorno artificial, aunque procuré observarle de cerca; se me ha dicho además de buena parte, que micer Nicolas Lefebre, persona digna de crédito, antiguo preceptor del príncipe, ha dicho que sabía que el condestable desca realmente que la princesa se separe de su marido, pero que el almirante de Francia, su hermano, no es de este parecer.

He tenido avisos concordantes de diversos lados de que el mismo día de mi última audiencia con el rey cristianísimo reunió su consejo de guerra en el Arsenal, residencia del duque de Sully, y que resolvió romper con Su Majestad Católica y con Vuestra Alteza a la primera oportunidad en el caso en que el príncipe no regrese a Francia; yo no lo aseguro, sin embargo. Tanto menos cuanto que en el día de ayer, estando en conversación con el Sr. de Villeroi, le dije una palabra sobre este rumor que corría de esta mala disposición, del que di a entender que hacía poco caso; y me dijo que era cierto que en la tarde del día citado se había celebrado consejo de guerra en dicho lugar, pero que no se hizo mención alguna, ni en bien ni en mal, del príncipe y menos de romper con nosotros, añadiendo que podía contar con su palabra.

Una cosa puede ser tenida por cierta, según he averiguado, con gran pesar mío, y es que el rey de Francia, después de larga deliberación ha resuelto, sin que anteriormente se haya puesto en duda, dar ayuda a los príncipes de Brandemburgo y Neuburg contra su Majestad Imperial y lo hará muy pronto. Alguno han querido hacerme creer que hará marchar, con banderas desplegadas, a Cleves, a un cuerpo de cuatro mil franceses y seis mil suizos de a pie, con mil quinientos caballos; pero soy de opinión que no enviará jamás tales tropas, que darían demasiado que pensar a sus vecinos, sino que el socorro irá de rebozo, en momentos distintos, en la misma forma en que los envió anteriormente a los Países Bajos; los cuales contribuirían también con sus medios, si lo que dice Arfssen entre los suyos merece crédito. ¡Guiera Dios que no sea un funesto vástago de nuestra guerra.

arta de Los Archiduques a Puccino. 13-Febrero-1610

Cher et léal. (1)

Habreis sabido por nuestra última, que os hemos enviado por ex-
reso la noche pasada, la intención y resolución del príncipe de --
ondé de retirarse de este país, y la nuestra de, a su demanda, re-
ibir en nuestra casa a la princesa, su mujer. La presente os adver-
irá de que el príncipe ha venido a avisarnos esta noche de que esta
a bien informado de que cierto número de franceses había llegado a
sta ciudad con el designio de llevarse por la fuerza a su mujer y
os ha requerido para que proveyésemos a su seguridad, puesto que --
a venido a ponerse bajo nuestra protección y salvaguardia. Conside-
do lo cual y por haber sabido por otros conductos que, efectiva-
mente, se ha visto frecuentar el palacio de Nassau (donde está alo-
ido) a varios franceses desconocidos, armados con pistolas, nos ha
recido que no podíamos excusar, de acuerdo con la petición del --
íncipe, enviar a dicho palacio algunos soldados de nuestra compa-
a de guardias, con algunos burqueses de los gremios que hacen --
ardía ordinaria en nuestro palacio para que no le ocurriera mal --
guno; de lo que, advertidos, el marqués de Coeuvres y el Sr. de --
rny nos han venido a ver al instante, quejándose de dichos cuar-
as, como si hubieran sido enviados para tener prisionero allí a --
princesa y aún sospechando que se la quería enviar a España to-
ndo ocasión del último correo que ha venido. Y aunque los hemos --
erido desengañar diciéndoles lo que es verdad y que pensábamos --
atalarla mañana en nuestra casa (lo que, si Dios quiere, estamos
cididos a hacer) hemos querido advertiros de todo lo que precede
fin de que deis cuenta de ello inmediatamente a los ministros del
y cristianísimo que estimeis oportuno, para prevenirles de la ver-
d de este accidente (sic) contra las advertencias contrarias que
pudieran dar los dichos embajadores...

("léal" es equivalente a leal.

Acta de la sesión de Consejo de Estado de 13-Febrero-1610

Señor:

Las cartas de V.M. ha visto de los señores archiduques Alberto y Leopoldo, marqueses de Guadaleste y Spínola, príncipe de Conde y don Iñigo de Cárdenas, contienen, en suma, lo que sigue:

El señor archiduque Alberto dice, que, porque don Iñigo de Cárdenas habrá avisado a V.M. de la retirada del príncipe de Condé a aquellos estados, dirá sólo como, entrando en ellos le pidió licencia para ir a Bruselas y se la dió sólo para la princesa, su mujer, por no dar ocasión de quejas al rey de Francia, y él pasó adelante; y enviándole el dicho rey a pedir que se lo entregase, se excusó -- con que le había mandado salir de sus estados, que el dicho príncipe se fué a Colonia y de allí se vino a Bruselas, porque el rey de Francia le envió decir que quería más tenerle allí que en otra parte.

El señor archiduque Leopoldo refiere en carta de 14 de Diciembre, de Juliérs, que la semana pasada le había llegado allí un huesped que nunca esperaba, es a saber, el príncipe de Condé, que había salido de Francia con su mujer y muy pocos criados, y la causa haber puesto el rey de Francia los ojos en su mujer, para aprovecharse de ella, amenazándole con prisión; que había llegado allí con mucha pesadumbre de su alma, y dicho la necesidad en que estaba y que tenía resolución de no volver a Francia en vida de este rey, y de vivir y morir en servicio de V.M. o de la casa de Austria; y así le pidió encomendase su protección a V.M. para que lo recibiese debajo de su amparo y que, no disgustándose V.M. de ello, estaba resuelto a presentarse en propia persona ante V.M.; que se ve que esta muy ofendido de su rey y que jamás se (olvidará) de tan grande indignidad; y suplica al Sr. archiduque a V.M. le avise de lo que le ha de responder.

El marqués de Guadalete (cuenta?) que el príncipe de Condé envió de Landrecies, país de Henao, un criado con carta al Sr. archiduque Alberto, anunciándole su llegada y de la princesa, su mujer; -- que Su Alteza no le quiso ver (como pedía) la carta por no encontrarse con el rey de Francia y la remitió al duque de (Arschot), gobernador de aquel país; que luego llegó un arquero de parte del dicho rey pidiendo a Su Alteza que mandase entregar las personas del príncipe y de todos los que con él iban, con término arrogante; y Su Alteza se excusó con decir que le había pedido paso para Breda y se lo había dado; que otro día fué el embajador de Francia a Mariemond donde había llegado el capitán de la guardia de aquel rey, y entre ambos procuraron que Su Alteza mandase darles al príncipe y a los que le acompañaban, sin nombrar a la princesa; y les respondió

que ya había salido? de esta parte por su tierra y en su...; que el marqués (de Spínola?) le había suplicado se sirviera de amparar al príncipe, pues era ocasión de su honra y que el rey de Francia por buenas obras no se ganaba nada con él, y que si sabía usar de aquella ocasión, podría se de mucho...

El príncipe de Condé escribe a V.M. que habiéndole sido (necesario) por la salud de su vida y de su honra, salir de Francia, no ha podido excusar de dar cuenta de ello a V.M., a quien suplico humildemente que, usando de su acostumbrada clemencia, reciba debajo de su protección a aquellos afligidos, como lo esperaba de la grandeza de V.M., siendo, como es, el mayor rey del mundo, y remitiéndose a los marqueses de Spínola y Guadalesta, que representarán a V.M. particularmente sus acciones y la afección que tiene a su real servicio, -suplica a V.M. tenga por bien creerle.

El marqués Spínola apuntó lo mismo que dicho el de Guadalesta.

Don Iñigo de Cárdenas refiere que se le dice es grande el cuidado que al rey de Francia le da ver al príncipe de Condé en Flandes...

Y habiéndose visto todo lo susodicho en el consejo... se votó en la forma que sigue:

El comendador mayor de León: que, según lo que se colige, en Flandes había inclinación y deseo de acordar al príncipe de Condé con el rey de Francia y la embajada que él envió últimamente al Sr. archiduque para que se le entregase, o, por lo meno, le echase de sus estados y le enviase a la princesa, está bien lo que se ha ordenado acerca de la retirada de príncipe a Milán y sólo queda si se le podría ayudar con alguna cosa para la jornada y despachar correo al Sr. Archiduque con el duplicado del despacho que llevó el último correo; y siendo la causa de las amenazas de rotura tan injusta como es, no entregarle un hombre que no sólo no le ha ofendido, pero ha sido forzado a retirarse, huyendo de la violencia con que le querían quitar la honra; en caso tan grave, no puede creer que sea su intento hacer lo que dicen, sino que piensa que, mediante aquella bravatas, ha de salir con lo que pretende;... Y por eso conviene que el príncipe de Condé salga de Flandes y no vaya a Roma, sino a Milán, pues el Sr. archiduque cumplirá con echarle de sus estados, y o será cosa nueva ampararle V.M., pues el Emperador, nuestro señor, e gloriosa memoria, en tiempo del rey Francisco, amparó al duque de Borbón y le fió su ejército; al Sr. archiduque será bien escribir con resolución que V.M. quiere que el Condé se pase a Milán, por la obligación que le corre de ampararle en causa tan justa, habiéndose querido valer de su protección, porque así como no es bien hacer overchería, lo es no sufrirla; y lo será avisar al conde de Castro lo que se hace para que, si el Papa le hablare de ello, le muestre la justificación con que V.M. procede; y a don Iñigo de Cárdenas le podrá escribir que procure tender las particularidades del inten

to de los hugonotes que hace el condestable Montmorency, sugro del de Condé, y sus deudos y amigos, y avise de todo; y, aunque sea así todo lo que ha dicho, todavía le parece que conviene prevenir el estado de Milán lo necesario para su defensa, y aquí proveer las fortalezas que caen a la frontera de Francia de lo que han menester para su seguridad y dar priesas a la milicia, porque el saber que todo está prevenido (?) le hará perder el deseo de acometerlos y la esperanza de salir con su intento.

El duque de Lerma: Que V.M. no puede negar su asistencia y favor al príncipe de Condé, en causa tan pía y justificada, pues no ha hecho ofensa a su rey, ni pudo usar de término de mayor respeto que huir de su violencia por no recibir una deshonra tan grande que no habrá francés que no lo tenga por justo y por injusto lo que -- aquel Rey ha hecho... Y así a esto no hay que responder, sino poner como ha dicho el comendador mayor, en orden las fronteras y la milicia. A don Iñigo de Cárdenas se deben dar gracias por no haber querido entrar en plática con el rey de Francia sobre lo del príncipe de Condé y del cuidado con que procura penetrar lo que pasa y avisar de lo que conviene al conde de Anover y encargarle tenga muy buena correspondencia con él y al dicho conde que tenga lo mismo con don Iñigo y que pregunte al príncipe de Condé de qué persona suya se podrá fiar don Iñigo en París, de quien tenga entera confianza... Parécele muy bien que se despache correo a Flandes con el duplicado del último despacho y declaración de la voluntad de V.M. y que se avise al conde de Fuentes de todo, y se le encargue mucho que llegando -- allá el príncipe de Condé, le reciba, honre y acericie...

El condestable de Castilla:... El príncipe de Condé es la segunda persona en Francia, después del Delfín, y está al amparo de V.M.; el apoyo del partido de los hugonotes, la autoridad y adherencias de su suegro, es causa de poner en cuidado al rey de Francia; y aunque no se motivo bastante para romper, los reyes pasados, cuando ha habido inquietud en aquel reino, han tomado por remedio el echar la guerra fuera de él, porque con esto se ocupan los ociosos e inquietos y mudan de pensamiento... Lo resudto está muy bien, pues importa libertad de los reinos; ni por gentileza de rey puede V.M. de sacar al príncipe de Condé, aunque en ampararle no hubiera las conveniencias que puede haber...

El duque del Infantado: que siempre creyó que había de dar cuidado al rey de Francia la retirada del príncipe de Condé, y tanto más no teniendo otra culpa que huir de su violencia, acción que nadie puede condenar... de bravatas no hace caso, pues no es verosímil que quiera mover guerra por causa tan injusta...

El duque de Albuquerque se conformó con el comendador mayor de León y con el duque de Lerma.

V.M. lo mandará ver y proveer lo que más fuere servido.

El secretario de Estado Præstø a Pecquius. 16-Febrero-1610

Por la penúltima de Su Alteza, de 13 de este mes, habréis sabido como hubo ocasión de enviar algunos soldados de la compañía de guardias, con algunos butiqueses de los gremios, al palacio de Nassau por causa de un aviso que dió el Sr. Príncipe de Condé de que una partida de franceses estaba preparada para raptar y llevarse a Francia a Madama la Princesa, su mujer; el cual decía estaba bien informado, aún por testigo oculares; lo que llevó a su Alteza a sospechar razonablemente y ver algún fundamento; de lo que espero que, siguiendo sus órdenes, lo habréis comunicado a los ministros del rey cristianísimo que hayais juzgado oportuno y procurado prevenirlos de la verdad contra los juicios y discursos contrarios que vergasamente le habrán enviado los ares. marqués de Coeuvres y de Berny, porque ellos no han encontrado bien que la dama entrase en la Cortes luego de haberle dado guardia en el palacio de Nassau, interpretándolo siniestramente y como si esto le acarreasen deshonor y fuera una especie de violencia y de prisión, como ha dicho el sr. marqués el sr. barón de Havesquerque; quien se lo ha discutido con sólidas razones y demostrado que no se dió guardia para tomarla ni asegurarse de su persona, sino para darle seguridades y de este modo la guardia fué puesta a las órdenes del príncipe de Orange, para que con ella asegurase su casa como mejor le conviniera; y a este efecto se ordenó a los mismos guardias que hiciesen lo que el príncipe les mandase; por lo que esto no puede ser razón para pensar que se quiso hacer ninguna fuerza a la princesa, puesto que es cierto que para esto no se recurría más guardia que la que el príncipe, su marido, le quisiera hacer. Concluía el sr. barón de Havesquerque que lo más acertado era que la princesa entrase en palacio, tanto por el peligro que ella temía del sr. príncipe, su marido, cuanto que nada arriesgaba su honor extendiendo los negocios en los términos en que están y siendo su inocencia tan conocida como es; además de que nuestros príncipes son tan amantes de la honestidad, de la virtud, que sólo el ser recibido en su casa justifica a la persona que entre en ella y quita toda sospecha en contrario; la verdad es que las cosas han ocurrido en la forma expuesta y es sabido públicamente (como se sabía) que la princesa debía venir a palacio el mismo día y si se hubiera diferido se habría dado más ocasión de pensar a cualquiera que Sus Altezas no la habían querido aceptar por cualquier sospecha que hubieran tenido de ella, con lo que su honor habría estado mucho más interesado. De todo lo cual quisieran Sus Altezas que informéis detenidamente al sr. condestable y a la duquesa de Angulema, así como a todos los que estiméis oportuno....

... En esto llegó otro correo con cartas de Vuestra Alteza de 13; vistas las cuales fui inmediatamente a ver al Sr. de Villeroi, anteayer, a eso de las ocho de la noche; y luego de darle cuenta -- del contenido de las cartas del 12, le hablé, a continuación, de -- las últimas, rogándole que diese aviso al rey, que había salido a -- eso de las tres para Saint-Germain-en-Laye.

Como respuesta me dijo que el Sr. de Vendegies había declarado al marqués de Coevres, como de Vuestra Alteza, lo mismo que yo le -- acababa de decir respecto a la intencion del príncipe de retirarse de los Países Bajos y dejar en ellos a la princesa, su mujer; pero que yo no decía que iba a Milán. Y a mi afirmación de que yo no sabía nada, como tampoco don Inigo, según lo que oí de él, Villeroi contestó que si Vuestra Alteza no parecía querer servirse del príncipe, los españoles parecían tener ganas de hacerlo, según los avisos que el rey, su señor, tenía de España y de otras partes y se anunciaba por su retirada a Milán. Lo que dijo de manera menos suave que de costumbre, sin que pareciera que el rey agradeciese a Vuestra Alteza de haber llevado este negocio al punto que yo le exponía, de lo que mostré admiración, visto que el rey había de ver que se -- había hecho todo lo que él deseaba de Vuestra Alteza y que los hechos daban amplia prueba de lo que dije siempre respecto de la buena y sincera voluntad que le animaba, tanto más cuanto que el rey -- que me había declarado que cuando el príncipe estuviera fuera del país de Vuestra Alteza se sentiría descargado y que si se retiraba a cualquier parte de la obediencia del rey de España, se le hablaría a él. A este propósito, habiéndole preguntado yo si el embajador del rey, su señor, había tratado de esta materia en España y que respuesta se le había dado, me contestó que aún no se tenían noticias y, a continuación, se puso a referirme que el mayordomo de dicho embajador, de camino no ha mucho de España a Francia, por la posta, había sido obligado por algunos oficiales españoles a volver siete -- postas más atrás, con pretexto de que se buscaba a un francés que -- había abusado de una doncella, aunque al fin fué puesto en libertad, hallado inocente, cuando ya le había precedido el correo Rivas; la farsa se hizo, según Villeroi, para permitir que se ganase esta ventaja de tiempo, de lo que él protestó y dijo que lo sentirían en su tiempo y lugar. Dije que se trataba de cosa ignorada por mí y que -- concernía a la embajada de España, en lo que, no obstante, procuraría intervenir; pero que era un extraño atentado querer raptar por fuerza a la princesa, a la vista de toda la corte, para traerla a -- Francia. A lo que después de haber replicado que el proceder del marqués de Coevres había probado que no fué a Bruselas con este -- proposito, protestó de que no eran más que invenciones lanzadas a -- volar por el príncipe y sus agentes para tratar de hacer odioso al

rey por aquellas partes; y como yo alegase, por lo que ya sabía, que no se quería cargar con ello al marqués, y que si algunos otros lo quisieran hacer, yo estaba completamente seguro de que no se hizo - por su opinión ni con su conocimiento (de Villeroy) me dijo que si Vuestras Altezas habían sido rogadas de que enviasen algunas de sus guardias para seguridad del príncipe y de la princesa y se los habían otorgado, habían procedido como debían y que, por lo demás, la princesa sería muy dichosa de hallarse bajo la protección de la grandeza de virtud de la Serenísima Infanta y de tener el honor de vivir en su Corte. Finalmente me prometió hacer saber al rey, su señor, todas aquellas cosas con diligencia en Saint-Germain-en-Laye al día siguiente, que fué ayer; y me mandó decir que descaba verme poco después de comer, lo que, luego, por impedimentos que surgieron, fué aplazado hasta hoy al caer de la tarde.

En esta entrevista me ha dicho que el rey cree todo lo que se puede creer de la buena intención de Vuestra Alteza en lo que se refiere a los príncipes; pero que no puede parecerle bien la forma en que se ha procedido para garantizarlos contra el pretendido atentado que el príncipe decía temer, o sea, que se hubiera causado perjuicio a su persona y raptado violentamente a la princesa (sic) temer que Villeroy pretende simulado y a propósito a dicho príncipe para difamar al rey, que él calificó de dulce y bondadoso de su natural, no procedía nunca con rigor más que cuando se veía forzado y, aunque siempre tuvo muchos enemigos, como los tiene aún, no quiso recurrir a suplicherías para atentar contra sus vidas, bien, que a veces fué invitado a ello, como el propio Villeroy afirmaba haber sucedido. Y en cuanto al rapto de la princesa, decía que no había indicio de que se pudiera imputar al rey, tanto porque no intentó nunca nada semejante, como porque hubiera sido ofender a la autoridad de Vuestra Alteza y darle justa ocasión de resentimiento con una violencia que hubiera sido cometida en la ciudad de su propia residencia y ante sus ojos, lo cual, además, no podía tener ningún éxito, ni de día, habida cuenta de las circunstancias y del poder que sólo Vuestra Alteza tiene ahí, como tampoco de noche, puesto que el príncipe podía proveer a ello haciendo con la princesa se acostara con él. A lo que añadió que Vuestra Alteza ya había decidido recibir a la princesa en su Corte, lo que hubiera podido hacer con poco ruido, sin enviar al palacio de Orange tanta gente de su guardia y dar la alarma en la ciudad, como él dijo que se hizo, hasta haber hecho patruillas y disparado algunos tiros de una pieza de cañón, que había en las murallas, ni más ni menos que si la ciudad estuviera llena de franceses armados, como se hizo correr el rumor, siendo así que en la mañana del día siguiente se tuvo la vergüenza de no haber podido encontrar más que, en total, dieciocho. Este estruendo fué imputado principalmente al marqués de Spínola, que había querido hacer el hombre de guerra, pues dice Villeroy que no podía creer que Vuestra Alteza lo hubiese hecho de su propio movimiento ni por opinión

de los de su consejo, por haber sido un procedimiento escandaloso — tanto para el honor del rey como para la princesa, de lo que se hubiera podido prescindir. Me habló a continuación del secretario del Sr. de Torny, que habiendo ido al palacio de Orange para acompañar a su señora a su casa, había sido ultrajado a espadazos por el príncipe y hubiera sido peor tratado aún sin la ayuda que le prestaron algunos burqueses de la guardia que le conocían. En suma, se dijo de que en todo esto se había secundado con exceso los ligeros designios del príncipe, dando demasiado crédito a sus informes.

A todos estos discursos respondí, en primer lugar, que me satisficiera el contento que tenía el rey de lo que yo le dije respecto a la retirada del príncipe de los Países Bajos dejando a su mujer — en la Corte de Vuestra Alteza y que, a mi juicio, su contento no se debía ofuscar por la sombra de algunos hombres de la guardia de Vuestra Alteza enviados al palacio de Orange; puesto que la quejas del príncipe carecían de fundamento, las censuras serían para él, permaneciendo el honor del rey fuera del escándalo y sin afectarle. Y, en el caso en que hubiera habido indicios o avisos bastantes para fundamentar sus querellas y aun que se hubiera visto a algunos franceses desconocidos y armados de pistolas en acecho y reunidos en torno del palacio de Orange, expuse a Villeroy, que los peligros inminentes exigían remedios pronto y rápidos y por lo tanto Vuestra Alteza no podía prescindir en dicho caso de la diligencia que hizo emplear. Le dije que Vuestra Alteza no me había comunicado que el príncipe se hubiera quejado de que se quiso atentar contra su persona, por lo que, de este lado, el rey no tenía motivo de ofensa. Villeroy replicó que tenía aviso contrario de Bruselas y aún de que se decía que el Sr. de Warde, gobernador de La Capelle, había tomado parte en los designios de aquella empresa, de lo que él se excusaba con mucho cuidado, afirmando que se hallaba allí para ocuparse de algunos negocios particulares con el Sr. de Barbanson. Respondí que no quería acusar al Sr. de Warde ni a otros del pretendido atentado, ni siquiera dar oídos a muchos de los discursos que se han hecho en esta ciudad, pero que esperaba que, considerado todo muy bien y maduramente, el rey tomaría los actos y oficios de Vuestra Alteza de tan buena parte como Vuestra Alteza había procedido con buena intención. Lo que mostró querer sostener, diciendo por lo demás que el tiempo les dirá lo que los españoles quieren hacer con el príncipe y que, si lo reciben y sostienen, el rey cristianísimo se verá obligado a proveer a sus negocios a cualquier precio antes que dejarle sorprender. Luego me preguntó si el príncipe estaba todavía en Bruselas y a mi respuesta de que no lo sabía dijo que el rey, su señor, tampoco había recibido noticias, y que se decía que Vuestra Alteza tenía cerrados los pasos. Traté de desengañarle de esto, creyendo firmemente que no es verdad. Se habla mucho de que el rey cristianísimo esperaba el lunes pasado en Saint-Germain noticias de la ejecución y éxito de la tentativa de rapto de la princesa.

sa, decidido a ir a su encuentro en el caso en que se la hubieran traído y que al saber el fracaso se turbó mucho; se le ha dado también aviso secreto de que un gentilhombre, llamado Saint-Georges, que estaba ahí, recibió encargo de atender contra la vida del príncipe y que el Sr. de Migner gobernador de Montreuil, ha dicho que Wardo, con un llamado López, teniente de la compañía del duque de Vendôme, han sido los principales empujados del rapto y que podré en tener que tomar si fueran aprehendidos, con el capitán de la guardia de Vuestra Alteza, que dicen haber participado con ellos,-- lláméclos el Sr. de Barbizieux...

Duc d'Aumale. "Histoire des Princes de Condé"-Tomo II- Ed. Calmann-Lévy. París 1889. pags. 466-467-468-469-47- y 471.

CARTA DE ENRIQUE IV A M. PRÉAULX. Hacia el 20 febrero 1610.

Préaus, J'écris à mon bel ange: faites lui tenir ma lettre si vous le pouvez. Puis-que Girard et notre hôtesse y vont, ils ne peuvent refuser de m'obliger en cela de les bailler, tous autres moyens m'étant interdits; priez-en k'une de ma part et cor mandez à l'autre. Renvoyez-moi celles que je lui ai écrites, que l'on ne lui a bail lées. J'estime que ce porteur ne trouvera point le marquis là, C'est pourquoi je ne lui écris point. Je crois que le partement de notre fou suivra de près celui du ma quis (Couevres); alors vous pourrez juger des intentions des Archiducs. Le père et la tante ont parlé à Pécus; ils me donnent bien de la peine, car ils sont froids plus que la saison; mais mon feu les dégèle dès que j'en approche, Mandez-moi le plus de nouvelles que vous pourrez, principalement de la santé de votre prisonière. Assez Chateaufort et Félipote que je ne les abandonne point.

HENRY.

D'Elbène vous mandera le reste des nouvelles. Bonsoir. Je déchois fort de mes m-rangoisses, que je n'ai plus que la peau et les os. Tout me déplaît; je suis les com-pagnies, et si pour observer le droit des gens, je me laisse mener en quelque asse- blée, au lieu de me réjouir, elles achèvent de me tuer. A Dieu.

HENRY.

Nota. - Esta carta, como las anteriores, se refiere al estado de ánimo del rey de Francia por la huida de Carlota de Montmorency. Como hemos visto en el texto, el rey decía que "la petite princesse" no amaba a su marido y estaba retenida a la fuerza. Es curiosa la redacción de esta carta, en la que al final de su vida, Enrique IV muestra una pobreza de estilo, con giros meridionales, y una franqueza en el trato que raya en la mala educación. Se ruega al lector establezca una comparación con los textos de un contemporáneo, el Duque de Alba, por ejemplo.

Carta de Felipe III a Don Íñigo de Cárdenas. 20-Febrero-1610

Queda entendido todo lo que decía en alguna de vuestras cartas, de los 27 y 28 del pasado, a propósito de las cosas del príncipe de Condé y agradezco mucho la puntualidad con que me avisáis de lo que en ellas se ofrece, el no haber querido entrar en pláticas con ese rey en esta materia y el cuidado con que procuráis penetrar lo que pase y advertir de lo que conviene al conde de Anover, que todo me ha parecido muy bien, y os encargo lo continueis; y que así mismo hagáis las diligencias posibles para entender las particularidades del intento de los hugonotes, y de lo que hacen el condestable de Montmorency, suegro del de Condé, y sus deudos y amigos, porque hasta ahora no se sabe que tengáis inteligencia con ninguno de ellos; y en lo demás ha resuelto que el príncipe de Condé salga de Flandes, y que no vaya a Roma, sino a Milán, por la obligación que me corre de ampararle en causa tan justa, habiéndose querido valer de mi protección; y en esta conformidad escribo, sobre ello, al archiduque para que lo haga poner luego en ejecución, pues él cumple con echarle de sus estados. Vos, siguiendo la opinión que tenéis, mostrareis desear mucho la composición, y, de secreto, procuraréis lo contrario, por los medios y trazas que me prometo de vuestra prudencia y manera; e iréis dándome cuenta muy a menudo de lo que fuere ocurriendo; y, en caso que os hablaren apretadamente de parte de este rey sobre lo de entregar al dicho príncipe, podéis responder lo que desearis la composición, pero que lo demás sería cosa nunca vista; mayormente no estando capitulado en la paz que se hubiesen de entregar los súbditos de una nación a otra; y a esto añadiréis que no ha habido hombre de acá a quien este rey no haya recibido y amparado, hasta a los traidores, y que, cuando se le ha hablado de esto, ha respondido que no pueda faltar a sus amigos. (1)

FELIPE

Instrucciones enviadas por el Rey de España. Duc d'Aumale. "Histoire des Princes de Condé". Tomo II. Ed. Colmann-Lévy. Paris 1889. pags. 559-560.

(1) Tanto en esta carta como en la siguiente hay dos subrayados míos. Llamo la atención la preocupación del rey de España por la acogida que en Francia se da a los traidores que cruzan la frontera y por otro lado se exige la extradición del príncipe de Condé que sólo defiende su honor y no quiere que Carlota su mujer sea seducida por el rey de Francia, como queda explicado en el texto y en los documentos ampliamente reproducidos.

CARTA DE FELIPE III A SU EMBAJADOR IÑIGO DE CARDENAS. 21 febrero 1610

Es curioso observar la claridad con que el rey de España muestra su propósito en torno a un tema tan embrollado como el del último "amor" de Enrique IV.

"Leo en vuestros despachos y el cuidado y la diligencia que haze ese rey para hacer volver de Flandes al príncipe de Condé y a su mujer. Os felicito de la prudencia que habeis desplegado en esta ocasión. Sin duda el rey cristianísimo no puede ofenderse porque tome bajo mi protección a un príncipe sino por guardar su honor; he escrito a mi . . . el archiduque lo haga y no consienta que se le haga violencia en nada al príncipe de Condé; pero haced saber bien al rey de Francia que no actúo así mas que por interés suyo, por saber que el príncipe es de su sangre y que no me meto entre ellos sino por el bien de ambas partes. Si el rey cristianísimo no se dá cuenta de estas palabras faltara a la amistad y hermandad que con el tengo. Me advertireis de inmediato de la respuesta de su majestad y no olvideis de advertirle que el principe de Condé ha declarado que no volvería a Francia en vida del rey por la poca seguridad que le inspiran sus promesas"

Y mas adelante escribe a propósito de Enrique d'Entragues:

"La sason de agora ho es a propósito por haser con la marquesa de Bernult (Vernuil) mas de lo que dar buenas palabras. No conviene tampoco adelantar nada ni hacer promesas al conde de Auvergne, ni tampoco impedir que se escape de la cárcel si lo consigue. En cuanto a los moros que salen de España, decidme si se establecen en Francia o si no hacen mas que pasar: esto es muy grave" (1)

FELIPE -carta manuscrita.

A. S. Legajo A. 59 -30.

(1) El subrayado es mío. Creo mi deber subrayar, para llamar la atención del posible lector sobre la similitud del año 1610 y los anteriores que he venido describiendo con mayor o menor fortuna, con los tiempos actuales. La vecina Francia sirviendo de refugio a los enemigos de España. Entonces, los moriscos, hoy los terroristas. . . .

Carta de Archiduques a Pecquius. 22-Febrero-1619 - Minuta.

Cher et féal:

Por la presente os advertimos que esta mañana han llegado vuestras dos últimas, del 14 y 18 de este mes y se responderá cuanto antes a las preguntas de ellas que lo requieran. Entretanto, queremos manifestaros que la princesa ha entrado en nuestra casa el lunes, 14 de este mes, como habéis sabido por nuestra última; y el príncipe, su marido, ha salido de aquí anteayer por la tarde o por la noche, sin que sepamos el camino que tomó, lo que podéis y debéis decir a los ministros del rey cristianísimo que estiméis oportuno. Y como algunos embajadores publican por aquí que hemos prometido que si la duquesa de Angulema viniese a esta ciudad con propósito de permanecer en ella algún tiempo y nos pidiera la princesa para que estuviéramos con ella, nosotros dejaríamos que la siguiese, y parece que lo han escrito en esta forma al rey, si oía algo a este respecto debía desengañar a quien convenga y afirmar que ninguno de los dos embajadores nos ha dicho una palabra sobre esto, y que la verdad es que, a instancia del príncipe, le hemos prometido que la retendremos con nosotros hasta que nos la pida o se haya pronunciado legalmente sentencia que diga que se pueden divorciar; lo que añadimos porque hemos oído decir que ella pretende separarse del príncipe. Y fuera de estos dos casos, podéis decir y asegurar ahí que jamás dejaremos -- que se vaya de nosotros, aunque nos lo pidan el condestable y la duquesa...

Carta de Pecquius al Archiduque Alberto. 23-Febrero-1810

Monseñor:

Vuestra Alteza me ha hecho advertir muy oportunamente por cartas del secretario Prats (sic) del 16 de este mes, de lo ocurrido -- ahí en relación con el asunto de la princesa de Condé, pues como -- aquí se hablaba de ello de manera diferente, dejé hablar a la duquesa de Angulema y al condestable de Francia en espera de que se aclarase la cosa por aviso seguro, que llega con dichas cartas; y he dado cuenta a la duquesa, asegurándola de la buena inclinación de -- Vuestra Alteza por la princesa, que dijo ser muy dichosa, en su desgracia, de haber sido puesta bajo la protección de tales príncipes, que ya le habían hecho y le harían en el futuro todo el favor que -- pueda desear. La duquesa me respondió que la noticia de la entrada de la princesa en la Corte de Vuestra Alteza era la más grata que -- recibía desde hacía mucho tiempo, considerando un gran honor que -- Vuestra Alteza y la Serenísima Infanta se hayan dignado recibirla -- en ella, de lo que dijo quedarles infinitamente obligada y que viviría contenta el resto de sus días con el recuerdo de esta felicidad. Luego se puso a alabar en alto grado la bondad y las otras virtudes de la difunta reina de España Isabel, (1) transmitidas a la Serenísima Infanta, su hija, y no se hartaba de manifestar su satisfacción de saber que la Serenísima Infanta le deseaba todo bien. Me declaró también haber recibido cartas de la princesa luego de su entrada en la Corte, por las cuales y por las del Sr. de Berny, aparecía el -- contento de la princesa. Lo que no fué sin decir suavemente que -- había tenido algun descontento por la alarma que se dió en Bruselas -- la víspera de dicha entrada, tanto más cuanto que se juzgaba ahí -- que no había habido causa ninguna y que el príncipe de Condé lo -- había hecho para deshonor del rey cristianísimo y de la princesa, su mujer. A lo que contesté que era sabido y notorio ahí que Vuestra -- Alteza había enviado por la tarde algunos hombres de su guardia al palacio de los príncipes de Orange para que le obedecieran en lo -- que les mandare para preservar dicho palacio y las personas que se alojaban en él de todos los ultrajes y violencias, queriendo favorecer a la princesa y garantizarla de cualquier peligro hasta que fuera llevada honorablemente a su Corte en pleno día y a la vista de -- todos, sin que haya enviado la guardia para asegurarse de su persona. Lo que rogué a la duquesa que creyese como cosa cierta y que, de no ser así, no hubiera sido recibida en la Corte, aunque por aquí -- se haya hecho correr el rumor de que fué llevada por una especie de violencia y prisión, como yo le dije que lo quería presentar al marqués de Coeuvres, con el Sr. de Berny, a Vuestra Alteza para disua-

(1) Isabel de Valois, madre de la Infanta Isabel Clara Eugenia.

dirlo de su buena intención a su respecto; pero que sus objeciones habían sido tan débiles y de tan poca apariencia que no había por qué detenerse en ello. La verdad es que los que juzgan aquí sin pasión la exposición de dichos embajadores franceses, no ven en ella más que vanidad e insipidez y no ha servido más que para demostrar que están mohinos de que la princesa se halle en manos tan firmes como las de Vuestra Alteza y que con ello se les haya quitado toda esperanza de hacerla raptar y llevarla a Francia. Y, en realidad, si el rey cristianísimo ha deseado que la princesa permaneciera ahí o en Breda, veo que no pudo desear que se hallase en tan buen lugar como el que está. En resumen, la duquesa, oído mi discurso, fué de mi opinión, por saber muy bien que la princesa deseaba mucho estar en la Corte, al abrigo de todos los peligros, tanto de parte del príncipe, su marido, como de otra parte. La duquesa protestó de que si hubo el propósito de raptar a la princesa se tuvo mucho cuidado en no hablar de ello ni a ella ni al condestable, que no lo hubieran consentido jamás. Me rogó después con mucha instancia que intercediese con Vuestra Alteza para tres cosas: la primera, que la princesa no volviera más nunca con su marido, aunque lo pretenda; la segunda, que el marqués de Spínola se abstenga de visitar y hablar a la princesa, por no ser decoroso, tanto a causa de las cosas que ella dice que ha dicho el príncipe con respecto a sus relaciones con el marqués, como por otros respetos; y la tercera es, que Vuestra Alteza deje a la princesa, para su servicio y descanso, a la señorita llamada de Chasteauvert y una camarera llamada Philippote, que se han retirado a casa del Barón de Haversquerque porque el príncipe ha impedido que entrasen en la Corte con la princesa, con propósito de hacerla servir por la hermana de Kerreman, consojeto del príncipe de Orange, y por otras mujeres conocidas de ella y desagradables. Afirmando que la señorita de Chasteauvert y la camarera son muchachas de honor, de muy buena vida y conducta, criadas al servicio de la princesa desde la infancia, que les ha tomado cariño y confianza y la servirán mejor que lo podrían hacer cualesquiera otras. Testimonio análogo de su crianza, modestia y fidelidad dió la duquesa de la señorita Sortout, que entró en la Corte con la princesa y me rogó que contribuyese a que pudiera permanecer con ella con las otras dos. Contesté a las tres peticiones que daría particular aviso a Vuestra Alteza para saber su intención y con esto dejé a la duquesa plenamente satisfecha, como así la condesa de Auvergne, la mayor de sus hijas, que llegó en el momento en que me marchaba y que declaró regocijarse también de todo corazón de que la princesa, su hermana, reciba ahí tantos honores y beneficios. Vi poco después al condestable y lo encontré tan contento y alegre de la recepción de su hija en la propia casa de Vuestra Alteza que no se puede decir más, como me declaró con abundante palabra, reconociendo la obligación que él y toda su familia tendrán siempre con Vuestra Alteza y con la Serenísima Infanta, que dan a su hija más honor que el que merece; y que si los embajadores se habían precipi-

todo a decir que había sido llevada como a una cárcel, él esperaba - que Vuestra Alteza haría caso omiso de esta indiscreción y se contentaría con estar seguro de que la duquesa, él y su hermano y todos - los verdaderos parientes y amigos, le hablarían de otro modo y aún que se consideraron mucho más dichosos que si la princesa fuera devuelta a Francia; pues, aunque no hubiese, dijo, tantas cosas en o se dicen del rey, ya sabía yo el caso que hay que hacer de la fama y opinión pública con personas de mi condición. Y al decir esto protestó de que hablaba claro porque veía que yo procedía francamente y con candor (sic) rogándome que continuase y que estuviese seguro de que él me abriría su corazón, como hacía la duquesa; pero me recordó al mismo tiempo, con mucho calor, las dichas tres peticiones que me hizo ella, mostrando tener mala opinión del marqués de Spino la, al que llamaba cada vez el genovés, como por desdén, más (algún me pareció) por la orden que dió el príncipe a la princesa, su mujer, de que le acariciase que por otras razones; y diciendo, además, mucho bien de las tres mujeres, rogaba a Vuestra Alteza que las dejase a su lado como a una niña que combatida por la fortuna y alejada de su padre y de todos sus parientes, pondría en esto parte de su consuelo, pues si estuviera informado sería él el primero en castigarlas según sus deméritos.

Uno de estos días el barón de Bonoeuil vino a decirme que el - rey cristianísimo le había mandado que me hiciese saber que esperaba que encontrase a mi gusto reconocer la vanidad de los avisos dados a Vuestra Alteza acerca de un plan formado para atentar contra la vida del príncipe y raptar a su mujer y que no había sido más -- que una invención forjada por Condé; y que se admiraba de que Vuestra Alteza se hubiese dignado admitirlo, hasta el punto de haberse hecho tanto ruido y permitir que el conde de Anover recorriera la ciudad acompañado de unos sesenta caballos, poco más o menos, gritando alarma. Y el dicho Bonoeuil me invitó, con varios acomodamientos, a pedir audiencia al rey cristianísimo a la primera ocasión, afirmando que sería tan bien recibido como cualquier otro embajador de la Corte, bien que en mi última audiencia hubiera hablado un poco más de lo que debía, habiéndose dejado llevar de la cólera que le arrebató cuando habla de las cosas del príncipe, lo que debía de simular por prudencia y regocijarme y aún gloriarme de que el Sr. - rey y sus principales ministros conviniesen ahora en que yo no había dicho nada que no fuera seguido de efectos. Le dije que me complacía mucho que no hubiera nada de aquel propósito, pero que sabían bien, sin embargo, que Vuestra Alteza había tenido vehementes indicios -- que le obligaron a hacer lo que había hecho, sin que yo oyerá hablar de lo que contaba del conde Anover y que me alegraba mucho de que mis palabras se hayan encontrado verdaderas; y que, desde luego, sería siempre para mí gran honor tener audiencia del rey, que no dejaría de solicitar tantas veces como lo mereciesen los asuntos, como anteriormente....

Carta del Archiduque a Pecquius. 20-febrero-1610

(Minuta cifrada)

Cher et fcal.

El contenido de vuestra carta de 24 de este mes nos ha advertido por lo menudo de los discursos de la duquesa de Angulema, el condestable de Francia y vos sobre la entrada de la princesa de Condé en nuestra casa y hemos sabido con gusto que uno y otro sienten la satisfacción y contento que nos atestigua la vuestra. También la princesa lo muestra en todo lo que permite juzgar su continente, y procuraremos, como hasta ahora, probarle cuanto sea posible (el nuestro) por su condición y sus merecimientos y por el respeto debido al condestable y la duquesa; y en cuanto a la alarma, por la que la duquesa ha mostrado cierto resentimiento, queremos creer que vuestra pertinente respuesta la habrá tranquilizado.

Contestando a las tres cosas que os ha hecho pedir, repetidas por el condestable, las diréis de nuestra parte (dándoles cuenta de lo que preceda) que por lo que se refiere a la primera, no vemos -- que podamos negar al príncipe de Condé la princesa, su mujer, cuando la pida, aunque las cosas no parecen estar en forma que esto pueda presentarse pronto y por tanto no hay razón de que se preocupen de ello por ahora. En cuanto a lo segundo, pueden estar tranquilos de que ni el marqués de Spínola ni cualquier otro tenga acceso ni moleste, ni medio de hablar a la princesa, bien que tengamos al marqués por virtuoso y que no pueda haber más que honor en su trato y conversación; los que ha tenido con ella (han sido) en compañía de los más notables de nuestra Corte durante su estancia en el palacio de Nassau y que pueden tener por cosas falsas lo que se haya podido escribir de aquí, en contra de esto. En lo referente a la tercera petición, lamentamos mucho no poderles complacer por la información muy cierta que tenemos de que Mlle. Chateauvert y la camarera --- Philippote no son honorables, como ellos creen, antes bien está probado que están ganadas al rey cristianísimo y tienen correspondencia con él; y que estaban en el complot de rapto de la princesa, particularmente la Chateauvert, que el día antes del destinado a la preza, había enviado a casa del embajador de Francia los vestidos de la princesa; por lo que no sólo no hay manera de devolvérsela, sino que deseamos que la duquesa y el condestable las hagan llamar a Francia, quedando al servicio de la princesa Mlle. Surlaut, a la que tenemos en la misma opinión de modestia y fidelidad que la duquesa y se acompañará con otras virtuosas y nobles que se están buscando....

Señor:

Los dos ministros de esta Corte, el canciller y el presidente Jeannin, son de muy diferente opinión, como veréis por la que escribo a Su Alteza; y la causa de esta diversidad es, a mi juicio, el poco contentamiento del rey cristianísimo de no poder gozar de sus amores, lo que el primero de los ministros disimula y el otro condena. Estoy muy deseoso de saber cómo fué la marcha del marqués de Coeuvres y si él y el Sr. de Berny han dado las gracias a Su Alteza de los buenos oficios que les ha prestado en el negocio del príncipe y de la princesa de Condé. El rey cristianísimo, luego de haber oído el largo informe del marqués, ha celebrado consejo de Estado, del que ignoro todavía el resultado. Me dicen que el rey continúa sombrío y descontento del marqués, habiendo dicho al duque de Vendôme que su tío no era más que un animal; y, si lo que el nuncio de S.S. me ha contado es cierto, el rey ha escrito al propio marqués que era un tonto, nimirum quia raptus Helenae non succedit. Algunos dicen aquí que hubiera sido más cuerdo dejar que llevasen a la princesa fuera de la ciudad, para quitarla luego a los que la llevaban, para su confusión. Pero recuerdo una ley que dice: Melius esse in tempore occurrere, quam post causam vulneratam remedium querere. Por lo demás, es cierto que el rey no tenía reposo jamás hasta que no viera a la dama, que le duele más que el príncipe. Le trajeron días pasados cartas interceptadas del Sr. de Beaumont, hijo del primer presidente del Parlamento, escritas al príncipe, al que dicen que ofreció sus servicios. Se ha ausentado de aquí y el presidente está en angustia extrema...

Carta Pecquius al Archiduque Alberto. 3-Marzo-1610

Monseñor: Ayer mañana me avisó el condestable de que pensaba - venir a verme luego de comer. Un instante después surgió el barón - de Donoeuil, que me dijo que había sabido por el marqués de Coevre que el rey cristianísimo le había ordenado que viniera también a mi alojamiento con el condestable y la duquesa de Angulema para, reunidos, conferenciar sobre el asunto de la princesa y del príncipe de Condé. En efecto, vinieron a mi casa a las tres de la tarde, y el - marqués, a indicación del condestable, comenzó la conversación: díjome que para dar cuenta particular de lo ocurrido en Bruselas durante - su embajada, estimaba a propósito que yo supiese que el condestable había enviado a aquella ciudad a un secretario suyo, llamado Girard, y que el rey le había mandado a él que lo presentase a Vuestra Alteza para que le entregase las cartas del condestable y de la duquesa por las que le rogaban que no permitiese que la princesa fuera llevada a países extranjeros por su marido, antes bien, la retuviese y guardase ahí bajo su protección. El marqués dijo que habló de ello el barón de Haversquerque antes de presentar a aquel secretario a - Vuestra Alteza, por temor de que, si llegaba a conocimiento del príncipe la presentación y el objeto de ella, tomase ocasión mayor de - escritud y rudeza con la princesa; y que propuso al barón que ésta - fuera puesta junto a la mujer del Sr. de Berny. Lo que no fué del - gusto del barón; que respondió que le parecía mejor que se pusiera a la princesa en algún monasterio honorable, a no ser que Vuestra - Alteza y la Serenísima Infanta la quisieran recibir en su palacio; - el marqués dice que replicó a esto, que en Francia deba notarse de infamia a las mujeres que eran enciaustradas por sus maridos y que la residencia del Sr. de Berny sería más apropiada para retiro. Luego, habiendo presentado el secretario a Vuestra Alteza, y declarado el barón, por su encargo, el marqués que quería proteger a la princesa y proveer a que no se le causase daño alguno en su existencia o en su honor; el príncipe preguntó a su mujer su preferencia, si deseaba ir con él a buscar fortuna o quería quedarse con la Serenísima Infanta en su palacio. A lo que ella contestó, sorprendida, que si él había tenido espacio para pensar en su proposición, sería razonable que le dejara tiempo también a ella para pensarlo y conocer la opinión de sus parientes, a los que se complacería en escribir lo - más pronto posible. Pero en lugar de concederle un plazo, el príncipe fué a suplicar a Vuestra Alteza que la recibiese en su palacio, - dictando que él se iría del país. De acuerdo con esto, el barón de Haversquerque procuró que la princesa y el marqués aprobasen la resolución de Vuestra Alteza, conforme con el deseo del príncipe. Pero el marqués había insistido siempre en sentido opuesto y en cuanto a la princesa, si bien dijo que se sometería a ello, fué a condi

ción de que no habría de ser devuelta nunca al príncipe. En esto el marqués de Spínola se presentó muy excitado en el palacio de Nassau, el sábado 13 del pasado, para avisar al príncipe de que había gran número de franceses en la ciudad dispuestos a raptar a la princesa, con su consentimiento, y llevarla a Francia; de lo que advertido en el acto Vuestra Alteza por el príncipe, le había enviado su guardia; el marqués estaba en la mesa cuando fué avisado de que en el palacio de Nassau había trescientos hombres armados con sesenta caballos; - que el príncipe había reprochado a la princesa ser culpable del proyecto de rapto, amenazó, hizo apalear al secretario del Sr. de Berny y se puso a buscar franceses por la ciudad; lo que movió al marqués y al Sr. de Berny a dirigirse a Vuestra Alteza para saber la causa de aquel estruendo; y habiéndoles respondido Vuestra Alteza - que estaba informado de aquel propósito, le rogaron que hiciera castigar a los autores, si los había, o que aclarase aquello; a lo que contestó que ya no había necesidad de darles mayor información. Al día siguiente la princesa fué llevada a palacio, custodiada de cerca por su enemigo Rochefort, mignon del príncipe, no sin muchas historias y ruidos que circulaban por la ciudad con respecto a su reputación, contra los cuales Vuestra Alteza había prometido tomarla bajo su salvaguardia y garantizar su vida y su honor. De lo que, según el marqués de Coeuvres, la princesa tuvo mucho sentimiento. Y - para demostrar que ella no deseó nunca ser llevada a la Corte de esta manera, me dió a leer una carta, sin fecha, de ella, que contenía algunas quejas en términos generales de las penas, injurias y ultrajes que soportaba, rogándole que la asistiese para no ser llevada a Palacio contra su voluntad o por fuerza. La duquesa de Angoulême tomó la carta, como si no la hubiera visto anteriormente y reconoció la escritura y la firma, que yo dije que estaba muy bien y hecha muy artísticamente para ser de una dama. Después, la duquesa y el condestable, preparados (como se puede creer) por el rey y el marqués, se quejaron de que se hubiera hecho entrar a la princesa en palacio con tanto estruendo previo, que, decían, afectaba a su honor.

En respuesta a todos estos discursos fué que la duquesa y el condestable habían podido ver por los efectos lo mucho que Vuestra Alteza y la Serenísima Infanta estimaban a la princesa por el afecto singular y cordial que profesaban a la duquesa; y que, por dos veces, hablándome a mí, antes como después de la entrada en palacio, habían declarado que les estaban infinitamente agradecidos de los favores que la princesa recibía. Lo que confesado por ellos, dije que no daba razón de imaginar que Vuestra Alteza tuviera jamás la intención de hacer o tolerar que se hiciese algo que pudieran poner en peligro el honor de la princesa, la conservación de la cual era, por el contrario, su gran preocupación y que la Serenísima Infanta se hubiera guardado muy bien de darle un lugar en su propio palacio si hubiera la más mínima duda de que había algo que objetar a este -

respecto; el lustre de dicha casa es tal y tan venerable, que el no lo hecho de ser recibido en ella impide y surge de toda sospecha al niestra a los que tienen el honor de entrar allí. Les recordé, -- continuación, que me habían requerido con instancia para que rogase a Vuestra Alteza, de su parte para dicha recepción y que, luego que supieron la noticia, me habían testimoniado que se regocijaban de -- ello, con mucho agradecimiento por servicio tan señalado como el de Vuestra Alteza se había dignado acordarles con es, lo que no habría hecho de haber pensado que se pudo hacer a costa de la buena fama -- de la princesa. De suerte que yo no acertaba a comprender que se -- pretendiera encontrar ahora motivo de queja o cambio en su anterior contento; pues, con respecto a lo que el marqués de Coevres había referido, de que por el estruendo hecho en el palacio de Nassau y -- por toda la ciudad de Brusela, la princesa había sido difamada de complicidad en el rapto, yo decía que Vuestra Alteza había conviado gente de su guardia al príncipe de Orange para que se sirviera de -- ella como lo estimase necesario para preservar su casa de cualquier violencia, sin haberle dicho ni hecho decir, ni a él ni a otros, -- que la princesa tuviera malos designios; que yo no creía tampoco -- que el marqués de Coevres oyera decir esto a Vuestra Alteza, a la Serenísima Infanta ni a ninguno de sus ministros u oficiales; tanto menos cuanto que yo no había oído decir que el príncipe informase -- de tal cosa a Vuestra Alteza, sino sólo de que había franceses que se proponían raptar a la princesa, su mujer, por fuerza. En suma, -- mantuve, con la mayor firmeza, que lo que había hecho Vuestra Alteza en este negocio había sido favorecer a la princesa y a los suyos y que él haría mal en darle una interpretación contraria. Conside-- rando, además, que la inocencia de la princesa era notoria en la ciu-- dad de Bruselas y en todas partes y que es sabido también comunmente que no había sido llevada a la Corte porque hubiera temor de que -- pudiera faltar a sus deberes, sino de su grado y por su desen, para evitar que se le hiciera mal, ora por causa del rapto, ora por ma-- los tratos del príncipe su marido.

El marqués de Coevres replicó, que en esta Corte y en toda -- Francia, se dice que el príncipe y el marqués de Spínola habían ag-- vertido a Vuestra Alteza de que se quería raptar a la princesa por -- complot secreto hecho con ella y que no parecía que hubieran hablan-- do de otro modo; o sea, que se intentó proceder al rapto de la prin-- cesa a su pesar, por ser demasiado cierto que hubiera sido una em-- presa demasiado temeraria y no se hubiera podido realizar en manera alguna, o, para emplear los mismos términos que el marqués, que esto se podría decir a chiquillos, pero no a hombres de buen juicio. Lue-- go, subiendo de tono, dijo que Vuestra Alteza había dado más fácil-- mente crédito al príncipe de lo que era necesario y que todo lo que yo alegaba tardía, sin duda, a cubrir y salvar el honor de la prin-- cesa, pero que debía procurar que, al hacerlo, no cayese en otro in-- conveniente e hiciera que la culpa recayese sobre persona más gran--

de. Contesté que no echaba culpas a nadie y que hablaba de manera — que no podía acarrear ningún inconvenientes y que sostendría siempre ante todo el mundo, que Vuestra Alteza no había hecho más que lo — que debía hacer con el príncipe y con la princesa. Y al replicar el marqués que iba en ello el honor del rey cristianísimo, dije que yo no sostenía ni quería sostener que el rey hubiese ordenado el rapto de la princesa, sino que Vuestra Alteza, advertido de que se iba a hacer, había debido proveer a lo que convenía. El marqués, persistiendo en su dicho, imputó la causa del incidente, en parte, a un — aviso que él dice haber sido dado a destiempo por don Iñigo de Cárdenas, pero, principalmente a los informes, prácticas e instigaciones del marqués de Spínola, que se entendía muy estrechamente con — el príncipe, al que había dado dinero y ofrecido el castillo de Amberes o de Gante para su retiro, a lo que consistió Vuestra Alteza, y mal satisfecho de la princesa por el poco favor que en ella había encontrado, despreciando sus cortesías y ofertas de servicios, entre los cuales, según el marqués de Coëuvres, mostrándose muy liberal y libre con la princesa; llegó a decirle que sabía muy bien — servirla y callarse y trató de ganar a la señorita de la princesa, llamada de Chasteauvert, para que le favoreciera en sus amores, habiéndole ofrecido a este fin, primero, su bolsa y, luego, diez mil escudos de oro, ofertas rechazadas por ella; por lo que el marqués, despedido, ha procurado que fuera retirada a la princesa, como si ella hubiera intervenido en el proyecto del rapto. El condestable — tomó pretexto de esto para descargar su corazón de la cólera contra el marqués de Spínola, al que calificó de negociante y mostró por — sus palabras y gestos profesarle gran odio, así como la duquesa, a pesar de mis esfuerzos para darles mejor opinión de él, afirmando — que siempre gozó de reputación de ser un señor muy discreto y avisado, sin que jamás oyera hablar de locuras de amores.

De esto se pasó a poner sobre el tapete si la princesa debía — de permanecer siempre en el palacio de Vuestra Alteza, en donde, según el marqués, estaba encarcelada y alojada en forma que no convenía a su condición de primera princesa de sangre real de Francia; — pues se le dio, primero, el cuarto de Mademoiselle de Espinay y, luego, otro en el sotobanco, en el último piso, en compañía de una — nola de sus damas, que no la había servido mucho tiempo, habiéndole — sido quitadas las otras dos, esto es, la chasteauvert y la camarera con las que tenía mayor confianza y que le prestaban los servicios más necesarios. De lo que hicieron también grandes lamentaciones al condestable y la duquesa, así como de que sé le quisiera dar dos señoritas desconocidas de ella, de Malinas, y aún a una sobrina de — Kerreman, que ellos califican de español y de gran favorito del marqués de Spínola, como dijo igualmente al marqués de Coëuvres: Me — propusieron también que recomendase a Vuestra Alteza que fuera servido de devolver la princesa al condestable, su padre, y a la duquesa, que lo suplicarían a la Serenísima Infanta por sus cartas. Y —

Y luego que respondí que Vuestra Alteza no la podía devolver más que al príncipe o a quien él designase, por haberla recibido en su palacio con esta condición, que yo encontraba muy justa y razonable, el marqués de Coevures replicó que Vuestra Alteza y la Serenísima Infanta habían hablado de devolvérsela a la duquesa si ella se lo pedía. Le pregunté si Vuestra Alteza o la Serenísima Infanta se lo habían prometido, lo que no se atrevió a afirmar, sino que la Serenísima Infanta, a ruegos de la princesa, de no ponerla jamás en poder de su marido, sino en el de su padre o de la duquesa, dijo que la entregaría mejor a ésta que a ningún otro y que el barón de Haversquerque le declaró que Vuestra Alteza no se apresuraría a recibir a la princesa en su palacio, pero que, luego de hacerlo, no la devolvería más que al príncipe. Respondí a esto que no había oído nada semejante y saber, en cambio, que Vuestra Alteza dió su palabra de no devolverla sino con consentimiento del príncipe, salvo caso de divorcio. Con este motivo el condestable y la duquesa se pusieron a alegar y a exagerar varias causas por las que el divorcio se debía hacer o al menos la separación de cuerpos, de lo que pretendieron que yo sabía muy buena parte, como de otras particularidades, tales como que el príncipe había amenazado a la princesa con echarla por la ventana si no acatábamos al marqués de Spínola; que había dicho muchas villenías, que eran falsas, de ella y del Sr. de Malombais y cosas que no se dirían de una moza del partido. A lo que contesté, que si ellos creían tener causas legítimas para fundar el divorcio o la separación de cuerpos, Vuestra Alteza no les pondría obstáculos y aún menos a la ejecución de la sentencia que se pudiera dar en su favor. Replicaron que el pleito no se podía hacer más que en Francia y a este fin la princesa tendría que ser devuelta; de lo que dije que no era asunto que yo pudiera tratar más lejos de lo declarado, pero que, en mi opinión, el pleito se podría tramitar, igualmente en Bruselas o en cualquiera otra parte, ante el juez que se dignase designar Su Santidad, no estando limitada su jurisdicción a determinado lugar; y como ellos persistieron en lo contrario con mucho calor, por lo que se veía bien que ésta era la principal razón de que vinieran a verme juntos, dando, entre otros, este argumento: que en su opinión y la de otros a quienes habían oído hablar, desde el momento en que una mujer pide el divorcio, debe quedar exenta de la autoridad y poder del marido por manera de medida previa; no que se discutiera sobre el asunto, diciendo que escribiría a Vuestra Alteza en la primera oportunidad y que, entretanto, podían estar seguros de que la princesa había recibido hasta entonces en palacio, y recibiría mientras estuviera en él, todo el buen trato que se podía desear, con libertad decorosa, sin que yo me pudiera convencer de que tuviera de qué quejarse de su alojamiento; pero que se debía considerar que en los palacios de los grandes príncipes hay a menudo un muy poco lugar para acomodar a los que allí se alojan además de la familia ordinaria y que la experiencia mostraba lo mismo en el Coevures, en esta ciudad que es residencia del rey. Dije, además, al

condestable y a la duquesa, que Vuestra Alteza no me había respondido aún sobre el punto de las mujeres de la princesa retiradas de su casa a la del barón de Haversquerque, pero que en cuanto tuviera noticias se las comunicaría al instante. Me lo rogaron con mucha instancia, como si fuera cosa de la mayor importancia, diciendo que esperaban que Vuestra Alteza tendría conmiseración con la joven princesa a este respecto, porque en verdad merece que se conceda esta gracia, si no es que haya causa acusadora y cierta de que estas mujeres son indignas del honor de su servicio. Finalmente, el condestable, luego de haberme recomendado aparte el asunto y el consuelo de la princesa, ha reconocido que estaba agradecido a Vuestra Alteza y a la Serenísima Infanta para siempre, como todos los suyos, de los favores que dispensaban a su hija y que deseaba pensar seriamente en el divorcio, con buen consejo; tanto más cuanto que tiene la firme convicción, por varias consideraciones, de que su hija no había sido tocada hasta entonces por el príncipe. En resumen, que a pesar de las demostraciones del condestable y la duquesa de que no dan su pleno asentimiento a la forma de proceder que se ha empleado en este negocio ahí, puede certificar a Vuestra Alteza que esto ha sido más a causa de la presencia del marqués que por otra razón y que en el fondo, están muy satisfechos, hasta ahora, como deben estarlo...

Carta Pecqius al Archiduque. 10-Marzo-1610

Monsieur: Varios avisos e informes concordantes, procedentes de buenas fuentes, hacen indudable, lo que he escrito a Vuestra Alteza en alguno de mis anteriores, de que el rey cristianísimo prepara con diligencia sus tropas de a pie y de a caballo (como se publica) en socorro de los príncipes de Brandenburgo y de Neuburg, hasta el número de dieciocho mil hombres de a pie entre franceses y suizos y tres mil caballos, que tienen su punto de reunión, según creo, en Montcornet, frontera de Champagne. No estoy todavía bien informado de quién ha de ser general de este ejército, pero se considera como seguro que se encontrarán allí el duque de Epemón, como coronel general de la infantería francesa; el duque de Rohan, jefe de seis mil suizos, que deben marchar en breve en dirección de San Juan de Lanne, en Borgoña; el duque de Nevers, general de la caballería; el duque de Sully, general de la artillería y los mariscales de Houllón y de Laverdin y aún el rey en persona, que irá a Chalons, en Champagne, adonde ha hecho llevar de aquí veintiuna piezas de cañón, veinte mil balas y gran cantidad de pólvora. Algunos hablan de un número de hombres mayor, pero lo que escribo parece lo más seguro; y, si las órdenes y mandatos del rey se mantienen y son bien ejecutados, este ejército deberá estar dispuesto para el 15 del mes próximo. -- Respecto al camino que ha de seguir para entrar en el país de Juliers, se habla diversamente, pues unos dicen que será por Lorena y otros por vuestro país de Luxemburgo, para lo cual el rey pedirá el paso a V.A. y, en caso de negativa, lo tomará por fuerza. Hay más; según avisos que he recibido hace algunos días, el propósito del cristianísimo es hacer una incursión ofensiva por los territorios de V.A. y sorprender, si puede, algunas plazas fronterizas, pues está decidido a romper con Su Majestad y con V. A. por la cuestión de Condé, que se ha embarcado (según se dice aquí) secretamente en el puerto de Dunquerque y ya debe de haber llegado a España. Los discursos del canciller, del presidente Jeannin y del señor de Villeroy me hacen creer que, si el rey tiene este propósito, le han llevado a ello la pasión del desán y del deseo que tiene de la retirada de dicho príncipe con la princesa, su mujer, observándose en él una lección tan vehemente, luego del fracaso de la empresa de Bruselas, que los que trompetean la guerra en sus oídos no han encontrado ocaso obáculo en sus humores para disponerle a esto; que será con gran pesar de otros muchos más avisados y clarividentes, que no pueden augurar nada bueno de una guerra que se quisiera hacer surgir de tal causa; pues, por lo que se refiere al resentimiento que muestra el rey de Francia del daño que se pudo hacer a su reputación por la alarma que se dió en Bruselas, en el palacio de Orange, no se habla aquí más que como de un antifaz, siendo tenido por cierto (el intento de rapto) en el que me aseguran algunos que han tenido buena par

te el Sr. de Preaulx y la mujer del Sr. de Berny y que el Sr. de -- Jarde ha sido encargado de llevar a dicha princesa a la Capelli si se la podía raptar en Bruselas. También he visto una carta de dicho Sr. de Berny, escrita a un amigo suyo de este país, por la que deja entender muy bien la realidad de dicho propósito, aunque protesta -- de que no ha tenido parte en él; haciendo mención dicha carta de un francés, llamado de Montcheaux, que tomó parte en el jaleo, hallándose actualmente en Bruselas, muy estimado del conde de Busquoy -- (Ducquoi), del cual Montcheaux me ha hablado igualmente. La Rocquinière, francés, conocido de V.A., diciendo que este Montcheaux ha -- sido desterrado de Francia a causa de algunos homicidios, pero que el Sr. de Traigny, gobernador de la ciudad de Amiens, ha persuadido al rey de Francia de que le envíe a Bruselas para el dicho propósito; y que es un mal hombre, al que se debe vigilar muy bien...

Carta Inigo de Cárdenas a Felipe III. Paris 14-Marzo-1610

Fragmento

... Pero dejando las cosas de estado a una parte, mirando sólo a la voluntad, temo tanto la pasión de amores y veo a este rey tan ciego y tan arrastrado (?) por la princesa de Condé, que no sé qué decir a V.M.; y si hallo muchas razones para tener por segura la paz, mirando las cosas en razón de estado, hallo muchas más para tener por cierta la guerra en razón de amores... Y si no ve a V.E. prevenido y que en lo de Flandes hay algo de más defensa y resolución en hacerla, tengo por cierto que se arrojará; y si ahora no lo hace es por andar probando si sus trazas y negociaciones con el archiduque le salen bien para que le den la dama (también la deben detener) y ver como se pone lo de Alemania y las pláticas de Italia; pero, que salgan o no salgan estas cosas, si no ve lo de Flandes más guardado, va a con una presteza de caballería entrarse hasta Bruselas, si puede, y tomar las plazas que desea y darlas si dan la dama a los parientes y si no seguir este designio, dándole por color lo que tienen presa contra la voluntad de sus padres; y no haga V.M. caso de tener al príncipe de Condé, que eso mira a lo de estado, de que no haga caudal en la presente; y para mejor aclararme digo que entiendo (que) si le diesen a (la) princesa de Condé daría al Ducllo a todos los demás sus hijos; ayúdame a temer que este rey se arroja por sus amores, que por ellos tiene muy gastada la salud, ha perdido el sueño y ha dado causa a parecer (?) a algunos que varía: entiendo hombre que quiere estar siempre con compañía, se está dos y tres horas solo, paseando melancolísimo; dicen (que se) desahoga algunas veces, de noche, hablando: "mi princesa, con la serenísima infanta" y diciendo "el rey de España" y otras veces "el conde de Fuentes" y otras "el embajador de España"; llama a horas muy extraordinarias a poetas y enciérrese a solas con un criado del príncipe de Condé que le siguió hasta la huida de Flandes y cuando llegó allí dijo que no podría pasar sin licencia del rey; y podría decir V.M. gran variedad de cosas que ayudan a lo que voy diciendo, pero por lo que ha dicho juzgo verá V.M. lo que de lo presente entiendo.

Pecquius al secretario de Estado Praets. 16-Marzo-1610

Creo que ha llegado el momento, señor de que pensemos en nosotros mismos y de que estemos muy sobreaviso por las causas contenidas en las que escribio al señor. Pero, en caso de ruptura, no veo que podamos evitar un choque muy rudo al comienzo y por el año presente metuendum est, in quam, ne sentiarus a culeum Callorum, quo - amisso, statim torpeant; sed spectare convenit ad consilium Scipionis, ut bellum in Africam transferetur. Diré francamente que me horroriza pensar en esta guerra, por los males infinitos que verterá a manos llenas sobre toda la Cristiandad; y no porque tengamos que temer mucho de las fuerzas francesas, por muchas consideraciones -- que no puedo confiar al papel, aun teniendo en cuenta las disensiones que podemos introducir en Francia y de las importantes empresas para las que se nos ofrecen medios, como, entre otras, las ciudades de Marsella y Lyon...

La Rocquinière me cuenta que el dicho Sr. rey ha dicho al conde de Bruay que si el condestable de Francia pedía su hija a S.A. y le fuera denegada, ayudaría al condestable con sus fuerzas para tomarla. Esto está bastante de acuerdo con lo que me ha dicho la duquesa de Longueville; pero no sé qué pensar del hecho de que dicho conde de Bruay tenga relación tan familiar con dicho Rocquinière, hasta haberle llevado con él a Fontainebleau, ya que él mismo me ha -- confesado que le tenía por sospechoso, teniendo seiscientos escudos de pensión de dicho rey, que no se dan sin razón. Me gustaría saber más particularmente qué se piensa por ahí de dicho de Rocquinière...

Carta Don Miguel de Cárdenas a Felipe III. 18-Marzo-1610

Habiendo este rey y otros procurado persuadir generalmente que V.M. se quiera servir del príncipe de Condé contra el Delfín. he dicho que entiendo que no dando causas que obliguen a V.M. a ello, no oírás esta plática ni acudirás en ella al príncipe de Condé; afirmanme personas que lo saben que el rey se espanta y se huele de oír esto.

A mí me han movido dos cosas a hablar de esta manera; la primera, el proceder de la reina para con V.M. y su cristiandad porque, aunque esto no es público, no tiene inconveniente para ella lo que yo digo; lo segundo, de tener (para sostener) al rey, para que el miedo de tener (para que no parezca que teme) lleva a V.M. esta fin no le necesite (obligue) a arrojarle. Si V.M. mandara que cude de plática en este punto, lo haré.

Estos días había movido plática con el nuncio, encaminando (a) que hablase (a) este rey; y él me salió a ello muy bien y lo ha hecho. Dice que lo halló muy alterado de las cosas de Alemania y dándole muchas quejas del Papa, que acudía y se mostraba muy declarado por V.M. y la casa de Austria; que respondiéndole el nuncio que era ésta causa de la religión católica y él no podía ni debía hacer menos; que él (el rey) replicó que no era guerra de religión, sino guerra de estado y que ésta era el fin que se llevaba y no otro. El nuncio me encarece que le respondió a esto muchas cosas y con resolución; que se metió el rey a darle quejas de que V.M. no salía a darle al príncipe de Condé, estirando este sentimiento y encareciendo que había encargado a su embajador hablase de ello tan cortésmente que esto bastar para obligar; que nada había aprovechado; que de las persona que estaban en Francia desobedientes de V.M., Antonio Pérez nunca se lo habían pedido; que un hijo de Antonio de Portugal, que él no lo había admitido, sino la reina madre y el rey, su antecesor; que le tocaba el reino de Navarra y se lo tenían y que se había procurado quitarle el de Francia; y que le habían querido matar a él y a sus hijos cuando los negocios del mariscal de Birón; que siempre andaba moviendo algo contra él. El nuncio afirmó que había respondido a todo y díchole últimamente que él no sabía cómo podía este rey excusarse de la asistencia que había dado a los holandeses; respondió a esto que por eso había hecho hacer la tregua, por dar gusto a V.M. y el archiduque; y remató últimamente con que él no podía dejar de asistir y ayudar a sus amigos y así se armaba para acudir a los protestantes y echar de Juliers al archiduque Leopoldo. - Le replicó el nuncio que no podría acudir a esto sin tocar en holandeses y que esto tendría inconveniente, pues yendo armado se recargaría de darle el paso; que respondió que no lo pediría porque él -

./.

se lo haría; que era poca la tierra que había de atravesar de Flandes. Que representándole el nuncio no convenía esto, que era portar la paz, le replicó que él estaba resuelto; y diciéndole que advertiese que dirían que era por tomar a la princesa de Condé, respondió que él estaba obligado a mirar por la princesa, que era su subdita y que estaba presa y oprimida, porque ella no quería estar allí; y que ésta era causa del condestable; que le pensaba asistir y ayudar, pues estaba obligado a ello. Que le vió con mucha resolución en esto particular y tanta que, aunque le replicó con la razón y razones que hay para ello, no servía sino de alterarle y que se mostrase muy furioso, descubriendo su pasión, aunque pensaba primero hacer la coronación de su mujer, pensaba luego ir en persona a esto otro.

Este nuncio muestra desear servir a V.M. y lo echo de ver en muchas cosas y él me dice las que sabe; y ayer se acabó esta plática diciéndome suplicase a V.M. se armase; porque si lo hacía, le parecía se excusaría la guerra y que de otra manera ha de dar este rey alguna ocasión que obligue a V.M. a no poderla excusar. Son estas las mismas palabras que con él ha pasado

Carta Condestable de Francia al Archiduque Alberto. 18-Marzo-1610 (1)

Doy muy humildemente las gracias a V.A. del honor, favor y ayuda que ha prestado a la señora princesa de Condé, mi hija, y me siento su deudor, por lo que buscaré todos los medios de satisfacer muy humildemente a V.A., que puede estar seguro de mi obediencia a todos sus mandatos y que no deseo más que hacer lo que le sea grato. Y como V.A. no ignora el poco o ningún amor que el señor príncipe de Condé tiene por mi dicha hija, cuáles son sus costumbres y sus arrebatos para con ella, la severidad con que la trata, que su pasión ha sido tanta que no ha respetado su honor y, en fin, que se puede desear, pero no prometerse, que cambie, por lo que suplico muy humildemente a V.A. que permita a mi dicha hija que venga conmigo, para consolar mi vejez y, al mismo tiempo, para asistir a la coronación de la reina, a la que están obligados a asistir todos los príncipes y princesas, señores y dignatarios de la corona, para servir en esto a S.M., que estará muy contenta de ver a mi dicha hija, que ha de tener el primer lugar en este acto, que será muy célebre. Creo que V.A. tendrá en cuenta esta súplica y me concederá la gracia que le pido. He mandado a Girard, mi secretario, portador de la presente que vuelva a presentar a V.A., si se digna concederle audiencia, lo demás de mi intención...

Montmorency

(1) Se trata de una carta del Condestable de Montmorency sobre su hija Carlota.

Duc d'Aumale. "Histoire des Princes de Condé". Tomo II- Ed. Calmann-Lévy. Paris 1889. Págs. 491-492.

Carta de Archiduques a Pecquius. 19-Marzo-1610.

Cher et féal,

Por vuestra última carta del XV de este mes hemos sabido lo que hasta entonces habíais averiguado del aparato que se hacía en Francia y de las intenciones del rey cristianísimo y esperamos que nos tengáis advertidos en lo sucesivo y con las particularidades de lo que oigais ulteriormente, de unos y otros, aun por correos expresos cuando la importancia de los casos lo requiera, a fin de que podamos proveer con diligencia a lo que hallemos que pueda convenir para y según las incidencias de los negocios y prevenir inconvenientes y sorpresas. Hemos sabido con gusto lo que nos escribís del contento que tienen el condestable de Francia y la duquesa de Angulema (según lo que habéis sacado de sus propias palabras) de la acogida y trato que se da aquí a la princesa de Condé; pues, ya que nos esforzamos en hacerlo lo mejor que se puede, bien está que se reconozca. Pero en lo que se refiere a la venida de dicha duquesa para pedir y llevarse a la dicha princesa, nuestra intención es que procuréis disuadirla, porque sería trabajo perdido, como les hemos dicho por la nuestra del XXII del pasado; como lo sería enviar aquí dos damiselas en lugar de Chateauvert y Philippote, tanto más cuanto que en nuestro palacio no se admite más que sirvientes, que se buscan y se encontrarán a satisfacción de la princesa; además de la apariencia que hay de que las que se quiere enviar aquí se dejarán fácilmente sobornar y corromper, si no lo están ya, sin conocimiento y contra la voluntad de dichos condestable y duquesa, antes de salir de Francia. Por lo que será bien que, en términos corteses, procuréis que se excuse el envío de las damiselas, que no serían recibidas; tanto menos cuanto que no ha mucho se ha interceptado una carta de las muchas que ha debido escribir la Chateauvert a dicha princesa, en la que le dice que escribe a dicho señor rey, que es preciso que encuentre la manera de sacarla de aquí y que no hay remedio más apropiado, ni para él ni para ella, para salir y que hay apariencia de que ha debido de escribir otras cartas análogas a la misma princesa y ella al rey; lo que debéis sugerir discretamente al condestable y a la duquesa, para que estén informados de las razones que se tienen para cuidar y velar (como se hace) por su hija. Y porque ésta sospecha que se le retienen algunas cartas de esta duquesa, haréis bien en averiguar cuántas le ha escrito desde que entró en palacio, o a la Seataut, con indicación de las fechas, a fin de que se pueda saber si le faltan y cuáles son. Os recordamos al mismo tiempo la expedición del asunto de la neutralidad y diputación de comisarios para la conferencia sobre las diferencias de límites en nuestro condado de Borgoña y el país de Luxemburgo...

Pecquius al Archiduque Alberto. 19-Marzo-1610

Confrontando diversas advertencias que he recogido de personas de confianza para informarme del número de hombres con que el rey - cristianísimo quiere constituir el ejército que se propone enviar a nuestras fronteras, he puesto por escrito el discurso anejo. Con él espero haber satisfecho por la presente a la orden de V.A., dada -- por sus cartas del 15 de los corrientes, recibida anteyer. No de- -- jaré de tomar lengua día tras día en lo sucesivo de lo que pare con -- respecto al reclutamiento de este ejército, al cual, en verdad, es- -- timo que no nos obliga tan sólo a precaver, sino, igualmente, a pro- -- veer con diligencia al aumento de nuestras fuerzas; y esto tanto -- más cuanto que he sabido que el gobernador de Borgoña, gran favori- -- to del rey de Francia, esto es, su caballerizo mayor, que tiene -- gran parte en sus designios, ha dicho a un personaje de autoridad, -- no hace más de tres días, que habrá guerra entre España y Francia.

El discurso que el rey dirigió al mundo de S.S., en su audien- -- cia de anteyer, refuerza también la apariencia de esta verdad; pues habiéndole presentado un Breve de S.S. para exortarle a procurar un buen acomodamiento en los negocios de Alemania, visto que iba en -- ello la religión también, contestó que no era un caso de religión, -- puesto que el Emperador declaraba que quería hacer justicia a cada uno de los pretendientes a la sucesión del duque de Cleves para ha- -- cer que se adjudicase a quien se encontrase que tenía mejor derecho, sin hacer distinción de religiones, sino que se trataba, únicamente, del interés particular de la Casa de Austria, por consejos y asis- -- tencia de Su Majestad Católica, de lo que estaba suficientemente ad- -- vertido; bien que se procuraba poner en ello cobertura y disfraz; en suma, que estaba dispuesto a ayudar a sus amigos, como debía; que -- era ya tarde para hacer arreglos; que las diferencias no se podían colmar más que con la espada y que tendría pronto dispuesto un ejér- -- cito con el que iría en persona derecho a Juliers. El nuncio le di- -- jo, de acuerdo con la petición que yo le hice antes de que fuera a la audiencia, que acaso el camino más corto para el ejército sería el que pasa por los Países Bajos, como decía el rumor; y habiendo -- respondido firmemente al rey que eran habladerías y el nuncio dijera que pediría a V.A. que le diese paso por su territorio de Luxembur- -- go y que si se lo negaba lo tomaría por la fuerza y aún que tenía -- los ojos puestos en Thionville, el rey replicó, que no necesitaba -- hacerlo pasar por tierras de V.A. más que un poco, en algunos extre- -- mos, y que no pediría paso. En cuanto a Thionville, luego de pregun- -- tar al nuncio si se hablaba de ello y de haberle respondido que sí, habló de la importancia de dicha ciudad y de que habría mucho que -- hacer para apoderarse de ella. De esto pasó a quejarse de Su Majes- -- tas Católica, diciendo haber observado, desde hacía tiempo y obser-

var más y más cada día, la mala voluntad que le tenía y que lo probaba cierta respuesta ruda y altanera dada no hacía mucho por el duque de Lerma a su embajador a la propuesta que éste le hizo a S.M. de que retirase (su protección) al príncipe de Condé; esto es, que en todo tiempo habían acostumbrado los reyes de España recibir y -- proteger a los oprimidos; que S.M. continuaría la loable costumbre -- con dicho príncipe y que tenía para ello tanta más ocasión cuanto -- que dicho rey siempre había recibido y entretenido, como lo hacía -- aún, a los rebeldes fugitivos de España; y que aparte que había fomentado y mantenido; durante tantos años, la guerra de Holanda y uso de mal proceder con don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en ocasión de su embajada en este país, oída su relación había terminado no pensar más en tratar de semejante materia. El nuncio respondió que lamentaba la rudeza y aspereza de la respuesta del duque de Lerma, de la que, a su juicio, se pudo excusar; pero era posible que hubiese recordado otras palabras bruscas dichas a mí y a otros por dicho rey con respecto al asunto del príncipe y de la princesa, su mujer, luego, habiendo observado el nuncio que, al menos, tuvo -- plena satisfacción de V.A., que no había omitido ningún buen oficio con él acerca de estos negocios, contestó con alteración que Vuestas Altezas le habían maltratado mucho, tocando muy profundamente a su honor; como lo hacían aún, incluso reteniendo a la princesa -- prisionera en su palacio y privada del servicio de sus dos mulieres, que le habían quitado. Y, como replicase a esto que el palacio de -- Vuestas Altezas no era una prisión ni la princesa prisionera, puesto que estaba allí por su voluntad y la de su padre, honrada y obligada por los buenos tratos que recibía, el rey dijo bruscamente que estaba mal informado, tanto más cuanto que la princesa protestaba -- de ser retenida por fuerza en aquel palacio y que era maltratada. El nuncio hizo observar al rey, que él mismo había deseado que la princesa fuera retenida en Bruselas a defecto de reconciliación con el príncipe, su marido, lo que el rey pretendió negar; y al replicarle el nuncio que no lo había declarado así, el rey, saliendo de la cuestión, dijo que era necesario que Vuestas Altezas devolvieran la -- princesa al condestable, su padre; lo que el nuncio sostuvo que no se podía hacer sin consentimiento del príncipe, por estar la princesa sometida a su autoridad y que el propio condestable, su padre, -- pidió que fuera recibida en palacio y está contento de que se encuentre allí. El rey, luego de haber dicho que la princesa había recibido tan malos tratos de su marido que no se podía decir que estaba bajo su autoridad y que el condestable no dice lo que piensa, antes se lamentaba mucho de la detención de su hija, le preguntó -- quién había de ser juez en materia de divorcio y si debía plantearse en Flandes. Después, oída la respuesta de que debía ser la Iglesia, que estaba en Flandes y en todas partes, le dijo que el condestable pediría su hija a Vuestas Altezas y que él la asistiría hasta que se la devolviesen. Y al decir esto, rectificándose, añadió -- que no era en aquello en donde estaba la dificultad principal, sino

en la retirada del príncipe a España, del que se servirían los españoles al día siguiente para embrollar, si podían, en Francia y hacer una pobre viuda de la reina y un pobre del delfín. En un momento conté, que había oído decir a menudo a don Íñigo de Cárdenas y a mí, - que jamás Su Majestad Católica ayudaría al príncipe de Condé a disputar la corona al delfín; y el rey replicó que los españoles tenían vergüenza de confesarlo, pero no se avergonzarían de hacerlo.

Este es el relato particular de los discursos entre ellos, de los cuales, con otros dichos del rey, resulta, sin duda, una conjetura vehemente de que tiene designios contra nosotros; y observo, - además, una que estimo de consideración, esto es, que no parece que los príncipes de Alemania quieran recibir en su país un ejército - tan grande y poderoso como el que el rey preparaba; habiendo dicho no - ha mucho los príncipes de Brandenburgo y Neuburg al Sr. de Vaubecourt (como él ha referido a uno de sus amigos) que pueden muy bien prescindir de los hombres del rey y ofrecieron a dicho Sr. de Vaubecourt que tomase a su cargo seis mil infantes y mil quinientos caballos - de otra nación que la francesa que el rey les quiere dar, además, - por los avisos que tenemos de que el rey ha hecho reconocer nuestras ciudades fronterizas, resulta una tercera conjetura del designio de romper. Y considero como la cuarta, que los principales ministros - del rey rehuyen ahora y buscan el modo de ganar tiempo con respecto a la renovación de la neutralidad de Borgoña, bien que procuro constantemente y sin cesar darles prisa, fundándome en las promesas que me hizo el rey y que me hicieron ellos también. El Sr. de Villeroy y el presidente Jeannin me han dado a entender anteriormente que la cuestión dependía del canciller; pero otro personaje muy ligado a - éste dice, que el retraso no viene de él, sino de otra parte y que el rey es un zorro; lo que me molesta tanto más cuanto que el barón de Luz llegó anteayer a esta ciudad e impedirá la neutralidad por - toda suerte de dilaciones y otros medios que le son propios....

Nº - 118 -

334

Carta de Enrique IV a Préaux. (sin fecha)

Préaux, J'écris à mon bel ange: faites-lui tenir ma lettre si vous pouvez. Puisque Girard et notre hôtesse y vont, ils ne peuvent refuser de m'obliger, en cela de les bailler, tous autres moyens m'étant interdits; priez-en l'une de ma part et le commandez à l'autre. Renvoyez-moi celles que je lui ai écrites, que l'on ne lui a baillées. J'estime que ce porteur ne trouvera point le marquis 1^{er}, c'est pourquoi je ne lui écris point. Je crois que le parlement de notre feu (fol) suivra de pres celui du marquis; alors vous pourrez juger des intentions des Archiducs. Les père et tante ont parlé à Pécus; ils me donnent bien de la peine, car ils sont froids plus que la saison; mais mon feu les dégèle des que j'en approche. Mandez-moi le plus de nouvelles que vous pourrez, principalement de la santé de notre prisonnière. Assurez Chateauvert et Félipote que ya ne les abandonne point.

Henry

Carta publicada por J. Nouaillac en "Henri IV raconté par lui-même"
Choix de lettres et harangues publiées avec une introduction. Paris
1913. Aunque indico mas arriba que no tiene fecha se calcula que la escribió hacia el 20 febrero 1610.

Pecquius al Archiduque Alberto, 27-Ago-1610

Mis avisos anteriores, referentes al número de hombres que se preparan por aquí, se van confirmando, tanto por nuevos informes - que llegan un día y otro, como por los dichos del rey cristianísimo anteayer a don Fernando Girón, como lo escribe particularmente a -- Vuestra Alteza; porque me ha dicho el Sr. Villeroi estos días pasados que el rey se arma poderosamente al ritmo que se levantan tropas imperiales, que se cree deben ser muchas, con el dinero de España. De tres días a esta parte se ha visto en esta ciudad adjudicar por contrata el aprovisionamiento en pan de munición, de hasta noventa mil libras diarias, y de heno y avena para siete mil caballos, tanto de silla como de artillería y bagaje y se adelanta a los proveedores cien mil libras con promesa de más en pocos días. También se continúa enviando armas de esta ciudad, multitud de municiones y armas a Chalons, y, entre otras cosas, gran cantidad de mosquetes de un largo muy extraordinario, para uso (según me dicen) de ofender a distancia a los que se presentan a defender una brecha o para servirse por entre los carros. Las compañías de hombre de armas del duque de Mayenne y del caballerizo mayor del rey deben ir, los unos, a Montmirail y los otros a Chastillon-sur-Seine para acercarse a Chalons, y el resto de la caballería a su departamento a lo largo del río -- Mosa, con orden de encaminarse lo más pronto posible. Hablo de la caballería ordinariamente entretenida, pues no se levanta aún la extraordinaria, salvo que se comienzan a formar nuevas compañías de hombres de armas del príncipe de Conti y del duque de Vendôme. Es cierto que la recluta de gente de a pie para los cinco regimientos ordinarios y los tres extraordinarios, mencionados en el escrito -- que he enviado con mil últimas, va un poco lentamente, sin que el Sr. de Vaubecourt ni otros hayan recibido comisión de nuevos regimientos ni comenzado ninguna recluta, ni percibido dinero para hacerlo, bien que el Sr. de Vaubecourt dice que tiene los roles ya -- dispuestos para reunir su gente en poco tiempo. He procurado sondear por diversos medios qué camino debe seguir dicho ejército para marchar a Juliers y lo que he sabido es que romperá en línea recta por los territorios de Lieja y de Luxemburgo, según las órdenes que no han dado al duque de Bouillon, que está encargado de proveer a esto, luego que lo hizo reconocer muy bien por el Sr. de Vaubecourt; el cual dijo ayer a un capitán que conozco, que si había apariencia de obstáculo al paso y los petardos y sorpresas vinieran a fallar, sin cuenta piezas de cañón darían cuenta de ello. He sabido, además, que, de algunos días a esta parte, el rey, hallándose con varios señores en su gabinete de libros, examinó los mapas de los países de Lieja y Luxemburgo, y que se consideró necesario apoderarse de una plaza de las riberas del río Mosa; pero aún no he podido saber de cuál se trataba. En cuanto al general del ejército, no se dice nada seguro, bien que el rey hace correr el rumor de que quiere ir él personal--

mente. Se dice que el príncipe de Anhalt hace instancia para tener el cargo, por la razón de que los gastos del ejército se toman de la suma de unos cuatro millones de libras que el rey le debe por los servicios prestados anteriormente en Francia; pero no sé nada de cierto. Si dicho cargo se diera al príncipe, es seguro que ni el duque de Levers ni el de Eperón, ni otros señores franceses de marca, aceptarían ir a las órdenes de este general y, en tal caso, el rey parece que se contentaría con enviar a Alemania sus seis mil suizos, con tres o cuatro mil hombres de a pie franceses y unos mil quinientos caballos, como se dice por aquí; otros afirman que Jacques Bourgas, vuelto no ha mucho de su legación en Alemania, y el Sr. de Borde, que ha regresado después, han informado al rey de que, decididamente, los príncipes protestantes no quieren un ejército francés en su país y que el rey se ha indignado (cabré) extraordinariamente al recibir estas noticias; lo que, sin embargo, me parece creíble visto los grandes preparativos hechos en el ejército, de lo que parece que el rey se hubiera abstenido si hubiese sido informado con anterioridad de que su ejército no habría de ser bien recibido por dichos príncipes. Pero si es así que no lo quieren, resultará una consecuencia casi indudable y es que dirigirá solapadamente a los territorios de Vuestra Alteza sus designios y no a otra parte.

He sacado nuevas conjeturas de los discursos del canciller posteriores a mis últimas cartas, como del presidente Jeannin y del Sr. de Villeroi, pues todos me han dicho que el rey continúa sintiéndose ofendido por Vuestra Alteza a causa de la afrenta que pretende que se le hizo por la alarma dada en Bruselas, seguida del encarcélamiento (así dicen ellos) y de la detención de la princesa de Condé en ese país, contra su voluntad. Me han dicho también que si el condestable pide la princesa, su hija, a Vuestra Alteza por una instancia justa y se le niega, el rey de Francia no se podrá excusar de prestarle fuerzas para favorecer su pretensión y que Vuestra Alteza tendría poca razón en negar la princesa al condestable, su padre, en el caso en que se la pida, habida cuenta que ella no está bajo la autoridad del príncipe, su marido, criminal de esa majestad y, como tal, tenido como muerto civilmente; y si se hace que se inicie la causa de separación ante el nuncio residente aquí y éste cita a la princesa ante él, Vuestra Alteza no tendrá medio de impedir que comparezca en persona. A estos discursos me ha sido fácil dar contestación de acuerdo con mis respuestas a objeciones análogas, como se ha visto por mis cartas anteriores; pero a esto los ministros no han dejado de hacerme saber que el rey lo entendía de otro modo; de manera que no habrá que sorprenderse si quiere continuar los efectos de su intención por vía de las armas, persuadido al mismo tiempo de que Vuestra Alteza, viendo un poderoso ejército real en las fronteras del país, se decidirá a soltar a la princesa antes de llegar a tales extremos, como han osado decir algunos fanfarrones de por aquí, que no tardarán en cambiar de opinión, como he contes-

tado a algunos de ellos, cuando se ven en frente de un poderoso ejército contrario, en el caso en que hubiera que llegar a esto, es tanto ya aquí muy extendido el rumor de que Vuestra Alteza levanta nuevas tropas para ponerse a la defensiva en espera de que Su Magestad Católica emprenda y ejecute la ofensiva en todas partes; por lo que es increíble el número de personas de juicio y clarividentes -- que muestran inquietud por aquí, sobre todo, habida cuenta de la -- verdadera causa de estos movimientos aparentes, de los cuales se habla con mucha libertad. Los ministros de esta Corte me han dicho también que no podían negar que Vuestra Alteza tuviera razones bastante para armarse, puesto que el rey, su señor, se propone acercarse a él con tantos hombres. Y a mis observaciones, hechas el 24 de este mes, el presidente Jeannin, que me había declarado anteriormente que no llegaríamos a una ruptura, en su opinión, por la guerra de Alemania, me contestó que si la princesa estaba de regreso en Francia, el rey no tendría ocasión de descontento de Vuestra Alteza y que además produciría muchos buenos efectos. Le replicué que no podría esperar gran bien si era posible que el rey quisiera romper por consideración del príncipe de Condé, pues en tal caso era de presumir que la ruptura se extendiese también a Vuestra Alteza aunque la princesa hubiera regresado a Francia. Oyendo los discursos -- del canciller y de Villeroy, añadí, si el ejército francés se va a Alemania y se enciende la guerra con el Emperador y los de su partido, es de temer que se extienda a todos los príncipes vecinos y aún que afecte a nuestra tregua con Holanda; a lo que el presidente se abstuvo de replicar, confesando, no obstante, que dicha tregua corría gran riesgo si la guerra con Alemania continuaba, porque los Estados de las Provincias Unidas estaban todavía en guerra y se habían obligado a asistir al príncipe de Brandenburgo para hacerle gozar de la sucesión de Juliers cuando le fuere atribuida. Y siguiendo lo que muchos por aquí tienen por muy cierto, dichos Estados ya han acordado y prometido, como un comienzo de socorro a dicho príncipe y al de Neuburg, doscientos mil escudos; como se sabe también que dichos Estados deben enviar en breve a dicho señor rey cuatro o quinientos marineros para que se sirva de ellos en la artillería de su dicho ejército.

He sido advertido, además, de buena parte, que hace pocos días el rey recibió cartas de la princesa que contenían quejas de su detención en Bruselas, con ruegos e instancias de considerar que sufre por su causa y que procede que encuentre medios para sacarle de ahí cuanto antes. He hecho diligencia para saber la fecha de dichas cartas y la vía por la que las recibió el rey habló mucho de ello a con sus más íntimos. Es también muy seguro que el rey ha procurado inducir a la reina de Francia a escribir a la Serenísima Infanta para que permita a la princesa que se encuentre aquí para asistir a su coronación, pero que la reina se ha excusado en forma muy decidida, por dos causas alegadas por ella; la una, que no quería hacer de --

alcabucta; y la segunda, que sería de mal tono que hiciese instancia a dicha reina (sic) cuando es probable que fuese desechada, razones tan pertinentes que han hecho que la proposición quedase en el aire, con lo que la coronación se ha aplazado hasta el otoño próximo. El presidente Jeannin, sin hacer mención de esta negativa de la reina, me ha hablado de llamar a la princesa a la coronación; pero, añadiendo, que ni Vuestra Alteza ni la Infanta harían nada; y yo les he con firmado en esta buena creencia....

Don Iñigo de Cárdenas a Felipe III. 27-Marzo-1610

Señor: obligan algunos avisos a no sólo dar cuenta a V.M. de lo que dicen, pero de las particularidades que en ellos concurren. Estando este rey con una de sus damas, de quien de presente anda muy picado, le dijo ella, qué ruidos eran estos que parecía que se metía ahora en guerra; y él se rió y dijo: tanta gana tengo de guerra como de echarme al mar a nadar. Y le replicó la dama: para qué hacía esto; y dijo que él tenía cierta la paz cuando la quisiese y que por un millón se quería hacer estimar y casar a su Delfín con la hija de V.M. Y replicándole ella que también quería cojer a la princesa de Condé, le dijo no impedirá el hacer eso estotro.

Con las mismas veras que antes muestra este rey estar apasionado por la princesa de Condé y siempre hablando que es justo darla a su padre; y el condestable y Madama de Angulema han hablado en esto al que aquí sirve al archiduque, y después de haber dicho delante de otros al condestable lo que digo a V.M., me dice el que sirve al archiduque, le apartó el condestable y le dijo estaba reconocidísimo de la (bondad?) que su hija recibía y muy contento de verla en Flandes y se holgaba más de verla sirviendo a Su Alteza la infanta que de tenerla en su casa, que le pedía que fuese secreto el verlo.

Después de esto el rey hace instancia al condestable vaya por su hija, y él se excusó; y estos días ha apretado el rey a la reina (para que) escriba a Su Alteza la Infanta le envíe a la princesa para su coronación, y por el confesor del rey procuró la reina excusarse de escribir a Su Alteza la Infanta, diciendo que parecía muy mal se ella tercera, que la Infanta no lo hacía; el rey ha entrado en grandísima cólera; dice que la reina no se ha de coronar, ni se ha de hacer cosa que le dé gusto; en la reina... sentimiento y lágrimas por esta causa y por apretar al rey con seguir su gusto con la dama de la reina de que dí cuenta a V.M.

Ayer hubo frases muy ásperas y vehementes en la audiencia: don Iñigo de Cárdenas tuvo a bien pedir al rey cristianísimo, de lo que espero que Vuestra Alteza ha sido informado por sus avisos; por esta causa será breve en escribir lo que yo recuerdo como más notable de lo que me ha referido. Esto es, que al hacer su observación al rey que era una novedad sospechosa que aprestase, como hacía, un grande y poderoso ejército para enviarlo a las fronteras de los territorios de Vuestra Alteza y que, en el caso en que continuase su designio, Su Majestad Católica, no teniendo más hermana que ésta en el mundo, sería justamente invitada a proveer a la conservación de aquella, pues lo tenía en gran efecto, así como a Vuestra Alteza, su tío, el rey contestó, que era cierto que armaba y que lo hacía para asistir a sus amigos, como siempre declaró a los embajadores que lo quería hacer; y al replicarle don Iñigo que no tenía enemigos ni objeto para proceder a tales armamentos, el rey dijo bruscamente que se sabía muy bien lo que el archiduque Leopoldo había ido a hacer a Juliers y lo que visaban los medios que su Majestad procuraba al partido imperial. Y habiendo hecho observar don Iñigo que no había sido Su Majestad quien había provocado ni querido la guerra de Alemania, el rey dijo que era burla sostener tales cosas. Lo que llevó a don Iñigo a decir, con juramento, que los ministros de su rey, -- como él, no solían proceder de otro modo que tratando seriamente y con verdad, pero que parecía que de una pequeña guerra se quería hacer una grande y acusar a quienes no le daban ocasión. En este punto el rey comenzó a hablar alto y con acritud de los negocios del príncipe y de la princesa de Conde, diciendo que Su Majestad le trataba muy mal y jurando que si en un caso análogo un príncipe vasallo de Su Majestad hubiera venido a retirarse a Francia, le hubiese -- obligado a salir, pero que él quería atacar a sus hijos y que no era sólo en esto en lo que aparecía la mala voluntad de Su Majestad con respecto a él, sino que la había manifestado en una infinidad de -- circunstancias pasadas, tanto por obra del duque de Birón, de la -- marquesa de Entraques, de Mararque, de L'Hoste, secretario del Sr. de Villeroi y otros. Y en cuanto a Vuestra Alteza, confesó que, al principio, había hecho algunas demostraciones verbales de querer -- darle satisfacción, pero que luego se había dejado arrastrar a efectos contrarios por órdenes recibidas de España. Dicho don Iñigo protestó de que el rey no tenía razón de decir que se quería o pensaba perjudicar a sus hijos; mantuvo que Vuestra Alteza no había omitido ningún buen oficio en los asuntos del príncipe y de la princesa de Conde y que Su Majestad no hacía en esto ni haría otra cosa que lo que debía y que no era probable que entregase al príncipe como él -- pretendía. Y el rey, más excitado por momento, dijo que en el terreno de la amistad no se debía negar su entrega, pero que los españo-

es fueran hacerlo todo a la manera de España y él a la manera francesa y que la suya iba acompañada de razón, que no se encontraba en la suya. A lo cual, luego que don Iñigo replicó, con bastante firmeza, el rey le preguntó de qué le quería hablar. Y habiendo en Iñigo repetido en substancia su primera proposición, expuesta más arriba, el rey, insistiendo en su manifestación de que se faltaba al deber de amistad y buena inteligencia con él, dió la audiencia terminada.

El nuncio de S.S., a quien acabo de ver, encuentra poco gusto a tales discursos, como deseara de que las cosas ocurran por la vía suave, si es posible, a lo que van también todos mis deseos. Y, a este efecto, luego de haber dicho al nuncio lo que me había comunicado en nuestra última entrevista respecto a la causa de separación del príncipe y de la princesa, le he rogado que consienta en que, sin interferir sobre esto respuesta del rey, considerando que hay peligro en el retraso, lo exponga a los ministros de aquí, a lo que ha accedido; y no dejaré de ponerlo en práctica desde mañana, aunque es con poca esperanza de sacar algún fruto, puesto que ha asegurado -- haber oído ayer tarde de buen origen que el condestable está decidido a comenzar el proceso de separación, impresionado por lo que he dicho sobre este asunto a la duquesa de Angulema.

Po lo demás, el rey cristianísimo continúa dando comisiones para levantar más gente de a pie, sin contar los regimientos citados en mis precedentes avisos, pero no ha sabido que haya desembolsado el dinero aún. Los suizos ya han salido de su país y marcha, pero -- con poca diligencia, según las noticias que el hijo del coronel -- Galati trajo ayer al rey. La leva de carabine (I) avanza y el rey -- ha encargado a todos los mariscales de Francia, que son siete, que formen sus compañías de gente de armas, que podrían tener unas cien hombres cada una, comprendidos los arqueros. Los panaderos retenidos para la provisión de pan de dicho ejército han salido el partes pasado para Chalons y Metz y se cree que hay orden de que todos los -- caballos de artillería, hasta cuatro mil se lleven a esta ciudad de aquí al 15 de este mes para ser marcados. Pero, con todo esto me parece, confrontando diligentemente todos los informes que se me dan, -- que la opinión más generalizada es que el ejército no podrá ir a -- Chalons hasta después del 15 de Mayo próximo venidero. De lo que, como muchos otros, me ha dado seguridades el nuncio hoy, bien que podría ser que el rey llevase antes algunas tropas en socorro del -- príncipe de Brandenburgo y Neuburg, como ya he indicado en mis últimas, lo que solicita incesantemente el príncipe de Anhalt, que está siempre colgado de él.

(I) Soldados de caballería ligera.

Es cosa extraña y, no obstante, tenida por cierta que el duque de Sully se esfuerza ahora en disuadir al rey de Francia de la guerra que quiere emprender, haciéndole presentes uno y otro día los grandes inconvenientes a que podría dar lugar; pero no se le escucha, aunque se observa irresolución en los designios del rey...

Carta de los archiduques a Peccatus. 4-Abril-1610

Cher et féal.

La presente os dará aviso de haber recibido vuestras tres cartas últimas del 30 y último del pasado y primero del mes en curso. Y como hemos oído del secretario Priests que vuestras tres cartas al duque de Montmorency y duquesa de Angulema que os envió para ellos al secretario de este duque no muestra gran prisa de volver a Francia para enviárcelas por su conducto, es nuestra intención que, -- echando al fuego las dichas cartas, las entreguéis estas anejas, con copia de ellas para vuestra información; declarándoles de nuestra -- parte que, si no fuera por la razón que ya verán, hubiéramos condescendido con gusto a su deseo en lo que se refiere al envío de la -- princesa de Condé; pero que ahora podrán comprender muy bien que no se puede hacer más que por medio de una sentencia de divorcio pronunciada legítimamente y que si estiman que podríamos hacer alguna -- tra cosa que apresure esta sentencia, que nos lo adviertan y lo hagamos con muy buena voluntad; y a este efecto no podemos más que licitarlos del expediente concebido por el nuncio de S.S. en Francia el cual lo había sugerido ya por sus cartas) de reservarse para sí a causa del divorcio para ser conocido y resuelto por Roma, según las informaciones que se recogerán tanto en Francia como en los -- países Bajos y otras partes; y, por lo tanto, es nuestra intención que pongáis en ello todo el celo posible. De todos modos, podéis -- asegurar al condestable y a la duquesa de que no forzaremos jamás a la princesa a que siga a su marido contra su voluntad....

Carta Archiduque Alberto al condestable de Francia. 5-Abril-1610

Señor duque:

Vuestra última, que me ha sido entregada por vuestro secretario me ha procurado mucho contento por el testimonio que me da, como lo hizo aquél verbalmente, de la satisfacción que tenéis de mi voluntad por lo que toca a la acogida y caricias que se hacen en esta casa a la princesa, vuestra hija, lo que se continuará haciendo mientras esté en ella, tanto por el respeto que se os tiene como por a propios merecimientos. Pero, aunque por las causas que contiene vuestra carta, como por lo que ha expuesto vuestro secretario, pedís -- que se permita a la princesa que vaya a reunirse con vos, estoy seguro de vuestra discreción y buen juicio que no dejarán de considerar que esto no se puede hacer, supuesto, (como es verdad) que es el príncipe de Condé, quien nos la ha confiado, con requerimiento y -- promesa nuestra de no devolverla a nadie sin su consentimiento, a no ser que interviniera sentencia pronunciado legítimamente la separación del príncipe, pues en tal caso no opondremos dificultad alguna en complaceros en este punto, como si cesase la promesa lo hubiéramos hecho con mucho gusto al recibo de vuestra carta. Añadiré que -- no he de forzarla jamás a seguir al príncipe, su marido, contra su voluntad...

Carta de don Blasco de Cárdenas de Felipe III. 5-Abril-1610

Señor: V.M., por su carta de 21 de Febrero, me manda entender el intento de los hugonotes y lo que hace el condestable, suero del príncipe de Condé y sus deudos y amigos, y sírvase V.M. de decirme que no se sabe que hasta ahora tenga inteligencia con ninguno de ellos.

Los hugonotes andan inquietos, deseando tener cabeza de consideración y al que más se han inclinado es al mariscal de Bouillon; pero esto no se determina, quejándose de ellos, que no le acudieron cuando este rey le apretó en lo de Sedán y, en resolución, la parte de los hugonotes se mueve sólo, sin pasar a efecto, siendo todo pláticas; pero andan de manera que dan mucho cuidado al rey.

Con el condestable nunca ha procurado tener inteligencia, por que, fuera de ser muy viejo, es de muy poco espíritu y sin resolución; sus deudos acudirán al príncipe de Condé al día que le vieren apoyado y con algún dinero, y el rey anda, después que el príncipe de Condé se fué a Flandes, tan mirando al condestable que esto sólo lo tiene (le retiene) a él con poco ánimo, tras no tener mucho; y ha dicho algunas veces, después que su hija está en Flandes, que su honra está segura si V.M. mantiene la reputación que sus pasados han mantenido.

Pecquius al Archiduque Alberto. 7-Abril-1610

...Las conversaciones sobre la neutralidad nos llevaron al Sr. de Villeroi y a mí a hablar de la guerra y a lo que fué dicho a don Iñigo de Cárdenas en la última audiencia, acerca de lo cual Villeroi me contó las cosas de un modo algo diferente del relato que oí con anterioridad; dijo que habiendo observado don Iñigo las sospechas -- que se derivaban del ejército que el rey quería hacer marchar a las fronteras de los Países Bajos, demasiado importante para ser recibido en Alemania, y que Su Majestad Católica no dejaría jamás sin protección a la Serenísima Infanta, su hermana única, por el afecto -- singular que le profesa, el rey respondió que sus amigos, en favor de los cuales se arnaba, tenían necesidad de gran ayuda, como la -- que él preparaba, y que Su Majestad Católica hacía bien en amar a -- su hermana la Serenísima Infanta, a la que amaba él también, pero -- que en España no se debería amar tanto a los parientes como lo hacían. A lo que don Iñigo preguntó qué parientes, y el rey le contestó con cólera: al príncipe de Condé, que había sido descarriado por los españoles, como el duque de Birón, la marquesa de Verneuil y -- tantos otros y ya no les faltaba más que descarriar al Delfín y a -- sus hermanos. Y como el dicho don Iñigo replicase que si el rey lo hubiera hablado a él de los asuntos del príncipe se hubiera encontrado medio de dirigirlos por buen camino, el rey le dijo que había hecho que se hablase a Su Majestad Católica, que aún no se había dignado darle contestación, pero que el duque de Terma había dado una muy indiscreta, a su embajador. Y al replicarle don Iñigo que él no estaba enterado de tal respuesta, el rey le dijo que era una burla querer disimular tales cosas. Y a partir de este punto se agriaron los ánimos y las palabras más y más, tanto que, al fin, cuando don Iñigo preguntó qué era lo que debía escribir a Su Majestad, el rey le contestó: "lo que queráis". En resumen, según Villeroi, el rey -- quedó muy alterado y ofendido de la audiencia, y la ofensa no fué -- menor de parte de don Iñigo, que quiere que se sepa, según me dijo a mí; pero yo creo como Villeroi, que con gran dificultad han podido comprender lo que decían el uno y el otro, estando el rey poco -- versado en la lengua española y don Iñigo menos en la francesa.

Hice oír luego a Villeroi algunas consideraciones por las que Su Majestad podía ser llevado a recibir al príncipe de Conde en su protección y contestó que no había ninguna razón que pudiera excusar a Su Majestad de acoger y mantener al príncipe como lo hacía, si es que por ventura hubiera encontrado algún pretexto para tolerarle solamente en su país. A continuación me declaró expresamente que el -- rey, su señor, considera la acogida al príncipe como una de las mayores injurias que se le podían hacer y que por esta causa es difícil que los dos reyes permanezcan en paz y aun que vale más prevenir

los malos desenhos del rey que darle espacio para que los ponga en ejecución a su comodidad, para hacer disputar un día el reino al -- Delfín, lo que Sr. de Villeroy me dijo, con manifestaciones de duda que los negocios se conjuraban así para la guerra; la cual, en su opinión, sería larga y mucho más difícil de terminar que de empezar por lo mismo que los dos reyes, habiendo medido a menudo sus fuerzas, no han podido ganar mucho el uno al otro, antes bien, luego de prolongadas miserias y aflicciones, han tenido que devolverse mutuamente por la paz lo que habían ocupado por las armas.

Yo le dije que si el rey, su señor, acaba por romper con Su Majestad, se podría prever que rompiese también con Vuestra Alteza, -- pero que no era a él a quien yo quería pedir información. Me respondió que lo podría saber por otros y que el tiempo nos haría prudentes. De esto pasamos a la princesa de Condé y a la instancia hecha a V.A. por el condestable y la duquesa de Angulema de que la enviase aquí, instancia que yo dije y mantuve por varios medios que no podría ni debía ser acordada y que el rey cristianísimo no tendría motivo alguno de resentirse de la negativa que Vuestra Alteza y la Serenísima Infanta le pudieran dar y menos de entrar por esto en guerra, como parecía, si se oía hablar a la duquesa y que era su voluntad. A lo que contestó Villeroy que encontraba mis razones muy buenas y pertinentes, confesando claramente que Vuestra Alteza no podía honradamente excusar de devolverla, salvo en caso de divorcio entre los príncipes, proceso que no le parecía que se debía de hacer en Flandes. Le dije que se debía de hacer en Roma, reteniendo para sí S.S. el conocimiento de la causa para decidir sobre las informaciones recogidas, tanto en Flandes como en Francia y en otras partes, -- donde hubiera necesidad, expediente que consideró maravillosamente bueno, salvo que temía que se alargase demasiado; pero, de todos modos, me dijo que no tendríamos guerra por la princesa, sino por el príncipe y añadió que, posiblemente, la guerra de Alemania no causaría ruptura entre los dos reyes y sus adherencias, aunque el partido del Emperador estuviese auxiliado por España y el de los príncipes de Brandenburgo y Neuburg por Francia, sino por el hecho del -- príncipe, que sería causa de toda la desventura que caería sobre la Cristiandad. Repliqué que si el rey, su señor, tenía ganas de romper tomaría el pretexto que le pareciera, pero que el que rompe se arrepiente y que sería mucho mejor buscar y adoptar lo medios apropiados para un buen acuerdo y mantenimiento de una prolongada tranquilidad de lo que me confesó con protestas estar tan desoso como yo, pero que no se tomaba el camino, de manera que parecía que nuestros pecados habían provocado sobre nosotros la divina cólera...

Con las últimas de Vuestra Alteza han llegado la víspera de Pascua las cartas que Su Alteza y la Serenísima Infanta han escrito a la duquesa de Angulema y al condestable de Francia, las que entregué anteaayer; al mismo tiempo, les he comunicado lo que Vuestra Alteza se dignó encargarme en las suyas. La duquesa, después de haber leído las de la Serenísima Infanta en mi presencia y oído mis observaciones sobre la causa de la negativa de Vuestra Alteza, no mostró descontento ni con la palabra ni con el gesto, al contrario. Oída la declaración hecha por mí, de que V.A. no forzaré jamás a la princesa de Condé a seguir al príncipe, su marido, mostró especial alegría de tan buenas noticias, pues nada ha temido tanto jamás como que la princesa fuera enviada a España contra su voluntad o que lo fuera a otros países extranjeros, lo que hubiera causado su muerte y la del condestable, como ella decía; se mostraba, pues, muy agradecida de nuevo a V.A. de esta cortesía y de los buenos tratos con que favorece a dicha princesa. En cuanto al señor condestable, no abrió en mi presencia las cartas dirigidas a él, sino que tuvo aires de no tomar a mala parte lo que yo le dije de su contenido. Luego se regocijó y dió las gracias a V.A. de que yo le asegurase que no obligaría jamás a la princesa, su hija, a volver con su marido y me preguntó si las cartas hacían mención a ello y, en caso negativo, si habría posibilidad de obtener una promesa escrita para mayor seguridad. A lo que contesté que tenía razones para responderle con mi palabra, sin temor de que se me desautorizase ni que faltase jamás a su promesa; con lo que al fin quedé contento y me hizo muy buena cara; lo que me movió a decirle que estaba muy satisfecho de ver los efectos de su prudencia, contrarios al rumor que había corrido por la ciudad de que, en caso de negativa de V.A., se dirigiría al rey, su señor, para disponerle a pedir la princesa por vía de las armas. Y me contestó que no quiera Dios que se haga autor de tan gran mal; que tiene bastante experiencia para no querer invitar al rey a tal guerra y que, al contrario, se sentía inclinado siempre a echar agua al fuego y que todo el mundo estaría ahito de maná si fuera cosa de su deseo, afirmando que no sólo él, sino también otros, los más grandes del reino, no deseaban dicha guerra, antes esperaban que no la habría. Y nos despedimos luego de haberme dicho que contestaría dichas cartas y me enviaría las respuestas para que les transmitiese.

Pero al día siguiente oí otras noticias del presidente Jeannin, que vino a verme por la tarde, y me dijo, que en una hora después de ver yo al condestable, había hablado con él y había visto las cartas de V.A. y de la Serenísima Infanta, de las cuales han quedado muy descontentos y dispuestos a quejarse al rey para que se les diese satisfacción; y que, por ser gran personaje y el primer oficia

de la corona, el rey estaría obligado a hacer algo en su favor. Le contesté que no fué ese lenguaje el que empleó el condestable conoigo y le referí nuestra conversación tal como queda anotada, de lo que se maravilló. Y, como respondiese afirmativamente a mi pregunta de si el rey tenía conocimiento del temor de aquellas cartas, deduje que el rey le había hablado; sobre todo que me dijo que, aquella misma mañana había estado en el Louvre y se puede pensar, como presumo, que le había enviado a verme para saber algo más de este asunto, tanto era el interés que mostraba en persuadirme de que V.A., sin daño de su reputación, podía enviar a la princesa a Francia a pesar de la promesa hecha al príncipe de no entregarla a otro que a él, salvo caso de divorcio. Le dije que él era hombre prudente y virtuoso y le rogué que pusiera la mano sobre su conciencia para juzgar francamente si la negativa de V.A. tenía o no razón. Le dije que el rey se lamentaba de la promesa de V.A., como si con ella hubiera querido complacer al príncipe más que a él y que, en este caso, había sido hecha rebus sic stantibus pero que ahora las cosas habían cambiado, por haber aparecido al rey, tanto por testimonios orales como escritos del príncipe, que le es completamente rebelde y criminal de lesa majestad; en tal caso, el presidente quiso decir que la autoridad marital cesa y que no hay razón de impedir que la mujer vuelva a la casa paterna. Le contesté que las mujeres no quedan exentas de la autoridad de su marido vivo, sin conocimiento de causa y sentencia del juez competente, y que en caso de tal sentencia, ya había yo declarado de parte de S.A. que no opondría dificultades en devolver la princesa al condestable, su padre. A continuación pregunté al presidente en qué consistía que no se intentaba el proceso de separación en Roma, para ser resuelto con las informaciones que se recogerían en Francia, en los Países Bajos y en otras partes, y si no estima que la princesa tuviese motivo para obtener allí una buena resolución. Después de lo cual, luego de maravillarse de los malos tratos recibidos por la princesa de su marido el príncipe y de que se trataba entonces de entrar por aquel camino y de ver si la princesa no tenía razón de querer volver a su país, concentré mis esfuerzos a persuadirle de que debía hacer lo posible para que se intentase el proceso, puesto que era el único medio de que el condestable y los suyos pudieran quedar contentos. Pero él continuó haciendo oídos sordos, sin dar otra razón sino que tales procedimientos son largos y que había necesidad de hacer frente prontamente a los inconvenientes que podrían surgir de la retención de la princesa y que todos los hombres prudentes juzgarían que V.A. haría mal en exponer a su país a inconvenientes por tan poca cosa; rogándole el presidente que lo pensase bien y maduramente, así como en la máxima de Estado de que hay que pasar a veces por encima de muchas cosas para obtener un bien mayor; y que yo haría muy buena obra si procurase que volviera la princesa, que él decía fué a los Países Bajos sin saber adónde se la quería llevar. Yo le dije que el rey, su señor, nos amenazaba con la guerra, no por retener a la

princesa en Bruselas, sino porque Su Majestad Católica recibía y no tenía en sus Estados al príncipe. A lo que contestó que tendría por acto de hostilidad que Su Majestad se negase a enviar al príncipe a Francia y que tal es el parecer de muchos príncipes desapasionados a quienes el rey ha escrito, incluso aquellos que están en buena inteligencia con Su Majestad, particularmente por sus dichos, que oían a rebelión, preparados y escritos por el príncipe, luego de su reti rada de Francia; y si se quiere objetar los ejemplos de los hijos - de don Antonio de Portugal y de Antonio Pérez, entretenidos por el rey cristianísimo, el presidente decía que no eran personas de la - misma condición y que, además, Su Majestad no los había reclamado - nunca. A lo que dije que no estábamos de acuerdo en este punto, pero que no quería llevar más lejos esta discusión, por ser asunto que - concernía a España. Le expuse que, en su opinión, tendríamos guerra aunque la princesa fuese enviada a su padre; contestó que si se pro veía a lo de la princesa, probablemente sería arrancar la principal espina que producía el mal y poner las cosas en camino del mejor -- acomodo de lo demás. Y pasando de esto a los asuntos de Juliers, me dijo, que acaso sin la retirada del príncipe con la princesa, los - reyes de España y Francia no hubieran roto entre ellos a causa del socorro que habían enviado, el uno al partido del Emperador y el -- otro, al de los príncipes de Brandemburgo y Neuburg; pero que, en - el presente estado de los negocios, era de temer que el aumento y - acaloramiento de la guerra de Alemania fuese un gran golpe a su -- amistad. Le propuse el expediente del nuncio de Su Santidad, mencio nado en las última de V.A.. Pero me dijo que dichos príncipes no se someterían nunca a la jurisdicción imperial y que los reyes no se - pondrían tampoco de acuerdo en lo que se refiere a la sentencia; de modo que, en su opinión, el expediente no era a propósito y que ha bría que encontrar otro por el que se pudiera, en el acto, cortar - el mal de raíz y poner último fin a todas las divergencias; y tal - sería dividir los países dejados por el difundo duque de Cleves en tre los príncipes de Sajonia-Brandemburgo y Neuburg. Y luego de es to, después de algunas consideraciones por ambas partes, tanto so bre materias de religión como de otras, el presidente me dejó la im presión de que, si la princesa permanecía en Bruselas, tendríamos - mucho que hacer para permanecer tranquilos.

Sin embargo, don Iñigo de Cárdenas ha tenido a bien informarme, de que ha sabido, con seguridad, por las palabras, tanto del nuncio como del cardenal de Joyeuse y otros, y aun del marqués Botti, mayor domo del gran duque de Toscana, que se halla en esta ciudad, que su última audiencia ha producido tal efecto en el rey cristianísimo -- que desde entonces ha perdido buena parte de la gana que tenía de - hacer la guerra; y ha habido damas que me han dicho que saben que -- el rey se da aires de quererla hacer, pero que, en realidad, no la quiere. Pero yo no me puede decidir todavía a creerlo, aunque el -- nuncio me ha dicho que tiene de buena parte que, luego de aquello -

audiencia, el rey ha dicho a cierto señor de su Corte que no está -
 decidido a hacer la guerra al rey católico ni a V.A., lo que él no
 toma por dinero contante y sonante, ni se fía de ello en manera al-
 guna. Es cierto que, al decir de algunos, que están en el secreto, -
 el rey está muy indeciso sobre la dirección de la guerra y el duque
 de Epernon dijo días pasados, hablando de este asunto: "Queremos y
 no queremos; hacemos y no hacemos"; como se me ha asegurado también
 que el príncipe de Anhalt se marchó últimamente bastante descontento
 del rey y se ha quejado a algunos señores de que es demasiado mi-
 serable y mezquino, sin querer enviar dinero a Alemania, el cual, -
 dice, es más descado allí que su gente y persona. No obstante, se -
 da por seguro que los suizos han entrado en vuestro condado de Bor-
 goña y que antes de fin de mes estarán en Calons, con parte de la -
 infantería y de la caballería francesa. Es igualmente notorio que -
 por esta ciudad pasan a menudo buen número de caballos de artillería
 y que se continúan haciendo provisiones de víveres y municiones a -
 lo largo de las riberas del Mosa. En resumen, en mi opinión, el solo
 medio de enfriar los designios del rey cristianísimo es armarnos qe
 llardamente y lo más pronto que se pueda. En esto están conformes -
 todos los amigos que tenemos aquí...

Pecquius al Archiduque Alberto. 16-Abril-1610

Monseñor:

He diferido un poco el envío de mis cartas a Vuestra Alteza de 14 de este mes en espera de lo que ocurriese en una audiencia que el nuncio de Su Santidad había hecho pedir al rey cristianísimo, luego de haberme comunicado parte de lo que se proponía exponer. La audiencia le fué acordada en el día de ayer, y me ha referido que comenzó su discurso exhortando al rey a la paz y aún al acomodamiento de los negocios de Alemania, recordándole el expediente mencionado en las últimas de Vuestra Alteza, de lo que dice haber hablado al Sr. de Villeroi. El rey le contestó que ya había empleado en el cinco o seiscientos mil escudos y que, sin duda alguna, estaría fuera del reino, en persona, con su ejército, dentro de un mes. El nuncio le preguntó, qué camino pensaba tomar y si tendría a bien que le siguiesen los embajadores. Le contestó que iría por el país de Lieja y que pasaría muy pocas leguas por territorios de Vuestra Alteza, sin parar en ellos; y, en cuanto a los embajadores, que probablemente algunos le podrían seguir, pero dejaría en esta ciudad al canciller y a los de su consejo. El nuncio le declaró, que si su ejército seguía aquella ruta, no podría menos de causar grandes preocupaciones a Su Majestad Católica y a Vuestra Alteza, como habí comprendido por las palabras de don Iñigo de Cárdenas en su última audiencia, de lo que el nuncio le repitió la substancia, diciendo que había oído que el rey había quedado muy ofendido y que don Iñi pensaba haber observado que había poca buena voluntad con respecto a Su Majestad Católica y a Vuestra Alteza. A lo que respondió que en España se mostraba muy bien que no se deseaba su amistad y que acababa de recibir noticias de que el príncipe de Condé había llegado a Milán y el conde de Fuentes le había acogido, acompañado y alojado muy honrada y espléndidamente en palacio; y, añadió, que los españoles trabajaban mucho para enagenarle al duque de Saboya, pero perdían el tiempo. Y por lo que concierne a Vuestra Alteza, dijo que había puesto demasiado de manifiesto que tenía en más estima la amistad del príncipe que la suya con el rumor que hizo correr de que había querido raptar a la princesa, de lo que sentía afectada su reputación infinitamente. El nuncio le contestó que no había oído decir que se le achacase al rey el propósito de rapto y que el audit. Ottemberg habló de otro modo a Su Santidad de parte de Vuestra Alteza; esto es, que le informó de que algunos franceses facciosos habían complotado y combinado un proyecto de rapto de dicha persona, pero le aseguró que fué sin conocimiento del rey, que nunca hubiera aceptado hacer suyo tamaño atentado; el rey dijo que aquello no era más que palabras y disfraces y que era como querer cubrirle con un saco mojado y que no había nadie de tan poco juicio que pudiera creer que se pudo intentar sin su orden. Añadió con acritud, que Vuestra Alteza había hecho muy mal en negar al condestable y a la

duquesa la devolución de la princesa y que aquel despacharía otro hombre a Bruselas con cartas para pedirla otra vez y que, en caso de negativa, él no denegaría a tal oficial de su corona la asistencia necesaria para que lograra satisfacción y que Vuestra Alteza se arrepentiría. El nuncio respondió que me había oído hablar de este negocio, particularmente, de las razones que obligaron a Vuestra Alteza a su negativa y que le parecía que yo tenía razón y haberse oído decir que el condestable y la duquesa de Angulema parecían haber quedado bastante tranquilizados, sin haberme presentado queja alguna, antes al contrario, regocijarse mucho de saber que Vuestra Alteza no forzaría jamás a la princesa a volver con su marido; y, además, habían dicho que querían intentar con urgencia el pleito de separación en Roma, cuyo progreso y expedición el nuncio prometió recomendar. El rey replicó que el condestable había hablado otro lenguaje que el que yo decía y que la promesa de Vuestra Alteza de no forzar a la princesa a seguir a su marido, como de enviarla a Francia a condición de una sentencia de separación, no eran más que artificios para parar las cosas y, entretanto, esperar la muerte del condestable u otro cambio cualquiera; pero que él proveería en favor del buen viejo; y como el nuncio mostrase que se maravillaba de aquellas amenazas, el rey le dijo que no era para amenazar a Vuestra Alteza por lo que hablaba así y no quería decir que le quisiera hacer guerra, pero que los acontecimientos probarían que Vuestra Alteza había sido muy mal aconsejado al dar aquella negativa y que él observaría en todo el derecho de gentes; lo que yo interpreto como que declarará la guerra a Vuestra Alteza antes de comenzarla. Según lo cual, el nuncio me ha dicho que sentiría mucho si se supiera que me había comunicado estas amenazas. El rey le dijo después que tenía necesidad de un gran ejército para socorrer a los príncipes de Brandenburgo y Neuburg, tanto más cuanto que el Emperador aprestaba gran fuerza y que el archiduque Leopoldo tendría pronto dieciocho mil hombres y que Vuestra Alteza se ha declarado bastante en favor del partido imperial, habiendo hecho entrar gente del archiduque en la ciudad de Rynberck y enviado al maestro de campo Pompeo Guistiniano y despachado al país de Luxemburgo al conde Buquol, con cuatro o cinco mil hombres, además de las levas que hace hacer de nuevo. He desengañado al nuncio de la toma de partido de Vuestra Alteza en favor de los imperiales, asegurándole que, hasta ahora, no hay nada, bien que Vuestra Alteza recluta gente para estar prevenido y enfrentarse con el ejército francés si hace falta. A lo que el nuncio ha dicho con mucho calor, de conformidad con la opinión de don Hilgo de Cárdenas y con la mía, que Vuestra Alteza no podrá hacer cosa mejor que reunir las más fuerzas que sea posible y que la diligencia es del todo necesaria a fin de que las tenga prontas en tiempo y lugar, creyendo firmemente conmigo que el rey de Francia no dejará de estar en la frontera dentro de un mes o muy pocos días más tarde, lo que también se dice en todas partes en esta ciudad y que el rey debe salir el 13 del mes próximo, tres días después de la coronación de la reina, según el propósito que se ha formado. Sé también de -

cierto que el duque de Nevers, general de la caballería ligera, debe salir de esta ciudad el lunes próximo, lo más tarde, para Chalons, para pasar revista a alguna caballería; habiendo dicho él mismo a un personaje de autoridad, por quien lo he sabido, que el 25 de este mes habrá muchas tropas en Chalons o en sus alrededores, incluso los seis mil suizos que el rey ha dicho al nuncio, que deben llegar a Saint-Jean de Laune el 20 de este mes. El duque de Nevers asegura, además, que el rey de Francia marchará con su ejército al país de Lieja, salvo lo poco que tiene que recorrer del territorio de Vuestra Alteza y que está dispuesto a pedir el paso. En cuanto al número de hombres de este ejército, afirma el duque que será de doce mil franceses y seis mil infantes suizos, sin contar los cuatro mil franceses que hay en Holanda; y que la caballería ascenderá a tres mil quinientos caballos, sin la corneta blanca. Por lo demás, se me ha advertido de muy buena parte que el rey ha decidido salir del reino en contra de la opinión de todos los de su consejo y que no hay nadie que no sienta gran disgusto por la guerra que quiera hacer... En este instante acabo de saber de cierto que el rey ha encargado que se le hagan tres coletos de buffetries⁸ y tres casacas de terciopelo bordadas de oro y de cifras con su divisa (y acaso la de la princesa), los coletos para llevarlos debajo y las casacas encima de la armadura, a lo que se destinan cuatro mil escudos, poco más o menos. Se ha hecho hacer, además, dos corazas, (sin contar la que solía llevar) a prueba de arcabuz por delante y de pistola por detrás; lo que es una confirmación de lo que ha dicho, que quiere hallarse, en persona en la guerra...

(8) "Buffetterie" es una especie de correaje recamado con joyas.

Pecquius al Archiduque Alberto. 19-Abril-1610

...Y a propósito de los ejércitos, (Villeroi) me ha dicho que —
siente mucho que se haya de llegar a esto y que hubiera valido más
que se buscasen medios de acuerdo, lo que asegura desea de todo co-
razón, al precio de su sangre si fuera necesario. Contesté que mis
discursos habían tendido siempre a probar que Vuestra Alteza no de-
sea más que la paz y que esto se demostraría por los efectos en to-
da ocasión. Y a su réplica de que nadie hablaba de hallar una solu-
ción y aún que Su Santidad faltaba en este caso a lo que considera-
ba su deber, hablé del expediente propuesto por el nuncio, asegurán-
do que Vuestras Altezas lo apoyarían y habían ya hecho algunos ofi-
cios a este fin. Replicó que España no decía nada y que, en todo ca-
so, los principales Electores eclesiásticos deberían intervenir y —
dar su palabra de que el Emperador no decidiría el asunto sin dar —
satisfacción a los reyes de España y Francia; añadiendo que el Sr.
de Boissize, embajador francés, había ya visto al Elector de Maque-
cia, que mostraba bastante buena inclinación y había ido a ver al —
de Tréveria. Pero, como a mi pregunta de si se había tratado de di-
cho expediente Villeroi me contestó que no, le dije que si el rey, —
su señor, quería llegar a conclusiones bien informado, se debería —
de hacer lo mismo del lado de Su Majestad y de Vuestra Alteza, ha-
biéndome dicho don Iñigo de Cárdenas, poco antes, que yo podía ex-
tenderme a esto. Villeroi me dijo que no podía negar que este expe-
diente presentaba buen aspecto, pero que ya era tarde para ponerlo
en práctica; porque estamos tan cerca de venir a las manos, que cin-
taría mucho conseguir que las partes abandonasen las armas con —
pretexto de una tentativa de acuerdo tan imprecisa, y que existen
otras dificultades que pesan sobre nuestras espaldas y agrava las —
cosas más que lo de Juliers; concretamente, por causa del príncipe
de Condé que, dijo, estaba alojado en el palacio de Milán y tratado
por Su Majestad Católica de tal modo que el rey no podía menos de —
fenderse en gran manera; y que haríamos mucho mejor en preparara —
este respecto una fórmula de arreglo. Le pregunté cuál; y oída la —
respuesta de que se podría pensar en enviarle a Roma, bajo la pro-
tección de Su Santidad, le recordé que, en otra ocasión, propuse al —
rey y a él mismo, cuando el príncipe aún estaba en Brusela, que se
retirase a alguna plaza neutral, siempre de que fuese católica, pero
que hicieron oídos sordos. Confesó que así fué, pero que el rey no
podría contentar ahora con que el príncipe fuera a Roma; a lo que —
dije que sería buena ocasión de adelantar el pleito de divorcio, en-
viándole allí a la princesa y al condestable, su padre, que es par-
te en él; luego apreté a Villeroi para que se iniciase el pleito, lo
que no descargaría de la princesa con el consentimiento del condes-
table y sus parientes. Dijo que éste sería el camino, si no fuera —
tan largo y que hacía falta remedio más breve para prevenir las des-
dichas de la guerra que nos amenazaba. Le dije que ya se debía de —

haber comenzado y que el condestable no podía achacar la demora más que a sí mismo, sin que pudiera echar la culpa sobre Vuestra Alteza de la estancia de la princesa en palacio hasta que hubiera divorcio, puesto que su promesa, su fé y su honor no le permitían proceder de otro modo. Le dije también que el Sr. rey no tenía razón para atacar a Vuestra Alteza por causa del negocio de Juliers, porque, hasta entonces, no había intervenido en aquella guerra. A continuación, luego de haber dicho que el negocio de la princesa era muy enojoso y podría causar grandes males y que, en fin de cuentas, Vuestra Alteza tendría que intervenir en lo de Juliers, en vista de que Su Majestad Católica lo sostiene y que, sin su asistencia el partido imperial sería demasiado débil y las cosas se podrían reducir a una batalla para obtener el paso, le dije, que si el rey, su señor, no tenía más deseo que nosotros de entrar en guerra nada podría distanciarnos de aquel lado. Finalmente, nos pusimos a examinar de más cerca la manera apropiada para poner en pie expedientes u otros medios que se pudieran hallar a este propósito.

En el día de ayer, a eso de las tres de la tarde, el Sr. de Villeroi vino a decirme a mi casa que había expuesto al rey, su señor, pocas horas antes, lo que habíamos hablado entre nosotros y, particularmente, que creía en la buena intención de Vuestra Alteza para ayudar a llevar las cosas a un arreglo amistoso; pero que le encontró muy excitado y alterado. Y a este propósito empleó estas palabras: "Ayer me hablasteis franca y claramente y quiero hacer lo mismo con vos; y os digo como cosa mía, que hay pasión y que, si se quiere poner remedio al asunto de la princesa, habrá manera de acomodar y calmar todo lo demás sobre la base que dijimos ayer y otra cualquiera; pero en el caso en que la princesa permanezca donde está, estaremos en vísperas de ruptura que podría provocar el incendio de la Cristiandad por los cuatro costados". Le dije que me complacía que me hablase tan claramente y veía que no me había equivocado en mi opinión de que todos aquellos movimientos de tropas no se hacían más que por la princesa y que si llegábamos a caer en la guerra, sería ella objetivo principal; pero que no se podía menos que admirar no de esta vehemente pasión, capaz de llevar consigo incendio tan grande y horrible, con males considerables que le hice ver, para hacer resaltar que no habría culpa alguna de nuestra parte y bien pudiera ser que se arrepintiese quien los causare. Su respuesta fue que el rey consideraba que la princesa sufre y se siente miserable por el amor que le tiene y se veía obligado a devolverla a su padre. Y a la reiterativa instancia hecha por mí de que juzgase en conciencia si había alguna razón para que quisiera hacer guerra a Vuestra Alteza, contestó que admitía que no, pero que pensase si por tan poca cosa, por una formalidad sería discreto llegar a la extremidad de poner en conmoción a la Cristiandad entera. Le dije que por nada en el mundo incurriría Vuestra Alteza en una cobardía que pudiera tocar a su honor y no había que pensar en ello. Añadí, que pedía a

Dios que no le plugiese que me dejase llevar, no con la intención de emplearme en tal partido. Me contestó que el príncipe había obligado a la princesa, pistola en mano, a ir con él a lo Baines Bajos y que una esposa no está obligada a seguir a su marido cuando abandona su patria y su rey; que, en tal caso, se puede separar de hecho y volver con sus padres, a lo que nadie se debe oponer; concluyendo que, puesto que la princesa deseaba regresar a Francia, y su padre la reclamaba y ella se dejaría estrangular antes de volver a vivir con su marido, Vuestra Alteza no puede hacer promesa -- obligatoria, por lo que dicha princesa, que no consintió en ello, se vería forzada a vivir desterrada de su país. No dejó de responder a estas alegaciones en forma que sería largo de exponer en este relato particular. Y viendo que Villeroi persistía en su proposición, -- hasta decir que el que encontrase un expediente para lograr que volviera haría el mayor bien a la Cristiandad que se hizo nunca, ya -- que de otra manera no habría medio de evitar una guerra universal, -- le dije que comprendía muy bien su lenguaje; que nos amenazaba abigarradamente de ruptura y por consiguiente debía creer el aviso de que el rey había dicho que no renovaría la neutralidad (de las Borgonas) si no se devolvía la princesa. Me contestó que el que medió tal noticia hubiera hecho mejor con dejarlo adivinar; que no debía considerar dicha neutralidad fracasada y atenerme a lo dicho por él; que, por lo demás no me quería ocultar que es muy cierto que el primer propósito del rey había sido levantar tropas para enviar socorro, -- pequeño, a los príncipes de Brandenburgo y Neuburg, que no hubiera ausado a Vuestra Alteza; pero que, después, las actitudes surgidas en los negocios del príncipe y la princesa, le habían llevado a formar un fuerte y poderoso ejército para hacer más. Añadió que, aunque el rey, su señor, al tratar del matrimonio de su hija con el duque de Saboya, no hubiera tenido el propósito de causar alteraciones en Italia, ni quiso tampoco concluir un tratado antes de que don Pedro e Toledo hubiera roto la negociación de alianza con España, si -- hubiera que romper con Flandes puedo estar seguro de que Su Majestad habría guerra por todas partes. Y a mi respuesta de que encontraría a quien hablar de un lado y otro de las montañas, me rogó otra vez, con mucho dolor, que pensase en que se devolviese la princesa, añadiendo que, en su opinión, Su Santidad interpondría de buena gana intercesión cerca de Vuestra Alteza Serenísima y que yo podría hablar al nuncio residente en esta Corte. Al fin se sugirió que -- Vuestra Alteza se debía resolver tanto y aún más fácilmente a la devolución cuanto que había prometido al condestable y a la duquesa -- Angulema que no obligaría jamás a la princesa a volver con su marido y, por consiguiente, no era faltar en manera alguna a la promesa hecha al príncipe de devolverla más que a él; respondí que Vuestra Alteza, al retener a la princesa ahí, se atecía, indudablemente a una y a la otra de las dos promesas y que estaba seguro de que Villeroi comprendía muy bien, por no haber Vuestra Alteza prometido más al príncipe que la devolvería contra su voluntad. A lo que no

supo que replicar, sino que había sutileza en la interpretación. En suma, me rogó y volvió a rogar que viese si no habría modo de procurar este envío y yo le rogué ardientemente que disuadiera al rey de su designio, de lo que me dejó poca esperanza.

Poco después apareció en mi casa el Sr. de Préaulx, y, luego de haberme hablado del acuerdo de la princesa de Ligne con el príncipe de Espinoy y de que la opinión de vuestro gran consejo había sido del todo contraria a la princesa, su discurso a los negocios públicos y dijo, en términos bastante poco comedidos, que dábamos origen en todo y en todas partes a los presentes trastornos, odiosos y ofensivos (*desquoustants et offensans*) de muchas maneras para el rey, su señor. Y como yo le contestase con el celo y la franqueza que convenía, me dijo que Vuestra Alteza tenía buena voluntad pero, que estaba sometido a las resoluciones de España. Le contesté que hablaba de cosas de las que yo pensaba que estaba mal informado, que yo debía estarlo mejor que él y sabía que la voluntad de Su Majestad y de Vuestra Alteza no eran más que una, como lo requiere la estrecha unión que existe entre ellas, y que, por lo demás, Vuestra Alteza es señor en su país como los otros príncipes soberanos en los suyos. Continué manteniendo que, sin las prohibiciones llegadas de España, Vuestra Alteza ya hubiera devuelto a la princesa a Francia, conforme dice que le había declarado el Sr. de Vendegies en presencia del marqués de Coeuvres y del secretario del condestable y que estaba seguro de que la princesa no hubiera permanecido tres días en el palacio de Vuestra Alteza sin que la devolviese a su padre. Le pregunté si el Sr. de Vendegies lo había declarado por encargo de Vuestra Alteza y contestó que no. Luego, como dijese que la última promesa de Vuestra Alteza de no forzar a la princesa a volver con su marido era contradictoria con la primera, de no devolverla a otro más que a él, respondí como lo hice al Sr. de Villeroi sobre el asunto; me preguntó si la princesa, que preferiría morir a volver con su marido, debía permanecer siempre alejada de su familia. Y a mi respuesta de que ella y sus parientes podían pedir la separación judicial, caso en el que Vuestra Alteza ya había ofrecido y prometido devolverla, me hizo otro interrogatorio, a saber, si Vuestra Alteza podía hacer tal oferta y promesa y si los españoles no lo impedirían. A lo que, luego de decirle que haría mal en ponerlo en duda y podría excusar preguntas tales, bajó de tono, exaltando las virtudes de Vuestra Alteza y confesó que estaba infinitamente agradecido por los honores, favores y cortesías que había recibido de él; de modo que quedamos al fin buenos amigos.

Luego que se marchó Préaulx, el nuncio de Su Santidad me dio cuenta, ayer, a eso de las siete de la tarde, de que el canciller había ido a hablarle, en secreto, de estos negocios públicos, con advertencia de no decir una palabra a don Inigo ni a mí; esto es, en substancia, que se estaba a punto de romper con nosotros y el objeto

sería, en gran parte, la princesa, si no se proveía con diligencia, incluso con la intervención de Su Santidad a quien él pensaba exhortar, y recomendarle el asunto a Vuestra Alteza Serenísima para que la devolviese sin esperar la sentencia del pleito de divorcio, que sería demasiado largo, empleando el canciller muchos medios de persuasión para convencer al nuncio de que sería un gran bien para toda la Cristiandad. Pero éste le contestó que Su Santidad no accedería jamás a aconsejar a Vuestra Alteza una cosa que él no haría nunca en caso semejante y que sabía muy bien que Vuestra Alteza preferiría arriesgar su Estado y otro diez si los tuviese antes que su honor; rogando al canciller que se sirviera de las vías legales para hacer pronunciar el divorcio y que creyera que no había otro medio de recibir a la princesa en Francia; y que debía considerar que en caso de guerra, el condestable corría el riesgo de no ver a la princesa jamás. El canciller quedó sorprendido de respuesta tan decidida y preguntó al nuncio si al menos se podría asegurar que mediante una sentencia de divorcio Vuestra Alteza devolvería la princesa a su padre. Y a la afirmación del nuncio de que estaba fuera de toda duda y que respondería de ello con su cabeza, dijo el canciller: "Veremos, pues". Y rogó de nuevo el secreto por buenas razones.

Ahora bien; al comparar este discurso del canciller con los de Villeroi y de Práaule, como el del presidente Jeannon, sorprenden tantas amenazas para tratar de hacer ceder la constancia de Vuestra Alteza; pero, viendo los ministros y más importantes consejeros del rey cristianísimo que no pueden ganar nada, tratarán de disuadirlo del deseo de romper, como tengo la seguridad de que lo han hecho -- hasta ahora, con los principales jefes de guerra, tanto por el poco fundamento que ellos mismos reconocen que hay en la causa, como por que consideran que la empresa es muy arriesgada y temeraria. Juzgando que resultaría en su daño y tanto, que el duque de Epernon ha dicho al nuncio estas palabras: "Si la guerra se hace, estamos perdidos", lo que se confirma por la fama común del pueblo.

Sin embargo, estoy firmemente convencido de que el rey de Francia no cederá por esto y, en efecto, hace avanzar su ejército con mucho ardor; sus tropas comienzan a congregarse en Champaigne, con los regimientos de Picardía y Champagne, como me han dicho, entre otros, Mr. de Guesle, maestro de campo de este último y lo mismo los maestros de campo de los otros. He hablado con él sobre el camino que el rey quiere tomar para llevar su ejército a Juliers y me ha confesado que irá directamente a Bouillon, de allí a Paliseux, luego a Rochefort y así sucesivamente al país de Lieja, sin tocar nuestro territorio de Luxemburgo más que un poco. Continué haciendo presión en don Inigo para que despache al capitán de Rusticia a Chalons y lugares vecinos y tener información segura de cuando en cuando del estado del ejército. Entretanto me regocijo de saber que Vuestra Alteza prepara uno bueno de su parte y espero que esté pronto en cam-

pañe como es necesario, por ser el único medio conservación, después de Dios....

Se me acaba de decir de buena parte que la princesa ha escrito al rey de Francia el día de Pascua y que hay ahí un personaje francés que trata con ella con toda familiaridad. Sé también que el rey ha hecho comprar bellas y ricas telas de paño de oro por su cabello rizo mayor para enviarlas a la princesa y que estarán en Bruselas - dentro de tres o cuatro días lo más tarde, y se cree que es con -- consentimiento del condestable, aunque no quiero afirmar nada.....

Carta Archiduques a Peccolus. 22-Abril-1610

Apenas cerrada nuestra carta adjunta, llegó ayer vuestra última del 19 de este mes, que ha venido oportunamente por las particularidades que contiene y las respuestas dadas por vos, tan discretas, a los Sres. Villerot y Prénault. Y por lo que se refiere al asunto de la neutralidad de las dos Borgoñas, es nuestra voluntad que continuéis haciendo presión, tanto sobre Villerot como sobre los otros ministros del rey cristianísimo, pues convendrá que cuanto antes se fije un día para concretar y acabar con esto. Y en vista de que Villerot (para limitar los males que podría causar la guerra con que se nos amenaza) ha sugerido el envío del príncipe de Condé a Roma, bajo la protección de Su Santidad y ha dicho que el Sr. rey se podía contentar con que fuera allí, lo que ha debido de declarar por orden suya, nuestra intención es que hagais saber esta proposición a sus ministros, para que hagan que el rey procure negocias con Su Señoría el Papa por carta de su nuncio residente en París o por la vía que crea convenirle, para que Su Santidad se digne mediar con Su Majestad a fin de que tenga a bien que Condé se retire a Roma o lo haga proponer a España por don Inigo de Cárdenas o como lo estime a propósito, visto que Condé se halla en territorio de la obediencia de Su Majestad y, por consiguiente, fuera de nuestro poder. De todos modos, si dicho Sr. rey estima que por nuestra parte podemos hacer algo concreto en este sentido, con el uno o con el otro, o con los dos, que se nos advierta y lo haremos de buen grado. Lo cuanto a la princesa de Condé, (que parece ser la causa principal de ruptura y guerra si hay que llegar a ello como habeis dicho bien a Villerot), puesto que se desea con tanto ardor que sea enviada a Francia, el mejor medio, y el más corto, es el divorcio, ya propuesto por vos de nuestra parte varias veces; o bien, que el condestable se tome la molestia de inducir al príncipe, su marido, a que consienta en que se envíe a la mujer a su casa. Y si se desea así que hagamos algún oficio o diligencia en esto, que nos lo digan y lo haremos de buena gana, de modo que pueda reconocer que no depende de nosotros si el condestable no recibe el contento que desea de tener a su hija; pero pretender que por medio de bravatas y amenazas se nos ha de forzar a hacer una cosa contraria a nuestra promesa y, consiguientemente, a nuestra razón, honor y reputación, decididamente, no lo haremos. Y si el Sr. rey se decide mal a propósito por la ruptura y a hacer la guerra, procuraremos hacérsela a él; pero, en tal caso, nos creemos también sin obligación de conservar en nuestra casa a la princesa y la enviaremos a donde nos convenga para alejar de nosotros el objeto de los males infinitos que produciría la dicha guerra. Lo que debéis decirnos insistencia y abiertamente de nuestro parte al Sr. rey; y no hay por qué sorprenderse de que la princesa haya escrito al rey el día de Pascua, pues lo hace y tiene facilidad de hacerlo cuantas veces le parece por medio de la mujer del Sr. de Berny, su embajador...

Duc d'Anjou, "Histoire Princes Condé", T. II. Ed. Colin
Levy, Paris 1889. Pags. 531-532-533.

Vuestra carta del 22 nos da cuenta de lo que, luego de vuestra penúltima del 19 de este mes, os ha dicho el presidente Jeannin para persuadirnos de que la princesa de Condé debería ser enviada, no sólo por consideraciones de Estado, sino también en términos de justicia, por las razones alegadas por él, a las que habeis respondido discretamente y muy a propósito que estando retenida aquí a instancia del propio rey y a ruego del condestable y de la duquesa de Angulema y aún a su propia instancia, a las que nosotros no podíamos dar satisfacción más que con consentimiento y autorización del príncipe, su marido, que lo dió con la condición y mediante nuestra promesa de no devolverla a nadie más que a él, no nos podemos retratar ahora con honor si no es por uno de los medios indicados en -- nuestras precedentes, o sea: por sentencia de divorcio, dada legalmente, o porque el príncipe consienta en que se la envíe a casa de su padre; y si estiman el condestable y la duquesa que en el pleito de divorcio se perderá mucho tiempo ¿por qué no han intentado o ensayado el segundo procedimiento, puesto que hay apariencia de que el príncipe daría fácilmente su consentimiento, ya que (como ellos -- creen) le tiene muy poco afecto?. Y si desean que intervengamos con algun oficio o diligencia para acelerar lo uno o lo otro, que se -- nos advierta y nos ocuparemos de ello de muy buena gana, como os hemos ordenado que les dijerais de nuestra parte por la nuestra del -- 22, que es lo que por el presente haríamos para su consuelo, con -- gran enojo de que por ahora no podamos hacer más, por la compasión que tenemos de su justo deseo, sin detenernos ni hacer caso alguno del pretexto del príncipe que el Sr. rey hubiera querido atacar en su lecho marital, como de cosas que no nos afectan en manera alguna; sin contar (como ha dicho Jeannin) que el afecto que el Sr. rey ha puesto en la princesa sería un riesgo para su honor. Pero no nos -- sorprende poco el dicho de Jeannin de que todos los príncipes soberanos consultados a este propósito han sido de opinión de que, por las causas alegadas, por él y repetidas en la vuestra, la promesa -- hecha por nosotros al príncipe no es obligatoria; y quisiéramos saber que príncipes son esos. Por lo demás, hemos encontrado vuestras respuestas a los argumentos del presidente tan pertinentes que por el presente no tenemos nada que añadir, sino que, si, no obstante, -- el Sr. rey se resolviese a atacarnos y a hacernos la guerra, nosotros trataríamos de hacerla igualmente y que a este efecto hemos -- hecho y hacemos las levas necesarias, que esperamos tener preparadas tan pronto como las suyas y que Dios (protector de la razón) nos -- ayudará con su bondad.

Requius al Archiducue Alberto. 26-Abril-1610

Consejor:

No se ven más que peones y caballos de artillería que pasan -- por la ciudad día tras otro y es extrema la diligencia que se hace aquí, en el Arsenal, para preparar armas con las que se quiere equi- par a cuatro mil hombres, además de la gran cantidad que se ha en- viado a Chalons. El rey cristianísimo sigue diciendo, resueltamente y con mucho calor, que saldrá de aquí alrededor del doce del mes -- próximo y que quiere que se proceda a la coronación de la reina el seis; a este efecto se trabaja en las obras día y noche, sin consi- deración a los domingos y fiestas de guardar. Su pasión, le va dis- poniendo más y más a emprender alguna cosa en los territorios de -- Vuestra Alteza si no se le devuelve la princesa y he sabido que, en los últimos días, hablando de ello con un personaje de su privanza, ha dicho que no cree que Vuestra Alteza conceda el paso al ejército francés por su país para ir a Juliers, antes ha oído decir que ya -- está decidido negárselo y que esto servirá de causa suficiente para romper. Este personaje contestó, que no había mucha razón para con- ceder el paso a este ejército, pero que podría ser que Vuestra Alte- za lo acordase para mantener la paz; preguntando el rey si, en tal caso, el ejército sería recibido en Alemania, le contestó en térmi- nos tales que daban a entender que si le viniera a faltar este pre- texto de ruptura, a despecho de su opinión, encontraría otros. Y a propósito de lo que ha dicho de la resolución de Vuestra Alteza res- pecto de dicho paso, he sabido de buena parte que ha tenido noticia del duque de Bouillon y de que Vuestra Alteza se prepara a la guerra con demostración de gran valor y que, no sólo no consentirá el paso ni esperará a que lo tome por fuerza, sino que pondrá su ejército -- en campaña con propósito de combatir al francés en la primera oca- sión que se ofrezca. El rey, no obstante, no deja de ufanarse y de decir que no tenemos hombres ni dinero para enfrentarnos con él, -- bien que no sea esta la opinión de los de su consejo.

El nuncio apostólico discurrió anteayer de estos negocios con el Sr. de Villeroi y le dijo que quería pedir audiencia para pregun- tar un breve de Su Santidad, encaminado a disuadirle de tales empre- sas; lo que Villeroi encontró muy bien, como que el nuncio procura- ba inducir al rey a que hiciera proceder al divorcio de la princesa con su marido por la vía judicial, aunque era de opinión que no lo haría; el nuncio me prometió ayer que lo trataría con el rey, muy -- ampliamente, en la audiencia que tiene pedida, y que de una parte el condestable no puede encontrar excusa en la duración del procedi- miento judicial, puesto que bien pudo haberlo iniciado mucho tiempo antes y que si comienza la guerra se verá reducido a no volver a -- ver a la princesa, su hija; se propone también hablarle, y sondear

si se contentaría con que Vuestra Alteza le concediese el paso para cinco o seis mil hombres y no más, que irían por compañías o medias compañías, como lo han hecho los suizos por vuestro condado de Borgoña; y no dejaré de tener advertida a Vuestra Alteza muy particularmente de lo que ocurra en dicha audiencia...

Don Iñigo de Córdova a Felipe III. 27-Abril-1611

Señor: Teniendo hecho el despacho que va con ésta por V.M., vino a verme el nuncio y me dijo que había tenido ayer audiencia del Rey, en la cual le había dado un Breve de la mano del Papa, en el cual no acordase a las costas de Claves ni ayudar a los protestantes, con palabras apretadas, como doy cuenta en otras a V.M. (El Rey) dijo al nuncio que si V.M. o el archiduque correspondiesen con algún acto de amistad por él que se echase de ver se lo deseaba complacer, que él se contentaría con enviar dos o tres mil hombres a Claves; respondiendo el nuncio a que dijese lo que quería que, como era su deseo, el Papa se interpondría y haría cuanto pudiese; respondió que, como la princesa de Condé a su padre; el nuncio le respondió que estaba que se metía en una guerra injusta, que sus mismos vasallos se lo condenaban y todo el mundo había de ser contra él; y a otros muchos reñidos que refiere que pasaron, respondió que le apretaban terriblemente de España y que decían que él estaba enamorado, que él no lo estaba, pero que mirase lo mal que le querían en España; que, caso de que él estuviese enamorado, le privaban de su contento y le quitaban la cosa que más amaba en el mundo y no se lo querían dar...

Pecquius al Archiduque Alberto. 28-Abril-1610

Se han tratado varias cosas notables en la audiencia que el rey cristianísimo ha otorgado al nuncio apostólico, según el relato que me ha hecho. En primer lugar, a la advertencia del nuncio de que, de acuerdo con el Breve de Su Santidad, el rey no debía llevar sus armas a la guerra de Juliers, sino mediar para que se llegase a un -- buen arreglo, y que el propio Emperador se había mostrado propicio a ello, como el nuncio probó por cartas del que residía en Praga, -- que enseñó al Sr. de Villeroi y a otros ministros de esta Corte, el rey respondió, que no se oponía a que se hubiera recurso a vías de acuerdo y que el nuncio hacía bien en buscarlas; pero que, no obstante, llevaría adelante sus armamentos en socorro de sus amigos. El nuncio, luego de haber declarado que tenía encargo de hablar claro y con toda franqueza (en toute candeur, dice el texto) le dijo, que organizaba su ejército con otro fin que la guerra de Juliers, a saber, por causa del príncipe y de la princesa de Condé y que, en opinión del mundo, tenía designios sobre el país de Vuestra Alteza. Respondió, tomando a Dios por testigo, que no deseaba ningún mal a -- Vuestra Alteza, ni siquiera a Su Majestad Católica, pero que quería ir en persona, con su ejército, al sitio de la ciudad de Juliers. Y, al decirle que su ejército sería demasiado grande para socorrer a -- los príncipes de Brandemburgo y Neuburg, y que él mismo dijo en -- otra ocasión que bastaría enviar allí siete u ocho mil hombres, el rey contestó, que era muy cierto que pronunció estas palabras, pero que entonces Su Majestad y Vuestra Alteza le trataban como amigos, -- mientras que ahora le hacían tales deservicios y le daban tantos -- disgustos que tenía razón en constituir un ejército de más de treinta mil hombres para estar seguro. El nuncio insistió en que, ejército tal obligaba a Vuestra Alteza a levantar otro para garantizarse contra una invasión y no podría permitir la entrada de aquellas -- fuerzas extranjeras en su país. Y como el rey respondiese que tenía que pasar muy poco por tierras de Vuestra Alteza, que su ejército -- no tomaría cuarteles allí ni haría daño a un ave de corral y no podía creer que Vuestra Alteza quisiera negarle el paso, que no se debe rechazar entre amigos; el nuncio le preguntó si permitiría a -- Vuestra Alteza que atravesase Francia con una hueste de 30 o 40.000 hombres; y, a su respuesta afirmativa, el nuncio le replicó que, en su opinión, lo pensaría mucho y que Vuestra Alteza, dando entrada en su país a tal ejército, correría gran peligro. Y habiéndolo contradicho el rey, con pretexto de que Vuestra Alteza se debía contentar con su palabra, tanto más cuanto que su ejército no entraría en las entrañas del país ni seguiría siquiera el camino del lado de Metz, donde podría causar más daño, sino sólo por algunos extremos, sin pasar por ninguna ciudad ni plaza importante, el nuncio dijo -- que se podría hallar un expediente, que podría ser, que el ejército pasase a la desfilada (a la desfilade) y por compañías y medias com

pañes de una sola vez, como los suizos lo acaban de hacer por nuestro condado de Borgoña. El rey contestó que su condición no toleraba que su ejército pasase de otro modo que en un solo cuerpo y que Vuestra Alteza no tenía fuerzas para impedirlo. A lo que, luego que el nuncio hubo replicado que él no sabía las fuerzas que Vuestra Alteza podía reunir, y que era indudable que haría cuanto fuese posible para su defensa y sería servido por soldados de gran experiencia y de infantería mejor, sin comparación, que la francesa, el rey comenzó a lanzar bravatas; como si no hubiese nada en los Países Bajos que pudiera resistirle; y dijo, expresamente, que haría pedir el paso a Vuestra Alteza, decidido a hacerle la guerra si se lo negaba. "Está, pues, claro que Vuestra Majestad quiere atacar al Archiduque, que no piensa haberle dado pretexto, ni con la retención de la princesa en Bruselas ni con otra causa"; el rey respondió que Vuestra Alteza no tenía derecho a retener a la princesa contra la voluntad del condestable, su padre, que la reclamaba. Y como el nuncio alegase algunas de las causas de la retención y aún que el rey la había deseado, conjuntamente con el condestable, la duquesa de Angulema y la propia princesa, además de las instancias del príncipe su marido, y que Vuestra Alteza no había podido acceder a esta petición sin la promesa hecha al príncipe de no devolverla más que a él, no había razón para exigirle que contraviniese a ello; el rey dijo que esto eran discursos de Pecquius, pues nunca se pidió a Vuestra Alteza que hiciera tales promesas. Y oída la réplica del nuncio, -- respecto del escándalo evidente que habría en el regreso a Francia de la princesa contra la voluntad de su marido, el rey dijo que era un abuso pretender que procedía de este modo movido por la pasión amorosa, visto que había en Francia mujeres más hermosas que la princesa; pero, en el supuesto de que estuviera enamorado, preguntó si Vuestra Alteza, reteniéndola en cautiverio, no cometería un acto capaz de causar desprecio e insostenible. El nuncio deslizó la pregunta de si no sería más oportuno formalizarse la retención cuando se resolviese el pleito de separación de la princesa con su marido; a lo que el rey contestó que lo que se quería era hacerle perder el fruto de sus armamentos, que le habían costado ya setecientos mil escudos, pero que no sería así; a continuación reprochó al nuncio -- que el Papa quisiera conseguirlo de él todo y de los españoles nada; que él no soportaría de ellos ninguna indignidad, ni que se diera que había abandonado a la princesa, su súbdita y al buen viejo, el condestable, su padre. El nuncio replicó que Su Santidad empleaba -- sus paternales oficios con Su Majestad Católica y con Vuestra Alteza, como con él, para hallar la manera de ponerlos de acuerdo, y que vería con gusto que el príncipe se retirase a Roma para poner fin a las preocupaciones que resultaban de su estancia en los Estados de Su Majestad, lo que el propio nuncio propuso en varias ocasiones, y que el Sr. Villeroi y otros ministros declararon que sería una buena medida; pero el rey replicó vivamente que la propuesta sería de la cacueta de los españoles para disfrazar sus designios, diciendo que

el príncipe se hallaba fuera de sus territorios. El nuncio le expuso después que parecía que, al formar su ejército, quería desafiar y amenazar a Vuestra Alteza y, en cierto modo, a Su Majestad Católica, para obligarles a darle al príncipe y la princesa, lo que por la fuerza no han de hacer jamás, aunque no fuera más que porque Su Majestad no le es inferior, sino igual y con tal podería que harían muy dudosos los acontecimientos de la guerra; que aunque quisiera prometerse, de de luego, algún buen éxito en los Países Bajos, debía considerar que, en tal caso, se crearía inmediatamente muchos enemigos, particularmente, el rey de la Gran Bretaña y los Estados de las Provincias Unidas, que tendría buen cuidado en favorecerle en la prosecución de tales empresas. Y, como volviera a sus bravatas de nuevo, diciendo que fiaba en sus propias fuerzas y no en la fuerza de sus vecinos y que, aunque los holandeses no se pronunciasen por él, no por eso dejaría de poner en marcha la ejecución de sus proyectos, el nuncio dijo que bien veía que no podría obtener nada de él y cerraba los oídos a las saludables admoniciones y consejos de Su Santidad. El rey, entonces, descubriendo su intención, dijo, que, decididamente, saldría para reunirse con el ejército el quince del mes próximo, aunque tuviera que aplazar la coronación de la reina hasta Octubre y que no podría tener a Su Majestad Católica ni a Vuestra Alteza por amigos si no le daban, en breve plazo, una prueba de su amistad. Y, a la pregunta del nuncio de en que doble de consistir esta prueba, el rey contestó abiertamente que sería la devolución de la princesa al condestable, su padre, mediante lo cual se podrían arreglar los negocios de Juliers y, en todo caso, si la guerra hubiere de continuar de aquel lado, bastaría con enviar, de su parte, unos cuatro mil hombres. Dijo también que, dentro de pocos días, tendría noticias de Mr. de Préaulx, encargado de pedir previamente la princesa de parte del condestable, su padre, y después, de parte suya, como protector y defensor de la libertad de sus súbditos, con la firme opinión de que Vuestra Alteza se acomodaría o de que, al menos, cerraría los ojos para dejar evadir a la princesa fuera del país; de lo que decía que ninguno de sus ministros me había hablado y que sería bien que yo lo apoyase. El nuncio dedujo de todos estos discursos que, seguramente, habrá guerra. Si la princesa no vuelve a Francia, no se debe excusar nada para que, con toda urgencia, se reúnan fuerzas bastantes para contrarrestar al ejército francés.

He hablado en el día de ayer, muy detenidamente, de estos asuntos con el P. Cotton, me dijo que, por Pascuas, el rey de Francia estaba con buenas disposiciones de procurar su salvación y hubiera olvidado fácilmente su afecto por la princesa si no fuera que se volvió a encender este fuego por las cartas que le ha escrito, en las que ella le daba epítetos amorosos como "mi corazón", "mi paladín" y otros análogos. Me ha declarado, además, que el rey, estos últimos días, luego de hablarle extensamente de sus propósitos bélicos.

cos, le confesó, al fin, que lo haría para llevar a la princesa a Francia y el dicho padre dijo claramente que no hay manera de ponerlo en duda y que es preciso buscar remedio para prevenir tan gran mal, el cual, añadió, debe de ser rápido y urgente; y que no veía otro que el que Vuestra Alteza ordenase que la princesa marchase secretamente a su patria. Y como yo alegase muchas y valiosas razones en contra, me dijo, al fin, que sería de desear que en tal caso pusiera en pie un poderoso ejército para reprimir la insolencia de los resiguitos de aquí y disponer los negocios a una fórmula de composición amistosa. Y esta mañana me ha enviado secretamente el escrito que remito adjunto, redactado por él en el curso de la noche, para demostrar que Vuestra Alteza, en términos de conciencia y de honor, se puede resolver a sufrir que la princesa se escape. Pero me ha hecho suplicar reiteradamente, por el amor de Dios y del bien público, que lo apoyase cerca de Vuestra Alteza, pero que esto no llegue a conocimiento del mundo y que el secreto sea bien guardado. He sabido, además, por él, que la noche penúltima el rey de Francia se levantó de la cama sobresaltado y mandó que se escribiese inmediatamente a Práulx, por la posta, como se hizo, para decirle que no emplease palabras bruscas ni de tono amenazador, como las que usó a su salida de aquí; he sabido también que la reina de Francia hace rogar a Dios constantemente en muchos lugares piadosos, con conocimiento del rey, para que se digno impedir el designio de esta guerra. El P. Cotton me ha dicho, además, que las Provincias Unidas no creen que tengan ganas de romper con nosotros, pero que dentro de pocos días me informará de más cerca y con seguridad.

La Rocquiniere acaba de decirme al oído que también el rey de Francia ha dado a entender claramente, con gran sorpresa suya, que la princesa será causa de la guerra, no obstante las molestias que se toman en disuadirle y sin consideración a las fuerzas que Vuestra Alteza puede reunir en poco tiempo. Me ha avisado, además, confidencialmente de que sería a propósito y, a su juicio, necesario, que Vuestra Alteza se retirase lo más pronto posible de Bruselas a Amberes o a otro lugar seguro, por haber sabido de buena parte y de manera cierta que el rey de Francia tiene el propósito de hacer bombardear la plaza para hacerla sorprender por un buen golpe de caballería, que hará avanzar de día y de noche de La Chapelle a Thieracín, diciendo que no hay montes ni ríos que lo puedan impedir el paso y que, por lo demás, enviará gran cantidad de infantería de Eclères, por el río Mosa, hasta Namur, para favorecer su proeza y otras atenciones. Y protestó mucho y con firmeza al respecto. La Rocquiniere, que me ha advertido de todo esto, que me avisará de otras cosas en servicio de la fe católica, que correría gran riesgo de perderse, como él dice, si caemos en esta guerra.

Monseñor:

El aviso que he dado a Vuestra Alteza del designio del cristianísimo contra vuestra ciudad de Bruselas se ha confirmado después - por otro coincidente a don Inigo de Cárdenas y con otro del conciller de Valence (?), que pretende haber sabido que quiere ir a Bruselas. Yo no sé si me engaño al pensar que el rey ha podido ser incitado a ello por lo que he dicho aquí, por orden de Vuestra Alteza, - de que, en caso de ruptura, se tendrá por descargado y desobligado de conservar a la princesa de Condé en su casa y proveerá a enviarla a donde le convenga. Por lo que se me dice, dentro de pocos días habrá 1.200 arcabuceros en Mezieres y sus alrededores y, poco a poco, las otras gentes de guerra se concentraran en el lugar previsto, con lo que el grueso del ejército aumentará mucho, habiéndoseme informado de buena parte que ha de costar al rey 460.000 escudos por mes. Se me ha avisado, por otro conducto, de que el rey de la Gran Bretaña ha respondido resueltamente al embajador de Francia que no hay motivo para romper con Su Majestad Católica ni con Vuestra Alteza. Los embajadores de las Provincias Unidas, al devolverme ayer - la visita, me han hablado del mismo modo y (me han dicho) que esperaban y deseaban mantener la tregua.

Esta mañana, el nuncio de Su Santidad en esta Corte, me ha enseñado una carta de 17 de este mes del residente en Praga, en la - que dice que Su Majestad Imperial se inclina a prestar oído al partido mencionado al comienzo de mis cartas de primeros de este mes, - de lo que Vuestra Alteza ha enviado un extracto a don Baltasar de Zúñiga y que espera mucho de él; el nuncio las ha comunicado en el día de ayer al Sr. de Villeroy, que ha recibido noticias análogas en Praga y confesó haberle complacido anteriormente este partido, cuando le habíamos el nuncio y yo, pero que luego había habido nuevas - acritudes por las que la disposición del ánimo del rey, su señor, - había cambiado y que habría que pensar en el negocio de la princesa de Condé, que era lo que urgía más y lo de mayor consecuencia con - estas palabras: "Si el Archiduque no cede a la obstinación del rey, - estamos perdidos todos".

Para hacer valer el expediente contenido en las últimas y otras cartas de Vuestra Alteza, esto es, que el condestable se aplique a inducir al príncipe a que consienta en que la princesa sea enviada a su casa, a lo que Vuestra Alteza, si se le requiere, ayudará de - buen grado y en forma que se pueda ver que no depende de Vuestra Alteza que el condestable tenga la satisfacción de recibir a su hija, he estimado oportuno encaminar esta práctica por camino de más peso

Y, en efecto, se bo de tratar con él, y luego de muy grande y ferviente demostración de desear un medio aceptable de resolver este negocio, del que dijo que iba a aplicar la antorcha encendida a toda la Cristiandad si Vuestra Alteza no se digna apagarla liquidando la mercancía que tiene en depósito, me ha pedido y concurado que le dijera, como ministro amante de la paz y del bien común, si creía que había posibilidad de que se podía inducir al príncipe a que diera su consentimiento sería la mayor obra y la más saludable que se hubiera hecho en cien años. Le dije que el condestable no podía consentir, puesto que crea que el príncipe no tiene afecto ninguno a la princesa y que Vuestra Alteza, prometió no forzarla a volver con él. El canciller me volvió a pedir que le declarase, con promesa de silencio, si tenía ya opinión y por qué conducto. Le contesté que Vuestra Alteza no me hubiera escrito si tuviera la cosa por desesperada y que, a mi juicio, se debía adoptar este procedimiento, ya que el pleito de divorcio se consideraba demasiado largo. Y a su pregunta, hecha a continuación, de cómo se debería conducir este expediente y si Vuestra Alteza se dignaría hacer dirigir las cartas del condestable al príncipe, enviándolas abiertas a éste, y si en algún tiempo se podría tener contestación, le dije que estimaba que Vuestra Alteza estaría dispuesta a hacer que las cartas llegasen a su segura dirección y haría todo buen oficio para obtener buen éxito, con paciencia de tener pronta respuesta a las cartas por la posta. Luego preguntó si Vuestra Alteza querría prometer que escribiría al príncipe que, a defecto de su consentimiento o de respuesta en plazo muy breve, no podría retener a la princesa que se le pedía en justicia y la enviaría a Francia. Y a mi respuesta de que, a mi juicio, ni se podía ni debía hacer, me preguntó si los españoles estarían contentos de que el príncipe diera el consentimiento a este envío. Me excuse de contestar categóricamente a esta pregunta, limitándome a decir que esperaba que Su Majestad no lo encontraría mal, antes tendría por agradables los oficios de Vuestra Alteza a este respecto. Entonces me dijo estas palabras: "Voy, pues, a emplearme en ello hora mismo"; y me pidió que cooperase con toda diligencia, diciéndome que estimaba que yo sabía más cosas de las que quería decir.

Me preguntó después, que se haría con los negocios de Juliers a mi respuesta de que había buenas noticias de Praga, replicó que había que pensar en los medios más apropiados. Añadió que nos ocupáramos de él con más espacio; que, en todo caso, convenía que Vuestra Alteza no diera a entender ni mostrase querer impedir el paso del ejército francés) por su territorio, porque esto lo estropearía todo. Y en este punto, como estuviera con mucha prisa para ir a Consejo, que le esperaban, me dijo con mucho calor y cortesía que no dejaría de ponerse en seguida a la obra de lo que habíamos tratado y estaba en su poder. Le pregunté si, luego de tantas precauciones y sollicitaciones mías, se haría algún día, al fin, la declaración de neutralidad de los dos Borgoñas y lo rogué que me diera una res-

puesta absoluta. Respondió amistosamente: "haremos eso y muchas cosas más y mejores, y aun mayor amistad que la que hubo hasta aquí, si encontramos manera de arreglar el asunto de la princesa".

Instancia presentada a los Archiducos - abril 1610 -

Por el Condestable de Francia y la duquesa de Angulema.

A Sus Altezas Serenísimas.

Diana, hija legitimada de Francia, tía de la Señora Princesa de Condé, y el duque de Montmorency, par y condestable de Francia, su padre, exponen humildemente a Vuestras Altezas que la dicha señora princesa de Condé se ha quejado a ellos muchas veces por cartas y - dichos a personas de condición y a otros, servidores suyos, dando - cuenta de los ultrajes, indignidades y malos tratos recibidos del - Señor Príncipe de Condé, su marido, mientras permanecieron juntos, y que deseaba manifestar a este respecto particularidades que no se - atreve a consignar en sus cartas y menos a otros que no sean ellos, a lo que estima no deber ocultarlas y de quienes se promete recibir consejo, como una hija y sobrina, que ha sido siempre sumisa, los - debe esperar de su piedad y caridad, rogándoles en esta ocasión que la retiren del lugar en que se halla para tenerla a su lado; con es- ta queja reiterada varias veces, les ha inducido a enviar a Vuestras Altezas (al portador) para suplicarles que permitan a la princesa - que venga a su encuentro, pues a causa de su indisposición y su - edad avanzada no pueden trasladarse a su lado para prestarle los - servicios que le debe su amistad; esperan que su petición no será - rechazada, pues ha sido encontrada justa por todos sus parientes y consejeros a los que se ha consultado, bicio que, no obstante, Vues- tras Altezas lo hayan denegado; de lo que advierte la dicha prince- sa, ha procedido a recurrir a ellos, con lágrimas y gemidos, para - rogarles que perseveren y repitan una vez más la súplica con ardien- te (*furieuse*) instancia de que no la retengan contra su voluntad y e- impidan así que se siga con toda libertad la separación que se quie- re intentar, empleando el remedio que las leyes y la justicia permi- ten con la opinión y asistencia de los suyos; por medio de lo cual los que la quieren tiernamente y la compadecen en su aflicción, su- plican humildemente a Vuestras Altezas, por medio de esta instancia, firmada de su mano, que les será presentada por el Sr. de Prémulx, - gentilhomme enviado expreso, que los concedan esta justa demanda - luego de tantas instancias como han hecho, sin darles pretexto para quejarse y recurrir a la protección de su rey para obtener por este medio lo que estiman que no se los puede denegar en justicia.

Diana de Francia, Montmorency (1)

(1) Diana de Francia, hija natural de Enrique II, era viuda del mariscal de Mont- morency.

Los Archiduques a Pecquius. 3-Mayo-1610

Acabamos de recibir vuestra última del 30 del pasado mes y contestamos a las preguntas que os ha hecho el canciller de Francia diciendo que no podríamos hacer otra cosa sino aprobar que el condestable escriba al príncipe de Condé, a fin de que permita a la princesa, su hija, que se retire a su casa mientras se tramita el pleito de divorcio que ella pretende intentar y que creemos que, por la razón alegada por vos al canciller, consentirá; que nosotros nos encargaremos de su carta y de procurarle la respuesta, que se podrá tener en unos quince días, a más tardar, a contar del día en que -- salga de aquí; que nosotros haremos con gusto acompañar su carta de una nuestra y de todos los buenos oficios a este efecto; y que, finalmente, estamos seguros de que los españoles no impedirán que el príncipe consienta; pero que es preciso que el condestable dé la seguridad de que la princesa se atenderá a ello, de manera que no se dará motivo de ultraje, pues sólo esto le podría calmar y llevarle a dar su asentimiento. Y esto tanto más cuanto que habiendo hecho -- proponer aquí a los Srs. de Beny y Préaulx que se refirieran a la declaración del Papa en la que se decía que la princesa sería secuestrada antes del pleito de divorcio, ellos no han querido escucharla; nuestra intención es, pues, que trateis de esto con el canciller y otros ministros principales del rey y procureis que vean en ello un expediente apropiado y el más breve que hay a mano, puesto que se da de lado al procedimiento de divorcio por el largo espacio de tiempo que parece requerir, sin lo cual, sin embargo, no podemos dejar salir de aquí a la princesa, como vos sabeis...

Duc d'Aumale. - "Histoire des Princes de Condé". T. II. Ed. Calmann-Lévy. Paris 1889. Pags. 548-549.

Don Iñigo de Cárdenas a Felipe III. 7-Layo-1610

Díxome el nuncio que echa de ver notablemente en el Rey mucha diferencia de estos días pasados, porque le halló muy dulce y hablándole muy claramente de que deseaba la amistad de V.M., que no se le atribuyó en razón de la princesa de Condé, como la vez pasada; sólo le dijo que el archiduque no estaba gana de darle a su padre, y no acababa; que a instancia suya, escribió ahora el condestable pidiéndole al príncipe lo consintiese; parócele al nuncio que, aunque el Rey deshace ruido de armas por España, que lo siente mucho; dijo también le había dado quejas el Rey de lo que se hace con el príncipe de Condé en Milán, pero que en todo había ido muy suave y deseoso de dar satisfacción.

...No cesan sus ministros de intentar y procurar que se le dé la princesa de Condé a su padre, diciendo que, con esto, las demandas se componerían por camino muy quieto; el que sirve aquí al archiduque anda oyendo estas pláticas y hablando de ellas con particularidad y a mí me ha hablado proponiéndome escribiere a S.M. (que) será bien que el príncipe de Condé se fuese a Roma y que consintiera que la princesa de Condé se entregase a su padre; respondíle lo que debía...

A instancia del que aquí sirve al archiduque Alberto, y por haberlo pedido el gran canceller de Francia y Villeroy, escribe el condestable al príncipe de Condé pidiendo la consentida que se le entregue a su hija; también se ha deseado que yo escribiera lo mismo, y procurarlo apretándome y tanto que me fué fuerza responder como podía al apretarme....

Lettre à l'Archiduc. 11-Mai-1610 (1)

Mon frère, ne pouvant refuser à mes meilleurs alliés et confédérés le secours dont ils m'ont requis, contre ceux qui les veulent troubler en la succession des duchés et comtés de Cleves, Juliers, - La Marck, Bergues, Ravensberg et Ravestein, je m'avance vers eux -- avec mon armée; et pour ce que mon chemin s'adresse à passer dans vos pays, j'ai désiré de vous en avertir, et savoir de vous si j'y dois entrer comme ami ou comme ennemi. Surquoy attendant votre réponse, je prie Dieu, mon frère, qu'il vous tienne en sa sainte et digne garde.

HENRY

(Minutée par Sully)

Texto de los publicados por Bergey de Vivrey.

Traducción

Mon frère, no pudiendo negar a mis mejores aliados y confederados el socorro que me han pedido contra quienes quieren perturbarlos en la sucesión de los ducados y condados de Cleves, Juliers, La -- Marck, Bergues, Ravensberg y Ravestein, voy a ellos con mi ejército y como mi camino me lleva a pasar por vuestros territorios, he deseado advertiroslo y saber de vuestra parte si debo entrar en ellos como amigo o como enemigo. Por lo que, en espera de vuestra respuesta, ruego a Dios, mon frère, que os tenga en su santa y digna custodia.

Henry

(Minuta de Sully)

- (1) Esta es la carta que Enrique IV escribió al Archiduque, en la que como se ve no hace alusión alguna a la princesa de Condé, sino sólo pide paso por el territorio para el asunto de los ducados de Cleves y de Juliers.

El condestable de Montmorency al príncipe de Condé.

Paris 12-Mayo-1610

Monseñor:

Las quejas de la señora princesa de Condé, mi hija, hechas y reiteradas en varias cartas y discursos que ha dirigido a algunos de mis principales servidores que le he enviado, sobre tratos malos y rudos que ha recibido de vos y el deseo que tiene por esta causa de separarse legalmente, á lo que se añaden sus repetidos ruegos, dignos de compasión, de que se la retire del lugar en que está para tenerla cerca de mí, me han inducido a presentar humilde súplica a los Archiduques, tanto por instancias y cartas como por gentilhombreros enviados expreso, prometiéndome obtener de su bondad y justicia que no negarían a un padre desolado, que siente el dolor y aflicción de su hija, tan justa demanda. He tenido, no obstante, que convenirme que ponían dificultades y diferían darme satisfacción con pretexto de que os habían prometido no dejarla salir de su lado sin vuestro permiso. Por esta razón recorro a vos, Monseñor, para suplicaros muy humildemente que os dignéis tener en consideración las justas causas que me inducen a hacer esta gestión, ya que la edad y los achaques me impiden que vaya a ella para consolarle y aconsejarle lo que debe hacer para dar reposo a su espíritu, ni ella está en lugar en que tenga libertad entera de presentar sus quejas y encontrar el remedio, por lo que no le queda otro recurso que venir a mí. Tened, pues, piedad, os lo ruego, del padre y de la hija, y pensad, si lo tenéis a bien, cuán justas son las causas de mis lamentos y de mi descontento, mejor conocidas de vos que de otro alguno, y tened confianza en mi integridad y en el honor de que siempre hice profesión el que acompañaré, con la gracia de Dios, todas mis acciones hasta la tumba, de que mi hija no recibirá en mi casa más que buenas enseñanzas para continuar en la virtud en que fué criada y educada, y que su vida será, a mi lado, tan inocente que merecerá ser alabada por todos y cada uno; si ayudais, Monseñor a procurarme este contento y a mi hija este consuelo, lo consideraré como una gran obligación y permaneceré dispuesto a prestaros muy humilde servicio con tanto afecto como me permite el deber, el cual me hace desear más el veros cerca del rey con el rango debido a vuestra grandeza y condición, como lo tendréis cuando os dignéis recurrir a su bondad en vez de buscar remedios que no pueden servir más que a haceros sufrir males y a recibir censuras.

Monseñor:

Vuestro más humilde y muy obediente servidor

Montmorency.

B. N. P. Col. Dupuy, 70-71-72, pñee 61.

MEMORIA SOBRE NOTICIAS DE LA EPOCA SOBRE EL ASESINATO- año 1610

1-Un rumor corría de boca en boca por las tabernas de París: " El asesino del rey está aquí. Es un pobre diablo, alto, de miembros robustos, con el pelo tirando a rojizo, vestido de verde estilo flamenco".

2-El vice-almirante de Holanda estaba en París y recibió una carta de Amberes que decía: "Hemos tenido noticias de que el rey ha sido asesinado de una puñalada". Enseñó tal carta al joven marqués de Anspach, a su ayuda de cámara y a un gentilhombre alemán llamado Wýllern, que en el proceso testificaron sobre ello.

3-Un alumno de Colonia confió lo siguiente al banquero Tomaso Genoini, cuando le daba clases de latín y a la mujer del señor Venturini, su anfitrión: "entre los clérigos y los alumnos de Colonia se tenía por seguro que el rey sería envenenado".

4- En Bruselas se hacían rogativas "por alguien que iba a hacer un gran viaje por el bien de la Cristiandad" y dio 8 cartas, una que provenía de Lille y otra de Tournai, informaron de este dato a Juan Maréchal, mercader flamenco que vivía en Colonia.

5-Un gentilhombre del archiduque Leopoldo declaró al señor Kneppenbergh que "dentro de pocos días se conocería una noticia que sería para bien o para mal de los archiduques". El señor Kneppenbergh lo repitió al ayuda de cámara del príncipe Anhalt. Mas tarde tuvo que arrepentirse de hablar demasiado...

6- Un capitán italiano, camino de Maestricht dijo a dos personas de Aix-la-Chapelle: "Si a él (Enrique IV) todavía no le han matado, morirá como un perro!"

7-Cada vez que llegaba a Bruselas un correo de Francia, las gentes se preguntaban si no traía ya la noticia de la muerte del rey.

8-En Malinas, muchas gentes creían que ya el hecho se había producido.

9-La mujer de Horne, que vivía a tres horas de Bruselas, en una posada, vió llegar a "un joven vestido a la española, color indefinido, cuyo caballo estaba muy cansado... Dicha señora le preguntó si el rey (se refería al de Francia) les haría tanto daño como se decía... dicho joven le contestó sujetándole el brazo, que el rey no les haría ningún daño, que estaba muerto o cerca de morir y se fué con mucha prisa". Esto fué testificado por la señora de Horne, cuando fué interrogada por Pierre de Guillou, juez de Sedan y Raucourt.

Estos son, entre otros muchos, los textos que hemos escogido de los informes contenidos en la "Mémoire pour faire voir que l'on disait aux pays étrangers de la mort du feu Roi Enri III être arrivée avant le malheureux coup de Ravallac".

MEMORIA SOBRE NOTICIAS DE LA EPOCA DEL ASESINATO - año 1610

(Ampliación del Doc. 140)

1- El día 2 de mayo Carlota de Montmorency escribía a su "astro" para ponerle en guardia sobre su seguridad personal. Su carta fué encontrada en el Louvre entre los papeles reales y se presentó en el proceso contra Ravallac.

2- El día 3 de mayo un correo anunciaba en la ciudad de Cambrai que el rey de Francia acababa de ser asesinado "de dos cuchilladas". Varios conventos en Flandes y en Picardía recibieron avisos y noticias parecidas.

3- Un "escrito impreso" se distribuyó con la misma noticia en España y en Milán. (No hemos encontrado el texto, sino la referencia en una publicación (1)).

4- En un altar de una Iglesia de Montargis se encontró un papel en el que se anunciaba como muy próximo el asesinato del rey de Francia. Un mercader de Rouen recibió una carta de otro de Douen en el que le preguntaba si tenía alguna noticia sobre ello.

5- Una religiosa de Saint-Paul, hermana del gobernador de Dieppe le dijo a la madre abadesa: "Señora, mandad que se reze a Dios por el rey, pues lo van a matar".

6- Foscarini también le hizo una discreta advertencia a la reina Margarita en el mismo sentido.

7- El 9 de mayo, un soldado encontró camino de Charenton a una protestante, la viuda del capitán Saint-Mathieu, y le preguntó "si vivía todavía en París". La mujer contestó afirmativamente. "Et qu'y faites-vous tant?" -Que j'y fais? J'ai prou d'affaires. "Ma foi, dit le soldat, il n'y a ni procès, ni affaires que je ne quitasse, si j'étais vous. . . Parce que, devant qu'il soit huit jours, il y a danger qu'il ne tombe un si grand esclandre à Paris, que bien heureux sera celui qui en sera bien loin".

Los testimonios son numerosísimos, pero hemos seleccionado los que nos han parecido mas significativos.

B. N. P. en 89, Legajo 6- 35. 890.

(1) Publicado en 1611 en la editorial G. Richter, Paris, con el título "Procès, examen, confessions et négations du méchant et exécrationnable parricide François Ravallac sur la mort de Henry le Grand et ce qui l'a fait entreprendre le malheureux acte". Repetidamente citado en todas las publicaciones sobre el asesinato de Enrique IV.

MEMORIA SOBRE LOS POSIBLES CULPABLES O COMPLICES DE RAVAILLAC

Los historiadores a los que una posible conspiración, un complot organizado que hubo detrás de la siniestra figura de François Ravailac, ha inspirado siempre una especie de horror, han querido demostrar que en el momento del asesinato de Enrique IV, nadie en Francia estaba interesado en que ocurriera. Otros, historiadores o ensayistas, continúan cargando la culpa a España, a los jesuitas, a la Casa de Austria, al Vaticano... a los florentinos y, como no, a la reina María de Médicis.

1- ¿La reina de Francia? La promesa de su coronación y nombramiento de regencia mientras Enrique IV se iba a guerrear al Norte, supuestamente por la cuestión de los ducados, era una garantía contra Carlota y le ofrecía la perspectiva del poder.

2- ¿Los Concini? Por las mismas razones que la reina, deberían de ver su porvenir con tranquilidad. De hecho, el asesinato de Enrique IV iba a traer como consecuencia muy directa, la caída en desgracia de los florentinos como es bien sabido, pero fuera de lugar insistir aquí sobre ello.

3- ¿El duque de Epernon? Iba a formar parte del Consejo de Regencia, el favor real y su posición política reforzada, le sonreían en el futuro. A mi modo de ver, sin embargo, el antiguo "mignon" de Enrique III es uno de los mas "sospechosos" de haber intrigado o de estar a la sombra de Ravailac. Porque éste conocía al duque de Epernon, venía de Angulema, su feudo. Epernon no solamente no tenía simpatía alguna por Enrique IV sino que los testimonios son unánimes en afirmar que sentía hacia el rey resentimiento. El que estuviera junto a él en el momento del crimen, como hemos visto, no es certeza de nada de lo que insinuó. En el proceso, Ravailac sostuvo al el último momento y a pesar de ser sometido a tortura, que había actuado sólo por tener la convicción de que era la salvación de Francia y del catolicismo, ~~eliminar~~ al tirano.

4- ¿Enriqueta d'Entregues? El rey le demostraba todavía quererla, a pesar de los complots en los que su familia - y ella misma - había intervenido. Las cartas citadas en el doc. nº 88 y otras muchas que podrían citarse, lo demuestran. La llegada a Francia de Carlota, su gran rival podría ponerla en peligro. Por otra parte, es conocida la amistad que tenía con el duque de Epernon. Si hubiera de hacer conjeturas, el tandem Enriqueta-Epernon, me resulta el mas significativo, sin olvidar a Carlota de Tillet...

5- ¿Los jesuitas? Jamás soberano alguno les había prodigado tantas mercedes, ni había permitido que sus colegios se extendieran por todo el país. Enrique IV manifestó que deseaba que su corazón fuese enviado al colegio de La Flèche. El padre Cotton, su confesor, gozaba de gran favor y de prestigio. (1)

6- Los argumentos empleados en favor de los florentinos y del duque de Epernon, juegan en contra de ellos, según algunos historiadores. A pesar de la coronación de la reina y del Consejo de Regencia, sólo la muerte de Enrique IV haría posible su realidad. Francia estaría bajo el poder de una madre y de un niño de corta edad. Esto era tan evidente que Enrique IV dijo a Sully: "Ah! maudit sacre, tu seras cause de ma mort!"

(1) Vide Doc. nº 93.

CARTA DEL CONSEJERO Y OBISPO DU PERRON (fragmento) año 1610 (- (1))

"... no se encuentra por todas partes mas que abismo y espanto, extrañeza y asombro... Por contar al mismo tiempo el hecho execrable cometido, que fué sentido y anunciado por personas ausentes, incluso hubo varias profecías y ello es cosa que podréis saber por otras gentes que por mí. En suma, todo lo que podía calificar al acto de digno se señalar y de deplorar, como es frecuente que ocurre con la muerte de los grandes e insignes príncipes, ha ocurrido; y es así porque su vida y sus hechos están por encima de lo corriente en los demas humanos y parece poseer algo de prodigioso fuera de lo común, por eso su muerte está acompañada de características y de circunstancias que no son ordinarias, ni comunes y corrientes, y que parecen mas bien pertenecer a la categoría del milagro o del prodigio, mas que a un acontecimiento humano..."

B. N. P. Lb. 35-879, pp. 3-5, ln 89.

(1) El nombre Du Perron aparece con frecuencia en la época de Enrique IV. Sé le llama Jacques David du Perron y unas veces aparece como Consejero, otras veces como el obispo d'Evreux que fué en 1595 a pedir la absolución del rey al papa Clemente VIII. Luego fué nombrado obispo de Sens y del Consejo de Regencia. Había sido hugonote y al convertirse al catolicismo tuvo unas famosas controversias con Duplessis-Mornay. Se trata siempre del mismo personaje.

